MEMORIAS BIOGRAFICAS DE SAN JUAN BOSCO

XVI

CENTRAL CATEQUISTICA SALESIANA / MADRID

Memorias Biográficas

de

San Juan Bosco

XVI

Traducción del italiano por
BASILIO BUSTILLO

© Central Catequística Salesiana C.C.S.
ISBN: 84-7043-501-9
ISBN: 84-7043-200-1 (O.C.)
Depósito legal: M. 13.506-1988
Imprime: Instituto Politécnico Salesianos Atocha
Encuadernación: Ruisán
Papel: Offset Duna de Torras Hostench

MEMORIAS BIOGRAFICAS

DE SAN

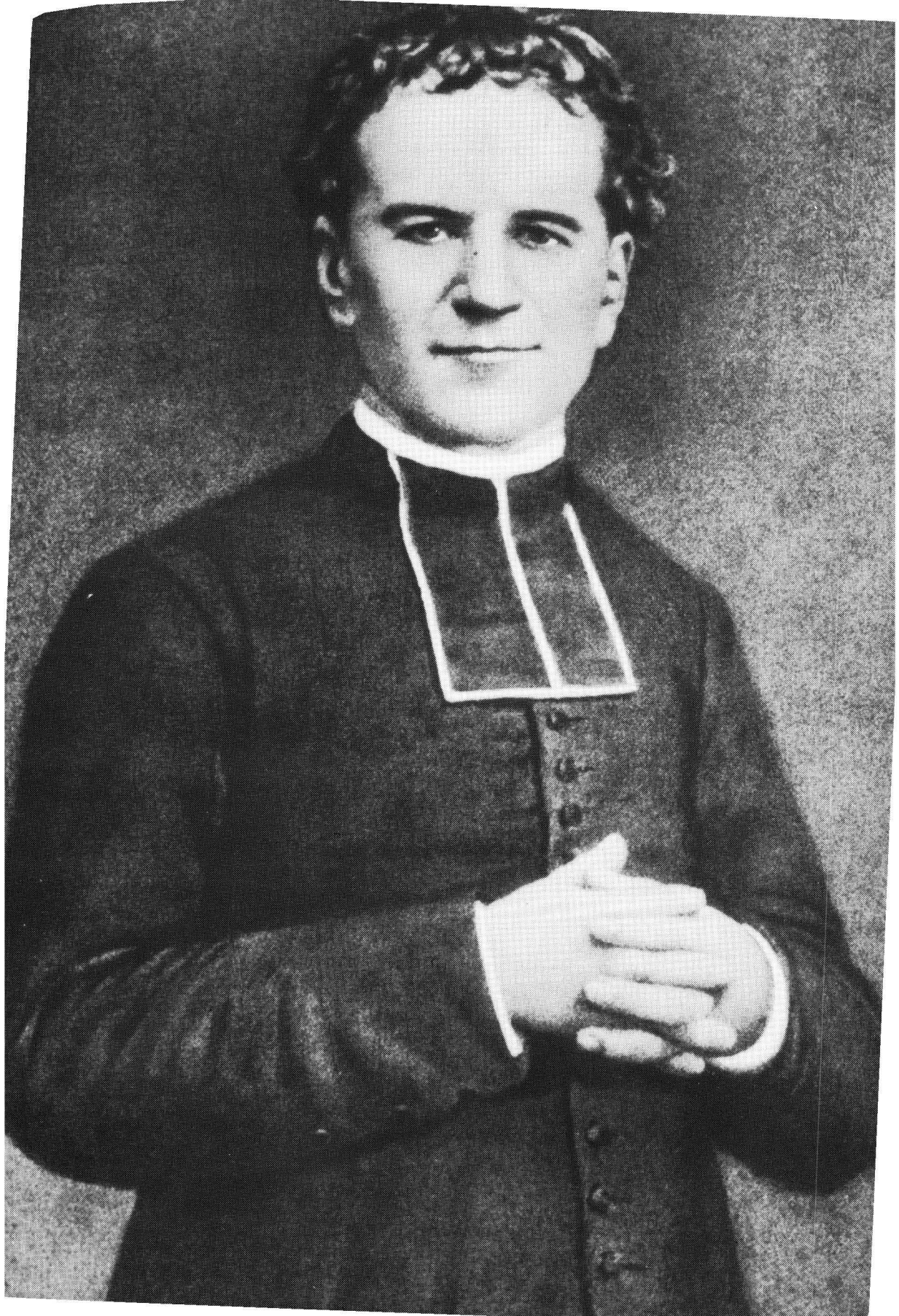
JUAN BOSCO

EUGENIO CERIA

1883

VOLUMEN DECIMOSEXTO

CENTRAL CATEQUISTA SALESIANA
Alcalá, 164 - 28028 Madrid
1988



DON BOSCO hacia 1860
con el «rabat» o «golilla» al estilo francés.
Es una de las fotos más antiguas del Santo.

PRESENTACION

El presente volumen, decimosexto de las Memorias Biográficas de San Juan Bosco *en castellano, casi no necesitaba de esta* presentación. *Le bastaba, a mi ver, el* prólogo *de su autor Eugenio Ceria.*

Abarca este volumen solamente el año 1883, que coincide con los sesenta y ocho de la vida de don Bosco. Y resulta una especie de balcón, desde el cual Francia contempla a don Bosco, andando por sus tierras y ciudades, aplaudido y vitoreado por sus habitantes en calles, palacios, iglesias, colegios y grandes escuelas de París...

Lo va a ver el lector, descrito en seis capítulos y un larguísimo apéndice de documentos.

No pudo el mismo Ceria expresarlo mejor, al citar las palabras del eminente cardenal Schüster, arzobispo de Milán, cuando escribe: «El autor nos ofrece más que una fotografía estática de don Bosco, una película cinematográfica».

Y yo añado: desarrollada en sus tiempos, con primeros planos de cautivadora intensidad, con detalles de palabras auténticas, en su francés, que sabe a algarabía, *según apreciación de José Du Bourg, con cartas y más cartas (57 a la señorita Louvet y 76 al conde Colle) en el original francés, traducido en nuestra edición, y por tanto, sin que se puedan apreciar los matices lingüísticos, a los que alude Ceria.*

Como siempre, y dado que es sobre todo una obra cronológica, no resulta fácil calcular la dimensión de don Bosco en los diversos aspectos de su fisonomía psicológica. Porque no es un inventor, un artista, un filósofo, un escritor, un personaje épico, un caudillo... Pero cuanto más se acerca uno a él, resulta más grande que todo eso: se le ve cada vez más santo.

Hasta aquel cochero de Lyón, que le lleva por los caminos de la colina de Fourvière, lo reconoce y exclama en su lenguaje carreteril: «Es mejor llevar al diablo, que conducir a un santo».

Al comenzar el año 1883 contaba don Bosco con quinientos veinte socios en la Congregación. Todavía le preocupaba su organización y «soñaba» con ella. Y, aunque sin miedo a la quiebra, porque sabía seguro que siempre le

salía fiadora la divina Providencia, andaba tras el dinero con que comprar «alpiste» para sus «pajaritos»; dinero para pagar los viajes y la labor de sus misioneros, y dinero para librarse del peso de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús en Roma.

Y como sabía, por experiencia, que en Francia había dinero, y generosidad para darlo, allá que se va.

Sabe muy bien que la Tercera República no es terreno oficialmente abonado para ello. Pero él cuenta con los franceses buenos, que son muchos. «¡Qué buenos son los parisienses! ¡Qué corazón tienen!», dirá al año siguiente al abate Mourret, con quien se encuentra en Roma.

Cuenta, por encima de todo, con Dios y con la Virgen: diríase que ha firmado con ellos una «triple Alianza», *más poderosa, más firme y más segura que la que acaba de formar Bismarck con Prusia, Austria y Humberto I de Italia.*

Esa es la energía con que él cuenta para el viaje. No tiene otra. No tiene nada más. Por no tener, don Miguel Rúa le ha de prestar sus pantalones a la hora de emprender el viaje, como ya le prestara, otro día, Lemoyne su chaleco.

Y empieza el gran viaje de cuatro meses por Francia. Aquel hombre sencillo, que ya camina con dificultad, que ve mal y habla con cierta dificultad el francés, fascina a las gentes que le siguen por Niza, Marsella, Aviñón, Lyón, París, Lille, Amiens, Dijon, Dôle...

El dinero atestará su faltriquera y un día, en el que don Miguel Rúa «no ha recogido nada», aparecerá él con una pernera del pantalón, atada por abajo con unos tirantes, convertida en talego repleto de billetes de banco...

¡Es el resultado de su Triple Alianza*! Es él un imán constante de santidad, que atrae a grandes y pequeños, que corren tras él para verle, tocarle, pedirle y... darle.*

Puede ir tranquilo, que no va solo. Aunque le acompañan buenos secretarios ocasionales, como don Camilo de Barruel, el mismo don Miguel Rúa y otros, se diría que no los necesita: cuando hay un peligro, se presenta el perro Gris, después de tantos años sin verle, y es su guía... (Cap. II).

No importa que las turbas aprovechen los apretujones para hacerle trizas la sotana, en Aviñón, que ya le regalarán otra nueva; o que tijeras aleves le recorten, en París, toda la espalda: así darán ocasión a que le paguen repetidas veces un gabán, que en broma llega a valer miles de francos (Cap. IV).

Queda uno boquiabierto, si le sigue.

En la estación de Cannes le presentan al niño Juan Courtois en una cama: y le bendice diciendo:

—¿Qué haces ahí? ¡Levántate!

Y el chiquillo salta de la cama y echa a correr tras el tren (Cap. II).

Unos militares de muy alta graduación (¿coroneles, generales?), se arrodillan allí mismo ante él y piden su bendición.

En el Seminario de Marsella no le quieren dejar pasar: pero dice su nombre y se le abren todas las puertas.

El abate Boisard de Lyón logra que visite su gran centro educativo, donde pronuncia aquellas famosas palabras: «Si dejáis a estos muchachos víctimas de las teorías comunistas, vendrán un día, cuchillo en mano, a exigiros vuestros bienes y vuestra vida».

En París hay mucha gente que sabe de don Bosco: han leído la obra del doctor D'Espiney. Reside en casa de la señora Combaud y recibe visitas en las Oblatas del Sagrado Corazón (casa Sénislhac). Pero no hay organización posible para contener las diarias avalanchas, no bastan los secretarios, las señoritas de la comunidad, ni los mismos guardias, para dar paso a los quinientos, a los mil visitantes... Personajes distinguidos y mujercitas descalzas llenan portales, escaleras y salas. Eclesiásticos, Obispos, la prensa, el famoso benedictino Mocquereau, maestro de canto en Solesmes, el abate Dehón, fundador de los Reparadores, el escritor Pablo Bert, que le entrega su libro a corregir...

Un día llega tarde a casa Sénislhac el propio don Bosco. Y la gente, agolpada desde la misma puerta, no le deja entrar.

—Que no, que no pasa.

—Pero, ¡soy don Bosco!, dice.

Es inútil: ¡aquel don Bosco es un bromista para el público! Y que no entra.

Hace visitas, a diario, a conventos, iglesias, colegios, seminarios..., pronuncia conferencias, discursitos y sermones; explica su sistema educativo; habla de la asistencia a los muchachos y los juegos con ellos, de la confesión y la dulzura en el trato, como base de la formación, del contacto sacerdotal, razón de perseverancia. Anima a los padres Asuncionistas a editar La Croix. *Habla en el Seminario de San Sulpicio a las futuras lumbreras de la Iglesia: Bourne... Vigouroux... Derrama bendiciones, predicciones y curaciones en las hermanas de la Visitación...*

Esperonas inútiles de muchos. Cansancio de don Bosco, que se duerme hasta comiendo. Periódicos que se hacen eco del ambiente y escriben: «Es un hombre con capacidad para volver el mundo del revés».

Está invitado cada día en casas ricas, con familias distinguidas... Y él va: nada le detiene: busca el dinero de los hombres para las almas que Dios le da.

—«¡Comida, comida y comida, bendito sea Dios! ¡Vino excelente!», dirá a su secretario. Y:

—¿Cuánto ha costado la comida?, pregunta al anfitrión.

—Doce mil francos.

—Y, mientras tanto, mis chicos...

No tiene por qué apurarse: una bandeja con un sobre, que contiene doce mil francos, será el recuerdo de su visita y el resultado de... su santidad.

Aquel día en París, el otro en Lille, contemplan y admiran con edificación los convidados la mortificación del Santo. Hasta que llega el gran pastel, el «spumone» *(helado esponjado), y se corta una gran ración. ¿Pensarán que es un goloso? ¡Ca! Lo interpretan también como mortificación.*

Pero él dirá a sus muchachos, al contarlo: —Adquirid buena fama y haced lo que queráis: ¡podéis comeros un buen trozo de pastel!

Tiene fama de santo y sabe conservarla. Pasa una niña al fin del convite, dando un beso a cada convidado; llega a don Bosco y éste se adelanta y le dice: —Toma y besa esta medalla.

Le piden que muestre su habilidad de prestidigitador: pregunta él qué hora es y no encuentra el demandante su reloj en el bolsillo: ¡está en manos de don Bosco! Quiere la otra un autógrafo y él, sonriente se lo entrega: —He recibido de la señora... la cantidad de...

Habla y bendice a fundadores: Félix Rougier, Teresa Couderc.

Cautiva al príncipe Czartoryski...

Convence a escritores, como el abate Roussel, en cuya fundación benéfica de Auteil habla con Víctor Hugo. Recibe a éste, una noche a las once, en su apartamiento en casa de la señora de Combaud. Y hablan los dos, sentados en un sofá, con lenguaje culto y ateo el poeta, sencillo y con Dios, el santo. ¡Se duerme don Bosco sobre el hombro de Víctor Hugo y éste se duerme también! Se tambalean los dos y se despiertan... «—Pardon, monsieur»... *se dicen mutuamente.*

No vamos a seguir página a página al Santo. Ya le verá el lector en la iglesia donde rezaba Francisco de Sales de joven, calmando las prisas de su secretario en sacristías, asilos y librerías. El seguirá dando bendiciones, que curan, y cercado de multitudes, que se abalanzän sobre él. Irá a los Marianistas, a la Central de las Conferencias de San Vicente de Paúl, a la Escuela Militar de Saint-Cyr...

Dará conferencias con su acento extranjero y su escaso francés en los famosos púlpitos de la Madeleine y de N.ª Sra. de las Victorias. Ha de abrirse paso a duras penas; pero atrae y conmueve, abre corazones y bolsillos. Su voz apagada mantiene la atención; cuenta la historia de su obra, pide limosna y fascina con su santidad. A la salida, todo son apretujones y bendiciones. Unos tocan y otros cortan su sotana. Le acompaña el futuro cardenal Pedro Gasparri. El cardenal Lavigerie le sustituye y presenta en San Pedro, de París.

Y don Bosco dirá luego en el tren, a don Miguel Rúa: «¡Si estos señores supieran que han llevado en triunfo a un pobre aldeano de I Becchi! ¡Bromas de la Providencia!».

El viaje por Francia ocupa un tercio del libro y dura cuatro meses.

El resto del año estuvo en Turín. Salvo unos días que se vio forzado a ausentarse e ir a Frohsfdorf (Austria), en compañía de don Miguel Rúa, para bendecir al conde de Chambord (Enrique V), pretendiente legítimo al trono de Francia, desde 1836. Es un viaje impregnado de curiosos detalles: con un banquete palaciego y frases interesantes: «No es él, sino el otro (por don M. Rúa)», quien opera los milagros. Y extrañas contestaciones, como la que dio más tarde al P. Bellamy: —«Dios le había devuelto la salud para Francia, no para sí mismo, ni para ir de caza...» ¿Andaba de por medio el temor de la condesa María Teresa al patíbulo de 1793?

Estaba don Bosco en París cuando se enteró de la muerte del arzobispo Gastaldi, que había sido «su deseado», pese a sus «previsoras y misteriosas

dotes» naturales, según los expertos de la parasicología, y que tantas amarguras le había proporcionado durante diez años.

El capítulo III da una mirada retrospectiva y completa de su figura, tan importante en la biografía de don Bosco y en sus relaciones con él, a quien siempre amó y respetó y supo soportar con fortaleza, serenidad y humildad.

La señorita Mazé, su sobrina, presenta un testimonio interesante de aquel hombre de temperamento y carácter duro, impulsivo, impetuoso, de rica mentalidad, víctima de sus achaques y de las personas que le rodeaban. El día anterior a su muerte (25-III-83) fue a despedirse (?) de la Virgen en su santuario de la Consolación. «Bajo el manto de María es consolador vivir y morir».

El nuevo Arzobispo de Turín fue el cardenal Alimonda, el cual, apenas tomó posesión oficial de la diócesis, acudió a visitar a don Bosco, que le tributó una grandiosa e improvisada recepción.

Ya se conocían y se querían. Pero era además una visita lógica: un demócrata famoso había dicho: —«En Turín no hay más que dos hombres verdaderamente populares, Gianduia (personaje famoso del teatro popular piamontés) y don Bosco». Y en pleno teatro municipal se había gritado desde el público. —«En Italia hay dos legitimistas: el Papa y don Bosco».

El Oratorio seguía siendo centro de atracción de grandes personajes. Entre los nombres de los más memorables visitantes de la época figura el de Aquiles Ratti, futuro Papa Pío XI, que elevaría a don Bosco al honor de los altares.

Pertenecía entonces a la Biblioteca Ambrosiana de Milán. Fue al Oratorio, porque quería conocer su tipografía. Y tuvo ocasión de estar presente y contemplar un desfile de directores salesianos ante don Bosco: observó su comportamiento frente a una gran variedad de personas y temas; le llamó la atención su ingenuidad, su perspicacia, sus altos pensamientos. Y, al subirle a los altares, recordaba «la fortuna» de haber conocido «su figura arrebatadora, completa, su tesón por el trabajo, su presencia en todo, su espíritu de calma soberana, paciencia inagotable, caridad peculiar, de Siervo grande y fiel de la Iglesia, confiado en Dios, con Dios en espíritu».

Las famosas palabras que le dijo: «Don Bosco quiere ir a la vanguardia del progreso», retratan su atmósfera de oración, aprendida en la escuela de su madre Margarita. No es extraño que hoy se vea rodeado de una pléyade de hijos autores, tipógrafos, libreros y editores.

El tema misionero, idea que fue creciendo en don Bosco con él mismo desde los albores de su vida, fue un argumento preferido constantemente.

El 1871 soñó con el porvenir misionero de los salesianos. Otras admirables visiones abrieron a don Bosco el vastísimo campo de las misiones.

El 11 de noviembre de 1875 salieron los diez primeros misioneros enviados por él para evangelizar Patagonia y Tierra del Fuego.

Pero el año 1883, en que nos hallamos, fue el año del gran sueño misionero de América. Con precisión sobrehumana pudo describir paisajes característicos y de difícil acceso: cordilleras, bosques, ríos, lagos, minas de carbón,

petróleo, cobre, hierro, plata y oro. Cruzó mares, islas, hielos y nieves. Y vio a sus indígenas. En trenes veloces atravesó Venezuela, Guayanas, Brasil, Bolivia, La Paz... Estuvo en Uruguay, Mendoza, Argentina. Pasó sobre anchos ríos, como el Colorado y el Negro, y vio Magallanes y Punta Arenas: ¡inmenso campo de labor salesiana!

Y los sueños misioneros iban siendo ya realidad. Don Luis Lasagna habla con el Emperador del Brasil. El gran cacique Namuncurá, cuyo nombre inmortalizará en la Iglesia Católica su hijo Ceferino, negocia la paz con el ejército argentino sirviéndose de don Domingo Milanesio como intermediario.

Se van a fundar los Vicariatos en Patagonia y don Bosco propone sus candidatos: Cagliero, Costamagna y Fagnano.

Y contiene este volumen, en su capítulo XV y en el Apéndice, un ramillete de pensamientos aleccionadores y cartas ejemplares de don Bosco de una valiosa caridad e interés:

Quiere que el Boletín Salesiano *sea el lazo de unión con sus cooperadores, donde vean plasmadas sus obras, y que adquiera verdadera importancia eclesial. Recalca el interés de las crónicas de las casas. Al igual que había dibujado su idea sobre la condición del coadjutor salesiano: «amo», no siervo (Cap. IX), traza la persona del novicio y su preparación para la vida. Opina sobre los forasteros y mujeres dentro de la casa. Enseña a zarandear la criba de las vocaciones. Sostiene la autoridad eclesiástica hasta el sacrificio. Aclara cómo se puede castigar para educar (que es labor de corazón), con el sistema preventivo. Dice cómo hay que actuar en las elecciones municipales. Marca los pasos a seguir para edificar sin lujos, económica y prácticamente. No quiere que el Superior se desgaste haciendo, sino que haga hacer a los demás.*

Lo mismo que en los anteriores volúmenes aparece don Bosco en el presente como un verdadero modelo, que sabe estar siempre en su sitio.

—¡Quién me diera la suerte de Juan Bautista Lemoyne, para oír de sus labios lo que le dijo aquel día!:

«No tendré secretos para ti; ni los de mi corazón, ni los de la Congregación... Necesito un amigo íntimo para decirle mi última palabra con toda confianza».

BASILIO BUSTILLO

Madrid, 7 de febrero de 1988

[5]

INTRODUCCION

El viaje de san Juan Bosco a París fue, en el curso de su vida, un acontecimiento de primer orden; de ahí que, para darle el conveniente realce, este XVI volumen se limitará al año 1883.

Don Bosco concedió infinitas audiencias en la capital de Francia a toda clase de personas; hizo un sinfín de visitas a familias privadas, a comunidades religiosas, a iglesias; habló varias veces desde el púlpito a inmensas muchedumbres; obtuvo frenéticas ovaciones populares por calles y plazas. Nadie podía haber imaginado que, en pleno siglo diecinueve, la población de París pudiera conmoverse hasta tal extremo por la fascinación de la santidad; y sobre todo ante un pobre cura de humilde nacimiento, de porte modesto y sencillo, falto de elocuencia, escasamente versado en la lengua e italiano de nacionalidad. Parecerá leer escenas de la Leyenda de Oro, *cosas de otros tiempos, cuando en toda la Cristiandad bastaba que apareciese un hombre en concepto de santo, para despertar las más amplias y entusiastas demostraciones; sin embargo, en todo lo que aquí se cuenta, no hay nada que no esté debidamente documentado. ¡Y, aún así, lo mucho que diremos no es todo! Por desgracia, queda por decir lo que escapa para siempre a nuestras pesquisas; ya que, desde entonces en adelante, nadie emprendió a su debido tiempo metódicas investigaciones para asegurar a la historia todo el posible caudal de detalles, que en cuatro meses de peregrinación por tierras de Francia florecieron al paso de nuestro Santo. Tardías rebuscas nos han proporcionado todavía* **[6]** *un conjunto de noticias, que nos permiten entrever y deplorar la gran cantidad de otras dispersadas por el torbellino del tiempo y ya sin esperanza de alcanzarlas* [1]*. A pesar de todo, no son pocas las que llegaron hace*

[1] *AGUSTIN AUFFRAY, por medio del* Boletín *francés y personalmente, pudo rastrear y sacar a luz preciosos recuerdos, que hemos tenido en cuenta.*

cincuenta años a nuestros archivos a través de cartas, periódicos y folletos, las cuales nos han permitido compilar una narración bastante amplia y segura.

Todavía sobreviven en París firmes recuerdos, que son prueba evidente de que el paso de don Bosco por la gran metrópoli no sólo despertó una llamarada momentánea de admiración popular; lo cual ya habría sido un fenómeno de gran importancia. Una novedad en la ciudad cosmopolita debe ser muy singular, para atraer la atención del público, aunque no fuera más que durante unas horas. ¿Qué diremos, pues, de una novedad que dejó tras sí huellas tan hondas y duraderas en el recuerdo de los que fueron sus testigos? Es un hecho del que aún actualmente se reciben cartas, refiriendo episodios ignorados, y del que todavía se encuentran personas eclesiásticas y seglares, nobles y proletarias, que, con recuerdos llenos de vida y con arrebatos de sincero entusiasmo, relatan la parte de aquel lejano acontecimiento que ellos conocieron. Son cosas que invitan a exclamar: ¡Sí, verdaderamente in memoria aeterna erit iustus! *(el justo gozará de eterno recuerdo).*

La visita de don Bosco a París puede calificarse de providencial por más de un concepto. Llevó a muchos el beneficio de la salud corporal; a muchísimos la luz del consejo en las dudas, la fortaleza cristiana en los casos adversos de la vida o el cambio espiritual de conducta. Además, llegaron a sus manos grandes cantidades de dinero, que le permitieron continuar la construcción, a punto de suspenderse, de la iglesia del Sagrado Corazón en Roma, consolidar sus obras en Francia y fuera de ella y abrir las puertas para una fundación en París. Y, a través de la prensa diaria y de la múltiple correspondencia privada, se propagó en esta ocasión la fama de sus obras en general hasta las más remotas regiones del mundo civilizado; **[7]** *esta publicidad servía sustancialmente para facilitar su misión, que no estaba destinada a unas pocas naciones europeas, sino que debía traspasar las fronteras de todos los Estados del antiguo y del nuevo continente.*

Apenas si había transcurrido mes y medio desde su vuelta a Italia, cuando un episodio clamoroso volvió a llamar la atención de Francia sobre don Bosco y de rechazo la del mundo: fue el caso del Conde de Chambord. Se desarrolló éste rápidamente y por tierras austríacas; pero fue en sumo grado un acontecimiento francés. Hízolo suyo la prensa internacional y ello contribuyó bastante a aumentar el renombre del Siervo de Dios. El hecho está muy documentado, por lo que hemos podido dedicarle todo un capítulo que será leído con interés.

Aun prescindiendo de los seis largos capítulos, que únicamente tratan del viaje de don Bosco a Francia, veremos a ésta asomarse un

poquito en todo momento durante el resto del volumen. Sin embargo, las cosas de Francia no absorbieron completamente la actividad de nuestro Santo durante el año 1883; atendió también aquel año otras empresas de mucha importancia. Tales fueron el envío de sus hijos al imperio de Brasil y las negociaciones, coronadas con el éxito, para lograr de la Santa Sede la organización canónica de las Misiones Salesianas en el extremo sur de América Meridional. Tampoco faltaron otros asuntos menores, que también, según costumbre, se narrarán fielmente en este volumen.

* * *

Y se dará cuenta de ellos conforme al método seguido hasta ahora. Tenemos, entre muchas otras, una inesperada y valiosísima aprobación de que hemos elegido un buen camino. Se trata del cardenal Schüster, Arzobispo de Milán y eminente hombre de estudios, el cual, después de leer el volumen anterior, escribía[1]*: «Es un monumento único en su género, porque sin pretensiones* **[8]** *bibliográficas, el autor nos da algo más que la fotografía estática de don Bosco; nos ofrece su película cinematográfica, tal y como él la vivió y como se santificó en ella». Esta ha sido precisamente nuestra intención desde un principio.*

Y, Dios mediante, también saldrá a su debido tiempo, dentro del marco adecuado, la verdadera y legítima fotografía que fije, del modo más ajustado a la realidad histórica, la gigantesca figura de nuestro Héroe. En cuanto a las «pretensiones bibliográficas», no las podíamos tener, ya sea porque trabajamos sobre documentos de archivo y de primera mano, ya sea porque la frondosa eflorescencia de Vidas *no aporta reales colaboraciones biográficas, pues, en general, se sacan los informes de una única fuente, que es la de Lemoyne*[1]*. Indicamos siempre las biografías contemporáneas de don Bosco, pero más como hechos que como fuentes, puesto que éstas están sacadas de los* Cinco lustros del Oratorio, *obra de don Juan Bonetti, que apareció primero por entregas en los* Boletines *italiano y francés, y que Lemoyne hizo suya e incorporó en sus nueve volúmenes de las* Memorias Biográficas; *lo mismo que también se sirvió, en su tiempo y lugar, de varias monografías de don Juan Bautista Francesia, tales, como* Los paseos de

---

[1] *Carta a don Luis Colombo, inspector salesiano, 3 de octubre de 1934.*

[1] *Es decir, de los nueve volúmenes de* Memorias Biográficas *publicados por él y que van hasta el 1870 inclusive, y de su* Vida *en dos volúmenes.*

don Bosco y Dos meses con don Bosco en Roma; *buenos datos todos ellos, anteriores al 1875, de donde nosotros hemos arrancado en nuestra narración. Unicamente la biografía del Santo, original de monseñor Salotti, aporta nuevas impresiones y detalles, sacados de la última fase de los Procesos Apostólicos, en la que él fue* pars magna *y de la que la muerte impidió a Lemoyne que pudiera valerse. También don Fidel Giraudi nos proporciona algunas añadiduras y rectificaciones en su conocida monografía*[1]*; pero no pertenecen éstas a los años, que comprende el período que se nos ha confiado. Don Alberto Caviglia acumula nuevos datos sobre don Bosco escritor, en la edición crítica de sus obras; pero también éste es un material que completará las* Memorias Biográficas *anteriores. En las breves publicaciones locales de ocasión o en la prensa periódica asoman* **[9]** *a veces acá y allá noticias de dichos y hechos todavía no conocidos; evidentemente los recogemos como precioso tesoro en el texto o en el apéndice, según el tiempo a que se refieren.*

* * *

El matiz francés que domina en este volumen nos ha aconsejado cerrarlo con dos notabilísimos epistolarios, que no podrían encontrar lugar más adecuado. Se trata de cincuenta y siete cartas dirigidas a la señorita Louvet y setenta y seis a los condes Colle, todas ellas, menos una, escritas en francés. Verdad es que hay dos capítulos del volumen anterior, en los que ya hemos sacado amplio partido de esta correspondencia; pero su lectura habrá despertado, a no dudarlo, el deseo de saborear directa y totalmente los originales. He aquí, pues, la ocasión propicia, que aprovechamos para satisfacer tan legítimo deseo.

Se nos presentaba para ello una dificultad. Don Bosco, que conocía el francés más por la práctica que por la gramática y, además, solía escribir a vuela pluma en medio de un montón de quehaceres que no le daban tregua, cae a menudo en faltas de ortografía, de léxico y sintaxis. Hay otras anomalías que prestan a su estilo una nota de candor que se hermana simpáticamente con la santa simplicidad de su ánimo. ¿Cómo proceder, pues? ¿Era preferible retocar los originales al imprimirlos o reproducirlos íntegramente? Se ha considerado más conforme a los buenos procedimientos no tener en cuenta consideraciones extrañas y publicar textualmente los autógrafos, que están, todos ellos, en nuestro poder. ¿No vemos acaso en la muy reciente publi-

[1] El Oratorio de don Bosco, *Turín S.E.I., Segunda edición.*

cación de la correspondencia epistolar de Napoleón I con María Luisa durante la primera campaña contra los Aliados, cómo también el gran Emperador era víctima de frecuentes distracciones del mismo género? Por lo demás, como el defectuoso hablar de don Bosco no ofendía la proverbial delicadeza de los oídos parisienses, tampoco su desaliñada manera de escribir hará fruncir las cejas a los avisados lectores. Desde luego, aquel sucederse de faltas formales **[10]** *tenía sin cuidado a los destinatarios, cautivados por el encanto de las ideas y sentimientos, pues, en ellos, traslucíase siempre limpio y preciso el pensamiento,* señalado perfectamente por el molde interior. *La santidad, que suplía las deficiencias oratorias, reparaba con creces los defectos literarios.*

En el apéndice de éste, lo mismo que en los volúmenes anteriores, aparecerán otras cartas del Santo escritas en francés, más correcto. Tan insólita corrección se debe a la pluma de los que las transcribieron para enviar su copia a Turín. Al faltarnos toda posibilidad de comparación se hizo de necesidad virtud, y se presentó el texto modificado antes que, por semejantes alteraciones accidentales, privar de aquellos documentos a los lectores de las Memorias Biográficas.

Porque, sin lugar a dudas, es un deleite poder comunicarse tan abundantemente y por camino tan inmediato con el alma de don Bosco. Lo que pasaba por su mente mientras escribía saltó tal cual al papel, de suerte que nosotros, con seguridad y sin trabajo mental de reflexión, a través de su cristalina dicción, penetramos en su interior, deleitándonos con una visión que serena el espíritu y lo eleva por encima de las caducidades humanas [1].

* * *

Y una observación más. En los capítulos que narran el viaje a Francia se encontrarán reflexiones e impresiones repetidas más de una vez, por ser hijas de circunstancias análogas; pero proceden de ambientes y de personas, que nada tuvieron que ver unas con otras. Se optó por abrir la mano, al referir tantas apreciaciones sustancialmente similares, porque, de esa homogeneidad de juicios, en medio de tan gran disparidad de jueces, parece desprenderse una documentación más imponente sobre las cualidades excepcionales que brillaron en un hombre tan extraordinario.

Volviendo a Francia, conviene también decir que, en aquella na-

[1] *Naturalmente, todas estas consideraciones sobre el casticismo y la «gramatiquería» del francés de don Bosco escapan a nuestra traducción española.* (N. del T.).

ción, fue lo mismo conocer a don Bosco que comprender el alcance de su misión. No han faltado pruebas de ello **[11]** *en los volúmenes anteriores; pero abundan en éste. Tal comprensión acompañó después al desarrollo de su obra y no da muestras de menguar hoy en día, como dan fe de ello las más recientes publicaciones. En la época de las fiestas de la canonización, hubo un autorizado periódico de gran difusión, allende los Alpes* [1]*, que le dedicó un estudio profundo, en el que, entre los nueve Santos canonizados durante el año jubilar de la Redención, juzgaba a san Juan Bosco merecedor de especial consideración, porque él nos ofrecía en sí mismo, más que los otros ocho, un modelo acabado para las condiciones y exigencias del apostolado de hoy. Y las razones, condensadas en el espacio de pocas páginas, eran lo más convincentes que se pudiera desear y, en su conjunto, no habían escapado a los observadores franceses contemporáneos del Santo. Este carácter de actualidad, que, como dicen los franceses, hace que esté* à la page *(al día), añade a sus* Memorias Biográficas *un poderoso atractivo.*

Turín, 1934.

EUGENIO CERIA

[1] L'Ami du Clergé, *24 de mayo de 1934.*

[13]

CAPITULO I

ESTADO DE LA CONGREGACION EN ENERO DE 1882. SUEÑO DE DON FRANCISCO PROVERA. COOPERADORES Y CONFERENCIAS. PREPARATIVOS PARA EL VIAJE A FRANCIA

LA estadística de la Congregación de 1880 a 1883 [1], señala el normal crecimiento de un Instituto, que, una vez logrado su asiento definitivo interior, marcha con paso firme y regular hacia su porvenir, llevando consigo, año tras año, una cantidad de nuevos elementos superior a la suma de las pérdidas inevitables, ocasionadas por defunciones y defecciones. El cómputo sobre el catálogo de este año arroja los siguientes resultados:

Profesos perpetuos	484
Profesos trienales	36
Novicios	173
Aspirantes	190
(Sacerdotes, 184)	

En comparación con los datos de 1880, los profesos trienales son menos de la mitad; pero recuerden los lectores que, en los **[14]** ejercicios del año anterior, don Bosco afirmó resueltamente su pensamiento de querer reducir a la mínima expresión los votos temporales [2].

En el cuadro del Capítulo Superior, encontramos dos novedades después del 1882. Don Antonio Sala sustituye a don Carlos Ghivarello como Ecónomo General; don Juan Bonetti es Consejero en lugar de don Antonio Sala; y don Julio Barberis figura como miembro efectivo del Capítulo Superior, con el título de Maestro de Novicios.

A las cuatro Inspectorías de 1880 se han añadido otras dos: la francesa, que se desmembró de la ligurina, y la americana que se dividió en dos, con las nuevas denominaciones de Inspectoría argentina e Inspectoría de Uruguay y Brasil, como diremos más adelante. La

[1] Véase vol. XIV, pág. 336.
[2] Véase vol. XIV, pág. 312.

romana seguía llamándose así convencionalmente, atendiendo a que comprendía, junto con las casas de Magliano, Roma y Faenza, las de Randazzo y Utrera; la gobernaba, como antes, don Celestino Durando.

La mayoría de los novicios procedía siempre del Oratorio, de donde, al menos los dos tercios de los alumnos del último curso, pasaban ciertamente a San Benigno; pero don Bosco, a fuerza de buen pescador de vocaciones, no perdía ocasión de echar el anzuelo también en los colegios. Los alumnos de don Herminio Borio, de Lanzo, le habían escrito con su profesor en las fiestas navideñas; al responderles, acudió él a uno de sus pequeños ardides, para hacer reflexionar a los mayorcitos acerca de su porvenir.

Mi querido Borio:

Tu carta y la de algunos de tus alumnos me causaron gran satisfacción. Ya sé que sus expresiones pueden considerarse como procedentes de todos sus compañeros; y tú darás las gracias de mi parte a todos tus queridos alumnos. Diles que los quiero a todos en J. C., que cada mañana los recuerdo en la santa misa; pero que recen también ellos por mí, especialmente con alguna fervorosa comunión.

Quiero proponer un acertijo y prometo un premio y también premios a los que lo acierten. S.S.S.S.S. Quien tenga la clave **[15]** de estas cinco eses y las practique, puede esperar con fundamento alcanzar el paraíso terrenal, en este mundo, y el paraíso celeste, en el otro.

Saluda muy cordialmente de mi parte a tus alumnos, a todos los cuales recomiendo que estén muy alegres, pero alegres en el Señor. Tú saluda al señor Director, da una bendición eficaz a la tosecilla de don Mollano y considérame siempre en J. C.

Turín, 16 de enero de 1883.

Tu afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Ninguno presentó la solución del acertijo; don Bosco nos dijo que las cinco enigmáticas letras querían indicar: *Sano, Sabio, Santo, Sacerdote, Salesiano.*

A mediados de enero, soñó con don Francisco Provera, el cual le dio avisos importantes para la buena marcha de la Congregación: depuración de los socios, trabajo y vigilancia de los superiores a los muchachos, frecuencia de los sacramentos [1]. Referimos exactamente la narración consignada en un autógrafo suyo [2].

---

[1] Con fecha 29 de enero de 1883, existe en el archivo (32-I) una larga circular titulada: *Castigos a imponer en las casas salesianas.* Está escrita de puño y letra de don Miguel Rúa, incluso la firma: Sac. JUAN BOSCO. No nos consta que haya sido publicada nunca (Ap. Doc. núm. 1).

[2] Arch. Sal. Autógrafos de don Bosco, núm. 369.

La noche del 17 al 18 de enero de 1883, soñé que salía del comedor con otros sacerdotes de la Congregación. Cuando estuve en la puerta me di cuenta de que, junto a mí, iba un sacerdote desconocido; pero, al fijarme bien en él, me di cuenta de que era don Francisco Provera, nuestro antiguo hermano. Era un poco más alto de estatura que cuando estaba en esta vida mortal. Iba vestido de nuevo, con cara fresca y sonriente, despedía una especie de claridad y parecía querer seguir adelante.

—Don Francisco, le dije: ¿eres realmente don Francisco Provera?

—Sí, soy Provera, respondió. Y, al decir esto, su rostro se tornó tan hermoso y tan resplandeciente que difícilmente se podían fijar los ojos en él.

—Si eres verdaderamente don Francisco Provera, no huyas de mí; espera un momento. Mas, por favor, no me dejes tu sombra en las manos y desaparezcas, sino permite que te hable.

[16] —Sí, sí; hable que le escucharé.

—¿Te has salvado?

—Sí, me he salvado; me he salvado por la misericordia de Dios.

—¿Qué es lo que gozas en la otra vida?

—Todo cuanto el corazón puede imaginar y la mente es capaz de concebir, el ojo ver y la lengua expresar.

Dicho esto, hizo ademán como de quererse marchar y su mano, que yo tenía estrechada, se iba tornando casi insensible.

—No, le dije, no te vayas, sino háblame y dime algo que me interese.

—Continúe trabajando. Le aguardan muchas cosas.

—¿Aún por mucho tiempo?

—No mucho. Pero trabaje haciendo todos los esfuerzos posibles, como si tuviese que vivir siempre, pero... esté siempre bien preparado.

—¿Y para los hermanos de la Congregación?

—A los hermanos de la Congregación, recomiéndeles una y otra vez el fervor.

—¿Cómo hacer para conseguirlo?

—Nos lo dice el jefe supremo de los maestros. Tome una podadera bien afilada y proceda como un buen viñador; corte los sarmientos secos o inútiles para la vid. Entonces se tornará vigorosa y producirá copiosos frutos y lo que más importa: dará frutos durante mucho tiempo.

—¿Y a nuestros hermanos qué debo decirles?

—A mis amigos, añadió con voz más fuerte, a mis hermanos, dígales que les está reservado un gran premio, pero que Dios lo otorga solamente a los que perseveraren en las batallas del Señor.

—¿Qué me recomiendas para nuestros jóvenes?

—Con nuestros jóvenes se debe emplear trabajo y vigilancia.

—¿Y qué más?

—Vigilancia y trabajo, trabajo y vigilancia.

—¿Qué han de practicar nuestros jóvenes para asegurarse la salvación eterna?

—Que se alimenten con frecuencia con el manjar de los fuertes y hagan propósitos firmes en la confesión.

—Dime algo que deban hacer preferentemente en este mundo.

En aquel momento un vivísimo resplandor revistió toda su persona y yo tuve que bajar los ojos, porque la mirada no podía resistir, como cuando se observa fijamente la luz eléctrica, aunque aquélla era mucho más viva que la que vemos ordinariamente. Seguidamente comenzó a hablar de forma que parecía que cantara:

—Gloria a Dios Padre, gloria a Dios Hijo, gloria a Dios Espíritu Santo. A Dios que era, es y será el juez de vivos y muertos.

Yo quise hablar, pero él, con la voz más hermosa y sonora que se pueda imaginar, comenzó a entonar solemnemente:

—*Laudate Dominum omnes gentes,* etc.

Un coro de millares de voces provenientes de los pórticos **[17]** y de la escalera respondieron o, mejor dicho, se unieron a él cantando:

—*Quoniam confirmata est,* etc., hasta el *Gloria,* inclusive.

Varias veces hice un esfuerzo para abrir los ojos y ver quiénes cantaban, pero todo fue inútil, porque la intensidad y la viveza de la luz obstaculizaba la visibilidad.

Finalmente se oyó cantar: *Amén.*

Terminado el canto, todo volvió a su estado normal; pero no vi más a don Francisco Provera, sino simplemente su sombra, que desapareció inmediatamente.

Me dirigí entonces a los pórticos donde estaban los sacerdotes, los clérigos y los jóvenes. Les pregunté si habían visto a don Francisco Provera. Y todos me respondieron que no. Les pregunté también si habían oído cantar y me contestaron igualmente que no.

Al escuchar tales respuestas, quedé un poco mortificado y dije:

—Lo que he oído de labios de don Francisco Provera y el canto que he escuchado es todo un sueño. Venid, pues, a escucharlo que os lo voy a contar.

Y lo conté como lo acabo de hacer. Don Miguel Rúa, don Juan Cagliero y otros sacerdotes me hicieron numerosas preguntas a las que di la consiguiente respuesta.

Pero me encontraba tan cansado que apenas si podía respirar y así me desperté. En aquel momento, sonaron los cuartos de las horas y, después, las dos de la madrugada.

También el cuerpo auxiliar de la Congregación, a saber, la pía asociación de los Cooperadores y Cooperadoras progresaba en número y unión. A este tiempo pertenece una hoja poligrafiada, que se enviaba a los decuriones parroquiales y directores diocesanos, para que registraran en ella los nombres y los donativos de los asociados, enviando después todo al Oratorio [1]; a los directores diocesanos se les daban, además, otras instrucciones por medio de una circular especial [2]. Para los Decuriones se añadían diecisiete *Normas Generales,* a la espera de que se compusiese un manual expreso [3]. El *Boletín* se iba perfeccionando gradualmente y se convertía cada día más, en el órgano eficaz de la Asociación, mediante sus comunicaciones y sus informes sobre las conferencias salesianas, que se daban en muchos centros grandes y pequeños; sus necrologías de Cooperadores insignes, sus listas mensuales de Cooperadores difuntos. En la acostumbrada circular del mes de enero, se habla de casi quinientos cooperadores

[1] Véase Apéndice, doc. núm. 2.
[2] Véase Apéndice, doc. núm. 3.
[3] Véase Apéndice, doc. núm. 4.

pasados a mejor vida durante **[18]** el año 1882 [1]. Para mantener a los más distinguidos de ellos encariñados con la Obra, ayudaba mucho la costumbre que don Bosco tenía de visitarlos personalmente en sus viajes. Por eso, escribía en la segunda mitad de enero, apresuradamente, a don Domingo Belmonte, director de la casa de Sampierdarena, que reuniese a su paso por allí el mayor número posible de ellos.

Carísimo Belmonte:

Si Dios quiere, el treinta y uno de los corrientes, a las nueve y media de la mañana, saldré de Turín para llegar a Génova a las dos de la tarde. Estaré ahí hasta el lunes por la mañana.

Si te parece bien, puedes comunicárselo a la señora Migone e hijos; al señor José Podestà Cataldi, Carolina Cataldi; a casa Dufour, al marqués Montezémolo.

A un tal José, buen cooperador, que perdió a su mujer hace dos años; a la señora Lucía Cataldi; a Isabel Acquarona. A los Decuriones Salesianos. A aquel señor que, el año pasado, entregó a la casa de Sampierdarena de cuatro a seis mil liras. Rogad de mi parte al señor Rusca que tenga a bien aceptar el actuar de mayordomo en la fiesta de san Francisco de Sales. Puede celebrarse ésta el día cuatro de febrero, si no perturba vuestras cosas.

Si tienes algún otro a quien comunicárselo, puedes hacerlo diciendo a todos que preparen dinero para pagar nuestros *pouf* (deudas).

Yo mismo escribiré la carta para la señora Ghiglini, que tú llevarás o enviarás.

Dios nos bendiga a todos y créeme en J. C.

Afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

El número de Cooperadores aumentaba también mucho en los países de lengua italiana sometidos a Austria; lo cual suponía un gasto considerable para el envío del *Boletín.* Don Bosco pensó en librarse de él. Con este fin escribió una súplica, para enviarla después de su salida, al Ministro imperial de Comercio, pidiendo franquicia postal para la revista en los dominios austríacos de lengua italiana.

[19] *Excelentísimo Señor:*

Con todo respeto, aunque el abajo firmante no pertenezca a esa respetable nación Austro-Húngara, se atreve a recurrir a Su Excelencia para obtener un favor que no le concierne personalmente, pero sí al bien de la sociedad civil.

Ya hace más de cuarenta años que se ha dedicado a la educación moral y civil de la juventud, especialmente pobre y abandonada, abriendo Casas, Centros y Colegios en diversas ciudades de Italia, Francia y América del Sur. Son ciento cincuenta en la

[1] No traemos aquí estas circulares, porque, aunque llevan la firma de don Bosco, eran redactadas por don Juan Bonetti, de acuerdo con las instrucciones que él le daba. Acudiremos a ellas como a fuentes de información.

actualidad y en ellas se educan para la religión y la sociedad civil más de ciento cuarenta mil, entre muchachos y muchachas. Los muchachos están dirigidos por una Pía Sociedad con el título de *San Francisco de Sales,* compuesta por seglares y sacerdotes licenciados en diversos géneros de estudios y todos dependientes del que esto escribe; mientras las muchachas son dirigidas e instruidas por una Congregación femenina con el nombre de *Hijas de María Auxiliadora.*

Los gastos diarios para el sustento, alojamiento, vestido e instrucción, son enormes y el que suscribe, carente de medios, va adelante gracias a la caridad pública.

Para este fin, instituyó entre los seglares la Pía Sociedad de los *Cooperadores Salesianos,* aprobada por el Papa Pío IX y bendecida por el actual Pontífice, la cual tiene la finalidad de ayudar con medios morales y pecuniarios las obras de utilidad civil y religiosa.

A éstos se les envía mensualmente una revista, titulada *Boletín Salesiano,* totalmente ajena a cualquier partido político y tiene por objeto comunicar a los Socios cuanto se hace en los Institutos por él fundados y animarlos a promover las buenas costumbres en el pueblo, especialmente entre la juventud. Se publica en italiano, francés y español [1]; se considera en la obligación de enviar una colección del mismo, impreso en italiano, para que lo pueda examinar. Es una publicación similar a los Anales de la Propagación de la Fe y de la Santa Infancia.

Como son bastantes los jóvenes del Tirol atendidos y educados en sus centros, se ha formado un grupo de *Cooperadores Salesianos* tiroleses, triestinos y dálmatas, a los que se envía mensualmente el *Boletín.* Los gastos de correo, que el abajo firmante debe hacer para el envío, son elevados, y naturalmente con perjuicio para muchos pobres niños abandonados.

Por este motivo, se atreve a recurrir a Su Excelencia, suplicando se digne conceder por gran favor la *Franquicia Postal* para los ejemplares de dicha revista que se envían a ese Imperio.

[20] En tal caso, se enviarían por ferrocarril a Trento a una persona determinada que los entregaría a la oficina de correos estampando en ellos un sello que diga: *Dirección del Boletín Salesiano de Turín,* o cualquier otra indicación que Su Excelencia indicare.

El abajo firmante confía que, en atención a los pobres muchachos súbditos austríacos, educados en los centros salesianos para el fin eminentemente caritativo de la Pía Asociación, tenga a bien Su Excelencia conceder cuanto pide, al tiempo que anticipadamente le da las más rendidas gracias y pide a Dios lo conceda toda suerte de bienes.

Turín, febrero de 1883.

JUAN BOSCO, *Pbro.*

No se envió la súplica directamente al Ministro, sino a través del Vicario Apostólico Castrense, a quien don Bosco se la recomendaba con una carta que no hemos podido encontrar. El Prelado se informó antes confidencialmente en el Ministerio de si aquello era posible y le respondieron que las leyes no permitían se concediera franquicia al-

[1] El Boletín español estaba entonces en fase de preparación.

guna a diarios y periódicos extranjeros. Al participar el Prelado a don Bosco esta comunicación, sugeríale muy cortésmente se dirigiera con el mismo objeto a la Embajada Austríaca en Italia y obtuviera, por el mismo trámite, que miembros de la Corte Imperial se dignasen permitir ser agregados a la Asociación de los Cooperadores. De este modo, se les podría enviar el *Boletín* y facilitar la concesión del favor. Como se comprende, este Prelado austríaco miraba con benevolencia la introducción de la revista religiosa italiana [1].

Aquel año de 1883 se celebraron muchas conferencias para los Cooperadores antes y después de la fiesta de san Francisco de Sales; el *Boletín* de marzo daba la noticia de doce, pero aseguraba que se habían celebrado muchas más. En Turín habló don Bosco el veinticinco de enero en la iglesia de San Juan Evangelista; hemos encontrado los siguientes apuntes para su conferencia, escritos por él mismo en un cuaderno [2].

25-1-83

[21]

Conferencia dada en la iglesia de San Juan Evangelista

Se da un breve informe de la situación de lo recomendado a los cooperadores para el año 1882 y de lo propuesto a los mismos para el 1883.

Como ya se ha hecho mención de todo esto en la carta publicada en el *Boletín* para la felicitación de Año Nuevo a los Cooperadores, aquí se dará explicación, a manera de conferencia, a las diversas cuestiones que, por escrito o personalmente, plantearon nuestros cooperadores o sus amigos.

1.º Se pregunta qué significa cooperador, y si ésta es una asociación exclusiva.

La finalidad de la asociación es unir a los buenos cristianos para hacer el bien a la sociedad civil, y promover las buenas costumbres, especialmente en favor de la juventud que está en peligro.

Hay muchos medios y muchas maneras para ello, pero nos limitamos a ocuparnos de la juventud que está en peligro según nuestro reglamento.

Esta asociación está aprobada por el Padre Santo, que es su cabeza y la enriqueció con muchas indulgencias.

2.º ¿La asociación de los Cooperadores se opone a la de los terciarios de San Francisco de Asís?

La asociación de los Cooperadores no sólo no se opone a la de los terciarios, sino que la completa. El mismo Pontífice Pío IX, contestando a esta duda, dijo:

.—El mundo es materialista y por esto hemos de hacerle ver cosas materiales, como a primera vista se presentan las de los Cooperadores.

Los terciarios de San Francisco de Asís tienen como fin principal la santificación con la práctica de la piedad y los cooperadores tienen como base la práctica de la caridad. Pero unos y otros trabajan por la mayor gloria de Dios y el bien de las almas.

---

[1] También el tenor de la carta, escrita en latín, demuestra sentimientos muy benévolos (Apénd. Doc. núm. 5).

[2] Arch. Sal., autógrafo de don Bosco, núm. 311.

Por esto, todos los terciarios pueden asociarse a los cooperadores salesianos, lo mismo que todo cooperador puede inscribirse en los terciarios franciscanos o dominicos y, así, aprovechar dos fuentes de gracias, bendiciones y santas indulgencias.

3.º ¿Puede inscribirse toda una familia, una comunidad religiosa, un centro de educación, un colegio y hasta una parroquia?

El padre, la madre o quien haga sus veces puede inscribirse o simplemente representar a su familia. Por ejemplo, escríbase el nombre de uno con toda su familia, con su comunidad o el director con los alumnos de su colegio. Pero es necesario que cada uno cumpla las condiciones de cooperador y haga durante el año, al menos alguna de las obras de caridad indicadas por el reglamento, por ejemplo, etc... La misma norma se deberá seguir en las comunidades, en los colegios o centros de educación, en las parroquias y grupos semejantes.

4.º ¿Los cooperadores no despertarán sospechas en cuanto a política?

No, por cierto. La misión del cooperador es la de promover las buenas costumbres, impedir el hurto, disminuir los rateros y disminuir **[22]** el gran número de los que, abandonados por plazas y calles, van desgraciadamente a acabar en una cárcel.

Por consiguiente, cualquier gobierno, cualquier edad y condición lo menos que puede desear es una asociación de hombres, guiados por el espíritu de caridad que se prestan a hacer tales obras.

5.º ¿Y qué decir de tantas herencias que, según cuentan, legan a don Bosco cada día?

Efectivamente he de declarar aquí que, cada día hay algún diario que anuncia una pingüe herencia. Pero, tras diligentes investigaciones de nombre, apellidos y domicilio del benemérito testador, nunca supieron dar indicaciones precisas. Alguna modesta herencia se nos dejó, pero, con tantas y tales cargas, que las más de las veces hubo que renunciar a ella.

Hace pocos días un cooperador me notificó una cuantiosa herencia y hasta me anunciaba una importante cantidad de monedas de oro que sólo esperaban a que don Bosco o un encargado suyo fuese a recogerlas.

A pesar del mal tiempo y el largo viaje, envié en seguida a dos personas de confianza para cumplir el encargo. Y ¿qué resultó? Que el testamento estaba bien hecho y según ley. Pero, cuando se pusieron a buscar la importante cantidad de dinero, no fue posible hallarla. Después de minuciosas y cuidadosas pesquisas, se encontró una caja en un escondrijo y en ella el gran tesoro: ¡un franco con sesenta céntimos!

Por éste, podéis comprender la verdad de otros vistosos legados hechos a don Bosco.

6.º Pero, así y todo, don Bosco es rico.

Para haceros una idea de las grandes riquezas de don Bosco, es preciso tengáis en cuenta que, en todas nuestras casas, no hay ni un céntimo de renta y que los impuestos de las mismas, con algún huertecito al lado, pasan de las treinta y tres mil liras.

Son también muy ciertos los gastos de construcciones y reparaciones, mobiliario, ropa y alimentación para el número de jóvenes, que la divina Providencia nos envía cada día.

Pero me veo obligado a corregir alguna expresión. Porque si yo soy pobre, cuando me considero solo, resulto muy rico cuando considero que la divina Providencia viene cada día, y podemos decir a cada momento, en nuestro auxilio. Yo soy muy rico gracias a vuestra caridad, beneméritos cooperadores, a esa caridad industriosa con la que, poniendo por base que vuestra mano derecha no sepa lo que hace la

izquierda, acudís en nuestra ayuda de tantos modos. ¡Ah, si me fuera permitido descorrer el velo que cubre tantas obras industriosas de caridad, como muchos de vosotros hacéis a lo largo del año, se verían cosas dignas de contarse entre las gestas de los fieles cristianos de los primeros siglos!

Me limitaré a algunos hechos callando nombres y lugares. Hay personas que encuentran la manera de ahorrar, trabajando sin descanso en obras de caridad, como coser y remendar la **[23]** ropa hecha jirones, hacer calcetines, camisas; y después lo traen diciendo: —Esto para vestir a los pobrecitos de Jesús—. Hay otros que limitan incluso la calidad y cantidad de los alimentos, de la ropa, de las alfombras; dejan para más tarde la renovación del coche o renuncian a él, y lo hacen, según ellos dicen, para reunir algún dinero con que dar de comer a los hambrientos y de beber a los sedientos. Conozco personas acomodadas y de elevada condición que hacen largos viajes junto con los más pobres, renuncian a todo boato y comodidad; se privan de ir a honestos esparcimientos, reducen el número de personas de servicio, convirtiéndose, por así decir, en servidores de sí mismos, con el único fin de disponer de algún dinero más, para dedicarlos a obras de caridad [1]. Y algunos aprovechan el veraneo para confeccionar o reparar prendas de vestir para los niños pobres.

No hace mucho tiempo, entró cierta persona en una de nuestras casas y vio que bastantes muchachos llevaban ropa de verano. Se conmovió y, al enterarse de que la carencia de medios impedía hacer las necesarias provisiones, quiso remediarlo ella misma, y, antes de que acabara el día, aun con grave sacrificio de su parte, proporcionó la ropa necesaria a aquellos pobrecitos de J. C.

Un rico señor, cuyo nombre también debo callar, supo que en otra casa escaseaba el pan, pues el panadero se negaba a darlo por la gran deuda que ya se había contraído con él. Como no tenía dinero disponible en aquel momento, no vaciló en deshacerse de algunos valores fiduciarios, para pagar aquella deuda y así poner al panadero en condiciones de seguir dando de comer a los hambrientos.

Y no sigo esta relación, que podría ser muy larga; pero no puedo dejar de bendecir a Dios, bendecir la santa religión católica que infunde tanta fe en el corazón de sus hijos, que infunde tanta caridad en quienes la profesan. Sí, doy las gracias, etc.

La *Unità Cattolica* del día primero de febrero, después de compendiar brevemente el discurso y describir la impresión producida por sus palabras, observaba que los oyentes habían quedado convencidos de tres cosas, a saber: que don Bosco no era solamente un amigo, un padre, sino también un elocuente abogado de la juventud; que, si hubiese tenido medios, a la medida de su celo y su fuerza de voluntad, habría cambiado la faz del mundo; y que ayudar a sus instituciones era hacer una obra no sólo católica, sino también filantrópica y social.

[24] Después de la conferencia sucedió un gracioso episodio, que solía contar don Mayorino Borgatello. Al ir don Bosco desde la sacristía hasta el despacho del Rector de la iglesia, se encontró en el pasillo con un grupo de nobles señoras, que esperaban allí para saludarlo. Se

[1] Un Cooperador que practicaba exactamente todo esto era el conde Próspero Balbo, de Turín, a quien recuerdan los más ancianos de los nuestros.

detuvo a hablar afablemente con ellas. El padre Borgatello, que estaba presente, se extrañó en sus adentros al ver la familiaridad con que el Santo trataba a personas de otro sexo. Rumiaba todavía este pensamiento, cuando el Siervo de Dios, después de despedirse de aquellas Cooperadoras, volvióse a él y le dijo al oído:

—Ya lo ves, no hay que hacer consistir la santidad en lo exterior.

Ignorasen o no que don Bosco había sido siempre martillo de los protestantes en Turín y en otras partes, algunos Cooperadores, animados por el espíritu de su Asociación y pasmados ante lo que los protestantes de allende los Alpes venían perpetrando en Italia, le enviaron un cuadro sinóptico, en el que, de un golpe de vista, podía ver la actividad de la nefasta propaganda [1]. En el margen superior de la hoja se leía: «¡Vea don Bosco lo que hicieron hasta ahora los protestantes en Italia! ¿Qué debemos hacer nosotros al considerar tanto mal?». Al pasar la mirada sobre aquella hoja hubo de complacerse una vez más por haber llevado a efecto una oportunísima idea, a saber, la reimpresión, que acababa de hacer, de uno de sus antiguos trabajos. En las *Lecturas Católicas* del 1853 había publicado seis folletos con una apología de la Iglesia contra los innovadores de la Reforma que tituló *El católico instruido.* Preparó, pues, una nueva publicación de aquella obra y añadió, corrigió y reunió las diversas partes en un solo volumen que tituló *El católico en el mundo.* Como libro «de poco bulto», lo calificó la *Civiltà Cattolica,* «pero todo él lleno de jugo y sustancia de doctrina católica» [2]. En efecto, obtuvo el honor de varias ediciones y todavía es apreciado y buscado.

Por su parte él consideraba siempre sus *Lecturas Católicas* como una óptima defensa popular contra la encarnizada propaganda **[25]** anticatólica; por eso, en aquel momento en que, a la sombra de la iglesia de San Juan, se iba creando un nuevo centro de actividad religiosa en la ciudad, quería que la publicación mensual se difundiese desde allí lo más ampliamente posible a su alrededor. Este fue un motivo de la cartita, que escribió el día ocho de enero a don Juan Marenco, Rector de la iglesia.

Queridísimo Marenco:

He dicho a Barale [3] que se entienda contigo para ocuparse de las *Lecturas Católicas* y de su difusión. El prometió hacerlo de corazón y me escribió la carta que te adjunto.

---

[1] Véase Apéndice, doc. núm. 6.

[2] Vol. III del 1883, pág. 81 (Apéndice, doc. núm. 7).

[3] Coadjutor salesiano, director de la Librería Salesiana.

Cuando vengas al Oratorio, habla con él y, junto con don Juan Bonetti, trazaréis el plan de batalla.

Dios te bendiga a ti, a tus obras y a tu familia.

Rogad por mí.

Turín, 8-83.

Afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Antes de salir del Oratorio dio otro solemne testimonio de su celo por la conservación de la fe. Ya hemos hablado del impío y descarado periódico que se publicaba en Turín y llevaba por título el nombre adorable del Salvador [1]. Las cosas habían llegado al extremo. Los vendedores lo anunciaban a voz en grito por las calles; había grandes cartelones pegados en las paredes; manos sacrílegas escribían en muchos lugares con pintura negra sobre las losas de los pórticos aquel nombre adorable, como para obligar a la gente a pisotearlo. Gente del hampa observaba a las personas religiosas y, al verlas hacer un ademán de horror y dar un rodeo, reían burlonamente. Se acudió al Fiscal de los Tribunales para que pusiera coto al escándalo, pero se escabullía, amparándose tras la ley de libertad de prensa [2]. Hubo mozos valientes que con un detergente químico borraban a primeras horas de la mañana aquel sagrado nombre, **[26]** aunque estaba escrito con barnices que calaban la piedra. La indignación de los buenos llegaba al colmo; y, sin embargo, no aparecía ninguna protesta de la autoridad eclesiástica. Aunque los diarios católicos gritaban, parecía que se ignoraba lo que sucedía en la ciudad. Ya era hora de moverse.

Entonces don Bosco ordenó a don Juan Bonetti que alzara la voz en el *Boletín,* leído en Italia por muchos que no leían la *Unità Cattolica.* Aquella alma impetuosa escribió un artículo largo y brioso que tituló *Jesucristo nuestro Dios y nuestro Rey* y lo cerró con una ardorosa profesión de fe y amor. Gustóle tanto a don Bosco que convenció al autor para publicarlo enseguida, en forma de folleto, y repartirlo gratuitamente entre el pueblo de Turín. Con permiso de la autoridad eclesiástica, se cumplió inmediatamente su deseo después de la salida del Siervo de Dios; y la Sociedad de Obreros Católicos repartió hasta cien mil ejemplares en un solo domingo de febrero, a las puertas de todas las iglesias de Turín [3].

---

[1] Véase *M. B.,* vol. XV, pág. 340.

[2] Don Juan Bonetti, en nombre de algunos ciudadanos de Turín, envió una protesta al Ministro de Gracia y Justicia (Apéndice, doc. núm. 8).

[3] Véase Apéndice, doc. núm. 9.

El periodicucho blasfemo se vengó, a su manera, del artículo publicado en el *Boletín* de febrero. En el número del día once publicó un discurso arrebatado lleno de maldad contra don Bosco, difamándole ante los lectores, como embaucador de personas adineradas, denunciándolo ante el Gobierno como violador de las leyes y gran enemigo de la patria [1].

Pero no se conformó don Bosco con lo hecho. Quería que el grito de *Jesús nuestro Dios y nuestro Rey* se repitiera por toda Italia, especialmente con ocasión de las fiestas de Pascua y, por eso, había tenido la idea genial de que el folleto sirviera de papeleta para el cumplimiento pascual. Era preciso, pues, volverlo a imprimir dándole otra forma. Antes llevaba el *Visto* de la Curia de Génova, por haber sido impreso en Sampierdarena; ahora, como se necesitaba otra licencia, se decidió a pedirla a los revisores turineses para ahorrar tiempo. Se obtuvo con una artimaña, ya que, por las vías normales, hubiera **[27]** sido imposible [2]. El asunto de la papeleta pascual, a su vez, despertó una gran batahola, cuya consecuencia fue que el folleto, en la nueva forma, sólo se pudo enviar fuera de la archidiócesis, aun cuando también muchos de los párrocos de ésta lo habían pedido. El infernal periodicucho aprovechó la ocasión para forjar otro artículo titulado *Don Bosco, el Arzobispo y Socios;* pero es una chapuza tan soez, que no queremos ensuciar con ella nuestras páginas. Se había aplastado a la serpiente en la cola.

Don Bosco dio las instrucciones para este movimiento, pero no vio más que el principio, pues todo él se desarrolló mientras él viajaba por Francia. En aquel viaje se había prefijado un fin bien determinado; mendigar en favor de la iglesia del Sagrado Corazón en Roma. Harto de las demoras que se le habían interpuesto, había determinado dar un vigoroso impulso a las obras. Pero hacía falta mucho dinero. «Envíenos dinero, le escribían todavía el mismo día de su partida, porque *sine quibus* (sin con qué) la iglesia quedará parada para siempre en el cornisamento» [3].

El buen Padre notaba, es verdad, que sus fuerzas iban menguando; pero el amor al Papa, que le había confiado la obra, le estimulaba a actuar con toda su energía, emprendiendo un viaje tan pesado. Encontramos la declaración explícita de todo ello en una carta del día treinta de enero al Cardenal Vicario:

---

[1] Véase Apéndice, doc. núm. 10.

[2] Lemoyne dejó la dramática relación del caso, que presentamos en el Apéndice (doc. núm. 11).

[3] Carta de don Francisco Dalmazzo, Roma, 31 de enero de 1883.

«Mañana por la mañana, le escribe, Dios mediante, salgo para Génova y desde allí visitaré las casas de Liguria. Iré de una casa a otra hasta Marsella y desde allí, si mi salud y los acontecimientos públicos lo permiten, seguiré rumbo a Lyon y París, mendigando para el Sagrado Corazón y recomendando el óbolo de San Pedro. Me encomiendo con todas mis veras a V. E. para que se industrie y quite del medio los estorbos que entorpecen nuestro trabajo. Lo deseo con toda mi alma y estoy dispuesto a hacer hasta sacrificios disparatados, con tal de que se puedan continuar las obras desgraciadamente suspendidas».

Con estos «sacrificios disparatados» **[28]** aludía, como ya se narró en el volumen anterior, a los millares de liras que había que tirar para deshacer el antiguo contrato y librarse de las consiguientes truhanerías.

A principios de diciembre del año anterior ya se había trazado un somero itinerario del viaje. «Si Francia está tranquila, había escrito a una generosa bienhechora [1], saldré el día veinte de enero próximo para Génova, Niza, Alpes Marítimos, Cannes, Tolón, Marsella, Valence, Lyon, de manera que pueda llegar a París a fines de marzo».

La duda, acerca de la tranquilidad de Francia, nacía de los alborotos políticos, que habían agitado el país especialmente del nueve de agosto al nueve de noviembre, esto es, desde la clausura hasta la reapertura de las Cámaras, cuando el Gobierno de la República había tenido que vérselas con las violencias de los socialistas y los atentados de los anarquistas dinamiteros. Precisamente, a primeros de noviembre y debido a la impresión tenida con aquellos desórdenes, había escrito al abate Guiol diciéndole que se rezase mucho porque el huracán quedaría limitado, pero, que haría estragos por donde pasara [2]. Dos semanas después llegó una segunda carta, que calmó las aprensiones de los peligros indicados en la anterior; en efecto, aseguraba entonces una protección especial de la Virgen a todos los que trabajasen por los intereses de María Auxiliadora [3]. Pero quedaban, aún más tarde, causas de inquietud, dada la actividad de los partidos que dividían a los ciudadanos: los partidarios de Napoleón anhelaban la restauración del imperio, los orleanistas [4] y los legitimistas ansiaban volver a izar la bandera blanca de los lirios de oro; los mismos republicanos se ensañaban unos contra otros y, en la sombra, maniobraban los comunistas, enemigos implacables de todo gobierno. Y, en

[1] Carta a Clara Louvet, Turín, 5 de diciembre de 1882.
[2] *Libro de Actas* de la Junta de Señoras del oratorio de San León.
[3] *Id. id.*, 23 de noviembre de 1882.
[4] Los partidarios de la casa de Orleáns.

enero, cuando don Bosco se preparaba para el viaje, el proceso de Lyon contra los anarquistas, autores de los recientes vandalismos, y el expediente contra el **[29]** príncipe Jerónimo Bonaparte, arrestado en París, acusado de intento por cambiar la forma de Gobierno, tenían suspensos los ánimos, dando lugar a amenazadoras manifestaciones.

El primer aviso formal de su próximo viaje lo dio él mismo al director de la casa de Niza.

Queridísimo Ronchail:

Entre las cosas que hay que hacer, prepara también una nota exacta de los cooperadores que corresponden a Niza; así se evitará el envío del diploma a los que ya son cooperadores, como sucede a menudo, y, además, para hacer un solo centro.

El día treinta de este mes, saldré con dirección a Niza; ya se te comunicará con precisión el día y la hora de llegada. Un cordialísimo saludo para nuestros hermanos, alumnos y amigos, entre ellos al querido barón Héraud, Rembeau y don Vincenti.

Dios nos bendiga a todos; prepara todo lo necesario, y créeme siempre en J. C.

Turín, 14-1883.

Afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. Acabo de recibir tu carta. Haremos por parar un día en Menton y en Mónaco. Prepáralo.

Ocho días más tarde dio la noticia a los condes Colle. «Renunciaré, decía, a visitar otros lugares para poder entretenerme más tiempo con ustedes, pero todo con holgura».

Antes de salir de Italia, voló su pensamiento a Florencia, donde se construía la nueva casa. Envió allí una palabra para alentar a la condesa Uguccioni a ayudar directa e indirectamente la empresa, que era lo más práctico que podía hacer en aquel momento en favor de la misma.

Nuestra buena Mamá en J. C.:

Antes de salir para Francia quiero asegurarle que rezo cada día por nuestra benemérita Mamá. Pasado mañana celebraremos la fiesta de san Francisco de Sales y yo me preparo a celebrar la santa misa en el altar de María Santísima Auxiliadora según su intención.

Ya sé que hace cuanto puede por nuestra casa empezada. Siga así: Dios nos ayudó y nos ayudará.

[30] Desciendan abundantes las bendiciones del cielo sobre usted y sobre todo su familia. Ruégole presente a todos mis respetuosos saludos, dígales que me encomiendo a sus oraciones y, en particular, a las de usted, de quien me profeso su afmo.

Turín, 27-1883.

Hijo en J. C.,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Faltaban dos días para la partida y al comunicárselo al barón Carlos Ricci des Ferres, le invitaba a que fuera a verle en el Oratorio, pues tenía que hablarle de un asunto.

Muy apreciado señor Barón:

Si, en la jornada de mañana, día treinta, puede pasar un momento por el Oratorio, hablaríamos con gusto de nuestros asuntos. Mañana o, mejor, pasado mañana (31), saldré para Génova y, después, hacia Francia.

Dios le bendiga, mi querido señor Barón; si El quiere darle espinas en la tierra, prepárele al menos algún consuelo y le asegure flores para disfrutarlas un día allá arriba en el Paraíso. Amén.

Tenga a bien rezar por este pobrecito, siempre suyo en J. C.

Turín, 29 de enero de 1883.

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Durante el mes había recibido tres cartas de París. Para tener allí una morada tranquila había rogado al párroco de Nuestra Señora de las Victorias, que tuviese la bondad de hospedarle en la casa parroquial; pero aquél le contestó que con gran sentimiento no podía concederle el favor pedido y le explicaba los motivos [1]. En una carta suya del año anterior al conde de Richemont, le había manifestado la intención de visitarlo en París a comienzos del 1883; el Conde, apenas llegó el mes de enero, se apresuró a manifestarle su viva satisfacción y la cordial espera de toda la familia. A fines del mismo mes, recibió la carta del abate Moigno, célebre científico de quien ya hicimos mención, entusiasta cooperador **[31]** salesiano; por ella, vemos que él había estado recientemente en Turín. La afectuosa veneración por don Bosco, que rebosa su escrito, nos aconseja dar a conocer este documento a los lectores [2].

No le pareció bien al Siervo de Dios ausentarse por tanto tiempo de Turín, sin despedirse del Arzobispo y recibir su bendición. Después de la conocida *Concordia,* era ésta, por su parte, una delicada prueba de sinceridad y muy de acuerdo con los sentimientos, con que había cumplido las condiciones puestas por el Papa. Fue, pues, con este fin al palacio arzobispal; pero no pudo obtener audiencia. Al volver a casa, dijo al que le había acompañado:

—Monseñor no ha querido hablarme, ahora que yo le buscaba. Muy pronto, me buscará él a mí y no me encontrará, porque no estaré.

[1] Véase Apéndice, doc. núm. 12.

[2] Véase Apéndice, doc. núm. 13. No hemos podido encontrar el original, pero sí la traducción del mismo, hecha por el coadjutor políglota Quirino, tal vez porque el abate tenía una escritura muy difícil de leer.

Eran palabras proféticas, cuyo cumplimiento nadie hubiera imaginado entonces tan próximo [1], como pronto veremos.

El día treinta y uno por la mañana don Bosco estuvo tranquilamente confesando, según su costumbre. Don Joaquín Berto nos notifica que, también él se confesó y recibió de él este consejo:

—Procura hacer el sacrificio total de tu vida al Señor y querer trabajar hasta el último suspiro para su gloria, soportando con paciencia las adversidades y contrariedades del bien obrar, como si **[32]** fuera ésta la última confesión de tu vida.

Lemoyne refiere estas palabras sacadas de un cuadernito de don Joaquín Berto y añade: «Este era el pensamiento continuo de don Bosco». Inmediatamente después de celebrar la misa en su habitación, entregó al mismo don Joaquín Berto, como si fuera de parte de la Virgen, la siguiente florecilla escrita de su puño y letra: «Quien quiere trabajar con fruto debe tener la caridad en el corazón y practicar la paciencia en el trabajo».

De allí a poco salió para Génova, acompañado por don Celestino Durando y por don Camilo de Barruel.

Los preparativos personales para sus largos viajes no le daban mucho que pensar a don Bosco; marchaba tal como se encontraba. Solía tener en la habitación lo estrictamente necesario. Sus muchas bienhechoras iban a porfía en regalarle medias, pañuelos, camisas, camisetas y otras prendas de vestir; pero todo lo entregaba inmediatamente a don Joaquín Berto, para que lo llevara al ropero y se diese a quien lo necesitase. Procuraba éste, desde luego, guardarle aparte algunas de aquellas prendas; pero él no quería y, cuando se daba cuenta de ello, le repetía:

—No, no, llévate todo; todo para la Comunidad. Si tú lo guardas aquí, la Providencia ya no enviará nada. Tenlo bien presente: si das todo a la casa y no guardas nada para nosotros, más nos llegará.

---

[1] Escribe Lemoyne, a quien debemos esta información, que don Luis Deppert le dijo «que estaba dispuesto a atestiguar que había tenido noticia de estas palabras de don Bosco, antes de morir monseñor Gastaldi». El mismo Lemoyne dejó escritó: «Las últimas palabras que pronunció fueron: —¡Ah, don Bosco! ¡Ah, don Bosco!— Así lo atestiguó el teólogo Corno que las oyó, quizás en el mismo momento en que caía al suelo. Y así se lo dijo a don Luis Deppert, su antiguo compañero de clase, y éste declaró en más de una ocasión, y en presencia de Lemoyne, que estaba dispuesto a dar testimonio de esto». Por aquellos días, había llamado la âtención un hecho. Se estaba organizando en Turín una asociación para la difusión de la buena prensa por iniciativa de la Comisión regional de la Obra de los Congresos. Parecía lógico que, buscándose un protector, se escogiese a san Francisco de Sales, declarado ya por Pío IX Doctor de la Iglesia y Patrono de la prensa católica; en cambio, se prefirió a san Carlos Borromeo. Se corrió la voz de que la primera idea había sido la de ponerse bajo la protección del santo Obispo de Ginebra, pero que el Arzobispo se había opuesto, negándose, de otro modo a bendecir la empresa.

Así nos explicamos cómo sucedía que, en la víspera de viajes, se encontraba sin las prendas de vestir indispensables, de lo que se alegraba por amor a la pobreza. Un día, ya a punto de salir de viaje, tenía los pantalones en tal estado que, como no había tiempo para otra solución, don Miguel Rúa se quitó a toda prisa los suyos y se los dio. Otra vez, en parecida circunstancia, don Juan Bautista Lemoyne le vio debajo de la sotana un chaleco en tan mal estado que daba lástima; quitóse, pues, el suyo e hizo que se lo pusiera él. Los dos hechos sucedieron en su habitación cuando fueron allí para despedirle.

Cuando emprendía viajes de alguna duración, lo que, con el avanzar de la edad, le producía cada vez más pena, era **[33]** tener que alejarse de su querido Oratorio, que había llegado a ser como una parte de su alma. Puede deducirse su afecto al Oratorio por ciertas expresiones que brotaban espontáneamente de sus labios, cada vez que se quería introducir en él alguna novedad; cualquier cambio le costaba un disgusto. Se pensaba poner un órgano nuevo en la iglesia de San Francisco para sustituir al ya viejísimo y gastado.

—No, decía él; arregladlo, pero no lo quitéis: ¡acompañó durante muchos años los cantos de nuestros jóvenes!

Una vez contemplaba, desde su galería, el edificio en diagonal, que dividía en dos el actual patio de los estudiantes, y dijo a don Juan Bautista Lemoyne:

—¿Ves aquel edificio? Más tarde o más temprano desaparecerá, será demolido y ¡a mí me costó tantos sudores levantarlo!

—¿Es posible que se quiera derribar lo que don Bosco ha construido?, observó el interlocutor.

—Y, sin embargo, así será. Por estética, para ordenar mejor los locales o para dividir los patios de otro modo; cuando yo no esté aquí, estas paredes desaparecerán.

Ya anteriormente, estando don Bosco ausente, don Angel Savio arrancó la histórica morera, sobre la que se había refugiado el joven Reviglio, para edificar el coro de María Auxiliadora, lo cual se hizo unos años después de levantar la iglesia. Cuando don Bosco regresó y vio extirpado aquel árbol, exclamó:

—El no verlo me causa un dolor tan grande como la muerte de un hermano.

Estas expresiones nos demuestran cuán tiernamente amaba y, por consiguiente, con cuánto pesar se resignaba a dejar durante un tiempo notable un lugar tan bendecido por la Virgen y teatro de tantas vicisitudes y tantas gracias.

[34]

CAPITULO II

EN NIZA, MARSELLA, LYON Y OTRAS CIUDADES VECINAS

EXACTAMENTE cinco años antes de dejar la tierra, don Bosco comenzó su histórico viaje de cuatro meses por Francia, desde el día treinta y uno de enero hasta el treinta y uno de mayo. Después de pasar dos semanas por las casas de Liguria, recorrió bastante lentamente el sur de Francia, de Niza a Lyon, y, desde allí, avanzó hasta París, su principal objetivo. En la metrópoli francesa permaneció desde el día dieciocho de abril hasta el veinticinco de mayo. Hizo una escapada a Lille y, otra, a Amiens, visitando a la vuelta Dijon y Dôle. Destinaremos este capítulo a la primera parte de la larga peregrinación, lamentando, por desgracia, bastantes lagunas, debidas al extravío de correspondencia.

Después de pasar algún día en Sampierdarena, fue a Varazze, como se deduce de la cartita dirigida, desde allí, al Director de Marsella.

Muy querido Bologna:

Estoy conforme con lo que escribes. Puedes decir a la señora Abatucci que me encontrará el día trece, después del mediodía, en el Torrione, o sea, en Ventimiglia. El catorce voy a Menton, donde pararé medio día. Con gusto veré a esta Señora, donde quiera se encuentre. **[35]** Puedes asegurarle que rezo por ella y por todas sus buenas intenciones. Te adjunto una cartita para la señora George Borelli por el motivo que me has indicado. Me alegro mucho de que la familia disfrute de buena salud; di a don Pablo Albera que prepare visitas y dineros; yo le llevaré un saco lleno de cumplidos de sus muchos amigos.

Dios nos bendiga a todos y créeme siempre en J. C.

Varazze, 5 de febrero de 1883.

Afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Desde Varazze se dirigió a Alassio, donde dio, en el colegio, una breve conferencia a los Cooperadores. Desde el comienzo del viaje parecía tan cansado que no pudo celebrar la misa de la comunidad,

sino que la dijo privadamente. Se había puesto ya el amito, cuando el estudiante Amílcar Bertolucci, que iba a ayudar la misa, le pidió con la mayor confianza que le confesara. El Director lo reprendió, pero don Bosco le dijo:

—Sí, sí.

Y, al punto, se quitó el amito, lo colocó en su sitio y se sentó. Acabada la confesión le dijo:

—Que estés alegre, pues nos volveremos a ver.

Se volvieron a ver, en efecto, dos años más tarde en San Benigno y don Bosco recordó enseguida la palabra que le había dicho.

El muchacho estaba allí para hacerse Salesiano. *Multa tulit fecitque puer,* mucho le costó y mucho tuvo que hacer el chico para seguir su vocación; pero don Bosco lo asistió en la lucha con los suyos y le obtuvo con sus oraciones que alcanzara una dificilísima victoria. Don Amílcar Bertolucci, hace siete años, que arrastra una vida de sufrimientos y oración, atormentado por una terrible forma de artritismo.

Después de hacer unas visitas en San Remo, el Santo salió para Vallecrosia el día trece. Y, hasta este punto del viaje, no nos fue posible tener más noticias.

En Vallecrosia, por culpa de un celo indiscreto de gente mal informada, habían aparecido nubes siniestras que ensombrecían las buenas relaciones entre el Obispo de Ventimiglia y el Director de la casa. Se daba a entender a Monseñor que la obra de los Salesianos se iba desacreditando frente a la actividad de los Valdenses. El Obispo, aceptando como pura verdad cuanto le contaban, había escrito lamentándose a don Bosco, el cual se lo comunicó a don Nicolás Cibrario. No le costó mucho a éste justificarse **[36]** a sí mismo y a sus hermanos de las acusaciones gratuitas, hijas de alguna lengua viperina, acostumbrada a hablar mal de los Salesianos [1]. Don Bosco quiso poner personalmente las cosas en su punto, se apresuró a ir con don Celestino Durando al Obispo, con quien se entretuvo hasta muy avanzada la tarde.

Al regreso, tuvo un alegre e inesperado encuentro. Después de buscar inútilmente un coche, fue preciso resignarse a volver a pie. Había llovido mucho durante el día, de modo que, a la creciente obscuridad se añadía el barro del camino, que dificultaba la marcha al llegar a ciertos puntos donde la débil vista del Siervo de Dios no le permitía ver dónde tenía que poner el pie. Mas he aquí, que se plantó

[1] Véase Apéndice, doc. núm. 14.

delante su antiguo amigo, el famoso Gris, a quien no veía hacía treinta años. El buen animal se acercó alegremente y, después, se echó a andar como a medio metro delante de él, lo necesario para ser visto entre las tinieblas. El perro caminaba a paso lento y acompasado, de modo que lo pudiera seguir quien caminaba con dificultad, y tenía cuidado de que evitara los charcos dando un rodeo. Al llegar cerca de casa, desapareció.

Don Celestino Durando, que iba con cuidado para no caer en el barrizal, siempre aseguró que no había visto nada; pero don Bosco narró varias veces el hecho. Un día lo contó también en Marsella en casa de los señores Olive durante la comida [1]. La señora le preguntó:

—¿Pero, cómo se explica que el perro pudiera tener tantos años, cuando la vida ordinaria de los perros no alcanza a tantos?

Don Bosco le contestó sonriendo:

—Sería un hijo o un nieto de aquél.

En otra ocasión se le preguntó qué forma tenía.

—La de un perro, contestó con toda naturalidad [2].

---

[1] En la traducción italiana del *Dom Bosco* del doctor D'Espiney, falta este episodio. Don Miguel Rúa, que había encargado a don Domingo Ercolini la traducción de este libro, le ordenó que lo suprimiera junto con otras noticias que a él no le constaban. Pero el mismo don Miguel Rúa dijo después al traductor que el autor se había quejado de la supresión, puesto que se lo había contado el mismo don Bosco.

—Yo no lo conocía, contestó don Miguel Rúa para justificarse.

[2] El archivo de las Hijas de María Auxiliadora guarda tres curiosas relaciones de casos y de perros, que recuerdan al Gris de don Bosco.

El 2 de noviembre de 1893, volvían a pie dos Hermanas, desde Asís a su colegio de Cannara y se vieron sorprendidas en el camino por la niebla y la obscuridad de la noche, en despoblado y lejos de la casa. Las asaltó el miedo. Sor Amalia Calaón dijo a la compañera:

—¡Si don Bosco nos enviara a su Gris!

—¡Es verdad!, exclamó sor Anita Dallara con voz temblorosa.

No pasaron dos minutos cuando del seto vecino salió de repente un gran perro, que saltó una zanja y, jadeando fuerte, se echó a andar en medio de las dos. Era alto, de pelo gris, orejas grandes y caídas y los ojos relampagueantes en la oscuridad. Como para animarlas, el buen animal levantaba el hocico, miraba ya a una ya a otra, como a personas conocidas de mucho tiempo atrás, y les lamía sus manos. Al llegar al colegio, mientras hablaban para darle de comer, el animal se volvió rápidamente y salió a toda prisa por la puerta de la calle. Corrieron las hermanas para detenerlo, pero ya no le vieron en la ancha plaza, ni a lo largo de la calle adyacente.

El año 1930, construían las Hijas de María Auxiliadora en Barranquilla (Colombia) un edificio. Cada día oían noticias de hurtos y violencias en la ciudad y alrededores y temían, ellas también, la visita de los ladrones, porque, desde el mes de abril, tenían al descubierto montones de materiales de construcción y para la instalación de lavabos, baños, puertas, ventanas y cosas similares. ¡Los ladrones, conocían perfectamente el camino! Efectivamente, antes de comenzar las obras, ya habían entrado en casa cuatro veces, aunque sin causar más daños que el susto.

Así las cosas, las Hermanas rogaron a don Bosco que les enviara a su Gris para guardarlas. Pues bien, una noche entró en el pasillo de la antigua casa un conjunto de perros nunca vistos

[37] Para que la casa de Vallecrosia pudiera verdaderamente estar en condiciones de hacer frente a los protestantes, que disponían de cuantiosísimos medios, se necesitaban todavía grandes gastos. En tales casos, don Bosco solía recurrir a las rifas.

Organizó una con el Director; después le envió desde Marsella el texto de una circular para imprimirla y enviarla a los principales señores de la región **[38]** de Liguria para pedir su apoyo con el envío de objetos [1]. Como se trataba de una obra benéfica, se consideraba segura la autorización del Gobernador exigida por la ley; pero resultó que fue prohibida formalmente, lo que obligó a suspender toda actuación.

A primeras horas de la tarde había que salir para Mentón; pero la lentitud del coche hizo que perdiera el tren que iba a Francia; en consecuencia tomó el tren siguiente, que llegó casi a media noche. Habíale invitado un lord inglés, a quien tal vez había conocido en Cannes; pero, a aquella hora y sin conocer su domicilio, anduvieron dando vueltas bastante tiempo hasta encontrar quien les indicase la casa. Finalmente, dieron con ella y don Bosco, que se sentía extenuado, pudo descansar un poco. Al día siguiente, celebró la misa en la capilla de un centro religioso vecino. Buscó también al señor Saint-

---

por aquellos alrededores. Eran seis: se apostaron en los patios y en los rincones más apartados del viejo recinto. Pasado el susto, las Hermanas se acercaron a ellos y los encontraron muy mansos. A la mañana siguiente, salieron uno tras otro como habían entrado, e hicieron lo mismo durante todo un mes. Más tarde, sólo aparecieron tres. Uno de ellos murió envenenado; pero vino enseguida otro a sustituirlo. Continuaron así la guardia hasta que desapareció todo peligro.

Un tercer caso ocurrió en Francia en La Navarre, entre 1898 y 1900. Sor Josefina Crétaz y sor Verina Valenzano, que lo escriben veinte años después, no recuerdan con exactitud la fecha. Acostumbraban por allí, a fines de octubre, ir a los pueblos cercanos a la recolección de las castañas, y pasaban fuera de casa tres días. Aquella vez partieron juntas las dos hermanas mencionadas. De un pueblo de aquellos al otro había cuatro horas de camino, casi siempre atravesando bosques con rarísimas casas. Al llegar a cierto punto solitario y silencioso las venció el miedo.

—¡Aquí pueden asaltarnos, decían, sin que nadie nos defienda o se dé cuenta!

Mientras hacían estas tristes reflexiones, oyeron un ruido de hojarasca en el bosque; parecía el paso de alguien que caminaba sobre las hojas. Pero no veían nada. De repente apareció un perrazo que se acercaba meneando la cola, dio vueltas a su alrededor, acercó la cabeza hasta sus hombros como para decir:

—¡No temáis, aquí estoy yo! Y después corrió hasta la mitad del prado, agarró con los dientes una rama de castaño y la lanzaba a lo alto y volvía a agarrarla con la boca, caminando de esta manera delante de ellas como si quisiera distraerlas.

—¿Será el Gris de don Bosco?, se dijeron una a otra las dos hermanas.

Esperaban llevarlo a casa al regreso; pero, ya cerca del pueblo, encontraron un coche con unas señoras conocidas; se detuvieron a hablar con ellas y el perro desapareció sin dejar rastro de sí.

[1] Véase Apéndice, doc. núm. 15.

Genest, el renombrado escritor del *Figaro* [1]; pero inútilmente, porque había salido de Mentón pocos días antes.

Cuando llegó a Niza, aquellos Hermanos, que temían por su salud, se alegraron mucho al verle en buenas condiciones. Dios bendecía su viaje; en efecto, generosos bienhechores respondían a su deseo de hallar medios para sostener, ampliar y multiplicar sus obras benéficas. Uno de ellos le ofreció todo lo necesario para pagar la mayor de las deudas que gravaban la casa de Niza. Las conferencias que dio en la consabida iglesia de la Virgen y en el *Patronato,* tuvieron también bastante buen resultado.

Il Pensiero, periódico italiano local, presentaba una crónica de las mismas y decía: «No hay nada más sencillo, más natural que la palabra de don Bosco; es un hombre lleno de caridad, que, al hablar, inflama al oyente en su misma pasión».

Un día se le presentó una señorita y le contó una milagrosa historia. Era sordomuda de nacimiento, y el año anterior la habían llevado sus padres a don Bosco para que la bendijese. Don Bosco la bendijo, **[39]** y prescribió a sus padres unas oraciones para rezarlas durante determinado tiempo. Rezaron aquellas oraciones hasta el término fijado y la sordomuda oía y hablaba perfectamente: daba fe de ello con su propia presencia.

—Ahora, concluyó con facilidad de palabra, tengo una gran deuda con María Auxiliadora y pregunto cómo puedo satisfacerla.

Es fácil imaginar cuál fue la respuesta [2].

Un desagradable percance espantó por un instante al director don José Ronchail y al barón Héraud; pero afortunadamente fue más el susto que el daño. El veinticuatro de febrero, a primeras horas de la tarde, salió don Bosco en compañía de ambos, para ir a visitar a monseñor Balain, Obispo de Niza, y ver después un terreno que se tenía intención de ofrecer gratuitamente, en el caso de que, como parecía, procediese el Gobierno a la expropiación del inmueble de la Plaza de Armas para construir en él un cuartel. Don Bosco quiso hacer todo el trayecto a pie y, al llegar a la rambla Paglione, en lugar de seguir andando hasta el puente Garibaldi, prefirió acortar el camino, atravesando el cauce del torrente. Lo había hecho así en sentido contrario siete años antes y, precisamente, el día veinticuatro de febrero, cuando había ido a comprar el chalet Gautier; deseaba, conmemorar aquel aniversario. El cauce, como suele suceder en los torren-

[1] Véase vol. XV, pág. 444.

[2] Véase la circular de don Miguel Rúa a los Inspectores, 29 de marzo de 1885.

tes, era anchísimo, mientras el caudal de agua era proporcionalmente muy pequeño; pero había agua y era preciso cruzar en tres puntos por unas pasarelas algo largas. Con brío juvenil recordó don Bosco a sus compañeros que había sido un valiente acróbata, y se encaminó sin aceptar la ayuda del Director y del Barón que, uno delante y otro detrás, querían darle la mano. Cruzó las dos primeras tablas y llegó casi hasta el extremo de la tercera: todo iba a pedir de boca, pero, al cabo de ésta, le falló el pie derecho y cayó al agua. *Oh pover préive!* (¡Oh, pobre cura!), gritaron aterrorizadas unas lavanderas piamontesas que trabajaban allí cerca. Fue un mal momento para **[40]** don José Ronchail, que sabía cómo tenía don Bosco las piernas. Por suerte, se levantó enseguida, de modo que, sin gran dificultad, lo llevaron a la orilla, mientras él saludaba a su gabán que, por llevarlo sobre los hombros, se le había caído y ahora seguía navegando por su cuenta y navegó unos doscientos metros. Empapado y chorreando agua, subiéronle a un coche que lo llevó rápidamente a casa. Como no tenían ropa con qué cambiarle, pobreza doméstica de la que él se alegró mucho, el Director hizo que se acostara. La aventura le fue bien, después de todo, porque así pudo descansar tranquilo unas horas; y los amigos, a su vez, al saber que don Bosco había tenido que acostarse, por no haber en la casa ropa para cambiarle la que llevaba puesta, acudieron a porfía a proveerle.

De momento, no se supo en casa lo del percance; a los que preguntaban se les contestaba que don Bosco se sentía algo cansado; pero, al día siguiente y durante el banquete ante unos veinte convidados, él mismo contó con todos los pormenores su caída en el Paglione y el baño a la fuerza. Por su parte, el buen humor del barón Héraud tramó una de las suyas. Hizo pasar de mano en mano una fotografía con el panorama de Niza, en la que había dibujado un monumento en el lugar de la caída y bajo el monumento había escrito un epígrafe, que decía: 24 DE FEBRERO DE 1883 - DON BOSCO SALVADO DE LAS AGUAS DEL PAGLIONE - UN AMIGO DEVOTO Y JUBILOSO [1].

En un momento en el que se vio libre, quiso visitar la cocina atendida por las Hermanas. Mientras miraba de un lado para otro, sor Catalina Cei movió una olla, y le cayó un poco de caldo en el peto blanco. Entonces el Siervo de Dios, diciéndole que aquella manchita dejaba impresentable el peto, aunque era blanco, añadió:

---

[1] Carta de don José Ronchail a don Miguel Rúa, 24 de febrero de 1883.

—Tampoco el alma, que tenga al morir una manchita, será admitida a la gloria del Cielo; tendrá que purificarse en el Purgatorio.

[41] Lo acompañaba el Director y hablaban de los apuros económicos de la casa. Dijo don José Ronchail que se veía obligado a molestar a menudo a los bienhechores, los cuales parecían a veces cansados y hasta se lo daban a entender. Don Bosco le respondió en su lindo piamontés:

—Has de ser más listo. El dinero es para tus hijos y los tragos amargos son para ti.

Fue a verle en Niza la señora María Angela Laroche, de Vallières (Limoges-Francia), que acostumbraba pasar el invierno con su marido en la Costa Azul y que ya se había visto otras veces con don Bosco. Aquel día tenía clavada una espina en el corazón. Costeaban ellos en su pueblo una escuela privada, regentada por religiosas; recibieron un periódico provincial con la noticia de que se acusaba a la Superiora de haber lanzado rayos y centellas contra el matrimonio civil. Era un delito imperdonable en aquel momento de guerra sin piedad contra las escuelas de los religiosos. En consecuencia, se anunciaba un recurso ante el Procurador de la República, por parte del Consejo municipal, pidiendo el cierre inmediato de la escuela católica. La señora acudía, pues, a desahogarse con don Bosco y a pedirle consejo. Don Bosco, que debía partir aquel mismo día y estaba con mucho ajetreo, le dio audiencia. La escuchó con toda calma, reflexionó unos instantes y díjole, después, resueltamente:

—No se cerrará la escuela.

Repitió la frase un par de veces y añadió:

—Pero hay que ir allí...

—Estamos en lo más crudo del invierno, observó la señora. Por nuestro pueblo hay nieve y sería una imprudencia para nuestra salud exponernos a los rigores de aquella temperatura. El viaje acabaría mal.

—Hay que ir allí, repitió don Bosco en un tono imperativo que no admitía réplica.

Ante tan enérgico mandato, marido y mujer inclinaron la cabeza y emprendieron el largo viaje. Llegaron al pueblo a medianoche. El ruido del coche despertó a los vecinos. Los buenos se alegraron de su llegada para defender a las oprimidas religiosas; los otros no sabían qué hacer. Los denunciantes **[42]** desconcertados se reunieron a las primeras luces y determinaron retirar la denuncia. Habían pensado que, en la ausencia de los únicos capacitados para parar el golpe, su maniobra no encontraría obstáculo; hubo, pues, una victoria sin lu-

cha. «Bastó obedecer a don Bosco y llegar a tiempo, escribió la señora. Dios había cumplido la profecía de su fiel Siervo».

Aquella señora, tan dócil a la palabra de don Bosco, ya había tenido anteriormente una prueba palmaria de su santidad. Hacía tres años que estaba a mal con la suegra, por causa de los agravios que había ocasionado a su hijo, que era su propio marido. No iba a verla, ni la escribía, había roto las relaciones. A su director espiritual le parecía, después de sopesar todas las circunstancias, que no había odio y que era preferible dejar correr la situación. Pero, mientras tanto, fue pasando el tiempo y la suegra quiso hacer las paces; interpuso para ello la mediación de diversas personas, pero no resultó. Un buen día tomó la pluma y escribió a la nuera, pidiéndole perdón por los disgustos que le había causado; pero la otra se mantuvo en sus trece.

En este punto estaba la discordia cuando fue la señora a Niza y, habiéndose enterado de que estaba allí don Bosco, le hizo una visita. Contrariamente a otras veces, la recibió con una fría reserva y, de buenas a primeras, le dijo:

—Hija, usted no está en regla [1].

Si ya le había alarmado su porte, aquellas palabras la desconcertaron, y más al ver que don Bosco se las iba repitiendo de cuando en cuando. Le pidió que se explicara. El le contestó que fuese ante Jesús Sacramentado y le pidiese que la iluminara. Como ya era algo tarde, no volvió a ver al Siervo de Dios aquel día. A la mañana siguiente, oyó después de Misa un sermón, cuyo tema fue la caridad y el perdón de las ofensas. Empezó inmediatamente a ver las cosas de otro modo y se apoderó de ella una sensación de espanto, por haber estado tres años sin examinar a fondo su conciencia. Se puso a los pies de un confesor, volvió de allí a poco a don Bosco y éste, sin darle tiempo a abrir la boca, exclamó:

—Hija, hoy está usted en regla. **[43]** Ha perdonado generosamente y ha abierto en su carta todo su corazón. Dios está contento de usted.

En efecto, al salir de confesarse, había escrito a la suegra con manifiesta efusión de los sentimientos de su corazón [2].

Desde Niza fue a Cannes. Don Camilo de Barruel dio estos informes sobre este viaje, que hizo con varias paradas: «Por doquiera llegó

---

[1] Textualmente: *Ma fille, vous n'êtes pas dans l'ordre.*

[2] Al enviar el 14 de septiembre de 1899 la relación de los dos hechos escribía: «Quería tanto a don Bosco que esto me parece que es pagar la deuda de gratitud que con él tenía». El párroco unía su testimonio declarando que la señora Laroche era de insigne honradez y religiosidad y, por tanto, digna de fe. Sobre otra visita a don Bosco en Niza, véase Apéndice, doc. núm. 16.

la noticia del paso de don Bosco, había un arrebato de afecto tal por él que, habiéndose encontrado una vez presente el padre Manin, antiguo misionero y autor de la biografía del célebre y venerable cura de Ars, decía: *Son las mismas escenas de Ars y casi me parece encontrarme en ellas todavía»* [1].

Estuvo unos días en Cannes. Se hospedó en casa del marqués de La Croix Laval. Un día, le presentó la Marquesa a sus nietecillos y le dijo:

—Quisiera, Padre, que algunos de estos niños se hiciesen sacerdotes.

—Señora Marquesa, uno sólo lo será.

La profecía se cumplió en la persona del abate de Saint Trivier, incardinado en la diócesis de Dijon.

El dos de marzo, desayunó en casa de un señor de ochenta y cinco años, al que lo había llevado el afectuoso cooperador monseñor Guigou, capellán en una importante residencia sanitaria. Todos sus familiares deseaban ardientemente que el anciano señor volviese a las prácticas religiosas. La presencia de don Bosco produjo en la familia una gran impresión y también un saludable efecto en el ánimo de aquel hombre, como se vio en el mes de julio siguiente. En efecto, volvió a su pueblo natal Gérardmer y, aunque atormentado por los sufrimientos, no cayó en la desesperación y el desvarío, sino que determinó reconciliarse con Dios, después de lo cual pareció que mejoraba su salud; pero, como no le era posible salir, quiso recibir la santa comunión en casa.

Además, como **[44]** no había recibido la confirmación en su juventud y se encontraba de paso por allí monseñor Turinaz, nuevo obispo de Nancy, su diócesis, le pidió humildemente le administrara aquel sacramento. La alegría de los suyos llegó al colmo [2].

En aquella población, llena de forasteros adinerados, debió tratar como siempre, con muchas personas y visitar varias comunidades; pero faltan documentos [3]. Don José Ronchail contaba una escena que le impresionó vivamente a él y a cuantos fueron testigos. Faltaban cinco minutos para la salida del tren y don Bosco estaba a punto de subir al coche, cuando se acercaron dos oficiales de alta graduación, quizá coroneles o generales, le saludaron con el mayor respeto, y doblaron la rodilla ante él, pidiéndole la bendición; él lo hizo con toda bondad y sencillez.

---

[1] Referido por don Miguel Rúa en la circular citada.

[2] Carta de la señora Ana Nötinger a don Bosco, Gérardmer (Vosgos), 28 de julio de 1883.

[3] Hay una breve pero significativa mención de su encuentro. Apéndice, doc. núm. 17.

Salió de Cannes, se detuvo en Fréjus para saludar al Obispo. El Prelado le pidió unas medallas de María Auxiliadora, para enviarlas a una noble señorita de París, ahijada suya, que se encontraba gravemente enferma y a punto de morir. La enferma recibió una de aquellas medallas, se la puso al cuello, comenzó una novena y, a la mitad de la misma, quedó curada. Cuando don Bosco llegó a París, repartía un día medallas a la gente, apiñada a su alrededor; se le acercó también la ahijada de Monseñor y le pidió una. El, que nunca la había visto, la miró y le dijo:

—A usted, no; porque ya la recibió del Obispo de Fréjus, su padrino [1].

El Obispo habíale concedido que pudiera hablar al pueblo en la catedral, cuando quisiera. Después del discurso, un señor de la ciudad, llamado Fabre, padre del actual alcalde (1934), se presentó en la sacristía para recomendar a sus oraciones a su propia mujer, muy enferma y a punto de perder la vista. El Santo bendijo un objeto de devoción perteneciente **[45]** a la enferma y después añadió:

—Dígale que no morirá ciega.

En efecto, falleció a edad muy avanzada, conservando siempre la vista. Padeció fuertes dolores de ojos; especialistas de la facultad de Montpellier le aconsejaron una intervención quirúrgica; pero ella no quiso avenirse a ello, repitiendo siempre: —Don Bosco me aseguró que no moriría ciega.

Hubo en aquella ocasión varias señoras que se hicieron celadoras de las obras salesianas; una de ellas, soltera, fue tan activa durante muchos años, haciendo suscripciones y recogiendo prendas de vestir para los huerfanitos de don Bosco que un simplón de la ciudad, cuando la encontraba por la calle, solía saludarla diciendo:

—Buenos días, señora don Bosco.

El día seis por la tarde, llegaba a La Navarre [2]. Entró en la nueva casa en medio de los gritos de júbilo de aquellos jovencitos. Las obras, comenzadas hacía menos de un año, se habían realizado con tanta velocidad que no le faltaba al edificio más que la bendición de don Bosco. En el momento mismo de su entrada, se celebró en su honor un cordial y breve acto académico. Terminado éste, dijo él:

—Cuando un padre vuelve a ver a sus hijos, tras una larga ausencia, cada uno de ellos le dice: buenos días, padre; buenos días, papá. Y

---

[1] Don José Ronchail dio testimonio del hecho a Lemoyne.

[2] Extraemos las noticias de la visita a La Navarre de una breve crónica italiana de aquella casa. *En el volumen II de la Vida* se cita esta visita, refiriéndola a una carta del inspector don Pablo Albera de este año, mientras que es del 1882. Véase vol. XV, pág. 435.

eso lo dice todo. Vosotros habéis querido hacer más y yo me alegro con vosotros: habéis progresado en música desde el año pasado. Quiero creer que también habéis progresado en bondad y en saber. Seguid creciendo en gracia y en salud ante Dios y ante los hombres y... procurad que no os falten nunca las ganas de comer.

En las primeras horas de la tarde del día siete bendijo solemnemente el nuevo edificio y después llevó a cabo otra ceremonia. La capilla, que habían tenido hasta entonces, no bastaba para el crecido número de muchachos. Precisamente en previsión de esta insuficiencia, en mayo del 1882, había propuesto al conde Colle la necesidad de resolver solícitamente esta necesidad y el Conde le **[46]** había prometido para este fin un donativo de veinte mil francos; por lo cual se decidió, sin más, construir una iglesia decorosa y capaz. Así pues, ya estaban concluidos los preparativos, de suerte que pudo bendecir la primera piedra. Hacía aquel día muy mal tiempo; sin embargo asistieron a la doble función los más insignes bienhechores de la casa [1].

El ocho de marzo, después de misa, entre las lágrimas y los vítores de sus queridos hijos, salía el buen Padre hacia Hyères [2] y Tolón. Fue, durante unos días, huésped muy codiciado de los condes Colle, a quienes contó las tres horas de tren pasadas en conversación con su hijo Luis, fallecido dos años antes [3].

Durante su vida, sostuvo don Bosco diversas conversaciones con fundadores y fundadoras de Congregaciones religiosas. En Tolón se encontró con un joven, que llegó a ser el padre Félix Rougier, que vive todavía en Méjico, donde ha fundado la Congregación del Espíritu Santo. El año 1878, tenía él dieciocho años y era novicio de los Maristas en Lyon, pero una llaga en la muñeca derecha, rebelde a toda cura, le obligó a volver a su casa. Cinco años después tenía todo el brazo que no era más que piel y hueso. La madre, que veneraba mucho a don Bosco, lo presentó al Santo en Tolón, pidiéndole que lo bendijese y le obtuviese la curación para que pudiera hacerse sacerdote. El joven se arrodilló ante él. Don Bosco tomó su cabeza entre las manos, rezó una breve oración y le bendijo. El efecto fue inmediato,

---

[1] Véase el doc. núm. 18 del Apéndice, sobre una visita recibida por don Bosco en La Navarre.

[2] *Bulletin Salésien* de agosto de 1885. El único recuerdo de este paso por Hyères es la carta de Isabel Guille, la cual escribió a don Bosco el 15 de noviembre de 1883, desde París: «La curación de mi madre, que le hemos recomendado varias veces, va por buen camino, está casi obtenida; deseamos que la Santísima Virgen le conceda completamente la curación. Le recomiendo todavía muy especialmente la curación de la señorita Felisa Sanguier, a quien usted ha visto en Hyères».

[3] Véase vol. XV, pág. 86.

pues cesaron los dolores, se cerró la llaga y, poco más tarde, el brazo no presentaba ninguna anomalía. En memoria del prodigio, el padre Rougier y sus hijos honran a san Juan Bosco como patrono especial de la Congregación.

[47] La tarde del dieciséis de marzo, hubo gran fiesta en el Oratorio de San León de Marsella, para celebrar la llegada de don Bosco [1]. Pero sólo conocemos la mínima parte de todo lo que se hizo y vamos a narrarlo.

En la ya mencionada circular de don Miguel Rúa a los Inspectores, se lee una noticia general: «A mediados del mes actual llegó a Marsella, desde donde nos escriben que don Bosco está todo el día atareado con los forasteros; a toda hora, entran en casa coches con enfermos más o menos desahuciados, que vienen a pedir su bendición, en la que tienen ilimitada confianza». Pero aquel ir y venir de gente no le ocupaba tanto como para no dejarle pensar en los asuntos lejanos. Pensaba en la iglesia del Sagrado Corazón, fin principal de su viaje; pensaba en las Misiones. En Lyon le habría sido muy útil un documento de la Secretaría de Estado que equivaliera a un reconocimiento positivo de las Misiones salesianas por parte de la Santa Sede. Para lo uno y lo otro escribía desde Marsella al Procurador.

Muy querido Dalmazzo:

Hago lo que puedo; pero es preciso que tú y don Angel Savio os industriéis para encontrar dinero.

Para tu norma, te diré: que se enviaron tres mil francos desde Cannes, por medio de don José Ronchail. Esta cantidad no tiene nada que ver con la que se envió, por equivocación, a monseñor Macchi.

Se enviaron otros dos mil francos desde Hyères.

Esta semana no recibirás más. Te enviaré algo, cuando salga de aquí; porque se trata de pagar grandes deudas de nuestras casas.

Sería muy provechoso si monseñor Jacobini creyese oportuno extendernos un escrito donde dijese:

1.º Que las misiones de Uruguay y Patagonia se comenzaron con el beneplácito y por orden del Padre Santo Pío IX.

2.º Que, en este momento, se trata en la Sagrada Congregación de Propaganda de dividir la Patagonia en tres Vicariatos, conforme al deseo del Santo Padre.

3.º Que se recomiendan estas misiones a la pía obra de la **[48]** Propagación de la fe, para que se las dispense benévola protección.

Animo, que en Roma no falta dinero.

Escribiré tan pronto como haya salido de este jaleo.

---

[1] *Libro de Actas,* sesión del 15 de marzo de 1883.

Quaerite et invenietis. (Buscad y encontraréis).
Dios nos bendiga a todos.

Marsella, 10 de marzo de 1883.

Afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

El veintinueve fue el día de los Cooperadores [1]. Después de la misa, don Bosco bendijo una bonita estatua de María Auxiliadora, donativo de una piadosa familia marsellesa y destinada a la capilla del Oratorio. Después del sagrado rito, se congratuló con los devotos presentes por la fe que veía en Marsella no sólo en los pobres, sino también en la nobleza; lo mismo en las mujeres, que en los hombres; alabó su frecuente recepción de los sacramentos y les exhortó a la perseverancia y confianza en María Auxiliadora. El Obispo presidió la reunión de la tarde; los últimos en llegar no encontraron sitio ni en los aledaños de la capilla. Don Bosco, después de una introducción de ocasión, informó al auditorio del estado de las casas salesianas de Francia, siguiendo el orden en que las había visitado. Habló naturalmente en francés. El abate Mendre, que había sido nombrado párroco de San Trófimo, y ya no pudo redactar su relación, hablando con don Pablo Albera después de la reunión, sobre la conferencia de don Bosco, le dijo:

—La elocuencia de don Bosco no es la de los demás. Sí, habla diferente, pero gusta siempre.

Empezó, pues, a hablar de Niza.

En Niza me encontré con una casa recién construida para las hermanas dedicadas al colegio; un local idóneo para la instalación de algunos talleres más y una capilla para las funciones religiosas. Estas construcciones permitieron que el número de alumnos pasara de los cien a los doscientos. Cien muchachos más que se imponen en un oficio, adquieren los elementos de las letras y las ciencias y aprenden a conocer y amar a Dios, es algo muy consolador.

[49] De Niza pasé a La Navarre, cerca de Tolón. Allí, como sabéis, hemos recogido huerfanitos campesinos desamparados; es una escuela agrícola, que ya ha producido buenos frutos y se prepara para producirlos mejores. El año pasado no había más que una vieja casucha que amenazaba ruina. Era menester una reparación urgente. Faltaban los medios; sin embargo, con la confianza puesta en Dios, se bendijo la primera piedra de un edificio nuevo y amplio, con capacidad para más de ciento cincuenta muchachos. Ya está terminado y quien, como yo, viera el año pasado lo que allí había y contemple lo que actualmente hay, quedará admirado y tendrá que dar gracias al Señor que tan visiblemente nos ha protegido.

[1] Circular de invitación en el Apéndice, doc. núm. 19.

Entre las casas fuera de Marsella me queda por hablar de Saint-Cyr. Los peligros y seducciones, a que están expuestos los jóvenes del campo, diría que casi son mayores para las pobres huerfanitas. Ordinariamente tienen que ir a las ciudades para ganarse la vida y allí adaptarse a toda clase de oficios, a todo género de servicios. La falta de educación y de religión por una parte y, por otra, el escándalo, la corrupción y la malicia causan verdaderos estragos. ¿Quién puede contar todas las víctimas? ¿Quién puede decir cuántas de estas criaturas vuelven a sus casas como habían salido? Ya véis que urge oponerse a tantos peligros de perversión. Era, pues, necesario pensar en las huerfanitas del campo, y se ha puesto remedio a ello. Para este fin se abrió la casa de Saint-Cyr. Hay en ella unas cuarenta chicas, que son mantenidas, educadas e instruidas; trabajan en el campo, reciben cultura intelectual, religiosa y moral; aprenden lo correspondiente a su sexo y condición, y preparan así su porvenir.

Pero esta casa, lo digo con pena, está demasiado separada de los centros de población, por lo que es poco conocida y no goza de la caridad que sostiene y hace florecer las de Niza, La Navarre y Marsella. Habría que duplicar, y aun triplicar, el número de las atendidas, pero al presente faltan los medios. Esperamos, sin embargo, poder comenzar pronto, allí también, un edificio nuevo. Hemos declarado la guerra al infierno y no vamos a dejarnos vencer en actividad por los hijos de las tinieblas.

Sobre nuestro oratorio de Marsella no hacen falta muchas palabras; vosotros veis lo que se ha hecho. Se terminó esta capilla, se compró el terreno para un tercer edificio y nos vemos obligados a levantar una nueva ala para escapar a la mirada constante de los que nos rodean. La construcción será habitable cuanto antes y así el número de alumnos pasará de los trescientos de hoy a más de cuatrocientos. Se comprende que para todo esto se necesita dinero y, a falta de ello se contrajeron deudas. ¿Sabéis a cuánto ascienden? ¡A cien mil francos! ¡Ese ha sido el primer saludo que me dieron los superiores de la casa! ¡Me presentan una nota a saldar, que comprende con una serie de otras deudas menores, casi doscientos mil francos! Se trata ahora de concretar, es decir, pagar a los acreedores, que no se conforman con **[50]** palabras; hay que buscar los medios. Alguno propondrá la oración, pero la oración no basta; hay que juntar las obras con la oración. Y no son solamente los acreedores, quienes no se conforman con las oraciones, sino también los muchachos. Porque ellos comen pan, mucho pan, y por más que se haga y se diga para que abandonen esta costumbre, no se dan por enterados ni un solo día. No pretenden golosinas; quieren pan y sopa a discreción; esto es lo que piden y lo que nosotros debemos suministrarles.

Preguntará alguno:

—Entonces, ¿qué hay que hacer para extinguir una deuda tan grande?

—En Turín se terminó hace poco una magnífica iglesia, que, costó poco menos de un millón. Pues bien, ¿sabéis cuánto dinero tenía en el bolsillo al comenzar las obras? Cuarenta céntimos. Aquella semana todo eran apuros para pagar a los obreros, cuando he aquí que llamaron al superior a la cabecera de una señora enferma, la cual, sin esperanza de alivio alguno con los remedios humanos, ponía toda su confianza en Dios y en la intercesión de María Auxiliadora.

—Cierto, le contestó el sacerdote, María la ayudará, pero es necesario que usted haga también lo que pueda de su parte. Ante todo, rece y rece de corazón, durante una novena, tres *padrenuestros, avemarías* y *glorias* cada día, más una *Salve.*

—Lo haré con mucho gusto y con la mayor devoción.

—Pero no basta, añadió el Superior. Tiene que hacer alguna obra en honor de la Virgen y debe ayudarme en la obra que he empezado (y le dijo cuál). No sé realmente

cómo componérmelas para pagar a los obreros el próximo sábado y usted tendría que encargarse de pagarlos por mí.

—Prometo hacerlo; que la Virgen me conceda la gracia de poder levantarme el sábado de esta cama. ¿Pero cuánto hace falta?

—Para esta semana hacen falta mil liras.

—Pues bien, vuelva el sábado y las tendrá.

El Superior volvió el día señalado, después del mediodía, a casa de la enferma; llamó a la puerta, salió la camarera a abrir y le pidió noticias de la señora.

—¡Padre, está completamente curada! Se ha levantado y, no satisfecha de pasearse por la habitación, ha salido para ir a la iglesia.

—Alabado sea Dios, exclamó el sacerdote. ¿Pero no ha dejado nada para entregarme?

En aquel momento entró la señora, contó la curación, entregó la cantidad prometida y siguió ayudando a la santa empresa hasta que ésta se acabó.

He ahí, señores, uno de los muchos hechos, que dieron vida al santuario de María Auxiliadora en Turín. Del millón que se gastó **[51]** muy bien podemos decir que ochocientas mil liras fueron entregadas por gracias recibidas con intercesión de la Madre de Dios. Lo que sucedió en Turín, espero que se repita en Marsella para el oratorio de San León.

Dio las gracias a las personas que se lo merecían, habló de los progresos realizados en varias partes y concluyó con el *date et dabitur vobis* (dad y se os dará) [1]. En estas palabras se inspiró el señor Obispo. Animó a los Cooperadores a colaborar con don Bosco, instrumento de la divina Providencia, y estimuló a todos los presentes a hacer el bien con el ejemplo y las limosnas, y siguió con una graciosa historieta.

—En Africa del norte, dijo, había un convento que no poseía nada y, sin embargo, mantenía con la caridad de los fieles a sus religiosos y a gran número de pobres; con el correr del tiempo, disminuyeron tanto las limosnas que se encontraba en graves apuros. Preocupado el superior y no sabiendo cómo tirar adelante, fue a ver a un compañero suyo, rector también de una comunidad, y le expuso las condiciones en que se encontraba. Aquél, en cuanto comprendió por sus palabras que allí, por miedo a quedarse sin blanca, habían ido reduciendo poquito a poco las limosnas a los pobres y a la postre las habían suprimido por completo, encontró al punto la explicación de lo sucedido. En aquella casa vivían dos hermanas, que se llamaban *Date*

[1] El *Echo de N. D. de la Garde* (8 de abril de 1883, núm. 19) escribía: «El cautivador relato, contado con gracia encantadora y paternal abandono por don Bosco, impresionó vivamente al selecto auditorio que se agrupaba al pie del púlpito. La piadosa solicitud de los fieles para con el santo religioso y la adhesión cada vez mayor de los católicos son, sin réplica, el mejor testimonio que Dios da a la virtud que ha presidido la fundación de esta obra y que trabaja para su desarrollo».

(dad), la una y *Dábitur* (se os dará) la otra; al echar fuera a la hermana *Date,* se había marchado también con ella la hermana *Dábitur,* dejando a los religiosos en la miseria.

Los oyentes sonrieron y sacaron la moraleja de que, hacer bien al prójimo, es el medio para recibir de Dios toda suerte de bendiciones.

Las cantidades recogidas por don Bosco en las dos semanas que pasó en Marsella, valieron para aportar al oratorio de San León un alivio momentáneo e insuficiente. Como él reconoció, atravesaba entonces la ciudad un período de penuria **[52]** económica, que no permitía la munificencia de los tiempos normales. En atención a esta situación, moderó algo su llamamiento a la caridad, reservándose buscar también en otras partes la ayuda necesaria contemporáneamente. Al mismo tiempo, había recibido concretos y halagüeños ofrecimientos de Lille y de Barcelona. El abate Guiol comparaba las dos cosas y sacaba motivo para animar a las señoras de la comisión marsellesa.

«La Providencia, les dijo [1], se manifiesta siempre visiblemente en favor de la obra de don Bosco y confirma con la continuidad de su protección la palabra de Pío IX: «don Bosco es un apóstol y tengo en él la mayor confianza». En efecto, en sus casas y entre la fluctuante población por él reunida en ellas domina un sensible influjo, que es irradiación de su santidad. Los muchachos del oratorio de San León, con su comportamiento piadoso y recogido, son una verdadera predicación, que en muchas ocasiones ha ganado para la casa con las solemnes ceremonias de la parroquia las simpatías de personas que se habían alejado de ella. La bondad de los muchachos ha hecho que se aprecie la excelencia de la obra y ha sido una propaganda más eficaz que todas las explicaciones y recomendaciones».

En el seminario tuvo lugar un singular episodio que demuestra la veneración que rodeaba a don Bosco en Marsella. Un rico señor y gran bienhechor de la casa deseaba proporcionar a su hijo seminarista la sorpresa de una visita de don Bosco. Don Bosco accedió a dejarse llevar allá.

Llegados al seminario pidieron ver al Rector y les dijeron que no estaba. Pidieron entonces ver al Vicerrector, el cual compareció, y cortésmente, pero con cierto entono, preguntó qué querían de él.

—Permiso para poder ver al joven Olive, contestó el padre.

—No se puede. Los seminaristas están en clase.

---

[1] *Libro de Actas,* sesión del 12 de abril de 1883.

—Pero es un caso excepcional, observó don Bosco. Se trata **[53]** de un amigo suyo forastero, que no puede volver de nuevo.

—Siento que se encuentre usted en tal circunstancia. Es un caso, en el que solamente el Rector podría hacer excepción. Yo no me permitiré ciertamente semejante arbitrariedad.

—Sin embargo, nos tiene que conceder este favor, replicó don Bosco. Estoy segurísimo de que tendrá la aprobación de su superior.

—Perdone; yo no entro ni salgo en las intenciones del superior. Tengo el reglamento y esto me basta.

El altercado se prorrogó con la gentil insistencia del uno y el cortés rechazo del otro, hasta que el padre del seminarista perdió la paciencia y dijo enojado al vicerrector:

—¿Pero usted sabe con quién habla?

—Lo veo, hablo con un sacerdote, a quien supongo persona de categoría, aunque no fuera más que por estar en su compañía. Pero eso no es una razón que me autorice a quebrantar el reglamento.

—¡Es que es don Bosco!, le gritó el señor Olive.

—¡Ah, es don Bosco!, exclamó el sacerdote.

Y dicho esto, cayó de rodillas, repitiendo:

—¡Don Bosco! ¡Don Bosco!

Al oír aquel nombre y aquellas voces, salieron corriendo de las aulas profesores y alumnos, gritando también:

—¡Don Bosco! ¡Don Bosco!

Bajaron las escaleras, se agolparon a su alrededor y le agarraban las manos para besárselas. Fue una escena de entusiasmo conmovedor.

En el intervalo entró el Rector. Mandó reunir a los seminaristas en un salón y llevó allí a don Bosco, rogándole les dijera una palabra. Todos esperaban quién sabe qué; pero don Bosco, con toda sencillez, comenzó a preguntarles:

—¿Cuántos diáconos sois?

—Tantos.

—¿Cuántos subdiáconos?

[54] —Tantos.

—Pues bien, oíd una gran verdad. Un día no muy lejano todos vosotros seréis sacerdotes; y ahora no olvidéis nunca lo que os voy a decir. Un sacerdote no va nunca solo al paraíso o al infierno; va siempre con él un gran número de almas salvadas por su santo ministerio y su buen ejemplo o perdidas por su negligencia en el cumplimiento de sus deberes y su mal ejemplo. No lo olvidéis.

Confirmó después su afirmación con hechos de la historia eclesiástica.

En una hora de suprema angustia para la familia Olive, la palabra de don Bosco había llevado un rayo de consuelo. En la llamada campaña contra los Krumirs de Argelia [1] dos hijos del señor Olive militaban en las tropas de operación. La madre escribió a don Bosco y éste contestó que ninguno de los dos moriría en aquella guerra. Pero, habiéndose declarado entre los soldados una epidemia mortífera, uno de ellos, atacado por la fiebre tifoidea, sucumbió. La madre volvió a escribir recordando a don Bosco su profecía. Este contestó que él había visitado entonces los campos de batalla y, como no había visto a sus hijos entre los cadáveres, por eso había dicho que no morirían en guerra. En cuanto al segundo, víctima también del mismo mal, aseguró que, cuando él volviese a Marsella y se sentara a la mesa con la familia Olive, aquel hijo sería el rey de la fiesta, y se sentaría en el puesto de honor. Y así fue, afirma Lemoyne, que oyó al padre contar el hecho [2].

Esta familia Olive no tiene nada que ver con la otra homónima, en la que nació nuestro don Ludovico, muerto el 1919 como misionero de China. Parece que éste, **[55]** sostuvo precisamente el año 1883 su primer encuentro con don Bosco; tenía entonces dieciséis años. Fue entonces cuando una celosa cooperadora puso a los Olive en relación con el Siervo de Dios, que aceptó la invitación para ir a comer a su casa. La numerosa prole, trece entre varones y hembras, llamó enseguida su atención. Después de la comida quiso pasarles revista y decir su palabrita a cada uno. Cuando le llegó la vez a Ludovico, lo miró con mirada penetrante y, después, volviéndose a la madre, dijo:

—Este será para don Bosco.

Era el benjamín de la mamá; sin embargo, aquella mujer profundamente cristiana, en 1886, lo ofrecía al Señor poniéndolo en las manos de su santo Siervo [3].

El nombre de *monsieur* Olive se hizo popular en el Oratorio por una singular corazonada suya. En el año 1883 fue a Valdocco, donde fue recibido como se acostumbraba entonces hacer a la llegada de

---

[1] Esta campaña argelina fue declarada como consecuencia de las correrías de los Krumirs, efectuadas los días 30 y 31 de marzo de 1881, en el territorio de Constantina. Francia envió allá cuarenta mil hombres. La campaña concluyó con el tratado del Bardo o de Ksar-Said, (12 de mayo de 1881) por el que Túnez se puso bajo el protectorado de Francia.

[2] Don Juan Bautista Lemoyne vio en Marsella al joven, de regreso de Africa y todavía no restablecido totalmente, y esto algún tiempo antes de que don Bosco fuera a aquella comida. La fiesta de familia se hizo en 1882 o en 1883.

[3] V. CHANTIER. *Un missionaire salésien. Le Père Ludovic Olive.* Niza, Escuelas Profesionales Salesianas. Don Bosco, 1931.

bienhechores insignes. Después de la comida, salió al patio de recreo, se mezcló con los muchachos y, entre otras cosas, les dijo que un día, a señalar por don Bosco, quería darles de comer medio pollo a cada uno. Y llegó el día suspirado en que hubo que ir en busca de quinientos pollos. En «Porta Palazzo», el gran mercado general de Turín, los vendedores de la plaza exponían muy de mañana largas hileras de pollos colgados de unas varas, por acá y por allá, sacrificados y desplumados la noche anterior; al amanecer llegaban los proveedores de las fondas para comprarlos. Pero aquella mañana, con gran sorpresa por su parte, no encontraron ni uno en ningún lado: en todos los puestos oían lo mismo:

—Don Bosco se los ha llevado todos.

En efecto, el famoso Rossi, cocinero de la casa, que conocía la costumbre de los compradores, había acaparado muy tempranito toda la mercancía. Oíanse comentarios fáciles de imaginar, surgieron altercados de clientes asiduos con sus vendedores; pero no había remedio, aquel día la pollería de «Porta Palazzo» hervía en las ollas del Oratorio.

Expondremos todavía tres hechos, que tuvieron algo de extraordinario, **[56]** aunque el primero pertenezca al año 1882 [1]. La víspera de la conferencia, don Bosco volvió a ver en la casa de Marsella a dos personas, que iban a dar gracias muy de corazón a María Auxiliadora. El once de febrero del año anterior, se le había presentado una mujer con su hijo, víctima de un mal incurable según los médicos: una pústula maligna le atormentaba el ojo izquierdo y no había más remedio que la extirpación del mismo. Don Bosco recomendó a la madre y al hijo gran confianza en María Auxiliadora y dio al enfermo la bendición de la Virgen; la gracia no se hizo esperar, pues, tres días más tarde, el ojo volvía a su estado normal y para la solemnidad de la Ascensión había desaparecido toda debilidad en el órgano de la visión. Junto con la acción de gracias a la Virgen, entregaron a don Bosco un donativo considerable.

El segundo hecho comenzó el día mismo de la conferencia. La condesa de Aure anunciaba a don Bosco, con un telegrama del veintinueve de abril, desde Berna, que su esposo, atacado de pulmonía con complicación en las meninges, padecía agudos dolores; recurría, pues, a sus oraciones y a las de sus buenos muchachos para obtener el alivio del enfermo. A la mañana siguiente, un nuevo telegrama anunciaba

[1] De los dos primeros hace mención don Miguel Rúa en una segunda circular del cinco de abril a los Inspectores.

las condiciones desesperadas y pedía oraciones con más instancia. Don Bosco hizo que se rezara inmediatamente con esta intención. Pasó el día, amaneció el siguiente y llegó otro telegrama con estas sencillas palabras: *Il est sauf* (está a salvo). La prodigiosa curación fue duradera.

El tercer hecho está relacionado con la ida de don Bosco a Aviñón. Los señores Almaric tenían allí una hija, enferma hacía más de tres meses y desahuciada desde unos días antes por los médicos. Los padres fueron a toda prisa a Marsella para suplicar a don Bosco que se dignase ir a verla y darle su bendición. El, que ya había determinado parar **[57]** en Aviñón, prometió contentarlos. Con este consuelo en el corazón, los desolados padres volvieron rápidamente a su casa.

Una carta a la señorita Clara Louvet, que puede verse en el último apéndice, desconcertaría toda esta cronología del viaje, de no admitir un error en la fecha: «Marsella, dos de marzo». El dos de marzo, según se lee en ella, don Bosco tenía que estar ya en Marsella. Pero resulta, por las actas de la comisión de señoras, que se debe excluir toda duda de que él no estuvo en Marsella antes del día dieciséis. Hay que admitir, por tanto, que, después del día dos falta una cifra, quizás otro dos. El itinerario trazado en dicha carta sufrió sus retoques en el decurso del viaje [1].

Salió, pues, de Marsella el lunes por la tarde, día dos de abril, con don Camilo de Barruel como secretario. Por una feliz combinación, pudieron viajar en el exprés que, sin parada en ninguna estación, los llevó en dos horas a la histórica ciudad de los Papas. La noticia de su llegada había llevado a la estación una numerosa muchedumbre, que le aguardaba a la salida; mas, para librarlo del asalto de tanta gente, le sacaron fuera secretamente a través del café cercano y allí subió a un coche que se metió por una calle velozmente. La gente, que se dio cuenta de lo ocurrido, corrió tras él. «Era de risa, escribe Camilo de Barruel, y a la par consolador, contemplar aquella singular manifestación de entusiasmo y afectuosa veneración [2].

Ya dentro de la ciudad, don Bosco se apeó ante la casa del señor Miguel Bent, que tenía un gran comercio de ornamentos y objetos

[1] La omisión se explica tal vez de esta manera. En la cabecera de la página sobre el primer renglón, don Bosco escribió con grandes letras: *Oratoire St. Léon, Marseille.* La palabra *Marseille* termina casi el corto renglón, pues las dimensiones de la hoja eran pequeñas. Debajo de *Marseille* viene: *2 Mars 83.* Pero el ojo no había medido bien el espacio, de modo que apenas comenzó a escribir, advirtió la necesidad de juntar más las letras para que cupieran todas. Esta preocupación debió hacerle olvidar la repetición de la cifra.

[2] Circ. cit. de don Miguel Rúa y carta de don Camilo de Barruel al conde Colle, Valence, 5 de abril de 1883.

sagrados. El almacén que era muy espacioso, estaba atestado de gente, que se apretaba **[58]** a las paredes para dejarle paso y recibir su bendición [1]. Pero, en aquella invasión de gente, reinaba una tranquilidad recoleta y silenciosa, indicio de una veneración, de la que sólo don Bosco no se daba por enterado. El señor Bent le seguía por todas partes para protegerlo, pues le veía algo fatigado, por lo cual el santo le llamaba su ángel custodio, lo mismo que llamaba su monaguillo, *enfant de choeur,* a su hijo, porque le ayudaba la misa. Pero, no obstante estas precauciones, le destrozaron toda la sotana para hacer reliquias. Al darse cuenta de aquella labor clandestina, dijo bandadosamente y sin malicia:

—Me cortan la sotana; ¡si al menos fuese para darme otra nueva!

En efecto, su huésped mandó al hijo Guillermo que le proporcionara una nueva, que estuvo preparada poco antes de la hora de partir.

A la mañana siguiente, celebró la misa en las damas del Sagrado Corazón, una de las cuales era hermana de su secretario. Acabada la misa, se vio literalmente asediado por señoras, cada una de las cuales quería una bendición individual y una palabrita particular. Cediendo, después, a las insistencias del Arcipreste, aceptó hablar a las cuatro de la tarde en la iglesia mayor de San Agrícola, donde el Papa Gregorio XI instituyó el culto público y litúrgico de san José, el año 1371.

La amplísima iglesia se llenó de fieles, «como poco antes el día de Pascua, que ya es decir», observaba un diario [2]. Otro diario publicaba una correspondencia [3] de Aviñón, en la que se leía: «Admirábamos no sólo la afluencia de piadosos fieles que acudían a implorar un consejo, una bendición, un recuerdo, sino también la amable sencillez, la humildad sonriente y la abnegación del santo varón, **[59]** que atendía y bendecía a todos, pobres, pequeños y enfermos, como lo hubiera hecho un Francisco de Sales, un Vicente de Paúl, un venerable cura de Ars».

Y decía el mismo diario sobre la conferencia: «Ante un inmenso auditorio, don Bosco tuvo que alabar a la ciudad de los Papas, fiel a las tradiciones del pasado y profundamente católica, añadiendo que, en aquel momento, habría querido poseer la elocuencia de los más

---

[1] El joven José Françon le escribía, desde Tarascón, el 30 de mayo, cuando muchos diarios hablaban de don Bosco en París: «Soy aquel joven curado por Nuestra Señora de Lourdes, que iba vestido de azul y que, junto con su padre, tuvo la dicha de verle y recibir su bendición en casa del señor Miguel Bent, en Aviñón, el pasado mes de abril. Usted tuvo incluso la bondad de prometerme un recuerdo especial en su misa del día siguiente».

[2] *Gazette du Midi,* 5 de abril de 1883.

[3] *Semaine religieuse* de Niza, 22 de abril de 1883.

ilustres oradores franceses, Fenelón, Bossuet, Dupanloup. Después contó la historia de los Oratorios salesianos, disculpándose, con singular delicadeza, por tener que hablar de su propia persona, no por orgullo, dijo, sino por contar sencillamente lo que se ha hecho. Es difícil describir con qué gusto se escuchaba aquella palabra, a un tiempo tan ingenua, tan apostólica y de tan admirable lucidez; el acento italiano y a veces las frases extranjeras estaban muy lejos de estropear aquel discurso».

Volvió a decir la misa, al día siguiente, en la misma iglesia y fue también a oírla la hija de los señores Almaric. Había ido a visitarla el día anterior y la había encontrado en pésimas condiciones. Enferma de tuberculosis pulmonar, llevaba tres meses en cama; los médicos le daban, cuando más, quince días de vida. Don Bosco, después de animarla, ordenó a la familia que hiciese la acostumbrada novena, prometiendo rezar él también y diciendo que la enferma curaría, si aquella era la voluntad de Dios. Los padres hubieran querido que la misma enferma pidiese la curación expresamente a don Bosco; pero la buena hija, jovencita de dieciséis años, sólo se atrevió a pedirle que pudiera asistir a su misa a la mañana siguiente. Don Bosco le aseguró que iría.

Todos los de la casa se prepararon para la ceremonia. Volvieron a ver por la tarde al Siervo de Dios, el cual confirmó lo que había dicho, añadiendo que la enferma podría también recibir la comunión; sin embargo, aconsejó que, por prudencia, le sirvieran un refrigerio a eso de las tres o las cuatro; que él tenía facultad para autorizarlo. Pero hacia las siete, **[60]** que era la hora de ir, la pobrecita no se sentía con fuerzas para levantarse. Se encaminaron los demás. Al llegar a la iglesia, se lo comunicaron a don Bosco, que, al instante contestó:
—*Sí, sí; ella vendrá.*

¡Cosa sorprendente! Mientras el santo decía estas palabras, la enferma dijo de improviso a la hermana, su asidua enfermera:

—Creo que puedo ir a misa.

En efecto, se levantó, la vistieron a toda prisa, bajó la escalera y partió con la hermana en coche. Cuando ellas entraron en la iglesia, se produjo un movimiento de estupor. Acababa de empezar la misa. La enferma siguió el santo sacrificio sin fatiga, comulgó, y volvió a casa; estuvo levantada varias horas, tanto que la llevaron en coche a dar un paseo. No curó; pero la mejoría duró tanto como para permitir llevarle al campo. Allí, el día veinticuatro de mayo, oyó nuevamente la misa con todos los suyos y comulgó sin dificultad en la parroquia, distante tres kilómetros de la finca. Se acercó también a la sagrada

mesa el padre, notario en Aviñón, que hacía muchos años no cumplía con Pascua, y ésta fue considerada como una segunda gracia.

Muy pronto llegó la tercera. El año 1883 la solemnidad de María Auxiliadora fue trasladada, por razones litúrgicas, al día cinco de junio. Pues bien, se les ocurrió a aquellos señores la idea de llevar para aquel día a su enferma a Turín. Consultado el doctor, se opuso resueltamente. Escribieron a don Bosco, rogándole que diese su parecer. Don Bosco telegrafió que fuese sin temor. La acompañaron su madre, su hermana y el cuñado:

—¡Pobrecita! No la traerán viva a casa, dijo el médico a un primo de la enferma.

Por el contrario, el viaje resultó muy bien. Don Bosco los recibió bondadosamente, los convidó a comer el día de la fiesta. Hicieron naturalmente todas sus devociones, asistieron al banquete con un numeroso grupo de invitados y siempre en compañía de la joven; al fin, partieron con una dulce confianza en el corazón. Pero el 23 de mayo de 1884, María Auxiliadora llamó a su devota al paraíso. Pudo recibir todos los sacramentos y expiró **[61]** invocando a don Bosco. «Si don Bosco no pudo hacer el milagro deseado, escribía la anciana hermana muchos años después [1], nos obtuvo, sin embargo, gracias importantísimas».

En la sacristía de la parroquia se paró mirando fijamente a un monaguillo, y le dijo:

—Tú serás cura.

Y fue sacerdote: es actualmente el canónigo Aurouze.

Se acercaba la hora de la partida y no fue fácil empresa librar a don Bosco de la avalancha de gente que invadía la sacristía.

—Es una inundación, le dijeron.

—¡Un motivo más para marcharse!, contestó.

Se tardaron veinte minutos para pasar de la iglesia a la casa rectoral, que distaba unos pasos. La gente lo aguardaba apiñada en el recinto de la iglesia; pero él salió por una puerta lateral y en coche fue rápidamente a la estación.

«Este es todavía el ascendiente que ejerce en las masas la virtud y la santidad», concluía el mencionado corresponsal aviñonés.

Don Bosco iba directamente a Valence. Fue recibido con entusiasmo por la población. Se hospedó en casa del señor de Boys. El día seis asistió mucha gente a su misa en San Apolinar. Dijo unas breves palabras por la tarde en la capilla de las religiosas Trinitarias. Después

[1] Relación del 12 de febrero de 1931.

de las ocho, volvió a casa, atravesando el jardín de las religiosas de Santa Marta, las cuales habían improvisado en él una linda iluminación con farolillos a la veneciana y le esperaban allí mismo, arrodilladas con sus chicas, para recibir la bendición.

Desde Valence escribió al conde Colle: «A pesar de mis deseos de escribirle, no he podido hacerlo hasta ahora (...). Siempre me acompaña el recuerdo de su amabilidad, sus atenciones y las limosnas que con tanta generosidad y frecuencia me ha concedido, y singularmente durante los días, que tuve el honor y la satisfacción de estar con ustedes en Tolón. Comprenderá fácilmente, señor Conde, que lo que le escribo a usted **[62]** va dirigido también a la señora Condesa que, en este momento, podemos llamar con toda verdad *madre caritativa* de los Salesianos».

Siguió viaje a Lyon, su tercera e importante etapa, donde el *Eclair* había despertado, con un artículo de buen estilo, la enorme expectación de su llegada [1].

Decía así el artículo: «De aquí a pocos días la ciudad de Lyon, tendrá la fortuna de recibir a don Bosco. La sede Primada de las Galias, centro de tantas obras maravillosas, volverá sin duda a ver con gozo al dulce y santo sacerdote, a quien toda Italia venera de mucho tiempo acá como a una de sus más hermosas y, sobre todo, de sus más puras glorias, y al que Francia, siempre admiradora de las grandes obras y de los hombres elegidos por la Providencia para instrumentos de su misericordia, empieza a amar y bendecir (...). Dentro de poco, la población lionesa oirá la voz del santo sacerdote, una voz que no se puede oír sin experimentar, aun sin quererlo, una fuerte emoción: don Bosco hablará de sus obras con aquella sublime sencillez que presta encanto a su palabra, hace vibrar las más íntimas fibras de los corazones y producirá un caluroso llamamiento a la inmensa y conocida generosidad de los fieles lioneses. Almas caritativas: vosotras oiréis con gozo su llamamiento y estamos seguros de que os sentiréis felices por contribuir con vuestras limosnas al sostenimiento y difusión de las obras salesianas, obras de sacrificio y de amor, cristianas y patrióticas por excelencia. Así demostraréis al buen sacerdote don Bosco que siempre encontrará, en esta hermosa tierra de Francia, amigos sinceros y verdaderos y os habréis granjeado la gratitud de Dios y de la Patria».

Se detuvo en Lyon diez días, del seis al dieciséis de abril. Desde el principio al fin, le acompañaron señales de extraordinaria veneración

[1] Véase Apéndice, doc. núm. 20.

por dondequiera que fuese. No podía entrar o salir en ninguna parte, sin que hubiera que abrirle paso a viva fuerza a través de la muchedumbre apiñada a su alrededor; y no todos se contentaban con **[63]** verle, sino que muchos intentaban llegar hasta él para tocarlo y hablarle.

Pero no se le autorizó para hablar en las iglesias públicas de la ciudad. El cardenal Caverot dio excesiva importancia a una carta de monseñor Gastaldi el cual, al enterarse del viaje de don Bosco a Francia y de su finalidad, le escribió en plan de indisponerlo contra el Siervo de Dios. Por el contrario, el Cardenal de París, el eminentísimo Guibert, que también recibió una comunicación del mismo género, no tuvo tantos escrúpulos; le puso incluso en conocimiento de la carta, mostrándole su indignación y le facilitó la manera de dar conferencias en una de las iglesias más importantes de París [1].

También esta vez monseñor Guiol, hermano del párroco de San José en Marsella y Rector de la Universidad Católica, le brindó hospitalario hospedaje. A él acudían distinguidos personajes, rogándole les obtuviera la gracia de que don Bosco aceptase su invitación a comer, al tiempo que otros muchos agotaban la paciencia de don Camilo de Barruel, para que les concediese audiencia particular.

En una meseta de la ciudad de Lyon se levanta el popularísimo santuario de Nuestra Señora de la Fourvière. En él habló don Bosco a los fieles el domingo, día ocho de abril, por la tarde. La iglesia y la plaza estaban abarrotadas de gente. Le esperaba en el presbiterio, entre otros, el padre benedictino dom Pothier, célebre estudioso del canto gregoriano, y Superior General de los clérigos regulares de San Sulpicio. Cerca del umbral de la iglesia bendijo a una pobre mendiga paralítica que causaba lástima. El efecto de la bendición no se produjo allí mismo, sino en su mísero tabuco; se supo, en efecto, a través de las Hermanas de la Caridad que había dejado las muletas y recobrado el uso de las piernas y los brazos [2]. Después de la función, don Bosco tuvo que asomarse a la ventana de la casa Rectoral y dar, desde allí, la bendición para lograr que la muchedumbre comenzase a despejar la plaza.

[64] En la misma zona de Fourvière, visitó el día quince de abril por la mañana, fiesta del Patrocinio de san José, a las religiosas del Cenáculo, cuyo fin es proporcionar a las señoras toda suerte de facilidades para hacer tandas de ejercicios espirituales. Llegó allí a eso de

---

[1] *Summarium* de la *Positio super virtulibus*, núm. II, §§ 235-6.

[2] Carta de don Camilo de Barruel al conde Colle, Moulins, 17 de abril de 1883.

las once. Para dar tiempo de reunirse a la comunidad, la Superiora le acompañó a visitar en la enfermería a la madre De Fraix, gravemente enferma. Se esperaba de él un milagro; pero él la bendijo y la animó, diciéndole que aquella bendición la acompañaría hasta la muerte. Y, al salir, dijo a la Superiora que la enferma estaba bien preparada para ir al paraíso. Bajó después a la sala, donde le aguardaban todas las hermanas, y les hizo una breve exhortación para que observaran fielmente las reglas y formaran así santas para el Cielo; por último, las bendijo. Fue también a bendecir a un grupo de señoras que hacían ejercicios espirituales; una de ellas, que padecía sordera, se encomendó a él para que le obtuviera la gracia de la curación. Contestóle que confiase en la bienaventurada Virgen María y se lo pidiese cada día con fervor hasta el quince de agosto.

Vivía en la casa la cofundadora de la Congregación, Madre Teresa Couderc, cuya causa de beatificación ha sido introducida en Roma. También ésta estaba enferma y don Bosco le dio su bendición [1]. Sus hijas esperaban algún efecto admirable de la misma; pero la santa religiosa, hablando de aquella visita, decía:

—Después de la visita me sentí más cansada que antes. Yo no había pedido la curación, sino que rogué al Señor me concediera todas las gracias anejas a la bendición de aquel santo varón. ¡Ah, sí, es un verdadero santo!, repetía con profunda convicción.

La Superiora observaba, al escribir sobre esta visita: «Nada tan encantador como ver a aquellos dos santos encomendarse recíprocamente a sus oraciones».

Se anunció su misa para el martes, en la iglesia de San Francisco de Sales. Hubo el acostumbrado gentío. Después, **[65]** para que la muchedumbre no lo oprimiese, hubo que atrancar las puertas de la sacristía.

Para el día once, aceptó la afectuosa y apremiante invitación de ir a comer en la casa de campo del seminario, en la que se habían juntado casi doscientos estudiantes con sus superiores y otras personas de consideración. El Rector, los profesores y los seminaristas derrocharon muestras de efecto. Comieron todos juntos en una amplia sala. Hacia el final, rogáronle insistentemente que les hablara y él dirigió a los alumnos unas palabras de consejo y aliento, que le escucharon con religiosa atención y agradecieron con entusiastas aplausos.

---

[1] Mientras corregimos las pruebas de imprenta del presente volumen (12 de mayo de 1935), se publicaba en Roma el decreto sobre la heroicidad de sus virtudes.

Existía en Lyon el *Patronage de Notre Dame de la Guillotière,* en el que unos celosos sacerdotes y seglares, inspirándose en el programa salesiano, trabajaban, desde hacía algunos meses, en consolidar una obra nueva bajo el nombre de *Obra de los talleres de aprendizaje.* Naturalmente los promotores pensaban que una visita de don Bosco daría mucho realce a la empresa, y don Bosco no podía dejar de manifestar toda su simpatía por una obra, que respondía tan de cerca a su propia misión.

El abate Boisard, de quien había partido la idea de la fundación y era, además, director del *Patronage,* antes de poner manos a la obra, había pasado un mes en el Oratorio durante el año 1882. Su deseo era el de hacerse salesiano; mas, por consejo de don Bosco mismo, había vuelto a su patria para actuar por su cuenta. Era hombre de espíritu detallista y no sabía concebir una escuela profesional sin todos los adelantos de la técnica contemporánea, mientras don Bosco prefería comenzar a actuar con los medios de que disponía, para llevar después, paso a paso, sus obras hasta la ansiada perfección.

—He visitado sus talleres, había dicho en los primeros días a don Bosco, pero me parece que técnicamente son algo defectuosos.

—Tiene usted razón, le contestó el Siervo de Dios. Observe, sin embargo, que no tenemos obreros externos y que nuestros Hermanos no están todavía completamente formados. Usted que puede hacerlo mejor, pruébelo en Lyon.

Y el buen sacerdote lo probó; pero sus talleres **[66]** llevaban una vida lánguida, mientras los de don Bosco se desarrollaron y fueron progresando constantemente. Don Bosco colocaba la perfección en el punto de llegada; el otro, en cambio, ya la quería en el punto de partida.

Pero le habían impresionado en el Oratorio dos cosas, a saber: la práctica del método preventivo y el espíritu de piedad. Volvió a su tierra ilustrado y entusiasmado, tanto que, el día quince de octubre siguiente, inauguró el primer taller con doce aprendices. En la pública recepción, que hizo a don Bosco, narró la historia de su reciente creación y concluyó diciendo:

—Apenas si estamos en los principios, pero la obra crecerá, porque la organización y su carácter son los que yo vi en plena marcha en Turín. Como un simple discípulo, he dicho lo que es esta obra de Lyon; pero ahora el maestro nos enseñará qué debe ser y qué será con la gracia de Dios y de los lioneses.

Don Bosco con un *lenguaje pintoresco* [1] y, como dice un testigo

[1] *Echo de Fourvière,* 12 de abril de 1883.

viviente, *en un mal francés,* estimuló a todos a contribuir al desarrollo de una obra, que consideraba puesta en cierto modo bajo su patronazgo; desarrolló después dos conceptos; uno religioso, a saber, que los niños son la delicia de Dios; y el otro social, es decir que, si la juventud es mala, la sociedad será mala también. Sacó las consecuencias prácticas de ambos principios y preguntó:

—¿Sabéis en dónde está la salvación de la sociedad?

Y después de un instante de pausa, siguió diciendo:

—La salvación de la sociedad, señores, está, en vuestros bolsillos. Estos muchachos recogidos en el *Patronage,* y los mantenidos por la *Obra de los talleres* esperan vuestra ayuda. Si vosotros ahora os echáis atrás, si dejáis que estos muchachos lleguen a ser víctimas de las teorías comunistas, los beneficios que ahora les rehusáis, vendrán a pedíroslos un día, pero no con el sombrero en la mano, sino poniéndoos el cuchillo en la garganta y queriendo tal vez con vuestros bienes, vuestra propia vida.

[67] Sus últimas palabras fueron:

—La caridad de los lioneses, que llega hasta las obras de Turín, no podrá faltar a las de Lyon. Ojalá pueda yo salir de aquí con la esperanza de que una obra, tan bien comenzada, seguirá progresando y que nunca le faltará la protección de los buenos y la bendición de Dios.

Después explicó a un periodista, en una breve conversación, a quiénes se refería al decir los buenos.

—Estas obras, dijo, son tales que no sólo deben sostenerlas los católicos *viribus unitis* (juntando sus fuerzas), sino también todos los hombres, que se interesan por la moralidad de los muchachos. Es preciso que los *antropólogos* se preocupen de ellos, lo mismo que los cristianos. Es ése el único medio para preparar mejor porvenir a la sociedad.

No había sido fácil arrancar al Cardenal Arzobispo la autorización para aquel acto.

—Todo será para ellos, había dicho con una punta de ironía, convencido de que don Bosco y los suyos iban a llevar el agua únicamente a su molino.

Pero cedió, por fin, a las instancias de quien se lo rogaba haciéndose prometer que no le dejarían hablar más que en favor de la obra. En efecto, don Bosco recomendó, con enérgicas expresiones, a los presentes las necesidades del Patronato hasta decir:

—Si no sostenéis vosotros esta obra, vosotros mismos sufriréis las consecuencias. Obras como ésta son necesarias para el equilibrio de la sociedad.

Se recogieron ochocientos cincuenta francos en la colecta y se entregaron a la administración.

Preguntado, no hace mucho, al actual canónigo Boisard sobre la impresión que dejó en él don Bosco, respondió:

—Dos impresiones: una de bondad y sencillez y, la otra, de calma inalterable, ya que nunca daba muestras de tener prisa. Durante el mes que estuve en Turín siempre tuve ante mis ojos el espectáculo de un hombre lleno de calma, que hace todo despacio y como si ignorase la existencia de otros fuera del que hablaba con él.

Lo que más le detenía en Lyon era el deseo de poder defender de nuevo la causa de sus misiones ante el Consejo General de las dos conocidas obras de la Propagación de la fe y de la Santa Infancia. **[68]** Cuando obtuvo la audiencia, demostró a los señores del Consejo la urgente necesidad de proporcionar medios para hacer progresar con vigor y presteza las misiones patagónicas. Si la pía obra no le socorría, se encontraría en un gran apuro y, para no abandonar aquel campo evangélico, tendría que recurrir a algún remedio extremo.

Porque tenía firme voluntad de ir adelante a toda costa. Que ya había pensado fundar centros en Francia, para recoger limosnas con este fin; pero que todavía no se había decidido a hacerlo porque sería crear un dualismo, que le resultaba muy desagradable. ¿Cómo no ver, en efecto, la conveniencia y utilidad de un único centro para todas las Misiones extranjeras, al cual afluyesen las limosnas para la propagación de la fe? La obra de Lyon era demasiado venerable y benéfica para hacerle contrapeso, apartando quizás de ella una parte de las aportaciones. Sin embargo, si la obra misma no se apresuraba a socorrerle, ¿qué remedio le quedaba sino crear comisiones en Francia, en Italia y en otras partes para obtener socorros? Estaban de por medio su propio honor como jefe supremo de una Congregación religiosa, el honor del Sumo Pontífice, que había querido confiarle aquellas misiones y, sobre todo, la salvación de las almas, que por entonces no podrían recibir socorros de otros. Pero que no era su intención precipitar las conclusiones; él maduraría las cosas, esperaría todavía algún tiempo.

Si se viese obligado a tomar aquella determinación extrema, ciertamente no notificaría al público si la Obra lo había ayudado o no; pero tendría que anunciar al mundo entero que no poseía más medios que los propios para ir adelante, y que éstos eran escasos e insuficientes y ya agotados por tantas obras diversas.

Que pensara en consecuencia, el Consejo de Lyon qué convenía hacer y buscara la manera de destinar también a sus misiones una

cantidad proporcionada de limosnas. Después de todo la misión de la Patagonia tenía los mismos derechos a la caridad evangélica que las demás misiones. El Consejo en pleno aprobó el razonamiento de don Bosco y decidió tomar la cuestión en consideración.

[69] En otra asamblea lionesa tuvo don Bosco la palabra. En sus entrevistas con el venerando monseñor Desgrands, presidente de la Sociedad Geográfica, no salía éste de su asombro al oírle razonar con tanto aplomo y tantos detalles sobre la Patagonia; por lo cual, le propuso que repitiera lo mismo ante los miembros de la Sociedad en una próxima sesión. Don Bosco, a pesar de la dificultad que experimentaba para exponer todo aquello en francés, aceptó y se fijó el sábado catorce de abril para la conferencia.

El nombre del «venerable taumaturgo» [1] y la curiosidad por oír lo que diría acerca de una región, rodeada todavía de misterio [2], atrajeron a muchos socios y estudiosos. No fue una conferencia, dijo la prensa, sino una charla o conversación, original, amena, ocurrente e instructiva; su porte serio, fino y alegre a la vez, comunicaron a la sesión una simpática impresión. Tenían todos delante el mapa de la Patagonia, y don Bosco describía detalladamente fauna, flora, geología, minas, lagos, ríos y habitantes, con gran sorpresa de los oyentes que, ora bajaban los ojos al mapa, ora los levantaban para mirarle estupefactos.

Cuando hubo terminado su exposición, le preguntaron de dónde había sacado tantas interesantes noticias y él se limitó a decir que todo lo que había dicho era pura verdad.

Creemos que la Sociedad quiso comprobar las afirmaciones de don Bosco, porque aguardó hasta el año 1886, como veremos, para manifestar su convencimiento de que no había fantaseado y la manifestación consistió en concederle y acuñar expresamente para él una medalla de oro con motivo de sus méritos ante la Sociedad Geográfica, como en su lugar narraremos.

Nos quedan pocas e incompletas noticias sobre encuentros privados. Visitó a una noble familia en la que la señora, cuando él estaba a punto de despedirse, le rogó bendijera a su sirvienta, **[70]** joven de dieciocho años, a la que había sacado de un orfanato.

—¡Lo necesita la pobrecita!, exclamó el ama; es huérfana.

—Rezaré por su desgraciada madre, dijo, por el contrario, don Bosco después de bendecirla.

---

[1] *Echo de Fourvière*, 5 de mayo de 1883.
[2] *Eclair*, 21 de abril de 1883.

—¿Su madre?... ¿Con que no eres huérfana, como dices?, preguntó de golpe la señora.

Acorralada entre la espada y la pared, la muchacha confesó que su madre vivía, pero que se mantenía la cosa en secreto porque, desgraciadamente, ella había abandonado a los hijos para darse a la mala vida [1].

Descollaba entre los Cooperadores lioneses por su afecto a don Bosco el conde Jouffrey. No sabemos cuándo ni cómo contrajo la amistad, que le ligaba al Siervo de Dios; lo cierto es que, ya en 1883, don Bosco lo llamaba: *Mon ami Gustave.* Durante los diez días de su estancia en Lyon, el Conde puso a su disposición coche y cochero, para llevarlo adonde quisiese a todas las horas del día. Una mañana volvía de celebrar misa sobre la tumba de san Potino, Obispo de Lyon y cabeza de los llamados mártires lioneses. Por el camino que serpentea la colina, se agolpaba mucha gente alrededor del coche que, por tanto tenía que ir despacio y con dificultad. Don Bosco, volviéndose a derecha e izquierda, oía, contestaba, bendecía; pero, mientras tanto, se iba a paso de tortuga. El cochero, que no tenía la paciencia de don Bosco, soltó de pronto una maldición, que se ha hecho célebre:

—¡Es mejor llevar al diablo que conducir a un santo!

Un coche y un caballo que habían llevado a don Bosco, no debían tener un fin sin gloria. El animal murió de viejo y tuvo el honor de ser sepultado en una finca del Conde; el coche, por el contrario, existe todavía; se guarda como reliquia y se enseña a todos los que visitan aquella casa hospitalaria [2].

La madre del señor Jouffrey estaba enferma; pero **[71]** nunca pidió a don Bosco la curación: ofrecía sus sufrimientos al Señor por la salvación de las almas y parecía que la Virgen quería escucharla, no librándola del mal para que pudiese ejercer aquel oficio expiatorio e impetratorio. Así resulta de la hermosa carta que, al día siguiente de su santo, por medio de su Gustavo, que fue a visitarlo a Turín y prestó servicio en la antesala unos días [3].

El abate Gourgont, párroco de San Francisco, acompañó a don Bosco hasta la cabecera de una señora en gravísimo estado de salud. Se temía que su pérdida iba a ser muy dolorosa, puesto que dejaría huérfanos a tres hijitos. Al entrar en la alcoba de la enferma, dijo don Bosco:

---

[1] D'ESPINEY, *Dom Bosco* (undécima edición).

[2] *Bulletin Salésien* de agosto y septiembre de 1932.

[3] Véase Apéndice, doc. núm. 21.

—Esta enfermedad no es mortal.

Diole después la bendición y le ordenó que rezara cada día una *Salve* hasta el quince de agosto. Pues bien, precisamente durante aquel tiempo, declararon los médicos que ya estaba fuera de peligro. Al salir, se encontró a toda la familia con otros parientes que le abrían paso en el portal de la casa para recibir su bendición. Dos nodrizas llevaban en brazos a dos niños, uno de los cuales, Andrés, sobrino de la enferma, tenía apenas cinco meses. Llegaba don Bosco al umbral de la puerta y estaba a punto de salir, cuando volvió atrás y, señalando al pequeñín, dijo:

—Este será un gran siervo de Dios y de la Iglesia.

Y actualmente es monseñor Andrés Jullien, de los Sulpicianos, Auditor de la Rota en Roma y Consultor de varias Congregaciones Romanas.

Cierto día, fue a celebrar misa, no sabemos en qué iglesia, y tuvo un encuentro que trajo a su memoria una escena acaecida en Cannes, algún año atrás. Al entrar en la sacristía, salió a su encuentro un muchacho vestido de monaguillo, alborozado y dando a entender que lo conocía.

—¿Quién eres?, le preguntó.

—*Je suis votre petit Jean.*

—*Mais, quel Jean?*

[72] —*Votre Jean, Jean Courtois.* ¿No se acuerda cuando me llevaron enfermo a la estación de Cannes?

—¡Ah sí! Ahora recuerdo.

Comparecieron a continuación el padre y la madre, que habían ido a saludarlo y lloraban de alegría.

Un año estaba él en Niza, cuando los padres de este niño le habían escrito varias veces pidiéndole que fuese a Cannes para visitarlo porque hacía mucho tiempo que guardaba cama sin poder dar un paso. Pero entonces don Bosco contestó que no podía parar en Cannes. Ellos no se dieron por vencidos. Se informaron del día y la hora en que pasaría, alquilaron cuatro hombres e hicieron llevar al muchacho en su camita a la estación. Porfiaron con el jefe de estación, que no quería dejarlos entrar; mas, al fin, pasaron con la cama y la colocaron a un metro de la vía. Apenas llegó el tren, corrieron de un vagón a otro preguntando:

—¿Está aquí don Bosco? ¿Está aquí don Bosco?

El Siervo de Dios, que no sabía nada y estaba recogido en un rincón, al oír que le llamaban, dijo asomándose a la ventanilla.

—¡Sí, aquí estoy!

—¡Oh, querido Padre! Es preciso que baje un momento.

—Tengo billete hasta Marsella y no puedo bajar.

—¡Sólo un momento! ¿No recuerda a mi hijo, de quien le escribí a Niza? Venga a bendecirlo.

En fin, lo llevaron hasta el enfermo. No sabía qué hacer. Después de un instante de perplejidad, se acercó a la camita y preguntó al muchacho:

—¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?

—*Je suis Jean. Benissez-moi, mon Père,* contestó con voz apagada el chiquito.

Don Bosco hizo la señal de la cruz, rezó con él una oración y le dio la bendición. El tren estaba ya a punto de arrancar.

—*Donnez-moi quelque conseil,* pidió el niño.

[73] Y don Bosco, volviéndose a él, le contestó.

—¿Qué haces ahí? ¿No te da vergüenza que te lleven de ese modo? ¡Ea, levántate!

Profirió estas últimas palabras, mientras se apresuraba a volver a su plaza, porque el tren silbaba. Antes de sentarse, vio al chiquillo dar ocho o diez pasos para ir a saludarlo, y ya no vio más. Volvía a verle entonces en aquella sacristía de Lyon.

El muchacho había estado y parecía que seguía estando con buena salud. El 10 de diciembre de 1885 recibió don Bosco una carta, en la que, entre otras cosas, se encomendaba a sus oraciones un muchacho de Cannes, llamado Jean Courtois. En esta ocasión recordó el Santo el episodio y se lo contó a don Juan Bautista Lemoyne, que nos ha guardado su recuerdo.

Algunos detalles, especialmente sobre disposiciones del espíritu que la presencia de don Bosco despertaba en Lyon a quienes se acercaban a él, los sacamos de cartas que le escribieron en aquellos días o después de su salida y que se salvaron del naufragio de muchísimas otras de este género. He aquí cuanto podemos recoger de las mismas.

El conde de Montravel porfiaba con el secretario para lograr ser admitido a ver a don Bosco, con la seguridad de que, *por fas o por nefas,* lograría arrancarle una bendición, que curara a una nietecita. La señora Grozier, que el día diez de abril había tenido a don Bosco comiendo en su casa, estaba encantada con él cuatro días después, pero le angustiaba el temor de no poder volver a verlo antes de su salida de Lyon; por eso, le presentaba siete intenciones, por las que quería que rezase, y volvía a revivir, al exponérselas, una multitud de recuerdos de cositas pasadas entre él y las personas mencionadas.

El día catorce, fue don Bosco a celebrar en la capilla de unas

religiosas, adonde el matrimonio Paturle había llevado a una hija suya algo raquítica y había recibido de sus manos la santa comunión, pero sin poder presentarse a él como hubiera deseado vivamente. Al día siguiente, le instaban **[74]** a que impetrase del Señor la salud para su hijita y una marcha mejor de sus negocios comerciales.

La señora De Guestu, que le había enviado, por medio de monseñor Guiol, una invitación para que fuera a su casa a comer, temía no ser atendida; por ello, le rogaba directamente que se dignara conceder a su familia aquella gran satisfacción, que hacía días pedía a Dios como una gracia señalada.

La superiora de las Hermanas de San José de Cluny, que no pudo satisfacer sus ardientes deseos de verle en Lyon, le escribía a París, encomendando a sus oraciones sus hermanas de comunidad y sus colegialas y confiándole que, tanto unas como otras, le ocasionaban disgustos. Tenía, además, en casa a una religiosa gravemente enferma; su pérdida sería una pena y un perjuicio; dígnese, don Bosco —le decía— encomendarla al Señor y, al mismo tiempo, solicitar, para ella y para todas, las gracias de una fiel correspondencia al don de la vocación.

La carta rebosa, del principio al fin, la mayor confianza y esperanza en la santidad del Siervo de Dios.

Hombres del pueblo y aristócratas se hallan mezclados en esta correspondencia. Una tal Goudin le envía un donativo de treinta y seis francos, fruto de una colecta, y goza recordando que le escribió en Lyon y recibió respuesta. El conde de Montessus dice que ha leído el libro de D'Espiney y le expresa la convicción de que Dios envía a Francia al gran educador de la juventud moderna, para mostrar a los padres de familia franceses, que, a despecho de la guerra que se hace contra la escuela cristiana, El no los abandona. La señora Dupont, testigo de las curaciones obtenidas por las oraciones de don Bosco en Lyon, se encomienda a él, llena de fe, para que impetre el uso de las piernas para una nietecita suya. Y no queremos pasar por alto la carta de una veterana sirvienta, que el 23 de abril le escribía: «No soy más que una pobre sirvienta, ya vieja con setenta y nueve años, y todavía estoy sirviendo. Sin embargo, me siento tan impresionada por sus obras y por el bien que usted hace, que le ruego, Padre mío, acepte cien francos **[75]** de mis ahorros. En compensación, le pido que ruegue por mí, para que el Señor me conceda la gracia de una buena muerte. Le encomiendo también a mi familia; tengo diez nietecillos huérfanos» [1].

[1] Véase Apéndice, doc. núm. 22 (A-I).

El día de la partida, escribía don Bosco a don Pablo Albera:

Queridísimo Albera:

Salimos para París, pero nos detendremos un día en Moulins.

Recibirás cinco mil francos del señor Diuros, de Aviñón; la mitad es para vosotros y la otra mitad para San Isidro o St.-Cyr.

Nuestra dirección en París: Condesa de Combaud, avenue de Messine, 34.

Seguid rezando. Los asuntos marchan bien. Saludad y dad las gracias a amigos y bienhechores. Dios os bendiga a todos.

Lyon, 16 de abril de 1883.

Afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. Si la recibís mañana, comunicadlo en seguida para nuestra norma.

En Moulins tenía que parar muy poco: sin embargo, volvió a dar noticias suyas al conde Colle, prometiéndole que el secretario se las daría más abundantes.

En aquellas pocas horas encontró tiempo para ir a saludar al Obispo, monseñor de Dreux Brézé. Presentóse en palacio, pero su modesto atuendo y su francés tan poco elegante despertaron alguna desconfianza en el portero, el cual le advirtió que no era todavía la hora de recibir visitas el Obispo, que él tenía órdenes rigurosas respecto a las audiencias; y que, por tanto, era inútil su insistencia para hablarle. El Obispo observaba costumbres rígidamente aristocráticas, del todo conformes con su alcurnia. Sin embargo, la dulzura y humildad de don Bosco que, reiteraba su petición, movieron al portero a intentarlo; pero el secretario de Monseñor fue todavía más firme e intransigente en negarse a llevar el recado; **[76]** con todo, al oír la descripción que le hizo el portero del cura forastero, le dijo que lo pasara a su despacho.

El joven secretario del Obispo quedó al punto impresionado por el aire de santidad que infundía su semblante; cuando luego le oyó hablar en aquel su francés tan sencillo, se dio cuenta de que tenía ante sí a un eclesiástico de rara bondad.

—Bueno, le dijo; me cuesta, pero voy a preguntar a Monseñor si le quiere recibir.

Se encaminaba algo temeroso hacia el despacho del Prelado, cuando cayó en la cuenta de que había tenido un descuido; distraído por la impresión recibida, no había preguntado al desconocido su nombre y condición.

Al oír «don Bosco», se arrodilló ante él, pidió que le bendijese y, dando gracias al Cielo por aquel encuentro, que consideraba como un insigne favor, añadió enseguida:

—Monseñor se alegrará mucho de recibirle. Espere un instante, voy a avisarle; para usted no hay hora de audiencia; yo me hago responsable.

Efectivamente, al oír su nombre, dijo el Obispo:

—¡Oh! Hágale subir inmediatamente.

Qué sucedió entre Monseñor y don Bosco, nadie podrá saberlo; pero el secretario que, en su ancianidad gustaba repetir la narración de aquella recepción fuera de hora, solía decir que el Obispo quedó profundamente impresionado y hablaba de ella con viva satisfacción, considerando una gran dicha haber tenido en su casa unos instantes a aquél, a quien todos consideraban como un santo.

Después de la breve estancia en Moulins, don Bosco fue a Turlon-sur-Allier, pueblecito de los alrededores, y se dirigió al castillo del lugar, habitado entonces por la condesa de Riberolles y su hija la marquesa de Poterat, viuda al poco de su casamiento. Las dos ricas y caritativas señoras, admiradoras y bienhechoras de don Bosco, le esperaban como al ángel consolador en medio de su pena familiar; la marquesa de Poterat **[77]** sufría además una enfermedad que le duró toda la vida [1]. Detúvose allí hasta el día dieciocho y celebró misa en el oratorio privado del castillo. El altar, en que celebró el divino sacrificio, fue regalado por el actual propietario, señor D'Alès, hermano del docto jesuita de este nombre, al monasterio de las Carmelitas de Moulins, que lo colocaron en su capilla, dedicándolo a santa Teresa del Niño Jesús y considerándolo como una preciosa reliquia del Santo [2].

---

[1] Era cuñada de monseñor de Poterat, que fue director de la *Oeuvre de Jeunesse* en Orléans y sucedió, más tarde, a monseñor de Ségur en la presidencia la *Union des Oeuvres Catholiques,* especie de federación precursora de la Acción Católica actual. El año 1882 había enviado veinte mil francos para la iglesia del Sagrado Corazón (Archivo Inspectorial de Roma).

[2] Aquel secretario era el canónigo Nény, que murió siendo Vicario General de la Diócesis. De él recibió estas noticias su amigo el abate Giraud, decano actualmente del Cabildo de la Catedral y éste nos las comunicó a nosotros por medio de la señorita De Rancourt de Montluçon (Moulins, 18 de octubre de 1933).

[78]

CAPITULO III

LA MUERTE DE MONSEÑOR GASTALDI. MIRADA RETROSPECTIVA

EL 25 de marzo de 1883, día del *Alleluia,* las campanas de Turín trocaron de improviso el alegre repicar de Pascua por los fúnebres tañidos de la muerte. Aquella misma mañana, mientras clero y pueblo esperaban en la catedral al Arzobispo para la misa pontifical, una voz conmovida dio desde el altar la dolorosa noticia.

—Monseñor ha muerto.

A lo largo de la Semana Santa, había oficiado Monseñor todas las sagradas funciones en la catedral. El sábado por la tarde, quién sabe si por algún misterioso presagio, había ido a despedirse de la Virgen de los turineses en el santuario de Nuestra Señora de la Consolación *(la Consolata),* diciendo al subir al coche:

—Vamos a visitar a nuestra querida Madre, vamos a ponernos bajo su manto. Bajo el manto de María es consolador vivir y morir.

Después de una media hora de oración, salió al aire libre, porque se desmayaba. Era el síntoma de su próximo fin.

Por la mañana del día de Pascua, al ver los secretarios, que tenían que acompañarlo a la catedral, que tardaba en abrir la puerta más de lo acostumbrado, entraron por otro acceso en su alcoba y lo encontraron tendido en el suelo sin poder ya hablar y agonizando. El canónigo Chiuso le administró en seguida la Extrema Unción. **[79]** Poco después, declaraba el médico que ya no había remedio. Llegó entretanto su confesor ordinario, el padre Carpignano, prepósito de los Filipenses, que rezó las oraciones de los agonizantes y le impartió la bendición papal. A eso de las diez, Monseñor expiró.

Los restos mortales del difunto, expuestos en la iglesia del palacio arzobispal, fueron visitados por una gran muchedumbre de fieles y, el miércoles, conducidos con espléndida pompa fúnebre a la última morada. Toda la prensa de la ciudad se inclinó reverente ante su féretro.

Monseñor Gastaldi había nacido en Turín el mismo año que don Bosco. Su padre era jurisconsulto. Dotado de ingenio y memoria feliz, sobresalió siempre entre sus condiscípulos. Encaminado al estado

eclesiástico, a los veintiún años, se doctoró en teología por la Real Universidad de Turín y, a los veintitrés, fue agregado a la facultad teológica de la misma. Desde entonces, sus ocupaciones preferidas fueron el estudio del hebreo, la enseñanza de la teología moral, la predicación en las diversas diócesis de Piamonte y la profundización en el conocimiento de la filosofía rosminiana. El año 1841 publicó una defensa de las doctrinas de Antonio Rosmini contra un falso Eusebio Cristiano, que se había lanzado a la liza para impugnarlo con extraordinaria violencia. En los años 1845 y 46, publicó dos obras teológicas de otros autores, a saber, el último volumen de la teología moral de Dettori, y el compendio de la teología moral de Alasia, con anotaciones propias en cuanto se refería al Código civil albertino [1].

Fue nombrado canónigo de la colegiata de la Santísima Trinidad, durante el período de las agitaciones del cuarenta y ocho, y fundó *Il Conciliatore,* periódico milanés clérico-liberal, en el que propugnó con ardor las ideas desarrolladas por el filósofo de Rovereto (Rosmini) en las *Cinque Piaghe,* antes de que el libro fuera puesto en el Indice [2]. El año 1850, ingresó **[80]** en el Instituto rosminiano de la Caridad y, después de algunos meses de noviciado en Stresa [3], donde aprendió bien el inglés, fue enviado a Inglaterra como misionero y profesor de teología en los colegios de la Congregación.

Desde la islas británicas volvió a Turín el año 1862, dejó el Instituto de la Caridad y asumió la canonjía en San Lorenzo. Volvió entonces a dedicarse a la predicación, ministerio para el que era muy solicitado. Son de este tiempo las cuatro obritas que escribió por consejo de don Bosco, el cual las introdujo en la colección de las *Lecturas Católicas,* a saber: Vida del Cura de Ars, Biografía del teólogo Vola de Turín, Memorias históricas acerca de los Mártires turineses de la Legión Tebea y Tratado popular sobre la potestad del Papa.

En el Consistorio del 27 de marzo de 1867, Pío IX lo preconizó Obispo de Saluzzo. Durante los cuatro años que gobernó aquella diócesis, predicó muchísimo, visitó todas las parroquias, organizó instituciones de caridad y cuidó personalmente la formación de los jóvenes clérigos. Lo mucho que en 1870 se distinguió en el Concilio Vaticano,

---

[1] El sardo Dettori (1773-1836) había sido desposeído de la cátedra en la Universidad de Turín por las polémicas a que dieron lugar sus opiniones sobre el *probabilismo.* Tenía declaradas preferencias jansenistas y galicanas. También Alasia, que gozaba entonces de mucho predicamento, pertenecía a la escuela rigorista.

[2] Véase vol. XV, pág. 208.

[3] Stresa: población de Italia, junto al lago Mayor (*N. del T.*).

estimulado por don Bosco, queda descrito ampliamente en el noveno volumen de Lemoyne.

El año 1871, sucedió a monseñor Riccardi de Netro en la cátedra de San Máximo, de la que tomó posesión el día veintiséis de noviembre. Aquí aumentó mucho su actividad. Colocó en la cumbre de sus pensamientos la disciplina y cultura del clero y la educación e instrucción de los seminaristas. Celebró tres sínodos diocesanos. Fue pregonero incansable de la palabra de Dios. Sus cartas pastorales, sólidas por su contenido, y fáciles y brillantes por su forma, se leen todavía con provecho. El pueblo admiraba su celo ferviente y desinteresado y lloró sinceramente su fulmíneo fallecimiento.

Don Bosco, informado de su muerte, prescribió desde París que se celebrase en María Auxiliadora un solemne funeral y se invitara a él a sus parientes. Muy pocos de ellos asistieron; faltó incluso la condesita Mazé, sobrina del Arzobispo y que siguió siendo siempre afecta a don Bosco. Al parecer creyeron ellos que los Salesianos consideraban el fin de Monseñor **[81]** como su propio triunfo, o quizás les sabía mal que otros pudieran pensar de esta manera. La verdad es que los Salesianos mantuvieron la más perfecta reserva. Prueba de ello es también la *Stella Consolatrice,* en cuyo número, del día siete de abril, apareció una amplia nota necrológica, de la que la dirección de la revista envió las pruebas de imprenta a don Juan Bonetti, para que las viera y modificara a su talante, pero éste no se permitió ni sombra de crítica.

Después de esta semblanza biográfica, los lectores, que nos han seguido hasta ahora e ignoran el origen de la discordia que duró diez años entre monseñor Gastaldi y don Bosco, deben sentir más deseos que nunca de conocer las causas que la determinaron. Todo esto se expondrá por partes en el tomo décimo que no ha aparecido todavía [1]; pero, mientras tanto, es una verdadera necesidad exponer aquí, en compendio, cómo y porqué surgió el litigio; por otra parte, será útil recordar sumariamente la conducta que siguió don Bosco frente a la persistente oposición.

Dos cosas son históricamente ciertas, a saber: que el nombramiento de monseñor Gastaldi para obispo de Saluzzo y después para Turín fue propuesto y apoyado por don Bosco y que monseñor Gastaldi estaba muy bien informado de ello. La presencia de monseñor Gastaldi en Turín representaba en la mente de don Bosco un auxilio providencial. Eran amigos íntimos. Le había confiado sus secretos. Cuando

[1] El décimo volumen de estas Memorias apareció en italiano el año 1936; y el presente decimosexto, salió a la luz el 1934 (*N. del T.*).

hubiese que encaminar las negociaciones para la aprobación de las Reglas, el favor del Arzobispo, pensaba don Bosco, le ayudaría mucho para conducir felizmente la nave al puerto. En cambio, no pensaba lo mismo monseñor Manacorda, obispo de Fossano, que hubiera preferido a monseñor Colli, obispo de Alessandria; tampoco era de este parecer Pío IX, quien no ocultó a don Bosco su sentir, como ya tuvimos ocasión de recordar.

Y, desgraciadamente, las rosadas esperanzas no tardaron en marchitarse. Ya en su primera homilía, manifestó y remachó el Arzobispo la idea de que su elección había sido un rasgo inesperado de la Providencia, al que no había contribuido favor humano de ninguna clase. **[82]** Los que le conocían a fondo entrevieron enseguida en estas palabras la intención de excluir toda intervención de don Bosco. El hecho es que, en las conversaciones familiares, se explicaba sin ambages, repitiendo que nada debía a don Bosco y que era el Espíritu Santo quien lo había puesto al frente de la archidiócesis de Turín. Insinuaciones de personas malintencionadas debieron influir en su ánimo tan sensible en punto a autoridad. Sin embargo, las relaciones con don Bosco fueron buenas durante los primeros meses. Los síntomas de frialdad comenzaron a manifestarse en abril de 1872, cuando se trató de presentar algunos salesianos a las sagradas ordenaciones. Después, hubo un tira y afloja hasta el 24 de octubre, cuando recibió don Bosco una carta del Arzobispo, que empezaba así:

«V. S. tiene una larga experiencia de lo mucho que yo aprecio a la Congregación por usted fundada: la vi brotar del grano de mostaza, no dejé de ayudarla a medida que me lo permitían las circunstancias, pues yo la juzgaba, y la sigo juzgando, obra inspirada por Dios; y usted sabe también la protección que, como obispo de Saluzzo, dispensé a esta Congregación a fin de obtenerle la asistencia y sanción de la Santa Sede Apostólica. Ahora que la Providencia me ha colocado en la cátedra arzobispal de Turín, soy feliz de continuar asistiéndola para que llegue a obtener del Vicario de Cristo la aprobación plena.»

Fácil es imaginar con qué suspensión de ánimo leyó don Bosco este prolijo y mesurado exordio. Después de enunciar la tesis de que «el bien debe hacerse bien» y declarar que para obtener este fin sabría también «actuar contra los afectos del corazón», el Arzobispo llegaba directamente a lo importante.

Un decreto de la Congregación de Obispos y Regulares del 9 de marzo de 1869 concedía a don Bosco la facultad de las cartas dimisorias, mas sólo para los jóvenes que habían ingresado en el Oratorio antes de los catorce años. Para asegurarse de que los candidatos ha-

bían ingresado en la casa de don Bosco antes **[83]** de aquella edad y conocer su preparación, le exigía Monseñor la ejecución de lo siguiente:

«Así las cosas, ruego a V. S. dé las órdenes oportunas para que todos los alumnos, inscritos en su Congregación, que deseen recibir la tonsura y las órdenes menores o mayores, se presenten personalmente a mí, por lo menos cuarenta días antes de la ordenación, y aporten un certificado firmado por V. S. o por su representante, en el que se indique: nombre y apellido del alumno, nombre del padre, lugar y diócesis en que nació y a la que pertenece por algún motivo, edad precisa que tiene, en qué año entró en el Oratorio de San Francisco de Sales, fundado por V. S., y durante cuántos años cursó en él latín y filosofía, cuántos dedicó al estudio de teología y en qué lugar, en qué año y día emitió los votos trienales, o los renovó.

»Cada uno de estos alumnos se presentará después a examinarse, por lo menos de dos tratados completos de teología, distintos para cada nueva ordenación, y sobre los que se refieren a la orden que va a recibir; es decir, para la *Tonsura* y las *Cuatro menores,* sobre todo lo que la teología enseña acerca de ellos, para el Subdiaconado, cuanto se refiere a este orden y al celibato eclesiástico, las horas canónicas y el título eclesiástico. Para el Diaconado, cuanto pertenece a este orden y además el sacrificio de la santa misa».

El Siervo de Dios inclinó la cabeza en ademán de resignación; pero, la tarde del ocho de noviembre, Monseñor rechazó la nota de ordenandos, que le presentó don Juan Cagliero y amenazó con escribir a Roma contra el espíritu dominante entre los Salesianos.

Esta noticia traspasó el corazón de don Bosco, que no pudo pegar ojo durante la noche siguiente. Por la mañana, escribió al Arzobispo. He aquí la parte sustancial de su carta:

... Tan pronto como V. E. fue elegido Arzobispo de Turín, en su casa me preguntó bondadosamente como se encontraba nuestra Congregación ante las personas constituidas en dignidad y especialmente en el clero. Contesté que no existía choque con ninguno; sólo dos eclesiásticos, cuyo nombre dije, tal vez con buena intención, nos habían causado muchas molestias y disgustos. **[84]** V. E. replicó al punto:

—Esté usted tranquilo, el poder de éstos es secundario y su autoridad será frenada por la del Arzobispo; y una de las cosas que haremos será llevar a término la aprobación de la Congregación Salesiana.

Las cosas marcharon de esta manera hasta abril, cuando comencé a entrever alguna hostilidad; vino después el concierto de la ordenación y a continuación la negativa; luego el examen de los ordenandos y, más adelante, la carta en la que se prescribían diversas normas a cumplir. Se asintió a todo sin poner reparos, si bien en ninguna otra diócesis se pedía cosa semejante. Por último, ayer no sé por qué razón,

se rechazó la nota de las ordenaciones con amenazas de escribir a Roma contra el espíritu que reina entre nosotros. Puede darse que quien llevó el recado no observara los debidos miramientos al hablar, pero se trata de un individuo al que se debía avisar y hasta corregir de acuerdo con su comportamiento, pero paréceme que eso no puede representar el espíritu de la Congregación.

Así las cosas, ruégole por cuanto sé y puedo, nos escriba, diga o mande decir lo que V. E. observa como reprochable entre nosotros, para que sepamos cómo conducirnos y a qué atenernos. Varias veces he llevado la conversación a este punto, pero V. E. no llegó nunca a conclusiones concretas. Ruégole al presente se digne observar: 1.º, que escribir a Roma sería dar pie a los enemigos del bien para publicar a los cuatro vientos las disensiones entre el pobre don Bosco y su Arzobispo; sería algo ruinoso para nuestra naciente Congregación, que marcha entre obstáculos de toda suerte; y me pedirían cuenta y explicaciones, con los consiguientes disgustos, molestias y, acaso también, escándalos; tampoco sería beneficioso para V. E., pues estoy convencido de qué su gloria anda ligada en muchas cosas a nuestra Congregación; 2.º, que nosotros hemos trabajado siempre en la diócesis y para la diócesis de Turín, sin pedir nunca cargos ni estipendio; que hemos tenido y seguimos teniendo a su persona la mayor veneración; 3.º, que, permítame la atrevida expresión, si V. E. sigue en este plan con otros, llegará al extremo de ser temido por muchos y amado por pocos...

La antigua confianza había guiado la pluma de don Bosco. La inmediata respuesta de Monseñor aumentó la dosis. Lamentaba él la falta de un noviciado regular, a lo que atribuía el hecho de que los miembros de la Congregación, salvo unos pocos, careciesen de las virtudes religiosas esenciales y, especialmente, de humildad; se declaraba, además, enemigo de que se concediesen a los religiosos demasiadas exenciones de la autoridad episcopal. La carta no disminuía la preocupación de don Bosco; pero quedó satisfecho con ella, porque, de esta manera, había llegado a conocer algunas razones, que le **[85]** explicaban la nueva conducta de Monseñor con respecto a él. Replicó el veintitrés de noviembre, hablándole ante todo del noviciado y refiriéndole el diálogo tenido con Pío IX, casi la víspera de la aprobación general. El Papa le había preguntado:

—¿Será posible una Congregación en tiempos, en lugares, entre personas que quieren su supresión? ¿Cómo tener una casa de estudios y de noviciado?

—Yo, contestó don Bosco, no tengo intención de fundar una orden religiosa, donde se puedan admitir penitentes o convertidos, que necesiten ser formados en costumbres honestas y en la piedad; mi intención es la de reunir jovencitos y también adultos de moralidad segura, moralidad probada durante varios años, antes de ser admitidos en nuestra Congregación.

—¿Y cómo lograrlo?

—Como lo he logrado hasta ahora y espero seguir lográndolo. Nosotros nos limitamos a jóvenes educados e instruidos en nuestras casas; jóvenes ya seleccionados casi siempre por los párrocos que, de ordinario, al verles brillar por su virtud entre el rastrillo y la azada, los recomiendan a nuestras casas. Dos terceras partes de éstos son devueltos a sus familias. Los que quedan se dedican, durante cuatro, cinco y hasta siete años, al estudio y la piedad; y sólo algunos pocos de éstos son admitidos a la prueba aun después de este largo aprendizaje. Por ejemplo, este año terminaron ciento veinte el curso de retórica en nuestras casas; ciento diez de ellos vistieron la sotana clerical, pero sólo veinte se quedaron en la Congregación, los demás se enviaron a los respectivos Ordinarios diocesanos. Los admitidos a la prueba tienen que pasar dos años en Turín, donde tienen diariamente lectura espiritual, meditación, visita al Santísimo Sacramento, examen de conciencia y una breve plática cada tarde que yo mismo les doy y raras veces otro. Y esto, todos en comunidad. Dos veces por semana, se da una conferencia expresamente a los aspirantes, y, una vez, a todos los de la Sociedad.

—Dios os bendiga, hijo mío, le dijo entonces el Papa; practicad las cosas de la manera que me decís, y **[86]** vuestra Congregación logrará su finalidad. Si encontráis dificultades, notificádmelo y estudiaremos la manera de superarlas.

Después de estas explicaciones vino el *Decretum laudis*. Por consiguiente, según el pensamiento de don Bosco, Pío IX era de su mismo parecer; si no había noviciado, de nombre, lo había de hecho.

En cuanto a la segunda reconvención, escribía: «Yo haría humilde y respetuosa súplica a V. E. para que se dignara indicarme, no de un modo general, sino nominalmente, esos sujetos (carentes de humildad y virtudes religiosas) y, después, se lo aseguro, serían severamente corregidos y una sola vez. Puesto que eso constituiría algo escondido que hay que descubrir: escondido por mí hasta el día de hoy, escondido y desconocido por V. E. hasta el mes de abril del año actual. Hasta esa época, V. E. vio, oyó, leyó y, podemos decir, administró todo lo que tiene importancia en esta casa. Hasta ese momento, ya sea con sus escritos, ya sea de viva voz, en público y en privado, siempre ha declarado que esta casa era como el arca de salvación para la juventud, donde se aprende la verdadera piedad y otras cosas por el estilo».

Hasta aquí todo había procedido, si no de la forma cordial de otros tiempos, por lo menos privadamente y a la espera de una entrevista, en la que esperaba don Bosco que se encontraría alguna manera de entenderse; pero algunos actos de Monseñor convirtieron en con-

flicto lo que podía y debía quedar en un intercambio de ideas entre los dos.

En 1873 don Bosco estaba a punto de empezar las negociaciones para la aprobación definitiva y necesitaba para ello asegurarse el apoyo de muchos Obispos, y en primer lugar de su Ordinario. Este preparó su carta de recomendación llena de elogios, pero con especiales recomendaciones para el noviciado, para la admisión a las Ordenes y para la exención canónica. Después escribió a los Obispos del Piamonte y a otros, invitándolos a hacer sus cartas comendaticias, si se las pedían, formulando cuatro conceptos: 1.º, que ningún miembro de la Congregación pudiese acceder a las Ordenes antes de la profesión perpetua; 2.º, que las reglas concernientes al noviciado fueran tales como para formar buenos religiosos, **[87]** como sucedía con los Jesuitas; 3.º, que todos los ordenandos rindiesen exámenes en la Curia; 4.º, que los Ordinarios diocesanos tuviesen derecho a visitar las iglesias y oratorios de la Congregación.

Cuando don Bosco vio el contenido de la carta comendaticia y le informaron confidencialmente del paso dado por Monseñor ante el episcopado subalpino y ligurino, declaró que, por el momento, dejaba las cosas como estaban y no presentaría en Roma la petición. Pero el Arzobispo, sabiendo que en Roma se conocía su intención y previendo que se trataría de averiguar el porqué de aquel cambio, transmitió su carta comendaticia al cardenal Caterini, prefecto del Concilio, acompañándola con una carta, en la cual, a más de lo que acabamos de decir, señalaba la necesidad de que «los estudios filosóficos, teológicos y otros fuesen mucho más sólidos y serios».

Esto sucedía en abril de 1873, momento en el que surgieron otros desagradables incidentes con motivo de las ordenaciones. El veinte de aquel mes dirigió Monseñor un escrito al cardenal Bizzarri, prefecto de Obispos y Regulares, en el que exponía prolijamente su *desiderátum* con ocho puntos. ¡Lástima que su celo no fuera acompañado de una mejor comprensión del Instituto de don Bosco y de una mayor exactitud de informaciones! Don Bosco se enteró del documento al año siguiente, mientras se encontraba en Roma; esbozó pues, un memorándum que, puesto en forma, se entregó el día treinta de marzo a los Cardenales de la Comisión para la aprobación de las Reglas. Es oportuno presentar aquí dicho memorándum [1].

[1] Ya lo vieron los lectores en el volumen décimo, págs. 722 y 723 (*N. del T.*).

Es de advertir, ante todo, que monseñor Gastaldi, actualmente Arzobispo de Turín, hasta el 10 de febrero de 1873 se manifestó constantemente ferviente promotor e incansable colaborador del Instituto Salesiano. Por aquella fecha (10 de febrero de 1873), envió con palabras de vivo aliento al sacerdote Bosco a Roma, provisto de una carta comendaticia en latín, en la que declaraba haber reconocido el dedo de Dios en la existencia y conservación de este Instituto, y hacía excesivos elogios del gran bien que ha hecho y hace este Instituto, poniendo por las nubes al pobre fundador.

En una carta posterior del veinte de abril del mismo año, para contradecir cuanto había escrito en la primera, decía:

[88] 1.º Las reglas no fueron aprobadas nunca por sus antecesores.

R. Entre los documentos presentados a la Congregación de Obispos y Regulares está el decreto de monseñor Fransoni (31 de marzo 1852) en el que se aprueba el instituto de los Oratorios, se constituye jefe al sacerdote Bosco y se le conceden todas las facultades necesarias y oportunas para la buena marcha del mismo.

2.º Nunca se pidió ninguna aprobación al arzobispo Riccardi ni a él.

R. Cuando un instituto está aprobado por un Ordinario Diocesano, no se sabe si hay que obtener nueva aprobación de cada nuevo Obispo; sin embargo, es un hecho que el reverendo Bosco dirigió una súplica a monseñor Riccardi, pidiendo la confirmación de cuanto más arriba se ha dicho. El respondió, como varias veces después lo hizo monseñor Gastaldi, que cuando un instituto está aprobado por la Santa Sede, no necesita la aprobación diocesana.

Queriendo después cooperar a la estabilidad de este instituto, por su propia iniciativa confirmó con un decreto expreso todos los privilegios y facultades concedidas por sus antecesores, y añadió algunos nuevos, entre los cuales los derechos parroquiales (Decreto 25 de diciembre de 1872).

3.º El noviciado de dos años y ocupaciones exclusivamente ascéticas.

R. Esto podía hacerse en otros tiempos, pero no al presente en nuestros países; es más, quedaría destruido el Instituto Salesiano, pues, al darse cuenta la autoridad civil de la existencia de un noviciado, lo desharía al momento y dispersaría a los novicios. Además, ese Noviciado no podría adaptarse a las Constituciones Salesianas, que tienen como base la vida activa de los socios, conservando como ascética solamente las prácticas necesarias para formar y conservar el espíritu de un buen eclesiástico; un noviciado semejante tampoco serviría para nosotros, pues los novicios no podrían poner en práctica las Constituciones según el fin de la Congregación.

4.º Ya han salido profesos perpetuos que dieron lugar a quejas, etc.

R. Hasta el momento sólo salió uno que es el padre Federico Oreglia. Pertenecía a nuestra Congregación como hermano laico y salió de ella para ingresar en la Compañía de Jesús y hacer los estudios sacerdotales, donde efectivamente ingresó y ahora trabaja con aplauso en el sagrado ministerio.

5.º Esta Congregación causa no pequeño desorden a la disciplina eclesiástica de la Diócesis.

R. Es una afirmación gratuita.—El Ordinario de Turín no puede aducir hasta ahora ni un solo caso al respecto.

6.º Muy a menudo hay algunos que, después de los votos trienales, reciben las sagradas Ordenes *titulo mensae communis* y después salen, etc.

R. Es otra afirmación gratuita.—Hasta ahora, ninguno de ellos salió de la Congregación Salesiana.

[89] 7.º Un diocesano suyo de Saluzzo, apenas ordenado en esta Congregación, salió, etc.

R. Es completamente falso. El sacerdote, a quien alude, aun en cartas posteriores, y al que se quisiera presentar como ejemplo, nunca perteneció a la Congregación Salesiana. Fue ordenado por monseñor Gastaldi a título eclesiástico normal, y sin carta de recomendación alguna, y contra el parecer de don Bosco, a quien había sido enviado por su Ordinario y en cuya casa había hecho los estudios a título de caridad.

8.º Ha habido clérigos, despachados del Seminario, que fueron aceptados en la Congregación Salesiana, enviados a otra casa y diócesis y ordenados; después volvieron a la diócesis.

R. No se ha dado en absoluto ninguno de tales casos; aun cuando se dieren en el porvenir, siempre tiene el Ordinario la facultad de recibirlos o rechazarlos en su diócesis, como puede hacerlo con cualquier otro individuo que salga de un instituto religioso.

9.º Importa notar que, si se admitiesen las condiciones puestas, la Congregación Salesiana, carente de medios materiales como está, tendría que cerrar sus casas, suspender sus catequesis, pues ya no tendría catequistas, ni maestros; es más, cayendo, como ente moral, bajo la jurisdicción de la autoridad civil, serían inmediatamente dispersados sus socios y por ende disuelta la Sociedad.

10.º Nótese también que el actual Arzobispo nunca dio la más pequeña queja ni hizo observación alguna a los Socios o al Superior de la Sociedad Salesiana. Es más, cuando El quería presentar un clérigo modelo de ciencia o de virtud solía siempre señalar a los alumnos Salesianos.

11.º Todo esto que se afirma en la carta del 20 de abril de 1873 ha sido repetido, con frases diversas, en otras tres cartas secretas posteriores, a la misma Congregación de Obispos y Regulares; pero siempre aludiendo a hechos vagos, que nada tienen que ver con los miembros de la Sociedad Salesiana.

12.º Como rectificación de esta carta, y en honor de la verdad creemos es verdaderamente oportuno que este *memorándum* debe unirse a la misma.

JUAN BOSCO, *Pbro.*

Volvamos ahora al mes de abril de 1873. Aquellos singulares incidentes por las ordenaciones tuvieron un epílogo inesperado. El teólogo Chiuso, en nombre de Monseñor, advirtió a don Bosco, en el mes de mayo, que ningún miembro de la Congregación podría ser admitido a las órdenes, hasta que no certificara que dos determinados exseminaristas turineses no estaban ya en casas salesianas y prometiera que no los volvería a admitir, ni a ellos ni a otros exseminaristas de Turín, sin el consentimiento, dado por escrito, de la Curia Arzobispal. **[90]** Era una continua serie de dificultades, cada vez mayores, que daba mucho que pensar a don Bosco. ¿Adónde se iría a parar a aquel paso? ¿Y cómo esperar la aprobación de las Reglas con un obstáculo tan grande en casa? Para no dar a la última comunicación una respuesta precipitada, se retiró al colegio de Borgo San Martino, donde hizo tres días de retiro espiritual, y, después, como si debiera presentarse ante el tribunal de Dios, manifestó a Monseñor su pensamiento en estos términos:

... Me manda decir que no admitirá ya ninguno de nuestros clérigos a las sagradas ordenaciones, si no salen de nuestras casas el clérigo Borelli, que hace dos semanas que no está con nosotros, y el clérigo Rocca. Pide además, promesa formal de no recibir en ninguna casa de nuestra Congregación a quien haya pertenecido al clero de Turín.

Como no me da ninguna razón, creo poder hacer algunas consideraciones.

Si estos clérigos han sido expulsados del Seminario, ¿qué importa que vayan a refugiarse en una casa donde reflexionar sobre su suerte, a prepararse para un examen, o aprender un oficio, con que poder ganarse de alguna manera un trozo de pan? ¿Acaso porque han perdido su vocación, tendrán estos clérigos que vagar a la ventura o entregarse a un triste porvenir?

Parece mejor ayudarlos a colocarse en algún sitio, donde puedan trabajar y remediar su situación. Así lo han hecho y siguen haciéndolo todavía los Obispos, con los que estamos en relación. Podrá, tal vez, decirse que pidan permiso, y así queda resuelta toda dificultad. Se puede responder que la obligación de pedir permiso es un grave peso para ellos y para la Congregación o casa a la que van a pedir amparo; es una condición que, no habiendo sido puesta en la aceptación del seminarista, el superior no está autorizado a añadirla. Tanto más cuanto que este permiso fue pedido ya varias veces y, hasta ahora, no fue concedido. V. E. en estos casos debe más bien considerar que, si a estos clérigos, expulsados del seminario, se les dice que, por orden del Arzobispo, no pueden ser recibidos en ninguna casa, o recibidos, tienen que ser expulsados, V. E. me parece que se crea tantos adversarios cuantos son los amigos o parientes de ellos.

Tanto más cuanto que algunos de ellos habrían hecho ya algún curso de estudios o comenzado a aprender un oficio.

Esta declaración, que no creo estar obligado a hacer, levantaría una pared divisoria entre la Congregación Salesiana y el clero de esta diócesis, a cuyo bien está especialmente consagrada y trabaja desde hace ya más de treinta años.

Por otra parte, si, tocante a esta materia, hubiese alguna prescripción de la Iglesia que yo ignoro, me sometería enseguida y totalmente.

Y con respecto a que todos los clérigos se presenten para la ordenación, observo **[91]** que V. E. debe rehusarla, si encuentra en ellos dificultades; pero si son dignos de ella, ¿querrá V. E., tal vez por represalia, o por motivos completamente ajenos a los mismos, rechazarlos, privando así a la Congregación, a la Iglesia y a su misma diócesis de sacerdotes, de los que hay tanta escasez?

Me parece que esta Congregación que, desinteresadamente, sin percibir emolumento alguno, trabaja en favor de esta diócesis y, desde 1848 hasta ahora, ha proporcionado al menos dos tercios del clero diocesano, merece algún miramiento. Tanto más cuanto que, si un clérigo o un eclesiástico viene al Oratorio, no hace más que cambiar de residencia y seguiría trabajando en la diócesis y para la diócesis de Turín.

De hecho, las tres veces que V. E. juzgó no admitir a algunos de nuestros clérigos a la ordenación, no hizo más que disminuir el número de los Sacerdotes que trabajan en esta diócesis.

Así las cosas, yo quisiera que V. E. estuviese completamente convencido de que los dos, V. E. y yo, tenemos quien está a nuestro alrededor y arteramente querría arrancarnos algo para divulgarlo y decir: el Arzobispo ha roto también con el pobre don Bosco. V. E. sabe que, aún hace pocos días, hice no pequeños sacrificios para impedir la publicación de ciertos artículos difamatorios.

Deseo que V. E. esté informado de que hay notas cerradas en los gabinetes del

Gobierno, por obra de alguien, que se hacen correr por Turín. Consta en estas notas que, si el canónigo Gastaldi fue obispo de Saluzzo lo fue a propuesta de don Bosco. Si el obispo llegó a Arzobispo de Turín, fue también por proposición de don Bosco. Se recuerdan, incluso, las dificultades que hubo que superar para llevar a cabo esto. En todas estas notas se consignaban también las razones que me movieron para promover su nombramiento y, entre otras, el mucho bien que había hecho a nuestra casa, a nuestra Congregación.

Se sabe comúmmente el gran bien que podemos hacernos el uno al otro si estamos de acuerdo, y los malos se alegrarían mucho con nuestras desavenencias.

Ahora dirá V. E.: pero ¿qué quiere don Bosco?

Plena sumisión, pleno acuerdo con mi superior eclesiástico. No pido más de lo que varias veces dijo el Padre Santo y que ha repetido a menudo V. E. cuando era Obispo de Saluzzo, a saber: en los tiempos difíciles en que nos encontramos, una Congregación naciente necesita toda la indulgencia compatible con la autoridad de los Ordinarios y, cuando surgen dificultades, ayudarla con la obra y el consejo hasta donde sea posible.

He escrito esta carta sólo con el deseo de decirle lo que puede servir de norma para los dos y ser útil para la gloria de Dios; sin embargo, si se me hubiese escapado alguna palabra inoportuna, pido humildemente perdón.

Por desgracia se había hecho imposible para siempre volver a ganar el ánimo del Arzobispo; era preciso, en adelante, seguir otros caminos y, renunciando a la libertad del estilo epistolar, **[92]** atenerse al rigor de la correspondencia burocrática. Por lo tanto, transcurridas dos semanas desde el envío de la carta anterior, satisfizo en forma oficial a la doble imposición, que le había notificado la Curia.

29 mayo de 1873

El que suscribe, siempre feliz de poder cumplir los deseos de S. E. Rvma., nuestro Arzobispo de Turín, declara de buen grado:

1. Que no recibirá nunca en las casas de la Congregación Salesiana, como clérigo, a ningún alumno que haya pertenecido a los seminaristas de esta diócesis, a no ser que hubiesen sido aceptados en las casas de dicha Congregación antes de los catorce años, según el decreto Pontificio de 1.º de marzo de 1869, o piensen ingresar para aprender un arte u oficio.
2. Que ésta es la praxis que se ha seguido hasta ahora; y no se hará excepción de ninguna clase sin el permiso o consentimiento de la Curia Arzobispal.
3. Convencido también de interpretar fielmente los deseos de su Excelencia Rvma., entiende que esta declaración sea hecha con las reservas y limitaciones prescritas por los Sagrados Cánones, establecidos para tutelar la libertad de las vocaciones religiosas.
4. Si se necesitaran ulteriores aclaraciones, se darán con la máxima prontitud a una simple indicación del superior eclesiástico, cuyos consejos serán siempre un tesoro para el que esto escribe.

JUAN BOSCO, *Pbro.*

No bastó tampoco esta declaración. La cláusula, que pedía se salvaran los sagrados cánones en las partes que tutelaban la libertad de las vocaciones religiosas, no agradó al Arzobispo, el cual rechazó todo por este motivo. Estaba, pues, declarada abiertamente la guerra.

Nos detenemos aquí, puesto que es suficiente lo ya dicho para aclarar el origen de las divergencias, cuyo desarrollo han podido seguir los lectores en los últimos volúmenes; hay una exposición más detallada y documentada en el volumen anterior, que todavía no salió a la luz [1]. El 2 de julio de 1873, en una conversación en torno a la irremediable disensión, sacó don Bosco las palabras de lo más íntimo de su calma y dijo:

—También esto pasará. En un principio esta lucha me apenaba por no saber el motivo; pero ahora el Papa me ha trazado un plan acerca de la manera de proceder. Yo dejo hacer y callo.

[93] Es legítimo que nosotros, con el ansia de conocer a fondo la vida de nuestro Santo, tengamos hoy la curiosidad de saber cuáles fueron las causas que produjeron tan radical transformación en las relaciones entre dos hombres colocados en alto sobre el candelero de la casa de Dios. Pues bien, tenemos un cúmulo de testimonios a propósito, presentado a lo largo de los procesos apostólicos por autorizados contemporáneos, que vieron las cosas con sus propios ojos y también oyeron los juicios de otros que ya no vivían en el momento de sus declaraciones. Nada mejor, por tanto, que exprimir el jugo de tales testimonios y ofrecérselo a los lectores concentrado y límpido sin ocultar nada.

Ante todo, se aprecia en los testigos una convicción general de que no se puede cargar a don Bosco con ninguna culpa de aquella deplorable tortura. Damos en este punto la palabra, únicamente, a la condesita Mazé de la Roche, sobrina de Monseñor y con no menos devoción hacia él que hacia el Siervo de Dios [2]. Preguntada por los jueces si había fundamento para suponer o creer que don Bosco había dado motivo a las controversias, respondió: «Estoy plenamente convencida de que el Venerable no ha dado motivos para estas disensiones, porque siempre lo he conocido contrario a toda controversia y dispuesto a evitarlas, aun con sacrificio. Es más, añado que, en todas las conversaciones tenidas con mi madre y conmigo sobre el particular, veía lo mucho que sufría con todas estas pruebas».

---

[1] El decimoquinto volumen en italiano apareció en 1934, cuando ya tenía Ceria escritas estas páginas del XVI volumen (*N. del T.*).

[2] Véase vol. XI, págs. 463 y sigs.

Teniendo, pues, en cuenta las causas aducidas por los testigos y reduciéndolas para mayor claridad a algunos puntos esenciales, encontramos que algunas son hijas del carácter y de la mentalidad del hombre y otras del ambiente doméstico y curial.

En cuanto al temperamento que tenía por naturaleza, en una necrología que apareció inmediatamente después de su muerte y penetrada de la mayor deferencia hacia la memoria del finado [1], se hace mención de su «expresión dura» y se añade que, durante su misión en Inglaterra, «no suavizó su carácter en un país donde había que procurar **[94]** con procedimientos de dulzura hacer volver aquellos pueblos al abandonado redil». Era cosa sabida por todos que realmente se mostraba impulsivo e impetuoso y que fácilmente se acaloraba y empleaba palabras duras. Estos excesos eran el producto de su gran nerviosismo y también de los ataques hepáticos, a los que estaba sujeto. Arrastrado, pues, por este natural, sucedía, como dicen los testigos, que a veces se propasaba y luego temía comprometer su dignidad, si reconocía públicamente su fallo. Aquí, pues, hay que buscar en primer término uno de los factores de lo que sucedió.

Otro factor hay que buscarlo en sus disposiciones de espíritu. Debía su formación intelectual a la Universidad de Turín en la que estudió, cuando todavía soplaban en ella aires de jansenismo y galicanismo; de ahí, su escasa simpatía por la moral de san Alfonso y el exagerado concepto de la jurisdicción episcopal. Lo primero hacía que, para mantener la disciplina eclesiástica, tuviera exigencias excesivas, torcidas o poco serenas y acudiera a veces a medios increíbles, aunque reales; lo segundo, le hacía autoritario, entrometido, intolerante contra cualquiera que, aun respetando su dignidad, no pudiese mostrarse conforme con todas sus opiniones. De ahí que, sin estar en absoluto autorizado por Roma, quería entrometerse en la vida interior de la Congregación Salesiana, ya aprobada por la Santa Sede, pretendiendo que se actuase en ella a su manera. Es más, la autonomía de la Sociedad Salesiana le molestó desde el principio de su episcopado en Turín. «Yo tengo una diócesis enclavada dentro de mi diócesis, escribía el 26 de agosto de 1877 a la sagrada Congregación de Obispos y Regulares; don Bosco merma y combate la autoridad del Arzobispo de Turín e introduce el cisma en el Clero».

Bajo la acción continua de estos múltiples factores no cabía esperanza humana de que los choques, una vez comenzados, se pudiesen fácilmente detener o amortiguar. Lo afirmó con sólido conocimiento

[1] *La Stella Consolatrice,* núm. 13-14.

de causa monseñor Re, obispo de Alba [1]. «Para **[95]** explicar la duración de estas disensiones, dijo, entre dos personas, animadas ambas por rectas intenciones, me parece oportuno recordar que el Arzobispo, junto con muchas buenas cualidades, tenía también una idea algo exagerada de su autoridad y su saber, además de un carácter impetuoso, por lo que, a veces, era precipitado en sus decisiones y, después, difícilmente se resolvía a volver atrás por miedo a menoscabar el prestigio de su autoridad».

También las simpatías filosóficas dieron forma a su mentalidad y determinaron en él especiales actitudes. Se profesaba rosminiano convencido, y actuaba en consecuencia [2]. Por aquellos años la cuestión rosminiana era de las que se califican de candentes; entre católicos se luchaba a favor y en contra con verdadero encarnizamiento. Pues bien, la aversión de Gastaldi contra don Bosco y la Congregación se agudizó cuando vio que, no sólo las Reglas imponían a los Socios a santo Tomás como maestro en sus estudios, sino que, además, en la escuela se adoptaban exclusivamente textos conformes a la interpretación tradicional del filósofo de Aquino.

Aquí surge espontánea una pregunta. Si era éste el carácter, si era ésta la mentalidad del hombre, ¿fue sólo don Bosco quien experimentó sus efectos? No; también otros cargaron con su parte, si bien le tocó a don Bosco una porción mayor. Es cosa conocida, en efecto, que, por divergencias de ideas en el campo de la teología moral, Monseñor despidió de su cátedra al gran moralista don Juan Bautista Bertagna, más tarde Obispo auxiliar del cardenal Alimonda; apartó de la dirección del Convictorio Eclesiástico (Residencia Sacerdotal) al teólogo Boetti, después Vicario General del mismo Cardenal, y retiró al teólogo Richelmy, después Arzobispo de Turín, el nombramiento para la cátedra de Juan Bautista Bertagna; alejó de la enseñanza al teólogo Re, más adelante Obispo de Alba, y al teólogo Catrale, **[96]** obispo después y Vicario General de Richelmy. Es menos conocido que, por la cuestión rosminiana, expulsó de la archidiócesis al denodado publicista Tinetti, de la diócesis de Ivrea, que llegó a ser más tarde director de la *Unità Cattolica,* de la que antes era redactor; la emprendió contra el teólogo Margotti, el cual para librarse de tantos fastidios, cedió a su hermano Esteban la propiedad del diario; escribió incluso

[1] Procesículo canónico, pág. 137.

[2] El 18 de octubre de 1879, publicó una carta abierta a los editores Speirani, que habían impreso las obras de Rosmini y con ella quería explicar, en sentido favorable a la filosofía rosminiana, la encíclica *Aeterni Patris* aparecida en agosto. Esta carta fue deplorada enseguida por el cardenal Nina, a la sazón Secretario de Estado.

una carta muy fuerte al padre Beckis, General de los Jesuitas [1]. Por cuestiones canónicas, impuso también a sus sacerdotes suspensiones sin número y, por motivos discutibles, entabló muchas causas ante las Congregaciones Romanas; a tal punto que, dice don Miguel Rúa, en los procesos, haber sabido que una vez, teniendo que ir el cardenal Oreglia al Piamonte, su tierra natal, recibió de Pío IX el encargo de recomendarle que tratase más amablemente a su Clero [2].

Poníamos también entre las causas el ambiente. Las insinuaciones apasionadas, parciales y desgraciadamente también malignas de algunos, que se sentaban a su mesa o ejercían cargos en la Curia, excitaban a diario sus enconos. La señorita Mazé, en sus declaraciones ante el tribunal, leía de vez en cuando apuntes que había tomado, según las circunstancias de un diario suyo personal. Así, después de haber negado una audiencia a don Bosco, ella había escrito: «¡Cuánto se querían en otro tiempo! ¿Por qué cambió tanto mi tío Monseñor? ¡Ah! Quien ha realizado el triste oficio de suscitar semejante discordia, sin duda debería tener gran remordimiento de ello. ¿Por qué, pues, no retracta lo que afirmó y que no tiene ni sombra de verdad?» Y, ante los jueces, comentaba: «Invitada muy a menudo a la mesa de mi tío el Arzobispo, oí a su secretario dirigir frecuentes pullas y sarcasmos mordaces contra los de Valdocco o también decir:

»—¡Son los de allá abajo!»

Con respecto a los de la curia, baste mencionar al abogado fiscal, definido por un Príncipe de la Iglesia como «el instrumento digno de su principal» [3].

No pasaremos por alto algunas probables causas, que pueden **[97]** aportar algún atenuante, a la hora de enjuiciar los hechos expuestos. Desde su llegada a Turín, Monseñor temió quizás que se formara la opinión de que, habiendo sido llamado a regir la archidiócesis por obra de don Bosco, se iba a dejar guiar por él en su gobierno. Tal vez debió también temer que don Bosco intentaría atraer a su naciente Congregación a muchos jóvenes estudiantes y mucha beneficencia, con perjuicio para los seminarios diocésanos. Por fin, algunas imposiciones pudieron tener también su origen en que la legislación canónica no estaba entonces tan bien determinada en varios puntos como lo está al presente.

El cardenal Cagliero, dado el conocimiento que tenía de las cosas,

---

[1] El 28 de julio de 1880.

[2] *Summarium super virtutibus,* núm. III, § 695.

[3] Carta del cardenal Nina a don Bosco, 25 de diciembre de 1881.

compendió, casi sin darse cuenta, en pocas palabras todas las causas principales del conflicto, cuando cerró en los Procesos una de sus deposiciones, diciendo [1]: «Las divergencias nacieron, a mi entender, de pequeños recelos y de temidos o supuestos abusos contra la autoridad diocesana, cosa muy fácil entre una Congregación que nace y el Ordinario que la ve, a pesar suyo, declarada exenta de su jurisdicción, sobre todo si él tiene un carácter impulsivo y fuerte, una salud a menudo achacosa y un *entourage* (personas que viven alrededor) de consejeros adversos y mezquinos, por los que se deje influir».

El Señor, que permitió aquellos diez años de tribulación, parece que quiso también prevenir con tiempo a su Siervo; pues nada más comenzar las disensiones, le envió un sueño misterioso cuya plena inteligencia debía proporcionarle la clave del conjunto de los acontecimientos. Soñó don Bosco:

«Llovía a cántaros, y yo, por tener que atender a algunos asuntos urgentes, me vi obligado a salir a la ciudad. Al llegar junto al Palacio Arzobispal, veo (cosa extraña) al Arzobispo, monseñor Gastaldi, suntuosamente vestido con los ornamentos pontificales, que sale de su palacio. Me apresuro a alcanzarlo y: —Excelencia, le digo; fíjese con qué endiablado tiempo sale a la calle; ¿no ve que no hay ni una alma por las calles? Escúcheme, vuelva a su casa.

[98] »—No le toca a usted venir a aconsejarme; yo voy a mis asuntos y usted vaya a los suyos, contestó bruscamente el Arzobispo, apartándome.

»Mientras tanto dio unos pasos, resbaló y cayó en el lodazal con grave daño de sus ornamentos que quedaron enlodados y feos. Volví a advertirle otras cinco veces que mirase por su dignidad, que volviera atrás, que... Todo inútil; no valieron ruegos, ni súplicas. El, entretanto, seguía siempre obstinado su camino, cayó por segunda, tercera, cuarta y quinta vez; cuando por fin se levantó la última, estaba incognoscible... su cuerpo formaba una sola cosa con el barro, que le envolvía por todas partes; se cayó de nuevo y ya no se levantó».

Acostumbrado por una larga experiencia a descubrir en los sueños representaciones simbólicas de acontecimientos futuros, es de creer que, después de éste, el Siervo de Dios mirara con infinita compasión el continuo sucederse de las molestas vicisitudes y que, aun temiendo la catástrofe final, cobrara ánimo para no apartarse un ápice de su línea de conducta, que ahora diremos cuál fue.

Como primera precaución se abstenía cuidadosamente de dar mo-

[1] *Summ, sup. virt.* núm. 15, § XXI.

tivos a la maledicencia con los percances, que ocurrían con bastante frecuencia. No decía palabra en torno a ellos sin serios motivos; los procesos hablan claro. La sobrina Mazé, declarando por sí misma y por su madre, dijo:

«Nos ponía en conocimiento de estas cosas penosas, únicamente para que, bien informadas, pudiésemos encontrar la manera de prestar nuestros caritativos oficios para disipar los equívocos surgidos (...). No me consta, antes al contrario, estoy convencida de que el Venerable no hacía manifestaciones secretas en torno a este tema con otras personas y, cuando hablaba de ello con nosotras, decía:

»—Hablo de esto con ustedes, porque sé con quién hablo y porque sé que ustedes no pueden servirse de ello, más que para buenos oficios».

En segundo lugar, se dominaba de tal modo que no separaba nunca el disgusto de la resignación. Y, en ocasiones, la paciencia le resultaba muy clara. Una vez refirió a la sobrina Mazé la negativa de una audiencia. La Condesita consignó en su diario estas **[99]** impresiones y las palabras que él profirió: «¡Qué resignado estaba! ¡Y qué afligido! Me sentí inmensamente conmovida al oír estas palabras de sus labios: —Tiene uno la voluntad de mantenerse fuerte, de ser valiente ante la adversidad, pero, a fuerza de acumular disgustos sobre disgustos, uno se cansa y no aguanta más. No había visto en mi vida a don Bosco con la faz demudada; pero, esta vez, mientras hablaba, su rostro palidecía y después se acaloraba».

Los testigos son unánimes, al afirmar que nunca sorprendieron en su lenguaje el menor indicio de resentimiento por tantas contrariedades. Don Juan Anfossi, gran conocedor de los ambientes del clero de la ciudad, sacaba de ellos noticias de cuanto sucedía, con las que llegaba a conocer las penas de don Bosco e iba muchas veces a consolarlo; pero, por sus maneras siempre serenas, advertía que no necesitaba condolencias de nadie; antes, al contrario, sabía infundir en su consolador sentimientos de paz y confianza en Dios.

Aprovechaba también la ocasión para comunicar al mismo don Juan Anfossi, que tantos conocidos tenía en los medios eclesiásticos, algunos detalles para que, dado el caso, pusiese las cosas en su punto. Así una vez le contó que había sido llamado a palacio, donde le parecía que, con una buena entrevista, se allanarían todas las dificultades; tanto es así que el Arzobispo le había invitado a bendecir a los familiares que él había introducido. Pero que, apenas se despidió de ellos, como si se arrepintiera de lo hecho, volvió a afirmar la culpabilidad de don Bosco. Este, siempre tranquilo, se esforzaba por conven-

cerle de lo contrario, mas sin resultado, pues Monseñor, diciéndole duramente: —¡Márchese!, le volvió la espalda y don Bosco, afligido, fue tomado de un brazo por su secretario y llevado fuera de la sala. Después de este relato, exclamó el Siervo de Dios: —¿Cómo es posible hablar seriamente y con éxito con un hombre, que cambia de parecer tan fácilmente?

He aquí por qué se preocupaba don Bosco de tan dolorosas vicisitudes; se preocupaba por los graves asuntos concernientes a la Congregación, **[100]** no a su persona. Cierto día díjole al mismo Anfossi:

—Si no se tratase también de la Congregación, yo preferiría irme a Roma o a otra ciudad, para evitar estos choques; pero, parece ser voluntad de Dios que la Congregación eche aquí sus raíces.

Se lamentaba por igual de que aquellas molestias le impedían hacer todo el bien que habría querido. Decía a un confidente suyo:

—El demonio ha previsto el gran bien que se hubiera podido hacer, si monseñor Gastaldi hubiese seguido protegiéndonos; pero el espíritu del mal sembró la cizaña. El Arzobispo se informa de todo lo nuestro y nos pone estorbos sin parar; pero también esto pasará. Nosotros seguiremos adelante en silencio y sin emprender nunca nada contra él. Sólo lo siento por el tiempo que nos hace perder y que podríamos dedicar al bien de las almas.

Otro punto en el que están de acuerdo los testigos es en afirmar que, no obstante la oposición calificada de sistemática por un autorizadísimo Prelado romano [1], don Bosco no dejó de amar, respetar y, en la medida de lo posible, ayudar al Arzobispo. Declaró la condesita Mazé ante el Tribunal: «El Venerable, siempre que hubo de tratar este tema, apenas si nos contaba lo necesario; tanto que a veces no comprendíamos a dónde iba a parar y nos veíamos obligadas a preguntarle. Pero él nos hablaba siempre del señor Arzobispo con tan gran respeto y caridad que quedábamos edificadas».

Y no sólo los testigos hablaron así, sino que lo mismo escribieron otros que no comparecieron ante el tribunal eclesiástico. Es precioso lo que escribió el padre Félix Giordano, superior de los Oblatos de María en Niza [2]: «Estaba yo de paso en Turín y, conversando con el Arzobispo con cierta franqueza por haber sido antiguos condiscípulos, me puse un poco al corriente de la **[101]** diferencia surgida. Pues bien, puedo decir que nunca como entonces me maravilló el ver tan

---

[1] Carta de monseñor Vitelleschi, secretario de Obispos y Regulares, a don Bosco, 5 de enero de 1875.

[2] Carta a don Miguel Rúa, 25 de marzo de 1888.

inalterada calma en mi amigo don Bosco. En efecto, después del posterior coloquio que tuve con él en Valdocco, quedé tan edificado que, antes de volver a Niza, escribí una larguísima carta al Arzobispo, en la que le refería todas las buenas impresiones que había recibido sobre el particular».

Se escribieron muchas cartas de este género, exhortando a Monseñor a que dejara tranquilo a don Bosco. El teólogo Franchetti posee los originales. En una carta de agosto de 1873, monseñor De Gaudenzi, Obispo de Vigévano, le daba este testimonio: «Estoy seguro de que don Bosco está dispuesto a todo, antes que faltar al respeto y reverencia hacia su Arzobispo, que sé cuánto lo veneras y estimas».

La confirmación de que caminaba por las vías de la rectitud se tiene en los dones sobrenaturales, que no dejaron de brillar en él, durante el período de sus mayores tribulaciones. Es preciosa una respuesta suya respecto a esto. Cuando llegó a Turín el cardenal Alimonda y comenzó a brillar un iris de paz sobre el Oratorio, quiso un día don Pablo Albera conocer el pensamiento de don Bosco sobre la frecuente intervención de la Virgen en el curso de su vida y de sus obras. El se quedó reflexionando un instante, después de oír la pregunta, y contestó:

—Todos estaban contra don Bosco; era muy necesario que la Virgen le ayudase.

Concluiremos también nosotros nuestra exposición, como lo hizo el cardenal Cagliero en su extensa deposición del Procesículo [1]:

«En conclusión, creo que, porque así lo dispuso Dios, el Venerable don Bosco tuvo para la perfección de su santidad un contrario en aquel que esperaba sería su más seguro y fuerte protector y precisamente en el período más glorioso y fecundo de su apostolado. Esta cruz, que el Señor **[102]** cargó sobre sus hombros, le hacía perder gran parte de su preciosísimo tiempo en una humilde y obligada defensa; pero nunca le arrancó una queja del corazón, una palabra de impaciencia, de enojo o de justo resentimiento. La llevó con fortaleza, serenidad y humildad, sin perder nunca la paz interior, sin que le hiciese desistir de su continuo trabajo por la consolidación y expansión de su obra, con aquella alegría de espíritu, con aquella íntima e inalterable unión con Dios, que es la característica de los Santos».

[1] Procesículo, pág. 97.

[103]

CAPITULO IV

EN PARIS: RECEPCIONES Y AGASAJOS

DON Bosco no llegó a París como un desconocido o un inesperado. Las largas gestiones sostenidas con el abate Roussel para continuar su obra de Auteuil, habían hecho que su nombre circulara por las esferas eclesiásticas y civiles de los que se dedicaban a las instituciones benéficas, tan numerosas en la gran metrópoli. En cualquier discurso sobre caridad y beneficencia, se citaba como estímulo y modelo la actividad del sacerdote turinés en favor de la juventud pobre y abandonada, tanto más cuanto que, también sus fundaciones en tierras de Francia, llamaban cada vez más ampliamente la atención de los buenos ciudadanos y de la prensa católica.

Además, los contactos con la colonia parisiense, que solía invernar en Niza y en la Costa Azul, le habían permitido trabar preciosas relaciones que habían despertado en muchos, junto con los sentimientos de admiración por sus virtudes y empresas, el deseo de verle en la capital. A través de estos señores, penetró después allí y se difundió entre las familias aristocráticas el libro del nizardo doctor D'Espiney, que, sin pretensiones, mas con estilo cautivador, narraba los episodios más llamativos de su vida, despertando en los lectores curiosidad por conocer de cerca a un hombre tan singular. Por eso, cuando se supo que estaba realmente a punto de llegar, diversos **[104]** nobles parisienses ofreciéronle a porfía hospitalidad y difundieron la alegre noticia por amplios círculos de parientes y conocidos. Nadie, sin embargo, habría podido jamás imaginar ni la milésima parte de lo que sucedió y cuya narración ocupará una parte considerable de este volumen [1].

[1] Las principales fuentes de nuestra narración serán: 1.º, los periódicos de aquellos días; 2.º, un centenar de cartas escritas a don Bosco o al secretario y afortunadamente guardadas; 3.º, un breve diario de las audiencias vespertinas del 18 de abril al 21 de mayo, pero con amplias lagunas; 4.º, dos folletitos impresos en París: LEON AUBINEAU, *Dom Bosco, sa biographie, ses oeuvres et son séjour à Paris,* A. Josse éditeur; *Dom Bosco à Paris, sa vie et ses oeuvres* por un antiguo magistrado, Librería Ressayre, séptima edición. En menos de una semana, quedaron agotadas tres ediciones. Los dos folletos aparecieron mientras el Santo estaba en París. Otras fuentes particulares serán citadas a medida que se ofrezca la ocasión, como: 5.º, apuntes de Lemoyne sobre informes recibidos de viva voz; 6.º, testimonios recientes de sobrevivientes que vieron y oyeron a don Bosco en París. (Publicamos en Apéndice el núm. 3.º, doc. núm. 22bis).

Era el miércoles 18 de abril, cuando, a eso de las seis de la tarde, llegaba don Bosco, acompañado por don Camilo de Barruel a la estación de Lyon. Un coche, que lo esperaba, lo llevó a través de los *bulevares,* hasta la avenida Mesina, y se detuvo ante la cochera del palacio De Combaud. La Condesa, noble dama de edad avanzada y óptima cristiana, se consideraba felicísima por haber logrado que aceptase su hospitalidad. Ya tuvimos ocasión de nombrarla, al hablar del futuro monseñor Malán y de su extraordinaria vocación [1]. Poseía ella una casa de campo en los alrededores de La Navarre, donde había visto al Siervo de Dios en su reciente visita y se habían puesto de acuerdo para la próxima ida a París. Puso allí a su disposición un apartamiento totalmente independiente del resto de la casa, con personas para su servicio y todo lo necesario para que se encontrara enteramente a su gusto.

Pronto advirtió la acertada elección del secretario. Don Camilo de Barruel era un francés verdadero, descendiente de una noble familia del Delfinado [2], había estudiado derecho y había sido jefe de secretaría de un Departamento, durante la presidencia del mariscal Mac-Mahon. En su adolescencia había sido condiscípulo en el seminario menor, abierto por monseñor **[105]** Dupanloup en Chapelle Saint-Mesmin, cerca de Orleáns, de monseñor Camilo Siciliano de Rende, a la sazón Nuncio Apostólico en París. Hombre culto y experimentado, fue una verdadera providencia para don Bosco en aquel gran mundo.

París se conmovió a la llegada de don Bosco. Esta frase lo dice todo. Las grandes ciudades no suelen conmoverse tan fácilmente por la presencia de huéspedes, aunque sean muy ilustres.

París, por su parte, es tal vez la ciudad más indiferente que exista ante novedades de esta clase. Hoy día sólo puede comparársele Roma. Personajes de mucho renombre en las artes, en las ciencias y en la política, autoridades de primer orden en la jerarquía social pasan y vuelven a pasar por ella continuamente y, cuando más, sólo atraen una momentánea atención. *Ab assuetis non fit passio* (lo que es costumbre no conmueve). Por el contrario, tan pronto como corrió la voz de que don Bosco estaba en París, se produjo un movimiento incesante y arrollador hacia su persona; doquiera se supiese que se encontraba, la gente quería verlo, escucharlo, acercarse a él y tocar sus

---

[1] Véase vol. XV, pág. 486 y sigs.

[2] Delfinado: es la antigua provincia de Francia *Dauphiné,* con Grenoble por capital, que comprendía los departamentos de Isère, Hautes Alpes y Drôme, de hoy. (*N. del T.*).

vestidos. Fue una ovación general y diaria, no preparada ni organizada en modo alguno, sino improvisada, espontánea y francamente asombrosa.

Y eso que su exterior no ofrecía a los ojos del público nada de lo que domina a las masas. Los periódicos resaltaban su estatura mediana, su paso vacilante, su vista fatigada, su tono de voz lento y apagado, su acento extranjero y un lenguaje más extranjero todavía, su extremada sencillez de trato; pero también destacaban su bondad exquisita, su dulzura inalterable, su paciencia heroica, advirtiendo que la aureola de taumaturgo que rodeaba su nombre, lo dejaba tan indiferente y modesto como podía aparecer el último de sus hijos. Pero los no profanos descubrían perfectamente el secreto de tan poderoso atractivo: era su santidad la que, pese a todas las intentadas deformaciones del alma popular, sin embargo, ejercía siempre, hasta en París, su perenne fascinación.

El movimiento al que nos referíamos, comenzó enseguida al día siguiente **[106]** de su llegada. Aquella mañana, después de celebrar la misa en la iglesia de las Carmelitas, don Bosco acudió presuroso al Arzobispado: le urgía presentarse a saludar al ángel de la diócesis. No vio al Arzobispo, que había salido para administrar la confirmación; pero visitó al Coadjutor, monseñor Richard, que le dispensó los mejores agasajos. Pero quiso volver aquel mismo día; entonces el cardenal Guibert sostuvo con él una larga y cordial entrevista. Cuando regresó a casa, se encontró con un centenar de personas que pedían verle.

Aquella afluencia, índice de lo que iba a suceder en su palacio de la mañana a la tarde durante los días siguientes, asustó a la señora De Combaud, que buscó en seguida un remedio. Cerca de la iglesia de la Madeleine, en la calle Ville l'Evêque, en el palacio De Sénislhac, había una comunidad que exteriormente no tenía apariencias monacales, pero que formaba una familia religiosa femenina, cuyos miembros pertenecían a la aristocracia, y se llamaban Señoritas, no monjas [1]. Eran las Oblatas del Sagrado Corazón de Montluçon, fundadas por Luisa Teresa de Montaignac de Chauvance, cuyo proceso de beati-

[1] La gente pensaba que aquellas *Demoiselles* debían ser religiosas; pero al no ver ningún indicio de ello, se las preguntó durante la presencia de don Bosco:

—¿A qué Orden pertenecéis?

—A la de los buenos cristianos.

—¿A qué os dedicáis?

—A recibiros a vosotros.

—¿Pero en qué casa de caridad nos encontramos?

—En la de la señorita Sénislhac.

Con respuestas como éstas eludían la curiosidad del público.

ficación ha sido incoado. Al frente de dicha comunidad, estaba una Sénislhac. A ella se dirigió la señora De Combaud. Como fácilmente se preveía y como realmente fue, si don Bosco celebraba la misa hoy aquí, mañana allá, donde lo invitasen, nunca estaría de vuelta antes del mediodía, con lo cual la avalancha de visitantes sería enorme en las horas de la tarde. Se convino, pues, en ir a medias; él iría, cada tarde a las dos, a casa Sénislhac y allí atendería a las audiencias vespertinas. Para ello se destinó **[107]** un amplio y cómodo apartamiento del primer piso. Se subía a él por la escalera de honor. Una pieza de ingreso daba entrada a una salita, de donde se pasaba a una gran sala iluminada por tres ventanas a la calle. Desde allí se penetraba en una antesala, en la que se abría la puerta de la biblioteca; en ella recibiría don Bosco.

Es útil presentar ya desde el principio el horario de las jornadas parisienses de don Bosco. Se levantaba a las cinco, hacía oración y atendía al despacho de la correspondencia que le había llegado con el último correo de la tarde anterior; un montón de cartas, que crecía cada día más. Iba, después, a celebrar en la capilla o iglesia donde se le esperaba y, después, recibía allí mismo algunas visitas y seguía recibiendo otras en casa De Combaud hasta que llegaba la hora de ir a comer con alguno de los que cada día le acosaban a invitaciones. A las dos, procuraba estar en casa Sénislhac para las audiencias vespertinas, que duraban seis horas por lo menos y volvía al palacio De Combaud ordinariamente a eso de las diez. Aquí se entretenía un ratito con sus huéspedes y, después, se retiraba a su habitación con el secretario y veía si las cartas de la jornada habían sido bien clasificadas para las respuestas. Finalmente, hecha su oración, se acostaba hacia la medianoche.

El día veinte por la tarde, la señorita Sénislhac y sus compañeras pudieron hacerse una idea de lo que iba a suceder en los días sucesivos. A las dos, estaba ya su vivienda literalmente invadida; personas de toda condición pedían ver a don Bosco. Las religiosas querían que la primera bendición del Siervo de Dios en su casa fuese para ellas y se reunieron en torno a él en la biblioteca, tan pronto como entró. Se daba por seguro que el secretario se encargaría personalmente de introducir a los visitantes; pero él, después de presentarles a don Bosco, se había escabullido, pues tenía otros asuntos que atender. ¡Las pobres mujeres se encontraron en un enredo! Lo primero fue defender a don Bosco de una invasión; para ello, la señorita Jacquier se plantó en la puerta de la biblioteca que daba a la sala mayor, y la señorita Bethford montó guardia **[108]** en la que salía de la biblioteca al descansillo

de la escalera, que debía quedar cerrada. Se llegaba a don Bosco por la puerta interior. Aquí la guardiana actuaba enérgicamente para dar paso según el orden de precedencia. Abarrotaban el salón señores y señoras de la flor y nata de la sociedad; entre otros, la princesa de Trápani con su hija y algunas damas se quejaba de que, después de dos horas, no le llegara su vez; es más, no lograba, siquiera, abrirse paso para llegar a defender su causa ante la improvisada portera. Finalmente un cambio de tarjetas sirvió para indicarle y hacerle abrir una portezuela oculta a las miradas del público, lo cual le permitió llegar hasta don Bosco. Salió de allí rebosando júbilo, deshaciéndose en agradecimientos a sus libertadoras.

Después de seis horas, el salón estaba todavía lleno, porque eran tantos los que salían como los que ocupaban su lugar.

Al fin, se asomó don Bosco para dar una bendición general. Hubo entonces una avalancha tal hacia él que hizo temer por su incolumidad. La larga espera tenía encrespados los nervios. Se oía gritar:

—Padre, mi hijo tiene el tifus... —Padre, tengo un tumor... —Padre, tengo un hijo que me desespera... —Tengo esto, tengo aquello...

Algunos, armados de tijeras, aprovechaban el agolpamiento para destrizarle la sotana y proporcionarse reliquias. Cuando salió, sus guardianas llevaban allí ocho horas de pie.

Pero algo les había enseñado la larga experiencia. Al día siguiente se repitió el mismo concurso de gente; todos los que entraban en la sala tenían que escribir su nombre en una hojita numerada y con ella entrar por orden a la audiencia. La medida tomada dio buen resultado y se continuó después. Ayudaron a las señoritas la condesa de Caulaincourt, la condesa D'Andigné y otras ilustres damas parisienses; que tomaron sobre sí con verdadera abnegación el arduo cometido de mantener el orden y encauzar una muchedumbre que atestaba salas, escalera y patio, aguardando impaciente, pero constante, horas y horas.

En París don Bosco no era dueño de sí mismo. Una tarde **[109]** necesitaba hablar con cierto señor de la ciudad, y, como el palacio de la avenida Mesina estaba bloqueado por delante, se escabulló por la puerta trasera. No dijo a nadie a dónde iba; sin embargo, se barruntó la noticia, quizás por indiscreción del cochero, y, aún no había llegado el coche a su destino, cuando la gente ya cerraba el paso. Entró, pero en el zaguán lo estrujaban por todas partes; algunos incluso se arrodillaban allí mismo para confesarse. El Santo, sintiéndose ahogado por la avalancha de la gente, llamó en su auxilio a don Camilo de Barruel y le dijo:

—Di a todos que vayan a la antesala y que pasen uno a uno.

—Sí, contestó el secretario. Pero después, desalentado, acabó por ir a sentarse en un banco, como desmemoriado.

—Pero... Camilo, suplicaba inútilmente don Bosco, ¡haz lo que te digo!

A saber cómo se las hubiera apañado, de no haber llegado de improviso el marqués de Franqueville, que lo hizo pasar a una habitación contigua, diciéndole que esperase un momento; cerró después la puerta, volvió a él por otro acceso y secretamente lo llevó a cenar a su casa, mientras aguardaban todos, convencidos de que seguía dentro de la habitación. Llegaron a la casa cuando sonaban las ocho; pero se encontraron ante la puerta con otro coche que le esperaba. Una familia, que tenía un hijito moribundo, suplicaba a don Bosco que se acercara a visitarlo, aunque no fuera más que un minuto [1]. Don Bosco fue. Por fin, a las once, se sentaron a la mesa, pero él no tomó más que un poco de sopa.

El día tres de mayo, después de la conferencia en Santa Clotilde, se dispuso a recibir visitas, junto a la sacristía, estando de pie sobre una tarima; pero la procesión no acababa nunca. A un cierto punto, dijo al marqués de Franqueville, que estaba allí cerca:

—Es imposible contentar a todos. Ya no puedo más. Estoy muy **[110]** cansado. Escucharé solamente una palabra de cada uno. Tomenos este acuerdo.

El Marqués fue a proponer e imponer la condición y vigilaba para que nadie la violase. Y empezó el desfile de la muchedumbre; los que pasaban le decían su necesidad: —Rece por mí... —Tengo a mi madre enferma, que se encomienda a usted... —Bendígame... —Déme una medalla... —Tengo un hijo descarriado... —Diga a la Virgen que me ayude en mis negocios...

Así iban pasando unos cuarenta cada minuto y todos recibían una medalla de María Auxiliadora.

Ya hacía dos horas que duraba el desfile, cuando el Siervo de Dios dijo al Marqués:

—Vea cuántos qudan todavía.

Miró el Marqués y le contestó:

—Quedan todavía unos quinientos.

Le llevaron un café, que sorbió sin suspender la operación. Después de otra horita, preguntó de nuevo:

---

[1] El padre del moribundo era un millonario. La tarjeta decía: «El señor Allardi, avenida de Freidland, n.º 32, tiene a su hijito muriéndose, desahuciado por todos los médicos; pide con toda su alma a don Bosco que venga, aunque no sea más que un minuto».

—Señor Marqués, ¿cuántos quedan?

Volvió a asomarse el Marqués y le dijo:

—Como un millar.

Don Bosco no podía más, había que cortar. Vino el párroco a conversar un momento; después el Marqués le hizo pasar por una puerta próxima a la casa rectoral para partir desde allí. Cuando la muchedumbre, apiñada fuera, se dio cuenta de que ya no estaba, invadió la casa del párroco, preguntando a gritos dónde se hallaba don Bosco. Al oír que se había ido, iba a estallar un tumulto, cuando una voz gritó que estaba en casa del señor Baudon, calle tal, número tal. El señor Baudon era el presidente general de las Conferencias de San Vicente de Paúl. No todos entendieron bien la dirección; otros, llegados de barrios opuestos de París, ignoraban el domicilio. Empezó entonces un preguntar tumultuoso a los transeúntes y un aglomerarse de curiosos que duplicaban el gentío y, después una alocada carrera, porfiando por llegar los primeros.

De allí a poco una oleada de pueblo llegaba a la casa del señor Baudon de Rozembau, forzaba la entrada, irrumpía en el zaguán y se lanzaba escaleras arriba. El dueño se asomó asustado a la ventana y preguntó qué pasaba.

[111] —Queremos ver a don Bosco.

—No está aquí.

—Sí que está. Han dicho que está aquí en su casa.

—Sí, lo espero. Tendré la satisfacción de que venga aquí a comer; pero no ha llegado todavía.

En aquel momento apareció el Siervo de Dios. Como Dios quiso, se libró también de aquel agolpamiento de gente, subió, entró en el salón y finalmente pudo respirar tranquilo.

Una tarde llegó a la casa Sénislhac, después de la hora convenida. Todo el trayecto, desde la iglesia de la Madeleine, que distaba doscientos metros de allí, estaba tan atestado de gente que era imposible circular. Tuvo que bajar del coche y abrirse paso a pie. Vestía a la francesa, con *rabat* (golilla o babero) y faja. Nadie lo conocía. A cierto punto, empujado por el gentío, se encontró encerrado en el hueco de una puerta y fue empujado hasta el interior de un patio, de donde le costó salir y seguir su camino. Llegó a la meta, alcanzó la escalera e intentaba subir; pero no había manera de salvar el primer peldaño.

—Déjenme pasar, decía amablemente.

—No, le respondían. Yo tengo el número quince; yo, el veinte.

—Bueno, volvió a decir al poco rato; si no quieren que pase, déjenme al menos que vaya a descansar en aquel peldaño.

—No, no; somos los primeros y usted es un intruso.

—Pero, señores, miren que si yo no subo, ustedes no podrán hablar con don Bosco, porque yo soy don Bosco.

Riéronse en su cara y, a su alrededor, se levantó un coro de voces llamándole *farceur* (bromista).

¡Paciencia y barajar!, no había nada que hacer. Tuvo que volver atrás, para lo cual no encontró resistencia. Libre ya de aquel atolladero, fue a visitar a una familia, que lo esperaba desde hacía mucho tiempo para que bendijese a un enfermo. De no haber sido por aquel contratiempo, no habría podido consolar a aquel pobrecito.

[112] La señorita de Sénislhac, que le había estado esperando inútilmente con la casa llena de gente, lo tomó a mal, cuando supo la causa; por la cual, acudió a la autoridad. Desde aquel día, hubo unos guardias municipales, que hacían servicio de centinela dentro y también fuera de la casa, para que no quedara obstruido el paso a los inquilinos de las diversas plantas, que no sabían cómo entrar o salir.

La prensa de la capital no se desinteresó del huésped italiano. El *Figaro,* el *Univers,* la *Gazette de France,* el *Clairon,* la *Liberté,* el *Pèlerin,* la *France illustrée* del abate Roussel y otros periódicos no se conformaron con darle la bienvenida, sino que publicaron largos artículos, llamándolo «Hombre de Dios», «Taumaturgo del siglo XIX», el «San Vicente de Paúl italiano». Las provincias se hicieron eco de la capital. Los corresponsales en París le acechaban sin descanso. En su tiempo y lugar, tendremos en cuenta lo que escribieron; mientras tanto traduciremos dos artículos que describen el entusiasmo general de los parisienses por don Bosco, omitiendo las noticias biográficas, sacadas del libro de D'Espiney y destinadas a ilustrar al público sobre el hombre del día. El primer artículo, publicado en el *Univers* del día cinco de mayo, salió de la pluma de Aubineau, veterano periodista y agudo observador; decía así.

París está asombrado ante el movimiento organizado en su seno, en torno a un humilde sacerdote de la diócesis de Turín, que no posee ningún atractivo a los ojos del mundo. Es de familia humilde y tiene un exterior modesto. Su voz no logra hacerse oír, ante públicos numerosos. Camina a paso vacilante y le flaquea la vista. ¿Por qué corren tras él?... ¿Hay otra preocupación en la capital en este momento que no sea la de ver y acercarse a don Bosco?

—¿Dónde está?...

—¿Qué hace?...

Hace quince días, apenas si se conocía su nombre, que sólo se oía alguna vez en las conferencias de caridad. Se conocían someramente las obras que recordaban ese nombre, obras juveniles que atienden a los muchachos abandonados y que se multiplican y extienden por varias partes. Hay también un librito, cuya lectura hace son-

reír, que había dado a conocer a la gente devota sus admirables fundaciones, su desarrollo y sus frutos. No se sabía otra cosa de él. Por eso, hoy son muchos **[113]** los que quedan pasmados ante el ruido imprevisto suscitado por un hombre, que poco antes apenas si lo habían oído nombrar.

El aplauso de los parisienses es casi unánime, y el atractivo irresistible, que agita a las masas, es por sí mismo algo prodigioso. Hay en esto una respuesta inconsciente, si se quiere, pero directa y enérgica, contra las proclamaciones de ateísmo, que, por todas partes, se pretende hacer en nombre del pueblo. Todos esos homenajes van dedicados al hombre de Dios; porque la masa quiere contemplar al hombre de la fe y de la oración. Las iglesias más grandes han resultado pequeñas para dar cabida a los fieles que quieren oír la misa de don Bosco, rezar con don Bosco, recibir la bendición de don Bosco. No le piden más.

Las muchedumbres que se vieron, no hace mucho, alrededor del cura de Ars, iban a pedir una absolución; acudían al confesor desde todas partes del mundo hasta la humilde parroquia perdida entre el fango y las charcas de la región de Bresse. Tampoco don Bosco se niega a recibir y oír a los pecadores (...); pero en París, en el torbellino que lo arrastra, la gente comprende que apenas tendría tiempo para estar confesando y toda esa locura de entusiasmo, que se manifiesta en torno al dulce y sencillo sacerdote, pretende alcanzar su bendición y una plegaria.

Cada uno desea que esa bendición descienda sobre su miseria personal o sobre una aflicción particular. El buen sacerdote escucha a todos, se interesa por todos e invoca sobre todos la protección de María Auxiliadora. No se preocupa de sí mismo y se pone a disposición de cuantos le suplican: está allí para ellos, para sus penas, para sus esperanzas; consuela, bendice, alienta. En medio del tumulto que lo rodea, no se da por aludido, sino que parece no atender más que a quien le habla: se informa de todos y recomienda a todos que tengan ánimo.

... Yo no le he visto en sus casas entre los sacerdotes por él formados, que llevan la fecundidad sacerdotal a las pobres almas de sus asilados; pero le he visto entre las masas, que, atraídas por su nombre, se echan a sus pies, besan su mano y se inclinan para recibir su bendición. La hermosura de este triunfo está en la modestia del que es objeto del mismo. Se ve claramente que no se busca a sí mismo y que todo lo atribuye a Dios y a la Santísima Virgen. El no es más que un hijo de campesinos que, a los quince años, llevaba todavía la mano sobre la esteva del arado, e hijo de campesinos se mantiene, sin aspirar a hacer alarde de su valer. Va haciendo el bien y sacrificándose por todos sin distinción de personas, por así decir, y sin predilecciones. Lo toman, lo llevan, y él deja hacer.

... El comportamiento del pueblo parisiense es algo que sorprende. La afluencia de gente a las iglesias es imponente y el gentío, que se agolpa alrededor del hombre de Dios, llena de estupor. En todas partes, hasta en las casas particulares adonde va, le siguen las masas, se le adelantan, le acechan y le sitían. Y no sólo acuden a él los simples fieles. Tuve ocasión de verle un instante en una sacristía antes de la misa. Ya revestido, **[114]** con las manos juntas y los ojos bajos, se dirigía al altar y se le acercaron uno a uno muchos sacerdotes y le susurraron sus recomendaciones al oído. ¿Qué decir de don Bosco en el altar? Yo le he podido observar desde cerca y he contemplado su recogimiento y su piedad.

Con la misma fecha, empezaba la *Liberté* su largo artículo: «En los ambientes religiosos de París no se habla en estos momentos más

que de don Bosco, una especie de San Vicente de Paúl italiano». Sigue después una descripción de lo que el redactor ha visto en casa de la señora De Combaud.

Toman por asalto su habitación; se llenan de bote en bote las iglesias adonde él va; cuando se anuncia que va a hablar desde el púlpito, hay que montar un servicio de orden para contener la avalancha. En todos los grupos se oye la descripción de sus obras extraordinarias y se oye repetir.

—El padre... el santo...

El padre y el santo son la misma persona, don Bosco.

También nosotros hemos querido ver, no lo ocultamos, al hombre que se ha ganado semejantes pruebas de veneración con una vida benéfica. Hemos ido efectivamente con este intento a la avenida de Mesina, donde don Bosco se hospeda, en el magnífico palacio particular de una familia amiga. Había muchos coches delante de la puerta. En el patio, un vaivén de visitantes. El portero discutía con muchas personas que querían hacerse inscribir. En la amplísima sala de entrada, donde se reunían los que habían obtenido audiencia para aquel día, ya no había una silla libre. Subimos la escalera y nos introdujeron en la sala donde don Bosco recibía. Había tanta gente esperando que apenas tuvimos tiempo de saludarlo. Es un hombrecito muy sencillo, diríase tímido, que se expresa en francés con un ligero acento italiano.

Don Bosco presentó el periodista a don Camilo de Barruel, el cual le acompañó a don Miguel Rúa. Don Miguel Rúa, «tipo característico de italiano», escribe el periodista, tenía entre manos la correspondencia. Y observa el visitante: «No habíamos visto nunca tantas cartas recibidas en un solo día. Formaban un gran montón sobre el escritorio y había debajo muchas otras rotas. El sacerdote ponía una señal en las que merecían respuesta y las unía al paquete que tenía delante. ¡Qué de cartas! Y eso sin contar las certificadas».

Precisamente para despachar la correspondencia, a veces de **[115]** carácter delicado, don Bosco había pedido a fines de abril [1] a don Miguel Rúa que fuera a París. Don Camilo de Barruel, aunque ayudado voluntariamente por otros, no lograba salir de apuros. El día dos de mayo, escribía don Miguel Rúa al Director del Oratorio: «No puedes imaginarte los montones de cartas que hay aquí esperando respuesta; no bastan tres, se necesitarían seis o siete secretarios. Afortunadamente viene también un óptimo religioso a prestarnos su ayuda». También la institutriz de las hijas de la señora de Combaud y algunas señoritas Oblatas, les aligeraban el trabajo en los límites de lo

[1] Don Miguel Rúa dice en los procesos que llegó a París tres días después del discurso pronunciado en la iglesia de la Madeleine. Don Bosco había hablado allí el día veintinueve de abril.

posible. El portero subía seis veces al día con una caja llena de cartas hasta rebosar.

El periodista de la *Liberté* hizo a don Miguel Rúa una serie de preguntas para arrancarle noticias frescas con que servir a los lectores; pero no pudo sacarle gran cosa. Le atendió sin interrumpir su trabajo: abría sobres, pasaba la vista sobre el escrito, anotaba y guardaba o, sin más, echaba al cesto, mientras contaba al periodista episodios de la vida de don Bosco y algunos detalles de sus fundaciones. Cuando le preguntó si era verdad que don Bosco curaba a los enfermos, don Miguel Rúa y don Camilo de Barruel sonrieron, y el primero contestó:

—Todo lo que él puede hacer es rogar a Dios por ellos [1].

Tenemos un documento vivo e importante, salido de los puntos de la pluma de una persona culta y bajo la impresión inmediata de los hechos; por no estar destinado a la publicidad, resulta un valioso testimonio de que el entusiasmo no enardecía solamente al vulgo o a la gente sencilla. El documento procede de la señora Claudia Lavergne, esposa del que implantó en Francia el arte de los vidrios historiados y renombrada escritora de literatura infantil. Escribía **[116]** ésta el día cinco de mayo a una cuñada [2]: «¡Qué maravilloso siglo el nuestro, si se considera la fecundidad de la Iglesia! Está don Bosco en París y no puedes hacerte una idea del arrebato de afecto de los parisienses por este sencillo sacerdote. No posee elocuencia ni grandiosidad de ningún género, pero es de una sencillez y una humildad dignas de san Vicente de Paúl. Lo sostienen cuando camina, porque ya no tiene fuerzas. Hoy va a ir a Lille. A la vuelta se detendrá en las Damas de Sión, donde espero hacerle bendecir a mis hijos, pequeños y mayores. De prestar fe a la voz pública, sus milagros serían incontables; pero tú sabes muy bien cuánta es la severidad de la Iglesia en esta materia y no hay que dar crédito a todo lo que se dice. Pero, aun cuando se quiten las nueve décimas partes, queda todavía lo suficiente para justificar los entusiastas recibimientos que aquí se le hacen. Yo confío plenamente en sus oraciones y se las pediré por todo lo que más quiero en este mundo (...). Es el acontecimiento de la semana y, desde

---

[1] El folleto del exmagistrado hace este retrato de don Miguel Rúa (pág. 61) «De talla mediana, descolorido y de cara enjuta, la mirada viva, don Rúa es el tipo acabado del italiano distinguido y diplomático. Su voz es dulce, la sonrisa astuta, templada por una gran benevolencia. Tuvimos la suerte de pasar largas horas con él, y salimos encantados de su conversación, en la que se hermanan la sencillez de allende los Alpes y un profundo conocimiento del corazón humano. Es todo un carácter».

[2] La carta fue publicada en el *Bulletin Salésien* de septiembre de 1921.

la llegada de Pío VII basta hoy, nunca se había visto en París tal gentío alrededor de un sacerdote».

Para que los lectores se formen de alguna manera una idea completa de los agasajos recibidos por don Bosco en París, tenemos que referir todavía algunos detalles de los más significativos.

No pasó ni un día, sin ser invitado a su mesa por distinguidos señores, y él, imitando también en esto al Divino Maestro, aceptaba. Durante la comida todos tenían puestos los ojos en él; es más, hubo señores que no sólo le asignaron un lugar destacado para observarlo con toda comodidad, sino que colocaron incluso espejos y vidrieras, de modo que pudiesen contemplarlo sin que él se diera cuenta.

Ordinariamente comía poco, lo que hacía exclamar:

—¡Qué espíritu de mortificación!

Un día le sirvieron el helado que llaman los italianos *spumone* (mantecado o helado esponjado).

—Ya veréis cómo **[117]** no lo tomará, murmuraban entre sí algunos comensales, o cortará una porcioncita para mortificarse.

Pero él, que había oído todo, se sirvió una abundante ración.

—Mirad, se dijeron unos a otros los primeros, lo hace así para que le tomen por goloso.

Aprendimos este episodio de sus propios labios, ya que solía contarlo con toda ingenuidad a sus hijos, sacando de él una buena moraleja.

—Ved, decía, cómo van las cosas de este mundo. Si uno goza de buena fama, todo lo que hace, se interpreta en buen sentido; si, en cambio, pasa por malo, sucede todo lo contrario.

En cuanto a él, había incluso quien, acabado el banquete, bebía casi con devoción las últimas gotas de vino que quedaban en el fondo de su vaso, y después lo guardaba como reliquia.

Muchos le presentaban objetos religiosos para que los bendijese y hasta plumas de escribir. Algunos llevaban plumas nuevas y pedían que se las ofrecieran a fin de que las usara, para recuperarlas después y guardarlas como reliquias.

Compraban cualquier cosa que le perteneciese y pagaban por ella incluso altos precios. Un día se le presentó cierto señor pidiéndole que estampara solamente su firma en cincuenta estampitas, y así lo hizo él. Dos días después volvía el mismo señor para entregarle dos mil francos obtenidos por la venta de aquellos autógrafos. A veces se presentaban pobrecitos, suplicándole que escribiera su nombre sobre una estampita e iban después a venderla por cuarenta y cincuenta francos. Condescendía a sus peticiones a título de limosna. Una seño-

ra, que había obtenido un autógrafo de don Bosco, escribió a don Camilo de Barruel que el autógrafo constituía su mayor gozo; pero un autógrafo suyo le parecía tan precioso que suplicaba al secretario le hiciese copiar, y luego se los enviase a ella, unos renglones, que le enviaba, para su hermano, que también deseaba poseer semejante tesoro [1]. Había contribuido también a crear el ansia de poseer autógrafos suyos la noticia de que un enfermo de Chambéry, colocó sobre su pecho una estampa de María Auxiliadora, **[118]** en la que don Bosco había escrito su nombre, y se curó instantáneamente.

¿Y qué decir de las medallas? Repartió muchísimas. Al día siguiente de llegar a París, comprendió la necesidad de tener una buena cantidad de ellas, por lo que escribió al proveedor del Oratorio:

Querido José Rossi:

Dimmi a vapore (Dime con la velocidad del tren):

1.º Dirección para tener medallas y estampas de María Auxiliadora.

2.º Si no se pueden encontrar aquí en París, envíamelas desde Turín. Avenue Messine, 34.

Buenos días.

19 de abril de 1883.

Tu amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Saludos para Garibaldi y Marcelo Rossi [2].

Fueron tantas las medallas repartidas que la baronesa Reille, la cual se había ofrecido a pagárselas, muy satisfecha por mantener la promesa, decía:

—Nunca hubiera imaginado tener que gastar una cantidad tan considerable.

---

[1] Carta de la señora Isabel Guille a don Camilo de Barruel, París (3 Rue Hersahell), 22 de mayo de 1883.

[2] Eran dos coadjutores: Marcelo, el conocido portero del Oratorio; el otro, el encargado de la librería. Con esta misma fecha y jovialidad, escribió a don Joaquín Berto:

Queridísimo Berto:

Dame tus noticias; dime algo de nuestros asuntos y particularmente de las calabazas y de las judías.

Envíame el gabán ligero de verano.

Dios te bendiga y saluda a Mondone y a don Taulaigo. Reza mucho.

19 de abril, Avenue de Messine, 34 París.

Afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

No podemos dejar en el olvido lo de sus vestidos. No pocas veces volvió a casa con la sotana hecha trizas; en una ocasión se la cortaron de arriba a abajo y se llevaron toda la parte posterior, de suerte que se tuvo que poner en seguida el gabán. Y también aquel gabán tuvo su historia, como vamos a contar.

Un día fue invitado don Bosco a visitar a la marquesa **[119]** de Pollerat, que tenía una hija enferma desde hacía diez años. Apenas entró, intimó a la enferma que tuviese fe en María Auxiliadora y se levantara de la cama, porque estaba curada. La joven obedeció y se encontró perfectamente sana. Su madre hízole después un donativo de diez mil francos y, luego, suplicó a don Camilo de Barruel que le facilitase algún objeto de don Bosco, dispuesta a pagar lo que quisiese. Don Camilo le propuso el gabán que llevaba puesto el Siervo de Dios, a condición de que diese doscientos francos. La Marquesa se los envió de buen grado, reclamando lo prometido. El padre de Barruel le contestó, unos días después, diciendo que ya no tenía los doscientos francos y que no convenía privar a don Bosco de su gabán, mientras no tuviese otro para sustituir al primero. La señora volvió a enviar otros doscientos francos; pero el gabán ya se lo había llevado otro señor, soltando sus buenos francos y aun sahumados. La buena Marquesa, enterada de lo sucedido, no se alteró, sino que volvió a enviar doscientos francos, para que se le diese, al menos el gabán recién estrenado. En conclusión, el asunto se demoró tanto que, en fin de cuentas, la Marquesa para tener el suspirado gabán desembolsó mil francos en cinco entregas.

¿Y adónde había ido a parar el primer gabán? La condesa de Combaud le había pedido insistentemente que se lo cediera a ella.

—Pero yo no puedo quedarme sin él, respondía siempre don Bosco.

—¡Busque otro!

—¿Y cómo?

—¿Cuánto cuesta?

—Ochenta francos.

—¡Tenga ciento!

Y se los dio al instante.

Al día siguiente, fue la señora tranquilamente a retirarlo. Pero:

—He gastado los cien francos, le dijo don Bosco, el cual enviaba el dinero a uno y otro lado, a medida que tenía las cantidades correspondientes para las necesidades de las casas de Francia, de la iglesia **[120]** de Roma y del Oratorio. La Condesa, pues, le dio otros cien francos y volvió unos días después para recoger el famoso gabán. Pero,

—¿Qué quiere usted?, volvió a oír decir. Me pidieron una cantidad, y...

La Condesa no dijo nada y volvió a poco con otros cien francos. Don Bosco se echó a reír: estábamos como al principio, y... vuelta a comenzar.

En resumen, la escena se repitió unas diez veces y, cada vez, hubo cien francos de limosna. Al llegar al millar, dijo don Bosco al secretario:

—¿No te parece que ya basta?

—Me parece que sí, contestó.

Cuando volvió la Señora, le dijo:

—Mire, yo no puedo quedarme sin gabán y no tengo tiempo para ir a comprar otro. Tenga la bondad de pensar usted en ello.

La señora se lo proporcionó y, cuando don Bosco tuvo el nuevo, le cedió el viejo.

Todos sabían que don Bosco estaba en París para recoger limosnas; por consiguiente, nadie se extrañaba de tales bromas. Nada más llegar, escribió y mandó traducir e imprimir y repartir la siguiente nota:

Partes de la obra para llevar a término la iglesia y orfanato de Roma:

Cielo raso y bóveda de estilo basilical	50.000 Fr.
Pavimento completo	40.000 Fr.
Cubierta	25.000 Fr.
Fachada	45.000 Fr.
Piedra labrada para el hospicio	25.000 Fr.

Los señores parisienses hablaban con el corazón en la mano y le hacían preguntas que hubieran parecido una curiosidad indiscreta, de no haber sabido la gran simpatía que dispensaban a su persona; y eso le ofrecía ocasión para dar hermosas respuestas, que circulaban después por todas las conversaciones. Así hubo quien quiso que explicase de dónde sacaba los recursos fabulosos, que necesitaba para mantener y desarrollar sus instituciones.

—Yo tengo una gran limosnera, contestó, que me proporciona el alpiste para alimentar a los pajaritos que tengo encerrados en la jaula: mi gran limosnera es María Auxiliadora.

Otros le preguntaron por qué recomendaba la limosna como condición para obtener gracias **[121]** del cielo, y respondió:

—Para dar gracias al Señor por favores tan señalados e inesperados, conviene añadir a la oración, que es la acción de gracias de

palabra, la limosna, que es la acción de gracias de obra. Si un millonario, curado milagrosamente de enfermedad incurable, diese a Dios en la persona de los pobres un simple billete de mil, cantidad tan inferior a la que le pediría un médico eminente, sería un verdadero desacato.

Un señor no tuvo reparo en preguntarle qué había ido a hacer en París. Le contestó cándidamente:

—¿No sabe usted a qué le obliga el hambre al lobo? Lo hace salir de su guarida y correr de un lado a otro para matar el hambre. Ahí tiene usted la razón de por qué he venido yo a París. Estoy cargado de deudas para mantener a mis huerfanitos y, no queriendo morir de hambre ni dejar sufrir a mis hijos, he venido de Italia a Francia y luego a París, donde sé que hay muchas personas caritativas y generosas como usted, para pedir limosna.

El curioso comprendió tan bien la lección que, al despedirse, le rogó aceptara una cuantiosa limosna.

Contestaba a sus interlocutores con una modestia y sencillez encantadoras. El barón Reille, honradísimo por sentar a su mesa al Siervo de Dios, invitó a acompañarlo a diversos personajes, entre ellos a monseñor De Rende Nuncio Apostólico. Se desarrollaba en torno a don Bosco la más variada conversación, disfrutando los comensales de su inagotable afabilidad, cuando un señor del gran mundo parisiense le hizo con toda sinceridad esta observación:

—Usted posee un ascendiente extraordinario sobre los caracteres malvados, y la historia del ladrón convertido y el paseo con los muchachos del correccional que no se escapan, son hechos que tienen el sello de lo prodigioso.

—¡Oh!, contestó don Bosco con aguda ocurrencia; de ningún modo, no he sido tan afortunado siempre. Los primeros vagabundos que recogí en los barrios de Turín durmieron en mi refugio una sola noche y, a la mañana siguiente, se llevaron hasta las mantas. Tantas eran las amenazas de muerte que durante varios años no pude recibir a ninguno sin tener conmigo **[122]** alguna persona; sufrí varios intentos de asesinato.

—¿Y no bastaba esto para menguar el afecto por su empresa?

—¡Ah, no! Sólo pensaba que eran unos pobres hombres crecidos torcidamente desde su niñez. ¡La sociedad se interesaba muy poco por los desheredados!

Los presentes advirtieron que la caridad tenía siempre la última palabra en sus labios.

Ciertos rasgos, como el del gabán, gustaban a los parisienses y les hacían abrir la bolsa; pero hay también otros diferentes.

Una vez, al final de un gran banquete, entró en el salón una chiquita para recibir y dar un beso a cada convidado, preguntándoles si habían comido bien. Era hija del amo de la casa. Despertóse cierta curiosidad por ver cómo obraría don Bosco. El, cuando se le presentó la niña, sacó una medalla de María Auxiliadora y le dijo:

—Bésala, póntela al cuello y quiere mucho a la Virgen.

Aquel gesto arrancó una sensación general de profunda admiración [1].

En las semblanzas que publicaban sobre él los diarios de la capital tocaron también el tema de su antigua habilidad en los juegos de prestidigitación. Sucedió, pues, que, en la visita a un rico señor, manifestaron el deseo de ver alguna muestra de su arte.

—Con mucho gusto, contestó don Bosco con gracia; ahora mismo, si les place.

—Sí, sí; hágalo.

—¿Tendría la bondad de decirme qué hora es?

Llevó el señor la mano al bolsillo del chaleco y lo encontró vacío. Don Bosco riendo le dijo:

—Aquí tiene usted su reloj.

Pero **[123]** no se lo devolvía. Al poco rato, cuando el Siervo de Dios estaba a punto de marchar, el señor le recordó el reloj.

—¡Oh, no!, contestó don Bosco. No se lo devuelvo, basta que no me dé para mis muchachos lo que vale.

—Es un reloj, que cuesta muy caro, ¿sabe usted?

—Usted verá.

Sacó el señor quinientos francos del bolsillo y recuperó su reloj. Reían los presentes; reía también el señor, mientras acompañaba a don Bosco hasta la calle con la mayor cordialidad. Aquél, evidentemente, no recordaba haber dejado el reloj fuera del bolsillo allí cerca.

Con fecha del día veinticinco de abril, escribía la cronista de las Oblatas: «Don Bosco recibe mucho dinero. La señorita Jacquier le entrega oro a puñados. Yo, le presento, cuando llega, un enorme paquete de cartas hasta con billetes de mil, dentro; sólo le entrego las que se me recomienda remitirle directamente y paso las demás al padre Camilo de Barruel, que, sentado en nuestra sala común, hace la clasificación de la correspondencia, junta los billetes de banco, contesta a las peticiones y a las propuestas». Hasta hubo una pintora que quiso socorrer a don Bosco por medio de su arte; hizo su retrato y vendía las copias en favor de la Obra salesiana.

---

[1] Este hecho se lo contaron a don José Ronchail testigos oculares en Cannes.

Los diarios franceses hablaron con respeto de esta forma tan franca de limosnear de don Bosco. Sin duda, exageraron en sus cálculos; pero no deja de ser una verdad patente que los parisienses dieron con largueza muy gustosos. Fue, además, un luminoso testimonio de la santidad del hombre de Dios. Don Miguel Rúa recordaba un episodio singular. Una noche le dijo a don Bosco:

—¡Mal día el de hoy! No hemos recogido nada.

—¡No digas eso, respondióle el Santo. En efecto, tenía todos los bolsillos repletos de dinero; pero no llevaba allí todo. No sabiendo ya dónde meterlo, en un momento que quedó solo, se había desatado uno de los tirantes y con él había atado una de las dos perneras del pantalón por abajo y lo había convertido en saco para echar dentro todo **[124]** el dinero que le daban. Así, pues, en presencia de don Miguel Rúa comenzó a sacar y se encontró que había recogido varios miles de francos.

Recibió una muestra particular de consideración de la presidencia de un Congreso. El día nueve de mayo se inauguró en París el XII Congreso de los Católicos franceses, que se reunieron en gran número en la sala Hertz. Bajo la presidencia honoraria de monseñor Richard y la efectiva del señor Chesnelong, los más ilustres representantes de la Francia católica estudiaban los medios para oponer un valladar a la invasora obra laicizante del Gobierno masónico. Ahora bien, don Bosco recibió invitación formal para presidir una reunión. Era, sin duda, un gran honor al que, sin embargo, debió renunciar, porque, habiendo salido el día cinco de París hacia el norte, no podía estar de vuelta antes de la mitad del mes [1].

Fueron incontables los que se encomendaron a las oraciones de don Bosco durante su estancia en París. Para satisfacer de alguna manera el deseo de tantos, determinó hacer, del día quince al veinticuatro de mayo, la novena a María Auxiliadora, según las intenciones de los peticionarios, invitando a cuantos lo quisiesen, a unirse a él con el rezo de tres *padrenuestros, avemarías y glorias* al Sagrado Corazón de Jesús, tres *salves* a María Auxiliadora y las invocaciones repetidas también tres veces: *Cor Jesu Sacratissimum, miserere nobis y María Auxilium ora pro nobis.* Una comisión de damas nobles constituida en París para la propaganda salesiana, publicó incluso su anuncio en los diarios [2].

Entre las cartas de pésame llegadas a Turín después de la muerte

---

[1] *Unità Cattolica,* del día 15 de mayo de 1883 y Apéndice, doc. núm. 23.

[2] *Le Monde,* 12 *y L'Univers,* 13 de mayo de 1883.

de don Bosco y que se pudieron conservar, hemos encontrado algunas, que, a cinco años de distancia, confirman la santa simpatía que despertó en 1883 en París. Madame Lachèze escribía desde Angers, el día cuatro de febrero de 1888, a don Miguel Rúa: «Lloramos amargamente la pérdida de nuestro Padre don Bosco. **[125]** Tuvimos la dicha de verle en París, en casa del señor de Franqueville, y consideramos aquel día como el más feliz de nuestra vida. Yo tenía intención de enviarle cien francos para sus obras, con el ruego de obtenerme la curación de mi hija enferma, desde hace tiempo. El llorado Padre está ya en el Cielo a no dudarlo y rogará por ella. Envió a usted esta limosnita, reverendo Padre, y le pido muchas oraciones. Hemos encargado se celebre una misa, como usted recomienda en su circular recibida ayer por la tarde, en favor de nuestro buen Padre. No la necesita, pero puesto que era éste su deseo, resulta siempre grato ejecutar lo que él quería».

Desde Trouville-sur-mer, escribía el día nueve de febrero la señora A. Mérigant al mismo don Miguel Rúa: «Con dolor me enteré de la muerte de su santo fundador. Nos sentimos más tentados a invocarlo que a rezar por él. Sin duda que él protege desde arriba a su gran familia; sin embargo, se nos oprime el corazón al pensar que ya no está con sus muchachos. Agradezco a Dios haya dispuesto que yo, si bien en pequeñísima parte, esté en el número de las cooperadoras. Tuve la fortuna de ver dos veces a don Bosco; la primera en Turín, donde, yendo en peregrinación a Roma, admiré su grandiosa obra, y la segunda en París. Aquí hubiera querido hablarle, pero no me fue posible por el inmenso gentío que lo rodeaba. Tengo que hacerle un ruego, reverendo Padre: una hermana mía se está quedando ciega y nosotros pedimos su curación por intercesión de don Bosco. ¿Quisiera usted tener la bondad de enviarme un objeto que le haya pertenecido, como un trocito de ropa blanca o de los vestidos usados por él?»

Tiernísimas son las expresiones de la maestra Luisa Roy, una de las conquistas hechas por don Bosco en París. «El sábado pasado, escribía desde Viena, el padre Freund me comunicó en el confesonario la muerte del veneradísimo don Bosco, que mis amigos no se atrevían a anunciarme. Usted sabe que don Bosco fue el autor de mi conversión y, por consiguiente, **[126]** de la paz, que hoy disfruta mi conciencia; por esto, su pérdida es para mí algo muy duro. Me faltan palabras para expresarle mi *profundo dolor.* Todo el mes de enero, viví con la esperanza de su curación y rezaba con mis alumnas por él. Dejaba de un día para otro el escribirle, esperando el día primero de

febrero y pensando mucho en él. ¡Y de pronto Dios nos lo quita! Me parece haber perdido más que un padre y un amigo, porque sólo sus oraciones obtuvieron el don de vencer todas mis incertidumbres e infundirme el ánimo de llegar a ser como hoy me siento. Al leer el domingo la carta que, usted reverendísimo Padre, me escribió participándome la noticia, he formulado en mi corazón el compromiso de hacer todo lo posible por la obra de usted, que es la obra de él. Huelga decir que pido por él con todo el fervor de que soy capaz, y mis pequeñas hacen otro tanto (...). Su muerte me deja como huérfana, pero con V. P. digo: hágase la voluntad de Dios».

El día nueve de febrero, escribía desde París la señorita A. Touzet, asociándose al común dolor: «Conocí de cerca a don Bosco. Dos veces, en Turín y en París, pude acercarme al san Vicente de Paúl de nuestro siglo, recibiendo de él consejos y luces. A pesar de la certidumbre de la felicidad y gloria que disfruta en el Cielo, su muerte nos deja un doloroso pesar.

»—¡El cielo está poblado de santos, decían en mi presencia al participarnos la triste noticia, y nosotros tenemos tanta necesidad de ellos en la tierra! ¿Por qué Dios se nos ha llevado a éste tan pronto?

»—Pero nosotros no debemos pedir explicación al Cielo y decimos con usted, reverendo Padre: Dios en su infinita bondad, sólo hace lo que está conforme con su justicia y bondad. Para secundar la voluntad de nuestro llorado Padre, rezamos por él, pero sin resistirnos a otro sentimiento, que nos lleva a pedirle por nosotros».

¡Qué arraigada estaba en los espíritus la persuasión de que don Bosco era un gran santo!

Concluiremos estos testimonios con las afectuosas palabras de la señora Lepage, de soltera Delys-Rennes: «Considero como **[127]** una gracia y una felicidad de mi vida haber podido encontrar a don Don Bosco en París. El pensamiento de que rezó por mí y por los míos, y que seguirá dispensándome su protección, es para mí un dulcísimo consuelo. Me mantendré fiel a su recuerdo y adicta a sus obras, cuyo gobierno ha dejado a usted».

Aun sin lo mucho que nos queda por decir, basta lo dicho hasta aquí para no encontrar exagerado un juicio expresado entonces por aquel gran amigo de don Bosco, el abate Guiol de Marsella. Mientras trabajaban afanosamente los sectarios para descristianizar a Francia, mirad cómo en la visita de un pobre sacerdote, sin ningún prestigio exterior, por añadidura extranjero y hablando con dificultad la lengua del país, aquel buen amigo descubría «un germen providencial de

salvación y de esperanza» [1]. En el artículo anteriormente mencionado también Aubineau concluía formulando alegres pronósticos acerca de los efectos de la visita de don Bosco a París.

«Sólo cuando nos haya dejado, escribía, se comprenderá el beneficio de su visita. Deja tras sí muchas esperanzas. Ha visitado a muchos enfermos; no han acabado todavía las novenas aconsejadas por él. Ha aliviado muchos sufrimientos espirituales; porque las almas son el objeto principal de su caridad, son muchas las que necesitan ser iluminadas y muchas las que están turbadas y descarriadas. Ojalá hayan recibido todas ellas una poderosa sacudida y se digne María Auxiliadora llevar a término la obra de su siervo».

[1] *Libro de actas* de la Comisión femenina marsellesa, 10 de mayo de 1883.

[128]

CAPITULO V

EN PARIS: AUDIENCIAS

LAS audiencias de don Bosco en París fueron calificadas de regias, pero de una realeza desconocida en los palacios de los soberanos, porque se concedían a todos, pequeños y grandes, pobres y ricos, y no sólo algún día, sino hasta la víspera de su salida [1]. Hemos hablado de ellas en general, como de un indicio para formarse un juicio sobre los agasajos tributados a don Bosco en la capital francesa; vamos a ver ahora más detalladamente cómo se efectuaban y presentaremos algunos casos especiales llegados a nuestro conocimiento.

El diario de la señorita Bethford nos permite asistir a las recepciones de la tarde en la casa Sénislhac. Para conseguir en ella que las cosas marcharan en debida forma, necesitaban las dos centinelas, que, como ya hemos dicho, vigilaban las entradas, una cautela acompañada de cierta energía; lo cual resultaba sobre manera difícil, cuando, como sucedía las más de las veces, había que impedir el paso a personas aristocráticas, a hombres de elevada posición social o a sacerdotes.

El día veintiuno de abril se presentaron dos sacerdotes, que tenían toda la buena voluntad de eludir la consigna, haciéndose introducir por la puerta del descansillo, en lugar de tomar su obligado número de orden. Uno, el abate Sire de San Sulpicio, actuó diplomáticamente. Le **[129]** acompañaba una señora, que se ofreció a substituir a la guardiana en su oficio; pero la otra adivinó la intención y le agradeció la interesada cortesía. El segundo se presentó con una marimacho, inventora de un fusil, que quería se lo bendijera don Bosco, entrando directa e inmediatamente bajo la égida del abate protector; pero tuvo que ir a pedir número y esperar su turno.

Pero toda regla tiene sus excepciones, y las dos guardianas vigilantes de las puertas sabían concederlas oportunamente. En el diario de la Bethford se lee en la misma fecha: «Abierta la audiencia, la señorita Jacquier, que tiene un duplicado de la lista hecha a la entrada, va

[1] *Le Monde,* 13 de mayo de 1883.

llamando los números correspondientes a los nombres. Yo, por el contrario, hago entrar por una portezuela a las personas que vienen con una tarjetita de don Bosco o con una recomendación del padre De Barruel para ser introducidas inmediatamente. Dejo pasar también a las personas enfermas o recomendadas por nuestras amigas. No siempre es fácil porque, tan pronto como se filtran en la sala estas pequeñas maniobras, se arman verdaderos tumultos gritando contra la trampa. Nosotras dos abrimos a veces un poquito nuestras puertas para hacernos señas con que entendernos y esto hace sonreír al buen don Bosco que, con paciencia inalterable, recibe a tantos importunos e importunas».

La tarde del día veintiuno se cerraron las audiencias a las nueve. Por lo menos, habían tenido entrevista particular con don Bosco, personas de sesenta familias. Quedaban solamente las dos señoritas y los pocos que tenían que acompañar «al santo»; se arrodillaron las dos una a cada lado de su escritorio, pidiéndole la bendición. Así que las hubo bendecido, las saludó diciéndoles que eran sus dos ángeles custodios.

A las seis de la mañana siguiente, domingo, ya llegaba la gente buscando a don Bosco. No era aquella la hora; pero las religiosas, que también hubieran querido poder entretenerse alguna vez con él, comprendieron que, en su casa, nunca tendrían oportunidad. Para proporcionarles este consuelo, la señora de Combaud las invitó a ir a su palacio **[130]** cuantas veces quisiesen a las horas de la mañana. Un día, viendo la señorita Sénislhac, que las cosas se ponían cada vez más difíciles, rogó a don Bosco que llamara a algunos hombres, que pusieran mano fuerte para mantener el orden; pero él contestó que sólo las mujeres tenían la paciencia necesaria. Cada tarde, antes de marcharse, invocaba sobre las religiosas las bendiciones del cielo con alguna buena palabra, que las defensoras de la buena marcha escuchaban con avidez y les hacía olvidar el no pequeño cansancio. Una vez, por ejemplo, dijo con gran amabilidad:

—Pediré al santo Job que les dé paciencia. ¡Muy pronto estarán hartas de tener a don Bosco en su casa!

La tarde del día veintitrés había en la casa de Sénislhac «taller de costura» para las iglesias pobres. Señoras distinguidas iban allí a preparar ornamentos sagrados. Todas juntas pudieron acercarse a don Bosco, el cual les dijo unas pocas palabras y las bendijo. El rumor de la muchedumbre reunida en la calle le hizo perder las ganas de entretenerse por más tiempo.

Aquella misma tarde acudió también una señora perteneciente a

la alta sociedad y muy conocida en París, pero no permitió que se publicase su nombre. Decía que había obtenido de don Bosco la curación de una persona muy querida y quería darle las gracias. A las palabras de agradecimiento añadió una cuantiosa suma de dinero y su anillo nupcial, joya de mucho valor, que llevaba engarzado un brillante, grande como una avellanita y rodeado de ocho brillantes más.

Don Bosco pensó rifarlo en seguida. Se lo comunicó a la señora de Combaud y la misma Condesa se encargó de organizar la rifa, y la institutriz de sus hijas dio vueltas cada tarde por la sala de los visitantes despachando billetes entre los grupos de aristócratas.

El día veintiséis por la tarde había dos coches de lujo que esperaban en el patio la salida de don Bosco. Uno era del señor de Saint-Phalle, a cuya casa debía ir a cenar el Siervo de Dios; el otro, de un enfermo que vivía en las inmediaciones de la **[131]** estación del norte. Aquel día cortó don Bosco las audiencias a las ocho. El hijo de los Saint-Phalle no veía la hora de acompañarlo a su familia, reunida hacía seis horas para recibirlo; pero él no dio muestra alguna de preocuparse por ello, antes al contrario, con toda calma, le dijo que iría a su casa dentro de poco, después de visitar a aquel enfermo.

Poco antes de que don Bosco bajase, se encontraba en la sala esperándole una pequeña sordomuda, llegada del campo de los alrededores de París y acompañada por dos mujeres parientes suyas. Las pobrecitas se quejaban porque faltaba poco para la salida del tren.

—No somos ricas, decían, y no podemos hacer dos viajes y sacrificar dos jornadas.

Las guardianas enternecidas las habían hecho pasar y las habían visto hacía poco salir radiantes de alegría, porque don Bosco les había dicho:

—La niña hablará, cuando sus dos hermanos hayan ingresado en la Orden dominicana.

Y vea ahora el lector una muestra de las escenas que sucedían. Poco después de las dos de la tarde del día veintisiete se presentó la marquesa de Bouillé con una tarjetita del cura párroco de la Madeleine, rogando a las señoritas le obtuvieran que don Bosco hiciese una visita a un niño enfermo, hijo y nieto respectivamente de dos de los Bouillé caídos en 1870 en Patay [1], defendiendo en el cuerpo de los zuavos la bandera del Sagrado Corazón. En las sangrientas jornadas de Patay, del día dos al cuatro de diciembre, los exzuavos pontificios,

[1] Lugar de la derrota del ejército en el departamento del Loira por los alemanes (2-XII-1870) (*N. del T.*).

al mando del general de Charette, realizaron heroicos prodigios bajo aquella bandera. La tarjetita estaba empapada en lágrimas de la afligida señora. El jovencito sufría altas fiebres tifoideas, que los médicos no tenían esperanza de atajar. La señorita Bethford prometió hacer lo posible ante don Bosco; pero después, recordando el caso del joven de Saint-Phalle y del enfermo, sugirió a la señora que enviara a eso de las cinco una persona de la familia y un coche propio para llevarse al *saint homme.*

Hacía poco tiempo que habían comenzado las audiencias, cuando la señorita Bethford advirtió, desde su puesto de guardia, un altercado suscitado **[132]** al pie de la escalera y, al poco rato, vio abrirse paso a fuerza de empujones y llegar hasta ella una gran dama muy alterada y deshaciéndose en gemidos desgarradores que movían a compasión a la muchedumbre apiñada en la antesala. Era la duquesa Salviati, que tenía una hija de dieciséis años moribunda. Quería ver al padre De Barruel y obtener a toda costa por su medio una visita de don Bosco. La señorita Bethford, vacilante, mandó llamar al secretario, que fue recibido por un violento estallido de llanto y prometió la visita.

Cuando salió la duquesa Salviati, había que pensar en la marquesa de Bouillé. Acudió al padre De Barruel y le presentó la terjetita. Hízolo sin el temor que solía posesionarse de ella en parecidas circunstancias, porque, ante una recomendación del cura párroco de la Madeleine, había que descubrirse. Pero don Camilo de Barruel, tan pronto como oyó de qué se trataba, contestó con un no tan resuelto, que la señorita Bethford no se atrevió a añadir palabra. Sin embargo, confiaba todavía en la sugerencia que había dado a la señora de Bouillé.

A las cinco y media se paraba un coche en el patio; y subían después el abuelo materno del enfermo y el padre Argan, jesuita, y suplicaban a la señorita Bethford que interpusiera sus buenos oficios. ¿Pero cómo conseguir que se interrumpiesen las audiencias? Don Bosco, que había llegado con retraso, llevaba un ahora escasa de audiencias, y había más de cien personas esperando desde después del mediodía. No sabiendo qué hacer llamó al padre De Barruel. Este se mantenía en el descansillo firme como una roca ante el pobre anciano, que desesperado, se mesaba los cabellos y gritaba:

—He prometido a la madre del muchacho llevar a don Bosco; no puedo volver a casa sin don Bosco.

La señorita de Sénislhac, tocada en lo más vivo del corazón, abrió paso en la sala con gran dificultad al señor de Bouillé, explicó el caso a los presentes hablando con tanta elocuencia que, poco a poco, la emoción ganó los ánimos de todos. Ante el nombre, que recordaba a

los heroicos excombatientes de Patay, nadie osó hacer valer los derechos de precedencia, sino que todos se inclinaron en respeto al reverendo anciano, que entró.

El anciano y el religioso cayeron de rodillas ante don Bosco, **[133]** que, primero, los consoló, prometiendo que el chico, aunque había recibido ya los últimos sacramentos, no moriría. Sin embargo, insistieron tanto que el Santo fue al palacio de Bouillé, en la calle de la Bienfaisance, donde, rodeado de la familia, agonizaba el moribundo. Don Bosco se arrodilló, rezó y, después, dijo:

—Dentro de una hora, el enfermo se pondrá mejor y pronto comenzará la convalecencia.

Y, tal como lo anunció, sucedió.

El día veintiocho, ocurrió una escena tragicómica. Mientras la señorita Bethford luchaba para no moverse de su puesto con peligro de una irrupción en la biblioteca, hacia las cuatro, llegó una gran dama, vestida de negro y con un andar extrañamente hombruno, que preguntó por don Camilo de Barruel. Estaba éste en la planta superior, despachando la correspondencia y había dado orden de no molestarle. La señorita contestó que no estaba.

—Pues yo sé que está aquí, replicó con cara muy seria la desconocida. Está en el segundo piso y yo subo arriba.

El aire descarado con que había recalcado las últimas palabras prestó a la fina portera el valor de replicarle inmediatamente con viveza:

—No, usted no subirá, sino que respetará la casa donde se encuentra y las órdenes que se le den.

La altiva marimandona, por toda respuesta, se dirigió a la escalera que llevaba al piso superior, al paso que la otra la agarraba por un brazo y se esforzaba por detenerla. Entonces, atraída por el ruido, acudió la señorita Sénislhac y declaró a la intrusa que, en su casa, le prohibía poner pie en los apartamientos.

—¿Es usted la señorita Sténislhac?, preguntó la despótica dama.

—Sí, señora.

Al oír esto, la desdeñosa matrona se apaciguó, tomó cierta confianza y dijo que quería comunicar a don Camilo de Barruel una invitación para que fueran a comer en su casa al día siguiente él, don Bosco y el padre Forbes.

Ella era la señora D'Arsc.

Cada tarde se entregaban a los visitantes programas para la conferencia del día veintinueve en la Madeleine. Aquel día no hubo audiencias; a casa Sénislhac sólo llegó una carta de cuatro páginas de

parte del señor Sakakini, cónsul general del **[134]** Sha de Persia, que pedía una visita de don Bosco para su señora, enferma desde hacía más de dos años.

Después del día treinta, las religiosas recobrarían por fin su tranquilidad, porque tenían que comenzar los ejercicios espirituales. Escribe la cronista: «Aunque felices por poder servir a don Bosco, estábamos tan cansadas que no podíamos más. Nos dolía la garganta, de tanto repetir siempre lo mismo a gente que no quería oír razones, por el enojo que les causaba la espera».

Aquel día don Bosco llegó tarde. Lo rodeaba tanta gente en la calle que para ir, desde la casa rectoral de la Madeleine, hasta el palacio Sénislhac, es decir, del número dos al veintisiete, tardó hora y media. Estaba rendido y pidió de beber. La señorita Jacquier le preparó a toda prisa una mezcla de agua tibia y málaga.

Al atravesar el patio, le habían presentado un niño enfermo acostado en un coche. Don Bosco lo miró y dijo:

—Si don Bosco estuviese solo, haría caminar al muchacho, pero hay demasiada gente. Andará el día de la Asunción. Si, para entonces, estuviese todavía en cama, escriban a don Bosco diciéndole: —Usted, don Bosco, no sabe rezar.

Los primeros que recibió fueron dos sacerdotes, el padre Chauveau y el abate Lebeurrier, que se arrodillaron *devant le saint* con impresionante humildad. Esta última observación es también de la cronista.

Durante las audiencias, se desarrollaron las acostumbradas escenas dramáticas. Fue la señorita Bethford a dar un recado a la señorita Jacquier y oyó un rumor en la biblioteca; lo advirtió también don Camilo de Barruel, que momentáneamente sustituía a la señorita. Sospechando ambos una irrupción por el lado de la antesala por una puerta habitualmente cerrada, se asomaron al mismo tiempo a la biblioteca por los lados opuestos. No se habían equivocado; unas señoras habían entrado en ella, forzando la puerta. Sordos a sus súplicas las obligaron a salir al instante; pero, una, puesta de rodillas ante ellos, les suplicaba con las manos juntas que la dejasen quedarse allí, **[135]** y tanto insistió que lo obtuvo. Después, antes de alejarse, el padre de Barruel ordenó que se atuviesen a los números, excepto (siguió diciendo en alta voz para que todos lo oyesen) la señora de Martimpré, que debía ser admitida enseguida.

¿Qué sucedió? Apenas él se fue, gritó una vieja mujer de pueblo:

—¡La señora de Martimpré!

Y, así diciendo, empujaba hacia adelante a una joven descalza,

andrajosa, con un niño en brazos, agotado y moribundo. El rostro descolorido de la madre, envuelto en un pañolón de tela indiana y su mirada encendida por un ansioso deseo enternecieron a los presentes, que, penetrados de respeto ante aquella personificación de la miseria, se apretaron para dejarle pasar. La señorita Bethford le abrió al momento la puerta; pero acababa de cerrarla, cuando asomó la verdadera Martimpré. La portera se lamentó del engaño a la vieja, pero ésta se disculpó diciendo que había creído hacer un acto de caridad, porque aquella desdichada había llegado a pies descalzos desde la Bastilla para que «el santo» bendijera a su hijo. En aquel instante, salía la pobrecita colmada de júbilo: don Bosco había bendecido a su enfermito, prometiéndole que viviría.

Fue aquella una tarde realmente tempestuosa. Las valientes porteras no sabían cómo arreglárselas; no había un palmo libre desde el patio a la biblioteca y, sin embargo, para guardar el orden había que tratar con guantes a la gente, pues había que vérselas con un público selecto. Pero selecto o no, no había sitio para todos en la antesala ni en la sala, de modo que muchos altos personajes tenían que esperar en el rellano y en los peldaños de la escalera. Viéronse entonces sentadas en los escalones, rendidas de cansancio, las primeras damas de Francia, como las Rohan, las Rozenbau y las Frencinet. Ya al atardecer, la señora de Curzon conquistó una silla junto a la puerta del descansillo y se sentó en ella para poder decir una palabra a don Bosco cuando saliese. Cuando llegó el momento, se abrió la puerta, la gente se abalanzó por aquella parte sin miramientos ni discreción alguna. La señorita Bethford alargó los brazos para proteger a don Bosco y a la señora Curzon; pero el ímpetu la arrolló. **[136]** Gritó entonces desesperadamente llamando al secretario en su auxilio. Acudió éste a toda prisa y contuvo la avalancha. Una señora prefirió caer al suelo antes que retroceder. El pobre don Bosco no podía dar un paso; pero, en medio de la batahola, la de Curzon se consideraba feliz por haber recibido una buena bendición, mientras se ayudaba a la caída a levantarse; también se alegraba por haber oído una buena palabra del Santo. Una Marquesa, que estaba aguardando con el coche en el patio, abrió ella misma la portezuela e invitó a don Bosco a subir, diciéndole que le llevaría adonde quisiera. Don Bosco le contestó:

—Se lo agradezco. Le deseo cien coches para ir al paraíso.

Los ejercicios de las religiosas y el viaje de don Bosco al norte acabaron con aquel batallar de cada día. El día veintiuno de mayo volvió por última vez al palacio de la señorita Sénislhac. Fue una tarde bastante tranquila. Al entrar, saludó a la señorita Bethford, y le

preguntó si había rezado un *padrenuestro* en honor del santo Job para obtener la paciencia. La señorita sonrió y le presentó para que los bendijera dos paquetes, que contenían doce docenas de medallas, uno para ella y el otro para su compañera de armas. Pero don Bosco le dijo:

—Don Bosco ya no tiene ni una. ¿Podría tomarlas de aquí?

—¡Sí, sí, padre! Tome las que quiera, contestó dejándole los paquetes sobre la mesa, para que se sirviese de ellas en las audiencias.

—Ya verá cómo todavía le quedarán, le aseguró él.

Pero la predicción no se cumplió, porque, al final, no quedaron más que los envoltorios de las doscientas ochenta y ocho medallas. A pesar de todo, las dos religiosas no se quedaron sin nada; porque había un paquete que la señorita Sénislhac había hecho para todas ellas. De lo que sacó la señorita Bethford esta óptima moraleja: «Ya había dicho la verdad el santo varón al mismo tiempo que nos había dado a las dos una lección, al enseñarnos que nos debemos conformar con lo que se tiene en común y que las pequeñas reservas personales no sirven para nada».

Hasta aquí nos hemos servido casi exclusivamente del diario de casa Sénislhac; hablaremos ahora de algunas audiencias especiales, **[137]** concedidas en casa de Combaud o en otros lugares. Se iba un poco a la caza de don Bosco por todas partes; por eso, uno de los medios que empleaba la señorita Bethford para despejar la casa Sénislhac era notificar a dónde iría después a celebrar el Siervo de Dios. En el palacio de Combaud algunos se escondían en las dependencias próximas a su habitación para esperarlo al paso cuando salía a primera hora. Esto suponía evidentemente la complicidad de la servidumbre, que favorecía a los visitantes y que, como es natural, encontraba en ello su ganancia. En efecto, una vez que don Bosco salió de París, un antiguo criado, que estaba de servicio en la antesala, se presentó a la señora y, como cuenta hoy su hija, le dijo:

—Lo siento mucho, señora Condesa, pero le pido licencia para marcharme.

—¿Marcharse? ¿Le han hecho algún agravio? ¿Quiere aumento de sueldo?

—No, de ningún modo, señora Condesa. Todos me tratan bien aquí y yo no pretendo nada. Sólo he de decirle que ya he hecho mi fortuna y no necesito trabajar para vivir.

Evidentemente, gracias a la generosidad de los visitantes de don Bosco, había recibido lo suficiente para redondear sus ahorros [1].

[1] *Bulletin Salésien*, marzo de 1930.

Si las paredes de los lugares donde don Bosco concedía audiencias pudiesen hablar, ¡cuántas cosas tendrían que contarnos, que quedarán sepultadas para siempre en el olvido! Pero también se ha disipado el recuerdo de muchos sucesos, con la desaparición de las personas que han muerto. Contaremos, pues, algunas, cuyo rastro fue posible hallar.

Se hablaba mucho de milagros obrados por don Bosco. Aun sin intentar enjuiciar el asunto, no puede dudarse de que algunas audiencias estuvieron acompañadas o seguidas de efectos sorprendentes. **[138]** Tal es el caso del benedictino don Andrés Mocquereau, fallecido el año 1928, del que tenemos documentadísimas noticias.

Dom Couturier, abad de Solesmes y sucesor inmediato de dom Guéranger, había hecho rogar a don Bosco en Marsella que se dignase visitar su abadía, y le escribió el día veinte de abril a París, pidiéndoselo directamente en nombre propio y en el de toda la comunidad. Uno de los monjes necesitaba verle, tanto que pedía al superior lo enviara en seguida a la capital, si no se aseguraba la ida de don Bosco al monasterio [1]. Como don Bosco no pudo prometerlo, fue a él el benedictino. Era éste precisamente el mencionado don Andrés Mocquereau, discípulo y continuador del padre Pothier en la restauración del canto gregoriano. En la flor de la edad, habíale acometido una laringitis pertinaz, que lo dejaba casi sin voz; era una amenaza de que se malograsen las halagüeñas esperanzas puestas en él para la dirección general del canto sagrado en la comunidad y para la obra de la reforma. El alimentaba la secreta confianza de que la bendición de don Bosco le libraría de aquella molestia; y añadíase también a esto una misión delicada. Había una piadosa joven que deseaba la recomendara al Siervo de Dios, para que le obtuviese a ella y a una compañera suya la gracia de superar los obstáculos que les impedían abrazar la vida monástica en la Orden benedictina, dentro de un determinado plazo. Fue el monje a París, presentóse, a eso de las dos de la tarde, en el palacio de Combaud y pidió al portero hablar con la Condesa.

—¿Es para don Bosco?, preguntóle bruscamente la mujer del portero.

—No. Pregunto por la señora Condesa; tengo que hablar con ella.

—Entonces suba; vamos a avisarla.

El camarero, que sospechó iba para hablar con don Bosco, le puso alguna dificultad; pero él insistió y logró entrar. **[139]** La Condesa y su hija lo recibieron amablemente. Oyeron su deseo y le contestaron que

[1] Véase Apéndice, doc. núm. 24.

don Bosco podía estar en casa Sénislhac; pero que era difícil saber a ciencia cierta dónde se encontraba.

—Don Bosco es inasequible, siguió diciendo la señora. Sale a las siete de la mañana y no vuelve hasta después de las once de la noche, rendido de cansancio... Pero deje el asunto en mis manos. Puesto que usted tiene una notificación verdaderamente importante para él, yo lo arreglaré todo. Venga mañana a las siete. Yo le pondré un coche de dos plazas solamente. Usted subirá a él y durante una media horita podrá conversar con él cómodamente. Es el único medio para pillarlo. Además, tendrá la ventaja de que; por la noche, vuelve medio muerto, tanto que ya no puede hablar ni escuchar. Así, pues, hasta mañana.

El padre Mocquereau fue puntualísimo: a las seis y cuarto ya estaba allí. El portero le hizo entrar en su cuartito, y allí estuvo en ansiosa espera, con los ojos clavados en la escalera; no se atrevía a subir tan temprano hasta la señora de Combaud. Después de unos diez minutos, durante los cuales se encomendó sin parar a los santos Angeles, he aquí que de pronto apareció el ama de llaves de la casa, que iba a buscarlo para acompañarle a las habitaciones de la dueña de casa. Su primer pensamiento al subir fue preguntarle si, de acuerdo con lo prometido, habían avisado a don Bosco la noche anterior, de que él iba a acompañarle en el coche.

—Llegó a media noche, contestóle ella, y no fue posible decírselo.

Estas palabras lo turbaron, ante la duda de que don Bosco o el secretario hubiesen concedido este favor a otro.

A las siete apuntaron nuevos peligros. La dama de compañía de una Marquesa vino a decir que su señora enviaba un coche para don Bosco, porque quería tener de este modo un recuerdo del Hombre de Dios. Un cuarto de hora después, llegó una Condesa y se puso a hablar ella también sobre el coche, pues deseaba que fuese santificado con la presencia del nuevo San Vicente de Paúl. El benedictino, alarmado, elevaba con más fervor sus invocaciones al Angel Custodio.

[140] Y no tardó en ser escuchado. El ama de llaves, que se había escabullido durante las discusiones por el asunto de los coches, reapareció triunfante y le dijo:

—Padre, está convenidó con don Bosco que usted irá con él y con su secretario en el coche de la Condesa tal. Es cosa prometida.

Hacia las ocho menos cuarto, entró en la sala para anunciar que don Bosco estaba a punto de salir de su habitación. En efecto, pocos minutos después, apenas se asomó, érale presentado el monje. Se

echó éste inmediatamente a sus pies pidiéndole su bendición, que él le dio con la fórmula de costumbre. Agradecióle el monje el favor de aceptarlo en el coche durante el trayecto. Y contestó el Santo:

—Bien, bien; partamos.

Don Andrés Mocquereau describe en los términos siguientes a la hermana su primera impresión: «El pobre don Bosco está muy desmejorado, y el retrato que tú conoces es muy distinto de la realidad. Aparenta unos setenta años y camina con gran dificultad. En el primer momento, quedé algo sorprendido al ver a un santo tan desaliñado. La barba sin rasurar, largos y despeinados los cabellos, caídos con gran desorden en toda dirección. Raída la sotana, el cuello del gabán verdusco y así lo demás. Tal es su exterior. Aquel primer instante fue por tanto para mí puramente natural».

Ya a punto de salir, corrió el secretario a comunicarle que había gente en la escalera, pero que no debía pararse, porque llevaban retraso. Pero nada más salir, se plantó delante una señora y don Bosco se paró a escucharla con verdadero interés. Más abajo encontró unas veinte personas, entre ellas una joven, que le dijo:

—Padre, cúreme. De las veinticuatro horas, me toca pasar dieciocho en cama.

—Arrodíllese, le contestó.

Arrodillóse la mujer en un peldaño y don Bosco, de pie a su lado, rezó un *padrenuestro, avemaría y gloria* y la bendijo. «En aquel acto, observa don Andrés Mocquereau, vi y reconocí al santo».

[141] En el peldaño siguiente, una madre le presentó a dos hijos, de catorce y dieciséis años, que él bendijo poniendo y apretando fuertemente la mano sobre la cabeza de ambos. Más abajo se acercó una señora al monje y le dijo:

—Veo que usted va con él; tenga a bien decirle que acepte mi coche, yo soy la Señora tal.

Evidentemente le contestó que él no podía hacer nada. En conclusión, para bajar hasta el pie de la escalera, tardó veinte minutos, detenido en cada peldaño por hombres o mujeres suplicantes.

Aquí el joven benedictino, con la mente siempre fija en la inminente conversación, se acercó al cochero de la carroza ya designada y le dijo al oído:

—Ya sabe usted que vamos a la calle de la Chaise, a las Damas del Cenáculo. Vaya despacito; cuanto más tiempo tarde, mayor será la propina.

Dicho esto, volvió junto a don Bosco, que estaba todavía en el último peldaño y haciéndole barrera con su cuerpo, lo llevó al coche y

le ayudó a subir. Hubiera preferido estar a solas con él; pero se resignó a la inevitable compañía del secretario, el cual, adivinando su apuro, se apresuró a decirle cortésmente que no le causaría molestia, pues estaba obligado a guardar el más riguroso secreto.

Tan pronto como el caballo arrancó, don Andrés Mocquereau entabló la conversación; empezando por el primer fin de su viaje. Don Bosco lo escuchaba con los ojos cerrados y contestando siempre: *Bien, bien.* Cuando terminó, le dijo:

—En la sacristía de la capilla de las Religiosas le bendeciré y le daré una medalla y después rezará cada día tres *padrenuestros, avemarías y glorias* con la invocación: *María Auxilium Christianorum, ora pro nobis.*

—¿Y el próximo domingo, añadió el monje, tendré que probar a cantar la misa?

—¡Sí, contestó mirándolo sonriente, pruébelo, pruébelo!

Pasó enseguida el monje al otro asunto, entregándole una carta de la señorita; pero, como leyera con dificultad, don Andrés Mocquereau pidióle licencia para leérsela él, lo cual **[142]** hizo con vehemencia, subrayando las sílabas donde se hablaba de la fecha impuesta y de los obstáculos invencibles, y añadiendo algún comentario. Terminada la lectura, suspendió el secretario el rezo del breviario, y acercó el oído a don Bosco mirándole fijamente. El Santo sonrió con la mayor tranquilidad, pero no abrió la boca. Entonces el monje insistió para recabar una respuesta y él, con mucha calma, le dijo:

—Espere, espere. Tengo que rezar, tengo que rezar al Señor.

Después de un instante volvió a tomar la palabra:

—Diga a esa persona: *a quien diere le será dado.* Es preciso que antes haga ella muchas obras de caridad.

Y, después de un breve silencio, siguió diciendo:

—No es necesario que dé nada a don Bosco. Hay muchas otras obras, todo un *mare magnum;* huérfanos, misiones, etc. Que ella dé y se le dará; y, mientras tanto, que rece las oraciones que tiene que rezar usted. Le daré una medalla para que se la lleve.

Don Andrés Mocquereau era precisamente portador de cincuenta mil francos para don Bosco de parte de la señorita.

Habían transcurrido de veinticinco a treinta minutos, para un trayecto de diez o quince. Encontraron la calle de la Chaise atestada de vehículos, coches de alquiler y particulares. Un denso gentío llenaba el patio de las religiosas. Cuando don Bosco se apeó, todo el mundo se abalanzó hacia él; unos le hacían tocar medallas y rosarios, otros gritaban por todas partes para recomendarle intenciones o enfermos.

«El pobre don Bosco, escribía el monje a su hermana, pasó con calma por entre aquella muchedumbre, daba bendiciones a derecha e izquierda, tocaba a los enfermos que encontraba al paso. El secretario y yo que íbamos a ambos lados, lo defendíamos de la muchedumbre apiñada. Avanzábamos con dificultad y paso a paso. Le presentaron una chiquilla muda, él la tocó y siguió adelante. Otros se quejaban porque no alcanzaban a tocarlo. En conclusión, yo nunca he visto fe más extraordinaria en una masa de pueblo, ni calma más completa en un hombre de Dios. El Señor me ha concedido también la gracia de asistir a un espectáculo de esta clase».

Finalmente, llegaron a la sacristía. Don Bosco le hizo arrodillarse ante una estatuita de la Virgen y, estando **[143]** de pie, rezó con él un *padrenuestro* y una *avemaría,* añadiendo algunas oraciones; después le dio una amplia bendición «para la salud del cuerpo y la santidad del alma», aplicó unos instantes la derecha a su garganta y se revistió para la misa. Don Andrés Mocquereau asistió a ella y salió después de allí con mucha paz y alegría en el corazón.

No le desapareció totalmente el mal, ni tuvo ya en adelante mucha voz; pero siempre le bastó para el trabajo que le confió la Providencia. En efecto, fue casi hasta el fin de su larga vida maestro de capilla en Solesmes, y se prodigó, además, por todas partes en reuniones y congresos, llevando denodadamente la cruzada en favor de las genuinas melodías litúrgicas. Se cumplieron también los deseos de las dos señoritas, que tomaron el velo y profesaron la regla de San Benito [1].

En general, los hechos prodigiosos acaecían lejos de las miradas del público o eran aplazados para una ocasión futura; alguna vez, sin embargo, no faltó la publicidad. Un día le llevaron un hidrópico monstruosamente hinchado; parecía que no le quedaba mucho tiempo de vida. Don Bosco lo recibió en la sala de audiencias, lo bendijo y el efecto fue inmediato; el enfermo perdió la hinchazón al instante, y quedóle la piel sobre el cuerpo tan arrugada que daba la impresión de un pellejo vacío. La gente, que lo había visto entrar en brazos de sus acompañantes y lo veía salir por su propio pie, se resistía a creer que fuese el mismo individuo.

—¡Y, sin embargo, soy yo!, repetía el agraciado, tan extrañado

---

[1] *Bulletin Salésien,* marzo de 1930. Hemos sacado gran parte de estas noticias de tres cartas de don A. Mocquereau, comunicadas después de su muerte al Director del *Boletín* francés; dos de la hermana en 1930 y una en 1934 de un benedictino de Solesmes. Aquellas aparecieron en el *Bulletin* (marzo 1930), y ésta es inédita (Apéndice, doc. 25 A-B-C).

como los que, con los ojos abiertos de par en par, le cosían a preguntas.

El caso de este hidrópico nos trae el recuerdo de otro, que traemos aquí sólo por la identidad de la enfermedad. Fernando Bagouin, obrero, en otro tiempo zuavo pontificio y domiciliado en Sèvres, **[144]** gemía, hacía mucho tiempo, atormentado por aquel triste mal. Habiendo oído tiempo atrás hablar de don Bosco en Roma, le había escrito a Turín, pero no tuvo contestación; volvió entonces a escribirle a París. Don Bosco hizo contestarle que rezase a María Auxiliadora y que, el día treinta de abril, asistiera al comienzo del mes de María en su parroquia. Tres médicos lo habían dejado ya por imposible y, sin embargo, a las dos de la tarde del día treinta, desapareció improvisamente la inflamación de pecho, vientre y piernas, de suerte que, a las siete, estaba el buen hombre en la iglesia con su madre para asistir al piadoso ejercicio. Después se creyó en el deber de pedir una audiencia para dar las gracias. El sacerdote, que transmitió al secretario la petición del agraciado, había estado ya con don Bosco; pero, apremiado por la prisa que se le exigía, no había podido decirle todo lo que deseaba. Aprovechando, pues, la ocasión, añadía por su cuenta:

«Con escrupulosa fidelidad me atuve aquel día a la pública recomendación de despacharme en pocas palabras, de suerte que la discreción me hizo callar demasiadas cosas. Sea, pues, todavía tan cortés conmigo como para entregar al buen padre la cartita que le acompaño y cerrada, porque contiene preguntas muy íntimas» [1].

Ya no sabemos más, salvo que, en una carta del día 23 de diciembre de 1887, el mismo Bagouin se encomendaba a las oraciones de don Bosco por las estrecheces económicas de su familia y le decía: «Salve a aquel a quien la Santísima Virgen Auxiliadora curó mediante las oraciones de V. S.».

La solicitud de audiencias por escrito era el recurso de los que no tenían tiempo o valor para someterse al suplicio de aquellas largas esperas. Poseemos cierto número de cartas escritas con tal fin. Así el conde de Villermont (23 de abril), feliz por haber sido hecho cooperador y haber hablado con don Bosco, querría volver a verle, para estudiar **[145]** la manera de cooperar; el señor Bastard (26 de abril), director del semanario *Gazette Illustrée* y autor del libro *Cinquante jours en Italie,* en el que habla de don Bosco [2] se atreve a solicitar una audiencia para presentarle personalmente el más respetuoso homena-

[1] Carta del abate E. De Leudeville a don Camilo de Barruel, 11 de mayo de 1883.
[2] Véase vol. XIII, pág. 849.

je; con afecto de hijo, por ser cooperador salesiano, el abate Moigno (26 de abril) le suplica le conceda sólo unos minutos, el tiempo suficiente para recibir una bendición [1]; la señora Dufrasne (20 de mayo) querría presentarle a su marido, atormentado por monomanía religiosa, para que lo bendiga y le alcance del Señor salud de mente; una hija (21 de mayo) ansía llevarle la madre paralizada para recibir su bendición; la baronesa Racat de Roman (22 de mayo) necesita consejo y una bendición; la señora Franconie (22 de mayo) ruega humildemente ser admitida para recibir la santa bendición; la señora D'Ervan de Tours (22 de mayo) está desconsolada porque su hijo ingeniero e inspector de ferrocarriles, no llegará a tiempo para ver a don Bosco, cuando tendría suma necesidad de recibir su bendición, que lo hiciera volver a Dios y reanudar las prácticas religiosas que ha abandonado; la señora Loison de Lavantie (22 de mayo) no se puede calmar por haber recibido el billete de audiencia con demasiado retraso; la señora Pepin-Lehalleur (22 de mayo), a la que don Bosco ha citado en la librería Josse para las cinco y media de la tarde, recibe en el último momento, de la señora Josse, aviso de no moverse, porque tiene que cerrar su comercio para impedir desórdenes, y, por ello, está desconsolada; el sacerdote Baiville (23 de mayo), después de ir varias veces inútilmente al mismo librero con la esperanza de encontrar allí a don Bosco, vuelve a pedir el favor de una audiencia por la necesidad que siente de oír una palabra suya y recibir su bendición; la señora Hiendonne (24 de mayo), después de recibir el billete de audiencia y hacer inútilmente cuatro horas de antesala y volver otras dos veces, perdida toda esperanza, pide humildemente que ruegue al Todopoderoso doblegue **[146]** la voluntad de un padre egoísta; la misma suerte ha corrido la baronesa Des Graviers que, después de haber ido inútilmente varios días a la calle Ville l'Evêque, de acuerdo con la indicación de don Bosco, le promete un donativo de mil francos, si devuelve la paz a una alma turbada y alejada de los deberes religiosos; la duquesa de Aremberg (23 de mayo) está dispuesta a retrasar unos días su salida de París, con tal de obtener una breve audiencia al día siguiente, a cualquier hora y en cualquier lugar, y le ofrece mientras tanto su hospitalidad en el palacio de Aremberg, cuando, como se espera, vaya a Bélgica [2].

Pondremos fin a esta relación trayendo aquí lo que escribían dos distinguidas señoras. Una, la señora De Bouquet, refería el 22 de

[1] Véase Apéndice, doc. núm. 26.
[2] Véase Apéndice, doc. núm. 27.

mayo al secretario del Santo: «Necesitaba ayer ver a don Bosco para recomendarle un enfermo del que hubiera querido hablarle un poco; una joven sobrina mía, que me acompañaba, tenía también verdadera necesidad de pedirle su parecer sobre una cosa importante. Hemos aguardado todo el día en casa de la señorita Sénislhac y, precisamente, cuando estábamos a punto de arrodillarnos ante don Bosco, tuvo que salir sin que yo pudiese hacer más que remitirle un paquete con un pequeño donativo y mi petición de oraciones por el enfermo, que tanto me da que pensar. Esperábamos ver a don Bosco hoy en casa del señor Josse; pero, a las seis, no estaba todavía y tuvimos que volver a casa. Pero don Bosco había tenido la bondad de recordarme y hablar de la visita que me hizo en Cannes hace dos años; mis hijos, que han tenido la suerte de verlo últimamente, han hablado de él con usted en casa de la señora De Madre. Pero yo no sé cómo llegar hasta él y pido a usted, con viva instancia, me indique cómo lograrlo antes de su partida». La otra señora era la mujer del célebre financiero Philippart. Después de encomendarse a don Bosco para que **[147]** una persona querida se viese libre de una grave acusación, se dirigía al secretario para que lo informase si se conseguía la liberación, y le suplicase que continuara las oraciones para que, junto con los favores temporales, concediera Dios a su familia también gracias espirituales; mientras tanto enviaba un donativo a entregar en mano al Siervo de Dios y pedía una nueva audiencia [1].

Había también obispos que escribían a don Bosco cartas de recomendación, para obtener que recibiese en audiencia particular a personas que necesitaban hablarle. Así monseñor Héctor Chaulet d'Outremont, obispo de Le Mans, le recomendaba muy encarecidamente a un diocesano suyo [2].

Toda esta documentación demuestra que no se acudía sólo al taumaturgo, sino también, y tal vez más, al santo propiamente dicho, al hombre de Dios rico de luces celestes para orientar almas a la salvación. El mismo, sin guardar a que se lo pidieran, daba avisos oportunos con este fin; lo más frecuente era una palabrita sobre la confesión. En el mes de mayo, hubo una señora que, abriéndose paso entre el gentío, con toda la energía de un corazón materno desgarrado, llegó ante don Bosco y en el colmo de la desesperación le contó que su hijo, encargado de la contabilidad en una oficina del Gobierno, había sido arrestado por sospechoso con otros y llevado a la cárcel; que, al próxi-

[1] Véase Apéndice, doc. núm. 28.
[2] Véase Apéndice, doc. núm. 29.

mo junio se debía ver su causa, y se encomendaba encarecidamente a él por el éxito de la misma.

—Pero, señora, ¿qué puedo hacer yo?, le preguntó don Bosco.

—Usted puede librar a mi hijo; basta que usted quiera.

—Yo no soy de ningún modo la omnipotencia de Dios.

—Sí, sí, usted puede lo que quiere. Se lo ruego, se lo suplico... con toda mi alma.

—Si yo estuviese en Italia, tendría personas conocidas, a quienes recomendar el asunto; pero aquí no conozco a nadie.

—Se lo suplico, tenga compasión de una pobre madre.

[148] —Pues bien, diríjase al Señor y haga cada día, hasta tal fecha, esta y estotra oración.

—Sí, sí, lo haré.

—Y yo rezaré por ustedes.

—¡Ah! Sí; obténganos la gracia de que nuestro hijo salga libre y absuelto.

—Pero no basta una oración; hace falta algo más.

—¡Diga, diga!

—Una buena confesión y una buena comunión.

—Sea; hace ya treinta años que no me confieso; pero prometo hacerlo, eso y cualquier otra cosa que quiera aconsejarme.

—Una cosa más; en adelante sea usted practicante.

—Lo seré; se lo prometo.

—Si es así, no se preocupe y confíe en Dios.

Tomó el santo unas medallas y le dijo:

—Esta para usted.

Después le entregó otra y añadió:

—Esta para su hijo.

Y aun le dio una más, sin decir nada.

Aquel silencio impresionó a la señora; un pensamiento misterioso le hizo reflexionar que a don Bosco no se le ocultaba nada. Le pareció que conocía el número de personas que componían su familia y por eso le había dado tres medallas. En su casa no había más que ella, el hijo y el marido y éste tampoco se acercaba a los sacramentos desde hacía muchos años. Con estos pensamientos volvió a su casa: la esperanza le ensanchaba el corazón.

Apenas entró en ella, llamó a su marido, le describió la visita, le habló de las oraciones y de la confesión y, después, le dio la medalla, diciendo:

—Esta es para ti. No me lo ha dicho, pero es para ti; don Bosco es un santo y ha conocido que la necesitabas.

Tanto dijo que el marido exclamó:

—Pues bien, también yo iré a cumplir mi deber; a confesarme y a comulgar.

Efectivamente fue. La señora no cabía en sí de entusiasmo, después de la entrevista **[149]** tenida con don Bosco, cuya santidad ponía por las nubes *apud amicas et vicinas* (ante amigas y vecinas). Y Dios la bendijo. El día fijado para el término de las oraciones, compareció su hijo ante el tribunal y, mientras otros compañeros suyos fueron condenados, él fue absuelto y puesto en libertad. Después, los tres, no satisfechos con dar gracias a Dios en París, fueron a Turín el día veinte de junio, casi como para cumplir un voto y a la vez dar gracias en el santuario de María Auxiliadora.

Otro caso. Un señor, muy elegante, fue a pedirle un consejo; pero don Bosco le cortó la palabra, diciéndole a quemarropa:

—Vaya a cumplir con Pascua.

El caballero, ya en plena ancianidad, algo desconcertado con aquella interrupción, quería acabar de expresar su pensamiento, pero don Bosco, con acento dulce e insinuante, le repitió:

—Vaya a cumplir con Pascua.

Intentó aquél, por segunda vez, continuar su discurso y don Bosco insistió:

—Vaya, vaya a cumplir con Pascua.

El interlocutor, algo resentido, procuraba tomar una actitud fríamente cortés, intentando decir lo que quería, sin que don Bosco cesase de repetir su cantilena, acompañada de una mirada y una sonrisa tales que, finalmente, la mágica palabra caló en aquel corazón. De golpe, conmovido hasta las lágrimas, declaró que en la amonestación de don Bosco descubría un rasgo de la Providencia, que venía a reanudar una larga cadena de gracias interrumpida desde hacía ya muchísimos años. Sin demora, se acercó, al día siguiente, con toda su familia a recibir los santos sacramentos.

¿Y quién puede saber cuántas confesiones oyó el mismo don Bosco durante las infinitas audiencias? Un señor, que había llevado a su hermana a París, fue con ella a visitar a don Bosco y, no sabemos por qué, quiso confesarse, aunque estuviese allí presente la hermana. Cuando él terminó, también la hermana se echó a los pies de don Bosco para confesarse y comenzó a acusarse en alta voz. En vano intentó el Santo interrumpirla, diciéndole que la Iglesia no permitía a las mujeres confesarse **[150]** en aquel lugar y que no podría darle la absolución: ella, levantando todavía más la voz, contestó:

—Dios le ha dado el poder de perdonar los pecados en cualquier lugar de este mundo.

Don Bosco insistió, pero le fue imposible convencerla. Después entraron personas de la casa, que la indujeron a callar.

Hombres de Dios acudían a don Bosco para pedir consejo, convencidos de que poseía luces sobrenaturales. Uno fue el abate Dehon. Este piadosísimo sacerdote, de la diócesis de Soisson, sentíase inspirado desde 1877 a fundar una Congregación sacerdotal con la finalidad de desagraviar al Sagrado Corazón de Jesús con un triple apostolado, a saber, entre el clero seglar, en medio del pueblo y en las Misiones. Tenía ya maduro su plan, cuando supo que don Bosco estaba en París. Para conocer mejor la voluntad de Dios, fue a verle, le expuso sus proyectos y rogó le dijera su parecer. Contestóle don Bosco con un tono seguro y tranquilizador:

—Su obra es, sin duda, obra de Dios.

Más tarde confirmó el Santo su juicio hablando de él con el secretario, el cual tuvo después ocasión de referírselo al abate, y le dio doble alegría. Es el fundador de la floreciente Congregación de los sacerdotes del Sagrado Corazón de Jesús (Reparadores) [1].

Por análogo motivo acudió a él don Efrén, prior de la Trapa de Tamié, en Saboya. Convencido de la proposición de monseñor de Laplace, vicario apostólico de Pekín, tenía pensado fundar un monasterio de Cistercienses en China, que titularía de Nuestra Señora de la Consolación. Pero, antes de poner definitivamente manos a la obra, quiso consultar a nuestro Santo.

Don Bosco oyó el proyecto, bendijo la empresa y alabó también la idea de dar a aquella lejanísima Trapa el título de *Nuestra Señora de la Consolación.* Aquel mismo año se embarcó don Efrén para China y, cerca del ferrocarril que va de Pekín hacia el Nordeste, construyó su convento en plena montaña. **[151]** La fundación atravesó duras pruebas, sobre todo durante la sublevación de los Boxers en 1900; pero, tanto prosperó que pudo levantar otra Trapa con el título de *Nuestra Señora de la Liesse* [2], al lado del ferrocarril que une Pekín con Han-Keu. Las dos trapas cuentan hoy (1935) con dieciocho sacerdotes europeos, doce sacerdotes indígenas y ochenta y ocho conversos o legos, también chinos. Es más, en el 1897, salió de *Nuestra Señora de la Consolación* el monje don Bernardo para fundar en Japón la Trapa de *Nuestra Señora del Faro* [3].

---

[1] L. DEHON, *Souvenirs.* Roma, Desclée, 1912, pág. 7.

[2] *Liesse* o Nuestra Señora de la Liesse, es un lugar de peregrinaciones desde el siglo XII, cerca de Laon, en el departamento del Aisne. (*N. del T.*).

[3] *La Croix,* 25 de octubre de 1934.

No es fácil saber cuántos recobraron el don de la fe a través de don Bosco. Hubo un sujeto que fue recibido en audiencia y empezó diciendo:

—Señor abate, yo no creo en sus milagros.

—Jamás he dicho o insinuado, contestó don Bosco, que yo haga milagros.

—Sin embargo, todos dicen que usted hace milagros.

—Pues bien, todos se equivocan, yo sólo puedo hacer una cosa, rogar al Señor que, por su misericordia, se digne bendecir a las personas que se encomiendan a nuestras oraciones, y el Señor, a menudo, viendo la fe, las promesas de una vida buena y las buenas obras, se digna escucharnos y consolar a los afligidos.

—Si es así, no encuentro dificultad en creer; pero sepa que hace cuarenta años que yo no me confieso, porque no creo en la confesión.

—¡Mal, muy mal! No tengo ahora tiempo para discutir porque hay afuera ochocientas personas al menos que esperan audiencia; por tanto, me limito simplemente a unas observaciones a título de amigo. Supóngase que ha llegado al término de sus días, que ya no hay remedio alguno, que el médico, los parientes y usted mismo ven que a lo sumo le queda una hora de vida. En aquel instante, entra por casualidad don Bosco y le dice: «Señor, usted está a punto de presentarse ante Dios; aún tiene tiempo para volver a su gracia confesándose. Al llegar a este punto, todas las personas sensatas, muchos hombres doctos e incluso muchos incrédulos se han reconciliado **[152]** con Dios, son muy pocos los que rehusaron hacerlo, y, de ordinario, gente viciosa. Si usted no arregla las cuentas de su alma, será eternamente desgraciado; si las arregla, Dios es tan bueno que le da todavía el beso de paz». Y podría añadir: «Lo que digo es verdad, es de fe; pero, aun cuando fuera sólo dudoso, la razón misma, la prudencia humana dirían que, tratándose de una desgracia eterna, hay que tomar el camino más seguro para evitarla; así hacemos en las cosas de la vida, aunque son sólo temporales y pasajeras. Aun suponiendo que después de la muerte no haya nada y que Dios no le pida cuentas de la vida, poco le cuesta confesarse, arrepentirse, pedir perdón al Señor; por el contrario, ¿qué ganaría usted, si no se preocupara, si tuviese que presentarse al juicio de Dios, como creen todos los buenos católicos?». Dígame, por favor: si se encontrase en las últimas y don Bosco le hablase de este modo ¿qué haría? Si no quiere responder en seguida, le doy tiempo para reflexionar y ya vendrá a contestarme en otra ocasión.

—No, contestó el incrédulo, meditabundo y visiblemente conmo-

vido; no quiero hacerle esperar mi respuesta. Usted me habla sinceramente y yo también quiero hacerlo con usted. Respondo que tomaría el camino nás seguro, confesándome.

—Bien; y, ¿por qué no hacerlo ahora que está sano y robusto y, por consiguiente, en tiempo útil?

—Compréndalo; practicar es algo difícil.

—No es verdad, no es difícil. Pero, aunque lo fuera, un hombre sensato y de buen corazón como usted, tendría que superar la dificultad mirando a la eternidad.

—Lleva usted razón. Si tiene la bondad de escucharme estoy dispuesto sin más a hacer mi confesión.

—Lo siento, no puedo; hay mucha gente esperando fuera; pero le voy a dar la dirección de un buen sacerdote conocido y amigo mío, que le atenderá muy amablemente.

Escribió después una tarjetita para el párroco de la Madeleine y se la dio. Tres días después, asistió aquel señor a la misa **[153]** de don Bosco y recibió en ella la santa comunión. Fue a visitarle otra vez y no acababa de darle las gracias por haberlo reconciliado con Dios.

—Había venido a hablar con usted para discutir, le dijo, pero me ha atrapado santamente en la red sin discusiones. Nunca olvidaré la entrevista que tuve con usted.

Dos visitas, una más extraordinaria que la otra, recibió don Bosco en días distintos ya avanzada la tarde; ambas tienen algo de increíble y misterioso.

Presentósele una tarde un personaje de muy distinguido aspecto, y le preguntó:

—¿Es usted don Bosco?

—Sí; le respondió, ¿en qué puedo servirle?

—Tendría gran deseo en conocerle.

—Será un gran gusto para mí conocerle a usted. ¿Quién es usted?

—¿Ha oído hablar de Pablo Bert?

—¡Oh, sí! se ha hablado mucho de él estos días.

Seguía en efecto la agitación en favor y en contra de un libro suyo, impuesto en las escuelas primarias y que se titulaba *Manuel civique.* Los católicos lo combatían abiertamente. Fue puesto en el Indice; veintisiete obispos franceses publicaron pastorales prohibiendo su lectura; algunos llegaron hasta a negar los sacramentos a los maestros y a los muchachos que lo utilizasen [1]. Se enseñaba en él que Dios es un ser incomprensible, la religión un prejuicio de los tiempos y una

[1] G. SODERINI, *Leone XIII,* tomo II, pág. 243.

superstición explotada para exclusivo provecho de los curas, el ateísmo un derecho del hombre, la fe en lo sobrenatural algo inconciliable con la libertad y con el progreso del espíritu humano y así sucesivamente. El autor, que había sido Ministro en 1881 y 1882, era uno de los mayores corifeos del anticlericalismo de Gambetta; por eso lo sostenía el gobierno masónico, denunciando ante los tribunales a obispos y párrocos, como reos de desobediencia a la autoridad del Estado. Hasta cuatrocientos, pasando por alto toda formalidad judicial, sin examen, expediente, defensa, ni sentencia, fueron **[154]** condenados tras simples denuncias. Jovencitos de familias católicas, cuyos padres habían arrancado de sus manos el manual, eran expulsados de las clases por tiempo indefinido y, después de una semana, sin otro aviso, recibían sus padres la intimación de comparecer ante la Comisión escolar como responsables de la ausencia de los hijos de la escuela y eran condenados a veinticinco francos de multa con la amenaza del correccional.

Al oír que don Bosco estaba informado, dijo aquel señor:

—Pues bien, yo soy Pablo Bert.

—¿Usted, señor? ¿Y en qué puede servirle el pobre don Bosco?

—¿Qué dice usted de mi libro?

Don Bosco miró fijamente un momento a su interlocutor y, después, le contestó con gravedad:

—Sólo puedo decirle que ha sido prohibido.

—Pues yo vengo a usted para que me diga qué hay de malo en este libro.

—No lo he leído.

—Pues bien, aquí lo tiene, léalo, escriba al margen las correcciones y le prometo que las tendré en cuenta para una nueva edición.

—¿Habla usted en serio o de broma?

—Hablo en serio. Puedo reimprimirlo en cuarenta y ocho horas.

—Déjeme el libro y veré qué hay que hacer.

—Sólo le recomiendo una cosa: que nadie sepa nada de mi visita. Esta noticia levantaría odiosos comentarios en la prensa y en el Parlamento.

—Esté usted tranquilo, no se cometerán indiscreciones.

Pablo Bert estrechó la mano a don Bosco y salió. Don Bosco remitió el libro al párroco de la Madeleine, puesto que él estaba ocupado de la mañana a la noche con las continuas audiencias y no podía leerlo. El párroco, dada la importancia de la obra, se dedicó con urgencia al ímprobo trabajo y, en pocos días, dejó el libro lleno de tachaduras y correcciones. Volvió el autor a hablar con don Bosco,

recogió **[155]** su libro y mantuvo la palabra, si bien hasta cierto punto. Cuando a primeros de junio suscitó el duque de Broglie la cuestión del *Manual* ateo ante el Senado, el Ministro de Instrucción Pública, señor Ferry, reconoció que Pablo Bert «se había censurado a sí mismo», habiendo introducido en la nueva edición tales correcciones que ya no había nada en el libro que contraviniese lo dispuesto por la ley en torno a la enseñanza. En realidad las variantes eran notables. Pero quedaban intactos los capítulos que elogiaban la revolución francesa, sus conquistas, sus obras, sus acusaciones contra los reyes, contra la nobleza, contra los antiguos regímenes y, especialmente, contra el clero. Ya no había en él blasfemias contra el nombre de Dios; pero quedaban muchas calumnias contra sus ministros y las cosas sagradas. De todos modos, el famoso autor había justificado con su revisión las censuras de la Autoridad Eclesiástica [1].

Quien conozca, aunque sea someramente, las ideas de Pablo Bert sobre el laicismo de la enseñanza, se habrá sorprendido al enterarse de lo que hemos narrado. Se mantuvo el secreto de todo esto probablemente hasta 1886, cuando murió Pablo Bert sin recibir los sacramentos, no porque él los hubiese rechazado, sino, según se dice, por intrigas de los que lo rodeaban. Entonces, pues, pudo parecer útil, para aminorar el escándalo, manifestar lo sucedido entre el difunto y don Bosco. Pero en cuanto al hecho en sí, conviene tener presente que Pablo Bert, además de hombre político y de partido, era también hombre de ciencia. Como profesor de fisiología en la Sorbona y después en el «Muséum» había contribuido muchísimo, desde la cátedra y con los escritos, al progreso de su ciencia; se ocupaba, además, con apasionamiento, pero racionalmente, de los problemas pedagógicos. Por eso, nos inclinamos a creer que tuvo cierta curiosidad científica por conocer a don Bosco y que la cuestión del manual en principio no fue más que un simple pretexto para tener un intercambio de ideas y **[156]** la oportunidad de estudiar al hombre; lo que sucedió después demuestra una vez más la eficacia sobrehumana de la palabra de don Bosco.

Más difícil de esclarecer fue la sombra de misterio que envolvía la segunda de las audiencias, es decir, la de Víctor Hugo, que cuando se conoció, pasó por toda la prensa y hasta por libros de apologética.

Algunas circunstancias, que acompañaban a la primitiva narración, la hacían aparecer algo inverosímil; además, hubo otras afirmaciones de la señora Juana Richard Lesclide, viuda del que fue secreta-

[1] Véase *Unità Cattolica*, 8 de junio de 1883.

rio particular de Víctor Hugo, que, de ser verdaderas, socavarían toda base de credibilidad a la narración. Pero, últimamente, un testimonio de primera calidad ha venido a quitar toda duda acerca de la veracidad histórica del hecho, proporcionando, al mismo tiempo, alguna noticia inédita, útil para su confirmación. El abogado Boullay, miembro a la sazón del consejo administrativo de la obra de Auteuil [1] y testigo ocular de lo que vamos a narrar, nos ofrece garantía segura de la verdad.

El veinte de mayo se celebró, sin lugar a dudas, una entrevista en el orfanato del abate Roussel. Don Bosco fue dos veces, como veremos, a visitar aquella casa. Cuando el abate supo que volvería por segunda vez, invitó también a su amigo Boullay para que recibiera su bendición junto con sus hijas. El abogado llegó a eso de las cuatro y media de la tarde y encontró el patio de la casa atestado. Al encaminarse hacia la casa del Director, vióle salir acompañado de un anciano, más bien bajito de estatura, de barba blanca y espesa, que se encaminó por una alameda solitaria. En seguida adivinó quién podía ser, pero parecióle tan increíble la cosa, que sintió necesidad de preguntar al abate:

—¿El señor, a quien usted acompañaba ahora mismo, es Víctor Hugo?

[157] —Sí, pero ¡chitón! No diga nada a nadie. Quería hablar con don Bosco y ha venido a verle secretamente en mi casa. Lo ha atraído la actividad filantrópica de este apóstol de la juventud.

Pocos minutos después pasó el abogado Boullay con sus hijas a la habitación de don Bosco, el cual les bendijo. Después, hechos los cumplidos del caso y roto el hielo, aquél se resolvió a decirle:

—Padre, acaba usted de hablar con un gran personaje.

—¿Quién se lo ha dicho?

—El abate Roussel.

—Si es así, puedo decirle que sí; he hablado con Víctor Hugo. Me ha hecho profesión de fe espiritualista; pero yo creo que, si retrocede, será por respeto humano. Su *entourage* (su entorno), como él mismo me ha dejado entender, es hostil a cualquier idea religiosa... ¡Eh, ya es viejo, no hay que abusar de la gracia de Dios! También se lo he dicho a él...

Hay una circunstancia que contribuye a explicarnos la razón de la visita de Víctor Hugo a don Bosco. Su espíritu había recibido una tremenda sacudida. El 11 de mayo, después de una larga y desgarrado-

[1] Véase vol. XIII, pág. 626 y sigs.

ra enfermedad, había muerto Julia Drouent, la compañera de su vida. En el estado de postración moral, que le causaba aquella pérdida, debió sentir necesidad de acercarse al sacerdote de quien todo París contaba maravillas. También la curiosidad de ver a un hombre tan misterioso pudo contribuir a que se acercara a él. Pues todos saben cuánto podía en su imaginación de poeta todo lo que sabía a arcano, y con cuánta curiosidad se interesaba por la magia.

Hasta la muerte del escritor, don Bosco no habló de aquel encuentro; pero la pagana impiedad de los funerales, con que se pretendió poner en escena una apoteosis del difunto, movió al Siervo de Dios a dar a conocer los sentimientos que aquel personaje le manifestó.

Así, pues, entre mayo y junio de 1885 refirió la conversación a don Carlos Viglietti y a don Juan Bautista Lemoyne. El primero la **[158]** escribió al dictado [1]; Lemoyne retocó después ligeramente la forma substituyendo el «vos» francés por el «usted *(lei)*» italiano de la primera redacción e introduciendo alguna frasecita insignificante. Pero lo más importante es que don Bosco la repasó, como dan fe de ello tres pequeñas correcciones, que son ciertamente de su puño y letra; también parece suya una señal de llamada para una añadidura al margen, en la que se reconoce la letra de Lemoyne. Tal vez trazó don Bosco la crucecita del original que solía poner, cedió la pluma a Lemoyne y dictó la nota, como es lícito argüir por la identidad de la tinta; puesto que Viglietti escribió con tinta negra y don Bosco anotó con azul, el mismo color en que están precisamente los diez medios renglones del ancho margen. Acerca de la exactitud del diálogo podría dar pie a alguna reserva la distancia del tiempo, ya que habían transcurrido entonces dos años desde el encuentro; pero es cosa conocida que don Bosco mantuvo una memoria extraordinariamente fiel hasta el fin de su vida. He aquí el documento en toda su integridad [2].

Hace dos años, durante mi permanencia en París, tuve la visita de un personaje completamente desconocido para mí. Después de aguardar la audiencia unas tres horas, fue recibido en mi habitación a las once de la noche. Sus primeras palabras fueron:

—No se asuste, señor, soy un incrédulo y, por tanto, no creo en ninguno de los milagros, que andan contando de usted.

Respondí:

---

[1] Don Carlos Viglietti, en su diario ya citado en otras partes y del que hablaremos en el volumen siguiente, escribe con fecha 28 de mayo de 1885: «Don Bosco me pide ver lo que he escrito en torno a Víctor Hugo, porque quiere dictarme el diálogo, que tuvo con él en París».

[2] Están en cursiva los retoques de don Bosco y entre corchetes algunas añadiduras de Lemoyne.

—Ignoro y no quiero saber con quién tengo el honor de hablar. Le aseguro que no intento ni puedo hacerle creer lo que usted no quiere. No es mi intención hablarle de religión, de la que usted no quiere oír hablar de modo alguno. Dígame únicamente: ¿durante el curso de su vida ha tenido siempre estos pensamientos en el corazón?

—Durante mis primeros años creía como creían mis padres y amigos; pero, tan pronto como pude reflexionar sobre mis ideas y razonar, di de lado a la religión y me he puesto a vivir como filósofo.

—¿Qué quiere usted decir con esta frase: vivir como filósofo?

[159] —Llevar una vida feliz; pero no hacer ningún caso de lo sobrenatural ni de la vida futura, con la que suelen los curas amedrentar a la gente sencilla y de poca altura.

—¿Y qué admite usted de la vida futura?

—No pierda el tiempo, hablándome de eso. De la vida futura ya hablaré yo cuando me encuentre en el futuro.

—Veo que usted bromea, pero, ya que me ofrece el tema, tenga la bondad de escucharme. ¿Puede suceder que, en el futuro, caiga enfermo?

—Claro que sí, mucho más a mi edad, que la siento atormentada con muchos achaques.

—¿Y no puede ser que estos achaques pongan su vida en peligro?

—Puede ser, porque no puedo eximirme del destino que toca a todo mortal.

—Y cuando usted encuentre que su vida corre grave peligro, cuando se encuentre en el momento de pasar del tiempo a la eternidad...

—Entonces me animaré a actuar como filósofo y no hacer caso de lo sobrenatural.

—¿Y qué le impide pensar siquiera en aquel momento en nuestra inmortalidad, en su alma y en la religión?

—Nada lo impide, pero es una señal de debilidad, que yo no quiero dar, porque me haría ridículo a los ojos *de los* amigos [1].

—Pero, en aquel momento, usted estará próximo a morir y no le cuesta nada atender a sí mismo y a la paz de su conciencia.

—Comprendo lo que usted quiere decir; pero no me siento con ánimos para rebajarme hasta este punto.

—Pero, en aquel momento, ¿qué puede usted esperar todavía? La vida presente está para acabar, de la vida eterna no quiere que se le hable, ¿qué será, pues, de usted?

Bajó la cabeza, callaba y meditaba. Ante aquel silencio volví a tomar la palabra:

—Usted tiene que pensar en el gran porvenir; aún tendrá algún instante de vida; si usted lo aprovecha, si se sirve de la religión y de la misericordia del Señor, se salvará, y se salvará para siempre; de lo contrario, morirá como incrédulo, como réprobo y todo estará perdido por siempre para usted. Le diré las cosas todavía más claras; para usted ya no queda otra cosa que esperar sino la nada, [puesto que tal es su opinión], *o* [2] un suplicio eterno, que le espera [según mi creencia y la de todo el mundo].

[160] —Usted me hace un razonamiento que no es filosófico, ni teológico, sino un razonamiento de amigo, que yo no quiero rechazar. Digo que, entre mis amigos, sólo se discute de filosofía; pero nunca se llega al gran punto: la eternidad infeliz o la nada.

---

[1] Don Carlos Viglietti había escrito «a los ojos de todos mis amigos». La pluma de don Bosco borró «de todos» y puso: «de los».

[2] Don Carlos Viglietti había escrito «de».

Yo quiero que se estudie a fondo este punto y después, si me lo permite, volveré a hacerle otra visita.

Después de hablar de otras cosas, me estrechó la mano y, al salir, me dejó una tarjeta de visita, en la que leí estas palabras:

VICTOR HUGHES [1].

Volvió la tarde siguiente, a la misma hora, y tomando a don Bosco de la mano y teniéndolo («stretto», apretado) le dijo:

—Yo no soy el personaje que [tal vez usted ha creído; fue una broma], he hecho un esfuerzo para representar [el papel del] incrédulo. Yo soy Víctor Hugo (*sic*) y le ruego se digne ser mi buen amigo. Yo creo en lo sobrenatural, creo en Dios y espero morir en manos de un sacerdote católico, que encomiende mi espíritu al Creador [2].

Esta segunda visita fue precisamente aquélla de la que nos ha hablado el señor Boullay. Qué día tuvo lugar la primera, quizás no lo sabremos nunca; pero tenemos una narración de don Bosco, que confirma la realidad de la cuestión. La hizo en Alassio, mientras iba del comedor a su habitación después de cenar, a algunos sacerdotes salesianos y don Bartolomé Fascie, actualmente Consejero General de la Congregación, entonces seglar y profesor en el colegio. Estando don Bosco en París, le sucedió que una noche estuvo con una familia, hasta después de las once, y volvió a casa cansadísimo. Pero ¡pobrecito! había todavía gente que lo esperaba. Mientras se dirigía a su aposento, se esforzaba por persuadir a aquellos señores que se caía de sueño, pero como si hablara a sordos. Después de dirigir, según pasaba, algunas palabras a cada uno, cuando parecía que todo estaba arreglado y abrió la puerta de su habitación, vio de repente que se adelantaba una sombra desde un rincón; era un anciano, que se metió tras él y se sentó a un lado del diván. Se conversó, se razonó, se discutió, hasta que, medio muerto de cansancio, el Santo comenzó a dormitar. **[161]** El importuno le tiraba de vez en cuando de la manga y repetía:

—¡Escuche, escuche!

Pero don Bosco dobló la cabeza y la apoyó sobre el hombro sin dar señas de escuchar. Aquel señor no se atrevió a sacudirlo, sino que se mantuvo quieto en aquella posición y también se durmió. De improviso, sin quererlo, se inclinó hacia el lado opuesto, perdió el equilibrio y se dejó caer sobre el brazo del diván, y don Bosco, al perder su apoyo, cayó sobre él.

---

[1] Antes de VICTOR está la llamada #. Lo que sigue es la añadidura con tinta azul que hemos dicho; las palabras entre corchetes están con tinta negra y son posteriores, del mismo Lemoyne.

[2] En el documento sigue al diálogo un comentario posterior de don Carlos Viglietti. Según él, Víctor Hugo tuvo «inmediatamente después» un discurso en el Senado sobre la necesidad de la enseñanza de la religión; pero es un anacronismo, cuya responsabilidad se remonta al *Bollettino* de junio de 1883. La verdad es que aquel discurso lo pronunció el año 1850.

—*¡Pardon, monsieur!... ¡Pardon, monsieur!...*, se decían después el uno al otro, restregándose los ojos.

Aquel incidente convenció al buen hombre de que, también para don Bosco, la noche estaba hecha para dormir.

—¿Y quién era aquel señor?, preguntó a don Bosco uno de los oyentes.

Don Bosco, volviéndose al que preguntaba y con aire de indiferencia, le contestó:

—Un tal Víctor Hugo.

No debe sorprender a nadie que en casa de Combaud pasara inadvertida la presencia del poeta. El apartamiento de don Bosco estaba aislado del resto del palacio; la hora avanzada y la complicidad del criado hicieron el resto; de suerte que el célebre escritor pudo, como seguramente lo deseaba, pasar inadvertido. La mencionada señora Richard afirma, con respecto a la tarjeta de visita, que Víctor Hugo nunca las usó; sin embargo, aun siendo verdadera su afirmación, pudo muy bien tratarse de una cartulina con el nombre manuscrito.

El doctor D'Espiney fue el primero que publicó la conversación, reproduciéndola parcialmente en la décima edición de su *Dom Bosco.* De ella sacó unos fragmentos el padre Ragey y los incluyó en una colección de poesías de Víctor Hugo, que le parecía armonizaban con aquellos conceptos [1]. Mucho más tarde se ocupó del caso la revista *Etudes* de París, que, recabando del Oratorio el texto auténtico, lo tradujo y comentó [2], resolviendo posibles objeciones, incluso la de la grafía *Hughes,* de la tarjeta de visita.

«¿Cómo explicar semejante **[162]** extravagancia ortográfica?, pregunta el articulista. ¿Cómo se explica que don Bosco, que corrigió tres errores insignificantes, dejara intacto aquél?».

Y contesta:

«Creemos que es él mismo el responsable. Y he aquí cómo. Habiendo pronunciado siempre *Víctor Hugo* a la italiana y queriendo ahora dictarlo en su forma francesa, tal como estaba en la tarjetita, pone el acento en la primera sílaba como lo pide el italiano y hace de la *g* fuerte una *gh* y, por consiguiente lo dicta realmente así».

Otro enigma es la hora aquí asignada a la segunda audiencia, una hora completamente inverosímil, atendiendo también al secreto en que Víctor Hugo quiso sepultar aquellas sus visitas, que aconsejaba no ir dos veces al mismo lugar.

---

[1] *La Controverse et le Contemporain* 1889, vol. XV, págs. 196-215.

[2] A. DECHENE, *La dernière heure de Victor Hugo* en *Etudes,* 5-20 de junio de 1920, págs. 569-75.

¿Será un *lapsus memoriae* de don Bosco? ¿Será una equivocación del secretario, en la que don Bosco no se fijó, por limitarse sólo a leer el diálogo? Dado que no se puede poner en duda el testimonio del abogado Boullay, aquí se ha cometido ciertamente un error, sea quien fuere el responsable.

No se puede afirmar que la entrevista quedara sin efecto. Es opinión fundada que, más adelante, el poeta multiplicaba las profesiones de fe teísta; pero también se sabe que, en su entorno, se trataba de quitar importancia a todas sus manifestaciones de esta naturaleza. Esto sucedía especialmente cuando se levantaba de la mesa. Pero tan pronto como abría la boca para expresar semejantes pensamientos, su yerno Lockroy, judío, cuyo verdadero nombre era Simón, el mismo que más tarde fue Ministro de Marina, le contradecía en seguida y le decía:

—Vamos, vamos; ya empieza a delirar el viejo.

Fue convicción de muchos que si, en su última enfermedad, hubiera ido personalmente el cardenal Guibert, en vez de enviar a su secretario para tantear el terreno, hubiera obtenido mucho más; pero parece que tampoco él gozaba de mucha salud. Con muy buenos modos, no dejaron pasar al secretario; el enfermo no se hubiera portado así con él, sino que, halagado por el honor, palabra tras palabra, se habría dejado tal vez llevar más allá de su desnudo teísmo. Pero éstos **[163]** son arcanos de la gracia, que el hombre no puede escudriñar. En cuanto a la entrevista con don Bosco, estamos de acuerdo con un periódico francés, en el que, mientras revisamos las pruebas de imprenta de este capítulo, leemos casualmente que «cada uno se mantuvo en sus posiciones y el moralista laico no sermoneó, el sacerdote conservó su dignidad y el Santo no dobló las rodillas ante el filósofo» [1].

¡Cuántas situaciones anónimas, cuántos casos de conciencia debieron someterse al examen y al juicio de don Bosco durante su estancia en París! ¡Cuántos matrimonios civiles logró legalizar ante la Iglesia y cuántos embrollos de distinto género arregló, especialmente entre personas pertenecientes a las clases más elevadas y más cultas de la sociedad parisiense!

Por el bien de las almas, afirmó él en alguna ocasión, tuve que preocuparme de muchísimos casos, un centenar de los cuales era de tal importancia que habría valido la pena emprender un viaje hasta París para cada uno de ellos.

---

[1] *Revue des Deux Mondes,* 15 de mayo de 1935, pág. 348.

[164]

CAPITULO VI

EN PARIS: VISITAS

LAS tardes estaban destinadas a las audiencias y las horas de la mañana reservadas para las visitas; mas no de un modo absoluto: en muchas ocasiones había que cambiar necesariamente la regla y hacer excepciones. Durante el presente capítulo, nos proponemos seguir paso a paso a nuestro Santo, en sus visitas a iglesias, comunidades y familias, procediendo, en la primera parte, casi con el calendario en la mano y dejando, para el fin, algunas noticias, que, de lo contrario, estorbarían la exposición cronológica de los hechos o que escapan hasta ahora a la investigación exacta de su fecha.

Don Bosco celebró la primera misa en París en las Carmelitas, que tenían el convento, el tercero en la ciudad, en la avenida de Mesina, cerca del palacio donde se hospedaba. Asistieron a ella las Oblatas de la calle Ville l'Evêque, como quedó anotado en el diario de la señorita Bethford. Visitó después y bendijo a la comunidad, a la que manifestó el deseo de vivir en unión de plegarias con aquellas religiosas, las cuales, poco antes de su partida de París, le concedieron, con todas las formalidades, la afiliación espiritual de los Salesianos a su Orden, enviándole el diploma correspondiente [1].

[165] El 21 de abril celebró la misa en las Dominicas de la Cruz, de la calle Charonne. Como asistieron a ella personas que querían hablar con él, empezó a recibirlas. Pasaba el tiempo y don Bosco no se daba por enterado; hasta que don Camilo de Barruel, cerca ya del mediodía, se plantó en el umbral de la puerta para no dejar pasar a ninguno más. Hubo una protesta general, a la que no atendió el secretario; se acercó a don Bosco y le dijo:

—Hay que marchar. Son más de las once, hay que hacer todavía una visita y nos esperan a las doce en Auteuil.

Le Monde, del día trece de mayo, narraba:

«Don Bosco, con su agradable sonrisa, tan amable y delicada, y con su insinuante y dulce acento, contestó:

[1] Véase Apéndice, doc. núm. 30.

»—¡Bien!

»Y después, levantándose un poquito sobre el sillón y haciendo un lento ademán de invitación conmovedora, dijo con bondad a unas señoras que habían quedado allí afligidas:

»—Adelante, señoras.

»Y siguió la audiencia hasta que cada una de ellas recibió una bendición especial, una palabra, un aliento. ¿A qué hora llegaría don Bosco a Auteuil? Dios lo sabe... Pero, si allí dejó de lado la hora, la caridad la elevó hacia la eternidad del cielo. El caritativo sacerdote no despide, no rechaza, no apremia a ninguno de los que acuden a él para aliviar sus penas. Su alma, toda de Dios, pertenece por entero a quien acude a él».

La ruptura de negociaciones respecto a la obra de Auteuil [1] no había enfriado la benevolencia del abate Roussel con don Bosco. Los dos hombres se habían conocido en Roma en 1876 bajo los auspicios de Pío IX. Al pasar delante del abate, el Papa había dicho:

—Este es el don Bosco francés, que he visto ayer.

Siete años más tarde evocaba este recuerdo [2] el abate Roussel, y manifestaba la satisfacción experimentada entonces, al ver a «aquel santo sacerdote», con quien le había puesto en relación el mismo Santo Padre. Era, pues, natural que, habiendo tenido noticia de su llegada a París, deseara **[166]** verle. Don Bosco tuvo la delicada atención de avisarle y comunicarle su inminente visita el sábado 21 de abril por la mañana. Llegó hacia el mediodía, quedóse allí a comer y visitó la casa. Escribía el abate en su mencionado periódico:

«Con él, siempre tan afectuoso, benévolo y amable conversador, hemos podido hablar ampliamente de nuestra obra común».

Habiéndose esparcido mientras tanto por el vecindario la voz de que don Bosco se encontraba en Auteuil, acudieron muchos amigos del abate para verle y manifestarle su simpatía. No ocultó el abate que habría deseado tributarle un recibimiento más solemne, de no habérselo impedido la escasez del tiempo; pero don Bosco dióle a entender claramente al despedirse que tenía pensado volver antes de salir de París.

Las Damas del Sagrado Corazón, cuya casa estaba en el bulevar de los Inválidos, pudieron alcanzar que fuese el día veintidós a celebrar en la amplia capilla de su internado. Fueron tantos los que obtuvieron el gran privilegio de ser admitidos a oír su misa con las educan-

---

[1] Véase vol. XIII, pág. 625 y sigs.

[2] *France illustrée*, 28 de abril de 1883.

das, que la santa comunión duró una hora entera. Visitó después a las religiosas y a las alumnas, recibió a las personas deseosas de consultarle e hizo otras visitas para contentar a cuantos más pudiera de los muchos que le habían pedido aquel favor.

Había prometido ir a mediodía a pasar un par de horas con los Asuncionistas en la calle Francisco I. Esta Congregación, fundada en 1847 en Nîmes por el padre D'Alzon, dirige colegios, organiza peregrinaciones nacionales, atiende Misiones en Oriente, desde los Balcanes hasta el mar Muerto, y sostiene una obra grandiosa para la buena prensa. El padre Bailly, asuncionista, redactaba entonces el *Pèlerin,* periodiquito de gran difusión, que fue el heraldo de don Bosco en Francia; en efecto, desde su primer año de vida, en 1877, describió con entusiasmo las obras del Siervo de Dios, reproduciendo también su bosquejo histórico; y después volvía a hablar de él cada vez que los grupos de peregrinos franceses visitaban, a su regreso de Roma, el santuario de María Auxiliadora, **[167]** el Oratorio y a don Bosco, acompañados las más de las veces por el padre Picard, segundo Superior General. Era, pues, recíproco el deseo de encontrarse juntos, siquiera algunos instantes, en la capital. Decía el *Pèlerin* del día doce de mayo:

«Una de las primeras visitas, que el santo varón hizo al llegar a París, fue al pobre *Pèlerin,* porque él ama a los pobres, y comió con el *Pèlerin,* en el tiempo pascual, como en otro tiempo Nuestro Señor con sus discípulos, y puso aquí las manos sobre algunos enfermos, que ya están mejorando».

Después de hablar de la impresión, que causó en París la presencia de don Bosco, observaba:

«La sensación, que sacude la indiferencia parisiense al paso de un sacerdote, de un religioso, de un santo, a tan breve intervalo de las expulsiones, y que, casi a título de rescate, hace que pongan tesoros en sus manos, es ciertamente un hecho sobrenatural de primer orden, y nosotros creemos que don Bosco, aunque viejo, achacoso, siempre sostenido por un brazo amigo, con la vista casi apagada, sin leer diarios de ninguna clase, trae a Francia nada menos que la solución de la cuestión obrera».

Uno de los enfermos, a los que aludía el *Pèlerin,* era el mismo padre Picard a quien don Bosco prometió rezar por su curación. Curó, en efecto, y vivió todavía veinte años.

Casi no se habló en la mesa más que de cosas salesianas, y todo ello apareció en forma de entrevista en el *Pèlerin* del día doce de mayo. La mayor parte de la conversación versó en torno a los oríge-

nes y desarrollo de la Obra de don Bosco; pero, al final, el razonamiento cayó sobre su método educativo. Alguien expresó la duda de que sus aprendices, al salir del nido y entrar en los talleres o en los cuarteles, correrían el riesgo de caer. Don Bosco contestó:

—Casi todos siguen yendo a confesarse en nuestras casas.

En Turín vienen muchos el sábado por la tarde y el domingo por la mañana. Y es cosa muy sabida, en el ejército italiano, que los procedentes de nuestras escuelas profesionales son cristianos practicantes; en efecto, los llaman los *Bosco.* Los hay en todos los grados de la milicia.

[168] —Pero ¿en qué consiste entonces la formación que se da a estos muchachos?

—La formación consiste en dos cosas: dulzura en todo y la capilla abierta en todo momento, con facilidad para confesarse y comulgar.

—¿Y hay muchas comuniones?

—Muchísimas. Aprendices y estudiantes asisten a misa diariamente, y, lo mismo antes que durante ella, pueden confesarse. Se confiesan muchos y la comunión frecuente es la que después lo hace todo.

—Con todo, habrá castigos.

—No hay ninguna forma especial de represión; es cierto, sin embargo, que a veces se expulsa a alguno de la casa. Pero, en vez de castigos, tenemos la asistencia y los juegos. Las faltas proceden en gran parte de una vigilancia deficiente; vigilando se previene suficientemente el mal y no hay necesidad de reprimir. Cada taller tiene su jefe; hay, además, en una tarima elevada, cerrado con vidriera, un clérigo que se cuida de la conducta, del buen espíritu, de la piedad e indica los que merecen pasar a la sección de estudiantes. Todo recién llegado se confía a uno de los antiguos, que le guía, le encamina, le protege y le aconseja. Tocante a los juegos, hay que tener presente que el muchacho debe estar contento y, para ello, hay que distraerlo con juegos. Para conseguir este resultado no se omite nada; ante todo la música, y después los ejercicios físicos. Cuando el muchacho se cansa de jugar, a menudo acaba por ir a rezar en la capilla, que encuentra siempre abierta.

El articulista concluía con la siguiente observación: «Hemos visto este sistema en acción. En Turín los estudiantes constituyen un numeroso colegio, en el que no se conocen las filas [1], sino que, de un

[1] Era exactamente así; para pasar del patio a otras dependencias se iba por grupos y sin guardar silencio. Hasta 1884 no se introdujeron las filas. Cuando don Bosco se dio cuenta de ello, se disgustó; pero, desde entonces, se siguió el nuevo estilo.

lugar a otro, se va como en familia. Cada grupo rodea a un profesor, sin bulla, sin **[169]** alboroto, sin resistencia. Hemos admirado la cara serena de aquellos muchachos, y tuvimos que exclamar: Aquí está el dedo de Dios».

De la misma visita habló también *Le Monde* del diecisiete de mayo, informando de un detalle delicado, pero instructivo, de aquella conversación de sobremesa. Un asuncionista preguntó a don Bosco, a qué lamentable influencia había que atribuir la falta de perseverancia, que se advertía en la mayoría de los muchachos, tan cristianamente educados por el celo incansable de los Hermanos; pues, en efecto, era conocido que sus alumnos descuidaban en general las prácticas religiosas al llegar a mayores. Don Bosco contestó:

—Este grave inconveniente procede de que, en Francia, los muchachos no tienen suficiente contacto con el sacerdote y, por tanto, no se confiesan con frecuencia. Las almas juveniles necesitan experimentar en el período de su formación los beneficiosos efectos de la dulzura sacerdotal. Viviendo bajo este influjo desde su tierna edad, recuerdan más adelante la paz, que disfrutaban después de las absoluciones sacramentales y, dado el caso que se entreguen a los humanos descarríos, saben acudir siempre en demanda de auxilio a los amigos de su infancia. Esta es la razón por la que en Italia los hijos del pueblo perseveran en general más que en Francia.

Don Bosco había llegado a casa de los asuncionistas en un momento muy oportuno. Estudiaban ellos por entonces el proyecto de publicar un gran diario católico, que pudiese alcanzar la máxima difusión por toda Francia. La atrevida iniciativa no encontraba la aprobación de algunos, por lo que el padre Bailly, que había lanzado la idea, y el superior, padre Picard, titubeaban sin atreverse a decidir. Ahora bien, don Bosco que, en obras de esta índole, era el hombre de la osadía, animó a los Padres a arrostrar la empresa. Preguntó si contaban con dinero y escritores; y, como le contestaran que sí, dijo:

—¡Pues bien, id adelante!

Tan eficaces fueron sus estímulos que el día dieciséis de junio apareció el primer número de **[170]** *La Croix,* que cuenta ya medio siglo de vida vigorosa y fecunda [1].

[1] *La Croix,* día 1.º de diciembre de 1934: «Aún no había nacido *La Croix.* Estaba ya al borde mismo de la vida; no indecisa pero aún ligeramente inquieta. ¿Iba este diario a conocer la suerte de tantos otros? ¿Lo sostendrían los católicos? ¿Tendría, desde sus primeros números, la garra necesaria para conquistar la simpatía del público? Dudas perturbadoras. Una palabra, un gesto del Bienaventurado (don Bosco) las solventó. Había que ir adelante y saltar con atrevimiento a lo desconocido».

Y ya que andamos con el tema de los periódicos, añadiremos que don Bosco quiso dedicar parte de su tiempo parisiense a la familia del que había sido el príncipe de los periodistas católicos y había trabajado y sostenido tantas batallas desde las columnas del *L'Univers* contra todos los enemigos de la Iglesia. Nos referimos a Luis Veuillot, que había fallecido el día siete del último abril. Don Bosco llevó a sus afligidos parientes la palabra del consuelo cristiano. Su visita fue portadora de suave bálsamo especialmente a la hermana Elisa, que había compartido con Luis una vida de fe y laboriosa caridad. Cincuenta años más tarde de aquel día, que no sabemos precisar, su nieto Francisco, que era entonces pequeñín y recibió la bendición del Siervo de Dios, sentía todavía en su frente el tacto de aquella mano *«chargée des grâces divines»* (cargada de gracias divinas) y gozaba anunciando la próxima vuelta de don Bosco a París, ceñido con la aureola de los Santos para tomar posesión de la iglesia, que allí se levanta dedicada a su nombre [1].

La familia de la condesa De Rites tuvo la suerte de oír, el día veintitrés de abril, la misa celebrada por don Bosco en su oratorio privado, en el barrio de San Germán. Le hicieron usar el mismo cáliz, de que se había servido Pío IX el 8 de diciembre de 1855, primer aniversario de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción. Asistióle en el altar el abate Sire de San Sulpicio, cuyo nombre está ligado a un recuerdo monumental del histórico acontecimiento. Fue él quien hizo **[171]** traducir la bula *Ineffabilis* a cuatrocientos idiomas, entre lenguas y dialectos, formando con ellos ciento diez volúmenes, que, encerrados en un precioso cofre, ofreció el día 11 de febrero de 1877 a Pío IX. El magnífico regalo ya había sido admirado por don Bosco en la sala de la Inmaculada Concepción, en el Vaticano, y le resultó muy grato aquel encuentro con quien lo había ideado [2].

Acudieron a la capilla de la noble familia otras cincuenta personas de la aristocracia parisiense. El hijo de la señora de Poulpiquet, exzuavo pontificio, hizo una colecta en el momento del ofertorio, y recogió una bonita cantidad para el celebrante. La mayoría de los presentes comulgó de manos del Santo, que recibió en audiencia a los que habían asistido.

Probablemente corresponde al abate Sire el mérito de haber pro-

---

[1] *La Vie Sociale*, semanario de París, 21 de mayo de 1933. El *Osservatore Cattolico* de Milán en el número del 7-8 de mayo de 1883 publicó un paralelo interesante entre Luis Veuillot y don Bosco (véase Apéndice, doc. núm. 31).

[2] El abate Sire fue, además, uno de los que ayudaron a los secretarios de don Bosco al despacho de la correspondencia.

porcionado a don Bosco la posibilidad de hacer una de las visitas más importantes, por sí misma y por sus efectos, a saber: la visita al famoso seminario de San Sulpicio. Son pocos los seminarios con una historia tan gloriosa como el de San Sulpicio. Dirigido por una asociación de sacerdotes, fundada en París por el venerable Olier en 1642, llegó a ser muy pronto, y se mantuvo hasta nuestros días, vivero fecundo de ilustres y doctos prelados y de eclesiásticos insignes por su piedad y celo en el servicio de la Iglesia. El abate Bieil, Director del mismo y tenaz cumplidor de las tradiciones, se informó hasta el más mínimo detalle sobre las modalidades y honores a rendir en el recibimiento que debería hacer a don Bosco.

—No es obispo, decía, no es prelado... ¿Qué hacer, pues?

El cardenal Guibert le contestó:

—Recibidlo con todos los honores posibles. Nada será demasiado para sus méritos.

Don Bosco fue el día veintitrés de abril por la tarde; pero la espera fue muy larga, y esto causó retraso en la hora de la lectura espiritual, de la cena y del descanso, **[172]** algo absolutamente inaudito en aquel inviolado sagrario de la tradición [1]. Entró con aire de serena modestia, subió a una pequeña tribuna, dirigió a los futuros sacerdotes un discursito, desarrollando el pensamiento contenido en el elogio evangélico de San Juan Bautista: *Erat lucerna ardens et lucens* (era lumbrera que arde y brilla). Les explicó cómo el sacerdote debe vivir una vida ardorosamente interior para poder iluminar en su derredor a los otros, y repitió su aforismo, de que un sacerdote no va solo al paraíso ni al infierno [2]. El abate Clément, Director de la escuela Fénelon, escribía sobre aquel sermoncito de don Bosco [3]:

«Recuerdo especialmente el inflamado ardor de su palabra, sobre todo cuando mostraba la necesidad de la confianza en Dios. Brillaba

---

[1] Y no pasó la cosa sin observaciones. Uno de los dirigentes que no sabía cómo aguantar tamaño desorden, repetía:

—Las comunidades no esperan.

Pero el Director contestaba a éste y a otros:

—Don Bosco es un santo. Se puede también hacer una excepción para él.

Un estudiante gracioso, el señor Thiroux, abogado y seminarista a la sazón, improvisó para matar el tiempo durante la espera, un cuarteto, que corrió por la sala y divirtió a los seminaristas:

Cuentan grandes milagros de don Bosco,
muertos resucitados, mil horóscopos.
Hoy el mayor acaba de hacer:
tu regla, san Sulpicio, cedió ante él.

[2] Véase *Bulletin Salésien,* junio 1931.

[3] Carta a don Agustín Auffray, París, 14 de abril de 1931.

entonces su mirada bajo las arrugas de la frente y se encendía su voz, ya algo cansada y gutural [1]. Cuando bajó de la tribuna, mis compañeros se apretujaron a su alrededor, deseosos de tocarle, de besarle la mano. Estoy viendo todavía a uno que cortaba con las tijeras un trocito, creo yo, de su faja [2] y a otro sacarle y llevarse un pedacito morado de tela arrancado tal vez del forro del sombrero. En medio de aquella aglomeración don Bosco tenía para cada uno una sonrisa, que aún me parece ver **[173]** y se volvía hacia unos y hacia otros con bondad extraordinaria y con la mayor sencillez».

La impresión que dejó en aquellos seminaristas no se borró jamás de su mente y contribuyó mucho a mantener una corriente de simpatía hacia don Bosco, que todavía perdura en el clero francés. Entre los allí presentes estaban futuros personajes como Bourne, cardenal arzobispo de Westminster; De Guébriant, arzobispo de Marcianópolis y superior de los Misioneros de la Rue du Bac; Gibergues, que murió siendo obispo de Valence; Neveux, obispo auxiliar de Reims; Ternier, obispo de Tarantasia; Vigouroux y Mourret, verdaderas lumbreras de las ciencias sagradas, y otros óptimos eclesiásticos. Recordando aquella tarde memorable, escribía el cardenal Bourne:

«Un recuerdo gratísimo de mi corazón, una gracia señalada de mi juventud es haber estado al lado de don Bosco. Era yo estudiante en el seminario de San Sulpicio en París, cuando llegó él a aquella capital. Ya había oído hablar de sus obras admirables y de algunos hechos singulares de su vida. Recuerdo, como si fuera hoy, la trepidante impaciencia con que los seminaristas esperaban la visita de aquel hombre, considerado ya por la opinión pública como un santo. Parecía enfermo, caminaba con vacilación y hablaba, lo recuerdo muy bien, en francés con dificultad e imperfección. Sin embargo, la impresión que nos causó a todos nosotros fue extraordinaria. Aquella vez no tuve oportunidad de hablarle en privado; pero en 1885, al año de mi ordenación, vivamente interesado y atraído por las obras de la Congregación Salesiana, hice una breve visita al Oratorio de Turín y tuve la gran satisfacción de hablar con el Beato y sentarme a su derecha durante una comida, a la que me invitó. En 1887, a petición suya,

---

[1] Hubo un momento en que no le venía la palabra *gamin*, correspondiente a *birichino, monello* (pilluelo, golfillo). Y dijo:

—Tengo que dar de comer a muchos, muchos pequeños... ¿cómo decís vosotros? *¿Moneaux, moneaux?*

Y los seminaristas, creyendo que quería decir *gorriones*, le sugirieron *moineaux*, y él aceptó la corrección. Así lo refiere la carta.

[2] Ya hemos observado que don Bosco vestía a la francesa.

presté mi modesta cooperación a los primeros miembros de la Sociedad enviados por él a Battersea en noviembre de aquel año. Desde entonces he estado siempre en afectuosa e íntima relación con sus hijos, no sólo en Inglaterra, sino dondequiera los encontré **[174]** por el mundo. Don Bosco pasó a recibir la recompensa celestial a principios del 1888, y desde entonces lo he honrado e invocado constantemente como a un santo» [1].

El entusiasmo de los seminaristas de San Sulpicio repercutió en el seminario menor de San Nicolás del Chardonnet, en la calle Pontoise. Tres semanas después, el secretario de don Bosco recibió una carta, escrita en nombre de sus superiores y alumnos, que empezaba así: «La profunda impresión que hemos experimentado, al ver y oír hablar al reverendo padre don Bosco en San Sulpicio, no se ha borrado de nuestra memoria; más aún, quedará grabada en ella largo tiempo como uno de los más hermosos y consoladores recuerdos de nuestra vida. Ahora deseamos vivamente que disfruten de este beneficio también los jóvenes que Dios nos ha confiado y en los que ha puesto el germen de la vocación sacerdotal. Nos parece que esta vocación se consolidaría y se desarrollaría más, si don Bosco tuviese la bondad de venir aquí a dirigirles unas palabras. ¿No es la bendición de un santo una gracia especial de Dios y una prenda de su valiosa protección?» [2].

Invocaban la intervención del secretario y se interpuso, además, en el asunto la señora Mollie [3], celosa cooperadora, que el día dieciséis de mayo habló de ello al Siervo de Dios. Don Bosco que, por los jóvenes, estaba dispuesto a hacer cualquier sacrificio, quiso contentar a aquellos alumnos, tal vez el día veintidós de mayo, al salir de casa de las Hermanas de Sión.

También las Hermanas de la Visitación de otro monasterio de París, en la calle Vaugirard, fueron de las primeras religiosas que lograron alcanzar una misa de don Bosco. **[175]** Fue a celebrar en su monasterio el día veinticuatro de abril. A las siete de la mañana,

---

[1] Véase Apéndice, doc. núm. 33bis.

[2] El Director de San Sulpicio estaba sobre ascuas porque, a pesar de sus intentos, no logró volver a ver a don Bosco para agradecer su visita; por lo cual, a los ocho días, se decidió a escribirle. Le decía: «Su presencia nos ha hecho un gran bien». A la carta unía trescientos veinte francos para sus obras (Apéndice, doc. núm. 32).

[3] El *Univers* del cuatro o cinco de mayo, llevaba este anuncio: «En París, en casa de la señora Mollie, 44 rue Saint-Placide, se encuentra todo lo que se relaciona con la vida y obras de don Bosco: medallas, estampas, novenas de María Auxiliadora, Boletín Salesiano, suscripción a las *Lecturas Católicas* de don Bosco». También en casa Sénislhac se repartían ejemplares del *Bulletin*.

comenzó a llenarse la capilla de personas distinguidas y devotas, que, a pesar de la incomodidad causada por el gentío y la molestia de la larga espera, se mantuvieron allí con edificante recogimiento. Don Bosco no llegó hasta las nueve; las continuas sorpresas le impedían cumplir ningún horario. Caminaba apoyándose en el brazo de don Camilo de Barruel, pasando entre aquel público aristocrático, que con dificultad le dejaba paso. Todas las miradas le seguían con una expresión de reverencia y oración. En la mística quietud de aquella capillita, cuando subió el celebrante al altar, casi se oía cómo latían los corazones de los presentes al compás del suyo, durante el divino sacrificio. Después del evangelio, se volvió hacia la asamblea y, con palabras muy sencillas, mostró a aquella gente rica que no hay más que una verdadera riqueza, el temor de Dios. Y les ofreció un hermoso episodio como ejemplo edificante. Un muchacho de familia acaudalada había sido llevado a Roma por su padre para presentarlo al Pontífice Pío IX. Llegado ante el Vicario de Jesucristo, el buen padre pidió una bendición especial para su hijo Luis, a fin de que Dios lo conservase al afecto de los suyos. El Padre Santo puso su mirada dulce y paternal sobre el jovencito y, después, recogidamente y elevando los ojos al cielo, le dijo:

—Luis, que seas siempre un buen cristiano.

Después, poniéndole la mano sobre el hombro, siguió diciendo con acento grave y recalcando las palabras:

—Luis, que seas rico...

—Beatísimo Padre, interrumpió el señor, nosotros no pedimos bienes de fortuna. Dios nos los ha dado...

Pero el Papa, sin descomponerse, repitió y terminó la frase empezada:

—Luis, que seas rico en la verdadera riqueza; que poseas siempre el temor de Dios.

Los presentes no adivinaron seguramente quiénes eran aquel padre y aquel hijo, en los que nos resulta fácil a nosotros reconocer al conde Colle y a su querido hijo Luis.

Con dificultad pudieron los allí reunidos acercarse a comulgar. Terminada la misa, todos se encaminaron hacia la pequeña sacristía, que pronto quedó atestada y donde los pocos **[176]** que lograron entrar se arrodillaron ante el hombre de Dios, pidiendo la bendición. Otros querían sustituir a los primeros, pero el secretario pidió que le dejaran libre para hacer la acción de gracias. Y le obedecieron, pero todos los que pudieron agolparse allí dentro, de rodillas, formaron un círculo a su alrededor, mientras él oraba, silenciosos y atentos.

«Ver orar a don Bosco, observaba un diario refiriéndose a la misa de la Visitación [1], equivale a sentir cómo el rocío celestial refrigera el corazón».

Después de la acción de gracias aquellos señores fueron desfilando ante él, felices al recibir una bendición, una mirada, una palabra. Por último, proporcionó el consuelo de su visita a la comunidad, ya que el cardenal Guibert le había concedido la facultad de penetrar en la clausura. Pero tuvo que entrar por una puerta secreta, pues, de lo contrario, no habría bastado una hora para atravesar la capilla. Hizo a las religiosas reunidas una exhortación sobre la fidelidad a la Regla; después, le fue presentada la antigua superiora, madre María Kotzka Le Pan De Ligny, que ya pasaba de los setenta años y estaba aquejada de graves dolencias. Las Hermanas, que la querían mucho, pidieron a don Bosco que prolongase su vida. Ante una petición tan ingenua sonrió y, recogiéndose un instante en sí mismo, contestó:

—Madre, ciertamente no es su deseo permanecer todavía mucho tiempo en esta tierra; sin embargo, tendrá que vivir todavía algún tiempo aquí abajo y partirá cuando sus hijas le den licencia para irse.

—¡Oh!, dijeron las religiosas; nuestra madre nos verá a todas nosotras partir hacia la eternidad; porque nunca le daremos permiso para morir.

Y, sin embargo, nueve años después tuvieron que dárselo.

Los sufrimientos de la Madre aumentaron tanto, que su vida no era más que sufrir; por lo cual, no resistiendo ya el corazón de las hijas a la vista de tan prolongado martirio, pidieron al Señor **[177]** que tuviese a bien llevársela, y el Señor escuchó su oración [2].

Pasó después a visitar a las alumnas del colegio anejo al monasterio. Al ver a aquellas buenas jóvenes, el Siervo de Dios, dice la religiosa de la Visitación que nos ha transmitido estas noticias, se puso en seguida muy alegre. Las exhortó al cumplimiento de los deberes cristianos, comenzando su discursito con este preámbulo:

—Recordad, hijitas mías, que hay un solo Dios, que hay un solo paraíso en el cielo, que hay una sola vida en esta tierra y que hay una sola alma.

El secretario apresuró la salida, porque un gran número de sanos y enfermos alborotaban afuera y parecía que querían derribar las puertas.

---

[1] *Le Monde*, 17 de mayo de 1883.

[2] El hecho es referido también en un opúsculo anónimo titulado: *Abrégé de la Vie et des Vertus de la Vénérable Mère Marie Kotzka le Pan De Ligny, Supérieure du second Monastère de la Visitation à Pais.* Editado por el Convento.

Todavía está vivo en aquella casa el recuerdo de don Bosco. Poco tiempo después, hubo una exalumna, que entró como novicia de la Orden en Turín, Cecilia Roussel, y adquirió e hizo que él le bendijera una estatua de María Auxiliadora que envió al convento donde las religiosas y las alumnas internas todavía la honran hoy día con redoblada oración.

Una persona distinguida, que merecía y obtuvo al día siguiente el honor de una visita, fue el vizconde de Damas que, con cristiano valor y santa perseverancia, dedicó su vida a la noble misión de reavivar en el pueblo francés la fe mediante las peregrinaciones piadosas. Envió su coche a la avenida de Mesina y condujo a palacio a don Bosco el día veinticinco de abril, a eso de las ocho y media de la mañana. El señor recibió, con gran reverencia, al pie de la escalera de honor que daba al patio, al venerado huésped que, sostenido por su brazo, subió lentamente los peldaños y, en la terracita que se extendía delante del atrio, recibió el homenaje de toda la familia, intercambiáronse unos cordiales palabras de saludo y fue acompañado al oratorio privado, donde todos los de la casa y poquísimos íntimos más se situaron tras él, durante su preparación para la celebración de la misa.

[178] «Es imposible, dice *Le Monde* del diecinueve de junio, describir la paz profunda, el celestial recogimiento de la ilustre y noble familia, cuando el venerando sacerdote, revestido de los ornamentos sagrados, se acercó al altar y su bendita voz hizo oír preces perpetuamente elevadas por la Iglesia a la Majestad del Eterno».

El santo Sacrificio se celebró en medio del más religioso silencio. Casi todos los presentes recibieron de sus manos el pan eucarístico.

Cuando acabó la acción de gracias, le acompañaron a la sala, donde un grupo de niños le ofreció una agradable bienvenida. Con su amabilidad se ganó enseguida su confianza. Dijo a todos unas palabras a propósito, los bendijo y se entretuvo un ratito con los mayores. El diario mencionado escribía:

«Hay que haber asistido a semejantes reuniones con don Bosco para hacerse idea de la paz, del respeto y de la dignidad que en ellas reina. La palabra moderada y agradable del amable sacerdote, con el dulcísimo encanto que la presta su acento italiano, la modestia y acierto de sus pensamientos, todo, en fin, exhala un perfume de sobrehumana grandeza que arrebata a cuantos le escuchan».

Después de recibir de rodillas la bendición, lo invitaron a un almuerzo íntimo; luego se puso el Vizconde a las órdenes del amado huésped, hízole subir al coche y estuvo a su lado, mientras don Bosco visitó a enfermos necesitados de sus consuelos espirituales.

Aquel día llevó su bendición a una santa enferma: a la madre María de Jesús, fundadora de las Hermanitas de la Asunción, que se dedican a asistir a domicilio a los enfermos pobres. Las señoras amigas de la casa pusieron en juego su influencia para favorecer a la comunidad con tan preciosa visita. La Congregación, fundada en 1842 en Saint-Servan de Bretaña, se trasplantó, siete años después, a París y, en 1870, estableció la casa madre en Grenelle, suburbio de la capital. Allá fue don Bosco, muy dichoso por bendecir una obra que se dedicaba exclusivamente a los pobres. Escuchó con benévolo interés los informes que le dieron sobre la misión **[179]** que ejercen las Hermanas y prometió rezar por su desarrollo. La Madre, que se encontraba muy mal, quiso estar presente. Asistía también el padre asuncionista Pernet, que había dado al Instituto forma definitiva y seguía gobernando su espíritu. Díjole éste a don Bosco:

—Padre, rece muy especialmente por esta querida Madre, a fin de que el Señor le devuelva la salud y tengamos la suerte de conservarla todavía para bien de toda la familia.

—Rezaré según vuestras intenciones, contestó sonriendo, y pediré para que esta buena Madre viva tanto como Matusalén, esto es *novecientos sesenta y nueve años.*

—¡Padre!, exclamó asustada la Madre.

—Bueno, dijo don Bosco entre burlas y veras: *quitemos la primera cifra;* y, si luego quitamos todavía unos años, nos quedarán *cincuenta y nueve.*

—¡Pero, Padre!, replicó sorprendida la Madre.

—Acepte, acepte.

—Acepto, contestó ella.

—Por mi cuenta, le pide una sola cosa: que rece para que don Bosco salve su alma.

—Y que viva tantos años como yo, añadió la otra.

—Ah, si yo viviese lo que Matusalén volvería el mundo del revés... Pero si usted, Madre, viviese tanto como aquel Patriarca, ¡qué progreso vería en su familia! Y, después en el paraíso, sus hijas le harán una magnífica corona con todas las almas. Y yo, volviendo a verla en el paraíso con toda su familia, pediré al Señor que me ponga un poco lejos con la mía, en otro rincón del cielo, pues, con todos mis pilluelos tan alborotadores, molestaríamos su paz y tranquilidad...

Ya a punto de retirarse, bendijo don Bosco a la comunidad y dijo:

—Buenas Hermanas, pediré para todas vosotras piedad, fervor, y perseverancia en la práctica exacta de la regla.

No dijo adiós al partir, porque dejó la esperanza de que, a su

regreso de Lille, adonde iba a ir, volvería de nuevo **[180]** a Grenelle y con mucho gusto celebraría también allí la santa misa.

El dialoguito, que acabamos de referir, pareció a la mayor parte de las Hermanas una simple broma; pero no a todas y, especialmente, a la Madre. Poco después, recibía don Bosco a la baronesa Reille, la cual le preguntó si había esperanza de curación para la fundadora. El se guardó mucho de quitar toda esperanza; en efecto, contestó:

—Sí, pero recen... Desde el primero de mayo hasta el treinta de junio recen cada días tres *salves,* tres *padrenuestros* y tres *avemarías.*

Don Bosco volvió realmente a Grenelle el veinte de mayo [1] y celebró allí la misa. Fue a buscarle en coche el padre Pernet, desde el palacio de la señora de Saint-Seine hasta la avenida Saint-Germain, y así pudo estar con él una media hora a solas durante el trayecto. Pero, como le viera rendido por el cansancio, no se atrevía a hablarle. Sin embargo, animado por la confianza que le inspiraba el Santo, le expuso la naturaleza de la obra, el cometido de la Hermanita y su finalidad. Don Bosco escuchaba sin pestañear. Cuando acabó su exposición, preguntóle el padre Pernet:

—Dígame, Padre, ¿qué piensa de nuestra obra? ¿Viene de Dios?

Recogióse el Santo un instante y luego le contestó con acento de firme convicción:

—Sí, esta obra viene de Dios... Hará mucho bien en la Iglesia. Seguid.

El padre Pernet se sintió tan consolado y tranquilizado que no le hizo más preguntas, aunque había determinado de antemano preguntarle algunas cosas que le interesaban personalmente, pero se contuvo por miedo a cansarlo demasiado.

La misa, fijada para las ocho, empezó a las nueve. La Madre que ya no podía dejar la cama, se hizo trasladar en brazos a la capilla y se la acomodó tendida detrás del altar, único sitio libre **[181]** de la gente que, desde las seis y media, había invadido el convento. Asistían muchos enfermos y hubo muchas comuniones. Como la Madre no podía prolongar por más tiempo el ayuno, don Bosco le dio la comunión antes del santo sacrificio. Después de la misa, rogóle el padre Pernet

---

[1] En la *Vida* en dos volúmenes, se lee en la pág. 555 del segundo: «15 de mayo», pero es una equivocación. Don Bosco volvió de Lille el 16. Sor Manuela María escribía, acerca de don Bosco, el 19 de mayo a todas las casas: «Lo esperamos mañana; vendrá a celebrar al misa en nuestra capilla». Véase *La Mère Marie de Jésus,* París, Maison de la Bonne Presse, 1909, pág. 313. Los detalles referidos están sacados de esta obra, págs. 309-316.

que le diera una bendición especial. Rezó con ella el *avemaría,* la *salve* y después el *oremus;* por último, dijo:

—Le deseo salud y santidad. Su vida es la cruz y el sufrimiento... Confórmese únicamente con la voluntad de Dios.

Las hermanas tuvieron que ceder a los forasteros el turno para las audiencias, que duraron hasta después del mediodía. Presentáronse, entre otros, dos campesinas del departamento de la Vandée que habían recorrido más de doscientos cincuenta kilómetros para ver a don Bosco y hablarle. Llegaron a París el día anterior por la tarde y fueron al secretario del Santo, que las envió a Grenelle. Allí estuvieron, desde las seis de la mañana hasta las tres de la tarde, sin probar alimento ni bebida. Fueron introducidas a las tres y salieron radiantes de alegría.

Don Bosco comió allí al mediodía en compañía de don Miguel Rúa, los secretarios, el padre Picard, el abate Le Rebours, párroco de la Madeleine, un Vicario General de Su Eminencia y otros [1]. Debía estar muy cansado, porque, en el momento culminante de la comida, se durmió. Entonces el padre Picard indicó a los comensales que callaran para no despertarlo.

Despertó enseguida y, cuando terminó el almuerzo, el Siervo de Dios visitó a la Madre en su habitación. El padre Pernet se echó a sus pies suplicándole que obtuviera la curación de la enferma. Don Bosco se entretuvo diez minutos a su cabecera y le dijo:

—Es usted demasiado útil a su Congregación para irse ahora al paraíso.

Y dijo al Padre:

—Rece, haga rezar hasta el día dieciséis de julio, fiesta del Carmen. Yo también rezaré y haré rezar a mis Salesianos y a mis muchachos.

Acompañaron después a don Bosco hasta la enfermería para bendecir a las hermanas enfermas. Al despedirse, pidiéronle que diese una última bendición **[182]** a la comunidad. Escribe la Hermana Manuela María:

«Tenía su rostro una expresión particular; parecía iluminada por una luz sobrenatural. Nos habló de los consuelos de aquel día y añadió unas palabras sobre la comunión frecuente, en la que se encuentra luz, fuerza y santidad. Después nos dio su bendición. Al salir, lo mismo que por la mañana al entrar, era difícil protegerle del gentío, que quería acercársele y tocar sus vestidos».

El padre Picard se quedó y, al ver a las Hermanas tan impresiona-

[1] Véase Apéndice, doc. núm. 33.

das, les contó muchas cosas sobre don Bosco, y, entre otras, un episodio sucedido aquella misma mañana. Cuando don Bosco llegó, parecía que no veía nada en absoluto, pero, de improviso, volviendo la mirada a un joven de aire distinguido en medio de la muchedumbre apiñada y a quien nunca había visto, hízole señas para que se le acercase y le preguntó:

—¿Qué hace usted en París?

—Estudio derecho en la Universidad Católica, respondió.

—Permítame ver ese libro.

Era un devocionario para la misa. Dióle don Bosco un fuerte apretón de manos y le dijo:

—Pronto será uno de los nuestros.

Después de la misa, volvió a verlo en el coro, invitóle a seguirle y le repitió:

—Le aguardo pronto en Turín.

Se supo después que era hijo de una de las llamadas *Damas servidoras de los pobres,* asociación de señoras, que dedicaban algunas horas del día a ayudar a las Hermanitas en la asistencia de los enfermos pobres a domicilio. Su madre había pedido y obtenido el permiso para que la acompañara a la misa de don Bosco; jamás habría previsto lo que sucedió, mas como era muy piadosa no puso la mayor dificultad.

Otros dos episodios nos atestigua la misma que fue la protagonista. Una joven de dieciocho años deseaba hacerse religiosa, pero no sabía decidirse a elegir la Congregación. Pensando que don Bosco la podría aconsejar, logró por medio del padre Bailly, su confesor, una audiencia para el veinticinco de abril y en ella le expuso sus dudas. **[183]** El padre Bailly se inclinaba por las Hermanitas, pero a ella no le agradaban o, según su expresión, le parecían muy poca cosa. Estaban las Hijas de la Caridad, pero sentía cierta aversión hacia ellas, porque se las habían pintado como disciplinadas a lo militar, sin vida de familia, con superioras poco accesibles. Don Bosco oyó estas consideraciones, estuvo pensando un ratito y, después, le dijo sin titubear:

—Hágase hermana de San Vicente.

Unos años después la joven siguió su consejo y, con el nombre de Sor Isabel, es religiosa de ese Instituto desde hace cuarenta y cinco años.

Animada por tan buena acogida, quiso hacer el veinte de mayo un nuevo intento. Tenía ella una amiga de su edad, sordomuda de nacimiento. ¿No podría don Bosco curarla? Volvió a las Asuncionistas con algunas compañeras el día de la segunda visita llevando consigo

a la desdichada amiga y logró llegar hasta el Santo y presentársela, suplicando que le obtuviera el oído y el habla. Don Bosco escuchó con benevolencia, reflexionó un ratito y, después, sugirió la consabida novena a María Auxiliadora. Pues bien, se aproximaba la novena a su término cuando, de repente, un día la sordomuda empezó a repetir los sonidos, que se producían a su alrededor: ya oía. Y no tardó mucho en lanzarse a hablar, ayudada por las amigas.

Habiendo preguntado a sor Isabel qué impresión causaba la visión de don Bosco, contestó:

—Impresión de bondad paternal. Era de todos y para todos, aunque ya estaba delicado de salud y apenas se mantenía en pie. Cuando se le hacía una pregunta, callaba un momento antes de contestar, como si esperase de lo alto el consejo que se esperaba de sus labios.

Como ya se dijo, no quiso el Santo dejar desconsolada a la Comunidad; pero estaba aquel día en Grenelle un señor amigo de las Hermanas, el cual, encontrándose un momento a solas con él, le suplicó que pidiese a Dios **[184]** la curación de la Madre; cerró el Santo los ojos y, haciendo con la cabeza un gesto negativo, respondió claramente:

—No. La obra es de Dios y subsistirá sin ella.

La madre María de Jesús voló al cielo el día dieciocho de septiembre. Había nacido el 7 de noviembre de 1824; le faltaba, por tanto, poco más de mes y medio para cumplir los *cincuenta y nueve años.*

Volvemos a seguir el hilo por orden cronológico. El jueves, 26 de abril, celebró don Bosco la misa en el orfanato de la Presentación, fundado por el canónigo Pelgé, en Passy, suburbio de París, en la calle Nicolò. Asistióle en el altar el mismo fundador de la casa. En la capillita, toda ella blanca y dorada, había un enjambre de niñas de tres a cuatro años que ocupaba el espacio próximo al celebrante; venían después las mayorcitas, que interpretaron cánticos angelicales. Hubo muchas comuniones. Acabadas las numerosas audiencias, encontró don Bosco el patio atestado de gente, que esperaba su paso, para presentarle enfermos y pedirle la bendición.

El 27 celebró la misa en las Damas del Retiro o del Cenáculo, en la calle La Chaise. A las siete, empezó a llegar gente para asistir a ella; como eran todas personas distinguidas, escribían su nombre en un registro antes de entrar. En el coro se colocó la familia De Cessac, por cuya intención iba a ofrecer don Bosco el santo sacrificio. Cuando se llenó la capilla, resignáronse a quedarse en el amplio locutorio los que iban llegando: entre unos y otros pudiéronse acomodar unos cuatrocientos señores y señoras. Había entre los presentes enfermos de toda

clase. El Santo llegó a las ocho y media y, poco después, subió al altar. Leído el Evangelio, habló de su Obra. Distribuyó la comunión a muchos, con el mayor orden y recogimiento, a pesar del agolpamiento. El padre predicador de los ejercicios [1], al ver tanta gente y creyendo imposible hacer su sermón, optó por marcharse.

Al acabarse la misa, renovóse el espectáculo evangélico **[185]** de las masas suplicantes, que se agolpaban alrededor del Redentor para tocar sus vestidos, pedir la bendición, obtener una gracia. Muchos lograron llegar hasta él; pero todos, no. Parecía que las preferencias de don Bosco eran para los enfermos y para los jóvenes, a los que bendecía con particular atención. A eso del mediodía, los sacerdotes, que nunca se separaron de su lado, lo libraron del agolpamiento y lo llevaron hasta donde estaban esperándole las religiosas reunidas. Allí se sentó en medio de ellas unos minutos; ¡verdaderamente lo necesitaba! Díjoles unas palabras, las bendijo y entregó a cada una la consabida medalla. Desde el umbral de la puerta invocó una vez más sobre la comunidad la bendición de María Santísima.

Se lee en la crónica de la casa:

«Nos dejó, a eso de la una, muy edificadas por su humildad, su calma y su paz en medio de la muchedumbre, que lo rodea y sigue por todas partes. Se tiene la impresión de que vive en un mundo superior y que aquí en la tierra se perciben solamente los rayos de su caridad».

El mismo día visitó a las Damas del Calvario, que tenían en la calle De Lourmel un asilo para los que padecen de *lupus,* enfermedad de la piel o de las mucosas, producida por tubérculos que ulceran y destruyen las partes atacadas. Estas damas son viudas seglares, asociadas libremente, sin votos ni hábito particular, y viven en el seno de sus familias. De todos los puntos de París acudían las asociadas al asilo para prestar a los enfermos sus caritativos servicios. Con su visita quiso don Bosco honrar la virtud de las generosas enfermeras.

El día veintiocho, celebró la misa y dio una conferencia en la Virgen de las Victorias: hablaremos de ello en el capítulo siguiente.

Una iglesia de París que atraía a don Bosco más que las otras, era la de Santo Tomás de Villanueva. Mientras rezaba fervorosamente ante una imagen de la Virgen, que aún se venera allí hoy día, el joven estudiante Francisco de Sales habíase sentido como por ensalmo libre de la pesadilla de la tentación, que lo impulsaba a desesperar de su

[1] Véase más arriba, pág. 62.

eterna **[186]** salvación [1]. Una prueba de que lo llevó allá el recuerdo de nuestro santo Patrono, está en los dos renglones, que escribió bajo su propio nombre en el registro de las misas: *Sacerdote Juan Bosco, Superior de la Pía Sociedad Salesiana, encomienda a san Francisco de Sales todas sus obras, de las que él es patrono.*

Celebró en aquella iglesia el domingo veintinueve de abril. Mucho antes de las ocho ya no había un espacio libre en el templo. Don Bosco dirigió unas palabras a los fieles en torno a los méritos de la caridad y al fin de sus propias obras. Cuando salía, dos rapazuelos, que se habían metido dentro y habían luchado con pies y manos para avanzar entre la gente, aparecieron ante él y estuvieron allí un minuto contemplándolo sonrientes; después, a una señal del Santo, se agarraron uno a su mano derecha y otro a la izquierda, sin dejar de mirarlo y sonriendo al oír sus palabritas, mientras él avanzaba lentamente sin soltarse de aquellos apretones, sino dejándolos dueños de sus manos. Entretanto escuchaba y contestaba a cuanto le decían los que le rodeaban y los dos chavales no se separaron de él hasta que llegaron los padres. La graciosa escena llamó la atención y fue comentada por los diarios.

La iglesia de Santo Tomás de Villanueva se encontraba cerca de una comunidad religiosa que llevaba el nombre del Santo español. Don Bosco fue a hacerles una visita antes de partir. Vive todavía en la comunidad el recuerdo de dos visiones de conciencias. Se encontró con la Maestra de las Novicias y le dijo:

—No pida ser substituida.

En efecto, aquella religiosa calculaba precisamente cómo librarse de aquel cargo; pero no había dicho una palabra de ello a nadie. Y después cuando estuvo delante de todas las Hermanas reunidas, dijo de improviso:

—¡Pero aquí falta una hermana!

Y así era; había una **[187]** fuera, atendiendo a los forasteros, a la que precisamente tenía algo que decir el Santo, y se lo dijo apenas la vio.

—Usted tiene grandes angustias interiores; pero no se asuste por ellas ni las tome en mal sentido; son una prueba que Dios permite.

---

[1] La imagen es llamada popularmente la *Virgen Negra* por su color, pero su verdadero título es *Nuestra Señora de la Liberación.* Ante ella, había hecho el joven Francisco de Sales su primer voto de castidad. Entonces se veneraba la estatua en la iglesia de San Esteban des Grès en el barrio de los estudiantes, en la calle San Jaime. Salvada, por la actuación de personas piadosas, durante la revolución, fue confiada en 1806 a las Hermanas de Santo Tomás de Villanueva, en la calle Sèvres.

Era una hermana de carácter jovial y alegre de la que nadie hubiera sospechado jamás las espinas que escondía en lo íntimo del corazón.

Al llegar a la plaza, estaba tan abarrotada de coches que no era posible cruzarla. Un carruaje le llevó a la plaza de San Sulpicio; pero esta vez se dirigió hacia la parroquia. Hay al lado de ésta una iglesia que tiene su historia. Está dedicada a la Asunción y se llama iglesia de los Alemanes, porque en ella se juntaban, durante los siglos diecisiete y dieciocho, para las funciones dominicales las numerosas criadas de aquel barrio aristócrata, procedentes en su mayoría de la Suiza alemana. Había rezado en ella el Papa Pío VII en 1804, cuando fue a París para coronar el emperador Napoleón. En ella había abierto monseñor Frayssinous, a principios de siglo después de la revolución, el primer curso de conferencias apologéticas sobre los puntos fundamentales de la fe cristiana, conferencias que más tarde hicieron concebir el propósito de ampliar el campo de esta clase de enseñanza religiosa, trasladándolas al principal púlpito parisiense en la catedral de Notre Dame durante la cuaresma; famosas conferencias todavía en vigor. Más adelante se había introducido en la histórica iglesia otra obra, que florecía todavía durante la visita de don Bosco: eran los catecismos de perseverancia para señoritas de la alta sociedad. Se ocupaban de ello los vecinos seminaristas de los cursos superiores.

La visita estaba anunciada para las diez y media; pero don Bosco se hizo aguardar una hora. Para ocupar el tiempo, el abate Sire, que llevaba la dirección de la obra, leyó algunos pasajes atrayentes de la vida del Santo en la biografía del doctor D'Espiney, como por ejemplo la historia del Gris, el episodio del manicomio, su manera de comenzar y sostener las fundaciones y algunos milagros **[188]** obrados por él. La lectura despertó en los presentes un verdadero frenesí por ver a don Bosco.

Se habían añadido muchas otras personas a las que acudían a la catequesis; se apiñaban hasta en los últimos rincones y ocupaban incluso la escalerilla del púlpito. El ruido de un coche, que se paró ante la puerta de la iglesia, electrizó a la gente. Acababan de entonar una canción, pero todos enmudecieron al instante. «Se percibe a los santos desde lejos, escribe una cronista a la que nosotros seguimos [1]; aún no había entrado don Bosco y ya se tenía la sensación de la presencia de un ser extraordinario».

[1] Una monja redentorista del convento de Landser, en Alsacia, que era entonces de las asiduas asistentes a la catequesis. Ella nos ha facilitado una copia de esta parte de su diario (20 de abril y 1.º de mayo).

El director le presentó a las alumnas, manifestando su satisfacción al recibirlo en aquella iglesia, visitada por tantos ilustres personajes y hasta por el Papa Pío VII. Don Bosco respondió con pocas palabras y con la lentitud de quien traduce su pensamiento a una lengua diversa de la propia, y, además, como nota la cronista, con el acento propio de los italianos [1]. Se oía su voz aquella mañana bastante bien.

—No soy más que un pobre sacerdote, dijo. Estoy muy contento al verme en esta iglesia de San Sulpicio, donde siempre reina la fidelidad a todas las tradiciones de la fe y piedad cristiana; me alegro también al saber que el Papa Pío VII, de tan augusta memoria, vino a visitarla. Este recuerdo me encanta, porque Pío VII es salesianísimo por excelencia. Deseo que conservéis siempre la fe que tanto os anima, y que perseveréis en la fidelidad a la Iglesia Católica. Es un augurio no sólo para vosotros, sino también para vuestros parientes y amigos, para que todos podáis formar un solo corazón y una sola alma, según la palabra del Señor. Os auguro especialmente **[189]** que guardéis siempre la verdadera riqueza, la única riqueza, la riqueza de las riquezas [2], la pura riqueza deseable y que debe adquirirse y guardarse por todos los medios posibles, el temor de Dios, sin el cual no se disfruta de la amistad de Dios, pero con el cual gozaréis de su amistad, aquí en el tiempo, para seguir luego gozándola en la eternidad. Y ahora, si guardáis en el bolsillo medallas, rosarios, crucifijos u otros objetos devotos, basta que los tengáis en la mano para que, en virtud de una especial concesión pontificia, queden indulgenciados cuando os dé la bendición.

Don Bosco llamaba salesianísimo a Pío VII, porque este Pontífice había introducido en la Iglesia el culto de María Auxiliadora. Dio después una bendición especial a los niños que le presentaron las madres.

La muchedumbre, embargada de reverencia, no se movió hasta que él desapareció. La cronista lo describe así: «Don Bosco tiene todavía el cabello negro. Es de estatura ordinaria. Va algo encorvado y tiene la cara larga y enjuta. Camina muy despacio, porque los trabajos han mermado mucho sus fuerzas; además, ve muy poco. ¡Cuánto bien hace el contacto de un Santo! Después de la visita de don Bosco, me parecía sentirme transformada».

---

[1] El ya mencionado historiador abate Mourret, que estuvo presente, escribe en una carta suya a don Agustín Auffray (París, 4 de mayo de 1931) que don Bosco silabeaba las palabras *en un francés algo vacilante y con un dulce acento italiano.* Una acta de la reunión reproduce, aunque algo retocado, el discursito del Santo. (Apéndice, doc. núm. 34).

[2] Aquí la cronista señala la pronunciación y pone entre paréntesis *ricesse* («richedse»).

Al mediodía acudió a la invitación de la condesa Grocheslska, en la calle Prony. ¡La buena señora había deseado tanto aquella suerte! Ya había escrito al secretario el veinticuatro de abril:

«Será para nosotros uno de los más hermosos de nuestra vida el día en que recibamos bajo nuestro techo a un huésped tan eminente como don Bosco. Rezamos para que no suceda nada que nos prive de tanto honor; hemos tomado ya las medidas para que nos sirvan la carne más delicada y tierna que pueda haber».

Debemos a esta princesa una noticia que ella llevó a Polonia y fue recogida por personas dignas de fe. Una nobilísima señorita francesa vivía con grandes angustias de **[190]** espíritu, pues le parecía sentirse llamada al estado religioso, pero no conseguía distinguir claramente si era o no la voz de Dios. Quiso pedir consejo a don Bosco. Hacía unas horas que esperaba para ser recibida, cuando salió él de su dependencia y entró en la antesala: no la había oído, se paró ante ella, la miró y, sin dejarle abrir la boca, le dijo:

—No, no; usted no será monja; se casará con un noble polaco y tendrá muchos hijos.

Así fue: tuvo doce.

De la conferencia vespertina y de la misa del día treinta siguiente, en la Madeleine, hablaremos en otro capítulo; ahora vamos a tratar del día primero de mayo. Aquel día visitó a las Benedictinas del Santísimo Sacramento, llamadas del Templo, en la calle Monsieur [1].

Tan pronto como aquellas religiosas supieron que don Bosco había llegado a París, un ardiente deseo de verlo y todo lo que oían contar de él, acrecentaba cada día más sus ansias.

¿Pero cómo llegar a obtener una visita suya? No conocían a nadie en París que las pudiese ayudar; pero sí al doctor D'Espiney, de Niza, y a él acudieron. El doctor escribió dos cartas a la condesa de Combaud; la Superiora escribió repetidas veces a don Bosco e hizo que le hablase también de ellas un benedictino; la ahijada de D'Espiney, que vivía en París, no ahorró esfuerzos para lograrlo [2]. Pero no se conseguía nada, porque don Camilo de Barruel, con el propósito de disminuir a don Bosco molestias y trabajos, se oponía resueltamente. Así se llegó al día primero de mayo cuando el padre De Barruel tuvo que suspender momentáneamente su servicio en la antecámara por estar indispuesto, y le sustituyó su ayudante voluntario, un religioso de la

[1] Existe una relación de la Superiora, fechada el 3 de octubre de 1890.

[2] Véase Apéndice, doc. núm. 35.

casa de Nazaret que solía ser más flexible. Enteróse de ello la ahijada del Doctor, aprovechó la ocasión y tuvo suerte, porque el substituto le prometió llevar a don Bosco a las Benedictinas. En efecto, hizo tan bien su papel que don Bosco mismo, habiendo encontrado a la señorita **[191]** cuando estaba en casa de los Lazaristas para dar la conferencia, le dijo:

—Esta tarde, al salir de aquí, iré a visitar a una enferma y después iré a las Benedictinas.

En cuanto llegó la noticia a conocimiento del público, comenzó en seguida la invasión de la casa, de tal modo que, a duras penas, pudieron las monjas salvar la clausura. Estuvieron esperando a don Bosco desde las cuatro hasta las siete y después, perdida toda esperanza, fueron al refectorio a la cena, retrasada ya una hora; pero no pasó un cuarto de hora, cuando corrieron a anunciarles la supirada llegada. Circunstancias imprevistas habían entretenido tanto tiempo a don Bosco que éste determinó renunciar a aquella visita, tanto más cuanto que don Camilo de Barruel había vuelto a ocupar su puesto y se esperaba al Siervo de Dios a las siete para cenar con la noble familia De Fougerais, en la avenida Villars. El padre De Barruel ordenó, pues, al cochero:

—Avenida Villars.

Pero su ayudante, que también había acompañado a don Bosco recordando su promesa, dijo al cochero en voz baja:

—Calle Monsieur, número veinte.

Esta fue la orden que ejecutó el cochero. Don Bosco, convencido de que iban a la avenida Villars, se extrañó cuando, entrado el coche en el patio, vio salir a su encuentro sólo religiosas.

—¿Dónde estoy?, preguntó.

—En el convento de las Benedictinas.

—¡Las Benedictinas!...

Después, como si nada hubiese ocurrido, siguió diciendo:

—Me han hablado de ellas; aquí me tienen.

Don Camilo de Barruel, contrariado, dijo a la Superiora:

—A las siete debía estar en casa de los De Fougerais. Llévenos aprisa adonde está reunida la comunidad. Dará la bendición desde la puerta y marcharemos a escape.

Y, al entrar en la sala, recomendaba a don Bosco que las bendijese desde allí mismo y volviera atrás. Pero don Bosco, al contemplar a la comunidad reunida, volvióse a él sonriendo y le contestó:

—Bien, bien.

Y sin más, fue a sentarse en el sillón preparado para él. Una de las

madres pidióle el sombrero que llevaba en las manos para colgarlo en el perchero y él le recomendó:

—¡Cuidado, y no me lo cambie!

Tomó entonces el buen Padre la palabra y dijo para empezar **[192]** que le parecía estar con las Hijas de María Auxiliadora, cuyo hábito se parecía al suyo. Habló después de la devoción a la Santísima Virgen y al Sagrado Corazón. Cuando acabó el fervoroso discursito, que duró casi un cuarto de hora, dijo en tono impresionante y haciendo con el dedo de la mano un gesto expresivo:

—*Vuestra* Congregación, *vuestra* comunidad, ésta, *esta* comunidad de aquí, crecerá y será el consuelo del Señor y la alegría de los ángeles. ¡Esta, esta comunidad de aquí!

Y, al pronunciar estas palabras, apuntaba con el índice hacia el pavimento y acentuaba la frase: *cette communité ici,* como él se expresaba, *cette maison ici.* Para bien comprender la fuerza de su frase, es preciso saber que, poco antes, le habían preguntado acerca de la suerte de una rama de aquella familia benedictina trasplantada a Lourdes. Al recalcar la repetida palabra *ici,* mostraba que nada tenía que decir sobre la otra comunidad. La actual superiora está convencida del cumplimiento de esta promesa o profecía; en efecto, aún hoy día la casa alberga más de cien religiosas y, desde hace ya treinta años, es en pleno París un foco de fe para muchas almas extraviadas y de piedad para muchas otras deseosas de llevar una vida devota en medio de la alta sociedad. A la familia de Lourdes no le tocó la misma suerte.

Le rogó la Superiora que bendijera a las enfermas, a lo que accedió con bondad. Durante aquella bendición pareció a las monjas que su rostro se transfiguró. Bendijo también muchas medallas preparadas expresamente. Una joven profesa, que padecía molestias y dolorosa hinchazón en las piernas a manera de pústulas, pidió en su corazón con fe la curación por los méritos de don Bosco. Su esperanza no quedó defraudada; puesto que, al quitarle las vendas que la cubrían, habían desaparecido todas las pústulas y ya no le volvieron más, aunque el médico afirmaba que le volverían cada invierno.

A punto de despedirse de la comunidad, penetró una mujer en la clausura, se echó a sus pies, y comenzó a hablar sin parar. Por fin, díjole don Bosco:

—Tome usted, déle **[193]** esta medalla y curará.

Fueron las únicas palabras que oyó la Superiora, que estaba atendiendo a otra cosa; aprovechando la ocasión le había cortado un trocito de la sotana; y después rogóle con desenvoltura le diese también a ella una medalla, y le dio tres.

La Madre le presentó después a las alumnas del colegito, sostenido por la comunidad, y especialmente a una sobrina del doctor D'Espiney, Gabriela Noirol. Don Bosco bendijo a todas, augurándoles que llegaran a ser otras santas Teresas; pero, con misteriosa ansiedad, fijó su mirada sobre Gabrielita. Algunas señoras lo advirtieron y pronosticaron que aquello era porque la jovencita iba a vivir poco tiempo. Efectivamente al poco murió.

Hubo también algo prodigioso en otro hecho. Una joven deseaba hacerse religiosa, pero, como estaba enferma de los pulmones, no se atrevía a esperar una gracia tan grande. Las maravillas que se contaban de don Bosco le animaron a hacer todo lo posible por recibir su bendición. Un día asistía a su misa, tal vez en la iglesia de San Sulpicio, y había ya perdido toda esperanza de poder recibir de sus manos la santa comunión ante la avalancha de los que estaban para comulgar, cuando vio de improviso que don Bosco alargaba la mano desde la fila de los arrodillados en el comulgatorio hasta la tercera fila, donde ella se encontraba, y que le daba la sagrada hostia. Consideró aquello como una señal de que el Señor le concedería suficiente salud para poder abrazar la vida religiosa. En efecto, ingresó en la Congregación de las Benedictinas, como oblata, por no considerarla en condiciones de poder soportar las austeridades de la regla, prestó gran servicio a la comunidad en el acompañamiento del canto gregoriano y, durante siete años, hasta 1890 en que murió, edificó a las hermanas con su fervor y su gran obediencia [1].

[194] Fuera de la clausura, en el patio exterior del monasterio se encontró don Bosco frente a una multitud de desgraciados, que clamaban piedad y suplicaban la curación para sí o para todos. El caminaba y repetía:

—Tened fe... Rogad a María Auxiliadora.

A algunos les decía:

—Vosotros curaréis.

Casi se renovaba el espectáculo descrito en los *Hechos de los Apóstoles* al paso de San Pedro. Una de las relaciones que seguimos, concluye así:

«No podemos terminar la relación de esta visita del célebre taumaturgo sin mencionar a varias personas, que, habiéndole sido reco-

[1] En la comunidad ha quedado un afecto tradicional a los hijos de don Bosco. Siempre que un salesiano iba para asuntos a aquella parte de París, muy distante de su casa de Ménilmontant, era cosa sabida que en la calle Monsieur encontraba la mesa preparada. Allí vio Huysmans a los del clero infantil de Ménilmontant, los cuales le inspiraron su biografía sobre don Bosco. Siguen siendo óptimas las relaciones hoy en día.

mendadas para que les obtuviese diversas gracias espirituales, como luces, soluciones de dudas, liberación de tentaciones, fueron escuchadas, como lo hubieron de reconocer y certificar sacerdotes piadosos y dignos de fe».

El día dos de mayo por la mañana, lo dedicó a las religiosas del Sagrado Corazón de Conflans. Desde los primeros días de su llegada a París, él mismo les había comunicado con cuánto gusto celebraría la misa en una de sus tres casas. Elegida que fue la situada en el bulevar de los Inválidos, número treinta y uno, junto a la casa madre, el secretario impuso la condición de que asistieran solamente las religiosas, las alumnas y unas pocas personas devotas del Sagrado Corazón y que no se diera publicidad a su visita. Pero, pese a todas las cautelas, se agolpó la mar de gente en el bulevar y afluyeron a él tantos coches, que la capilla se llenó de personas. Dio la comunión durante cuarenta minutos y, habiéndole preguntado después si no se sentía demasiado cansado, contestó:

—Esta casa está llena de Dios; este pensamiento me sostenía.

Esta era la idea que había tenido en la mente, cuando, angustiado por el miedo de que se acabasen las hostias, abrió el sagrario y encontró en él otro copón totalmente lleno.

Acabada la misa, le aguardaban, impacientes por oírlo, las religiosas de las tres comunidades, las novicias y las educandas. Fue primero a las religiosas. El secretario arzobispal, que lo acompañaba, le dijo:

—Padre, aquí está la casa religiosa.

—Entonces, contestó; no es del caso hablar de conversión, **[195]** sino de santificación... *C'est ici que l'on achète...* ¿Se dice así?, preguntó al secretario del Arzobispo.

—Mejor se dice *on acquiert.*

—Aquí se adquiere el verdadero calor, quiero decir el amor de Dios, y no sólo para sí mismo sino para llevarlo a otras partes y hacer que participen de él las almas. Tenemos la fuente en el Santísimo Sacramento. Propagad esta devoción que encierra todas las demás, la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Tened siempre en vuestra mente el pensamiento del amor de Dios en la santa Eucaristía.

Después de contar el episodio de Luis Colle y Pío IX, siguió diciendo:

—Pero quizás queréis saber quién es el que os habla. Es un pobre sacerdote italiano, que tiene una familia todavía más numerosa que la vuestra. Necesito que recéis por mí, porque, a mis pobres huerfanitos, les hacen falta tres cosas: una casa donde abrigarse, la instrucción necesaria y el pan. Rezad también por nuestros misioneros, que están

en la Patagonia entre los salvajes. Es un inmenso territorio cubierto de tinieblas, las tinieblas de la idolatría, y es un grandísimo milagro del Señor convertir un pueblo a la verdad. Se necesitan para ello muchas oraciones, mucho trabajo y mucho tiempo. El tiempo es de Dios, el trabajo de los Misioneros, la oración de todas vosotras. Pedid, pues, que Dios toque los corazones y aumente el número de los cristianos y de los devotos de María. Por mi parte, rezaré y haré rezar para que vosotras lleguéis a ser todavía más santas y nos podamos encontrar todos juntos en el cielo.

—Padre, dijo el secretario arzobispal, también hay casas del Sagrado Corazón en América, como en Chile y en otras partes.

—¡Bien, muy bien! Me alegro muchísimo. ¿Tenéis también en Brasil?... Las necesitan muchísimo. Hay poquísimos sacerdotes para un territorio tan extenso como doce veces Francia... ¡Oh! Sí, hay extrema, extrema necesidad.

Dicho esto, se recogió, hizo rezar una avemaría y bendijo a todas las personas de la casa y a sus familias. Al salir de la sala, encontró a una alumna retrasada mental puesta allí para que la **[196]** bendijera. Se detuvo ante ella y, con mucha atención y bondad, le dijo:

—Rezad cada día, hasta la fiesta de todos los Santos un *padrenuestro* y una *avemaría* y sed muy obediente.

Después la bendijo muy despacito y con afecto.

Junto a la puerta de la sala estaban agrupadas las novicias, que habían podido oír sus palabras. Le fueron presentadas dos; una le pidió oraciones por su madre y la otra por su padre. Este, alejado de Dios, estaba furioso, porque la hija quería hacerse religiosa. Don Bosco las miró con ternura y prometió sus oraciones; después dijo a la segunda que su padre cambiaría de vida y tendría una buena muerte, como sucedió unos años más tarde. Miró sonriendo paternalmente a la primera y le dijo que su pobre madre era una alma de Dios, buena y santa, a pesar de su pasajero descontento y que no tardaría en ir a visitarla y ser amiga del convento hasta la muerte. También se cumplieron estas predicciones.

Pasó por último a las alumnas, reunidas en otra sala próxima. Se lee en el diario de la casa: «Toda la persona de don Bosco inspira santidad; pese a su exagerado acento italiano y su voz apagada por la edad, no perdimos una sílaba de lo que dijo». Manifestó ante todo su satisfacción al ver que eran tantas. Y añadió:

—Me alegra siempre mucho observar que las casas del Sagrado Corazón están en todas partes repletas de alumnas. *Bendito sea Dios por ello.* Es para mí una gran satisfacción ver cómo Dios ha escogido

para Sí tantas plantecitas, de las que un día se servirá para hacer gran bien en el mundo.

Aunque contento de hablarles, no intentaba hacer una instrucción o un sermón, pues bastante tenían con los que recibían de sus maestras y de los sacerdotes de aquella santa casa; creía, sin embargo, que serían oportunas dos palabras como recuerdo de su visita. Y repitió las palabras que san Felipe Neri, gran apóstol de Roma y amigo de la juventud, como él lo llamó, dirigía a los jóvenes:

—Dadme un joven que me entregue **[197]** solamente dos dedos de su cabeza, y yo haré de él un gran santo.

Y después comentó así estas palabras:

—Yo os diré, hijitas mías, lo mismo; prestadme obediencia y os haré grandes santas, porque los dos dedos de cabeza indicaban la obediencia. Cuando uno renuncia a su propia voluntad, se pueden hacer con él grandes cosas. A vosotras, pues, no os digo que prediquéis mucho, que recéis mucho y comáis poco; solamente os diré que obedezcáis a vuestra madre superiora. Estoy seguro de que en esta casa ya se han santificado muchas jóvenes, gracias a la obediencia, y pido al Señor que conceda a vuestras profesoras la alegría de ver a muchísimas más santificarse del mismo modo.

Antes de marcharse dio a cada una medalla de María Auxiliadora.

Salió de Conflans a las once y media, cercado hasta el último momento por personas que querían decirle o preguntarle algo. Volviéndose a las superioras, desde el coche, les dijo:

—¡Muchas gracias por tanta paciencia y bondad como habéis tenido conmigo!

El diario de la casa madre describe así las impresiones [1]: «Lo que más emoción nos causó en don Bosco fue su sencillez. Parece no advertir el interés que despierta a su alrededor, porque siempre se le ve tranquilo, haciendo todo despacio, como si no tuviese otra ocupación. Tiene un aspecto sencillísimo, sin nada que pueda despertar entusiasmo, si se exceptúa su santidad (...). Toda su persona inspira humildad».

El cuatro de mayo fue a celebrar la misa de las Damas del Refugio, cuya casa, situada en la calle Denfert-Rochereau, se denominaba del Buen Pastor; la dirigían las religiosas de Santo Tomás de Villanueva. Era una institución providencial, dedicada a la protección de jovencitas que se encontrasen en peligros morales. La condesa De Combaud

[1] Además de éste, hemos tenido ante nuestros ojos los diarios del noviciado y del colegio.

estaba muy interesada en que fuese allí, porque era muy amiga de la casa, y deseaba que curase **[198]** a la superiora, madre Courtel, gravemente enferma del corazón. El santo, por el contrario, hubiera preferido no hacer tal visita y contestaba a sus instancias:

—¡No me obligue! Tanto da; no tendría ninguna buena noticia que darle.

Por fin se rindió; pero, a condición de que, teniendo que celebrar la misa en una iglesia pública, hubiese gente para una colecta. Invitaron a las damas protectoras, las cuales se situaron delante de la balaustrada. Era primer viernes de mes y todas comulgaron. Don Miguel Rúa asistía al Siervo de Dios.

La Superiora cedió al afecto de sus hijas y se dejó transportar al refectorio de la comunidad, separado de la iglesia sólo por una pared, de modo que, teniendo la puerta abierta, pudo oír la misa. Después de la acción de gracias, fue conducido don Bosco hacia aquella puerta, atravesando la iglesia. Al llegar al umbral y ver a todas las monjas reunidas alrededor de la Madre, dijo: *Requiescat in pace.* A lo que contestó la enferma con acento de edificante resignación: *Fiat voluntas tua.* Todas comprendieron el latín y rompieron a llorar.

Después de un ligero desayuno, pasó el Santo a las colegialas, a las que también encontró llorando, pues ya les había llegado la noticia. Se sentó en un sillón colocado sobre una tarima y dijo lo primero:

—El Señor quiere mucho a esta casa. Se hacen en ella buenas comuniones, hay en ella buen espíritu. Ahora lo que importa es que no se cambie su fin.

Las bendijo, bajó al patio y allí desfilaron ante él las señoras, que recibieron de sus manos una medalla de María Auxiliadora y entregaron a don Miguel Rúa paquetitos de billetes.

La religiosa, que nos daba recientemente estas noticias, narró también una gracia inadvertida, pero singular, que creyó haber recibido aquel día. Era entonces alumna interna y tenía catorce años. Su madre quería sacarla, pero ella no se decidía a marchar y, pensando que la probable visita de don Bosco resolvería la cuestión, rogó **[199]** que esperase ocho días. Mientras tanto se encomendaba al Señor, pidiendo que le diese una señal para conocer su voluntad. Llegó don Bosco, la jovencita recibió de sus manos la santa comunión y notó que al darle la hostia la miró sonriendo.

—Será una sonrisa de bondad que tiene con todas, pensó para sus adentros.

Después, ya en la sala, cuando se encaminaba hacia la tarima, pasando por entre las dos filas de alumnas alineadas, al llegar don

Bosco a ella, se detuvo un instante, miróla otra vez, y a ella sola, sonriendo intencionadamente. Las compañeras, un poco enceladas, querían saber por qué le había sonreído a ella de aquella manera. Decía la muchacha que lo ignoraba; mas, por el contrario, reconoció en aquel acto la respuesta deseada, a saber, que no debía abandonar aquel lugar. Efectivamente ya no salió nunca, sino que se hizo religiosa allí mismo y allí vive hoy en día.

Algunos instantes después, ocurrióle a don Bosco un caso extraño. Fue a tomar el coche y se encontró que ya no era el de antes, y que cerca del mismo había unos señores que, muy corteses y resueltos, le hicieron subir y le llevaron a casa de uno de ellos. Una vez allí, se esforzaban con un sinfín de cortesías por arrancarle predicciones en torno a próximos acontecimientos públicos; pero él se mantuvo firme en replicar que había ido a París para fundar una obra y no para hacer política. Ellos daban a entender que eran monárquicos; pero no es improbable que fuese un ardid de la policía para descubrir, si tenía intenciones secretas.

Dos cartas, que han escapado a la desaparición, nos trasmiten el recuerdo de la visita a aquellas monjas. La primera fue escrita el día siguiente por una señora, para renovarle la súplica de que fuera a bendecir a un enfermo en su casa; ya se lo había pedido con una tarjetita que le había sido entregada en el Refugio después de la misa [1]. La segunda es más importante. Una monja, al darle la noticia de la muerte de la madre Courtel en el mes de diciembre, le dice que se ha cumplido la predicción que le había hecho a ella. El santo le había recomendado **[200]** que aceptara de buen grado las espinas. ¿Qué espinas?, se había preguntado la religiosa, que disfrutaba entonces de la mayor tranquilidad de espíritu. Pero hacía ocho meses que gemía bajo el peso de una cruz, que no le dejaba ninguna duda de que don Bosco, al hablar de aquella manera, había tenido luces especiales de lo alto [2].

El día cinco salió para Lille, de donde volvió el día dieciséis. Hablaremos de este viaje en el capítulo octavo. Aquellas dos semanas de ausencia no entibiaron lo más mínimo el fervor de los parisienses hacia él.

Había prometido una segunda visita a Auteuil por un sentimiento de exquisita cortesía. Se dio cuenta en la primera de que el abate Roussel quedaba algo descontento por no haberle podido hacer en su

[1] Véase Apéndice, doc. núm. 36.
[2] Véase Apéndice, doc. núm. 37.

instituto una recepción solemne, dado lo imprevisto de su llegada y pensó aligerarle el disgusto, manifestándole espontáneamente que deseaba volver a verle en su casa. Volvió, en efecto, el día veinte de mayo. Fue una preciosa tarde del domingo. Le esperaban muchos amigos de la obra para honrarle y también para hablarle. Después de las audiencias, le llevaron a la capilla, donde encontró reunidos a los jóvenes y les dirigió una plática. «Con acento italiano muy marcado, escribía la *France illustrée* del veintiséis de mayo, pero que no disminuía el encanto de su palabra», habló del temor de Dios, repitiendo por último el episodio del conde Colle y de su hijo. Los jóvenes lo escucharon con recogimiento y atención. Después pidió el abate Roussel al «buen Padre», y él lo hizo «con evangélica deferencia y sencillez», que rezara junto con ellos cinco *padrenuestros,* y *avemarías,* para alcanzarle los preciosos tesoros de la gracia de Dios y atraer sobre sus bienhechores y maestros los auxilios especiales, que necesitaban para continuar con fruto su caritativa misión. Salidos de la iglesia, todos le rodearon, para que los bendijera.

Se vio la generosidad del abate en la alegría que demostraba, al poderle entregar un gran número de cartas y **[201]** una discreta cantidad de limosnas, que le habían llegado para entregárselas a don Bosco. Más aún: los mismos asilados, sin duda por inspiración altamente educativa del Director, reunieron entre todos una bonita cantidad para pagarle, según decían, el coche. Pero sobresalió todavía más por otro lado la magnanimidad del abate Roussel. Algunos de sus amigos le habían manifestado su inquietud al ver que se sustraían muchos donativos con detrimento para la juventud francesa pobre, preguntándole si esto no le preocupaba también a él: «De ningún modo, contestó a todos en su diario; Dios, que da de comer a todos los pájaros del mundo, no dejará de tender su mano sobre nuestra casa y nosotros seríamos muy desagradecidos, si dudásemos de su protección y ayuda».

Dióse incluso el caso de una *abuelita* anónima, por otra parte buena y generosa señora, pero excesivamente impresionable, que escribió al abate una carta desahogando su malhumor por aquella causa y adjuntando un billete de cien francos para él. Ignorando quién era la que escribía, contestóle Roussel desde las columnas de la *France illustrée* en estos términos: «Tenemos el corazón tranquilo y estamos seguros de que don Bosco, al venir a nuestra casa, nos ha traído una bendición más». Después de reproducir la carta de la *abuelita* [1], cerra-

[1] Véase Apéndice, doc. núm. 38.

ba el artículo citando la máxima de san Vicente de Paúl; «quien necesite para sí, comience por dar a los demás».

Hay dos cartas que nos transmiten el eco de la visita que hizo el día veintiuno de mayo por la mañana al asilo Matilde para las Incurables, en la avenida Roul, de Neuilly [1]. En la primera escribía la señora Giraldon a don Bosco: «Ayer, en la casa de las Incurables, tuve el honor de llamar un instante su atención sobre mi hijo, usted lo bendijo y hasta se detuvo **[202]** y le puso sus manos sobre la cabeza, ¡ojalá le acompañe su bendición durante toda la vida y le preserve de todo mal!».

Más conmovedora todavía es la segunda, escrita por una asilada, María Eugenia Lair, que le decía: «Ya sé que todo su tiempo lo dedica a Dios y a las almas; procuraré, por tanto, no abusar explicando en pocas palabras el fin de ésta mi carta. Hace treinta años que vivo en esta casa para jóvenes incurables, adonde tuvo usted la bondad de venir el lunes pasado a ofrecer el santo sacrificio y decirnos unas palabras; ha sido para todas nosotras un gran consuelo en nuestro estado de debilidad y enfermedad. Ya hemos dado gracias por ello a Dios y a la Virgen Dolorosa, nuestra querida Madre Celestial, y ahora se las damos también a usted, reverendo Padre».

Otras cinco buenas señoras parisienses, recogidas desde jovencitas en aquel asilo del dolor y que recobraron la salud, nos comunican también el recuerdo de tres hechos notables que son una casi curación, una intuición de conciencia y una saludable denegación.

Después de celebrar la misa en la capilla llena de bote en bote, dio don Bosco la vuelta por una nave del hospital, donde, recostadas sobre sillones y alineadas, estaban las enfermas más graves y que no podían moverse. Una de ellas, Berta Marnot, se hallaba en pésimas condiciones, atormentada entre otros males por continuos vómitos ocasionados por una úlcera en el estómago, de suerte que la pobrecita no podía comulgar. Al pasar don Bosco delante de ella, díjole unas palabras de consuelo y prometióle rezar por ella en especial. Pues bien, desde aquel momento, cesaron los conatos de vómito y no volvieron a molestarle más. Quedó clavada, es verdad, en su lecho, porque un mal en las piernas la condenaba a la inmovilidad; pero al menos pudo gozar de un poco de reposo y recibir a menudo, mientras vivió, la sagrada Eucaristía.

---

[1] Aquel asilo había sido fundado en 1853 por el abate Moret, santo sacerdote de la diócesis de París. Asilaba a mujeres pobres, víctimas de enfermedades que no admitían cura. Llevaba el nombre de la princesa Matilde Napoleón, que había salvado la benéfica institución de una quiebra económica. Piadosas señoritas y señoras prestaban en él caritativa asistencia.

Cuando el Siervo de Dios recorrió el departamento común de las enfermas, faltaba una que se había ausentado adrede, y tenía sobrado motivo para ello. Huérfana de padre y madre, no se sabía siquiera qué nombre tenía, de modo que había tenido que **[203]** ponerle uno la superiora, llamándola Juana Rayon. La amputación de una pierna la obligaba a caminar con muletas, pero esto no le impedía llevar una vida moralmente deplorable y se dedicaba a divertirse alternando con malas compañías en los días de salida. Sucedió, pues, que bajando el Santo la escalera, que iba del patio interior a la calle, se encontró precisamente con ella. De pronto se paró, la miró a la cara y le dijo de sopetón:

—Usted está enferma, muy enferma, pero que muy enferma.

Parece que la infeliz fue sorda a la voz de la gracia que, en aquel momento, llamaba a la puerta de su corazón. Salió del asilo y acabó miserablemente sus días en el hospital.

Una jovencita de catorce años, Luisita Philippe, tenía paralizadas las dos piernas. Al pasar el Santo delante de ella, hizo un esfuerzo extraordinario para levantarse y le dijo:

—¡Oh, si quisiera usted curarme!

—No, hija mía, no. Es mejor que estés aquí. El Señor lo quiere así. ¡Estás muy bien aquí!

Preguntada la mencionada religiosa del Santísimo Redentor, que frecuentaba la casa y nos dio noticia de aquel encuentro, cómo se explicaba aquella recusación de don Bosco, contestó:

—Todas nosotras creímos que no quiso obrar el milagro, porque la muchacha era demasiado agraciada y con ello podría haber corrido graves peligros viviendo en el mundo. Esto decíamos entre nosotras.

Con motivo de la visita de don Bosco al asilo, habían sido preparadas algunas jóvenes enfermas para la primera comunión; las damas protectoras entregaron después a cada una de ellas aquel retrato del Santo, en el que está arrodillado a los pies de María Auxiliadora. Estaban entre ellas nuestras cinco informadoras.

Por la tarde de aquel mismo día, hizo una visita, que alborotó todo un barrio. Tenía su tienda en la calle Sèvres un humilde librero, llamado Josse, conocido desde hacía varios años por **[204]** don Bosco, con quien se había encontrado en Cannes. El *Univers* del cinco de junio hace mención de gracias particulares y , especialmente, de una curación, que había encendido en el corazón del matrimonio Josse una inextinguible llama de agradecimiento. La colecta para la conferencia de San Sulpicio había sido organizada por la señora. El Santo, no pudiendo entonces dar las gracias, como hubiera deseado, a las

óptimas recaudadoras, fue a casa de ésta a cumplir aquel acto de bondad. El encuentro estaba fijado para las dos de la tarde y tenía que ser en la intimidad; pero la noticia llegó a conocimiento del público y, a las doce, comenzó el asalto a la librería, de tal forma que fue preciso cerrarla. Se fue aglomerando tanta gente en la calle que quedó taponada la circulación. La masa inundó el patio, las dependencias abiertas, las escaleras, todos los rincones accesibles. Dieron las tres, las cuatro, las cinco de la tarde y don Bosco no asomaba; pero la gente no se movía... Llegó la hora de la salida del trabajo de los obreros y allá que se fueron muchos de ellos, desde diversos puntos, a engrosar la muchedumbre.

Después de las seis, aparecía por fin el coche maniobrando como podía para abrirse paso. A la entrada en el patio, alguien propuso a don Bosco que, para despedir en paz a tanta gente, sería oportuno dirigirles unas palabras y darles la bendición. El, desde el estribo del coche, arengó brevemente a las quinientas o seiscientas personas que ocupaban el recinto. Le escucharon en perfecto silencio y con sentimiento de piedad. Los hombres estaban con la cabeza descubierta; al darles la bendición, hombres y mujeres doblaron las rodillas y se santiguaron varias veces. El citado diario comentaba:

«Ya se sabe la impresión que causan semejantes postraciones de todo un pueblo ante frágiles y en apariencia mezquinos representantes del poder y de la misericordia de Dios. Ninguno de los testigos de la bendición de don Bosco a la muchedumbre, apiñada en el patio del número treinta y uno de la calle Sèvres, olvidará jamás semejante espectáculo. Aquella masa de gente, con ropa de trabajo y con ricos trajes, de hombres y muchachos, de grandes damas y obreros formaban el conjunto de un pueblo **[205]** cristiano, que realizaba un acto de fe en Dios y de respeto y veneración a la santidad».

Al entrar en la casa, se adelantó de pronto hacia él la señora Bonté, amiga de la familia, pidiéndole la bendición para sus dos hijos allí presentes y para otros que estaban en un colegio. Don Bosco dijo que los bendecía a todos junto con su padre. Puso, después, la mano sobre la cabeza del más pequeño y dijo:

—Este para el Señor.

La señora, que deseaba que alguno de sus hijos se hiciese sacerdote, interpretó en este sentido las palabras de don Bosco y contestó:

—Y todos, padre mío, si Dios lo quiere así.

Pero don Bosco, echándole una mirada tan dulce, que después de cincuenta años todavía le parece verlo, replicó:

—No, basta uno.

Pasaron pocos meses y aquel chiquito, pletórico de vida y de salud, cayó enfermo por un accidente imprevisto y, al cabo de ocho días, murió. Entonces se comprendió qué quería significar aquella frase misteriosa y aquella mirada tan compasiva.

La bendición general impartida por don Bosco antes de entrar, no consiguió que se marchase la gente que, mientras él estuvo dentro, quedóse aguardándolo. Como quiera que no tenía tiempo para hablar con cada uno, escuchó con calma lo que unos y otros le dijeron, respondió después en común a todos y les dijo que llevaba consigo todas sus intenciones y que se uniesen también ellos de corazón a las oraciones, que él elevaría a María Auxiliadora. Bendijo a los que se habían reunido y bajó para tomar el coche; el concurso de gente no había disminuido lo más mínimo. Al verlo, se abalanzaron hacia él rápidamente. Unos tomaban sus manos para besarlas, otros le hacían tocar objetos de devoción. Para librarlo y dejarlo salir, fue preciso que un señor alto, membrudo y resuelto se pusiera delante de él y le abriera el paso, al tiempo que otros dos voluntarios lo protegían por los lados y un cuarto defendía sus espaldas. Subió al coche, pero éste no podía ponerse en marcha sin peligro de atropellar a la gente bajo las ruedas; por lo cual, algunos **[206]** obreros colocáronse a los lados y lo empujaron hacia adelante con cautela. Recorrió así un corto trecho y, primero una, después cien veces, gritaron:

—¡Don Bosco, la santa bendición!

Don Bosco mandó parar y después, conmovido hasta las lágrimas, se levantó del asiento y contestó:

—Sí, sí; os bendigo a vosotros y bendigo a Francia.

Un estallido de vítores entre un mar de brazos al aire, agitando pañuelos, gorras y sombreros, saludó sus palabras y fue la señal del fin.

Conocemos cuatro visitas del día veintidós de mayo, y con suficientes noticias. Celebró la misa en el monasterio de los *Pájaros.* Era ésta la poética denominación de la comunidad y del colegio, que la Congregación de Notre-Dame, fundada por san Pedro Fourier, tenía en París, en la esquina de la calle Sèvres con el bulevar de los Inválidos. La noticia, llegada a la casa la tarde anterior, alumbró un día de gran fiesta para religiosas y alumnas, ansiosas por ver a un santo. Fácil es comprender que no pudo ocultarse el suceso; así que una bocanada de gente, agolpada a la entrada del patio de honor, intentó irrumpir detrás del coche, de modo que con gran trabajo se logró cerrar las hojas del portón.

Don Bosco no quiso descansar en el locutorio y entró en seguida

en la sacristía, acompañado por la Superiora, a quien preguntó qué intenciones deseaba presentar al Señor en la celebración de la santa misa.

En la parte de la iglesia destinada al público no quedaba ni un sitio libre, y fuera había muchos coches particulares que impedían el paso en un largo trecho de la calle. Estaba presente el padre Labrosse, provincial de los Jesuitas. Hubo muchas comuniones. Después de la misa se adelantó el Siervo de Dios hacia las colegialas y les dirigió una paternal exhortación, animándolas a vivir en el temor de Dios, evitar todo lo que pudiese desagradarle y especialmente amarlo.

—Amad a Dios, les dijo, al rezar, al cumplir los deberes difíciles y al recibir los sacramentos.

Tomó después un café con leche y fue luego a decir una palabra a las alumnas externas, que eran más de **[207]** ciento.

—Vosotras, les recomendó, sólo debéis conocer dos caminos: el de la escuela y el de la casa paterna.

Le seguían por todas partes muchas distinguidas personas, de suerte que la Superiora, que deseaba hablar confidencialmente con él, no pudo hacerlo, porque siempre llegaba alguno que se lo impedía. Una alumna cojita, armándose de valor, fue a pedirle que le enderezase el pie torcido desde la infancia; pero el Santo la exhortó a amar a Dios sobre todas las cosas. Había dado bendiciones por todas partes, menos en la enfermería, adonde la avanzada hora no le permitió subir.

—Bendigo a las enfermas, dijo a la Superiora, mientras se encaminaba hacia la salida.

La buena Madre aludió a una intención suya que le interesaba muchísimo. En el momento de subir al coche la tranquilizó, prometiéndole que rezaría por ella y por todas sus intenciones; pero se lo dijo de una forma tan viva y cordial que la religiosa entró en casa radiante de alegría.

Se lee en la crónica de la casa: «Su extraordinaria bondad y su sencillez, verdadera contraseña de la santidad, causaron en nosotras grandísima impresión. Parecía indiferente a las más calurosas demostraciones de veneración». Una exalumna recuerda todavía que las colegialas, reunidas en la sala de recepción, escucharon después de la misa sus palabras y luego, admiradas todas de su santidad, intentaban acercarse a él para hacerle palpar objetos devotos [1].Otra no puede olvidar la celestial expresión con que pronunciaba las dos palabras *Bon Dieu.* Y añade: «Por lo demás, toda su persona era un sermón,

[1] Carta a don Agustín Auffray, Turín, 29 de julio de 1932.

por la sencillez y humildad que irradiaba. Yo era entonces jovencísima y, sin embargo, no he olvidado nunca aquella impresión que daba de santidad» [1].

De la casa monástica de retiro pasó al noble colegio **[208]** Stanislas de los Marianistas. Todo el personal de la dirección salió a recibirlo. La disciplina general tenía un sello militar, tanto que una sección de alumnos le presentó armas y formó en torno a él un piquete de honor. El colegio impartía una sólida instrucción religiosa; en su capilla había inaugurado Lacordaire las conferencias que, poco después, llevó al púlpito de Notre-Dame, elevando el tono de la conocida predicación cuaresmal, en la que predicadores de primer orden desarrollaron y siguen desarrollando magistralmente los temas más arduos y elevados de la doctrina católica. Don Bosco habló como convenía a una juventud de tal categoría, asociando armónicamente religión y patria. Después de bendecir a los presentes, expresó su admiración por el comportamiento, el orden, la disciplina y la *bonne renommée* del magnífico instituto. Cuando terminó de hablar, dos alumnos le presentaron el fruto de una colecta entre los internos para sus obras [2].

Al salir de allí fue a visitar el internado que tenían las religiosas de Nuestra Señora de Sión, fundadas por el célebre israelita convertido Alfonso Ratisbonne; pero no tenemos noticias de lo que allí hizo o dijo.

La cuarta visita puede considerarse casi como histórica. Celebrábase el año 1883 el cincuentenario de la Sociedad de San Vicente de Paúl, por cuya difusión había trabajado mucho don Bosco en Turín y en otras ciudades de Italia. El Consejo Central, que residía en París, tuviera o no conocimiento de este celo, deseaba una visita del Santo. Informado de ello don Bosco, acudió allí el día veintidós de mayo por la tarde, cuando los miembros estaban reunidos en sesión reglamentaria. Fue recibido con todos los honores y el presidente le invitó a que les hablara.

Pronunció un breve discurso. Y, como socio veterano de las Conferencias, puso de relieve los frutos, **[209]** que aportan a las obras de beneficencia la mutua colaboración entre la Sociedad de San Vicente y el clero parroquial. Habló después de sus propias fundaciones que,

---

[1] Carta al mismo, París, 29 de enero de 1934.

[2] De la Crónica del Colegio: «El viernes, veinticinco de mayo, el Colegio recibía la visita de don Bosco, fundador de la Congregación de San Francisco de Sales. Este amigo tan grande de la juventud dirigió a los alumnos una exhortación impregnada de viva fe y gran confianza en la Santísima Virgen. Se retiró dejando una piadosa impresión en su auditorio y llevándose un donativo de los alumnos para sus obras salesianas».

nacidas de la nada, habían alcanzado gran florecimiento. Comunicó que el objeto de su ida a París era el de preparar el terreno para la fundación de una casa en favor de la juventud pobre y abandonada. Describió, por último, sumariamente su método educativo, tendente a ganar el corazón de los jóvenes y obtener, mediante el afecto de éstos a sus maestros, que sean buenos y cumplan su deber.

El Consejo le dio las gracias y le rogó aceptara un donativo de mil francos. Don Bosco dio las gracias y haciendo uso de su facultad personal, que le había concedido el Padre Santo, dio a los presentes la bendición papal, extensiva a sus socios, a sus familiares y a sus obras. En su honor, se cerró la sesión; y pasó después al despacho del presidente, donde recibió a los socios que deseaban hablarle aparte [1].

Como se aproximaba el día de la partida, urgía llevar a cabo un compromiso aceptado hacía ya un mes. Recordarán los lectores que don Bosco, al recibir el donativo de un precioso anillo pensó en una rifa. Se hizo ésta el día veintitrés por la tarde, en el palacio del señor Faucher, hermano de la condesa De Combaud. Fue una reunión aristocrática, en la que tomaron parte muchas nobles damas parisienses. La familia Faucher y la Condesa hacían los honores de la casa. Don Bosco entró en ella humilde y tranquilo, saludado con caballerosa cordialidad por la selecta asamblea. Fue invitado él mismo para extraer el número de la suerte. Esta le tocó a una rica dama española, que había adquirido doscientos billetes y que puso graciosamente de nuevo la joya en manos de don Bosco. Antes de abandonar la brillante reunión, dijo que pronto volvería a Turín, donde lo reclamaban imperiosamente las exigencias de sus obras, pero que dejaba el corazón en la gran capital francesa, **[210]** donde se le habían dado tantas pruebas de fe, de piedad cristiana y de sacrificio. Después de dar las gracias con toda cortesía a sus huéspedes, bendijo a los presentes, que, a continuación, lo rodearon, hablándole con toda familiaridad, mientras se encaminaba lentamente hacia la salida. Esta reunión le resultó oportunísima para despedirse decorosamente de la nobleza parisiense, que lo había colmado de atenciones y beneficios.

Desde Versalles llególe a don Bosco, a través de los condes de Masin, oriundos de los piamonteses Masino, una invitación a la que no podía negarse: los padres Eudistas querían que fuera a su colegio el día veinticuatro, fiesta del *Corpus Christi,* para celebrar la misa de las primeras comuniones. Un contratiempo, la pérdida del tren, le impidió desgraciadamente llegar a tiempo para la misa de la Comunidad;

[1] Véase *Bulletin Salésien,* mayo 1933 y Apéndice, doc. núm. 39.

celebró en su lugar la de acción de gracias, como se acostumbra en Francia [1].

Los más ilustres personajes de la ciudad, acudieron allí, ansiosos de ver a don Bosco. Descollaba entre todos la veneranda figura del gran apologista católico Augusto Nicolás, el cual edificó a todos poniéndose de rodillas ante el Santo. Bastó la noticia de su ida, para que le llovieran en París cartas y cartas, desde Versalles, de personas que le rogaban fuera a bendecir a enfermos. Así el conde de Nicolay, después de exponerle la historia de los males que afligían a sus seres queridos, imploraba su benéfica intervención; y pasaba a hablar de sí mismo, con estas santas expresiones:

«Me encomiendo a sus santas oraciones, pues necesito mucho que Dios me conceda su gracia y sus luces para guiar el pequeño rebaño, cuya custodia me ha confiado, por el camino de la salvación, y me haga progresar en el despego de mí mismo, en el amor hacia El y en la caridad con el prójimo».

La condesa de la Rédoyère deseaba que, al volver a París, parase en la estación intermedia de St-Cloud para bendecirle a una hija enferma; pero don Bosco le contestó, por medio de su secretario, que le dolía no poder satisfacer su deseo. La viuda Levasseur, **[211]** llegada expresamente desde Lisieux, oyó su misa, le ofreció mil francos, le pidió la curación de sus ojos enfermos y recibió palabras de esperanza.

La familia de Masin obtuvo, por mediación de los amigos, que don Bosco aceptase ir a comer en su casa. Asistió también a la comida el obispo, monseñor Goux. Durante la refección, admitió con amable sencillez cuantas preguntas se le hicieron. Preguntáronle, por ejemplo, qué había de verdad sobre lo que se contaba del famoso perro, y él, con la mayor naturalidad, narró los hechos, atribuyéndolos a la bondad de María Auxiliadora. Rogáronle que bendijera a una niña, paralizada hacía algunos años por una enfermedad en la médula espinal y la bendijo, recomendándole se hiciera una novena a María Auxiliadora. La niña pudo caminar poco después, pero al año siguiente, murió víctima del garrotillo, sin que por ello disminuyese en la familia la veneración hacia el Santo, como lo llamaban.

—La bendición, decían ellos, le ha servido para abrirle las puertas del cielo.

Después de la comida, pasó a una sala para recibir a las personas

[1] Carta de la señora Levasseur a don Bosco, Lisieux, 8 de junio de 1883.

apiñadas a la puerta de casa. Fue un desfile interminable de sanos y enfermos, de Versalles y de otras partes.

Una familia, amiga de don Bosco y de las Agustinas hospitalarias de Versalles, logró que el Santo visitase su casa de San Martín. Llegó allí donde ya le esperaban las religiosas, las señoras que vivían con ellas, las enfermas y una multitud de personas de la ciudad, que llenaban el claustro desde la puerta de entrada hasta la de la iglesia. Había también enfermos que deseaban recibir su bendición. Abrióse paso con dificultad, entró en la iglesia, y acercóse al altar, subió a la tarima y dijo:

—Aunque el tiempo apremia, quiero deciros dos palabras. Me siento feliz por hablar a buenos cristianos en este día, en el que se celebra la fiesta de Nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía y la de María Auxiliadora, Reina del **[212]** cielo. ¡María, Auxiliadora de los pobres y Auxiliadora de los hijos! Auxiliadora de los amigos y Auxiliadora de los enemigos, Auxiliadora de los afligidos, de los herejes, de los cismáticos, de los pobres pecadores; en una palabra, Auxiliadora de todos, porque esta buena Madre quiere convertir a todos. Mas, para merecer su amor, hay que honrar al Hijo y os indico ahora algunos medios para lograrlo. Para ser queridos por El, hay que recibir a menudo los sacramentos, comulgar lo más frecuentemente posible y, cuando no se pueda, hacer la comunión espiritual; además, oír la santa misa, visitar a Jesús Sacramentado, asistir a la bendición, hacer obras de caridad en honor de Nuestro Señor Jesucristo, porque agrada al Señor que se practique la caridad.

—Yo no dejaré de rezar por vosotros, y vosotros, por vuestra parte, rezad por este pobre sacerdote, por mis misioneros, por mis huerfanitos, por todas mis obras. Pediré a Dios que bendiga esta casa donde se hacen tantas obra de caridad; rezaré por las religiosas y por todas las personas que viven aquí, para que todas sean buenas cristianas. Rezaré por todos vosotros a María Auxiliadora, porque esta buena Madre quiere interceder por todos nosotros y espero que nos alcance ir a verla en el Cielo. Por una gracia especial del Padre Santo, tengo la facultad de dar una amplísima bendición a todos los que estáis aquí reunidos. Esta bendición será para vosotros, y también para vuestros parientes, vuestros amigos, vuestros enfermos, porque son muchos los que sufren; servirá también para todos los objetos de piedad que tenéis con vosotros.

Entonces don Bosco, cruzando los brazos sobre el pecho y bajando los ojos, pronunció una larga fórmula de bendición, que terminó con una gran señal de la cruz.

Una vivísima conmoción se apoderó del auditorio, impresionado por la admirable sencillez de sus palabras, y por la irradiación de religiosidad que emanaba de toda su persona. A la hora de marcharse, tuvo que trabajar **[213]** para abrirse paso entre el gentío. Uno quería pedirle algo muy particular, otro reclamaba una bendición, éste le ofrecía una limosna, aquél anhelaba besarle la mano o la sotana. Era una escena de fervoroso entusiasmo, imposible de describir por quienes fueron testigos de ella. Finalmente, pudo subir al coche, dejando a toda aquella gente con la impresión de haber visto y escuchado a un Santo [1].

Se sabe que una enferma bendecida por él empezó a sentirse mejor enseguida, tanto que pudo levantarse, tomar alimentos y dormir, lo cual no conseguía hacer desde hacía ocho meses.

La pérdida del tren ocasionó otro inconveniente más grave que el primero; pero se consideró que por una visita de don Bosco valía la pena aguantar el sufrimiento de cualquier molestia. Cerca de Versalles está la escuela militar especial de Saint-Cyr, destinada a formar oficiales para las diversas armas. Los cadetes, pertenecientes en su mayoría a familias nobles, habían oído contar a sus parientes muchas cosas sobre don Bosco, y querían verle a toda costa. Por medio de una distinguida persona, rogáronle que se dignase hacerles una visita. Se disculpó alegando motivos de imposibilidad; pero, cuando vio una delegación de cadetes ante él, insistiendo de la manera más cordial, condescendió. Fijó día y hora: el veinticuatro de mayo a las nueve de la mañana. Y así hubiera sucedido de no haber perdido el tren.

Impacientemente le esperaban aquella mañana los mil jóvenes; pero pasaban las horas y don Bosco no aparecía; dieron las doce y nada.

—Sin embargo, lo ha prometido y vendrá, repetíanse unos a otros.

Y no se cansaron de esperar. Finalmente, a las dos llegaba. Las audiencias, las visitas, el horario de ferrocarriles no le habían permitido llegar antes. Fue recibido con calurosos aplausos. Se adelantó sonriente por entre aquellos gallardos jóvenes, hasta que, invitado, dijo unas breves palabras con la misma familiaridad con que habría hablado a los muchachos del Oratorio. Cuando garbosamente **[214]** los saludaba y se disponía a despedirse, pidiéronle todos a una voz la bendición [2].

---

[1] J. RICHE. *Les Augustines Hospitalières de Versailles.* Versalles imp. Ch. Cloteaux 1932, pág. 118 y sigs.

[2] La educación que entonces se daba allí estaba inspirada en la religión. El veterano y venerando monseñor Lanusse, capellán de la escuela, fue por esto muy benemérito del ejército;

El día 24 de mayo de 1883, coincidía con la octava de Pentecostés, por lo que hubo de trasladarse la fiesta de María Auxiliadora. Con esta fecha del veinticuatro, la *Semaine religieuse* de Niza publicó en su número del nueve de junio una poesía sobre don Bosco y sus obras [1], que comenzaba con esta pintura del Santo:

«Bondad y sencillez, dulzura inalterable
esplenden en su frente como un rayo divino,
y, de su santidad reflejo incomparable,
preceden a sus pasos alumbrando el camino.

Luego aparece el Santo, cual de Dios enviado:
no hay embrujo en su rostro que atraiga las miradas,
mas a todos subyuga su candor extremado
y su virtud que envidian las celestes miriadas.

Se respira a su lado la atmósfera más pura
de paz dulce y serena, porque su corazón
disfruta consolando y todos su dulzura
acogen ardorosos como el más fino don.

Su palabra es sencilla porque sabe que llega
al alma la palabra bendecida por Dios;
y en su rostro hay un halo de esa luz que lo anega
resplandeciente y bella de humildad y de amor».

Con esta misma fecha del veinticuatro, le llegó una carta de una señora parisiense, que por varios motivos merece ser conocida. Se deseaba una visita suya a Montmartre; cualquiera que fuese el concepto en que se tuviera a la que la escribía, aquella ida asumía en el pensamiento de los promotores un carácter esencialmente demostrativo. Es necesario anteponer alguna noticia histórica para los que no son franceses.

La colina que domina el norte de París, consagrada antiguamente al culto de Marte y de Mercurio, cambió de nombre y de patronos, **[215]** cuando los protomártires de las Galias, encabezados por san Dionisio, primer Obispo de la Lutecia de los parisienses, la santificaron con su sangre; el *Mons Martis* o *Mons Mercurii* se transformó en *Mons Martyrum.* Al correr de los siglos aquel lugar fue teatro de tantos y tales acontecimientos religiosos y nacionales que llegó a ser

---

en 1896 había educado con todo el ardor a veinticinco generaciones de oficiales (*Corriere d'Italia,* 13-14 octubre 1896). Los cadetes procedían en su mayoría de la escuela preparatoria de Santa Genoveva, dirigida por los Jesuitas, de la que hablaremos dentro de poco. El diario de casa Sénislhac concluye con este último renglón: «Jueves, 24 de mayo. Esta tarde, hemos ido todas, a las ocho, a hacer una visita a don Bosco».

[1] Apéndice, doc. núm. 40.

considerado como el corazón de Francia, y los parisienses lo saludaron como la cuna de su fe. Después de los desastres de 1870 surgió en los católicos la idea de que era preciso desarmar la cólera divina con un gran acto de expiación, de penitencia y de consagración solemne de toda la nación al Sagrado Corazón de Jesús. La idea se propagó muy pronto y arraigó el proyecto de levantar un suntuoso templo al Sagrado Corazón. ¿Y dónde levantarlo sino allí, donde latían, por así decir, los más sagrados recuerdos de la historia de Francia? La idea, concretada de esta manera, penetró hasta en la Asamblea nacional, que con una ley, expresamente propuesta para el caso, y aprobada el 23 de julio de 1873, reconoció como obra de utilidad pública la institución de un santuario al Sagrado Corazón de Jesús [1].

Con presteza se empezaron los preparativos, que debían ser proporcionados a la grandiosidad de la empresa; pero, hasta el 16 de junio de1875, no se pudo colocar la primera piedra. Se necesitaron cinco años de trabajo para los cimientos. La basílica quedó cubierta el 3 de agosto de 1914 y se consagró el 19 de octubre de 1919.

Pero el enemigo del bien no estaba de brazos cruzados. A medida que los ciclópeos muros alcanzaban altura y la piedad de los franceses se polarizaba hacia aquel poderoso centro de vida cristiana y se extendía después a todos los rincones del país, la mala política iniciada después de la caída de Mac-Mahón, se iba alarmando, porque consideraba aquel monumento como un atrevido desafío de la reacción. La lucha se prolongó callandito a veces, y manifiestamente otras, hasta el estallido de la guerra europea, cuando la suprema ley de la salvación pública impuso silencio a los odios insensatos.

Ahora bien, el año 1883 coincidía con el período en que el desafuero de los radicales multiplicaba los esfuerzos para inclinar la legislación del **[216]** Estado hacia el laicismo total, y Montmartre los desasosegaba.

Sentado esto, se comprenderá mejor el valor documental de la carta que decía: «Desde el primer día de su llegada a París mi marido y yo, habiendo oído hablar de usted, de sus obras y de su amor a la juventud, hemos tenido el deseo de verle, y recibir su santa bendición. Movida por la convicción de la santidad de su vida y la nobleza de su misión, he contribuido gustosa en las colectas que se han hecho para usted en todas las iglesias, y no sólo he asistido a sus misas, sino que también he podido recibir de sus manos tres veces la santa comunión.

[1] El 29 de junio de 1873 sesenta diputados reunidos en Paray-le-Monial, habían consagrado Francia al Sagrado Corazón de Jesús.

La última vez que le vi fue en casa de la condesa de Gontant-Biron donde pude hablarle en la salita de visitas y pedirle que se dignase inscribirnos a mi marido y a mí en la asociación de cooperadores salesianos. Pero, después de la última comunión, me turba de tal modo un pensamiento, que no me puedo contener si no se lo manifiesto. Por mucho que mi carta pueda parecerle singular, estoy convencida de que usted, Padre, por estar tan lleno como está del espíritu de Dios y leer en las conciencias, me perdonará si le escribo. Ya sabe usted que nunca se debe rechazar una inspiración fundada en principios de fe y de amor divino. Le han pedido, y yo lo sé, que vaya al Sagrado Corazón de Montmartre, pero usted siempre se ha negado porque no quería (y me lo ha dicho el sábado don Camilo de Barruel) dar motivo para creer que se formase una manifestación, lo cual resultaría más perjudicial que útil para la construcción de un monumento, al que nuestro actual gobierno se muestra hostil. No sé hasta dónde puedan influir la política y los miramientos humanos en una alma como la suya; pero estoy segura, padre, de una cosa, y es que debe usted subir mañana a Montmartre, no para atraer a la gente, pues las masas le absorben ya demasiado, sino como simple sacerdote, sin notificarlo a nadie; debe ir para dar gracias al Sagrado Corazón de Jesús que le ha concedido tantas gracias y llevarle una ofrenda, aunque no fuera más que una piedra para la iglesia, como agradecimiento **[217]** por cuanto París le ha prodigado, desde hace algún tiempo, con tanto entusiasmo. En nombre de todas las Comisiones católicas y de todas las almas fervorosas, de las que tengo la suerte de hacerme eco, le suplicamos suba a Montmartre para rezar y dar gracias al Sagrado Corazón de Jesús, y rezar también por todos nosotros. La santa bendición que, desde lo alto de la cripta de San Dionisio mártir, dará usted a París, de quien ha recibido tan calurosa acogida, acarreará, estamos seguros de ello, beneficio a la ciudad y devolverá a Francia los sentimientos de fe, de honor y de caridad que ahora parece echar en olvido».

Si don Bosco hubiera tenido intención de hacer aquella visita, después de la lectura de este escrito, probablemente la prudencia se lo habría desaconsejado; por suerte, era inminente la partida y ya no podía disponer del tiempo a su gusto. Esto valió para disculparlo.

Se desearon en vano muchas otras visitas en París y fuera de la ciudad; veamos algunas.

---

[1] Véase LEMOYNE, M. B., vol. VIII, pág. 545 y sigs. La noticia que aquí traemos está sacada del diario de la señorita Bethford.

Residía en la capital francesa Francisco II, el rey destronado de Nápoles, y su domicilio no distaba mucho de la calle Ville l'Evêque. Conocía y apreciaba a don Bosco [1], y se esperaba que le iría a visitar; pero, al ver que no iba, se quejó de ello a la señora de Champeau. Esta se encargó de notificar al Santo el deseo y el disgusto del exrey y haría sin duda sus buenos oficios; pero, ignoramos cuál fue el resultado. Lo cierto es que no hubo ninguna visita.

También el obispo de Evreux, monseñor Francisco Grolleau, notificó al Siervo de Dios, por medio de su diocesano el conde De Maistre, que necesitaba verlo; y le suplicaba, por tanto, una visita en nombre de la caridad de Jesucristo y también de los sentimientos de fe y de deferencia, que él profesaba a los Pastores de la Iglesia [1].

El conde de Waziers presentaba al Santo la expresión de sus respetos, **[218]** le manifestaba cuánto se alegraría su familia al recibir su visita y aducía una serie de razones para convencerlo [2]; el señor Maujouan du Gasset quería que fuera a Nantes, *une des villes le plus catholiques de la Bretagne et de la France,* donde había muchos amigos de su Obra [3]; el deán de San Jaime en Douai ponía a su disposición la iglesia y la casa rectoral [4]; una señora descendiente de antepasados rusos le escribía una curiosa carta desde San Remo, donde le había conocido, invitándole para ir a Pau [5]; Las Hijas de la Cruz renovaron tres veces la súplica, para que fuera a consolar a la superiora enferma y viera sus necesidades espirituales [6]; la condesa de Medu pedía a don Camilo de Barruel que fuera don Bosco al colegio de las religiosas del Sagrado Corazón en la calle Picpus. Todos estos y muchos otros deseos quedaron insatisfechos por la imposibilidad de encontrar tiempo para ello.

Hay, además, otras peticiones de visitas, que no sabemos si fueron atendidas o no. Proceden de comunidades y de familias y tienen, como las anteriores, su valor por las manifestaciones que en ellas hacen, muy útiles para calcular el concepto en que don Bosco era universalmente tenido. Así las religiosas de María Libertadora quisieran que don Bosco fuese a celebrar una misa a su casa, después de la cual harían una colecta para su obras (calle Calais, veintitrés de abril); la superiora de las Siervas de María le ruega que vaya a bendecir a su

---

[1] Véase Apéndice, doc. núm. 41.
[2] Véase Apéndice, doc. núm. 42.
[3] Véase Apéndice, doc. núm. 43.
[4] Véase Apéndice, doc. núm. 44.
[5] Véase Apéndice, doc. núm. 45.
[6] Véase Apéndice, doc. núm. 46, A-B.

comunidad (calle Douguay-Touin, veinticuatro de abril); la superiora de la abadía del Bois, le escribe para obtener que vaya a celebrar en la capilla del colegio, en la que se venera a Nuestra Señora de la Ayuda, la misma advocación que María Auxiliadora (calle Sèvres, veinticuatro de abril); en el convento de Santa Clotilde le esperan las religiosas para su última comida antes de partir para Turín y se preparan para recibir dignamente tan gran **[219]** favor (calle Neuilly, cinco de mayo); la duquesa de Reggio le ruega que vaya a bendecir a unos enfermos.

Muchos no pretenden tanto, y se conforman con que les asegure que reza por las intenciones que le manifiestan: «Usted puede curarme al hijo, le escribe una madre; María Auxiliadora no le niega nada a usted».

Otra, después de recibir la promesa de que don Bosco rezará según sus deseos, quiere saber si le es lícito pedir a Dios que le conceda una gracia por sus oraciones: «No quisiera, dice, valerme de esa manera de sus oraciones, sin estar autorizada; pero, rezando así, creo que seré escuchada» [1].

Una señora, animada por el pensamiento de que su hermana Paula Dewarin Lorthiois ha obtenido por intercesión de don Bosco una gracia pedida con insistencia durante cuatro años, suplica le obtenga también a ella la misma gracia, esto es, que pueda tener descendencia.

Monseñor Richard, coadjutor del Arzobispo de París y su futuro sucesor, le ruega vivamente celebre una misa por un padre de familia enfermo en Nantes y le envía, después de haberla celebrado, una limosna de cien francos; en las dos cartas se encomienda encarecidamente a las santas oraciones del Siervo de Dios [2].

El señor De Chizeray sabe muy bien que don Bosco recibe abundantes peticiones de oraciones; sin embargo, añade una para sí y para su familia, porque está seguro de la eficacia que tiene ante Dios la intercesión del «santo sacerdote».

¡Cuánta confianza se tenía en la eficacia de las oraciones de don Bosco! Una señorita, después de varias inútiles tentativas logró finalmente llegar hasta él, mientras salía de San Sulpicio, y poniéndole la mano sobre el brazo le recomendó el porvenir de su hermano. Estudiaba este joven en la academia militar de Saint-Cyr y tenía que presentarse a exámenes importantes; por eso, quería que el Santo rezase. Pero después se preguntaban madre e hija:

---

[1] Véase Apéndice, doc. núm. 47.
[2] Véase Apéndice, doc. núm. 48, A-B.

—¿Habrá oído la recomendación? **[220]** Si la ha oído no se necesita más; pero ¿y si no la hubiese oído?

Para mayor seguridad le escribió la madre a Turín, ansiosa y llena de fe [1].

Durante la primera mitad de mayo se tenía en Francia una encarnizada lucha electoral, en la que los partidos extremistas ganaban terreno. En el decimosexto colegio electoral de París el señor Calla estaba empatado con un rabioso anticlerical. La segunda vuelta electoral debía celebrarse el día veinte.

La esposa del candidato encomendó a don Bosco el éxito de la votación en términos profundamente cristianos. La victoria fue favorable a su marido y don Bosco se enteró de ello poco después por los diarios en Turín. La *Unità Cattolica,* que lo contaba, decía también según la opinión de los buenos, que debía agradecer a don Bosco aquel resultado, el cual hubiera sido imposible obtenerlo sin una gracia de María Auxiliadora, debida a sus oraciones [2].

Tenemos que hablar todavía aquí de visitas hechas, cuyos detalles no se conocen, y de otras, de las que estamos suficientemente informados, pero cuya fecha no hemos podido averiguar.

De la iglesia de San Ignacio en la calle Madrid y de la parroquia de Santa Margarita, en la que se venera una imagen de María Auxiliadora, sólo podemos decir que efectivamente fue.

El día dieciocho de mayo visitó, en la calle de la Universidad, a la familia Gautier; pero sólo sabemos que la señora, mientras entraba él en casa, le entregó una tarjeta, en la que decía: «Desde lo más hondo del alma le agradecemos su entrada en nuestra casa y le suplicamos, como favor especial de esta visita, nos obtenga la gracia de conocer la voluntad de Dios para el matrimonio de nuestro buen hijo y la de someternos en todo al querer de la Providencia». En la calle Jacob había una escuela normal católica, fundada por la señorita Désir, y destinada a la formación de maestras cristianas para las hijas de familias nobles. **[221]** Rogáronle las fundadoras que fuera allí a dar su bendición, y satisfizo su deseo poco después el día veinte de mayo. El día veinticinco celebró la misa en la iglesia de Santo Tomás de Aquino; lo certifica una madre, que esperaba de su «inagotable bondad» el consuelo de que la recibiera allí aquel viernes después de misa, en la sacristía, y le decía: «Mi hija está muy enferma y tengo tanta confianza en sus oraciones que he intentado todos los caminos imaginables

[1] Véase Apéndice, doc. núm. 49.
[2] Véase Apéndice, doc. núm. 50, A-B.

para llegar hasta usted sin lograrlo. Le suplico de rodillas que me dé esta esperanza para pasado mañana por la mañana y le guardaré eterna gratitud».

No sabemos la fecha exacta de la visita que hizo a la escuela de Santa Genoveva, en la calle Lhomond. Era un gran colegio de Jesuitas, que tenían allí un instituto superior clásico, donde preparaban a la juventud especialmente para las academias militares. Después de la expulsión, los Jesuitas habían cedido el puesto a sacerdotes seculares, entre los que se hallaba el abate Odelin, con el cargo de capellán; sin embargo, el presidente de ministros, Jules Ferry, había autorizado para seguir en el colegio a dos celebridades, los padres Cosson y Joubert, a fin de que el instituto no perdiera el alumnado.

El capellán Odelin, que tomó parte en el recibimiento y guarda todavía vivo recuerdo del mismo, cree que fue en mayo [1]. Don Bosco se encontró con los alumnos reunidos en el locutorio. Como tenía ante sí a jóvenes de familias acaudaladas, les habló del gozo que nos proporciona ocuparnos de los desvalidos y les exhortó a cumplir siempre los deberes que les imponía su condición social, conservando intacta la fe de sus padres y de sus profesores. Al despedirse, el hijo de un general del Imperio, a quien el tartamudeo podía obstaculizar la carrera, se echó a sus pies como ante un santo, y, con acento que califica el capellán de inolvidable, exclamó:

—Padre, confío en usted. Se lo suplico, ¡cúreme!

Y le contestó don Bosco:

—Hijo, confíe en Dios; **[222]** pídaselo, y El le curará.

Es una escena verdaderamente evangélica, pero que nos deja con el deseo insatisfecho de saber cuál fue el final.

Desde allí llevóle monseñor Odelin a visitar el Instituto Católico. Durante el trayecto de diez minutos en coche, don Bosco ponderaba la importancia de la enseñanza superior, sobre todo para los sacerdotes, e hizo esta reflexión:

—No hay nada más penoso para un sacerdote que tener que tratar con una conciencia enredada.

Muchos estudiantes eclesiásticos y seglares rodearon familiarmente al «santo de Turín». ¡Lástima que nuestro Monseñor volviera en seguida a la calle Lhomond y dejara allí a don Bosco con el secretario!

Hay otra visita, cuya fecha exacta ignoramos, a la que siguió un gran prodigio. En la calle Sèvres está la iglesia de Jesús, cerca de

---

[1] Véase *Semaine religieuse* de París, 8 de febrero de 1930 y *Bulletin Salésien*, de mayo del mismo año.

donde estuvo la librería Josse; en ella celebró don Bosco. Al salir, se le paró delante una pobre enferma, colocada en un sillón de ruedas. La había llevado hasta allí un hombre, que hoy goza de fama universal en el mundo de los doctos, el historiador de la Bastilla, Funk-Brentano, del Instituto de Francia. El mismo contó recientemente el hecho [1].

Hacía muchos años que la señora Gérard pasaba sus días clavada e inmóvil en una camilla. La madre del historiador, que era una mujer de fe y piedad, experimentaba siempre viva compasión al verla en aquel estado; enterada de los milagros que se atribuían a don Bosco, pensó en la pobre desvalida. ¿Pero, cómo llegar hasta él? Un buen día fueron los vecinos a decir que don Bosco celebraría la misa, a la mañana siguiente, en la cercana iglesia de Jesús. Había llegado el momento de intentarlo. Envió sin más al hijo a alquilar un sillón de ruedas; díjole después que acomodara en él a la enferma y que empujara aquel vehículo hasta donde estaba don Bosco.

[223] El joven estudiante, que cursaba estudios en la escuela de paleografía, dejó a un lado los códices medievales y puso las manos en aquella buena obra. Con delicadas precauciones y ayudado por los amigos, bajó hasta la calle a la paciente, cuya enfermedad no sabe él ahora cuál fuese; la colocó sobre el sillón de ruedas y muy despacito la empujó hacia adelante, como hacen las niñeras en los jardines públicos con los cochecitos de los bebés. Aguardaron en la puerta de la iglesia a que terminara la función. Finalmente salió don Bosco, acercóse a la señora Gérard, que le contó en pocas palabras la historia de su enfermedad y le manifestó toda su esperanza. El Siervo de Dios rezó con ella una oración y le dio la bendición. Entonces, en un instante, la mujer se sentó, dio un brinco, se puso de pie y echó a andar. Le costó mantener el equilibrio a los primeros pasos; pero después, fuera de sí por la alegría, volvió casi corriendo a su casa.

Don Bosco ya se había marchado y Brentano estaba todavía allí pasmado junto al sillón vacío, hasta que se decidió a desandar el camino por donde había venido y devolver el sillón a su madre. La curación fue completa y duradera. Durante mucho tiempo volvió a ver cada mañana a la señora del milagro encaminarse al *Gayne-Petit,* gran almacén de novedades, donde había encontrado colocación.

Hay una relacion de la condesa Riant, sin más indicaciones que el día de la semana. Hacía algunos años que el Conde vivía alternando la cama con la camilla. Don Bosco le visitó y le bendijo y, después de

[1] Véase *Bulletin Salésien,* octubre de 1930.

la bendición, el Conde empezó a levantarse y a caminar; no curó perfectamente, pero pudo, durante el resto de su vida, dedicarse a obras de beneficencia y a los estudios. Había prometido mil francos mensuales durante un año, si se ponía mejor; parecióle la gracia tan evidente que se creyó en el deber de mantener la palabra dada. Al enviarle el segundo plazo, la Condesa recomendó a don Bosco un hijo que se había puesto enfermo; el Santo le contestó, por medio del secretario, dándole las gracias e infundiéndole **[224]** nueva esperanza en la poderosa intercesión de María Auxiliadora [1].

Por los periódicos y las cartas podemos argüir que, en estas visitas a casas privadas, su bendición obró muchos otros prodigios, cuyo número y calidad resulta imposible determinar y exponer con precisión. Humildad y prudencia pedían reserva; sin embargo no puede negarse la realidad de algunos, aun sin tener elementos cronológicos o topográficos exactos.

Así, una carta escrita a don Miguel Rúa, desde Quimper el 8 de octubre de 1894, habla de una señora, que fue bendecida por don Bosco en París y obtuvo la curación de un mal físico y aflicciones morales. A continuación, le había dado el Santo esperanzas de una conversión, que parecía entonces muy difícil; y su previsión se cumplió once años después. La Condesa de Eu, hija de don Pedro, el emperador de Brasil, tenía enfermo a un hijo, presunto heredero del trono. Invitó a don Bosco a ir a su casa, fue escuchada y el enfermo comenzó a mejorar enseguida; pero la mejoría no alcanzó la curación. En efecto, el capellán de la familia escribía en el mes de agosto a don Miguel Rúa y pedía oraciones en nombre de la madre, describiendo un estado del príncipe poco consolador. Una carta de don Bosco a la Condesa le aseguraba sus oraciones y las de sus hijos [2]. Más tarde, envióle don Bosco respuesta al Príncipe con una carta, y supo por su preceptor, que la madre, al regresar a Río de Janeiro, había hablado en su favor al Soberano. Tanto ella como su esposo se consideraron honrados por ser inscritos entre los primeros Cooperadores de Brasil.

Más portentoso es el hecho siguiente. Una tarde fue llamado don Bosco a bendecir a un muchacho enfermo, que tenía de doce a trece años. Contestó que iría a bendecirlo, pero con una condición:

—¿Qué condición?, preguntaron los parientes.

—Que mañana venga a ayudarme a misa.

---

[1] Véase Apéndice, doc. núm. 51, A-B.

[2] Véase Apéndice, doc. núm. 52, A-B.

[225] —¡Imposible!, exclamaron ellos a una. ¡Está enfermo hace mucho tiempo y su enfermedad es muy grave!

—Si quieren que yo vaya, es preciso que me den palabra.

—Si usted lo dice, le damos palabra.

En casa del enfermo se encontraban varias personas distinguidas, entre ellas una señora de Bogotá, capital de Colombia, que se apellidaba Ortega y era hija de un médico. Se acercó don Bosco al enfermo y le dijo:

—Me han pedido que viniera a bendecirte; pero no quería venir, sino a condición de que mañana vayas tú a ayudarme a misa en tal iglesia (y se la indicó). Por tanto, si tú me lo prometes, yo te bendeciré.

—¿Y cómo tengo que hacer, después de tanto tiempo como me encuentro en este estado?

—Ten fe y la Virgen podrá ciertamente darte fuerzas para venir.

—Pues bien, se lo prometo.

—Muy bien. Hagamos ahora una breve oración y después te bendeciré.

Don Bosco le bendijo y a la mañana siguiente, cuando llegó a la iglesia indicada, allí estaba aguardando el muchacho perfectamente repuesto. Fue éste uno de los hechos, que más entusiasmo despertó en París; y más aún, al comunicarlo por escrito la señora colombiana a sus parientes de Bogotá, sirvió para excitar el vivo deseo, que allí se manifestó poco después, de tener a los hijos de don Bosco. Don Miguel Rúa añadió, al dar este testimonio:

—«Yo oí contar este hecho muy pronto en París, donde me encontraba, ocupado continuamente en despachar la abundante correspondencia de don Bosco, ayudado por cuatro secretarios más, que trabajaban con admirable celo» [1].

Y he aquí un hecho más, atestiguado por don José Bologna. El señor De Bien, de Courtrai (Bélgica), se quejaba de que un hijito suyo estaba enfermo desde su **[226]** nacimiento; el pobre niño tenía el cuerpo cubierto de pústulas, de suerte que daba pena verle. Su padre, enterado de lo que hacía don Bosco en París, le escribió recomendándoselo; el Santo contestó que hiciese una novena a María Auxiliadora y tuviese esperanza. Al noveno día, mientras estaba toda la familia sentada a la mesa, fue víctima el niño de una violenta disentería.

—¡Flotaba dentro!, solía decir el padre. Pero después estaba sano como un pez.

---

[1] Véase *Summ. sup. virt.*, núm. XVII, n.º 30.

Hemos reservado una visita del día dieciocho de mayo para cerrar este capítulo. La princesa Margarita de Orleáns, hermana del conde de París, Luis Felipe Alberto, y segunda esposa del príncipe Ladislao Czartoryski, invitó al Siervo de Dios a celebrar la misa en su palacio Lambert [1]. Al punto lo notificó a su hermano ausente y éste contestó que rogara a don Bosco retrasase su visita los días que él necesitaba para tener tiempo de llegar allí. Cuando el Príncipe llegó, fue don Bosco. Le esperaban siete Príncipes; todos los cuales, incluido el conde de París, comulgaron; recibieron su bendición y escucharon con respeto su palabra. Le ayudaron a misa el príncipe Czartoryski y su hijo Augusto. Este, que se hizo salesiano tres años después, dijo a don Juan Bautista Lemoyne que los Orleáns hicieron tal recibimiento oficial a don Bosco en París, como quizás no lo habían hecho ni a Príncipes; y eso a pesar de que, como observaba don Augusto, la casa de Orleáns guarda con celosa reserva sus costumbres regias. A estas manifiestas señales de fe y de piedad aludía don Bosco cuando, al salir de París, dijo al que lo acompañaba:

—Si hubiera en Francia al frente de la nación **[227]** hombres como éstos, la religión tendría su puesto de honor.

Se remonta a aquel tiempo el despertar de la vocación religiosa en el príncipe Augusto Czartoryski; el encuentro con don Bosco en el palacio Lambert, morada ordinaria parisiense de la familia, fue decisivo. También el Príncipe padre, deseaba recibir a don Bosco en su casa, movido por un pensamiento patriótico: quería él atraer la atención del gran Apóstol turinés hacia la desdichada Polonia, con la esperanza de que enviara allí a sus hijos y a dondequiera que hubiese colonias polacas en el mundo. Es sabido cómo los polacos, para sustraerse al yugo de los opresores, que habían dividido su país, se dispersaron por naciones hospitalarias, dando origen a una diáspora parecida a la de los Judíos. El hijo Augusto, estimulado por una fuerza misteriosa, pedía a su padre que hiciese ir con tiempo al Siervo de Dios, antes de que estuviese demasiado próxima su salida de París. En lo secreto de su ánimo sentía ya el joven príncipe, desde hacía unos años, una voz confusa, que le llamaba a una vida de más unión con

[1] Que esta visita fue en el Hôtel Lambert lo certificó en 1931 la princesa Blanca de Orleáns, hermana de Margarita, como se aprecia en cartas de marzo de aquel año, que se guardan en nuestros archivos. Lo mismo fue confirmado por la marquesa de Dresnay (Château du Cormier, Charente Inférieure), que fortuitamente encontró una medalla que don Bosco entregó a su madre en el Hôtel Lambert y acompañada por esta nota escrita, que nos pone en conocimiento también de la fecha: *Bendecida por don Bosco el 18 de mayo de 1883.* (Carta a don A. Auffray, 15 de abril de 1934). La misma señora había escrito, ya el 25 de marzo, otra carta interesante acerca del encuentro de su padre en casa del príncipe Czartoryski (Apéndice, doc. núm. 53).

Dios; parecíale entonces presagiar confusamente que se aproximaba el momento de que iba a encontrar a quien le haría de guía en la ardua decisión.

Las primeras palabras del Santo le impresionaron. Al verle ir a su encuentro, don Bosco le saludó con estas palabras:

—Hace ya mucho tiempo que deseaba conocerle.

Después de la misa, no sabía separarse de su lado; le miraba a la cara, observaba sus actos, bebía ávidamente sus palabras. No hablaron nada entonces sobre la vocación; pero el Príncipe quedó cautivado de tal modo por las maneras de don Bosco, que empezó con él una filial correspondencia epistolar enviándole frecuentes limosnas. El primer autógrafo del Santo al futuro don Augusto, que llegó hasta nosotros, es precisamente una cartita de acción de gracias, fechada el 4 de octubre del año 1883. Está escrita en francés y dice así:

«Con profundo agradecimiento he recibido las mil liras que V. S. ha querido enviar para nuestros huerfanitos. **[228]** Nuestros muchachos rezarán y comulgarán conmigo, según las intenciones del señor Príncipe, implorando sobre él gracias y bendiciones».

Lo volveremos a encontrar junto a don Bosco en el curso de nuestra historia, antes de que llegue el día de su ingreso como aspirante en la Congregación Salesiana [1].

Todo cuanto hemos narrado hasta ahora y lo que nos queda por contar, parecería sucedido en plena edad media; en cambio, sucedió en el corazón de París, en el gran centro del moderno laicismo. Señal evidente de que el mal no ahogaba en ella al bien ni siquiera entonces. Don Bosco no juzgó nunca a la capital francesa a la manera de ciertos escritores y otros que no lo son, los cuales la señalan con una especie de deleite sádico, para aborrecimiento de los buenos, como una ciudad de perdición. El año 1884 el abate Mourret, de San Sulpicio, se encontró en Roma con el Siervo de Dios, hablaron de su viaje a París, y le oyó exclamar:

—¡Ah, París, París! ¡Qué imborrables recuerdos me ha dejado! ¡Qué población tan buena! ¡Y qué corazones! [2].

Parece que se puede calificar a París de ciudad de los contrastes. El bien que hay en ella no es inferior al mal; sólo que, como lo comporta su misma naturaleza, hace menos ruido y, por consiguiente, se da menos a conocer. La visita de don Bosco fue una ocasión que puso de manifiesto extraordinariamente el lado bueno de la gran metrópoli.

[1] Véase Can. Doctor G. LARDONE, *Il Servo di Dio Principe Augusto Czartoryski*, sacerdote salesiano. Turín, S. E. I. 1930.

[2] *Bulletin Salésien*, junio 1931.

[229]

CAPITULO VII

EN PARIS: CONFERENCIAS

LLAMAMOS aquí conferencias, a la manera italiana de hoy, a lo que llaman en Francia *sermons de Charité* o pláticas amistosas, en las que se hace un llamamiento a la caridad del auditorio, exponiendo la naturaleza, la situación y las necesidades de una obra benéfica. Don Bosco habló de esta manera desde algunos púlpitos parisienses a numerosos auditorios con un lenguaje sencillo y llano, pero franco y cordial, que calaba hondo en el alma y conmovía. El padre Félix Giordano, de los Oblatos de María, refería en Niza algunas observaciones de un señor francés sobre las conferencias de don Bosco en París, que van muy bien para abrirnos el camino de lo que vamos a narrar [1].

En París, decía aquel señor, prestamos oídos de mercader a los predicadores de mucha fama; para sacarnos de esa apatía, se requiere que venga a vernos don Bosco. Viene don Bosco, se difunde la voz de su llegada y he ahí que se mueve la alta sociedad; todos quieren verle y oírle. Sube al púlpito, sin ninguna de esas dotes personales, que cautivan inmediatamente al público, todos sus recursos oratorios son una pobre sotana, un rostro bondadoso, unas maneras sencillas y una palabra poco cuidada. Y, sin embargo, no hay uno que lo desapruebe, **[230]** sino que todos lo escuchan con respetuoso silencio. Cuenta la historia de sus oratorios, de sus colegios, de sus misiones e intercala máximas y episodios, que son oídos con gusto. Habla siempre despacio y con calma, de modo que todos pueden seguirle. Nadie se extraña de su acento extranjero y de su fraseología no muy castiza. Habla al corazón y le escucha el corazón, que no el oído; efectivamente surcan los rostros lágrimas de conmoción y, después, no se habla en las casas de otra cosa. En conclusión, basta que abra la boca don Bosco para que sea el hombre más considerado y obedecido.

Después de referir conceptos del señor francés, los explica el religioso diciendo que son hechos, que sólo se leen en las vidas de los

[1] Carta a don Miguel Rúa, 25 de marzo de 1888.

santos, porque están llenos de Dios, y no es el hombre quien habla, sino el mismo Dios. Dio su primera conferencia en el santuario de Nuestra Señora de las Victorias, que es en París lo mismo que el de las Consolación (*Consolata*) en Turín; uno de sus recientes historiadores asegura que cada día visitan aquella iglesia unas seis mil personas. Los exvotos cubren completamente las paredes hasta las bóvedas y llegan hasta la sacristía [1]. Tiene en ella su sede la Archicofradía de María *Refugium peccatorum.*

Precisamente fue allí don Bosco el sábado 28 de abril a celebrar la misa semanal por la conversión de los pecadores. Lo acompañaban en el altar el cura párroco y el abate Sire. Nunca se había visto, al decir de los asistentes asiduos a aquella misa en el santuario, un concurso como el de esta ocasión. Se celebraba a las nueve y a las siete ya no cabía una alma más. El espectáculo de tan enorme afluencia arrancaba a los labios de los fieles, acostumbrados a ir cada sábado, expresiones de estupor y de lamento por no poder entrar. Hubo una mujercita que contestó a quien se extrañaba:

—Es la misa de los pecadores celebrada hoy por un santo.

[231] Don Bosco habló después del Evangelio. No ha llegado hasta nosotros el texto de su alocución; los periódicos se conformaron con decir que exaltó la caridad y expuso la finalidad de sus obras. Mientras distribuía la comunión, sucedió un hecho que ya hemos contado: la repentina aparición de Luis Colle. Esta visión le distrajo; comulgatorio, fieles y sacerdotes, todo se eclipsó a sus ojos; él seguía parado con el pulgar y el índice a punto de tomar la hostia del copón, pero sin levantar la mano. Los presentes no veían nada, ni advirtieron el coloquio interior que tenía lugar en aquel momento y que ya hemos relatado; los sacerdotes de la parroquia creyeron que estaba muy cansado y fueron a administrar ellos la comunión, mientras otros se acercaron a él y lo llevaron de nuevo al altar. Cuando volvió en sí, se encontró ante el misal.

Después de la misa hubo una equivocación que ocasionó una escena algo ruidosa. Por miedo a que el ímpetu de la gente atropellase a don Bosco, quiso el párroco retenerlo en la sacristía; pero una señora, imaginando que había en aquella tentativa algo de envidia por la popularidad del Santo, adelantóse con paso marcial, agarró a don Bosco por un brazo, lo sacó fuera y lo acercó a la gente, desahogando su desaprobación como una falta de miramiento hacia él. El párroco,

[1] Véase vol. XV, pág. 87.

avergonzado, haciendo un acto de gran virtud, no resolló por respeto a la persona que le sometía a tamaña humillación. Era la señora de Cessac, nobilísima dama, que perteneció a la corte de la emperatriz Eugenia. Su marido había ocupado elevadísimos cargos en la época del imperio. Ella estimaba tanto a don Bosco, que le confiaba todos sus secretos; y parece que recibió de él muchas cartas de dirección espiritual. Así se dice; pero hasta ahora nosotros no conocemos ni una. Para asistir a las misas del Santo, en París, se sometía al doble sacrificio de anticipar su hora de levantarse y esperar a veces horas. Tenía, además, continuamente su propio coche **[232]** a disposición del Siervo de Dios. Era la noble dama mujer muy culta y de ánimo firme y esforzado, trataba regiamente hasta con personajes distinguidos; mas, con don Bosco, olvidaba toda etiqueta. También los hijos de don Bosco, cuando es establecieron en Ménilmontant, podían ir a su casa en cualquier momento; siempre les dispensó su generosidad y protección.

La multitud llenaba la iglesia e impedía el paso por la plaza de los Petits Pères (Padrecitos) [1], a la que da la puerta principal; cuando don Bosco salió, todavía estaba interrumpida la circulación [2].

Muchísima gente, que no había podido entrar en Nuestra Señora de las Victorias, se aseguró un puesto al día siguiente en la Madeleine. Esta iglesia, notablemente más amplia, es la más aristocrática de París. Suelen ocupar su púlpito predicadores famosos. Quizás no se hubiera atrevido don Bosco a hablar desde tan elevado lugar, si el Arzobispo mismo no le hubiese inducido. En la audiencia que el Cardenal le concedió a su llegada, díjole espontáneamente al despedirle, que hiciera una colecta para sus obras en la Madeleine, precedida de una conferencia. En principio don Bosco intentó librarse de hablar ante un auditorio tan selecto, alegando su escaso conocimiento de la lengua francesa. Pero respondióle Su Eminencia:

—¡No, no; hable, hable! París le creerá más a usted que a otros.

Verdaderamente era ésta una atención muy delicada y conmovedora, a la que correspondió con la misma delicadeza, absteniéndose siempre en París de hacer colectas públicas por su iglesia del Sagrado Corazón en Roma. Tres obras sobre todo absorbían entonces las solicitudes pecuniarias del cardenal Guibert: el templo de Montmartre, la

---

[1] Así había llamado antiguamente el pueblo a los religiosos agustinos que, en 1629, habían edificado la iglesia.

[2] Uno de los vicarios, que el día de la conferencia no había podido hablar a su gusto con don Bosco, le escribió más tarde una carta que rebosa veneración (Apéndice, doc. núm. 54).

organización de las escuelas libres y el Instituto Católico. Por lo cual, el ofrecimiento de una colecta en una de las iglesias más ricas de la capital se **[233]** debía considerar como un signo de gran favor, de un favor tan señalado que tal vez no tenía igual.

Los periódicos del día veintiocho anunciaron la conferencia con amplios informes en torno a la vida y las obras del conferenciante [1]. A las tres de la tarde tenía que empezar la conferencia; pero, ya desde la una, había había mucha gente esperando y no era solamente gente del pueblo. La suerte que corrieron el día anterior los de última hora, que quedaron inexorablemente fuera de la puerta, había enseñado cómo se debía hacer para lograr dentro del templo un puesto cualquiera, si lo había.

Como se preveía una concurrencia excepcional, se sacaron fuera todos los muebles no estrictamente necesarios. Los hombres llenaron hasta el coro, ocuparon incluso los peldaños y la tarima del altar. Tuvieron que sudar lo suyo los que abrieron paso al Siervo de Dios entre la masa de gente. Hubo, entre otros, un señor de alta y vigorosa estatura, que se le ofreció para aquel servicio desde la entrada. Al apearse don Bosco del coche, aquel señor le dio el brazo para sostenerlo y defenderlo del gentío que lo oprimía. El Santo, creyendo que era francés, quiso agradecérselo; pero aquél le preguntó en puro piamontés, cómo se encontraba. Don Bosco le miró sorprendido gratamente pero sin conocer quién era.

—¿No me conoce?, preguntó aquel señor. Y, sin embargo, nos vemos de vez en cuando.

—En este momento, contestó don Bosco, tengo la cabeza cansada... No sabría...

—¡Soy turinés... Buscaglione!

—¡Ah, ahora sí que le conozco!

El comendador Buscaglione era profesor en la Universidad de Roma, director de la agencia Stéfani, cónsul de España y Gran Oriente de la masonería turinesa, pero apreciaba mucho a don Bosco y procuraba en la enseñanza respetar la conciencia de los alumnos. Cuando cayó enfermo en Nápoles, **[234]** fue asistido por monjas y, pocas horas antes de expirar, mandó llamar a un sacerdote. Sus relaciones con don Bosco le habían hecho un gran bien.

---

[1] Como muestra de los artículos que aparecieron en los periódicos de aquellas semanas parisienses sobre don Bosco, presentaremos a su tiempo y lugar algunos en el Apéndice. Comenzamos aquí con el artículo que publicó el católico *Univers* el 20 de abril (Apéndice, doc. núm. 55).

Así, pues, precedido y protegido por un grupo de valientes, avanzaba lentamente hacia el púlpito, mientras todos los que podían agarraban sus manos para besárselas. Por fin, apareció allí arriba y saludó con una ligera inclinación de cabeza al auditorio; se sentó, y midió con la mirada aquella masa de gente, que le contemplaba. Con las fuerzas tan mermadas, con aquel conocimiento tan rudimentario de la lengua, otro extranjero, un italiano que no fuese don Bosco, se habría sentido desfallecer ante tan numeroso y selecto público, habría soltado del mejor modo posible cuatro frases recomendando la limosna y se habría industriado por zafarse cuanto antes de una situación tan embarazosa. El, por el contrario, sin perder lo más mínimo de su calma habitual y con la humildad de quien por amor al prójimo no hace el menor caso del mal papel, por bochornoso que éste fuera ante sus semejantes, pronunció un discurso relativamente largo.

Su voz apagada no llegaba seguramente muy lejos, y, sin embargo, no se advirtió la menor señal de protesta o de descontento, como es natural que suceda en casos parecidos. Hablaba despacito, pronunciando las palabras de una manera tan clara que, sin dificultad, se podía escribir cuanto decía. En efecto, un redactor de la *Gazette de France* y algún otro taquigrafiaron fácilmente todo lo que dijo. Lo traducimos aquí, encerrando entre paréntesis algunos períodos omitidos por la *Semaine Catholique* de París, que lo reprodujo.

Señores,

Estoy profundamente conmovido a la vista de tan numeroso público y no sé cómo responder a esta solícita atención. Es una satisfacción indecible para mí **[235]** hablar a una asamblea tan notable de buenos católicos. Acerca de la juventud vamos a tratar.

De acuerdo con las palabras de uno de vuestros más ilustres prelados, monseñor Dupanloup, la sociedad será buena, si dais una buena educación a la juventud; si la dejáis caminar al impulso del mal, la sociedad resultará corrompida. Cuando me hablan de la juventud, decía un santo sacerdote, no quiero que me hagan proyectos; quiero ver los resultados obtenidos. Pues bien, voy a exponeros con sencillez lo que la divina Providencia nos ha permitido hacer por la juventud; vuestros corazones se enternecerán.

Os interesaréis por nuestros pobres huérfanos abandonados. No sólo queremos mantener, educar e instruir a todos los que ya hemos recogido; queremos salvar a muchos más. Antes de explicaros nuestras obras, os indicaré cómo pienso pagaros mi deuda.

Por concesión especial del Padre Santo, puedo daros a todos los aquí reunidos ante el Señor, para vosotros y para vuestras familias, una bendición, que lleva aneja la indulgencia plenaria. Mañana celebraré la misa, según la intención de todos los que prestan su colaboración a nuestra obra y, especialmente, de nuestras caritativas limosneras, del señor cura párroco y del clero de la parroquia. Pediré al Señor que os

conceda a todos sus más especiales bendiciones. Que Dios os consuele, os colme de sus gracias y me ayude hoy a expresarme dignamente ante vosotros.

La primera cosa que se pregunta a un hombre, que habla de grandes proyectos, es que muestre la intención de su obra y su finalidad. Lo que se le pregunta después es que indique el resultado obtenido. Respondo a la doble pregunta, explicando el fin general de nuestra obra.

Al hablar de la juventud, yo no me refiero a la que crece en medio de exquisitos cuidados en familias acomodadas, en colegios u otras instituciones; sino que hablo exclusivamente de los niños abandonados, de los vagabundos que andan por caminos, calles y plazas. Hablo solamente de estos seres desvalidos, que, más tarde o más temprano, son el azote de la sociedad y acaban por ir a poblar las cárceles.

Cuando yo iba a las cárceles de Turín a ejercer el sagrado ministerio, comprobé la necesidad de mi obra. Me encontré entre los presos una multitud de jóvenes, hijos de padres muy honrados. Era evidente que, aquellos muchachos no se habrían entregado nunca al mal de haber recibido una buena educación. Ahora bien, yo pensé que, si al salir de la cárcel, seguían a su libre albedrío, necesariamente acabarían mal; pero, si se les cuidaba, reuniéndolos los domingos, tal vez podía encontrarse la manera de apartarlos del vicio.

Para alcanzar un buen resultado, cuando no se tienen medios, ¡hay que poner manos a la obra con la mayor confianza en Dios! Así empezamos la obra de nuestro oratorio festivo; **[236]** pronto se juntaron a los salidos de la cárcel todos los vagabundos. Se llegó a preparar una casa capaz de albergar a muchos y, al cabo de cierto tiempo, se pudo cercar el patio con una tapia.

Entonces, con la ayuda de jóvenes ricos de la ciudad, nos ocupamos de aquellos pobres huérfanos, enseñándoles música y entreteniéndolos con juegos, gimnasia y declamación en veladas literarias; y, más adelante, se les proporcionaron muchas diversiones después del desayuno y de la merienda. Los primeros frutos obtenidos me hicieron reconocer que la obra venía de Dios.

Cuando nos fue posible tener una capilla, vinieron algunos sacerdotes para confesar a nuestros huérfanos, y así, mientras unos se divertían con los colaboradores de la obra, los otros se confesaban y comulgaban. A una hora determinada, sonaba la campanilla, se acababan los juegos y, todos juntos, asistían a los oficios divinos. De este modo quedaba el tiempo completamente ocupado desde la primera hora de la mañana hasta el mediodía. Entonces recobraba cada uno su libertad; a las dos, nos juntábamos de nuevo y se repartía otra vez el tiempo entre la catequesis, las vísperas, la bendición y el recreo.

Los jóvenes ricos que nos ayudaban en nuestra obra, dedicaban parte de su tiempo libre para buscar trabajo a nuestros huérfanos, visitaban a empresarios, industriales y comerciantes y colocaban a muchos.

Pronto vinieron en nuestra ayuda las señoras, que se ingeniaban para proporcionar ropa a nuestros pobres muchachos.

[Nuestra obra era entonces doblemente útil porque preservaba del mal a los vagabundos que recogíamos y rehabilitabamos y consolidaba después de la caída a los jóvenes que salían libres de la cárcel]. Entre los vagabundos recogidos en Turín había algunos muy mayores y muy ignorantes. Al poco tiempo, al verse en el oratorio junto a los más jóvenes, ya instruidos por nosotros, se avergonzaban de su ignorancia. Dios nos sugirió la idea de crear escuelas nocturnas para ellos y tuvimos a menudo la satisfacción de reunir de ciento cincuenta a doscientos mozos, que después llegaban a pedirnos espontáneamente confesarse y comulgar. [Tuvimos aquí la suerte de salvar-

los precisamente al borde del abismo]. Poco más tarde tuvimos que organizar escuelas diurnas.

Cuando iba por la ciudad, y me encontraba con algún muchacho sin medios de vida, le preguntaba:

—¿Quieres trabajar?

—Sí, me contestaba; pero no sé adónde ir.

—Yo te lo indicaré.

—No me recibirán, porque voy hecho un andrajo.

—Ven conmigo, y te vestiremos.

Y todos me seguían con gusto. Esa es la historia de la fundación de nuestros oratorios, convertidos en hospicios u orfanatos.

Más adelante vimos la necesidad de preparar honrados trabajadores **[237]** para el campo y en Italia, en Francia y, sobre todo en España y en América, organizamos orfanatos agrícolas.

El feliz éxito de nuestros esfuerzos en la educación de los jóvenes nos indujo a intentar las mismas obras para las jóvenes y, gracias a la fundación de las Hijas de María Auxiliadora, pudimos lograrlo.

La historia de nuestras obras sería demasiado larga; me limitaré a responder a la pregunta que interiormente me hacéis. ¿Es satisfactorio el resultado obtenido? Puedo responder que sí. Nuestras casas se han multiplicado por Italia, Francia, España y, especialmente, por América. Ciñéndome a hablaros de lo que toca a Francia, os diré que tenemos en Niza una casa con doscientos treinta muchachos. En La Navarre, distrito de La Crau, hay ciento veinte jóvenes internos que se dedican a las labores del campo. En Saint-Cyr, entre Tolón y Marsella, tenemos un amplio orfanato para niñas pobres y abandonadas. A más de la iglesia y la escuela, donde están todas juntas, aquellas muchachas atienden a las labores propias de su condición. Durante el día, trabajan en la horticultura; por la tarde, se dedican a la costura. Nuestra casa de Marsella tiene trescientos internos, y más de ciento cincuenta externos solicitan la admisión. [Por desgracia falta local, a pesar de haber construido amplios edificios. Debido a ello tenemos elevadísimas deudas que hay que pagar. Pero nos llegará la ayuda, porque hemos trabajado sólo para gloria de Dios, bien de la sociedad y salvación de las almas].

A medida que nuestras casas han ido desarrollándose, hemos comprobado, por una parte, que muchos de nuestros huérfanos tenían especialísimas aptitudes para los estudios literarios, y, por otra, nos hemos visto en la necesidad de aumentar en notables proporciones el número de nuestros catequistas, maestros, y asistentes. [Gracias a Dios hemos podido crear una obra nueva, que ha remediado nuestras necesidades conciliando el interés personal de nuestros jóvenes con el interés social; y así hemos organizado en nuestra casa cursos superiores de enseñanza]. En poco tiempo hemos formado un número discreto de maestros y asistentes para las clases inferiores.

Dios ha bendecido la perseverancia de nuestros esfuerzos y ya hemos proporcionado a la Iglesia y a nuestras obras un número muy grande de sacerdotes, que dirigen nuestras casas con todo el celo que se puede desear. En cuanto a los jóvenes que no son llamados por vocación al sacerdocio, hemos seguido favoreciendo su educación según sus aptitudes.

Nuestra obra continúa, pero ya hace tiempo que, lo mismo en Italia y en América que en Francia, nuestros jóvenes huerfanitos ocupan puestos distinguidos en las universidades y academias. Han encontrado, gracias a nosotros, cátedras de letras, de

ciencias, de derecho, de medicina. En todas las profesiones liberales, donde figuran los jóvenes educados por nosotros, dejan en buen lugar la educación recibida.

[238] El número de casas fundadas y dirigidas por nosotros alcanza hoy la enorme cifra de ciento setenta y cuatro. Se educan en ellas más de ciento cincuenta mil jóvenes y hay cada año un movimiento de treinta y cuatro a cuarenta mil, que entran y salen. Todos los años tenemos la satisfacción de haber cooperado a la salvación de estas almas, que hemos puesto en condición de servir a Dios, a la religión, a la patria, a la familia y a la sociedad.

[Gracias a los jóvenes educados por nosotros y que trabajan como misioneros, nuestras obras adquieren un desarrollo cada día mayor en Francia, en Italia, en España, en Brasil, en la República Argentina y hasta en las tierras salvajes de Patagonia].

Si crecemos cada día, también nos encontramos cada día con mayores dificultades para contar con el dinero necesario. Hasta ahora hemos podido mantener a todos estos jóvenes. ¿Cómo lo hemos logrado? He ahí el gran misterio que os debo descubrir. ¿Cómo he podido fundar y sostener estas obras, siendo yo pobre y sin medios de subsistencia? Es el secreto de la misericordiosa bondad de Dios. [El se ha complacido en favorecer mi obra, porque el bien de la sociedad y de la Iglesia descansa en la buena educación de la juventud]. La Santísima Virgen ha sido para nosotros realmente Auxiliadora, porque a Ella debemos los medios para construir iglesias y casas. [Hemos ido adelante únicamente con su protección: Ella bendice a los que se dedican a la juventud].

Os doy las gracias de todo corazón a todos vosotros, que me habéis escuchado con tanta atención y caridad. Doy gracias a María Auxiliadora por toda la ayuda que nos dispensó. Como premio de vuestra caridad con los huérfanos, Ella protegerá vuestros intereses, vuestras familias y será guía y apoyo de vuestros hijos. [Yo le pido que sea siempre nuestra Madre y nuestra valiosa protectora en la hora de la muerte]. Sea Ella nuestra fuerza aquí abajo, mientras esperamos poder alabarla y bendecirla en el cielo.

La *Semaine Catholique,* después de relatar las palabras de don Bosco, añadía este comentario: «Una plática tan sencilla ha fascinado al pequeño número de privilegiados que pudieron oírla; pero, el aire de santidad que emanaba del exterior del caritativo sacerdote bastó para infundir en todo el auditorio un sentimiento de profunda veneración». Y Aubineau decía en su folleto: «Difícil sería oír un discurso más sencillo y, al mismo tiempo, más eficaz. Don Bosco ha presentado a la vez su persona, su vida y su obra. Pide para sus muchachos y enumera las razones que deben mover a los fieles para acudir en su ayuda. Al salvar las almas, promueve el bien de la sociedad y hace promesas eternas y temporales **[239]** para cuantos le quieren ayudar. Lleva a todas partes la bendición del Papa, pero es preciso admitir que lleva también la bendición de Dios. Don Bosco sabe unir al arte de pedir el de agradecer; por eso, no se limitó a dar las gracias desde el púlpito a cuantos le prestaban su concurso, sino que dijo, además, a las señoras limosneras que la Virgen Auxiliadora es la Proveedora

titular de todas las casas salesianas y que ellas, al postular como lo habían hecho en favor de la juventud pobre y abandonada, habían sido las ayudantes de la Madre de Dios. Don Bosco vive totalmente para su obra: todo lo que dice, todo lo que hace, tiene por fin a sus huerfanitos. No tiene más tema que tratar, todo lo dirige a los jóvenes pobres, a quienes tiene que vestir, mantener y salvar. Abundan los milagros en sus manos para la salvación de sus huérfanos, y no hay que extrañarse de las condiciones que pone para las diversas gracias que le quieren hacer obtener de Dios. Todo depende de que se socorra a los huérfanos y se coopere con Jesucristo a la salvación de las almas rescatadas con su Sangre. Hacer que fructifique la Sangre de Jesucristo es el objeto de la colaboración que don Bosco pide a todos los que necesitan para sí las virtudes benéficas, que proceden de vestir al Señor en el cuerpo del desnudo».

El óptimo *Clairon* de París hacía también estas observaciones en el artículo de Meurville, titulado «Un Taumaturgo en el 1883»: «Don Bosco predicó ayer en la Madeleine y estaba la iglesia atestada como si se tratase de oír al más grande orador. A las dos de la tarde, hubo que cerrar las puertas a los que iban llegando, porque los oyentes se estrujaban ya hasta sobre las gradas del altar mayor *intentique ora tenebant.* Y, sin embargo, don Bosco no es un orador. Habla con dificultad el francés y su voz no posee la sonoridad que sacude a las masas, ni el timbre argentino que acaricia los oídos, ni el acento que subyuga los corazones. Tiene un gesto sobrio y lento, la mirada como cubierta por un velo y sin brillo; todo su exterior irradia dulzura, sencillez y humildad cristiana. Con este escaso bagaje oratorio, hizo frente al público parisiense tan excéptico, tan **[240]** sensible a la fascinación de la palabra, tan dado a compendiar todas las prendas del talento en la elocuencia, y para el que un buen hablista es todo lo que él quiera ser: hombre de Estado, general, financiero y, si hace falta, todo eso a la vez (...). Se le oía con dificultad, apenas se le entendía, pero su idea se había enseñoreado de la multitud y la grandeza de su obra brillaba deslumbrante en el templo, formando una especie de aureola alrededor de la frente de aquel que, sin nada, había llevado a cabo cosas tan grandes» [1].

Después de la conferencia, mientras iba del púlpito a la sacristía, fue un verdadero espectáculo de fe; a medida que avanzaba, todos se inclinaban para recibir la bendición, las madres le presentaban los hijos para que los bendijese, muchos le hacían bendecir objetos reli-

[1] *Le Clairon,* 30 de abril de 1883 (Apéndice, doc. núm. 56).

giosos o se esforzaban por tocarle la sotana. Los personajes más distinguidos, que no eran pocos, le aguardaban en la sacristía, con la esperanza de obtener un minuto de audiencia. Escribía la *Semaine Catholique:* «El buen Padre, con la calma y la sencillez de los santos, que atribuyen a Dios las señales de respeto y confianza que se les dispensa, recibía en una habitacioncita». El redactor del periódico pudo ser admitido para leerle unos párrafos de la conferencia, que había taquigrafiado, pero no captado con seguridad. Y sigue diciendo en su artículo: «Su afabilidad atrae y subyuga de tal manera que, teniendo en cuenta los muchos que estaban fuera esperando, tuvimos que hacernos violencia para escapar a la fascinación de la conversación de aquel hombre, tan grande por sus obras y, no obstante, tan afectuoso, tan afable, tan compasivo con el desconocido, que le había dejado entrever una pena íntima y sin consuelo en esta tierra».

La mayor parte del auditorio salió del templo con el deseo de poder leer lo que no habían podido oír; los periódicos satisficieron ampliamente sus deseos, sobre todo la *Gazette de France.*

[241] Las limosneras elogiadas por don Bosco pertenecían a lo más selecto de la nobleza parisiense [1]. Se colocaron en todas las salidas de la iglesia y recogieron quince mil francos.

Hubo en la Madeleine un oyente de don Bosco que ya entonces era famoso, pero que iría adquiriendo cada vez más fama hasta nuestros días; era el futuro cardenal Pedro Gasparri, a la sazón profesor muy renombrado de derecho canónico en el Instituto Católico de París. Estaba allí con una misión, para la que parecía el más indicado, especialmente por ser italiano; por encargo del Rector, monseñor D'Hulst, tenía que recoger a don Bosco en la sacristía, después de la conferencia, y llevarlo a la calle Assas para una comida, que un grupo de profesores daba en su honor. El anciano Cardenal, cargado ya de mucha gloria, gozaba, después de cincuenta años, al recordar el hecho y describir la dificultad de la empresa. La muchedumbre, decía, se apiñaba junto a don Bosco por todas partes. Este pedía una bendición o un recuerdo en sus oraciones, aquél una medalla, el otro ponía en su mano una limosna. El gentío era superior a cuanto se puede imaginar. El pobre don Bosco, empujado en todas direcciones, perdonaba con inalterable calma e indulgencia todas aquellas piadosas indiscreciones.

El enviado tuvo que esperar con paciencia largo rato para lograr

[1] Se publicaron sus nombres junto con el anuncio de la conferencia (Apéndice, doc. núm. 57).

su encargo; pudo, por fin, sacar al Santo de la avalancha de los potentados personajes de ambos sexos, que le tenían prisionero y llevarle hasta un modestísimo coche de alquiler. No fueron directamente al Instituto, porque antes don Bosco tenía que visitar a un niño enfermo. En la mesa alegró a los convidados con su agradable conversación.

—Con su francés, *comme ci comme ça,* dijo Su Eminencia, en un coloquio al que también asistía quien ahora escribe, se hacía entender muy bien.

A continuación, hubo una recepción en el aula magna con todos los profesores y casi todos los alumnos. Le invitaron a hablar y lo hizo con gran sencillez, exponiendo el origen de su obra y las dificultades **[242]** que hubo de superar. Todos estaban pendientes de sus labios. Cuando no le venía un vocablo, se inclinaba a un lado y preguntaba al vecino.

—¿Cómo se dice esto en francés?

Cuando oía el término, lo repetía.

—*C'était délicieux,* concluyó el Cardenal, *le succès fut très grand* [1].

Aquella misma tarde, dio una gran satisfacción a una noble familia. La señora Du Plessis tenía una nietecita de veintiséis meses con tos ferina y peligrosas complicaciones, que hacían pronosticar a los médicos un triste desenlace. La abuela había obtenido de don Bosco, a través de la señora Combaud, la promesa de una visita a la enferma. Fue ella misma a buscarle con su coche. Entró don Bosco, acompañado por el secretario, en el palacio y encontró a los padres de la enfermita sumidos en llanto. Hacía poco que habían perdido también a un hijo. Lleváronle hasta el lecho de la pequeñita. Hizo el Santo una breve oración e invitó después a rezar a los padres y a los presentes. Mientras rezaban, se detuvo de pronto y, volviéndose al señor Du Plessis, dijo:

—No basta que recen los demás, es menester que rece también su padre.

Por último, puso al cuello de la niña una medalla de María Auxiliadora, diciendo:

---

[1] El Cardenal habló también de otro encuentro que tuvo con don Bosco. Un año, al volver a Italia para las vacaciones, llegó a Turín con dieciséis liras en el bolsillo. Con las prisas por salir, se le había caído al suelo el portamonedas y, como ya había sacado el billete por anticipado, no se dio cuenta de que había perdido la cartera hasta llegar a la frontera. Aprovechando una parada en Turín, voló al Oratorio y pidió a don Bosco cien liras prestadas. Las obtuvo enseguida sin formalidad alguna. Véase *Bulletin Salésien,* agosto-septiembre de 1932.

—No está tan grave como piensan.

Así que marchó, la niña fue declarada fuera de peligro, y es hoy la condesa Carlota Du Reau de la Gaignonnière, que heredó de su familia una gran devoción al Siervo de Dios [1].

El treinta de abril, cumpliendo su promesa, celebró en la **[243]** Madeleine por las señoras que habían hecho la colecta y por todos los bienhechores de sus obras. Queriendo tener una delicada atención con la condición de las personas que debían asistir, fijó la misa para las nueve y media y, después, dio la bendición con la indulgencia plenaria. Quiso decir unas palabras desde el altar sobre la caridad; pero sólo los más próximos tuvieron la suerte de oírlas. Ni que decir tiene que hubo la misma concurrencia que de costumbre; es de notar, en cambio, que sucedió un hecho poco antes de que el Siervo de Dios llegase a la iglesia [2].

Aquella mañana fue a buscar a don Bosco a la avenida Mesina el abate De Bonnefoy, vicario de San Roque, y más tarde Obispo de La Rochelle, que predicaba un triduo en la Madeleine y se había comprometido a llevar al Santo a casa de una enferma. Se trataba de una tuberculosa en su última fase; poco antes había recibido los últimos Sacramentos, y parecía que estaba ya muy próximo su fin. El piadoso sacerdote había insinuado a la madre y a la hija enferma la esperanza de que la bendición de don Bosco pudiese devolverle la salud. El Siervo de Dios se acercó al lecho de la joven y le preguntó:

—¿Tiene usted fe?

—Sí, padre, contestó la madre por la moribunda; nosotras tenemos mucha fe.

—Si tiene fe, curará, porque la fe puede trasladar las montañas. Rezará, pues, cada día un *padrenuestro, avemaría* y *gloria* en honor del Corazón misericordioso de Jesús y una *salve,* a fin de que María Auxiliadora la tome bajo su protección. Hará esto hasta la fiesta de la Asunción.

—Padre, replicó con viveza la señora algo desilusionada en su

---

[1] La Condesa conserva todavía la medalla, en la que está grabada la fecha 29 de abril de 1883. De donde se deduce que se habían acuñado medallas expresamente para el día de aquella conferencia. En una relación del 18 de marzo de 1902, describe así la señora Du Plessis madre, nuera de la anterior, la entrada de don Bosco en el palacio: «Nuestra emoción era grande al subir delante del Santo la escalera; parecía él tan absorto en la oración, que no puso mucha atención a nuestra respetuosa acción de gracias».

[2] De este hecho tenemos dos relaciones manuscritas: una del padre salesiano Fèvre, que se lo oyó contar al Obispo de La Rochelle y la envió por carta a don Juan Bautista Lemoyne el día 1.º de diciembre de 1898, y la otra de la baronesa Cholet, madre de la agraciada, en una carta del 29 de noviembre de 1930.

esperanza por el largo plazo señalado para la oración; ¿y si tomase usted la mano de mi hija y la curase enseguida?

—Déjeme hablar, respondióle don Bosco algo severamente **[244]** y moviendo negativamente la cabeza... Yo rezaré por ustedes, haré rezar también a mis muchachos y ahora, al celebrar la misa en la Madeleine, les recordaré de un modo especial... Adiós, hijita.

Y, así diciendo, salió de la habitación y, al marchar, advirtió a la madre que lo acompañaba:

—No olvide a mi gran familia.

Pero la señora ya se había adelantado, entregando a escondidas al abate De Bonnefoy un sobre con un billete de banco dentro y una tarjetita, invocando la gracia de la curación; pero su gesto no lo había advertido *le pieux italien.* Ya en el último peldaño de la escalera, don Bosco le rogó que volviese a subir y la despidió con un dulce augurio:

—La paz de Dios esté con usted y con toda su casa.

La enfermedad seguía su curso; la pobre joven luchaba con sus dieciséis años entre la vida y la muerte. Tan extremosamente enflaqueció que parecía literalmente un esqueleto. Hasta el día quince de agosto, sufrió toda una serie de altibajos. El día de la solemnidad estaban la madre y un hijo suyo a punto de salir para ir a oír misa, cuando se oyó un grito por toda la casa. Era la enferma, que estaba pocos minutos antes adormecida, y gritaba con voz fuerte y alegre:

—¡Mamá, mamá, estoy curada!

Corrió a ella la madre y la vio sonrosada. No podía dar crédito a sus propios ojos; y siguió viendo aún más cosas. Sin tomar ningún alimento, sin ayuda de ningún género, sin apoyo alguno, la hija se encaminó hacia la iglesia, se confesó y comulgó con estupor de cuantos conocían su estado. La curación fue tan real, tan perfecta y duradera que en 1898 la señora Margarita (éste era su nombre y no sabemos el apellido) era madre de tres niños, sanos y robustos.

Otra comisión de nobles damas anunciaba, con una tarjeta de invitación [1], la misa y conferencia de don Bosco para las nueve del día primero de mayo en la iglesia de San Sulpicio; pero, cuando él llegó ya habían dado las diez. La enorme muchedumbre que había aguardado tanto **[245]** con paciencia, tuvo que aguantarse más al ver subir al púlpito el cura párroco para avisar que don Bosco estaba tan cansado que no podía dar la conferencia y, por el mismo motivo, no podría administrar a todos la Comunión. Pero después de leer el Evangelio, se volvió y quiso decir unas palabras. Su voz no llegaba más que a una

[1] Véase Apéndice, doc. núm. 58.

mínima parte del numeroso auditorio; todos, sin embargo, escribe Aubineau [1], «contemplaban al hombre de Dios, cuya elocuencia se caracterizaba por la sencillez, la modestia, la humildad, el abandono en Dios y el olvido de sí mismo; todo un conjunto que emanaba de su persona y aureolaba su modesto semblante». La *Gazette de France* refirió, en el número extraordinario ya mencionado, las brevísimas palabras que pronunció y que nosotros presentamos traducidas [2].

Veo con gran satisfacción esta muchedumbre de buenos católicos, tan bien formados en esta parroquia en la práctica de la religión. La religión es el único y sólido alivio en las miserias y aflicciones de esta vida; sólo ella nos asegura, además, la felicidad después de la muerte. Seguid siendo fieles a ella y, para eso, comulgad con frecuencia.

Perseverad en vuestras tradiciones de generosa caridad para todas las obras buenas. La más importante es la educación cristiana de la juventud. Empezad por vuestras propias familias; educad bien a los hijos. Dad buenos consejos a todos los que podáis conocer. Si hay a vuestro lado algún huérfano, dispensadle particularísima atención, enseñadle a servir a Dios, ayudadle a evitar las tentaciones del vicio.

Siento no poder exponeros la obra, para la que yo vengo a pediros limosna. Consiste en recoger a los niños huérfanos y vagabundos para hacer de ellos buenos ciudadanos y buenos cristianos.

Con la gracia de Dios y merced a la protección de la Santísima Virgen, hemos podido recoger y educar a cientos de millares de estos niños pobres y abandonados. Vuestras limosnas me servirán para continuar y desarrollar esta obra buena. Así obtendréis vosotros las bendiciones de Dios. Cuando entréis en el Cielo, El os mostrará las almas, que también vosotros habréis contribuido a hacerlas entrar. Entonces comprobaréis la verdad de las palabras: *Animam salvasti; tuam praedestinasti;* quien salva una alma, asegura su propia salvación.

[246] No mencionó la eficacia de la obra parroquial por puro cumplido; conocía él muy bien la fama de la parroquia de San Sulpicio, por su espíritu de fe y de piedad, que le ganó el título de reina de las parroquias.

Seis sacerdotes salieron en seguida a hacer la colecta. La comunión sólo duró media hora, porque le ayudaron varios sacerdotes. Daba pena verlo bajar del altar y encaminarse a la sacristía entre algunos, que iban a porfía para sostenerlo. Un anciano venerando se arrodilló a su paso, le agarró la mano y la puso sobre la cabeza de sus dos hijos, como prenda de bendición del Cielo.

Al mediodía estaban todavía atestados de gente los accesos a la

[1] *L. C.*, pág. 34. El autor traslada erróneamente la fecha, diciendo que la misa en San Sulpicio fue el dos de mayo.

[2] Visita sacada del diario, mencionado en el capítulo anterior, de la monja redentorista de Landser (Alsacia), feligresa entonces de San Sulpicio (Apéndice, doc. núm. 59).

sacristía; muchos esperaban a que saliese para presentarle enfermos. Cuando finalmente arrancó su coche para llevarlo a casa de la señora Vendryès, vióse cercado por tantas personas que tuvo que avanzar con mucha lentitud; grupos de personas se arrodillaban aquí y allí para que las bendijera. Una revista religiosa [1], informaba de estas demostraciones a sus lectores próximos y lejanos, y escribía: «Este personaje extraordinario, cuyo nombre suena en los labios de todos y de quien cuentan los periódicos tales maravillas, que se dirían cosas de leyenda, es un hombre de estatura mediana, de venerable semblante, pero sencillo, con paso vacilante, un cuerpo endeble; se le juzgaría exhausto de fuerzas, si nuestra mirada no quedase arrebatada al ver aquella cabeza vigorosa y enjuta, aquellos ojos brillantes y profundos, en los que se lee la calma, la energía, la fe. No es elocuente, tiene voz apagada y pocos lo oyen; pero en toda su persona se reflejan la santidad y el espíritu de caridad de Nuestro Señor Jesucristo. Su lema es: *Todo* (soy) *de Dios, todo* (me viene) *de Dios, todo* (lo hago) *por Dios.* Toda la energía de su alma y toda la fuerza de su ser están consagradas por él al servicio de Dios y del prójimo» **[247].**

A lo largo de la calle Sèvres, una de las arterias más aristocráticas de París, se encuentran iglesias, casas religiosas, centros educativos, obras católicas; en ella tenía también su sede, cerca de los Paúles, el Patronato de los orfanatos, cuyo fin era favorecer y desarrollar las Instituciones destinadas a recoger a pobres huérfanos del campo y hacer de ellos unos buenos cristianos y útiles labradores y hortelanos. La obra no albergaba a ninguno sino que los colocaba en orfanatos apropiados para los niños y repartía subsidios anuales a los directores de hospicios agrícolas, que estuviesen organizados satisfactoriamente, sobre todo cuando se trataba de fundaciones recientes y de tipo rural. Sus ingresos procedían de legados y donativos de bienhechores, de colectas y del producto de una cuestación anual. El marqués de Gonvello, celoso y generoso promotor de la obra, había establecido que sus socios y simpatizantes, que se dedicaban de esta manera a la adopción de la infancia, pudiesen oír al sacerdote, que consagraba toda su vida a la redención de la juventud abandonada; procuró, pues, que se celebrase una junta solemne predidida por don Bosco.

Los invitados se reunieron en San Lázaro, donde tuvieron la ventaja de encontrarse como en familia, al abrigo de las apreturas que solían producirse alrededor de don Bosco en los locales abiertos al público; todos pudieron verle y oírle a su gusto. La reunión se celebró

[1] *Rosier de Marie,* París, 12 de mayo de 1883.

a eso de las dos y media del primero de mayo. Don Bosco, sentado en el fondo de la sala, tenía a su derecha la Comisión de las damas protectoras presididas por la duquesa de Reggio, y a la izquierda a la Comisión de los miembros fundadores, entre los cuales estaba monseñor Du Fougerais, presidente de la obra y director de la Santa Infancia. Todos los presentes pudieron oír a su gusto las palabras del Santo. Se notó que las nobles damas llevaban en la mano, para entregárselas, hojitas escritas a lápiz o a pluma, que contenían sus *desiderata,* esto es, peticiones de oraciones para curaciones, para recibir consuelos y gracias espirituales, para mil otras cosas. El habló en estos términos:

[248] *Monseñor, Señores:*

Lo que verdaderamente da valor a esta reunión es la conexión que tiene con la gran obra, que hoy me ofrece la ocasión de dirigiros unas palabras. No sé como conciliar las dos cosas: nuestra obra es una obra de pobreza y de miseria y aquí me parece que todo es riqueza y abundancia. Es verdad, sin embargo, que para llevar a cabo una obra tan hermosa y tan grande se requieren dos cosas: por una parte, la riqueza que da y la caridad que prodiga, y, por otra, la pobreza que recibe con gratitud esta caridad.

Pues bien, esto es cabalmente lo que hoy encuentro con profusión y por todas partes en la gran ciudad de París. Lo veo aquí en este momento y, especialmente, en usted, Monseñor, que ya tantas veces ha dado prueba de su bondad y caridad en la ciudad de su diócesis. Pero ha hecho más, ha querido honrar algunas veces con su presencia la ciudad de Turín. Este es, permítame que lo diga, un favor, del que guardaremos siempre el más profundo y grato recuerdo.

¿Y qué más puede deciros un pobre sacerdote como yo que, a duras penas, sabe expresarse y hacerse entender en vuestra lengua francesa? No puede hacer más que daros su bendición. Dios Todopoderoso os conceda el valor necesario para arrostrar las batallas de la vida y os dé valor para confesar y defender por doquiera y siempre la verdad; ¡os lo conceda especialmente en este momento, en que tanta necesidad tenemos de católicos y buenos católicos! En la hora presente no debe el buen católico defender la religión con las armas guerreras, con la violencia o con medios parecidos; lo que es preciso hacer es esforzarse con el buen ejemplo y con la práctica de todas las virtudes para atraer todos los corazones a esta religión, a la que tenemos la dicha de pertenecer.

Desde este punto de vista, dirijo mi agradecimiento a Monseñor, que dispensa su amable caridad a nuestra gran obra y de manera muy especial a las escuelas agrícolas. Me refiero a Saint-Cyr, cerca de Tolón; después a Marsella, donde existe una gran casa de artes y oficios para los aprendices de la escolanía parroquial y para estudiantes pobres; a La Navarre, dedicada totalmente a muchachos pobres del campo; a Niza, por último, donde se recibe a muchachos pobres que andan por calles y plazas, todos en peligro y que, de no encontrar una mano que los socorra y recoja, están destinados a convertirse en muy breve tiempo en azote de la sociedad. Son los que llenarán las cárceles, serán pronto unos infelices y, por desgracia, lo repito, el azote de la sociedad en general y de la familia en particular.

Ahí tenéis las obras, que vuestra caridad protege y que la bondad de Monseñor dirige.

Así, pues, Monseñor, que Dios le bendiga, con su divina clemencia, que le conceda largos días felices y que pueda consagrarlos a la protección **[249]** de las obras católicas de paz y de concordia; que El le permita ver lo que más ardientemente desea, es decir, que se multipliquen cada día más todas las obras juveniles, que tanto honran a Francia y a todos los franceses. ¡Que Dios proteja a esta hermosa y noble Francia! Que El la salve y le dé la paz y tranquilidad y nos conceda a nosotros, Monseñor, verle en el último día llevado en alas de los Angeles de la tierra al cielo. Que todas estas obras de caridad, emprendidas por usted ahora, sean con la divina protección del Señor, una semilla de bien, que dé fruto cada día más copioso y sea en la tierra la gloria de Francia y de todos los buenos católicos.

Cuando él terminó, Monseñor en su calidad de Presidente, expuso con palabras que le brotaban del corazón la finalidad de la obra en favor de los orfanatos agrícolas, alabó la generosidad de los dirigentes y mostró la dura necesidad de la lucha, que la Iglesia debía sostener contra la impiedad para defender las almas de los muchachos. Por último, invitó a don Bosco a bendecir a la asamblea. El Santo accedió en seguida, pero antes tomó de nuevo la palabra y dijo:

—Antes de daros la bendición, os pido licencia para deciros una palabra más. En este momento conozco todavía mejor, si es posible, la magnitud de la obra de la que sois patronos y protectores y de la que yo tuve varias veces la fortuna de beneficiarme. Pero hoy me encuentro en la ocasión de poder recomendar más encarecidamente el destino de esta obra regeneradora de hoy y que, en el porvenir, será una verdadera fortuna para la sociedad. Vuestra obra es muy conocida por nuestro Santísimo Padre. La última vez que tuve el gran honor de verle, me encargó os diera, o mejor, os transmitiera su particular bendición y os asegurara que os recomendará siempre a Dios.

Así, pues, ahora os doy la santa bendición según la intención del Padre Santo.

Toda la asamblea estaba emocionada. Mientras hablaba, veíanse correr las lágrimas por las mejillas de muchos. Escribía el órgano mensual de la obra [1]: «Don Bosco habla con cierta dificultad nuestra lengua francesa; pero hay en su palabra **[250]** tal intensidad de caridad y de fe que llega al corazón».

También el *Figaro* del 2 de mayo, al notificar el acto, aprovechó la ocasión para hablar de la estancia de don Bosco en París, y lo hizo en términos simpáticos, presentando al Siervo de Dios en su aspecto

[1] *L'Orphelin.* Revista de la Sociedad del Patronato de los orfanatos agrícolas de Francia, año IV (6 de junio de 1883).

sencillo y modesto, *sans afféterie, sans pompe, sans phrases* (sin afectación, sin pompa, sin demasía de palabras).

En aquella casa madre de la Misión, había un religioso de sesenta y tres años, el padre Duhlleux, que estaba casi en las últimas. Su hermano, confiando en el poder sobrenatural de don Bosco, lo llevó a la enfermería.

—Desearía vivir para ver la prosperidad de la Congregación, dijo con un hilillo de voz el enfermo.

—Podrá verla desde otro lugar, respondió el Santo, que supo, sin embargo, endulzar su respuesta con palabras de aliento y con su bendición.

El enfermo falleció al día siguiente [1].

Vivía cerca de los Paúles un prelado muy popular en toda Francia, monseñor Freppel, obispo de Angers y diputado por Finisterre. Al ir a París, cuando se abría el Parlamento, solía hospedarse en la casa de los Hijos de San Vicente. Deseaba vivamente tener un encuentro con don Bosco. Al enterarse el Santo de ello, fue a visitarlo y sostuvo con él una conversación privada de una media hora [2].

La impresión, que Monseñor se llevó, debió ser excelente, puesto que, al año siguiente, como ya veremos, hizo de él un espléndido elogio en la Cámara de Diputados.

Don Bosco llevó su deseada palabra a otra iglesia, singularmente querida por los católicos franceses y por la nobleza parisiense; a la iglesia de Santa Clotilde, la Santa que indujo con sus virtudes al rey de Francia Clodoveo, su marido, a hacerse cristiano. Habló en ella el tres de mayo por la mañana, fiesta **[251]** de la Ascensión, después de celebrar la misa. No dijo nada nuevo, sino que repitió sustancialmente lo que había dicho en la Madeleine. Acudieron tantos a oírle que casi se ahogaban. Comulgaron muchos. La colecta fue abundante. Lo que sucedió después ya lo hemos descrito [3]; también hemos narrado en otro lugar la aparición de Luis Colle [4].

A la vuelta de su viaje a Lille, que duró del día cinco al dieciséis de mayo, al día siguiente de su regreso a la capital, dio una conferencia, en la amplia iglesia de San Agustín, ante un auditorio compacto y devoto. Casi hasta acabar habló de su obra, como lo había hecho

---

[1] *Annales de la Congrégation de la Mission,* vol. 94, año 1929, pág. 761.

[2] Así se lo atestiguaba a don A. Auffray, en marzo de 1935, el antiguo empleado que había acompañado al Santo hasta la habitación de Monseñor.

[3] Véase más arriba, págs. 98 y sigs. De las audiencias dadas en la sacristía se hace mención en una carta (Apéndice, doc. núm. 60).

[4] Véase vol. XV, pág. 87.

anteriormente; pero en la conclusión manifestó sus planes para París, diciendo:

Espero que las piadosas señoras y señores de esta grande y tan caritativa ciudad de París nos ayudarán a establecer aquí una casa de este género. Es algo que se pide por todas partes. Hay manera de establecer también en París una casa como las de Marsella, Niza y Turín. Creo que se puede abrir aquí una, que satisfaga todas las necesidades. No pido por ahora grandes medios de momento, sólo deseo que se me ayude para comprar un terreno y construir una casa, donde albergar a estos pobres muchachos.

Es una obra grande, o más bien una obra pequeña, pues deseo que sea una obra sencilla y que no meta ruido. Todos los vagabundos viven, en cierto modo, bajo la vigilancia de la autoridad, pero, de ladronzuelos como son, no tardan en pasar a ladrones de verdad.

Es de esperar que la ciudad de París, que ya ayudó tantas veces nuestras obras, aunque situadas lejos de aquí, nos socorrerá en esta ocasión para fundar una casa, donde recoger a los jóvenes, que día y noche molestan a las personas de bien.

El Señor recompensará con largueza cuanto hagáis, y la sociedad os lo agradecerá. Además, los jóvenes que con nuestros cuidados se salvarán gracias a vuestra ayuda, os bendecirán. Cuando nos presentemos ante Dios para ser juzgados, estas almas dirán:

—Son nuestros bienhechores, que gastaron tiempo y dinero para salvar nuestras almas; si nos hemos salvado, a ellos se lo debemos. Pues bien, concededles ahora, Señor, la misericordia que prometéis en el Evangelio. Puesto que ellos nos ayudaron a salvarnos, sálvense ellos también.

[252] Mientras los diarios publicaban esta conferencia [1] apareció en el *Figaro* del día dieciocho un largo y serio artículo, que el escritor Saint-Genest, ya conocido por nosotros, había enviado el día catorce, desde Turín a su paso por la ciudad, y que terminaba así:

«La verdadera manera de honrar a don Bosco en Francia no es aclamarlo por las calles y cortarle pedazos de sotana, sino imitarlo» [2].

Pero ya el *Petit Moniteur* había escrito con antelación:

«Don Bosco ha abierto horizontes nuevos ante nuestros ojos y ha ganado para su obra a la flor y nata de París. A él se debe el que el

[1] Habló también de la conferencia la *Unità Cattolica* en los números del veinte y veintidós de mayo.

[2] Véase Apéndice, doc. núm. 61. Don Bosco le escribió para darle las gracias; pero, como estaba él ausente, contestó la madre. Esta piadosa señora, cuando su hijo escribía artículos en defensa de la escuela católica, ponía sobre el papel una medalla de María Auxiliadora, que le había dado el Siervo de Dios, para que estuviera inspirado al escribir (Apéndice, doc. núm. 62).

apostolado de la caridad cuente ya entre nosotros nobles y valientes partidarios [1].

Sin esperarlo, resultó dramática la conferencia del día veintiuno en la iglesia de San Pedro, llamada del «Gros-Caillu», muy frecuentada ordinariamente por la aristocracia parisiense y, en aquella ocasión, abarrotadísima. Llegó don Bosco a las seis de la tarde. Estaba tan cansado que, a duras penas, se tenía en pie. ¿Cómo podía dar una conferencia en aquellas condiciones? Pero la dio otro en su lugar.

Se encontraba en París, desde hacía pocos días, de regreso del Africa, el cardenal Lavigerie, arzobispo de la renacida Iglesia de Cartago y fundador de los Padres Blancos. Conocía a don Bosco de mucho tiempo atrás. Enterado de que estaba en París, lo buscó por muchas partes, hasta que descubrió donde estaba. Allá se fue y entró de improviso en la iglesia por la puerta principal y con la severa majestad de la púrpura romana, mientras se comenzaba una oración, como preparación a la conferencia del Santo. Fue una aparición. El Purpurado subió derechamente al púlpito. Era popular en toda Francia y **[253]** popularísimo en París, venía de hecho a rendirle el homenaje de su popularidad. Lo que dijo es un modelo de oportunidad y de fineza.

Desde que supe, hermanos míos, la presencia en París del Vicente de Paúl italiano, no tuve más deseo que el de encontrarme con él en una de nuestras iglesias y recomendar sus obras a la caridad de los católicos. Yo he visto el comienzo de estas obras en Turín, las he visto ampliarse, penetrar en Francia y convertirse en el vínculo recíproco de beneficencia y de paz entre los católicos de nuestras dos naciones.

Vosotros realizaréis esta obra de aproximación, queridísimos hermanos, ayudando a este humilde y santo sacerdote. Es preciso que, al volver a su patria, pueda decir que Francia es siempre fiel a su gran misión, que protege a todos los que sufren, sin distinción de clase.

Yo vivo en una tierra donde el Vicente de Paúl francés pasó dos años en la esclavitud. Hoy necesita Túnez un nuevo San Vicente de Paúl que sea llevado allí por el amor. Y este San Vicente de Paúl sois vos, queridísimo Padre; porque, con vuestra familia religiosa, medio italiana y medio francesa, podréis, mejor que ningún otro, llevar a cabo la obra necesaria.

Allí, por lo demás, está el puesto asignado para vosotros. Hasta ahora son italianas las familias que, casi solas, pueblan el gran país desierto, colocado bajo la protección de Francia. Yo quiero a aquellas familias, pues soy el pastor y querría mostrárselo aliviando todas sus miserias. Ahora, con demasiada frecuencia, vosotros los italianos, que dejáis la patria, sucumbís antes de tiempo, como suele suceder en las colonias. Necesitaríamos poder recoger a los huérfanos y aun a todos los niños, que carecen del sustento necesario.

[1] Palabras reproducidas por la *Unità Cattolica* el 8 de mayo de 1883.

Padre de los huérfanos de Italia, venid; yo llamo a las puertas de vuestro corazón, que ya ha respondido a la voz de Europa y de América; aquí está el Africa que os presenta a sus hijos desamparados, tendiéndoos los brazos. Vuestra caridad es tan grande como para poderlos recibir. Estos niños son en su mayor parte de vuestra Italia. Enviadles a vuestros hijos que, con voz armoniosa, les hablarán, al mismo tiempo, de su tierra y de la nuestra. Los amaremos juntos, enseñándoles a bendecir el nombre de Dios y el de Francia.

Hermanos, dad con abundancia a este santo sacerdote; así daréis, al mismo tiempo, a las misiones de Africa, porque don Bosco irá en su ayuda.

Difícil sería decir si los presentes, a pesar de toda su admiración por el eminente Prelado, estuviesen realmente contentos oyéndole a él en lugar de don Bosco; testigos oculares afirman que todas las miradas no dejaron de seguir clavadas en el **[254]** Santo que, recogido y modesto, estaba sentado frente al púlpito; y que, aun cuando oía el panegírico de su persona, no se alteró lo más mínimo. Después se levantó, dio unos pasos hasta la balaustrada, se inclinó hacia el Cardenal y, haciendo señas con la mano de que quería hablar, dijo:

Me encuentro en un verdadero apuro y en una gran confusión. Tendría que poder contestar de una manera conveniente al señor Cardenal; mas, para ello, necesitaría su elocuencia, y yo no sé hablar. Sin embargo, es preciso a todas luces que hable a Su Eminencia y le agradezca los elogios hechos a mí y a mis obras. Debo decir, ante todo, que muchas de las cosas dichas en torno a mi persona no son del todo exactas. El las ha mirado, a través de la bondad de su corazón y, ya lo sabéis, cuando se examinan los objetos pequeños al microscopio, éstos toman grandes proporciones y parecen inmensos.

Agradezco, con todo, a Su Eminencia sus atenciones. El señor Cardenal ha sido siempre un padre, un bienhechor y un amigo para la familia salesiana. Por lo tanto, nuestra gratitud es ilimitada y, si podemos hacer algo por las grandiosas obras de Su Eminencia, lo haremos.

Estoy en sus manos, Eminencia, para realizar en Africa todo lo que la divina Providencia me pida. Sí, Eminentísimo señor, sí; esté persuadido de que, si podemos hacer algo en Africa, toda la familia salesiana está conmigo a disposición de Su Eminencia. Enviaré allá a mis hijos; enviaré italianos y franceses.

Hermanos, ya sabéis que nosotros vivimos de limosna y que nuestras obras se sostienen por la caridad; en este momento, por medio de la caridad francesa, de la caridad parisiense. Ya he visto que Francia es siempre la gran nación católica, siempre dispuesta y generosa a ayudar las obras de beneficencia; por consiguiente, estamos llenos de gratitud por la colaboración que ya habéis prestado y que seguiréis prestando a nuestras casas de caridad.

El biógrafo del Cardenal escribe [1]: «Fueron pocas sus palabras,

[1] V. BAUNARD, *Le Cardinal Lavigerie,* París, 1896. Vol. II, pág. 239.

sencillas y pronunciadas con débil voz y pobre lenguaje. Muy pocos pudieron captarlas; pero todos o casi todos, tenían los ojos arrasados de lágrimas. Rara vez se vio un contraste como el que ofrecieron aquel día aquellos dos hombres y sus dos intervenciones».

[255] Después de la ceremonia, la masa del público fue saliendo; pero las damas se dirigieron hacia la sacristía, ansiosas de ver a don Bosco de cerca y de recibir su bendición particular. Don Bosco contestaba a sus insistencias con señales negativas. Por fin, con toda humildad, dijo:

—Yo no puedo dar mi bendición delante de Su Eminencia; no estaría bien, sería una falta de respeto.

El Primado de Africa, dándose cuenta de su apuro, se retiró con delicadeza.

Dramáticamente también, aunque por otro concepto, finalizó una conferencia, que, sin duda, tuvo lugar entre el día veintidós y veinticinco de mayo; pero no sabemos en qué iglesia, o capilla, pues no se cuidó de indicarlo quien tomó nota del hecho. Don Bosco habló de María Auxiliadora y repitió una vez más lo que había dicho y repetido tantas veces; que él no era el autor de las maravillas que se le atribuían, sino que debían agradecerse a María Auxiliadora; Ella, que había comenzado, seguía incrementando una obra emprendida para el bien de la juventud; que era la Virgen quien obtenía las gracias en número incalculable. Mientras decía esto, se levantó un señor y pidió la palabra; habló de un pobre padre de familia, que tenía a su esposa enferma de hidropesía hacía varios años y a un hijo a punto de muerte, con los santos óleos ya recibidos. Describió el corazón de aquel padre desgarrado por el dolor, después su esperanza en la eficacia de la bendición de don Bosco y, por fin, su alegría cuando vio a la mujer y al hijo recobrar la salud y los acompañó a la iglesia a oír misa.

—Sí, protestó, esta gracia tan señalada debe atribuirse a la Santísima Virgen, pero a través de las oraciones de don Bosco.

El Santo escuchaba enternecido; el auditorio estaba conmovido intensamente. Pero la conmoción llegó al colmo, cuando aquel señor, rompiendo a llorar, vertiendo las lágrimas contenidas hasta entonces con dificultad, exclamó:

—¿Sabéis quién es este marido, este padre afortunado? Soy yo, Portalis.

Antonio Lefèvre-Portalis era un antiguo diputado del Parlamento Nacional. Don Bosco no añadió palabra; sino que, cortando su discurso, se retiró.

La verdad sea dicha, no hacía falta **[256]** añadir más; aquel señor lo había dicho bien claro [1].

Con esto, queda dicho todo lo que se podía decir de la estancia de don Bosco en París. Recibido triunfalmente en todas partes, consumió sus jornadas en recibir un sinnúmero de personas, en hacer numerosas visitas y en dar conferencias públicas. Parece increíble que tuviera tiempo para tanto; pero hay algo que nos sorprende aún más, y es que llegaran a tanto sus fuerzas. Mas, si a pesar de su escasa resistencia física, pudo aguantar tan continua y prolongada tensión de ánimo, sin que mermara por un instante la habitual tranquilidad de espíritu, es indicio de un dominio de sí mismo tan heroico, que verdaderamente tiene algo de sobrehumano. También esto hay que contarlo entre sus milagros parisienses.

Salió de París el sábado veintiséis de mayo, a eso de las nueve de la mañana, y no el veinticinco, como se afirma en otro lugar [2]. Para evitar contratiempos, no había dado a conocer la hora de la salida. Al llegar a la estación, dejó que el secretario sacara los billetes, pasó inmediatamente al andén y fue derecho al tren. Pero algunos viajeros, que aguardaban otro tren que salía más tarde, le reconocieron y se corrió la voz, de modo que se formó un corro de personas ante su departamento, que muy pronto llamó la atención. Tal vez no era totalmente nuevo para nadie el nombre de don Bosco; a pesar de todo, la vista de aquel sacerdote tan sencillo y tan obsequiado picó la curiosidad de los mismos ferroviarios.

—¡Es don Bosco, ése que hace tantos milagros!, se respondía sin más a quien preguntaba.

Cuando el tren arrancó, aumentaron los saludos y él, con su sencillez y su gracia, se asomó para dar las gracias, en la persona de los presentes, a todos sus conciudadanos. El Siervo de Dios dejaba en la inmensa capital una larga estela de afecto, y se llevaba en el corazón los más gratos e imborrables recuerdos.

[257] Durante un buen trecho del camino guardó silencioso recogimiento. Don Miguel Rúa y don Camilo de Barruel callaban también, inmersos en un mar de sentimientos, que los mantenían en profunda meditación. ¡Cuántas cosas vistas y oídas! ¡Qué laboriosas jornadas! ¡Qué homenajeado por toda clase de personas había sido su buen Padre! ¡Cuántos prodigios había obrado por su medio María Auxilia-

[1] En una carta del veintidós de mayo el antiguo diputado notifica a don Bosco que su esposa, después de tres años de inmovilidad, ha podido ir a la iglesia dos días antes (Apéndice, doc. núm. 63).

[2] En la *Vida* en dos volúmenes (vol. II, pág. 567).

dora! Finalmente, la palabra de don Bosco los sacó de su ensimismamiento para decirles:

—¡Es algo singular! ¿Recuerdas, Rúa, el camino que va de Buttigliera a Morialdo? Allí a la derecha, hay una colina; en la colina, una casita; y, desde la casita al camino, se extiende por la pendiente un prado. Aquella pobre casita era mi vivienda y la de mi madre; a aquel prado llevaba yo de muchacho dos vacas a pacer. Si todos esos señores supieran que han conducido en triunfo a un pobre aldeano de I Becchi, ¿qué te parece?... ¡Bromas de la Providencia!

Se habló después de los dos opúsculos escritos, por Aubineau uno y el otro por un antiguo magistrado anónimo, que se vendían en favor de la Obra con tanto éxito, como sus retratos. Don Bosco escuchaba sin decir palabra ni hacer el más mínimo ademán, por donde se pudiese colegir qué pensaba, hasta que, por fin, con aire de infantil humildad, exclamó:

—*Quam parva sapientia regitur mundus!* ¡Si el mundo pudiese ver quién soy yo!... ¡Pero qué grande es la bondad y la providencia del Señor! ¡Dios es quien ha hecho todo esto por su infinita misericordia!

Aparta de lo que su humildad le hiciese pensar y decir, la verdad era que acababa de obtener en París un verdadero y grandioso triunfo. Al año siguiente, resonó todavía su nombre en el Parlamento francés. Monseñor Freppel, que, como vimos, había sido testigo ocular, pronunció en la Cámara el 2 de febrero de 1884 un importante discurso sobre la cuestión obrera, y tuvo estas expresiones:

«Vicente de Paúl, él solo hizo por la solución de las cuestiones obreras más que todos los escritores del siglo de Luix XIV. Y, en este momento, hay en Italia un religioso, don Bosco, a quien visteis en París, que trabaja por la **[258]** solución de la cuestión obrera mejor que todos los oradores del Parlamento italiano» [1].

Hubo quien quiso hacer el cálculo de las cantidades recogidas por don Bosco en la metrópoli francesa; pero creemos que es trabajo inútil cualquier intento de esta clase. Es muy probable, por no decir cierto, que don Bosco no supiese, ni siquiera aproximadamente, cuánto dinero pasó por sus manos. Casi cada tarde el hermano de la condesa De Combaud, banquero, enviaba a diversas direcciones el dinero obtenido de la caridad parisiense, que don Bosco le entregaba sin tomar nota. Estos hombres de la Providencia, que no atesoran

[1] Sacado del amplio informe de la sesión en *Nouvelliste du Nord et du Pas-de-Calais,* Lille, 7 de febrero de 1884.

para la tierra, sino para el cielo, emplean en el acto los medios que a diario les suministra la generosidad ajena, y no pierden el tiempo haciendo cálculos. El mundo tiene en ellos confianza ciega y los socorre tranquilamente, sin pensar en exigir los balances de situación, que se hacen en los asuntos de la ordinaria administración. Ministros en grande de la caridad, operan bajo la inspección de la mirada de Dios y, como quiera que la izquierda de quien da no debe saber lo que hace la derecha, le basta que no lo ignore aquél, que ve en lo secreto, y así estos extraordinarios canales de la beneficencia reparten sin interrupción sus aguas, dejando a Dios el cuidado de medir la cantidad.

En la historia de la Congregación la estancia de don Bosco en París señala un momento de suma importancia. Puede afirmarse que don Bosco y su Obra hicieron entonces su presentación, en la metrópoli intelectual de Europa, a ese mundo que había de ser el campo de su actividad, y la presentación resultó interesante y simpática. Desde aquel momento, empezó a florecer en torno al Fundador de los Salesianos una literatura universal, que difundió su conocimiento entre los hombres del saber, de la autoridad y de la riqueza, abriendo a sus hijos los caminos del bien en todas las partes de la tierra.

[259]

CAPITULO VIII

DE PARIS HACIA EL NORTE Y HACIA EL ESTE

EL creciente ateísmo del Estado y el progreso del socialismo hacían que los eclesiásticos más avisados y los mejores católicos de toda Francia sintieran la imperiosa necesidad de poner remedio. Había que comenzar por dar vida o incremento a obras juveniles de carácter popular, especialmente a las que se preocupasen de la formación profesional de los muchachos pobres y abandonados, fácil presa de los partidos subversivos, que les inoculaban, en escuelas y talleres, la aversión y, más aún, el odio contra la Iglesia y la sociedad civil. El ejemplo de don Bosco no podía, por tanto, ofrecerse en un momento más oportuno. Por ello, le llegaban desde distintas partes apremiantes invitaciones para que fuese a los lugares, donde se querían organizar o incrementar instituciones semejantes a las suyas: unos deseaban confiarle empresas de esta clase y otros, aprovecharse de sus sugerencias y consejos. Pero, desgraciadamente, sus condiciones físicas no le permitían prolongar excesivamente las fatigas de los viajes; urgía, además, su presencia en Italia.

A pesar de todo, avanzó hacia el norte, hasta Lille, y se detuvo después, al regresar, en Amiens. Ya en camino hacia Turín, visitó Dijon y se paró en Dôle. Pero sólo en Lille preparó el terreno para una próxima fundación, mientras que las paradas en las otras ciudades, que encontró a lo largo del camino, proporcionaban a sus miembros fatigados **[260]** algún descanso y le ofrecían la ocasión de acercarse y conocer a muchos buenos Cooperadores.

Llegó a Lille el cinco de mayo al mediodía y se hospedó en casa del barón de Montigny. Habíale puesto en relación con este noble señor el común amigo Ernesto Michel, abogado de Niza, que deseaba con ardor la fundación de una casa salesiana en aquel gran centro industrial, tan amenazado por la propaganda marxista [1]. La fundación se hizo, como veremos, en 1884, asumiendo la dirección del orfanato de San Gabriel ya existente.

---

[1] El mismo abogado había también contribuido eficazmente a que don Bosco se decidiera a emprender el viaje a París. Véase *XXV^me^ anniversaire de l'Oeuvre de Dom Bosco en France.* Niza, 1902, pág. 112.

La noticia de su viaje, publicada por los periódicos de París unos días antes de la fecha, despertó en la ciudad gran expectación, de suerte que, cuando se supo que llegaba, acudió mucha gente a recibirle. Creció el entusiasmo, al correrse la voz de que aquella misma tarde había ido a la cabecera de una enferma y le había producido una sensible mejoría con su bendición.

Dióse la bienvenida a don Bosco con una recepción en su honor en el orfanato de San Gabriel. El piadoso instituto no había visto nunca sus salas tan abarrotadas de ciudadanos; un par de horas antes del momento fijado, había comenzado la afluencia para la conquista de un sitio. «El ilustre religioso, escribía la *Vraie France,* avanza en medio de la muchedumbre, que lo apretuja por todas partes, y va a sentarse en un sillón algo más alevado que los otros, mientras todos los ojos se dirigen a él con ardiente y piadosa curiosidad. No sería posible captar, en su fisonomía o en su actitud, el menor indicio de afectada modestia o de interior complacencia. Parece indiferente a lo que le rodea y absorto con el pensamiento en algo de más arriba. Una vez colocado en su verdadero puesto, casi como un anillo de unión entre los favorecidos y los desheredados por la fortuna, él sigue pensando en su obra y no se preocupa de sí mismo».

[261] Los jovencitos cantaron un himno, compuesto de versos yámbicos o de seis pies, en cuatro octavas. En las dos primeras estrofas, se comparaba el paso de don Bosco por Francia al de Jesús atravesando las ciudades de Judea, entre un tropel de madres, que le presentaban sus hijitos para que los bendijese. En la tercera, Francia envidiaba a Italia la suerte de poseer a don Bosco; pero se daban gracias a Dios porque en todas las partes de la tierra la obra de don Bosco hacía resplandecer el poder de Dios y su Providencia. En la última, la ciudad de Lille se alborozaba por tenerle entre sus muros. Lille, baluarte de Francia, Lille feliz por poder hacerse eco del entusiasmo universal, gritando: *¡Viva don Bosco!*

El saludo, que se le leyó a continuación, parafraseaba los versos añadiendo dos conceptos nuevos, a saber; que Francia se había entregado a un arranque de conmoción y reverencia ante la aureola de sacerdote y de apóstol que brillaba en su frente, y que se consideraba por los presentes como una gracia señalada y uno de los recuerdos más gratos el haber ocupado un puesto por un instante en sus pensamientos [1]. Seguía una relación sobre el pasado y el presente del instituto, compilado por el Presidente del consejo de administración. Por

[1] Véase Apéndice, doc. núm. 64, A-B.

último, tomó la palabra don Bosco. Aunque instrumento indigno e imperfecto, se ponía a disposición de los que habían solicitado su ayuda. Felicitó a los fundadores, bienhechores y administradores del orfanato y, en particular, a las religiosas que lo cuidaban, dignas hijas de San Vicente de Paúl; el gran héroe y perfecto modelo de la caridad cristiana añadió:

—Admiro cuanto aquí se ha hecho y yo no vengo a destruir vuestra obra, sino únicamente a mejorarla, si puedo, con vuestra colaboración.

Terminó invocando la bendición del Señor sobre los presentes y sobre sus familias.

También en este caso, el mencionado diario repetía en otros términos la observación de sus colegas. «Su exterior, escribe, lo mismo que la palabra del apóstol no tiene las cualidades que suelen **[262]** producir fuerte impresión en un auditorio y que disponen a dejarse convencer. Tiene poca voz, pronuncia defectuosamente, usa un lenguaje incorrecto y no hace el más mínimo esfuerzo por hacer menos sensibles estas desventajas oratorias y suplir con la acción la evidente insuficiencia de la dicción. Y, con todo, este débil anciano arrastra por donde pasa a las masas; este orador, aunque mal hablista y cuya voz se oye con dificultad, sacude e incita a los más duros sacrificios. Si no hubiese algo más prodigioso en la vida de don Bosco, ¿no bastaría este milagro, que se repite cada día?».

El día siguiente, fue a hablar en la iglesia de San Mauricio; informó ampliamente de ello a sus lectores el *Pas-de-Calais-Arras* en los dos números del siete y ocho de mayo. Dos clases de personas, según el periódico, conocían a don Bosco antes de que su nombre corriese, como sucedía entonces, por toda Francia, a saber: los peregrinos de Roma, que habían sido testidos entusiastas de su actuación en Italia, y los que, yendo a Niza en busca de salud, habían tenido también la gran satisfacción espiritual de respirar el perfume procedente de la obra salesiana de aquella ciudad. Todos éstos, transformados después en apóstoles del apóstol, iban cambiando sus penosas peregrinaciones por piadosas oraciones, convirtiéndolas también en instrumento de salvación para muchos.

Después de esta observación preliminar, el corresponsal hacía la presentación de don Bosco en estos términos: «Es un sacerdote avanzado en años que sube al púlpito con dificultad y ayudado por otros; saluda modestamente al auditorio y, siempre de pie, pues le cuesta trabajo arrodillarse, se concentra unos segundos cerrando los ojos; sus descarnadas facciones, que nos recuerdan al cura de Ars, se transfigu-

ran en la oración. El predicador comienza con una voz que no es alta ni baja; tiene acento extranjero, pero se expresa de manera fácil de entender; habla con sencillez, sin alardes de elocuencia, sin animarse siquiera, menos cuando trata de Dios, de la religión y de salvar las almas. Ese sacerdote, ese predicador es don Bosco».

[263] Los orígenes de los oratorios y de los hospicios, la fundación de las dos familias religiosas, las Misiones de América, la pía Unión de Cooperadores, la exhortación final a la limosna, fueron, como de costumbre, el tema de su discurso. «Don Bosco, nota el articulista, tiene un estilo muy peculiar para estimular a la caridad; marcha derecho al fin que se propone sin perifollos y sin rodeos de palabras. Monedas de oro y plata llenaron después las bandejas presentadas a los asistentes por las señoras postulantes». El artículo concluye con estas palabras: «Ya la voz común dice que este sacerdote es un hombre extraordinario. Ayer se apiñaba en Lille, a su alrededor, una nube de gente que le impedía el paso; todos querían besar su mano, y obtener su bendición, y, en voz baja, el pueblo, que tiene menos prudencia que la Iglesia, pero muy raras veces se encuentra en contraste con ella, admiraba las obras realizadas por él y, al mismo tiempo, la profunda humildad de su autor (...). A nuestra patria, después de haber tenido el honor de venerarlo y bendecirlo, le quedará, dentro de poco tiempo, la obligación de sostener las obras surgidas por su inspiración y transmitir a la historia el recuerdo de un hombre que ama a Francia, porque Francia ama y practica la santa virtud de la caridad».

Todas las mañanas daba audiencia en el orfanato de San Gabriel, después de celebrar la misa; allí iban a recogerle para acompañarlo a visitar enfermos o para ir a almorzar en casa de familias distinguidas, que se disputaban el honor de sentarlo a su mesa. Fueron tantas las invitaciones, presentadas con antelación en la administración del orfanato, que fue preciso hacer una lista. Cuando se le enseñó la nota con la indicación de los lugares, adonde día tras día tenía que ir a las horas de las comidas, la leyó con atención, y dijo después a don Miguel Rúa:

—¡Mira qué horario! Yo esperaba una nota que dijera: Hoy visita a tales iglesias, después peregrinación a tal santuario; pasado mañana ayuno y retiro; luego conferencia espiritual. Y en cambio, fíjate: ¡comida, comida y comida! Bendito sea Dios.

No profirió estas palabras con tono áspero, que no era su **[264]** costumbre, sino con un aire de sencillez resignada, que movió a risa a los presentes.

Estos convites no eran para él un descanso, sino que, por el contrario, le cansaban bastante; sin embargo, sabía llevar siempre a ellos la nota alegre, pues no había nada más opuesto a su espíritu que, en tales casos, servir de molestia a sus comensales. Una vez le sirvió el barón de Montigny vino de Frontignan y exclamó don Bosco, después de beberlo:

—¡Vino excelente! Es realmente bueno. ¡Un poco más!

Y al decir esto alargaba la copa. De buenas a primeras pareciéronle extrañas aquellas exclamaciones a alguno de los convidados; pero no se tardó en comprender que era un honor que hacía al vino para honrar al dueño de la casa o también, como se sospechó, una broma para encubrir la virtud. Desde entonces, el señor de Montigny cambió el nombre a su vino de Frontignan, y lo llamó vino de don Bosco.

El día diez de mayo le preparó un solemne banquete la Dirección de escuelas católicas, cuyo fundador y patrono era el señor Jonglez de Ligne. Ocho días antes había escrito este ferviente católico al secretario de don Bosco: «Espero, que el santo Religioso pueda hacernos este honor. Será el más eficaz estímulo para nuestra obra de las escuelas católicas, que cuenta ya con once mil niños arrancados a la enseñanza atea». A los postres, presentaron un pastel sobre el cual se levantaba como un monumento, hecho de dulce, una bonita estatua de María Auxiliadora y, al quitarla, apareció la iglesia de Valdocco. Reinaba entre los comensales la más sincera alegría. Al hablar de los agasajos que había recibido don Bosco en París, dijo alguien que tenía sobrado motivo para enorgullecerse por tantos triunfos. Pero don Bosco callaba. Entonces otro le preguntó:

—Ea, díganoslo; ¿qué piensa usted de todo esto?

Con bonachona y algo cómica seriedad, contestó:

—Pues... estoy pensando si me conviene, o no, ser orgulloso.

La inesperada respuesta provocó un estallido de buen humor.

[265] La obra de la escuela católica tenía un himno, que se cantaba con ocasión de colectas o de reuniones públicas. Fue ejecutado también entonces por un coro de muchachos. Era un poema guerrero. Su marcial estribillo expresaba maravillosamente el ardor de los nuevos cruzados, entrados en liza para defender los derechos de Dios contra la laicización de la escuela. Brindó en nombre de los dirigentes el señor Pablo Tailliez, augurando que la presencia del «santo Religioso» comunicara a los miembros de la asociación una chispa del ardor que todo lo inflamaba de gloria por Jesús, por la salvación de las almas y especialmente por la cristiana regeneración de la juventud más necesitada. Otro señor, que había visitado cuatro años antes el

Oratorio, habló en nombre de todos los asociados, preguntando al «san Vicente de Paúl italiano» el secreto que le permitía hacer tanto bien. Resultó notable, por más de un motivo, este paso: «Nos escriben nuestros amigos de París que usted viene a nosotros como la paloma del arca de Noé para anunciar a nuestro pobre país el fin del diluvio revolucionario; en efecto, hemos notado que su llegada a Lille coincidía con la fiesta de San Pío V, el Papa de la victoria de Lepanto, el glorioso siervo de Aquella, que usted honra con un culto especial bajo el título de *Auxilio de los Cristianos.* Al ramito de olivo une usted la azucena de la Virgen Inmaculada. Le aplaudimos, reverendísimo Padre, en esta tierra de Francia, donde hace ocho siglos que florecen gloriosamente los lirios. Déjenos esperar que su visita sea presagio de su reflorecimiento, porque nuestra patria no quiere dejar de llamarse *el reino de María*».

Era lógico que, frente al ateísmo oficial, recordaran con nostálgico pensamiento el pasado monárquico los que bajo la tercera república se lamentaban de ver cómo se rompían, uno tras otro, los lazos de otro tiempo entre religión y patria; pero don Bosco se guardó mucho en toda circunstancia de proferir una palabra que, aun de lejos, pudiese saber a política. Le fue ofrecida, por último, una medalla de la obra, **[266]** que llevaba la cruz en el anverso y el lirio del escudo de la ciudad en el reverso [1]. «Con el corazón henchido de gratitud», la señora Niel agradecía por carta a don Bosco el honor y la satisfacción que proporcionaba a su familia al aceptar la invitación para el mediodía del viernes, día once, en Roubaix, ciudad situada a poco más de diez kilómetros de Lille. También el marido, que había asistido a la conferencia de San Mauricio, consideraba aquella visita como «un gran favor».

Sirvióle una comida espléndida un señor, cuyo linaje y apellido callan nuestras fuentes. El ojo de don Bosco contemplaba la magnificencia de los preparativos y el valor de los platos; qué pensamientos pasaban, mientras tanto, por su mente, lo reveló hacia el fin, cuando llegó el momento oportuno y dijo al anfitrión:

—Desearía, señor, satisfacer una curiosidad. Desde que nos hemos sentado a la mesa, todavía no me he podido librar de ella.

—Diga, diga, contestó el señor.

—Pero quizás resulte demasiado indiscreta mi pregunta.

—Diga, diga con toda libertad.

—Quisiera saber cuánto ha costado esta comida.

---

[1] Véase Apéndice, doc. núm. 65, A-C.

—Si sólo es ésa su curiosidad puedo contestarle inmediatamente.

Dicho esto, mandó llamar al cocinero y se lo preguntó. El cocinero fue a consultar el libro de las provisiones y volvió con la respuesta; de la cocina habían salido víveres por valor de doce mil quinientos francos.

—Ahora que lo sabe, ¿está usted satisfecho?, le preguntó el señor.

—Sí y no. Doce mil quinientos francos para honrar al pobre don Bosco son verdaderamente un gasto excesivo. Si mis muchachos supieran que don Bosco hace gastar tanto para él en una comida, se quedarían asombrados. ¿No habría **[267]** sido mejor, dirían ellos, que le hubieran dado el dinero para proporcionarnos panecillos?

—¡Puede hacerse perfectamente lo uno y lo otro!, exclamó su interlocutor que, si ciertamente era rico, también sabía portarse con magnificencia.

En efecto, antes de que los comensales se levantasen de la mesa, acercóse un jovencito con mucha gracia a don Bosco y, diciéndole un cumplido, le presentó un sobre cerrado sobre una preciosa bandeja. Cuando don Bosco lo abrió, se encontró con billetes de banco por valor de doce mil quinientos francos.

Nos ha llegado el recuerdo de otros hechos extraordinarios, a más del mencionado al comienzo. El primero se refiere personalmente a la señora Philippal De Roubaix. Tenía la señora las piernas tan entorpecidas que cada paso le costaba agudos sufrimientos. La llevaron a la iglesia donde se encontraba el Santo; diole éste la bendición y una medalla, y curó al instante. Jamás sufrió molestias de aquella clase.

El señor Santiago Thery tenía un hijito raquítico, que no podía caminar, ni casi moverse. Lo acercaron los padres a don Bosco y éste le pasó ligeramente la mano sobre sus brazos y sus piernas. Aquel tocamiento bastó; el niño cobró vigor y, libre del mal, creció fuerte y sano.

Más llamativo todavía fue otro prodigio. Una huerfanita de Aire-sur-Lys había llegado a tal extremo, víctima del escrofulismo, que ni siquiera se la podía admitir a la primera comunión; tenía, además, una pierna tan torcida que difícilmente podía tenerse en pie. La señorita Clara Louvet, que había ido a Lille para ver a don Bosco, le entregó una carta del abate Engrand [1], en la que recomendaba a sus oraciones a la pobre criatura. Era un sábado por la tarde; don Bosco metió la carta en el bolsillo para leerla cuando pudiese. Pues bien, sucedió que, a primeras horas de la noche del lunes al martes, la

[1] Véase vol. XV, cap. XIX.

enferma fue acometida por atroces espasmos; **[268]** después se durmió apaciblemente y, al amanecer, despertóse y gritó a una tía suya:

—¡Tía, estoy curada!

En efecto, las úlceras estaban cerradas y tenía las piernas tan ágiles que fue en persona al abate para darle la alegre noticia. Cuando, en el 1891, se envió al Oratorio la relación del hecho prodigioso, la huerfanita había crecido normalmente y disfrutaba de óptima salud.

Vivía, frente al orfanato de San Gabriel, el señor Cordonnier, rico comerciante de vino. Hacía algún tiempo, acariciaba un partido matrimonial, pero no había manifestado todavía a nadie su intención. Quiso, como muchos otros, visitar a don Bosco para presentarle sus respetos, ofrecerle sus servicios y, si tenía oportunidad, pedirle consejos sobre su porvenir. Fue, pues, a él, y no le dio tiempo a abrir la boca, porque el Santo le dijo, nada más verle:

—Sí, sí; decídase por la que usted desea.

En el monasterio de las Bernardas, de Esquermes, arrabal de Lille, yacía sor María Clotilde en el lecho del dolor: en el intervalo de ocho meses, había recibido dos veces los últimos sacramentos, cuando don Bosco llegó a su cabecera. Le había dicho la Superiora, mientras le acompañaba a la enfermería:

—Don Bosco, tenemos una hermana, que recibió los sacramentos en diciembre, y todavía no consigue levantarse ni tenerse en pie. ¿No podría usted lograr que se pusiera mejor? Sería un gran recuerdo de su visita al monasterio.

Don Bosco miró a la enferma, bajó después la cabeza dos minutos, como si estuviese en oración y, levantándola, dijo claramente:

—Vivirá... y largo tiempo... y así podrá ser útil a la comunidad...

Después, con aire sonriente, añadió:

—Hasta los cien años, si fuera menester.

Estas palabras hicieron creer que todo lo había dicho de broma. En cambio, no parece que quisiera bromear. No había hecho promesa alguna de curación, sino de vida larga; y, en efecto, la religiosa no sólo curó, sino que vive todavía (1934) con sus buenos ochenta y dos años, ofreciendo cada día al Señor sus sufrimientos para bien de la comunidad, a la que de **[269]** este modo es útil de veras, como había dicho don Bosco. Por lo demás, años atrás tenía también mejorías periódicas, que le permitían, incluso, trabajar en el colegio.

La comunidad se encuentra hoy en Ollignies (Bélgica), adonde se trasladó hace treinta años después de la ley de expulsión de los religiosos. Entonces se trataba precisamente de abrir allí una casa sucursal.

La religiosa encargada de gestionar la apertura se encontraba en Lille, cuando pasó por allí don Bosco, y le recomendó su plan.

—¿Bajo qué título, preguntó, honraréis a la Virgen en el nuevo monasterio?

La Superiora, después de pensarlo un momento, contestó:

—Bajo el de la Virgen del Bosque, porque...

Don Bosco no la dejó acabar y añadió:

—Mejor será que la llaméis la Virgen Auxiliadora. ¡Le gusta mucho a Ella prestarnos su auxilio!

La propuesta agradó; y por eso, desde entonces, se honra a la Virgen con esta advocación en el monasterio de Ollignies.

En la visita que hizo al Asilo femenino de las Cinco Llagas, le dijo la Superiora:

—Don Bosco, usted que hace milagros, obtenga que se salven todas las que mueren aquí dentro.

—¡Madre!...; se limitó a contestarle el Santo.

Y replicó la monja:

—Tenemos en casa una veneranda octogenaria agonizando. Venga a bendecirla y a enviarla al paraíso.

Don Bosco le rogó que le acompañara hasta ella. Cuando estuvo cerca, la observó un instante, recogióse después en oración y le dio la bendición; volvióse luego a la Superiora y dijo:

—Ya está, Madre; su ruego ha sido escuchado.

En efecto, la buena anciana, apenas bendecida, había entregado placidísimamente el alma a Dios.

No queremos pasar por alto un gracioso episodio, sucedido en el colegio de las religiosas del Sagrado Corazón. Le presentaron la alumna, Germana D..., que pertenecía a una familia con veintidós hijos. Como era muy pequeña de estatura, temía que ello fuese impedimento para hacerse religiosa; así que, al pasar delante del Siervo de Dios, tuvo el valor de decirle:

[270] —Padre, ¿quisiera usted rezar para que yo crezca?

—Hija, contestó el Santo, crecerá... pero en otra parte.

Al poco tiempo, volaba la joven allá, donde todos alcanzan la estatura perfecta.

Había entre las presentes una antigua alumna, que se sentía llamada a abrazar la vida de sus maestras y hubiera debido ingresar en el noviciado el ocho de junio, día de su veintiún cumpleaños, y su edad canónica; pero, atraída por las dulzuras domésticas, pensaba esperar todavía. Don Bosco, después de una platiquita, pasaba en medio del auditorio, recibiendo los donativos que le ofrecían y dando cada vez

las gracias con un penetrante *Dieu vous le rende,* cuando llegó a aquélla, se paró y, mirándola fijamente, le preguntó:

—Bueno, ¿cuándo es la partida?

No necesitó más; era la voz de Dios: el ocho de junio entró en Conflans como novicia.

Es gracioso el caso de los señores de Montigny, que todavía recuerdan las mismas religiosas. Se casaron de edad ya avanzada, y habían tenido dos hijas, a las que, alrededor del año 1875, enviaron al colegio de las religiosas del Sagrado Corazón para que las educaran; pero la delicada constitución de las niñas era causa de continuas angustias para los pobres padres. En efecto, la mayor, María Teresa, murió a los quince años y la otra, Amelia, dieciocho meses después, víctimas ambas de tuberculosis pulmonar. La casa de sus padres se convirtió en casa de luto y de tristeza. Algunos amigos les facilitaron una entrevista con don Bosco en Niza, y el santo derramó en aquellos corazones el bálsamo del consuelo, exhortándolos a ayudar a la juventud pobre y abandonada. Más tarde, después de haber gozado de su hospitalidad en Lille, les susurró, en el instante de la salida, una palabra singular:

—Hay que preparar una cuna.

Aquella palabra se divulgó poco a poco, y llegó también a oídos de monseñor Alfredo Duquesnay, Arzobispo de Cambrai, bajo cuya jurisdicción estaba la ciudad de Lille, que no era todavía sede episcopal.

—Si tienen un hijo, dijo, quiero ser yo el padrino.

No transcurrió un año cuando los dos buenos señores acariciaban a un bebé, heredero suspirado de su nombre y de sus haberes. Monseñor mantuvo la palabra. El arcipreste **[271]** de San Mauricio, que debía bautizar al recién nacido, al encontrarse ante padrino tal, le rogó le indicara cómo debía comportarse ante su Arzobispo en aquella sagrada ceremonia.

—Actúe como si yo fuese un diocesano cualquiera, le contestó bondadosamente Monseñor.

Se impuso al bautizado el nombre del padre y el del Arzobispo. El testigo, que nos refiere estos detalles, vio en 1897 a la madre, ya viuda, sin más consuelo en este mundo que aquel hijo del milagro, como ellos solían llamarlo [1].

El joven subdiácono jesuita, José Crimont, nos describe la maravillosa gracia que él mismo recibió. Ayudó dos veces a don Bosco a celebrar la santa misa. La primera fue el día seis de mayo, en la capilla

[1] Carta del cisterciense, Mauricio Berthe, a don A. Auffray, noviembre de 1934.

de las damas del Asilo, tan abarrotada de público que, para ir de la sacristía al altar, se requirió un largo cuarto de hora, porque a cada paso cercaba al Siervo de Dios un nuevo grupo de personas. «¡Qué misa!, escribe el subdiácono de entonces. Era la misa de un Santo; su cara resplandecía con luz sobrenatural». De nuevo estuvo junto a él durante el sacrificio divino el joven religioso: fue en la iglesia de la Adoración, así llamada porque en ella estaba continuamente expuesto el Santísimo Sacramento. El mismo gentío, el mismo entusiasmo, la misma devoción que el día anterior y, para el joven religioso, la misma impresión de santidad. Estaba él dispuesto a seguirle hasta donde le fuese permitido, con tal de poder hablarle para pedirle un favor. Llegó el momento oportuno cuando el Santo volvió a la sacristía. Al oír su deseo, preguntóle don Bosco qué quería.

—Tengo poca salud, respondió. Querría tener tanta fuerza que me bastase para poder ser enviado a las Misiones. Mi aspiración es llegar a ser misionero.

—Hijo mío, le dijo amablemente don Bosco, **[272]** recibirá esta gracia. Cada día, en la acción de gracias después de la misa, rezaré con este fin.

¡Cosa singular! El hijo de San Ignacio, que hacía tiempo buscaba inútilmente la salud, recobró tan pronto y tanto las fuerzas que, al poco tiempo, fue enviado como profesor al colegio de Saint-Servais en Lieja, y al año siguiente, pasó a Saint Hélier, el gran Seminario francés de la Compañía, para seguir allí sus estudios y prepararse al presbiterado. Se hablaba mucho por aquellos años de las misiones jesuíticas en las Montañas Rocosas y le parecía al futuro levita sentir una voz interior que le señalaba allá, bajo el frío polar, el campo de su apostolado. Ordenado sacerdote, recibió la obediencia para las Misiones de la India, pero, el año 1894, los Superiores lo trasladaron a Alaska, donde fue nombrado Vicario Apostólico por la Santa Sede el año 1916.

Seleccionamos alguna otra pequeña noticia sacada de varias cartas.

El nueve de mayo celebró la misa en el monasterio del Sagrado Corazón, y las religiosas colocaron bajo el mantel del altar un papel en el que habían escrito sus intenciones particulares; el día doce, fue a celebrar a las Carmelitas y accedió a sus deseos, escribiendo unas palabritas con su firma al pie de unas estampitas que le presentaron: el día trece celebró la misa en la iglesia de San Esteban. Parece que visitó también el monasterio del Buen Pastor, el convento de las religiosas Franciscanas y el de las religiosas de Nuestra Señora del Socorro.

La señorita Josefina Pierson le consultó acerca de su vocación y obtuvo esta respuesta: *Le bon Dieu vous appelle.* (El buen Dios le llama). Sin embargo, hizo contestar después a una carta suya que se atuviese a cuanto le había dicho ya, pero siguiendo el consejo de su confesor. La señorita Delarue agradecía sus oraciones, que obtuvieron el saludable efecto de una pacificación doméstica, de la que parecían perdidas todas las humanas esperanzas. El Arzobispo de Cambrai le agradecía la visita hecha a aquella ciudad, y el haber aceptado el orfanato **[273]** de San Gabriel; le suplicaba, además, que fuera a bendecir a una benemérita señora de Lille, muy enferma: «Vaya, querido Padre, a bendecirla, insistía el Obispo, como el Señor bendijo a la suegra de san Pedro, y que su bendición obtenga el mismo efecto» [1].

En una carta escrita por una señora de Lille a don Miguel Rúa, después de la muerte del Santo, se aprecian los beneficios espirituales que producían sus visitas a las personas enfermas; el dulce recuerdo de sus consejos y de sus palabras de aliento; la paciencia y resignación que le había infundido para soportar una enfermedad, que la torturaba desde hacía trece años; el cariño fiel y generoso a las obras de aquél, que, sin embargo, no le había obtenido la curación [2].

El día dieciséis de mayo partió de nuevo hacia París. Hizo una parada en Amiens, donde había un buen grupo de Cooperadores. Probablemente fue huésped del vizconde de Forceville, que lo había invitado [3], y que después le dio efusivas gracias *de la bonne visite* [4]. Celebró a las diez en la catedral. Aunque es una iglesia muy grande, la muchedumbre llenaba toda la nave central. Después del evangelio, don Bosco subió al púlpito. Estaba éste adosado a una gruesa pilastra, adornada en la base por una estatua colosal de san Vicente de Paúl, en actitud de levantar una mano al cielo e indicar con la otra a un niño que está a sus pies; pero, aquella mañana, los oyentes tenían la ilusión de que el Santo francés de la caridad quería abrazar con ambas manos al predicador italiano de la caridad.

A primeras horas de la tarde, visitó un *Patronato.* Enfermos y sanos no le daban tregua; se paraban ante él muchas madres cercadas de sus hijos y con el más pequeño en brazos; todos imploraban su bendición. Era una lucha de manos y pies para llegar a tocarlo. Una riada de gente lo siguió acompañándolo **[274]** a la estación y, cuando

---

[1] Véase Apéndice, doc. núm. 66.

[2] Véase Apéndice, doc. núm. 67.

[3] Habiendo leído en el *Univers* la inexacta noticia de que don Bosco iría a Lille el día treinta de abril, le había escrito allí en dicho día, dándose por muy honrado de hospedarlo en su casa.

[4] Véase Apéndice, doc. núm. 68.

subió al tren, tuvo que asomarse a la ventanilla para bendecir a la muchedumbre, que aguardaba de rodillas aquella gracia. Un periodista, que había tomado asiento en su departamento, impresionado ante un espectáculo tan nuevo, le hizo un donativo y quiso que le inscribiera entre los Cooperadores Salesianos. El corresponsal de cierto semanario, aludiendo a la fama de sus milagrosas curaciones, escribió que los mayores milagros eran dos: uno el agolparse de tantas personas ávidas de ver y oír a un pobre anciano y el otro el multiplicarse de las conversiones [1].

También allí se tenía una confianza ilimitada en sus oraciones. La señora de Franqueville pedía la curación de su hija y se conformaba con que el secretario de don Bosco le escribiese solamente: «Don Bosco ha rezado», o bien «Don Bosco rezará»; estas dos palabras la dejarían «contenta y tranquila». Otra señora, sentía no haberse encontrado en Amiens, al paso de don Bosco, y pedía una *toute petite prière* para ella, angustiada por penas interiores, para el abuelo enfermo, para otro miembro de la familia necesitado de conversión, para los cinco hijos, para el marido y para una hermana carmelita. Don Bosco le hizo contestar que con gusto rezaría por ella y por los suyos y que le enviaba su bendición.

Vivía en Amiens una joven de diecinueve años con su familia poco practicante y poco amiga de dar. Aquel día se oyó en casa que don Bosco había llegado a la ciudad y que visitaba a las personas acaudaladas, pidiendo limosnas para las obras salesianas y que ciertamente iría también allí. Entonces la dueña dijo a la joven que no se le podía dar nada y que, para no tener que contestar con una negativa, no se dejaría ver; que hablara ella a don Bosco y la disculpara. Efectivamente, se presentó el Siervo de Dios con su secretario. La joven lo recibió con todo el respeto posible y le insinuó **[275]** lo mejor que pudo, que no había nada que esperar de aquella casa. Don Bosco le miró y le dijo:

—Hija, usted tiene espíritu de prudencia; consérvelo y Dios velará por usted. Tendrá que esperar todavía mucho, pero ingresará en una Congregación que nacía cuando usted nació; nos volveremos a ver.

En efecto, la volvió a ver unos días después, con otra familia y, señalándola a quien estaba a su lado, dijo:

—La conozco... Dios vela por esta joven.

Aquella joven tuvo que esperar trece largos años todavía para poder seguir su vocación, pues, hasta 1896, no ingresó en las Hermani-

[1] *La Semaine réligieuse* de Niza, domingo, 21 de mayo de 1883 (Apéndice, doc. núm. 69).

tas de la Asunción y, hasta 1900, no supo, al leer la biografía del padre Pernet que acababa de publicarse, que los orígenes de la nueva Congregación se remontaban al mes de mayo de 1864, que eran precisamente el mes y el año de su nacimiento [1].

Después de parar, como ya hemos narrado, otros diez días en París, don Bosco salió para Dijon y se detuvo allí tres días, hospedado en el suntuoso palacio de la marquesa de Saint-Seine, de la calle Verrerie. Llegó el domingo por la mañana y fue a celebrar la misa en las Carmelitas, que ya se lo habían pedido el trece de abril por medio de su capellán. Lo acompañó don Miguel Rúa. Lleváronle ante todo a la enfermería para visitar a la Madre Priora, que estaba muy mal, y después se presentó a toda la comunidad. «Después de cincuenta años, escribe una de aquellas monjas, estoy viendo todavía a don Bosco tranquilo, recogido, como quien vive más en otro mundo que en éste» [2]. Una religiosa le preguntó en italiano si la Madre curaría.

—Recibirás con la medida de tu fe, le contestó.

[276] Aquella confesó después que entonces tenía poca fe en la curación. Pasó después a la capilla, que encontró abarrotada de gente. A su entrada y durante la celebración, se hubiera podido oír volar una mosca; tan hondamente estaban sumidos los presentes en la idea de que asistían a la misa de un santo. Después de leer el evangelio, se volvió y dijo entre otras cosas:

—Recemos mucho por la reverenda Priora de este Carmelo, para que Dios la conserve todavía por algún tiempo en su comunidad, donde todavía es necesaria.

La madre María de la Trinidad no curó; pero, sin embargo, vivió hasta el 4 de noviembre de 1889 [3].

Durante las primeras horas de la tarde, visitó el colegio de San Ignacio, donde se celebraban las primeras comuniones de los alumnos. El lunes dio una conferencia en Nuestra Señora de la Buena Esperanza. Había tanto gentío que se cantó tres veces el *Magnificat,* durante el tiempo que tardó en llegar desde la puerta de la sacristía a

---

[1] Véase *Mère Marie de Jésus,* pág. 331. Narra en ella la religiosa que el segundo encuentro fue de nuevo en Amiens. Si es así, don Bosco volvería otra vez allá, pero no quince días después, como ella afirma. Confirmaría este regreso lo que leemos en una carta del señor Caille, presidente del *Patronato.* Escribía éste a don Camilo de Barruel el dieciocho de mayo: «Las últimas palabras del reverendo don Bosco han sido para los corazones de los que las han oído; ellos esperan, todos nosotros esperamos poder tener al reverendo Padre la próxima semana». Pero es verosímil que el segundo encuentro haya sido antes de que saliera don Bosco.

[2] La que nos informa, hace acerca de don Miguel Rúa esta observación: «Don Miguel Rúa nos dio también, aunque de otra manera, la impresión de un santo, de otro Luis de Gonzaga».

[3] La colecta alcanzó los quinientos nueve francos.

la escalerilla del púlpito. La mañana del miércoles celebró la misa en San Miguel y, por la tarde, visitó un orfanato del abate Chanton en la calle de San Filiberto.

Su presencia en Dijon despertó el mismo interés y provocó las mismas demostraciones que en París y en Lille. «Este hombre de tan humilde aspecto, decía en *Le Monde* del veintinueve de mayo un corresponsal de Dijon, está tan cansado por el trabajo y los viajes que parece no tener fuerzas y, sin embargo, contesta a todas las preguntas, multiplica los discursos, prodiga en todas partes bendiciones y oraciones, se interesa por las necesidades de cuantos invocan su apoyo ante Dios y, al mismo tiempo, recomienda a la caridad cristiana las obras colosales que él dirige. La gente corre tras él, ansiosa de verle y tocar su sotana, porque siente emanar de todo su ser la fascinación de la santidad y descubre la intervención sobrenatural en la fecundidad de su apostolado y en las gracias extraordinarias que obtiene».

La noticia todavía incierta y lejana de su paso le **[277]** había proporcionado cartas de invitación de distinguidas personas [1]. Ya había recibido el diez de abril, un carta muy hermosa del marqués de Saint-Seine, rogándole que visitara Dijon y, en términos cordialísimos, le ofrecía hospitalidad. El veintiocho de abril le pedía la vizcondesa del mismo nombre, ya segura de su ida, en nombre de todos los suyos, el honor de servirle una comida en su palacio, a la hora que más le acomodara; la condesa Max de Vesvrosse buscaba el día primero de mayo obtener una breve audiencia; le suplicaba, con expresiones de edificante humildad, el ocho de mayo, un vicario de la catedral que fuera a bendecir una obra juvenil por él fundada; el veintidós de mayo un subdiácono le escribía desde Poiseul, con gran fervor y viva confianza, diciéndole que se presentará a él en Dijon con el hijo de una distinguida Cooperadora, «para que lo bendiga, y que él también necesita que don Bosco le obtenga la salud para poder seguir en su vocación» [2].

Le llegaron cartas durante su estancia en la ciudad. El capellán de las Ursulinas de Monthard se encontró con don Bosco cuando salía del palacio episcopal y se arrodilló a sus pies, pidiéndole la bendición. El Santo le contestó con amabilidad: *Ab illo benedicaris, in cuius honore cremaberis* (Bendito seas por aquél en cuyo honor te quema-

---

[1] En Lille, había recibido una cordial invitación para ir a Besançon a casa de la cooperadora salesiana Le Bon: «¿No va a ser Besançon tan favorecida como las otras ciudades que usted recorre, desde que anda por Francia? ¡Está tan cerca de Dijon! ¿Sería atrevimiento, M. R. Padre, poner mi piso a su disposición, dado el caso de que pueda dedicar unas horas a nuestra ciudad? ¡Qué dicha sería para nosotros y, al mismo tiempo, cuántas bendiciones nos traería!».

[2] Véase Apéndice, doc. núm. 70, A-F.

rás), explicando que él no sería mártir de la fe, sino de la caridad. Esta explicación lo dejó tan satisfecho que después le escribió, para encomendarse vivamente a sus oraciones. Otros invocaban bendiciones para la curación de los enfermos o para la conversión de los pecadores; algunos agradecían su visita y enviaban donativos; muchos le recomendaban intenciones especiales [1].

[278] Hay cartas, con fecha posterior al viaje y aun a la vida del Siervo de Dios, que contienen recuerdos de su estancia en Dijon. Es extraordinaria la de un empleado. Había prometido a don Bosco el diez por ciento sobre los eventuales aumentos de su sueldo. Habiendo conseguido con el nuevo año un aumento de cien francos mensuales, enviaba en enero de 1884 la primera cuota, recordando siempre con gratitud el encuentro.

Pero los recuerdos más conmovedores se encuentran en las cartas de pésame escritas a don Miguel Rúa en febrero de 1888. «Es para mí, escribe la marquesa de Saint-Seine, un recuerdo entrañable, y que considero como un verdadero regalo del cielo, el haber acogido bajo nuestro techo a aquel verdadero san Vicente de Paúl». La señora Le Mire menciona la curación de su nuera, obtenida por el «querido santo», pero no tenemos ninguna noticia de este hecho [2].

Una comunicación escrita recientemente nos informa con todo detalle de un episodio acaecido en Dijon e ignorado hasta ahora. Una noche fue don Bosco a cenar en casa de señor de Charentenay, óptimo cristiano, que invitó para una velada en su honor a algunas señoras y señoritas, amigas de sus hijas. Alrededor de las nueve y media, como deseara retirarse el Santo, se acercó a aquellas personas, que se levantaron y le abrieron paso en el salón; el señor De Charentenay le daba el brazo. Caminaba despacio y con dificultad. La joven Enriqueta De Broin, algo tímida, estaba escondida detrás de las compañeras, que aguardaban en corro junto a la puerta. Don Bosco avanzaba sin decir nada y sin detenerse con nadie, pero, al llegar allí cerca de la salida, de pronto se detuvo y levantando la cabeza para mirar detrás de las espaldas de las otras, fijó la mirada en aquella señorita y le dijo:

—Hija, usted piensa en la vocación y hace bien; rece.

Salió después, bajó y se dirigió al coche.

La señorita De Broin no había dicho absolutamente nada a nadie **[279]** acerca de las inquietudes, que le agitaban en torno a su porvenir, por lo cual entonces, confusa, desapareció de allí, sin que nadie supie-

---

[1] Véase Apéndice, doc. núm. 71, A-E.

[2] Véase Apéndice, doc. núm. 72, A-D.

ra dónde y cómo se había eclipsado. A la mañana siguiente, embargada todavía por la conmoción, reveló su estado de ánimo a una confidente; el padre, al darse cuenta de su turbación, no quiso que volviese a ver a don Bosco y, sin decir el motivo, la llevó al campo. Afligida por este alejamiento, la señorita De Broin escribió a don Bosco una carta antes de salir, haciendo que se la llevara una señora amiga. Cuando el Siervo de Dios la leyó, dijo que recordaba a quien la había escrito y, como le preguntaran si había contestación, dijo:

—No; que siga rezando.

La joven profesó más tarde entre las religiosas del Cenáculo en Versalles.

La bendición de don Bosco fue también beneficiosa para la hermana de esta religiosa. Se encontró con él comiendo en casa de un amigo de la familia y advirtió su gran sencillez y bondad en el trato, pero especialmente aquella mirada penetrante, que parecía leer los secretos de los corazones. Era joven y algo mundana, por lo que no tenía ganas de acercarse a él; pero tuvo que seguir al padre, que la llevó a recibir su bendición, mas procuró no levantar los ojos para no llamar la atención de don Bosco sobre ella, pues esto la habría puesto en un brete. Sin embargo, también ella entró en el Cenáculo, pocos años después de la hermana, considerando esta vocación como una gracia insigne, por la que, como escribe, se considera obligada a expresar cada día su agradecimiento a don Bosco.

Don Bosco salió de Dijon el día veintinueve, a las cinco de la tarde; lo esperaba en Dôle la familia De Maistre. El Conde, su antiguo amigo y gran bienhechor del Oratorio, le colmó de atenciones con todos los suyos. Pero don Bosco sólo pasó allí la noche, pues, el día treinta por la mañana, poco después de celebrar la misa, siguió viaje hacia Turín. Llevaba consigo cuatro o cinco paquetes de cartas sin abrir todavía, que llamaron la atención de los empleados de la aduana en Modane; pero las explicaciones **[280]** que se les dieron, fueron aceptadas cortésmente y pasaron los paquetes. Con un largo mes de trabajo y la ayuda de algunos secretarios, se despachó después toda aquella correspondencia, pues era costumbre de don Bosco no dejar nunca una sola carta sin respuesta, aunque fuese insignificante o escrita por un niño [1]; es más, no dejaba de enviar, al menos un acuse de recibo, aunque se tratara de una simple tarjeta de visita.

Durante esta larga narración, no hemos tenido en cuenta las noti-

---

[1] El que esto escribe, recuerda haber oído decir en 1885 a un insigne predicador, con maravilla de los que lo rodeaban, que don Bosco contestaba incluso las cartas de los chicos.

cias que se publicaban en los periódicos italianos sobre el viaje de don Bosco por Francia, porque no encontramos en ellos nada nuevo, pues no hacían más que repetir sumariamente las informaciones procedentes de la prensa francesa [1]. Nos pareció singular únicamente una correspondencia de París al anticlerical *Sécolo* de Milán, cuando anunció la salida del «taumaturgo», como lo llamaban [2], encabezando el artículo con el retrato del Siervo de Dios. Entre otras cosas decía que don Bosco hubiera podido escribir de su viaje como César: *Veni, vidi, vici.* Y añadía: «¡Qué fuerza de voluntad tiene este cura! Fue pastor de ovejas hasta los quince años, se ordenó a los veintiséis, fue encargado de visitar las cárceles de Turín, le vino la idea de recoger muchachos abandonados y pervertidos; sin tener un ochavo, mofado, perseguido, **[281]** triunfó en todo y contra todos. ¿Lo creeríais? Dirige actualmente alrededor de ciento sesenta establecimientos, esparcidos por Italia, Francia, España y América; mantiene y educa a unos ciento cincuenta mil pobrecitos. ¡Valiente socialista este cura!». La *Unità Cattolica* de Turín, una sola vez en su vida, daba la razón al diario milanés, con el que sostenía polémicas a diario, diciendo que, con toda verdad, se podía llamar a don Bosco *socialista,* porque era de hecho el salvador de la sociedad. También estas chanzas periodísticas tienen su valor; pero dio en el blanco, mejor que todos, un periódico portugués, el cual demostró que el viaje de don Bosco a París había sido «un argumento de fe» [3].

---

[1] En el melodioso concierto no podía faltar la nota disonante y astrosa. Dióla el *Fra Paolo Sarpi,* diario protestante valdense de Venecia (n.º 24, del veintidós de junio), con un artículo que comenzaba así: «Los diarios clericales han contado las maravillas de don Bosco en París. Hizo allí su aparición, dio conferencias, sermones y ganó prosélitos para el Vaticano. Pero, ¡ay de mí! La propaganda religiosa de este reverendo parece muy sospechosa. La obra fundada por él no es ni más ni menos que una empresa comercial muy sucia». Para probar su afirmación, el director tenía la cara dura de hacer suyo, con pequeñas variantes, un artículo de Giustina del año anterior, como si el hecho narrado fuera reciente y sin preocuparse por saber si era verdad o calumnia. No podía recibir don Bosco un trato más indigno; pero aquel señor era un sacerdote que había dejado de serlo.

[2] Núm. del 22 de junio de 1883. Desde hacía veinte o más días don Bosco estaba en Turín; pero el diario, que seguramente lo ignoraba, publicó con retraso la correspondencia.

[3] *A Cruz do Operaio,* Lisboa, 1 de junio de 1883.

[282]

CAPITULO IX

SIETE MESES DE DON BOSCO EN EL ORATORIO: FIESTAS Y SUCESOS

LAS noticias que llegaban al Oratorio, sobre los triunfos de don Bosco en París, se comunicaban después de las oraciones de la noche y entusiasmaban a todos, pero no así las de su salud, que creaban un tanto de aprensión. Por eso, se rezaba mucho por su feliz retorno. Los muchachos, de acuerdo con sus superiores inmediatos, se comprometieron a hacer durante la novena de María Auxiliadora un número determinado de comuniones, y cada uno se apuntaba en su grupo a las que quería.

Le esperaban con verdaderas ansias, hasta que llegó el día treinta y uno de mayo por la mañana hacia las nueve. Acudieron a recibirle, junto con los muchachos, algunos señores de la ciudad; y estaba también el marqués de Avila, buen cooperador español, que permaneció unos días en el Oratorio. Sólo quien recuerda la vida de aquellos tiempos puede comprender el júbilo, la fiesta, el alborozo, que llenaban de satisfacción toda la casa en semejantes ocasiones. Entre gritos de alegría, aplausos y armonías musicales atravesó don Bosco el patio, caminando lentamente hacia el pórtico, sobre cuya arcada central campeaba esta inscripción: *Padre querido, Francia te honra, Turín te ama.* Subió a un estrado. Sonreía, miraba el sombrero que tenía en la mano, y dijo:

—Tal vez os parezca **[283]** que, con este sombrero francés, don Bosco ya no es el de antes. No temáis, queridos míos, yo soy siempre el mismo, siempre vuestro afectísimo amigo, mientras Dios me deje un hilo de vida. En Francia os recordaba cada día y rezaba por vosotros; recibía con mucha satisfacción vuestras cartas, vuestras noticias y he experimentado también la eficacia de vuestras oraciones. Y ahora, después de cuatro meses de ausencia, me alegro de estar otra vez con vosotros, que sois mi alegría y mi corona. Deseo que el próximo martes, cinco de junio, hagamos una fiesta espléndida en honor de María Auxiliadora que, como buena Madre, nos ha asistido durante el viaje y nos ha alcanzado de Dios muchas gracias y favores para

vosotros. Tengo muchas cosas que deciros, mas, por ahora, basta; quiero ir a celebrar la santa misa en el altar de María Auxiliadora...

Estas palabras, proferidas con paternal afecto, conmovieron a todos y arrancaron lágrimas de ternura a muchos. Todos los muchachos lo siguieron espontáneamente a la iglesia. Después de una noche de tren, pasada muy incómodamente, aunque extenuado de fuerzas y, a pesar de lo avanzado de la hora, había querido mantenerse en ayunas para poder celebrar. Al final, se entonó el himno de acción de gracias [1].

La mencionada inscripción era una sencilla variación de otra del 1867, que decía: *Roma te honra, Turín te ama.* Se repitió, por tanto, un hecho análogo: entonces se molestaron los romanos y ahora se disgustaron los franceses. En realidad, ni la una ni la otra decían la verdad; pues, adonde quiera que fuese, don Bosco despertaba a su alrededor porfías de amor y él prefería ese amor a todos los honores. Pero la culpa fue del decorador, que creyó dar una gran sorpresa haciendo, por su cuenta, reaparecer así modificada la inscripción de 1867; si lo hubiese consultado a los superiores, éstos no se lo habrían permitido.

[284] FIESTA DE MARIA AUXILIADORA

Aquella misma tarde, dio don Bosco una conferencia a los Cooperadores en la iglesia de San Francisco, de acuerdo con el aviso e invitación enviados desde París el día veinticinco. Sacerdotes y seglares llenaron el sagrado recinto. Habló durante casi una hora. El tema fue que, vistas las condiciones de los tiempos, la educación moral de la juventud constituía una de las obras más importantes, a la que era menester entregarse. Alabó los esfuerzos ya hechos por los católicos de distintos países con este fin y puso de relieve los progresos alcanzados por los Salesianos en este campo. A continuación, empezó a hablar de su viaje por Francia, mostrando lo mucho que apreciaban allí la unión de Cooperadores el clero y los seglares. Tocó por último el tema de los medios de cooperación. No eran ideas nuevas para los Cooperadores turineses; los que iban a escuchar a don Bosco, iban para oírle a él, dijera lo que dijera y no para oír novedades.

La segunda conferencia fue para las Cooperadoras y la dio también él, en la iglesia de María Auxiliadora, la víspera de la fiesta. Demostró que María ama a la juventud y, por consiguiente, ama y

[1] *Unità Cattolica,* 3 de junio de 1883.

recompensa a cuantos prodigan sus cuidados en favor de la juventud. Ella ama a la juventud por estos motivos: porque es Madre, y las madres miran con más ternura a los hijos todavía niños que a los que ya son adultos, porque los niños son inocentes, porque éstos son fáciles a dejarse seducir y, por tanto, necesitan más compasión, más ayuda y defensa y porque le recuerdan más al vivo a Jesús, que pasó la infancia, la niñez y la juventud bajo sus ojos. De aquí se deduce que María ama y recompensa a las personas que atienden al bienestar espiritual y corporal de los jovencitos y les obtiene de Dios gracias especiales.

—Mirad, dijo, esta iglesia. Hace pocos años, había aquí un campo de maíz, judías y patatas. Hacía falta una iglesia para reunir a los jovencitos de estos barrios y de otros más apartados. Pues bien, como estaba destinado a atender a la juventud, **[285]** que necesitaba ser educada en el santo temor de Dios, María concurrió de modo maravilloso, e hizo que se levantara, diría yo, a fuerza de milagros realizados en favor de los que aportaban su limosna.

Contó algunos hechos prodigiosos, acaecidos durante la construcción, y siguió diciendo:

—Y no se acabaron los favores de María, al terminar la construcción, sino que, por el contrario, siguen siendo más numerosos que antes. Son cosas que hacen llorar de ternura. Ultimamente, por donde yo pasaba, en Francia me contaban curaciones inesperadas, pleitos y discordias arregladas, conversiones y muchas otras gracias obtenidas por intercesión de María Auxiliadora por personas bienhechoras de la juventud pobre.

La fiesta, retrasada por razones litúrgicas y preparada con el mayor esmero, resultó una imponente y suave desmostración de amor filial a María Auxiliadora. ¡Cuántas oraciones! ¡Cuántas comuniones! ¡Cuántas misas! Cantos y ceremonias eran ya el encanto de esta solemnidad. Pontificó monseñor Segismundo Brandolini, Obispo titular de Orope y auxiliar de Céneda. Los numerosos forasteros, entre los cuales figuraba un escogido grupo de señores franceses, quedaron edificados y admirados. Fueron mayordomos de la fiesta dos franceses. La señora Ferrand, parisiense, bienhechora de don Bosco, y el escritor católico, Alberto Du Boys, lionés, antiguo magistrado, que acabó de madurar durante su estancia el plan de un trabajo sobre don Bosco y sus obras [1]. En la comida, y para honrar a algunos huéspedes, don Bosco pronunció un brindis en francés, con saludos y acción de gra-

[1] ALBERT DU BOYS, *Dom Bosco et la pieuse Société des Salésiens*, París, Gervais, 1884.

cias para el señor Obispo, alabanzas para la Francia católica, augurios para los mayordomos, invitación para tributar un aplauso al teólogo Margotti, allí presente, valeroso director de la *Unità Cattolica* [1].

[286] Uno de los temas de conversación fue el viaje a París con las correspondientes demostraciones que lo acompañaron. El dejaba hablar; pero su humildad supo encontrar oportunamente la manera de manifestarse. A un comensal italiano, confidente suyo, díjole en voz baja y riendo:

—¡Cuántas veces me encontraba embrollado sin saber qué hacer!

El Obispo se quedó cuatro días en el Oratorio. El último día dio las buenas noches a los aprendices y terminó de esta manera:

—Me voy con el corazón emocionado, profundamente impresionado por todo lo que he visto. Iré a la comarca de Venecia y hablaré de don Bosco en todas partes, de su admirable institución, de las majestuosas funciones religiosas a que he asistido, de sus piadosos alumnos y diré: —No es verdad que esté apagada la fe, que haya muerto la piedad, que ya no se celebren espléndidas funciones y que haya desaparecido el sentimiento católico. No, contestaré, id a Turín a la casa de don Bosco y allí veréis que el culto sagrado es estupendo, que los cantos os elevan a los cielos, que ochocientos jóvenes practican la piedad y la religión de una manera verdaderamente edificante (...). ¡Ah, con qué alegría me quedaría con vosotros y viviría vuestra vida!

Las últimas palabras no expresaban únicamente un piadoso deseo, como al poco tiempo se vio. Este Prelado, hijo de familia condal, no perdió el recuerdo afectuoso de don Bosco, del Oratorio y de la vida salesiana; por lo cual en el mes de agosto, después de madura reflexión, pidió retirarse a la sombra del santuario de María Auxiliadora. Tenía sesenta años. Estaba dispuesto a dejar, si lo lograba, toda insignia episcopal, para no distinguirse en nada del resto de la comunidad y vivir como un súbdito más de don Bosco. Pensaba que allí podría atender al confesonario y dar instrucción religiosa. Tan pronto como obtuviese del Santo una palabra de asentimiento, presentaría al Papa

---

[1] DU BOIS (*obra citada*, pág. 301). Escribe sobre este brindis: «Le hemos oído pronunciar un brindis en francés, en la intimidad de un numeroso banquete, dado el día siguiente a la fiesta de María Auxiliadora en su Oratorio de Turín. Habló de una manera muy agradable: estaba felizmente inspirado, lleno de oportunidad, amenidad y jovialidad». Algunos franceses se adhirieron a la fiesta con cartas a don Bosco; entre otros, el abate Engrand de Aire, que comunicó una gracia muy grande (Apéndice, doc. núm. 73), y la señora Quisard, que envió una cuantiosa limosna para la iglesia del Sagrado Corazón (*ibídem*, doc. núm. 74).

una súplica, acompañándola con **[287]** un certificado médico y una carta de recomendación del cardenal de Canossa, obispo de Verona; esperaba otra del Patriarca de Venecia y pedía todavía una más a don Bosco. Deseaba, además, que el teólogo Margotti escribiese en su favor a Prelados influyentes de Roma. El motivo de esta decisión era que el cargo episcopal le resultaba superior a sus fuerzas [1].

Don Bosco le contestó:

Excelencia Reverendísima:

El generoso pensamiento que mueve a V. E. a retirarse de la sede episcopal de Céneda para venir a ejercer el sagrado Ministerio con los pobres Salesianos, sería un acto, muy honroso para V. E., ya conocido por muchos títulos y méritos. Yo no me atrevería a esperar tanto, mas si el Padre Santo da su consentimiento a esta decisión y si V. E. puede uniformarse a nuestro humilde estilo de vida, la Congregación Salesiana aplaudiría su venida entre nosotros, especialmente en este momento en que todos los miembros de esta naciente familia Salesiana pueden decirse agobiados por el trabajo.

Mientras tanto, rezo y hago rezar a nuestros huerfanitos para que Dios nos guíe y nos haga conocer el camino por donde podremos promover mejor su mayor gloria y el bien de las almas.

Su humilde servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Una vez conocidas las favorables disposiciones de don Bosco, Monseñor envió al Papa la súplica por medio del Patriarca, a quien rogó se constituyera en abogado suyo ante el Padre Santo, lo cual le prometió hacer el Eminentísimo Purpurado; pero confiaba también en los «poderosos medios», que don Bosco tenía en Roma [2]. Pero sus deseos quedaron frustrados. Era obispo coadjutor con derecho a sucesión, y esta circunstancia aconsejó a la prudencia del Pontífice mantenerle en su puesto. En efecto, sucedió en marzo de 1885 a monseñor Cavriani.

[288] CONFERENCIAS DE SAN VICENTE, SOCIEDAD OBRERA DE NIZZA MONFERRATO Y SANTA INFANCIA

Turín fue una de las ciudades de Italia, donde más cuajaron las conferencias de San Vicente de Paúl; por eso, en 1883, se festejó solemnemente en aquella ciudad el primer cincuentenario de su institu-

[1] Véase Apéndice, doc. núm. 75.
[2] Carta a don Bosco, Céneda, 25 de septiembre de 1883.

ción. Don Bosco, a quien se debía en gran parte el mérito de aquel florecimiento, no podía ser olvidado por los socios, al menos en la clausura de los festejos, puesto que su prolongada ausencia no le había permitido participar en otras manifestaciones. Las fiestas finalizaron el diez de junio con funciones religiosas en la iglesia de los Santos Mártires, cuna de la obra, y con un banquete social. Con este motivo, los socios presididos por monseñor Pampirio, obispo de Alba, se reunieron en el Oratorio, donde fueron recibidos por don Bosco con la solemnidad de las grandes recepciones. «Allí, escribió entonces un diario de la ciudad [1], se sentaron a la mesa fraterna, honrados con la apreciada presencia del Venerando Superior de aquel instituto. Fue un verdadero ágape cristiano, condimentado con santa alegría, alegrado con sincera cordialidad y coronado con las palabras de Monseñor, de don Bosco y de algunos otros personajes. ¡Y qué hermoso fue el lenguaje, henchido de caridad, en aquel mismo lugar, que es un monumento viviente y perenne de caridad». Aquellos señores salieron del Oratorio, no sólo satisfechos, sino admirados y embargados de conmoción por la generosa acogida.

El domingo siguiente, llegó al Oratorio una delegación de la Unión Católica Obrera de Nizza Monferrato para entregar a don Bosco un diploma, que lo declaraba miembro honorario de aquella sociedad. Don Bosco aceptó agradecido el homenaje y dijo que se consideraba feliz por participar en el bien, que hacía una sociedad, que él había favorecido, en otros tiempos, de diversas maneras y que tenía su sede en una ciudad por él tan querida.

[289] Aquel mismo día por la tarde, fue a Nichelino, municipio próximo a Turín, para contentar al párroco y complacer a las Hijas de María Auxiliadora, que tenían allí un asilo infantil, y predicó la fiesta de la Santa Infancia. Pintó al vivo el estado lastimoso de muchos pobres niños en los países de infieles; describió los esfuerzos de los misioneros para salvarlos y bautizarlos; narró lo que los Salesianos y las Hijas de María Auxiliadora hacían por los niños de Patagonia; y exhortó, por último, a todos los padres a inscribir a sus hijitos e hijitas en la Obra de la Santa Infancia.

FIESTA ONOMASTICA Y CUMPLEAÑOS DE DON BOSCO

El día onomástico de don Bosco no era simplemente una fiesta del Oratorio, sino que había adquirido carácter de una demostración po-

[1] *Corriere di Torino,* 12 de junio de 1883.

pular al hombre de la caridad. Escribía, en efecto, un semanario turinés [1]: «Nada más entrar en la casa, quedamos admirados al ver aquella gran multitud de personas, hombres de letras, poetas, actores, hombres del pueblo, artistas, mujeres, ricos, braceros, jóvenes, ancianos, estudiantes y artesanos, sacerdotes y tenderos, periodistas y tipógrafos, nobles y mendigos; aquello era un mar de cabezas, había un gentío tan apiñado que no se podía dar un paso, todos estaban apretados como sardinas en banasta. ¿Y para qué? Para ver a don Bosco. Todo Turín estaba allí para ver a ese hombre popular como ninguno, un hombre del que un demócrata de alto grado decía hace muy poco:

»—En Turín no hay más que dos hombres verdaderamente populares, Gianduia [2] y don Bosco».

Para evitar repeticiones, diremos sólo lo suficiente para recoger preciosas palabras del festejado.

Don Bosco habló varias veces; pero sólo ha llegado hasta nosotros el contenido de dos charlas. La primera fue para los representantes de los antiguos alumnos, llegados, como de costumbre el día veinticuatro por la mañana para presentarle sus felicitaciones y regalos. Le ofrecieron la corona de madera **[290]** dorada, que estuvo en otro tiempo colgada sobre el altar mayor. Fue costeada con espontáneas ofrendas recogidas entre los primeros jóvenes del Oratorio, esparcidos a la sazón por muchas partes. Leyó, en nombre de todos, un afectuoso discurso y declamó, además, una poesía original, don Honorato Colletti, cura párroco de Faule. Don Bosco, después de expresar la satisfacción que experimentaba en aquel momento, al ver a los representantes de sus numerosos y amadísimos hijos y agradecer el precioso regalo, siguió diciendo:

Verdad es que el orador y poeta, al hablar de don Bosco, cayó en piadosas exageraciones y empleó la figura retórica llamada hipérbole; pero es ésta una licencia perdonable a los hijos que, al manifestar sus sentimientos, siguen más lo que les dicta el corazón que lo que les sugiere la mente. Pero no olvidéis que don Bosco no fue ni es más que un mísero instrumento en manos de un artista habilísimo, de un artista sapientísimo y omnipotente, que es Dios; désele, por tanto, a Dios toda alabanza, todo honor y toda gloria.

Por lo demás, ha dicho muy bien nuestro querido don Honorio, al afirmar que el Oratorio ha hecho hasta ahora grandes cosas; y yo os añado que, con la ayuda de Dios y con la protección de María Auxiliadora, hará otras todavía mayores. Además de la ayuda del cielo, también nos ha facilitado y facilitará obrar el bien la misma naturaleza de nuestra obra. El fin que nos proponemos resulta agradable a todos los

[1] *La Stella Consolatrice,* 30 de junio de 1883.

[2] Personaje gracioso del teatro popular piamontés.

hombres, sin excluir a los que no piensan como nosotros en materia de religión. Si alguno nos hace la guerra, hay que decir que no nos conoce o no sabe lo que hace, Nuestra obra sólo busca la instrucción cívica y la educación moral de la juventud abandonada o en peligro, para alejarla del ocio, de la mala vida, del deshonor y, tal vez, de la misma cárcel. Por tanto, ¿qué hombre sensato, qué autoridad civil podría impedírnosla?

He estado, como sabéis, últimamente en París y hablé en varias iglesias para explicar la razón de nuestras obras y, digámoslo francamente, para sacar dinero, con que pagar el pan y el arroz para nuestros jóvenes, que no pierden nunca las ganas de comer. Pues bien, había entre los oyentes algunos que sólo habían ido para conocer las ideas políticas de don Bosco. Ya se sabe, unos suponían que yo había ido a París para armar la revolución, otros para buscar adeptos a un partido; y, por eso, hubo personas de bien que temían realmente que se me gastara alguna mala broma. Pero, desde mis primeras palabras, se desbarataron todas las ilusiones, se disiparon todos los temores y dejaron a don Bosco en libertad para recorrer Francia de punta a cabo.

No, de ningún modo, no hacemos política con nuestra obra. Respetamos a las autoridades constituidas, acatamos las leyes que se deben cumplir, pagamos los impuestos y seguimos adelante, sólo pedimos que nos dejen **[291]** hacer el bien a la juventud pobre y salvar almas. Si se quiere, también nosotros hacemos política; pero completamente inofensiva, más aún, ventajosa para toda clase de gobierno. Se define la política como la ciencia y el arte de bien gobernar al Estado. Ahora bien, la labor del Oratorio en Italia, en Francia, en España, en América, en todos los países donde ya se ha establecido, puesto que se dirige especialmente a ayudar a la juventud más necesitada, tiende a disminuir los díscolos y vagabundos, a mermar el número de los pequeños delincuentes y ladronzuelos, a vaciar las cárceles; tiende, en una palabra, a formar buenos ciudadanos que, en vez de molestar a las autoridades civiles, les servirán de apoyo para mantener el orden, la tranquilidad y la paz en la sociedad. Esta es nuestra política; es la única de la que nos hemos ocupado hasta ahora y nos ocuparemos en lo porvenir.

Y es precisamente este método el que ha permitido a don Bosco hacer el bien, primero a vosotros y, después, a tantos otros jóvenes de toda edad y lugar. Y, además, ¿para qué entrar en política? ¿Qué podríamos alcanzar con todos nuestros esfuerzos? Nada más que imposibilitar, tal vez, nuestra obra de caridad. La política de hoy día puede considerarse como una locomotora, que corre veloz sobre los raíles, arrastrando tras sí un convoy, quizás hasta dar en un despeñadero y en la ruina. ¿Queréis colocaros en mitad de la vía para pararla? Os aplastará. ¿Queréis gritar para espantarla? No oye y os desgañitaríais inútilmente. Por tanto, ¿qué hacer? Ponerse a uno y otro lado y dejarla pasar hasta que se pare por sí misma o la pare Dios con su poderosa mano.

Desde luego, tiene que haber en el mundo quienes se interesen por la política, para aconsejar, señalar los peligros y otras cosas; pero no nos compete esta finalidad a nosotros pobrecitos. Por el contrario, la religión y la prudencia nos dicen:

—Vivid como buenos cristianos; trabajad por la educación moral de vuestros hijos, enseñad bien el catecismo. Esta, repito, es la conducta de don Bosco, el cual es tan poco dado a la política que ni lee los periódicos; que sea ésta también vuestra conducta, queridos hijos míos...

A la fiesta del veinticuatro siguieron las dos invitaciones a los antiguos alumnos seglares y a los eclesiásticos, para el domingo, quince, y

el jueves, diecinueve de julio, respectivamente. No pudo don Bosco acompañar a los primeros, porque estaba, como veremos, en Frohsdorf con el conde de Chambord, pero hizo que le supliese don Juan Cagliero. En cambio, volvió a tiempo para la segunda reunión. ¡Y qué feliz parecía en el ágape fraterno, viéndose rodeado por tantos sacerdotes, que se consideraban siempre hijos suyos! **[292]** Sobre la cabecera de la mesa se leían precisamente las palabras del salmo: *Filii tui sicut novellae olivarum in circuitu mensae tuae.* (Tus hijos como renuevos de olivo en derredor de tu mesa). El no pudo ocultar su alegría y susurró al oído del teólogo Reviglio:

—Estos sacerdotes son la niña de mis ojos.

Al llegar a los postres, hizo la segunda plática de las que tenemos noticia. Después de un exordio de ocasión y tras haber afirmado y demostrado que la ayuda de Dios y de María Santísima no le habían faltado nunca al Oratorio ni a las otras obras salesianas, repitió una observación que ya le hemos oído hacer en otra parte:

De algún tiempo acá andan diciendo los periódicos que don Bosco hace milagros. Es un error. Don Bosco nunca lo ha pretendido, ni ha dicho que hiciera milagros, y ninguno de sus hijos debe colaborar a propagar esta falsa idea. Digamos claramente cómo están las cosas: don Bosco reza y hace rezar a sus muchachos por las personas que a él se encomiendan para obtener una u otra gracia, y Dios, en su infinita bondad, las más de las veces, concede las gracias pedidas, aun extraordinarias y milagrosas. Pero don Bosco tiene tan poco que ver con ello que, a menudo, las gracias se obtienen sin que él se entere.

María Auxiliadora es la taumaturga, la que realiza las gracias y milagros en virtud del alto poder que ha recibido de su divino Hijo. Ella sabe que don Bosco necesita dinero para dar de comer a tantos pobres jovencitos que pesan sobre sus hombros; Ella sabe que es pobre y que, sin socorros materiales, no puede llevar adelante las obras emprendidas en favor de la religión y de la sociedad, y entonces, ¿qué hace María? Como buena Madre que es, va en su busca, se acerca a los enfermos y les dice:

—¿Quieres curar? Pues bien, haz caridad a esos pobres muchachos, da una mano a esas obras, y yo te daré la caridad de la curación.

Ve que en una casa reina la desolación, por culpa de un hijo calavera, y dice al padre y a la madre:

—¿Quieres que este desgraciado deje la mala vida? Pues bien, ayuda por tu parte a alejar de los peligros del alma y del cuerpo a esos pobres muchachos abandonados, y yo pondré a tu hijo en mejor camino.

En conclusión, para no alargarme demasiado, María Auxiliadora consuela de mil modos a los que ayudan al Oratorio y a nosotros no nos queda más que ser dignos de su protección.

Y si María ayuda a los hijos del Oratorio, os ayuda también a vosotros, que lo fuisteis otrora y os alegráis de serlo todavía. Vivid siempre como buenos sacerdotes, como os lo enseñó e inculcó este vuestro viejo amigo; desvivíos por la salvación de las almas que caminan desgraciadamente a la ruina; **[293]** atended, especialmente, a la juventud de vuestros pueblos, en la que está la esperanza de la sociedad; estad unidos

al que es Cabeza de la Iglesia, al Vicario de Jesucristo. Amémonos siempre, recemos los unos por los otros, y vosotros rezad sobre todo por el pobre don Bosco, que se acerca cada día más a la muerte, para que, por la misericordia de Dios, podamos salvarnos todos y con nosotros salvar innumerables almas.

Era muy cierto que la Santísima Virgen operaba los milagros y no don Bosco; pero no era menos cierto que la Virgen favorecía las oraciones de don Bosco más que las de ningún otro que se sepa. Un semanario francés [1] concluía con estas palabras un artículo titulado *Regina Coeli* en alabanza de María Santísima: «Entre las gracias innumerables obtenidas en todo el mundo cristiano, por intercesión de la Virgen, las más señaladas de los últimos tiempos son tal vez las que Dios concedió a don Bosco, uno de sus apóstoles más favorecidos».

Desde 1875 en adelante, también se celebró el cumpleaños de don Bosco con creciente solemnidad en el día de la Asunción, que erróneamente se creía era el aniversario de su nacimiento. Por vez primera, en 1883, don Miguel Rúa invitó con una circular, en la que precedía la noticia de las Cuarenta Horas y de la fiesta de san Luis. Hay una carta escrita por el conde de Castagnetto para esta ocasión [2], de la que una vez más se desprende el gran aprecio y afecto que la clase aristocrática de Turín profesaba a don Bosco. Ausente de la ciudad, el conocido hidalgo atestiguaba, sin embargo, a don Miguel Rúa que había participado «en el feliz cumpleaños del venerado y querido amigo» y añadía después: «Si, en sesenta y ocho años, ha sabido atesorar tantas preciosas joyas, que brillarán en su corona en el cielo, el fruto de sus fatigas quedará en la tierra para santificar a numerosas almas en uno y otro hemisferio. Siga Dios dispensándole durante muchos años bendiciones **[294]** para consuelo de las almas buenas y para cumplir los deseos del que besa su mano con reverencia».

Será, sin duda, objeto merecedor de particular estudio el crédito y afecto, que don Bosco halló entre la aristocracia de todos los países; los datos, que ya abundan, se acrecentarán todavía más. En julio había llegado a Turín María Pía, hija de Víctor Manuel II y reina de Portugal. Su primera dama de honor fue a ver a don Bosco para que le entregara una estampa con alguna palabra escrita de su puño y letra. De vuelta a la soberana, se la enseñó y ésta le manifestó el deseo de tener también ella otra con un autógrafo. Al día siguiente, veinticinco de julio, volvió la dama a Valdocco para ello y satisfizo su

[1] *La Semaine religieuse* de Arras, 1.º de diciembre de 1883.
[2] Moncalieri, 17 de agosto de 1883.

deseo [1]. La misma dama, al dar a don Miguel Rúa el pésame por la muerte de don Bosco, escribía: «Me alegro de haber tenido la dicha de conocer personalmente a este santo padre en el último viaje de nuestra Reina, María Pía, a Turín. Tenía yo el honor de acompañar a Su Majestad y me impuse el deber y logré la dicha de visitar a aquél, a quien conocía por la fama y tanto deseaba ver: siempre conservaré el recuerdo del aire de bondad y benevolencia con que recibió mis visitas». Pedía por último un objetito cualquiera que hubiera pertenecido al Siervo de Dios y otro para un sacerdote conocido suyo, que había tenido «en gran veneración al venerado y tan llorado Padre» [2].

UN ARBITRAJE

En el verano de 1883 recibió don Bosco inesperadamente una señal de alta consideración de parte de León XIII. Jacinto Pedro Marietti, director de la tipografía de Propaganda, había estipulado el año 1869 con el padre Bernardino de Portogruaro, Ministro General de los Menores Observantes, un contrato **[295]** privado para reimprimir las obras completas de san Buenaventura. Se haría la edición en sociedad, con seiscientos ejemplares para cada una de las partes. En principio, se quería simplemente preparar una edición más completa y ordenada que las antiguas; pero después sobrevinieron proyectos más amplios, los cuales requerían profundos estudios preparatorios. Marietti aceptó y se ofreció a colaborar en los gastos para adquisición de libros, transcripción de códices, viajes y cosas por el estilo. Con esto sostuvo la Orden durante diez años la carga de veinte sacerdotes, dedicados a visitar bibliotecas y archivos por diversas naciones de Europa. Mientras tanto, Marietti se había trasladado a Turín; y, por otra parte, los padres colaboradores sentían la necesidad de tener cerca de su casa la tipografía, para poder vigilar personalmente la impresión. Esto fue posible, después de adquirir una casa en Florencia, puesto que, anteriormente, por efecto de las leyes de supresión, la Orden no poseía casa propia ni siquiera en Roma. Entonces fue parecer unánime de los padres editores que la edición se llevara a una tipografía próxima a la capital toscana o bien a Prato. Tanto cambio de circunstancias pareció que autorizaba a creer caducado el antiguo contrato, por lo que se confió el trabajo a otro tipógrafo.

---

[1] De este hecho fue testigo don Joaquín Berto, que lo declara en el proceso.
[2] Véase Apéndice, doc. núm. 76.

Cuando Marietti se enteró de esto, se enfadó y exigía que se mantuviese el contrato hecho o se le indemnizase por su honor y por su interés, con la cantidad de ochenta mil liras. Con respecto al honor, le propuso el Ministro General que aceptara la reimpresión del Breviario de la Orden, con lo cual todos verían que no había ruptura, y él podría obtener una buena ganancia con el encargo de quince mil ejemplares. Marietti se negó en redondo, y escribió al cardenal Bilio, penitenciario mayor, pidiendo la facultad de llevar al General a los tribunales del Reino. Su Eminencia le contestó que había tribunales eclesiásticos y podía recurrir a la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares. Marietti negó su confianza en las decisiones de esta Congregación, porque, ya en otra **[296]** causa, le había desestimado la demanda, y envió varias cartas improcedentes al Cardenal, el cual se indignó y no le contestó. El otro no desistió, sino que acudió al tribunal de comercio de Roma pidiendo reparación de daños por valor de ochenta mil liras. El tribunal aceptó las conclusiones del abogado florentino Feri y se declaró incompetente. Marietti llevó la causa al tribunal civil, y éste sentenció en su contra, condenándolo, además, al pago de todas las costas del juicio.

En estos extremos, Marietti recurrió al Padre Santo. Cuando el Papa se informó del estado de la cuestión, ordenó al General que se entendiera con don Bosco, para que se arbitrase una transacción amistosa. El General que, de regreso de Francia, se había parado en Turín, comunicó a don Bosco la voluntad del Padre Santo. Con este motivo recibía don Bosco el primero de julio la siguiente tarjeta de visita: P. LUCAS ANTONIO TURBIGLIO, *párroco de Santo Tomás, Turín.* Se encuentra de paso en Turín, el Rvdo. Padre Bernardino de Portogruaro, Ministro General de los Franciscanos, que desea saludar al Rvdo. don Bosco ¿podría recibirle mañana por la mañana en el Oratorio? ¿A qué hora? - 1.º de julio de 1883». Don Bosco hizo contestar: «De las diez de la mañana a las doce».

Oído el deseo del Papa, don Bosco se entregó inmediatamente al estudio de la controversia. No le resultó difícil obtener el asentimiento de Marietti que, por ser un hombre muy devoto de la Santa Sede, se declaró dispuesto a hacer lo que el Papa quería. De este modo, gracias a la intensa actividad, con que acostumbraba atender al despacho de sus asuntos, al cabo de unos diez días, logró formular las condiciones definitivas del acuerdo. Es un documento, que, dentro de su sencillez, revela toda la delicadeza, digámoslo así, diplomática y, al mismo tiempo, toda la caridad cristiana del Siervo de Dios.

Conciliación amistosa

Para secundar las buenas intenciones del Rvmo. P. Bernardino, Ministro General de la Orden Franciscana, y las del **[297]** Caballero, Tip. Pontif. Jacinto Pedro Marietti, he aceptado con gusto el actuar de árbitro en un contrato celebrado entre ellos sobre la edición de las obras de san Buenaventura.

Para hacerme una idea clara del litigio, he creído conveniente leer lo que se imprimió y escribió sobre el particular; he oído también las razones de personas de probada virtud, amén de las reflexiones de ambas partes.

Así pues, me he convencido de que esta controversia debe resolverse amistosamente fuera de los tribunales. En consecuencia: el señor Marietti, como insigne bienhechor de la Orden Franciscana y como donante del terreno, donde se está terminando la construcción de la iglesia de San Antonio para la mencionada Orden, desiste de la indemnización pedida, que los peritos tasaron en ochenta mil liras, pero reduce su pretensión al ofrecimiento, que el Rvmo. Padre General juzgue hacer por la iglesia de su Orden, a la que el caballero Marietti desea seguir favoreciendo cada vez más.

En cuanto a los gastos de suministros, viajes, trabajos de copistas, correos, intereses, que, en total se elevan a la cantidad de nueve mil veintidós liras con quince céntimos, a favor del caballero Marietti, quedaría limitada a siete mil liras.

Conclusión

De este modo la cuestión, que ante los tribunales civiles se elevaba a la cifra de ochenta y nueve mil veintidós liras y quince céntimos, quedaría reducida a la cantidad definitiva de siete mil liras que el Rvmo. P. Bernardino pagaría al caballero Marietti; más el ofrecimiento que, a su beneplácito, juzgue hacer para acabar la mencionada iglesia de San Antonio.

Después de esto, ambas partes harán una declaración, por la que se prometan amistad, benevolencia y ayuda en todo lo que les sea posible para promover la gloria de Dios y el bien de las almas.

Esta paz y esta amistosa transacción será también del agrado del mismo Santo Padre. El, como padre piadoso que es, experimenta la satisfacción de ver a dos de sus hijos, calificados por títulos, obras católicas y obsequio a la Santa Sede, volver a la concordia y paz, que cada día recomienda constantemente el Supremo Jerarca de la Iglesia.

Turín, 13 de julio de 1883.

JUAN BOSCO, *Pbro.*

No debió de ser casual la fecha del catorce, elegida para remitir a las partes la sentencia arbitral, puesto que coincide precisamente con la fiesta de san Buenaventura.

Marietti aceptó a ojos cerrados esta propuesta de **[298]** transacción [1]; también el General de los Franciscanos quedó satisfecho. Es

[1] Véase Apéndice, doc. núm. 77. No hemos encontrado la correspondiente declaración de la otra parte, ni siquiera en el archivo de la Curia Generalicia en el Convento de San Antonio en la calle Merulana de Roma. Un legajo, que allí se conserva, documenta el desarrollo de la causa hasta el momento en que, en nombre del cardenal Bilio, protector de la Orden, y por orden del Papa, se piden informes sobre la naturaleza del pleito.

evidente que el General, al obligarse a dar para la iglesia en construcción, daba a la Orden y no tenía que rendir cuentas a nadie. Así, aquel mismo año, los Franciscanos de Quaracchi pusieron manos a la obra, para presentar los diez tomos de la magnífica edición crítica de *Doctoris Seraphici S. Bonaventurae Opera Omnia.*

EN EL TERREMOTO DE CASAMICCIOLA

La caridad de don Bosco tuvo pronto una nueva ocasión para manifestarse en el campo, que le era más apropiado. Un terrible movimiento sísmico sacudió el día veintiocho de julio toda la isla de Ischia, al norte del golfo de Nápoles, y arrasó Casamícciola, linda población situada en las faldas del monte Epomeo, que era una de las más importantes estaciones termales. Italia entera se conmovió por el desastre; los Obispos hicieron llamamientos al corazón de los fieles, para que ayudaran a socorrer a los desgraciados supervivientes. También monseñor Vogliotti, vicario capitular de la archidiócesis de Turín, exhortó a tender la mano para aligerar las desdichas de aquellos isleños. Don Bosco, movido a compasión especialmente por los infelices huerfanitos, escribió a Monseñor:

Rvmo. Monseñor Vogliotti, Vic. Gral. Cap.:

Deseoso de corresponder en mi poquedad a la invitación de V. S. Rvma. en favor de los desgraciados de Casamícciola, me ofrezco a recibir por ahora a dos muchachos pobres, entre los doce y los dieciséis años de edad.

Desde luego tendrán que uniformarse a la disciplina de la casa, en la que serán alimentados y vestidos hasta que, con la ciencia adquirida o con un oficio aprendido se hallen en situación de ganarse en otra parte el pan para vivir. Querría colaborar con mayor abundancia, **[299]** en ayuda de este público desastre, pero, al presente, no puedo hacer más. Quiera Dios concedernos tiempos mejores, tiempos de paz y de prosperidad.

Ruego a su bondad tenga a bien comunicárselo al caritativo Sanfelice, Arzobispo de Nápoles, para el envío de los mencionados huerfanitos, el día que juzgue más oportuno.

Con profunda veneración, tengo el alto honor de poderme profesar,
De V. S. Rvma.

Turín, 4 de agosto de 1883.

Afmo. servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

El Vicario Capitular comunicó al Arzobispo de Nápoles el ofrecimiento de don Bosco y le respondió que monseñor Sanfelice agradecía su generosidad y que no dejaría de aprovecharla oportunamente.

Una conversación en torno a la catástrofe de Casamícciola, tenida el tres de agosto, llevó a don Bosco a observar que aquello era un ligero indicio de la indignación de Dios. Recordando después que, en tiempos antiguos, acudía allí la gente juerguista de Nápoles y Roma, recitó unos versos latinos compuestos por Boucherón, profesor de elocuencia griega y latina en la Universidad de Turín hasta 1838. Habíase hundido en Alessandria el piso de un salón, mientras bailaban en él los convidados a cierta boda judía, y el poeta hacía hablar a las víctimas, que terminaban diciendo: *Laeti ludentes, damnata turba, in orcum trahimur* (mientras alegres nos divertíamos, nosotros, chusma condenada, fuimos arrastrados al averno). Don Bosco se detuvo comentando esta frase final.

Repitió después la narración de Plinio el joven, que, con grandísimo peligro, en el desastre de Pompeya y Herculano, pudo salvar a su madre, y, alabando el piadoso acto de amor filial, dijo:

—Dios le habrá premiado, y no sólo en esta vida. Los medios de salvación son infinitos en sus manos.

De los fenómenos telúricos, pasó después a razonar sobre los espacios intersiderales, tan desmesurados que nuestra mente se pierde, y, corroborando sus palabras con cifras sobre las distancias de las estrellas más cercanas y de las más distantes, visibles por nosotros, dio paso a un recuerdo personal: —Cuando yo era más joven, **[300]** dijo, los sábados por la noche me estaba un rato en el balcón, antes de retirarme a descansar en mi cuarto, y contemplaba la luna, los planetas, la distancia entre unos y otros, las distancias entre éstos y las estrellas, su volumen y la inmensidad del universo. Me parecía todo esto tan grande y tan divino que no podía aguantar pensando en ello y corría... (aquí los oyentes aguardaban en suspenso qué iba a decir) corría a meterme entre las sábanas.

Con esta inesperada salida que los hizo reír, calmó la admiración, que en ellos había despertado su cálida y elevada palabra.

VIAJE A PISTOYA [1]

En la primera quincena de agosto, tuvo que hacer un viaje a Pistoya. Un pariente del señor Bufalmacchi se había vuelto loco y se esperaba que la bendición de don Bosco lo curaría. Buscó él todos los medios para echarse atrás, pero, al fin, movido por la caridad, juzgó

[1] *Pistoya (Pistoia)*, ciudad italiana en los Apeninos de la región Toscana. Centro comercial e industrial con 93.500 habitantes, hoy en día (*N. del T.*).

que debía rendirse. Tomó por compañero a don Santiago Costamagna, recién llegado de Argentina. Durante el viaje abundaron los episodios interesantes.

A la ida, entre Parma y Bolonia, se encontró en el tren con un señor, acompañado por un cleriguito, hijo suyo. Dicho señor pensaba llevar una hija suya al colegio de las Hijas de María Auxiliadora en Nizza Monferrato, para que se preparara los exámenes de magisterio. Tras los primeros saludos, manifestó a don Bosco, a quien no conocía, su decisión. Mientras tanto el cleriguito que, con su ancha cara y sus grandes ojos, parecía la sencillez y la ingenuidad personificadas, hojeaba la *Unità Cattolica.* Aprovechando don Santiago Costamagna esta circunstancia, entabló conversación con él, y pasó después a hablar del Oratorio y de don Bosco y acabó por invitar al clérigo a que fuera a Turín con don Bosco. Entonces clavó el clérigo los ojos en el sacerdote sentado junto a don Santiago y preguntó:

[301] —¿Es éste don Bosco?

—Sí, respondió don Santiago Costamagna.

—Papá, exclamó el clérigo, dirigiéndose a su padre; el sacerdote con quien está hablando es don Bosco.

—¡¿Don Bosco?!, repitió el padre.

E inmediatamente se puso a hablar con él, muy satisfecho por aquel encuentro. De pronto preguntó don Bosco al clérigo:

—¿Quiere usted también ir a Turín con don Bosco?

—¿Para qué?

—¡Para estar con don Bosco!

—¿Y por qué?

—Porque allí podría hacer mucho bien, trabajar, dar clase, asistir, y, además, predicar, enseñar el catecismo...

—Pero yo tengo que seguir mis estudios en el seminario.

—También en Turín tendrá facilidad para estudiar. Ea, decídase, venga con don Bosco; hay sitio para usted.

—No puedo ir.

—¿Por qué?

—Iría con gusto, pues aprecio a don Bosco; pero quiero más a mi papá y no puedo separarme de él.

El padre escuchaba el diálogo sin decir palabra y algo emocionado. Mientras tanto, se paró el tren. Era un rápido. Bajó aquel señor por alguna necesidad. Unos instantes después, llegaba un larguísimo tren de mercancías y se colocaba entre la estación y el rápido, que silbó al punto y se puso en marcha. El pobre viajero, con el paso cortado, no pudo alcanzar su vagón. El hijo gritaba:

—¡Papá, papá!

Era inútil. Entonces don Bosco le dijo:

—¿Lo ve? Usted no quería ir con don Bosco y ahora se ve obligado a ello.

El joven, desconsolado, rompió a llorar.

—Vamos, le dijo don Bosco, cálmese. En la primera estación bajará y aguardará a su padre. Don Santiago Costamagna le telegrafiará que usted lo espera allí y, cuando él llegue en el tren siguiente, volverán a encontrarse.

Y así lo hicieron.

Después de Bolonia, en la subida de los Apeninos, sufrió una avería la locomotora **[302]** y se paró en medio de un túnel, obligando a esperar hasta las once de la noche a que llegara otra. Don Bosco, que se quedó solo en el departamento con don Santiago Costamagna, le contó, desahogando su corazón, lo mucho que había sufrido en las cuestiones con monseñor Gastaldi y la violencia que había tenido que hacerse para llevar a cabo la última conciliación ordenada por el Papa [1].

—¡También el Papa, exclamó, quiso cargar su mano sobre los hombros de don Bosco!

Decía don Santiago Costamagna, al narrar estas cosas, que don Bosco le desahogaba su corazón, de la misma manera que podrían haberlo hecho san Felipe Neri, san Alfonso de Ligorio y san Francisco de Sales.

Cuando el tren reemprendió la marcha, paró en la primera estación y los viajeros bajaron para respirar un rato el aire libre. En aquel momento, un señor francés, admirador de don Bosco, pero que nunca lo había visto, hablaba de él en voz alta en un corro y decía que iba a Roma y que, a la vuelta, pasaría por Turín para verle, ya que en París le había sido imposible lograrlo. Don Santiago Costamagna, que lo estaba oyendo, le dijo:

—Si desea ver a don Bosco, no necesita ir tan lejos; ¡aquí lo tiene usted!

Aquel señor se acercó a don Bosco y, como fuera de sí, se arrodilló a sus pies, sin preocuparse de la gente que lo miraba, le agarró la mano y no cesaba de besársela; su satisfacción lo arrebataba.

Llegó el Santo a Pistoya, bendijo al enfermo y, sin detenerse más de lo necesario, se apresuró a volver.

En la estación de Piacenza, subieron tres viajeros; un clérigo, que,

[1] Véase vol. XV, cap. VIII.

después de saludar a los dos sacerdotes, fue a sentarse en un ángulo del coche; un notario, que se colocó en el lado donde estaba don Bosco de cara a la marcha y un viajante de comercio. Don Santiago Costamagna estaba frente a frente de don Bosco, de modo que sus rodillas se tocaban. El viajero entró con su cartera de viaje al hombro, una maleta de cuero en la mano, los bolsos repletos **[303]** de papeles y diarios y cubierto con un sombrero de anchas alas, bajo el cual brillaban dos ojos que le daban un aspecto extraño. Saludó a los que ya estaban dentro, colocó su equipaje y después, con aire desenvuelto, sacó un periódico y comenzó a hablar, medio en francés y medio en italiano, mezclando vocablos de otras lenguas:

—Señores, ¿han oído la sorprendente noticia? El conde de Chambord ha curado. Este periódico cuenta cómo ha sido. Una muchacha se presentó un día al Conde y le ofreció una flor. Desde aquel instante, el Conde quedó curado. Es algo maravilloso, verdaderamente maravilloso.

—Perdone, señor, replicó el notario, no fue exactamente así.

—¿Cómo no? Los periódicos dan la noticia como cierta. ¿Quién le ha curado entonces?

—Don Bosco, el de Turín, con su Virgen.

Don Bosco golpeó entonces con sus rodillas las de don Santiago Costamagna, acompañando la mirada con una sonrisa. Don Santiago hizo lo mismo, como para indicar que se iba a armar alguna. El tren volvió a ponerse en marcha en aquel momento. Encendióse enseguida una disputa entre el notario y el viajante, que era belga. El ruido del tren atenuaba en parte sus voces; pero don Santiago Costamagna estaba con cien oídos para seguir como podía su razonamiento. Por las palabras se echaba de ver que el notario era un buen católico y que apreciaba mucho a don Bosco; el belga, por el contrario, parecía algo incrédulo. En efecto, negaba que don Bosco hubiera podido curar al Conde, lo tachaba de impostor, de embaucador, y afirmaba que era superstición creer en los milagros y en las curaciones, de que se hablaba a menudo. Que eran patrañas y nada más que patrañas las cosas que se contaban de don Bosco.

—¿Qué es, después de todo, la bendición de un cura? ¿Y qué es un cura? ¡Un hombre como todos los demás!

El notario, que le rebatía con razones contundentes, tuvo una salida muy oportuna.

—Usted se contradice, señor. Protesta **[304]** que no cree en la Virgen y cree en un ramito de flores; no tiene fe en don Bosco y, después, el poder que le niega a él, se lo concede a una muchachita.

Entre creer lo uno y creer lo otro, encuentro más razonable mi creencia que la suya.

Mientras tanto, el tren moderaba la marcha, se acercaba a una estación. La disputa había terminado. Todos callaban. Don Santiago Costamagna pidió permiso a don Bosco para terciar en la cuestión.

—¡Como quieras!, le contestó.

Entonces don Santiago, volviéndose al notario, le dijo:

—Por lo visto usted quiere mucho a don Bosco.

—¡Sí, señor! Le quiero mucho. Es un hombre que ha hecho mucho bien a la juventud.

—¿Lo conoce?

—Personalmente, no. Pero le conozco por lo que pregona la fama sobre él. He leído sus libros y he visto sus casas de Francia, especialmente la de Niza.

—Celebro que usted aprecie tanto a don Bosco; sin embargo, le aseguro que no sabe todavía lo que don Bosco se merece. Mire, yo acabo de hacer tres mil leguas de viaje y vengo de América únicamente para ver a don Bosco.

—¿De América?

—Sí; yo soy uno de sus hijos; ingresé en su casa cuando era muy pequeño. Había perdido a mi padre. El me hizo de padre y me prodigó todos los cuidados posibles para mantenerme, instruirme y educarme.

—¡Ha sido una gran suerte la suya!

—La misma suerte que yo tuvieron otros muchos. Se puede afirmar que en cada ciudad de Italia hay alguno que recibió sus beneficios cuando era niño, y él sigue haciendo el bien a la juventud.

—Don Bosco es verdaderamente un gran hombre, es un santo.

—Entonces, ¿usted no lo ha visto nunca?

—Nunca.

—¿Le gustaría verle?

[305] —Desde luego, y con mucho gusto.

—¿Y dice usted que quiere mucho a don Bosco?

—¿Puede haber alguien que no quiera a ese hombre? Le aseguro que siempre tuve la mayor veneración hacia él.

—Pues bien, me siento tentado a hacerle ver a don Bosco.

—¿Tal vez puede enseñarme su retrato?

—¡No!, su retrato no, sino a él mismo en persona.

—Entonces sería preciso que me llevase a Turín; pero, en estos momentos, mis asuntos no me lo permitirían. ¡Y sin embargo, iría con todas mis ganas!

—No quiero llevarle a Turín para ver a don Bosco.

—¿Y cómo entonces?

Don Bosco, tranquilo, seguía el diálogo con una sonrisa apenas perceptible. El clérigo y el viajante belga no perdían una sílaba. Al llegar a este punto, dijo don Santiago Costamagna al notario:

—Aquí tiene usted a don Bosco.

Al oír estas palabras, los tres viajeros, como empujados por un resorte, pusiéronse en pie de un golpe y cayeron de rodillas. El belga, con las manos juntas, decía:

—¡Perdón! ¡Dios mío, qué sorpresa! Perdone mis imprudentes palabras!

Era una escena conmovedora. Don Bosco decía:

—Nada, nada; no me ha ofendido; levántense.

Dijo luego unas palabras de cumplido y, queriendo dejarles un recuerdo, sacó unas medallas de María Auxiliadora y dio una a cada uno.

—¡Gracias, gracias!, exclamaba el belga. Yo quiero mucho a la Virgen, ¿sabe usted? Mire.

Y sacó del pecho una medalla que llevaba colgada al cuello.

—Me la regaló mi madre cuando era niño. Siempre la llevo encima. Ella me ha librado de muchos peligros, especialmente en una terrible tempestad, en un viaje a la India. Hubo un naufragio; fuimos arrastrados a la costa por las olas; yo quedé mucho rato sin sentido, pero me pude salvar. Allí estuvimos tres días sin socorro alguno en unas tierras plagadas de tigres, de los que nos defendíamos por la noche encendiendo grandes hogueras. **[306]** Hasta que, por fin nos recogió un barco y nos llevó a nuestro destino. ¿Pero es verdad, don Bosco, que usted tiene tantos colegios y tantos jóvenes que mantener?

Don Bosco le pintó en pocas palabras la magnitud de su obra.

—¡Por consiguiente, tiene usted que ser muy rico, ¡debe poseer muchos millones!

—No poseo nada.

—¿Y cómo es posible mantener tantos hospicios sin poseer nada?

—Los mantiene la Virgen.

—Perdone, pero yo no lo entiendo. No es posible; son piadosas fantasías... Hacer suponer, hoy, ayudas del cielo... Pasaron ya los tiempos, en que... Pero, basta, también yo quiero colaborar en mis posibles a ayudarle en sus obras. Tome un pequeño donativo.

Era una moneda de oro de veinte francos.

Dióle don Bosco las gracias y añadió sonriendo:

—Fíjese bien; usted mismo responde a las objeciones que acaba de hacer. Lo mismo que la Virgen ha movido su corazón para ayudarme, así mueve otros mil para acudir en socorro de nuestros muchachos.

Al despedirse, el belga entregó a don Bosco su tarjeta de visita, prometiéndole que cuando pasara por Turín, iría a verle.

Más hiriente fue el episodio sucedido en la última parte del viaje. En Alessandria subieron nuevos viajeros a aquel departamento. Uno de ellos empezó a hablar mal de don Bosco, pintándolo con los más negros colores y diciendo que era un avaro, que amontonaba dineros embaucando a los tontos.

—Perdone, replicó don Bosco, ¿usted conoce a don Bosco?

—Figúrese, ¿no le voy a conocer? Soy de Turín y le he visto muchas veces.

—Pues yo no creo que don Bosco tenga los dineros que usted dice.

—¿Va usted a decírmelo a mí? Don Bosco es muy pícaro, quiere enriquecer a su familia y ya ha comprado muchas fincas.

[307] —No me consta que tenga fincas en Castelnuovo.

—Sí, sí; sus hermanos se han hecho ricos.

—Perdone, pero don Bosco no tenía más que un hermano.

—Uno o más, lo mismo da; lo que es cierto, y a mí me consta, es que el hermano de don Bosco, que antes era un pobre campesino, ahora tiene coche y caballos.

—Pues yo le aseguro que el hermano de don Bosco ha muerto hace más de veinte años.

—De todos modos, no podrá usted negar lo que yo sé perfectamente.

—Pues bien, si quiere salir de dudas y satisfacer la curiosidad vaya a Castelnuovo y verá que don Bosco sólo tiene dos sobrinos, que cultivan una pequeña finca y nada más.

—Así, ¿usted quiere que yo pase por mentiroso?

—Yo no le califico de mentiroso; digo solamente que lo que usted afirma no se ajusta a la verdad.

Se disputó así un buen rato. Los viajeros se mostraban propensos a creer que era verdad lo que decía el sacerdote. Cuando he aquí que, en la estación de Felizzano, se asomó al departamento el barón Cova, y, al ver a don Bosco, exclamó saludándolo y haciendo ademán de querer entretenerse familiarmente con él:

—¡Hola, don Bosco!

Todos los viajeros soltaron la carcajada mientras aquel pobre hombre, confundido y avergonzado, mascullaba palabras de disculpa. Don Bosco, sonriendo, le contestó:

—Me gustaría darle un consejo y sería éste: no hablar nunca mal de nadie o, al menos, mirar antes quién está a su lado. Podría darse que aquel con quien hablamos sea precisamente el mismo cuya fama desgarramos. Lo mejor es hablar siempre bien de todos y, si no se puede hablar bien, callar.

DURANTE LA EPOCA DE LOS EJERCICIOS

De agosto a octubre era la época de los ejercicios espirituales, y don Bosco hacía lo posible por asistir a ellos y presidirlos; pero el viaje a Pistoya le quitó la posibilidad de encontrarse, **[308]** como había calculado, en la casa de Nizza Monferrato, para la tanda de las señoras; dio por tanto a don Juan Cagliero el encargo de sustituirle.

Queridísimo Cagliero.

Deseaba pasar algunos días en Nizza Monferrato. Pero una serie de telegramas me obligan a salir mañana por la mañana hacia Florencia.

Dirás a las ejercitantes que lo siento, pero que rezaré mucho por ellas, que las bendigo y que, el jueves por la mañana, celebraré la santa misa por ellas. Me encomiendo a la caridad de sus oraciones. Dios nos bendiga a todos y créeme en J. C.

Turín, 7 de agosto de 1883.

Afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

No hay indicio alguno de que llegara entonces hasta Florencia. Dado que Pistoya está en la línea de Florencia, es posible que don Bosco usara aquella expresión vagamente o que, tal vez, no creyera oportuno decir cuál era la verdadera meta de su viaje.

Estuvo presente para los ejercicios de los novicios en San Benigno, durante la segunda quincena de agosto. Desde allí envió un telegrama de felicitación al Papa, en su día onomástico de San Joaquín. Contestóle afectuosamente, el día veintidós, el cardenal Jacobini, Secretario de Estado: «Don Bosco, San Benigno Canavese. Resultó gratísimo el telegrama al Padre Santo. Su Santidad bendice a usted y salesianos ahí reunidos ejercicios espirituales». En una carta a la baronesa Ricci, alude también a aquellos ejercicios.

Benemérita Señora Baronesa Acelia Ricci Fassati:

Con mucho gusto me mantendré libre para celebrar la santa misa el día veinticinco de este mes, según la intención de la condesa Francisca De Maistre y por la seráfica hermana del Sagrado Corazón. Así mismo encargaré una novena de comuniones, de oraciones y de misas que terminarán el día de la Natividad de María,

según la intención de una monja franciscana. ¿Que más? Un memento especial en la santa misa por usted, señora Baronesa, por el señor barón Carlos y, particularmente, por Mamá, **[309]** para que Dios los guarde a todos *ad multos annos in sanctitate et iustitia omnibus diebus vitae.*

Estoy aquí con doscientos jóvenes, que hacen los ejercicios espirituales para examinar su vocación y comenzar después su noviciado. Todos tienen grandes deseos de ir a Patagonia.

Que Dios les bendiga, a usted, señora Acelia, y a toda la familia del Pessione [1], y me encomiendo a la caridad de sus oraciones, al tiempo que tengo la satisfacción de poderme profesar en N. S. J. C.

San Benigno Canavese, 22 de agosto de 1883.

Humilde servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Durante esta tanda de ejercicios, se presentó a don Bosco por primera vez un sacerdote francés. Era de la diócesis de Chartres e iba para hacerse salesiano, precisamente cuando se aproximaba el tiempo, en el que las circunstancias pedían una persona como él para ponerlo al frente de una obra en París. Se llamaba Carlos Bellamy. Mientras él hablaba con el Santo, entró don Juan Branda, director del colegio de Utrera, para pedir la bendición antes de salir para España. Don Juan Branda se había arrodillado y don Bosco, volviéndose a don Carlos Bellamy, dijo:

—¿Ve este sacerdote? Va a España, donde es director de una casa e Inspector de la provincia. ¿Quiere que le diga ahora qué va a ser de usted?

Don Carlos Bellamy, que todavía no conocía los dones sobrenaturales de don Bosco, tomó a broma la pregunta y le respondió riendo:

—Dígalo en hora buena.

—A usted le haremos fabricar salesianos.

—¿Qué quiere usted decir?

—¡Ya sabe lo que hacen los carpinteros! Toman un trozo de madera, sierran, escuadran, cepillan y hacen un mueble. Así, yo le daré a usted la madera, y usted me la trabajará y fabricará salesianos. ¿Quiere que le diga algo más?

—Diga en hora buena, replicó don Carlos, siempre como quien oye algo de escasa o ninguna importancia.

[310] —Le enviaremos a una misión al norte...

—¿Al norte?

---

[1] Localidad cerca de Chieri, donde los Ricci tenían una finca, que hoy pertenece a las Hijas de María Auxiliadora.

—¿Quiere saber algo más?

—Basta, don Bosco.

Y, así diciendo, le señalaba a don Juan Branda, que estaba todavía allí de rodillas, esperando la bendición.

Aunque no hiciera ningún caso, aquellas palabras quedaron grabadas en la memoria de don Carlos Bellamy, que empezó a comprender la primera parte de ellas, cuando fue enviado de París a Marsella como maestro de novicios. Pero, mientras tanto, pensaba en la misión del norte, que le había anunciado en segundo lugar. Había venido a hacerse salesiano con la intención de ir a las misiones de Africa; pero, al ser nombrado en un principio director de la casa de París, esto es, en el norte de Francia, no podía comprender que aquello fuese una misión. Finalmente, cuando en 1891 fue destinado a Orán, en el norte de Africa, tuvo como cierto que así se cumplía la frase interrumpida de don Bosco.

Don Bosco no se quedó después en San Benigno, pero volvió tres semanas más tarde, durante otra tanda de ejercicios, llevando consigo a otro sacerdote francés, deseoso también de hacerse salesiano. Al presentar al primero a don Julio Barberis, díjole el Siervo de Dios:

—Aquí tienes una planta para trasplantar a nuestro jardín.

Pero cuando estuvo a solas con don Carlos Bellamy, le dijo:

—Ese otro no se quedará con nosotros.

—¿Por qué?, preguntó don Carlos algo contrariado.

—Es demasiado inconstante, le contestó don Bosco.

Parecióle a don Carlos Bellamy un juicio atrevido, pues conocía perfectamente a su compañero. Pero los acontecimientos comprobaron la verdad de la predicción; en efecto, seis meses después aquél dejó el noviciado.

Don Carlos Bellamy no había manifestado a su Obispo monseñor Ludovico Eugenio Regnault, la finalidad de su viaje a Italia. Así que, tan pronto como supo que quería **[311]** hacerse salesiano, le escribió amenazándole con que, si no volvía inmediatamente a la diócesis, lo suspendería *a divinis*. Se lo notificó a don Bosco, que se encontraba en Niza presidiendo los ejercicios de los hermanos franceses. Este dirigió desde allí al Obispo de Chartres una cartita, en la que, entre otras cosas, decía que aconsejaría a don Carlos Bellamy que obedeciera a su Obispo y volviera a la diócesis para estar en ella hasta que el Señor inspirase al mismo Obispo que le permitiera seguir su vocación. La carta comenzaba con la palabra *¡Grandeur!* La cartita desconcertó al Obispo, que contestó a don Carlos Bellamy diciéndole que, después de leerla, había pasado la noche sin dormir y, al celebrar la misa a la

mañana siguiente, había pedido las luces del Espíritu Santo sobre este asunto; que, mientras tanto, siguiera tranquilo donde estaba y procurase llegar a ser un buen salesiano.

También tomaba parte en los mencionados ejercicios un clérigo del seminario de Magliano Sabino. Un día le dijo don Bosco:

—Alégrate, vendrá otro seminarista de Magliano.

—¿Quién es? ¿Quién es?, preguntó ansioso el recién llegado.

—Adivínalo.

—No sabría decirlo; dígamelo.

—Su apellido empieza por *C* y acaba en *i*.

—No sé acertarlo; ¡dígamelo!

—Vendrá Corradini.

Rogelio Corradini estudiaba entonces el cuarto curso de bachillerato en el internado anejo al Seminario y nunca había tenido la menor propensión a hacerse salesiano. El clérigo escribió al director Reverendo Daghero el dialoguito tenido con don Bosco; se lo refirió de viva voz a Corradini unos meses después, puesto que él no perseveró y volvió a Magliano. Aquél ardía en deseos por saber cómo había podido don Bosco llegar a conocer su nombre; se lo preguntó algún año después al mismo Santo, cuando fue al seminario, pero el Santo le contestó:

—No importa saber cómo supe yo que **[312]** irías. Sigue mi consejo; si quieres venir conmigo, tranquiliza a tu madre con alguna disculpa, y ven a probar.

Estas palabras de don Bosco le dejaron indiferente, pues, ni en sueños, quería hacerse salesiano; era hijo único, de madre viuda, y no pensaba dejar su diócesis de ningún modo. Pero, en marzo de 1889, se insinuó en su ánimo aquel deseo, que parecía tan lejos de sus aspiraciones, y se apoderó de él de tal manera que, ordenado de diácono, superó todas las dificultades de los parientes y de los superiores diocesanos, y salió para Turín. Mientras escribimos, don Rogelio Corradini trabaja en la Inspectoría Romana.

EL COADJUTOR SALESIANO

En el tercer Capítulo General, del que hablaremos más adelante, se había determinado que también los coadjutores hiciesen su noviciado aparte. Esta deliberación se llevó a cabo con admirable prontitud; en el siguiente mes de octubre comenzaron la prueba de San Benigno veintidós novicios aprendices, separados de los demás de la casa. Tan pronto como quedó todo organizado, don Bosco, que había

ido a San Benigno para la imposición de la sotana a los clérigos, fue a verlos y hablándoles a ellos a solas, trazó, como nunca lo había hecho antes, la figura del coadjutor salesiano, tal y como él la concebía.

El evangelio de esta mañana decía: *Nolite timere, pusillus grex,* no temas, pequeño rebaño [1]. También vosotros sois el *pusillus grex,* pero no temáis, *nolite timere,* pues creceréis.

Me alegra mucho que se haya comenzado un año de prueba para los aprendices, con regularidad. Es ésta la primera vez que vengo a San Benigno desde que estáis vosotros y, aunque he venido para la imposición de sotana a los clérigos y no estaré aquí más que un día, no he querido dejaros sin deciros dos palabras a vosotros en particular. Os expondré dos pensamientos.

El primero es para manifestaros mi idea sobre el coadjutor salesiano. Nunca tuve tiempo ni comodidad para exponerla bien. Vosotros, pues, estáis **[313]** reunidos aquí para aprender el oficio y educaros en la religión y en la piedad. ¿Por qué? Porque yo necesito ayudantes. Hay cosas que no pueden hacerlas los sacerdotes y los clérigos y las haréis vosotros. Necesito poder disponer de alguno de vosotros, enviarlo a una tipografía y decirle:

—Tómala a tu cargo y ponla en marcha como es debido.

Enviar a otro a una librería y decirle:

—La vas a dirigir tú, haz de modo que todo resulte bien.

Enviar a uno a una casa y decirle:

—Tú cuidarás de que aquel taller o aquellos talleres funcionen con orden y no falte nada; tomarás las medidas oportunas para que los trabajos salgan como deben salir.

Necesito tener en cada casa a alguno a quien puedan confiarse las cosas más reservadas, el manejo del dinero, asuntos jurídicos; necesito quien represente a la casa, en los ambientes externos. Necesito que marchen bien los asuntos de la cocina, de la portería; que todo esté a punto, que no se malgaste nada, que no se salga de casa, etc. Necesito personas a quienes poder confiar estas incumbencias. Y vosotros tenéis que ser éstas personas. En una palabra, vosotros no debéis ser quienes directamente trabajen o hagan de peón, sino quienes dirijan. Debéis ser como amos entre los otros obreros, no como criados. Pero todo, según regla y dentro de los límites necesarios; sin embargo, todo tenéis que hacerlo a nivel de dirección, como dueños vosotros mismos de las cosas de los talleres. Esta es la idea del coadjutor salesiano. ¡Tengo gran necesidad de disponer de muchos que me ayuden de esta manera! Por eso, me agrada que llevéis trajes decentes y limpios; que tengáis camas y celdas convenientes, porque no debéis ser criados, sino dueños; no súbditos, sino superiores.

Ahora os expongo el segundo pensamiento. Puesto que debéis ayudar de esta manera a obras grandes y delicadas, tenéis que adquirir muchas virtudes, ya que debéis estar al frente de otros, tenéis ante todo que dar buen ejemplo. Es preciso que donde se encuentre uno de vosotros, estemos seguros de que allí reinará el orden, la moralidad, el bien. Porque, si *sal infatuatum fuerit...* (si la sal se hiciere sosa...).

Concluyamos, pues, como hemos empezado: *Nolite timere, pusillus grex.* No temáis, pues el número crecerá; pero especialmente es necesario que crezcáis en bon-

[1] Lc, XIII, 32. Era el evangelio de la misa *Iustus* de la fiesta de San Pedro de Alcántara (19 de octubre, aquel año jueves).

dad y energía. Entonces seréis como leones invencibles y podréis hacer mucho bien. Y después, *complacuit dare vobis regnum*. Reino y no servidumbre, tendréis el reino eterno.

La calificación tres veces repetida de «amos» expresa, cual no podría hacerse mejor, la idea del coadjutor salesiano. El coadjutor salesiano no es el hermano lego de otros institutos religiosos, que se llama hermano, pero en realidad tiene muy poco de hermano, como tiene muy poco de servidor quien, por cumplido, se profesa tal de palabra o por escrito. Nuestro coadjutor es miembro vivo de la familia. Ahora bien, en una casa todos los miembros de la familia se llaman comúnmente amos y como tales se diferencian de los siervos y de los extraños. El coadjutor salesiano, **[314]** pues, está hermanado con sacerdotes y clérigos, se encuentra al mismo nivel ante las personas de servicio, los alumnos y los huéspedes, que, con cualquier título, convivan o colaboren en nuestras casas. Se apartaría mucho del pensamiento de don Bosco quien supusiera que, con esta denominación, atribuyera a los coadjutores un estado de privilegio en la comunidad; don Bosco, por el contrario, quiso indicar su total pertenencia a la familia de la que forman parte y, por tanto, el derecho que tienen al mismo trato que los sacerdotes y clérigos. El grado de consideración que se deriva de esta posición, los lleva lógicamente a asumir posiciones decorosas en las relaciones con los externos, a ser ejemplares en la conducta dentro de casa, a sentirse solidarios con los hermanos y a mostrarse fieles en las respectivas tareas. De suerte que el apelativo de «amos», más que enorgullecer, debe preocupar seriamente a todo buen coadjutor, que reflexiona en el sentido de responsabilidad que tal atributo supone e impone.

CONFERENCIA EN CASALE MONFERRATO

Este año dio don Bosco la conferencia a los cooperadores de Casale. Fue allí el día veintiuno de noviembre desde Borgo San Martino, donde había estado para la fiesta trasladada de san Carlos, titular del colegio. Cuando llegó el momento de subir al púlpito, el maestro de ceremonias episcopal (puesto que monseñor Ferré quiso asistir a ella) avisó a don Bosco que debía acercarse a la cátedra episcopal para recibir antes la bendición del Obispo. Naturalmente el Siervo de Dios se apresuró a obedecer y hacer lo que siempre había hecho en semejantes casos, pero Monseñor, casi de golpe, dijo al maestro de ceremonias:

—¿A qué tiene que venir don Bosco a que yo le bendiga? ¿No le piden a él la bendición los Obispos?

Y no permitió que cumpliera aquella ceremonia. Es probable también que el Obispo quisiera ahorrar a don Bosco el trabajo de dar una vuelta **[315]** para llegar hasta sus pies y después arrodillarse y levantarse, movimientos incómodos para él, a su edad y con los achaques que dificultaban su andar. Así lo vio, oyó, y contó después el reverendo Caroglio, secretario episcopal que asistió al acto.

El sermón, que duró poco menos de una hora, no salió del acostumbrado esquema: necesidad de atender a la educación de la juventud, actividad de los Salesianos y de las Hijas de María Auxiliadora en este campo, y precisión de ayuda. Agradó la confianza que demostró tener en la Providencia de Dios y en la caridad de los Cooperadores. Observó:

—Tal vez pudiera decir alguno: ¡Pero con tantas obras como don Bosco lleva entre manos, acabará por hacer quiebra! No la hemos declarado hasta ahora y no la declararemos en adelante. Siempre sale fiadora por nosotros la divina Providencia y la caridad de nuestros Cooperadores.

FIN DE AÑO

El día veinte de diciembre por la tarde sucedió un hecho prodigioso en el Oratorio. Una mujer de Cervignasco, aldea próxima a Saluzzo, subió a cuestas hasta la habitación de don Bosco a una hija suya de nueve años. La niña estaba paralítica desde los ocho meses, hablaba con mucha dificultad y no podía caminar. Los médicos, escribía el párroco en una carta que la mujer entregó al Santo, afirmaban que no había más esperanza de curación que someterla a la prueba de la bendición de don Bosco.

Don Bosco hizo colocar a la niña en el sofá y junto a ella a su madre; dio después la bendición a la enferma y le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—María, contestó la niña despabilada y rápida con gran estupor de la madre que abría los ojos de par en par al ver en ella aquella insólita energía.

[316] —Haz la señal de la cruz, siguió diciendo don Bosco.

—En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

—Tenga en cuenta, observó la madre, que no tiene el brazo derecho tan mal como el izquierdo, pues de éste no puede valerse para nada.

—Bueno, replicó don Bosco, mueve el brazo izquierdo.

La niña se puso en pie de un brinco y se echó a andar. Entonces

don Bosco acompañó a madre e hija hasta la puerta, diciéndoles que volviesen a su pueblo. Don Juan Bautista Lemoyne que, como solía hacer desde algún tiempo, iba cada tarde a pasar una hora en íntima conversación con don Bosco, le encontró todavía muy emocionado por lo sucedido y casi temblando.

Como se acercaban las Navidades, don Bosco envió sus felicitaciones al Padre Santo por medio del Cardenal Protector. Su Eminencia le contestó el día veinticuatro: «Padre Santo agradecido, envía abundantes bendiciones. Augurios sinceros. Cardenal Nina». No es para dicho lo mucho que consolaban el corazón de don Bosco, después de las pasadas angustias, estas repetidas muestras de benevolencia por parte de León XIII.

Después de las fiestas navideñas, dio en casa el aguinaldo, que con anterioridad había enviado a los colegios. Consistía éste en dos avisos, uno para los alumnos y otro para los hermanos. A los primeros decía: «No hurtar objetos ajenos, ni el tiempo, ni el alma *verbis et operibus*» (de palabra y de obra). A los segundos: «La primera caridad es la que se tiene con la propia alma».

No hemos narrado en este capítulo todo lo que don Bosco hizo y dijo en el Oratorio desde su regreso hasta el término del año; algo se dirá en los capítulos siguientes. Mientras tanto, agrada leer las impresiones que se llevaban del Oratorio y **[317]** de don Bosco los huéspedes llegados de tierras remotas. A los testimonios que ya hemos presentado añadiremos uno nuevo, que apareció en cierto periódico romano [1]. Un corresponsal de Treviso escribía: «Nadie hubiera podido explicarme con palabras en este mundo, la paz, la alegría paradisíaca, las santas inspiraciones que pudimos gozar en aquel piadoso lugar. ¡Oh, don Bosco, gloria de Italia! Permíteme que pese a tu envidiable molestia, proclame ante el mundo que eres un santo; porque así te califican las obras de bien, realizadas desde hace ya medio siglo; porque así lo manifiestan tus dotes de mente y corazón; porque así lo demuestra tu palabra sabia, tranquila, fascinante, siempre igual, siempre instructiva, siempre caritativa».

[1] *L'Amico del Popolo,* 9 de diciembre de 1883, en un artículo titulado: «Una visita al Oratorio Salesiano de Turín». Firmado por NOVELLI.

[318]

CAPITULO X

VISITA ILUSTRE Y VISITA HISTORICA: UN CARDENAL FRANCES Y UN FUTURO PAPA

DESDE la visita del cardenal Berardi al Oratorio en el año 1875, ningún otro cardenal lo había visitado, hasta que llegó en 1883 el eminentísimo Enrique De Bonnechose, Arzobispo de Ruán. El continuo movimiento de altos personajes en la actualidad dificulta comprender la gran impresión que, antaño, producía en todos la presencia de un Príncipe de la Iglesia en la casa de don Bosco. Aquel venerando Purpurado, volvía de Roma el cuatro de octubre y quiso parar en Turín, porque deseaba ver a don Bosco y el Oratorio. Desgraciadamente don Bosco estaba fuera con todos los miembros de su consejo, puesto que, mientras presidía en San Benigno una tarde de ejercicios espirituales, celebraba reuniones con sus consejeros para organizar el funcionamiento de las casas durante el nuevo año escolar, y no tenía tiempo para poder acudir después del aviso telegráfico y hacer los honores de la casa al eminentísimo visitante. Faltaban también en el Oratorio los alumnos estudiantes, que debían volver de vacaciones a los pocos días. A pesar de todo, el prefecto y los demás hermanos prepararon un recibimiento decoroso; no tuvieron que hacer más que lo que habían visto realizar en casos análogos. Les vino de perlas que se encontrase presente un joven sacerdote salesiano de nacionalidad francesa.

[319] Su Eminencia accedió a subir a la primera planta, donde se entretuvo en conversación con los sacerdotes que lo acompañaban, informándose de todo con vivo interés. Después, asomado a la galería, dijo a los aprendices reunidos abajo en el patio:

—Queridos jóvenes, había venido con la intención de ver a don Bosco y hablar con él, pero sus deberes lo tienen lejos de aquí. Ya que no puedo saludar al padre, gozo viéndole reflejado en sus hijos. Os bendigo a todos con el mayor afecto y pido a Dios que os colme de sus gracias y conceda prosperidad a esta casa y a las obras salesianas. Y, para dejaros un recuerdo de mi paso, os concedo un día de vacación, alegrado a ser posible con un paseo. Así mismo, puesto que

también sois de condición humana y puede que algunos hayan cometido alguna falta, concedo a todos amnistía general, anulando todas las malas calificaciones y perdonando todos los castigos.

Asintieron los superiores y prometieron cumplir sus deseos. El Cardenal añadió todavía:

—Pero pongo una condición, amigos míos, y es: que cada uno de vosotros ha de rezar según mis intenciones un *padrenuestro* y una *avemaría.*

Aclamaciones y aplausos rubricaron sus palabras. Bendijo él desde lo alto a los muchachos, bajó al patio, se metió entre ellos, les dio a besar su anillo y entró en la iglesia. Al salir, dijo que tenía en su diócesis un antiguo santuario dedicado a María, bajo el título *Auxilium Christianorum,* y que era una fuente perenne de gracias espirituales y temporales. A continuación visitó la tipografía, instalada hacía poco en los locales de reciente construcción. Se estaba imprimiendo en ella la gramática griega de don Juan Garino, cuyas pruebas examinó [1]; **[320]** estuvo mirando también con mucha atención el funcionamiento de las máquinas y el trabajo de los jóvenes aprendices.

Antes de dejar la casa, estuvo todavía un rato en el locutorio, siguió pidiendo informes sobre algunos detalles y, por último, se mostró tan satisfecho que agradeció mucho el diploma de Cooperador Salesiano que se le ofreció. Al despedirse prometió que, cuando volviera a pasar por Turín, avisaría de antemano a don Bosco y recomendó le dijeran que, a su vez, cuando él volviese a París, avisase. Pero el Cardenal tenía ochenta y tres años y el Siervo de Dios no volvería a ver la capital de Francia [2].

---

[1] Don Bosco que conocía a los suyos y sabía aprovecharlos, había encargado a don Juan Garino que redactara una gramática griega, pero que fuese pequeña, y se lo indicaba acercando las puntas del pulgar y del índice, como suele hacerse. Don Juan Garino se aplicó a ello con toda su buena voluntad y compiló un texto voluminoso; cuando, lleno de alegría, llevó a don Bosco el manuscrito, éste le tomó de la mano y le dijo sonriendo y moviendo la cabeza: *Nen parej, Garin, nen parej. Cita i l'hai dite, cita, cita.* (No, Garino, así no. Pequeña, te he dicho, pequeña, pequeña). Garino avergonzado quedóse de piedra; entonces don Bosco, sin dejar de alabar el trabajo, le explicó mejor su pensamiento. Reemprendió Garino su obra, y sin tocar lo que había hecho, que se publicó íntegramente, escribió una gramatiquita, que todavía hoy tiene sus admiradores. Algunos años atrás dijo el profesor Puntoni, en el curso de una lección universitaria, en la que estaba presente don Pablo Ubaldi, que, de haberla conocido antes, no habría publicado la suya.

[2] *Bulletin Salésien* de octubre de 1883. En *Il piú bel fiore del Collegio Apostolico* don Bosco escribe esta semblanza biográfica sobre el cardenal Bonnechose (pág. 172): «Enrique María Gastón de Bonnechose, nació en París el 30 de mayo de 1800. Antes de entrar en la Iglesia, perteneció a la magistratura y fue procurador substituto en Audelys y en Ruán, procurador del Rey en Neufchâtel, substituto en la Audiencia de Bourges y abogado general en Riom y en

En aquel otoño hubo otra visita, que no hizo ruido alguno en casa, pero que tendría consecuencias de altísimo valor. Aquella vez don Bosco estaba en casa. Presentóse a él un sacerdote joven, esbelto, de ancha frente, aire de persona dada a la reflexión, ponderado en el hablar y respetuoso en los modales. Después de una conversación que no se quedó en cumplidos, el Siervo de Dios dijo a su visitante:

—Ahora **[321]** querido don Aquiles, es usted dueño de casa. Siento no poder acompañarle, porque estoy muy ocupado; no puedo tampoco darle un guía, porque todos están ocupados. Usted vaya de un lado para otro y mire y observe cuanto quiera.

Don Aquiles Ratti, que hacía sus primeras experiencias en la biblioteca Ambrosiana de Milán, bajo la guía del doctísimo monseñor Ceriani, deseaba conocer especialmente cómo estaba organizada la escuela tipográfica del Oratorio y, en general, cómo funcionaban las escuelas profesionales. Le interesó muchísimo la tipografía, con sus dependencias de fundición de tipos y encuadernación. Cuando volvió a ver en el comedor a don Bosco, éste le preguntó si había visto algo bueno y el sacerdote contestó: *Vidi mirabilia hodie.* (Hoy he visto maravillas).

Era la época, en que los Directores de las casas iban a la casa madre para conferenciar con don Bosco, exponerle su situación, sus deseos y proyectos y recibir sus consejos y sus normas. El Santo los recibía sencillamente en el mismo comedor, inmediatamente después de la comida. Cuando el huésped, a quien don Bosco detuvo para tomar el café, advirtió que empezaban las audiencias, mostró prisa por marcharse, pero don Bosco le dijo:

—No, no; quédese, puede quedarse.

El primero que inició el coloquio fue un Director de Francia. Don Bosco estaba de pie, apoyado a la mesa. El tema de la conversación no era todo él de cosas alegres; mas, por el aspecto de don Bosco,

---

Besançon. Ingresó en la milicia eclesiástica, después de la revolución de julio, y pronto llegó a ser profesor de retórica y de historia en el Seminario Menor de Estrasburgo, después en el Colegio de Inilly. Como era elocuente orador y tenía hermosísima voz, dejó la enseñanza para dedicarse a la predicación. Cosechó aplausos en París, Cambrai y Roma y mereció que el Padre Santo Pío IX, que sabía apreciar los ingenios selectos, le destinase, el 17 de enero de 1848, al gobierno de la diócesis de Carcasona. Fue trasladado el 23 de marzo de 1855 a la diócesis de Evreux, que necesitaba un hombre práctico y prudente, para apaciguar las discordias y arreglar los asuntos, y cumplió esta misión con tal espíritu de caridad y de justicia que fue promovido el 18 de marzo al arzobispado de Ruán, que gobierna desde hace veinte años. Tiene noble aspecto, alta estatura y modales muy corteses. El Santo Padre Pío IX lo hizo y proclamó Cardenal en el Consistorio del 21 de diciembre de 1863 con el título de San Clemente. Perteneció al Senado francés, en el que se mostró ardiente defensor del Poder temporal de los Papas. Tenemos de él dos tomos publicados en 1875 con el título: *Philosophie du Christianisme.*

nadie, como dijo después el huésped, podría haber adivinado cuando oía buenas o malas noticias, tanta era la calma y serenidad, siempre dibujadas en su rostro.

Sucedió al francés un Director italiano, procedente de Sicilia. Era, sin duda, don Pedro Guidazio, que llevaba cuatro años al frente del colegio de Randazzo, el único de entonces en la isla. Perseguido sin tregua por las autoridades académicas por motivos sectarios, describía dramáticamente en su pintoresco lenguaje sobre todo las vejaciones del delegado provincial de estudios. Don Bosco, después de oírlo todo, empezó a hacerle oportunas sugerencias sobre la conducta a seguir.

[322] —Y, si esto no bastase, concluyó, dile que don Bosco tiene mucha influencia y puede llegar hasta él.

Don Aquiles Ratti, buen observador, asistía a aquella serie de relaciones, pero atendía especialmente al comportamiento de don Bosco, frente a aquella variedad de personas y de temas.

Semejante confianza, concedida a un huésped desconocido, no se limitó a aquel caso, sino que durante los dos días, que permaneció en el Oratorio, don Bosco lo admitió en la intimidad de la familia, tratándolo como a uno de los suyos y dejándole en libertad para dar vueltas por la casa, observar la marcha de todo y tomar informes de lo que le viniese en gana. Lo cual no dejó de producir en él una enorme sensación de estupor. Mientras tanto, dos cosas son ciertas, a saber: que aquel breve lapso de tiempo bastó a su ojo sagaz para medir la personalidad de don Bosco y el alcance de su misión, y que las palabras escuchadas entonces y las impresiones recibidas no se borraron ya nunca de la mente del futuro Pontífice, como dan fe de ello sus reiterados sentimientos, testimoniados lo mismo en privado que en audiencias públicas.

No son muchas las palabras que sabemos le oyera, pero sí las suficientes para hacer una bonita colección. Don Aquiles Ratti llevaba una amargura en el corazón; unas semanas antes había recomendado a don Bosco un muchacho aprendiz que, vencido por la nostalgia, se había escapado del Oratorio.

—¡Cuánto siento, dijo él, que mi recomendado me haya dejado tan mal! Le disculpa que es un muchacho poco inteligente.

Pero don Bosco quiso en seguida rehabilitar a su recomendado y le contestó sonriendo:

—En esa ocasión dio su primera prueba de talento. Ya verá cómo sabrá arreglárselas y abrirse camino en la vida.

La realidad confirmó el pronóstico; pero en el momento don Aquiles Ratti no dio importancia a aquella hipotética eventualidad.

Le había gustado y conmovido la caritativa prontitud de sus primeras palabras y el jovial comentario, con que tan serenamente había puesto **[323]** fin al episodio, tomando pie de la travesura misma para no perder la esperanza acerca de aquel muchacho [1].

Dado su amor por la cultura, don Aquiles Ratti se alegraba con don Bosco del sapiente y audaz desarrollo que había dado el arte tipográfico en su Oratorio, «instalando todos los adelantos más completos y modernos de la mecánica». El «querido» Santo, «con aquella sonriente ingenuidad y la perspicacia que todos advertían siempre en él»; le contestó:

—En esto quiere don Bosco estar siempre a la vanguardia del progreso.

Y quería decir que en las obras de propaganda tipográfica y librera no quería ir en zaga a ninguno.

—Estas, en efecto, afirma hoy día el Pontífice, «fueron precisamente sus obras predilectas» y constituyeron «su noble orgullo» [2].

Confió también a su grato huésped que en el primer momento se había sentido impulsado al trabajo científico y literario o, como se expresa el Papa, «a la dirección de los grandes conocimientos ideales». El encuentro con un hombre de libros y de biblioteca le había hecho decir aún más explícitamente que él, en un principio, «tenía un amplio plan de estudios y también un amplio plan de historiografía eclesiástica, y añadía:

—Pero, después, he comprendido que el Señor me llamaba por otro camino; tal vez me faltaba suficiente caudal de dotes de espíritu, de inteligencia y de memoria».

Pero es opinión de Pío XI que don Bosco era una de esas almas que, «por cualquier camino que hubiese marchado, habría ciertamente dejado gran huella de sí» [3].

El Santo, que no dejaba escapar ninguna ocasión para hablar de sus Cooperadores, los llamó en su presencia su *longa manus,* diciendo «con humilde complacencia», pero, como hace quien «quiere dar más importancia a otros» que a sí mismo, que, gracias precisamente a la «admirable legión» de los Cooperadores, él **[324]** tenía «manos suficientemente largas para poder llegar a todo» [4].

[1] Cuando el Padre Santo fue Arzobispo de Milán, narró este episodio al Ecónomo general don Fidel Giraudi.

[2] Discurso sobre la heroicidad de las virtudes, 20 de febrero de 1927; audiencia después de la inauguración del Instituto Pío XI, 11 de mayo de 1930; discurso a los alumnos de los seminarios pontificios romanos, 17 de junio de 1932.

[3] Discurso citado, 20 de febrero de 1927.

[4] Discurso para el Decreto sobre los milagros para la canonización, 19-XI-1933.

De sus labios bebió entonces el Papa cuán metido estaba en la cima de sus pensamientos y en los afectos de su corazón el arreglo de la deplorable discordia que separaba en Italia al Estado de la Iglesia. La cuestión romana se había puesto, en aquellos meses, como suele decirse, de actualidad. Pululaban artículos y folletos con proposiciones más o menos disparatadas sobre el modo de resolverla o llenos de enconadas polémicas. También el *New York Herald* de los Estados Unidos había encargado a uno de sus corresponsales en Italia que visitase a los más ilustres personajes de las dos Romas, estudiase la recíproca posición del Quirinal y del Vaticano y diese cuenta de ello. Nació así una larguísima correspondencia, compendiada enseguida por algunos periódicos italianos y extranjeros. Había originado el gran debate una carta abierta [1] de Emilio Rendu, Inspector general que fue de las Universidades francesas, al honorable Rogelio Bonghi, sobre este candente tema.

Pues bien, don Aquiles Ratti vio, en aquella ocasión, cómo don Bosco no acariciaba «una conciliación cualquiera, como la que muchos habían ido soñando, embrollando y confundiendo, sino de tal manera que quedara ante todo asegurado el honor de Dios, el honor de la Iglesia, y el bien de las almas» [2]. En efecto, le oyó lamentar ciertos acontecimientos, «deplorar tanta violación de los derechos de la Iglesia y de la Santa Sede, deplorar que los que entonces regían las suertes del país no se hubiesen apartado de caminos, que no podían recorrer, sino conculcando los más sagrados derechos»; por lo que imploraba de Dios y de los hombres algún remedio posible para tantos daños, algún arreglo posible de las cosas, **[325]** de forma que volviese a brillar, con el sol de la justicia, la serenidad de la paz en los espíritus» [3]. Por eso en la Encíclica *Quinquagésimo ante anno* del 23 de diciembre de 1929, al enumerar los consuelos, que le había aportado el año jubilar de su consagrado sacerdotal, escribía:

«Durante aquella visita a la basílica de San Pedro (la visita del día dos de junio en la beatificación de don Bosco) nos venía a las mientes cómo, por una especial providencia del Autor de todo bien, había sucedido que el primero a quien decretamos los honores celestes después de concluir el pacto de la deseadísima paz con el Reino de Italia, fuese Juan Bosco, el cual, deplorando grandemente los violados dere-

[1] La carta fue publicada por la *Rassegna Nazionale* y, en dos artículos, por la *Nazione* de Florencia (15 y 17 de julio). Véase *Unità Cattolica*, 17, 19, 26, 29 de julio y 18 de agosto.

[2] Discurso para el Decreto de los milagros para la beatificación, 19 de marzo de 1929.

[3] Discurso para el Decreto del *Tuto* para la beatificación, 21 de abril de 1929.

chos de la Sede Apostólica, había hecho diligencias varias veces, para que, restablecidos estos derechos, se arreglase amistosamente la dolorosísima discordia por la cual Italia había sido arrancada del paternal abrazo».

Pasando ahora a las impresiones, que el joven levita recibió en aquel único encuentro con el Siervo de Dios, debemos reconocer que debieron ser muy profundas, al ver cómo, después de tanto tiempo, las recuerda con tanta fuerza y cariño. «Han pasado ya cuarenta y seis años, decía en 1929 [1], y nos parece ayer, casi hoy mismo, verle todavía tal como lo vimos y escuchamos entonces bajo el mismo techo, a la misma mesa, y teniendo varias veces el gozo de podernos entretener largo tiempo con él, a pesar del apremio indescriptible de las ocupaciones».

Más que pasajero conocimiento, llama él antigua amistad a su relación con don Bosco, amistad que «le hace revivir en el corazón con toda alegría, el júbilo, la edificación de su recuerdo» [2]. Se complace, pues, el Padre Santo no sólo por ser uno de los admiradores de don Bosco, sino por haber sido «uno de los que le conocieron personalmente, uno de los que recibieron de él mismo vivas y patentes muestras de benevolencia y de amistad paternal, cuales podían ser entre un **[326]** glorioso veterano del sacerdocio y del apostolado católico y un joven sacerdote» [3].

No basta. En 1929, después de recordar la «fortuna» de haber pasado con don Bosco no unas horas, sino la de haber sido huésped dos días en su casa «sentándome a su mesa, más penitente que pobre, y aprovechándome sobre todo de su inspirada palabra», había dicho que gozaba al sentirse por ello, en cierto modo, parte de su gran familia [4]. Y, diecisiete días después, repetía [5]: «Nos somos con profunda satisfacción uno de los más antiguos amigos personales del Venerable don Bosco. Hemos visto a éste, vuestro glorioso Padre y Bienhechor, lo hemos visto con nuestros ojos. Hemos estado junto a él, de corazón a corazón. Hubo entre nosotros un largo e interesante intercambio de ideas, de pensamientos y de consideraciones. Hemos visto a este gran defensor de la educación cristiana, le hemos observado en el modesto puesto en que él se colocaba entre los suyos y que era, sin embargo, un puesto de mando, vasto como el mundo, y tan benéfico

[1] Discurso citado, 19 de marzo de 1929.
[2] Discurso citado, 21 de abril de 1929.
[3] Discurso en el patio de San Dámaso, 3 de junio de 1929.
[4] Discurso a los superiores y alumnos del colegio salesiano de Frascati, 8 de junio de 1929.
[5] Discurso a los superiores y alumnos del Sagrado Corazón, 25 de junio de 1922.

como amplio. Somos, por eso, entusiastas admiradores de la obra de don Bosco y nos consideramos felices por haberle conocido y haber podido colaborar, por la gracia de Dios, con nuestro modestísimo concurso a su obra». En consecuencia, no es de extrañar que en el discurso del 11 de mayo de 1930 calificara los dos días pasados al lado de don Bosco como «días de júbilo y de consuelo, que sólo puede valorar quien tuvo aquella divina suerte».

Y, si pasamos de la impresión general a impresiones particulares, nos encontramos con que no escapó al avisado observador ninguna de las cualidades características de nuestro Santo. En efecto, aunque le vio dar vueltas por la casa «como el último llegado, como el último de los huéspedes», sin embargo, ya al primer encuentro **[327]** descubrió en él una «figura muy superior y arrebatadora, una figura completa» [1]. Advirtió su «tesón en el trabajo, su indomable resistencia a la fatiga del terrible quehacer de cada hora, de la mañana a la noche, de la noche a la mañana, y siempre que hiciese falta [2]; «una vida de trabajo colosal, que daba la impresión de la violencia, sólo con verlo» [3]. Advirtió una de sus más preciosas cualidades, la de «estar presente en todo», aun cuando «atareado por una avalancha continua de afanes agobiadores, en medio de una multitud de peticiones y consultas», sabía entretanto «tener el espíritu en otro lugar, donde siempre dominaba una calma soberana» [4]; puesto que una de sus cualidades más impresionantes era «la suma calma, el dominio del tiempo que le permitía escuchar a todos los que acudían a él, con tanta tranquilidad como si no tuviese otra cosa que hacer» [5]. Y lo vio asistido por «una paciencia inalterable, inagotable» y por «una verdadera y peculiar caridad tal, que siempre tenía un algo de su propia persona, de la mente, del corazón, para el último llegado, a cualquier hora que llegase y después de cualquier trabajo» [6].

Admiró, además, en él al «grande, fiel y verdaderamente sensato siervo de la Iglesia Romana, de la Santa Sede Romana» [7]. Sí, esta «fidelidad generosa y valiente a Jesucristo, a su santa Fe, a la santa Iglesia, a la santa Sede fue el privilegio» ejemplar, que el Padre Santo pudo «leer y experimentar en su corazón», comprobando «cómo co-

---

[1] Discurso citado del 20 de febrero de 1927.
[2] *Ibídem.*
[3] Discurso para el Decreto del *Tuto* para la canonización, 3 de diciembre de 1933.
[4] Discurso citado del 20 de febrero de 1927.
[5] Discurso citado del 19 de marzo de 1929.
[6] Discurso citado del 3 de diciembre de 1933.
[7] Discurso citado del 19 de marzo de 1929.

locaba, por encima de toda gloria, la de ser un fiel servidor de Jesucristo, de su Iglesia, de su Vicario» [1].

Otra «impresión todavía viva en el alma» del Pontífice es que le pareció desde entonces «un hombre invencible, insuperable, **[328]** porque se apoyaba firme y sólidamente con plena y absoluta confianza en la divina fidelidad» [2].

Le impresionó, además, haber descubierto en don Bosco un hábito sacerdotal, que era fruto de una perfecta preparación. Hablando a los alumnos de los seminarios pontificios romanos, mayor y menor, el 17 de junio de 1932, después de haber mencionado la doble preparación moral e intelectual que debían anteponer al sacerdocio, presentó el ejemplo de don Bosco diciendo: «Nos hemos podido ver muy de cerca al Beato, edificarnos verdaderamente en presencia de una y otra preparación y apreciar lo que no todos tuvieron el gusto de ver, ni aun sus propios hijos. Puesto que su preparación de santidad, su preparación de virtud, su preparación de piedad, estaba a la vista de todos, porque era toda la vida de don Bosco; su vida era en todo momento una inmolación continua de caridad, un continuo recogimiento de oración; ésta es la impresión más viva que se tenía de su conversación: la de un hombre que estaba atento a todo lo que sucedía ante él. Llegaba gente, de todas partes (...) y él de pie, al instante, como si fuera cosa de un momento, oía todo, captaba todo, respondía a todo, y siempre en profundo recogimiento. Hubiérase dicho que no atendía a nada de cuanto se decía a su alrededor; hubiérase dicho que su pensamiento estaba en otra parte, y era realmente así, estaba en otra parte: estaba con Dios en espíritu de unión. Pero, luego, respondía a todos, y tenía la palabra exacta para todo y para sí mismo, tal como para asombrar a todos; efectivamente, sorprendía primero y luego maravillaba. Esta era la vida de santidad y de recogimiento, de asiduidad a la oración que llevaba don Bosco en las horas de la noche y en medio de las ocupaciones continuas e implacables de las horas del día. Pero escapó a muchos la preparación de su inteligencia, de su ciencia, de su estudio, y son muchísimos los **[329]** que no tienen idea de lo que don Bosco dedicó y entregó al estudio. Había estudiado muchísimo y siguió estudiando mucho tiempo muy ampliamente».

Finalmente, al recordar con tanta insistencia aquella feliz coyuntura, se aprecia una impresión dominante en el Padre Santo y es que había allí un rasgo de la «divina Bondad» [3] y una «admirable disposi-

[1] Discurso citado, del 25 de junio de 1922.
[2] Discurso citado, del 21 de abril de 1929.
[3] Discurso citado, del 21 de abril de 1929 y del 11 de mayo de 1930.

ción de Dios» [1], de modo que entre «las gracias más grandes de *su* vida sacerdotal» él no duda en contar su «encuentro» con don Bosco [2]. Nada, pues, impide tener como cierto que el inolvidable encuentro no fue meramente casual, o debido a circunstancias puramente humanas, sino predispuesto en sus arcanos consejos por la Providencia divina. Son dignos de notar el rasgo de cortesía y la delicada expresión, que el Siervo de Dios tuvo con él cuando se separaron para no volver a verse más.

A punto de despedirse, quería el huésped manifestar su propia satisfacción entregando a don Bosco una limosna; pero el Santo, cosa insólita, la rechazó diciendo:

—Usted podrá ser útil de otra manera a nuestra Congregación.

No pretendemos atribuir a estas palabras un significado superior al valor de una exquisita cortesía; pero nada nos impide concluir con una reflexión. El que había confiado al humilde sacerdote piamontés una misión de bien tan vasta como la Iglesia, guió los acontecimientos de manera que aquél de sus Vicarios, a quien iba a tocar el cometido de poner a dicha misión el sello del supremo reconocimiento, descubriese con antelación y valorase de cerca los tesoros de gracia, que el Espíritu Santo derramó sobre él.

[1] Discurso citado, del 19 de marzo de 1929.

[2] Discurso citado, del 8 de junio de 1922, del 3 de junio de 1929 y del 9 de julio de 1933.

[330]

CAPITULO XI

SAN JUAN BOSCO Y EL CONDE DE CHAMBORD

LUIS XI Rey de Francia se encontraba gravemente enfermo, y llamó a su lecho a san Francisco de Paula, de Italia, con la esperanza de que su bendición alejase de él a la muerte, ya segura; pero el Santo no se movió hasta que se lo mandó el Papa Sixto IV. Fue entonces al castillo de Plessis, en los alrededores de Tours y, aunque el enfermo no curó, lo indujo, sin embargo, a ir cristianamente al encuentro del final de su vida que ocurrió el día 13 de agosto de 1483.

Habían transcurrido exactamente cuatro siglos, cuando se renovó la visita de otro santo sacerdote italiano, don Bosco, a un descendiente de Luis XI, saludado por Rey de Francia con el nombre de Enrique V, aunque nunca subió al trono. Tampoco en esta ocasión pudo la santidad mantener en vida al augusto enfermo, pero sirvió para prepararlo serenamente al gran paso.

Enrique de Chambord era el último vástago de la rama borbónica principal. Su abuelo, Carlos X, fue obligado a renunciar al trono en 1830, y abdicó sus derechos a la corona de Francia en favor de su primogénito, el duque de Angulema, que también renunció en favor del nieto conde de Chambord, hijo de su hermano el duque de Berry. Nació en 1820 unos meses después del asesinato de su padre, y se llamó primero conde de Burdeos; pero después, cuando una suscripción nacional lo **[331]** puso en posesión del castillo de Chambord en el departamento de Loir-et-Cher, le dieron sus seguidores ese título, que conservó durante toda la vida.

En el año 1846 se casó con la archiduquesa María Teresa de Austria-Este, hija del duque de Módena, Francisco IV, y de Beatriz de Saboya, hija de Víctor Manuel I; pero no tuvo hijos. En 1873 pareció llegado el momento de recobrar el trono de sus abuelos; su partido, reforzado por las debilidades de la tercera república y por la unión de la rama de los Orleáns, hubiera podido dominar la situación. Pero el Príncipe, firme en rechazar la bandera tricolor, emblema de la revolución, y en querer reponer la bandera blanca con los lirios de oro,

estandarte de la antigua monarquía francesa, hizo fracasar los intentos de restauración monárquica.

Desde entonces, vivió desterrado en Frohsdorf, en el castillo que le dejó en testamento la duquesa de Angulema, situado en Estiria a cuarenta kilómetros de Viena, cerca de la estación ferroviaria de Wiener-Neustadt. No abandonó nunca sus aspiraciones de devolver a Francia su histórico régimen, sin llegar a pactos con la revolución. Era un óptimo cristiano en su vida privada y pensaba continuar en el trono la serie de los reyes cristianísimos. Para él no había más que soberanía cristiana o nada.

—Jamás consentiré, decía, llegar a ser el Rey legal de la revolución.

En el año 1883, cuatro meses antes que llegasen al público noticias alarmantes sobre su salud, don Bosco recibió desde Gorizia, en otro tiempo residencia del abuelo, una carta de parte del Príncipe, en la que se le hablaba de un incidente ocurrido a éste y se le pedía que hiciera oraciones especiales. Decía el secretario: «Mejor que nadie, sabe usted cuán preciosa es la salud de aquél, en quien, después de Dios, descansan las esperanzas de la Francia católica» [1].

[332] Sea cual fuere el incidente mencionado en la carta (quizás, según dicen, un ataque de flebitis) [2], una grave enfermedad minaba ya al Príncipe. Los periódicos no supieron nada hasta el día primero de julio, cuando un telegrama recibido en *Union,* de París, lanzaba de improviso la noticia de que las condiciones de Su Alteza Real despertaban serias inquietudes. El mismo día, en el espacio de cinco horas,

---

[1] Apéndice, doc. núm. 78. A primeros del mes, el conde de Chambord había mandado enviar a don Bosco un donativo para sus obras (Apéndice, doc. núm. 79). Las fuentes de nuestra relación son las siguientes: 1.º una relación inédita del abate Curé, capellán del Conde, enviada a monseñor Serafín Vannutelli, Nuncio Apostólico ante la corte de Viena, y llegada a nosotros por medio de la familia del conde de San Marzano, cuya madre era natural de Hungría, la condesa Luisa Iànkovics. Su padre, Montbel, aristócrata francés, que fue ministro de Carlos X, había seguido al conde de Chambord al destierro. Tal vez por su medio tuvo ella el documento, que guardó con amor como una reliquia, porque tenía en gran veneración a don Bosco. Lo había conocido en Niza. Tenía a sus hijos en un colegio del Principado de Mónaco, pasaba en Niza buena parte del año y cuando se enteraba de la llegada de don Bosco enviaba a la estación su coche para honrarle. (Apéndice, doc. núm. 80). 2.º Una relación incompleta de don Miguel Rúa, publicada por vez primera en *Il Servo di Dio Michele Rua* de AMADEI. Torino, S. E. I. (sin fecha), vol. I, págs. 326-9. 3.º J. Du Bourg, *Les entrevues des Princes à Frohsdorf,* París, Librairie Académique Perrin et Cie, 1910, págs. 112-169. 4.º Diarios y documentos de archivo, que iremos citando.

[2] RENE DE MONTI DE REZE *Souvenirs sur le Comte de Chambord,* París, Edition Emile-Paul Frères, 1931, pág. 122: «El veinticinco de marzo (...), al subir el Príncipe al coche, en Gorizia, sintió un agudo dolor en la pierna, que el médico atribuyó a un latigazo, pero que no era más que flebitis».

llegaron a don Bosco tres telegramas de distintas partes pidiendo oraciones. Don Bosco mandó contestar con tres cartas asegurando que se rezaría y se comenzaría en seguida una novena. Un cuarto telegrama, enviado por el conde de Charette, hacía la misma súplica y también se le hizo la misma promesa por carta. Los médicos no estaban de acuerdo acerca de la naturaleza del mal, unos opinaban que había un tumor canceroso en el píloro, otros una inflamación interna con endurecimiento de tejidos en la base del estómago.

Mientras tanto, los periódicos publicaban diariamente los boletines médicos, que eran leídos con avidez en toda Francia. Príncipes y jefes monárquicos acudían a Forhsdorf, temiendo el próximo desenlace. Los círculos partidarios del Piamonte estaban sobresaltados. Se celebraban pacíficas demostraciones en muchas ciudades; y en todas asistían numerosos fieles a misas celebradas para obtener del cielo la curación. El *Fígaro* del 4 de julio escribía: «Los **[333]** que creían apagada en Francia la idea monárquica, se convencen ahora de lo grande que era su error».

El día cuatro, al mediodía, recibió don Bosco del abate Curé, capellán del castillo, un telegrama en estos términos: «El Príncipe conde de Chambord desea mucho verle. Ruego salga inmediatamente para Frohsdorf. Respuesta pagada veinte palabras».

Don Bosco contestó que acababa de llegar de Francia, que estaba cansado y enfermo y no se sentía con fuerzas para emprender tan largo viaje; que rezaría y haría rezar a sus muchachos. No conocemos el contenido de una carta posterior, a la que contestó en el mismo sentido.

Como el mal se agravara cada vez más, el enfermo, recibió con perfecta serenidad los últimos sacramentos. El Nuncio de Viena le llevó personalmente la bendición del Papa y estuvo largo rato a su cabecera. La *Unità Cattolica* del día siete, decía: «Si hay un Príncipe, que mereciera este favor del Papa, ciertamente lo era el conde de Chambord, que une, a la práctica de una vida ejemplarmente cristiana, el más tierno amor a la Santa Sede y al Romano Pontífice».

El Gobierno, aunque aparentaba indiferencia, sin embargo, tenía sus preocupaciones. Le infundía sospechas especialmente aquel ir y venir de los Príncipes de Orleáns, por lo que vigilaba sus movimientos. Hubo, incluso, la propuesta de expulsar de Francia a los Orleáns, tan pronto como tomasen actitudes de pretendientes. El castillo de Frohsdorf había adquirido en pocos días celebridad europea.

Junto a la cama del enfermo se sucedían las consultas médicas y en su estado de salud se alternaban mejorías y empeoramientos. En el

pueblo francés aumentaba desmesuradamente el interés por la suerte del Príncipe. En la noche del día doce de julio las cosas empeoraron tan rápidamente que parecía inminente el principio de la agonía. En medio de tanta zozobra general, se volvieron las esperanzas a María Auxiliadora y se llegó al convencimiento de que la Virgen haría el milagro con las oraciones de don Bosco. El Conde manifestó de nuevo el deseo **[334]** de verle. Inmediatamente telegrafió a París el marqués de Foresta, secretario, que se enviase sin demora a Turín al conde Du Bourg con orden de llevar consigo a don Bosco hasta Froshdorf.

José Du Bourg, de Toulouse, pertenecía, desde hacía veinte años, a la *Maison du Roi,* esto es, al séquito inmediato del conde de Chambord, y gozaba de su entera confianza. Estaba casado con una hija del gran amigo de don Bosco, el conde Carlos de Maistre, por lo que entabló muy pronto relación con el Siervo de Dios. No había, por tanto, en el círculo de amistades del Príncipe persona más idónea, a quien confiar el delicado encargo.

El conde Du Bourg, que acababa de regresar de Froshdorf y anhelaba volver a ver a su familia, interrumpió el viaje y salió al instante para Turín. Llegó hacia las diez de la mañana del día trece. Su primer pensamiento fue ir en busca del barón Ricci des Ferres, su primo, para que lo acompañara a Valdocco. Al llegar al Oratorio, se anunció y fue introducido y recibido por el Santo con una bondadosa sonrisa que le ensanchó el corazón. Después de las primeras preguntas del Santo sobre su familia, se apresuró a exponerle el objeto de su viaje y de su visita. Un *no* rápido y resuelto fue la respuesta; después vinieron las explicaciones. El reciente viaje a Francia le había cansado excesivamente; después del regreso, se había sentido mal y no había podido atender al despacho de muchos asuntos; no podía todavía andar bien, ya que las piernas le parecían dos máquinas inertes de goma elástica.

—Por lo demás, añadió, ¿qué voy a hacer en aquel castillo? No es un lugar para don Bosco. Yo únicamente puedo rezar por el Príncipe, y ya rezo y hago rezar a toda mi Congregación. Si el Señor quiere conceder la salud al Príncipe, lo hará; pero yo, repito, sólo puedo rezar, y para esto no hace falta, por cierto, ir lejos de Turín.

El conde Du Bourg quedó consternado y, sin embargo, vivo o muerto, estaba decidido a llevárselo. Empezó, pues, por observar que él, al actuar de aquella manera, sólo había examinado una **[335]** vertiente de la cuestión, la vertiente personal.

—Un santo, afirmó, ciertamente no se adelantaría por su cuenta y se mezclaría con cosas que apasionan al público. Pero en nuestro caso

no entra esto; aquí debe moverle a usted un motivo de caridad. Está moribundo y le llama a usted un príncipe, el jefe de una casa que ha servido siempre a la Iglesia; y ¿tendría usted el valor de negarle este consuelo? San Francisco de Paula voló a la cabecera del moribundo Luis XI; la caridad hizo acallar toda consideración.

Pasó después a mostrarle que en Francia no se le perdonaría que se negara a atender a aquél, a quien muchos consideraban como legítimo soberano.

Don Bosco escuchó reflexionando y callaba. El barón Ricci, que estaba casi siempre en disposición de bromear, rompió el silencio diciendo:

—Pronto veremos a don Bosco peleando con los partidarios de la dinastía de Francia.

La «elocuencia tolosana» [1] del enviado había vencido; también Ricci había dado en el blanco.

—¡Bueno! ¡Paciencia!, exclamó don Bosco, que ciertamente no se habría hecho rogar tanto para acudir a la cabecera de cualquier pobre hombre. Después, con su dulce, serena y amable sonrisa, siguió diciendo:

—Me llegaron telegramas de Frohsdorf y respondí con telegramas; me escribieron cartas y respondí con cartas; ahora me han enviado una persona, y respondo con mi persona.

La tranquilidad y naturalidad con que hablaba pareciéronle a Du Bourg las de quien, ponderando las cosas ante Dios, estaba dispuesto a cambiar de parecer sin sombra de queja.

—Estoy a su disposición, añadió. Fije la hora de la partida y comuníquemela.

Profirió las últimas palabras meneando la cabeza de tal modo, que su interlocutor lo interpretó como señal de mal agüero, como si quisiera decir que él no tenía nada que hacer allí.

Se concertó el itinerario, y se le propuso partir aquella misma tarde a las siete. Era viernes; el domingo siguiente **[336]** debía celebrarse en el Oratorio la reunión anual de los antiguos alumnos seglares, y don Bosco no podía faltar a ella. Habría querido, por tanto, aplazar la salida hasta dos días más tarde; pero, ante los razonamientos de Du Bourg acabó por admitir que, dadas las circunstancias del caso, era demasiado largo el aplazamiento, y puesto que había de ir, lo mismo daba salir enseguida.

---

[1] La frase es del abate Curé en su relación.

—Pues bien, salgamos esta tarde a las siete, concluyó. A las seis y media estaré listo.

Y lo estuvo: el señor Du Bourg se presentó puntualmente en el Oratorio. Ya había enviado un telegrama a Frohsdorf con la alegre noticia: alegre, sin duda, para el Príncipe, que deseaba mucho una visita del «santo varón» [1]. He aquí la escena tal como él la describe: «A las seis y cuarto me presenté en la portería de los Salesianos. Me llevaron, por un laberinto de estrechos corredores, hasta una humilde salita. Don Bosco estaba allí cenando muy tranquilo en compañía de don Miguel Rúa, que le acompañaría en el viaje. De pie en su derredor estaban los principales sacerdotes de la Congregación y los jefes de oficinas, que recibían uno tras otro las últimas instrucciones sobre los asuntos en curso. Aquellas figuras ascéticas e inteligentes, la refección muy frugal y poco apetitosa y la calma de don Bosco, que contestaba a todo con precisión, formaban un cuadro impresionante».

No había tiempo que perder. El conde Du Bourg, temiendo que se les hiciese tarde, metía prisa. Por fin, bajó don Bosco; pero ¡qué inesperado contratiempo! Apenas apareció en los patios, corrieron a su alrededor para besarle la mano sacerdotes, clérigos y muchachos, haciendo más lenta su marcha. Después, como siempre, había allí señores y señoras, que querían decirle y oír una palabra, y don Bosco se paraba con calma un instante aquí y allí. El pobre Du Bourg sufría una excitación de nervios como nunca; por fin, una vez cruzados los patios, arrastró a los dos compañeros de viaje, hasta su calesa, que, devorando el camino, **[337]** llegó a la estación de Porta Nuova, cuando apenas faltaban siete minutos para la salida del tren. Se emplearon cuatro para sacar los billetes; esperaba que los tres restantes fueran suficiente para facturar el equipaje y subir al vagón; pero la taquilla del furgón de equipajes, se cerró en aquel instante. ¿Qué hacer? Se despidió de la maleta, se lanzó a la sala de espera, agarró a los dos «santos varones», los metió en un departamento de lujo, los siguió jadeante y arrancó el tren. Don Bosco no se alteró con todo aquello, antes al contrario sonreía.

«Es algo prodigioso, escribe Du Bourg, vivir continuamente así en la presencia de Dios. Todos los percances de la tierra pasan de refilón».

Don Bosco se echó a reír, al verse en un departamento con tantos espejos y comodidades.

—Señalaré, dijo, este viaje como una de las aventuras extraordina-

[1] DE MONTI, *l. c., pág. 152.*

rias de mi vida... ¡Don Bosco de viaje en coches tan suntuosos! Tiene gracia la cosa; se lo contaré a mis muchachos.

El percance más notable sucedió en Mestre, importante nudo ferroviario, no muy distante de Venecia. Nuestros viajeros tenían que haber enlazado con el exprés de Viena; pero perdieron la combinación por haber llegado con casi una hora de retraso. No hubo más remedio que seguir el viaje una hora después con el tren ómnibus, que tardó veinticuatro horas, en lugar de doce, para llegar a Wiener-Neustadt, por lo que pasaron dos noches y un día en el tren.

Don Bosco, que ya estaba cansado antes de salir, aumentó todavía más su cansancio, pues no pegó los ojos en toda la noche.

—¡Paciencia!, exclamó sonriente. Así lo quiere la Providencia.

Hacía un calor sofocante. En las largas paradas no hubo manera de hacer tomar ningún alimento a don Bosco; sólo don Miguel Rúa, escribe Du Bourg, «se regaló con un par de huevos fritos», dos horas después del mediodía. El movimiento del tren causaba molestias de estómago a don Bosco; por eso, procuraba no tomar nada. En las paradas ejercitaba las piernas, paseando arriba y abajo por el andén de la estación con los brazos cruzados **[338]** al dorso, según su costumbre en los últimos años de su vida, para facilitar la respiración.

A pesar del cansancio, se esforzaba por aliviar en el tren el aburrimiento del conde Du Bourg con interesantes conversacioens. Como aún tenía reciente el recuerdo de las impresiones recibidas en Francia, contó muchas cosas de aquel viaje. El buen Conde, repasando lo que había oído, hace en su libro esta observación: «¿Cómo explicar que la corriente, tan humana y superficial, pudiera adueñarse de un curita tan modesto en el porte y en el aspecto y que hablaba una especie de algarabía [1], que ni siquiera tenía la vehemencia y el énfasis tan propio de los italianos? Y, sin embargo, es un hecho innegable, aun cuando el interesado no decía nada de ello. Y no me refiero a la gente más o menos devota, que se lanzaba tras él; sino que el entusiasmo, del que era objeto, se extendía a todos. Los diarios más mundanos, incluso el *Figaro,* contaban «maravillas» de sus obras y de sus milagros».

Era una prueba de su irresistible fascinación en ambientes mundanos la narración de dos banquetes, que le ofrecieron la colonia rusa y la polaca, residentes en París, y que él aceptó por ser útiles a sus fines. El anfitrión del primero, un príncipe ruso, para mantener una apuesta

---

[1] *Algarabía* o lenguaje incomprensible. *Charabia* se llama al lenguaje popular en Francia, hablado en Auvernia, antigua provincia del centro de Francia, cuya capital era Clermond-Ferrand. (*N. del T.*).

que había hecho, servía en lo más crudo del invierno toda clase de frutas de verano, como melones, melocotones, cerezas, uvas, peras, fresas y todas ellas frescas y no en conserva. El banquete costó millares de francos y aquel alarde de absurda prodigalidad asombró a don Bosco; pero, como recuerdo del banquete, recibió un sobre con un buen paquete de billetes de mil. En el segundo banquete, también de otro príncipe ruso, había éste apostado hacer servir platos escogidos de toda clase de animales de caza rusos, incluso había reno y oso *de la Mouche,* decía don Bosco, para indicar la ciudad de Moscú ya que, en italiano, Moscú se dice Mosca, como el conocido insecto. También describió la recepción que le hicieron los príncipes de Orleáns. La princesa Blanca de Orleáns le había invitado inútilmente por dos veces, **[339]** hasta que, a la tercera, dejóle a él la elección del día.

—Y por hacer un acto de caridad, acepté, dijo él.

Narró también prodigiosos episodios sobre la intervención de la Providencia en sus obras y le hizo cuentas de los inmensos gastos necesarios en un año para sostener la sola casa de Valdocco. Con estas conversaciones, no pareció tan largo el tiempo.

Cuanto más se acercaban a la meta se leían peores noticias en los periódicos. Un telegrama del día trece decía: «Noche agitada; breve desmayo a causa de la debilidad y delirio. Parece haber empezado la agonía». Y otro del día catorce: «El estado de Chambord ha empeorado. No abrió los ojos desde el mediodía y tuvo algunos síncopes». Temían, pues, encontrarlo muerto.

Hacia las seis de la mañana del día quince, llegaron a Wiener-Neustadt, desde donde un coche del castillo los llevó en tres cuartos de hora a Frohsdorf. Quitáronse un poco el polvo del camino y don Bosco fue a saludar al enfermo; después le acompañaron, junto con don Miguel Rúa, a la capilla para celebrar la misa. Era domingo y el día onomástico del Príncipe. Muchos de la colonia francesa local asistieron a la misa y comulgaron para obtener la gracia; el Príncipe ya había recibido la comunión de manos del padre Bole jesuita, su confesor [1].

En el diario de la enfermedad, compilado por la esposa de De Monti y reproducido por él en su libro, se describe la impresión que causó don Bosco en aquella especie de corte [2], en estos términos: «Es un hombre bajito de estatura, con mirada inteligente y semblante

---

[1] Unos escriben Boll y otros Bole. DE MONTI, el autor del libro, dice Boll; y en el diario de la enfermedad reproducido por él, se lee Bole.

[2] DE MONTI, *l. c.*, pág. 155.

prematuramente envejecido y gastado. Tiene un aire algo tímido y una gran sencillez».

Mientras don Bosco celebraba la misa, el conde Du Bourg, para contentar al Príncipe, que quería oír hablar de él, le contó muchos episodios de su vida, como la historia del perro gris, milagros **[340]** realizados con la bendición de María Auxiliadora y prodigios de la asistencia divina a sus obras. Al fin, díjole el Príncipe casi impaciente:

—Id a llamar a este santo varón y traédmelo aquí.

El Siervo de Dios estaba todavía en el acto de acción de gracias después de la misa. Al notificarle que Su Alteza Real le aguardaba, hizo ademán con la cabeza de haber entendido, pero siguió rezando. Llegó un camarero para advertir que el Príncipe estaba esperando. Entonces Du Bourg se le acercó y le dijo:

—No se puede hacer esperar de esta manera a Monseñor. Llama y hay que ir.

Volvió a decir que sí con la cabeza, pero no se movió.

«Todo termina en este mundo, escribe Du Bourg, incluso el rezar de don Bosco».

Se levantó, pues, despacito, aceptó un ligero refrigerio y, mientras tomaba una taza de café con leche, presentóse otro mensajero repitiendo que Su Alteza esperaba al visitante. Afanóse el conde Du Bourg para explicar al enviado la razón de la demora para que se informase al Príncipe; pero don Bosco seguía allí tranquilo y sereno.

«Llevaba, escribe Du Bourg, la calma del cielo en el alma, en el corazón, en el espíritu, en el carácter».

Pasó por fin don Bosco ante el augusto enfermo y sostuvo con él un largo coloquio. Pareció convencido de que no moriría, y se lo dijo con las palabras del evangelio: *Infirmitas haec non est ad mortem.* Al oír tan fausto anuncio, el Príncipe se sintió revivir; pero don Bosco le añadió al momento que invocase con fervor a María Auxiliadora, llamada también *Salus infirmorum,* y lo preparó para recibir la bendición. Cuando el Siervo de Dios se retiró, el enfermo con una voz clara y fuerte, como hacía dos semanas no se le oía, llamó al conde Du Bourg y le dijo con viveza:

—Mi querido Du Bourg, ya lo había dicho yo. Estoy curado... No ha querido declarármelo, pero yo lo he entendido... ¡Es un santo! Estoy muy contento por haberlo visto... Todos los que estamos aquí, no llegamos a la suela de los zapatos de don Bosco.

Y más tarde dijo al capellán:

—Don Bosco dice que no es él, sino el otro.

Y puesto que el capellán no comprendía volvió a decir:

[341] —Dice que los milagros no los hace él, sino su compañero. Ese también es un santo.

La extraordinaria sencillez de don Bosco se hizo notar en su primer encuentro con la Condesa, a la que acompañaba Du Bourg.

—¿Y quién es usted?, le preguntó en italiano.

Ella sonrió y le fue diciendo, sin más, nombres y títulos, y añadió que su madre era princesa de Saboya, pero de la rama primogénita.

Como era el día onomástico del Príncipe, permitió éste que los familiares presentes en Frohsdorf entraran para felicitarle. Solamente debían haber desfilado por delante del lecho para no cansarlo; pero él dirigía a cada uno una palabra de saludo, como hacía ya mucho tiempo no se sentía con fuerzas para ello.

Entonces, y también alguna otra vez, paseó don Bosco por el magnífico jardín, donde encontraba niños y niñas que sólo entendían el alemán; pero él se las arregló de modo que con los recuerdos de los estudios juveniles y preguntando a personas benévolas, se hizo con una pequeña colección de frases, con las que lograba hacerse entender y comunicarles buenos pensamientos sobre la salvación del alma.

A petición del abate Curé, habló por la tarde en la capilla a un discreto auditorio de franceses. Con la mayor sencillez y con aire paternal les exhortó a la santa comunión, a la devoción a la Virgen y a la confianza en la oración. Por último, prometió que, cuando él volviese para dar las gracias al Señor, también estaría presente el Príncipe al canto del *Te Deum.* A este propósito, la relación del abate Curé tiene esta observación: «Según él afirma, la curación tendría lugar, pero no tan aprisa, para que no se atribuyese a él, sino a la eficacia de las oraciones que se hacen en todas partes».

Al anochecer, se sentó a la mesa. Había dieciocho cubiertos [1] y se

---

[1] El conde Du Bourg dice dieciséis, pero es más exacto el abate Curé. La *Unità Cattolica* describió el banquete con detalles tomados del *Figaro;* pero son más dignas de crédito las narraciones de Du Bourg, testigo ocular. De Monti publica la colocación de los comensales en la mesa:

La Señora

Condesa de Monti	General de Charette
Marqués de Foresta	Señor Frémond
Secretario de don Bosco	Conde De Monti
Señor Du Bourg	Vizconde Du Puget
Conde de Chevigné	Conde d'Andigné
Padre Boll	Señor Huet du Pavillon
Barón de Raincourt	Abate Curé
Don Bosco	Duque de la Gratzia

Conde de Blacas

quería celebrar la fiesta de san Enrique. Presidía la Condesa. **[342]** Reinaba bastante alegría. Se había servido el asado y escanciado el champaña en las copas, cuando de pronto, con estupor y regocijo de todos, se asomó a la sala el Príncipe, llevado por los camareros sobre un sillón de ruedas. La esposa fuera de sí corrió a su lado. La emoción arrancaba las lágrimas. Estaba flaco y demacrado; sin embargo, dijo con voz enérgica:

—No he querido que se bebiese a mi salud, sin estar yo presente. Dichas estas palabras, pidió una copa de champaña. De Charetté la puso a toda prisa en sus manos. Con gracia exquisita, brindó a la salud de la Condesa, de los presentes y de don Bosco, acercó la copa a los labios y después se la hizo llevar a su habitación.

Cuando la agencia *Havas* anunció que el Príncipe se había hecho trasladar a la sala del convite en el banquete de san Enrique, para celebrar la fiesta con los invitados, muchos creyeron que era una broma del telégrafo; tampoco la *Croix* **[343]** se atrevió a publicar la asombrosa noticia, después de los amenazadores boletines médicos, recibidos hasta entonces. Pero es fácil explicar la vacilación; ningún telegrama había anunciado, antes de aquella fecha la llegada de don Bosco.

A medida que los detalles de la mejoría se confirmaban, se reavivaban las esperanzas de los ánimos; en cambio aumentaba el mal humor en el grupo de los adversarios políticos. Sus periódicos insinuaron que todo aquello era una farsa; farsa la enfermedad y farsa la mejoría. Si hubieran querido ser cabales, deberían haber añadido que

---

En el mismo libro encontramos también el menú de la comida:

Cena del día 15 de julio, 1883

——

Sopa a la Reina
Condimentos para sazonarla
Lomo de buey asado a la jardinera
Entrada
Pollos a la Villeroy

——

Ponche a la romana
Asado
Pierna de corzo a la salsa pebrada
«Entremets»
Coliflores con salsa a la mantequilla
Helado a la vainilla rellena de almendras

(Como fácilmente puede comprenderse, traducimos las «palabras», mas sin hacernos cargo exacto de su significado. Vivimos muy lejos de una minuta de comida extranjera, palaciega y antañona). (N. del T.).

también era una farsa el juicio de los más famosos médicos de Europa, incluido el doctor Vulpián, celebridad mundial. Este, en efecto, cuando llegó a Frohsdorf a primeras horas de la tarde del día quince y examinó detenidamente al enfermo, firmó con otros dos médicos vieneses un boletín en el que se decía: «El estado general es relativamente satisfactorio». Tan satisfactorio que, durante la jornada, el Príncipe habló varias veces y no por breves instantes, sin experimentar cansancio, cuando antes con dificultad salían de sus labios unas palabras; además, había tomado en varias veces medio litro de leche, cuando en los días anteriores una sola cucharada de líquido le producía espasmos de estómago y vómitos convulsivos.

Así pues, los nombres del doctor Vulpián y de don Bosco iban juntos en la prensa diaria. Se temía que el doctor parisiense arrugara el ceño al encontrarse con un cura; y, en cambio, fue él mismo quien pidió que le presentaran a don Bosco, al cual dijo que su hijo, alumno de los Marianistas, había tenido la fortuna de verle en la visita hecha al colegio Stanislas.

El día dieciséis, fiesta de Nuestra Señora del Carmen, don Bosco celebró la misa, a las cuatro de la mañana, en la habitación del Conde, que recibió la santa comunión de sus manos junto con la Condesa. Cada vez que el Siervo de Dios se acercó a la cabecera del enfermo, y sólo lo hizo cuando éste le llamó, hablóle siempre como sacerdote, nunca como cortesano. A las buenas esperanzas, añadía el pensamiento de que la vida y la muerte **[344]** están en las manos de Dios, Rey de reyes y Señor de los señores; que todos, pequeños y grandes, se deben conformar con sus inescrutables designios. Y el Conde, hombre de viva fe y sólida religión, asentía plenamente y le dijo que, si la divina Providencia quisiese disponer que él podía servir aún a Francia, aquí en la tierra, no rehusaba el trabajo; pero que, si era del agrado de Dios llamarlo a la eternidad, estaba en todo y para todo sometido a los decretos divinos. Los piadosos sentimientos del Conde y la edificante virtud de la Condesa dejaron enternecido profundamente a don Bosco.

El día dieciséis por la tarde, al despedirse, vio el Siervo de Dios con gran satisfacción que la mejoría se acentuaba cada vez más. Así que se hizo prometer que, si recobraba la salud de antes, iría a Turín para dar gracias a María Auxiliadora en su santuario y honrar con su visita al Oratorio, donde tantos muchachos habían rezado, rezaban y seguirían rezando por él. El Conde abrazó a don Bosco y le besó tiernamente, dándole cordialmente las gracias por su visita.

Don Bosco había volado aquel día con el pensamiento a Niza,

porque se acercaba el día onomástico del ingeniero Vicente Levrot y quiso enviarle desde allí su felicitación.

Mi querido señor Vicente Levrot:

La caridad que, de tantas maneras, dispensa a nuestras obras, me obliga también de lejos a recordarle en su día onomástico.

Por eso, el día veinte de este mes celebraré la santa misa y nuestros jóvenes recibirán la comunión por usted y por toda su familia.

Todos los días haremos por usted este pequeño concurso de nuestras oraciones comunitarias, a fin de que las gracias del Señor desciendan cada vez con más abundancia sobre usted y toda su familia. Tenga a bien rezar también por mí que, con gran afecto y gratitud, seré siempre suyo en J. C.

Prosdorf (sic), *16 de julio de 1883.*

Afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[345]

Don Bosco y don Miguel Rúa, acompañados por el General De Charette hasta la estación de Wiener-Neustadt, salieron para Turín el día diecisiete por la mañana y llegaron al Oratorio el dieciocho a eso del mediodía. El Príncipe había mandado enviarle una limosna de veinte mil francos.

Por los dos boletines médicos, publicados a diario por la prensa, vemos que se abría un camino de creciente optimismo; cuál era el pensamiento de don Bosco se deduce de la siguiente carta, dirigida, inmediatamente después de su regreso, al conde Eugenio De Maistre.

Mi querido señor Conde Eugenio:

Acabo de llegar de Frohsdorf, y me encuentro su apreciada carta. Con mucho gusto celebraré las santas misas por el feliz resultado en los exámenes de sus hijos, mis queridos amigos, y espero que salgan bien de ellos.

He encontrado en Frohsdorf a muchos de sus amigos, que me hablaron mucho de usted. El General De Charette le envía muchos saludos. El conde de Chambord seguía el curso de la mejoría hasta ayer por la mañana, día diecisiete de los corrientes.

Dios le bendiga, mi siempre querido señor Eugenio, y con usted a toda su familia. Y asegurándole que cada día me considero obligado a encomendar a Dios a usted y a todos sus hijos, me recomiendo también a la caridad de sus santas oraciones y me profeso.

Turín, 18 de julio de 1883.

Su atto. y s. s.,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

El mal reprimido encono de algunos periódicos italianos buscó un desahogo. Si se hubiesen contentado con satisfacer los antojos de sus perversas insinuaciones políticas y su manido volterianismo de moda, menos mal; pero, su intento fue más lejos aún, hasta descargar un golpe siniestro contra don Bosco. La jugada partió de la *Gazzette del Popolo,* la cual no se limitó a ridiculizarlo, como lo hizo el *Temps,* calificando de neopaganismo aquel excesivo rezar y diciendo que don Bosco había llegado a ser *presque un Dieu* (un semidiós) [1]; sino que añadió la calumnia a la burla. En el número del día veinte de julio **[346]** bajo el título de «Pedimos el concurso de la prensa» presentó cínicamente a los lectores este articulejo:

«A don Bosco le ha ocurrido como al astrólogo de la fábula, que, por la manía de mirar los planetas (*planetas* de verdad), no vio el hoyo del suelo. Mientras él estaba en Frohsdorf con ocasión del *segundo* milagro [2], destinado a hacer del Conde de Chambord el más gracioso de los pretendientes, la autoridad judicial de Turín se vio obligada a iniciar en el «boscoso» instituto un expediente del mismo tipo que el recientemente incoado para el Seminario episcopal de Biella [3]. Queremos esperar que aquí no se trate más que de una falsa alarma. Sin embargo, como quiera que se añade que, en confirmación de los hechos que serían base de la acusación, existen los efectos de una enfermedad particular, queremos esperar también que en un sentido u otro se hará amplia luz. En este intento, sería oportuno que la noticia del desagradabilísimo incidente fuese remitida al punto al peregrino (al efecto, aún por medio de los propietarios de Frohsdorf, el conde o la condesa), para que acuda en seguida a poner remedio».

Para comprender el sentido de esta cauta y malvada insinuación, es preciso saber que un joven de cierta obra pía de Turín había regresado a su casa y se le encontró contagiado de cierta enfermedad. Aunque no era posible ignorar que el muchacho no procedía del Oratorio, se tuvo la osadía de introducir por fines masónicos esta afirmación en la relación dada al negociado de higiene y se necesitó toda la influencia del doctor Albertotti, médico del Oratorio, para hacer que se borrase semejante infamia; pero éste la llegó a conocer mucho tiempo después,

---

[1] *Le Temps,* 24 de julio de 1883.

[2] Los monárquicos llamaban *hijo del milagro* al Conde de Chambord, por las circunstancias en que nació, casi seis meses después de ser apuñalado su padre por un emisario de las sectas. Por esto la curación se llamó el *segundo milagro.*

[3] Más exactamente hubiera tenido que decir colegio internado episcopal, abierto junto al seminario. Los alumnos, que eran de familias acomodadas, vestían uniforme de seglar y cursaban el bachillerato como en cualquier otro internado privado.

de suerte que la calumnia pudo caer libremente en el dominio de la prensa y hubo que publicar enérgicos mentís.

[347] Unos cincuenta diarios se hicieron portavoces de la vil mentira por toda la península y también en Sicilia. Don José Lazzero, Director del Oratorio, fue el primero en desmentir el hecho. Solamente el *Sécolo* de Milán prestó oídos de mercader, a pesar de haberle enviado una segunda carta certificada; y, hasta veinte días más tarde, no publicó una tardía e insuficiente rectificación. Don Bosco, siempre enemigo de pleitos, no permitió que se le demandara; pero dejó que don Juan Bonetti lo pusiera en la picota en el *Boletín,* con un artículo titulado *Embusteros antiguos y embusteros modernos.* El artículo se imprimió también como separata, en forma de folleto, y obtuvo amplísima difusión. El autor refutaba, al mismo tiempo, las falsas aserciones de los periódicos irreligiosos en torno a la enfermedad del conde de Chambord.

La *Gazzetta del Popolo* había vuelto a atacar a don Bosco en el número del día veintidós, aprovechándose de un artículo de la *Unità Cattolica* del día veintiuno, que trataba del viaje a Frohsdorf. El diario de Margotti mencionaba, entre otras cosas, la invitación que don Bosco había hecho al Príncipe a que pasara por Turín después de la curación. Ante esta noticia, la *Gazzetta* se entregó inmediatamente a pasar de una cosa a otra. «Aquí, escribía, se complica el asunto, porque, mientras se representa en Austria la farsa política a favor del pretendiente de los clericales al trono de Francia, Italia puede reírse de ello y pasar de largo con una sacudida de hombros. Pero, si se quisiese intentar su réplica en una ciudad italiana de la frontera con Francia, entonces no sólo los progresistas y los republicanos, sino hasta los más moderados podrían tener ganas de gritar un *alto ahí* a los cómicos *sanfedistas* [1]». Le devolvió la pelota la *Unità* del día veinte, que acababa asegurando a la *Gazzette* con la promesa de que, si el conde de Chambord iba a Turín, sería para rezar, y no para conspirar.

Don Bosco había dejado de Frohsdorf la más grata **[348]** impresión, como se deduce de un precioso documento. Don Miguel Rúa, que se apresuró a escribir a la Condesa en nombre de don Bosco y suyo propio, enviando cartas colectivas de aprendices y estudiantes, recibió la siguiente respuesta en lengua italiana.

---

[1] Llamábase *sanfedistas* a los miembros de una asociación político-religiosa, que en Italia Meridional surgió contra la invasión y el gobierno francés después de la revolución. Sus afiliados se llamaban «Ejército de la Santa Fe».

Muy Reverendo don Miguel Rúa:

Su carta me llegó al alma, la leí en seguida a mi querido enfermo, el cual se conmovió; los dos damos las gracias a usted y a nuestro querido don Bosco por cada una de las palabras. Fue una gran satisfacción para mi marido y para mí recibir su bendición y saber cuántas almas puras e inocentes rezan por la curación de mi querido y amado enfermo.

Gracias a Dios, aunque lentamente, se advierte sin embargo cada día una mejoría progresiva, pese a las pequeñas crisis, que todavía se presentan, aunque siempre desapareciendo después y volviéndole la esperanza de una completa curación que, como dijo también don Bosco, se obtendrá con paciencia. Agradecemos también los dos las expresivas y apreciadas cartas, que nos escribieron los hijos del Oratorio de don Bosco, los jóvenes estudiantes y aprendices; y mi marido me encarga expresamente, y precisamente en el momento en que le escribo, que ruegue al querido don Bosco continúe sus santas oraciones, en las que tanto confía.

El recuerdo de los dos días, que don Bosco y usted, bonísimo don Miguel Rúa, pasaron con nosotros, durará siempre en nuestra alma. Me alegro de que su viaje resultara feliz; no me sorprendo de ello, pues dos almas buenas y santas como ustedes tenían que ir acompañados de un modo especial por sus Angeles Custodios.

Y termino, renovando al querido don Bosco y a usted la garantía de nuestra gratitud y sincero afecto, con que de corazón me profeso.

Frohsdorf, 29 de julio de 1883.

Muy agradecida,
MARÍA TERESA, *Condesa de Chambord*

Me encarga mi marido un afectuoso y especial saludo de su parte para usted.

El secretario Huet du Pavillon escribía el último día de julio al mismo Miguel Rúa en torno a la marcha de la enfermedad: «Después de su partida, las condiciones de Su Alteza han mejorado sensible y lentamente; los médicos empiezan a manifestar alguna esperanza. Parece, pues, que el Señor **[349]** se ha dejado conmover con tantas buenas oraciones y, particularmente, con las del venerable y santo don Bosco. Tenga la bondad de manifestarle toda nuestra gratitud y tómese también su parte, usted que ruega y sigue rogando todavía con todo fervor para obtener que se cumpla el gran milagro de la curación de nuestro augusto enfermo (...). Esta gracia, como nos dijo su santo Superior, no es personal para Monseñor, sino que interesa mucho a la santa Iglesia, y por consiguiente a la gloria de Dios».

Como también se deduce de aquí, los legitimistas franceses consideraban las suertes de la Iglesia en Francia estrictamente, por no decir indisolublemente ligadas a las de la monarquía; lo cual hizo que, en la espera, mientras se pronosticaba la caída de la tercera república, no se emplearan todos los medios posibles para la defensa de los intereses

religiosos y se diera oportunidad a los sectarios para extender la obra maléfica. Así lo confiesan y deploran hoy día los más iluminados supervivientes del legitimismo, y éste, al fin y al cabo, era también el pensamiento de don Bosco, como hemos visto a propósito de las dimisiones de los magistrados en 1880.

Las cosas de Frohsdorf iban cada vez mejor, tanto que la *Croix* que publicaba diariamente una nota sobre la *Enfermedad del Conde de Chambord,* desde el número del día veinticinco cambió *Enfermedad* por *Salud* y, desde el día treinta y uno, escribió *Convalecencia.* Durante el reflorecer de tan alegres esperanzas, se pidió a don Bosco una estampa de María Auxiliadora para el Conde con un autógrafo suyo. El la envió el día cuatro de agosto con esta invocación a la Virgen asunta al Cielo escrita al dorso: «Oh María, en honor de vuestra Asunción al Cielo, bendecid especialmente a vuestro hijo Enrique y a su caritativa esposa y concededles buena salud y la perseverancia en el camino del Paraíso. Así sea» [1].

[350] A primeros de agosto fue tal la satisfacción de los médicos, que ya no creyeron necesario seguir publicando el boletín. En efecto, el Príncipe leía la correspondencia, bromeaba en torno a las noticias que daban los periódicos de él, hacía que le llevaran al jardín durante horas y horas y asistía a partidas de caza. Con su pasión por la caza, pidió el día cuatro de agosto una escopeta y desde su sillón, con mano temblorosa, se la ajustó al pecho, apuntó a un ciervo e hizo blanco. Cuando los médicos se enteraron de este capricho, que consideraban como una grave imprudencia, le prohibieron severamente que volviera a bajar. Los médicos tenían razón: la imprudencia fue realmente fatal. Su gentilhombre de cámara, el conde de Monti, decía a don Bosco en una carta que la caza había durado cinco horas y que mientras el Príncipe disparaba, la culata de la escopeta le había dado un golpe en el estómago. Cuatro días después los boletines reaparecieron con noticias de color sombrío. Don Bosco escribió por aquellos días a la Princesa:

Señora Princesa:

Los periódicos traen graves noticias del señor Príncipe de Chambòrd y esto me aflige mucho. En todas nuestras casas se reza sin interrupción. Yo sigo celebrando la

[1] *O Marie, en honneur de votre Assomption au Ciel, portez une particulière bénédiction à votre fils Henry et à son épouse charitable, et leur accordez bonne santé, la persévérence dans le chemin du Paradis. Ainsi soit-il.*

Turín, 4 août, 1883.

Abbé,
J. Bosco

santa misa para obtener la suspirada gracia: la completa curación del señor conde de Chambord. Nuestras oraciones, unidas a tantas otras como se hacen con este mismo fin en casi toda Europa, deben, sin duda, ser escuchadas, salvo que Dios, en su infinita sabiduría, considere que es mejor llamar al augusto enfermo a gozar el premio de su caridad y de sus demás virtudes. En este caso, diremos humildemente: —Así plugo a Dios y así sucedió. Pero yo estoy convencido de que no hemos llegado todavía a este momento. Pero, mientras pedimos a Dios que nos obtenga la curación del señor Conde, no dejamos de elevar fervientes oraciones por V. A., señora Princesa, y por la conservación de su preciosa salud.

La gracia y el poder de Nuestro Señor Jesucristo reinen siempre en toda su familia. Dígnese añadir una oración por el pobre que esto escribe, y tiene el alto honor de poderse profesar para su gloria,

De V. Alteza

Turín, 14 de agosto de 1883.

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[351]

Estos consuelos llegaron más oportunos que nunca, pues los días del conde de Cambord estaban contados. Ya no fue posible hacerle recobrar las fuerzas, de suerte que, en la mañana del día veinticuatro, entregó el alma a Dios. El último descendiente de san Luis, rey de Francia, expiraba precisamente la víspera de la fiesta de su glorioso antepasado.

En su dignidad de proscrito, Enrique V fue el representante respetado de un gran principio ideológico y de una antigua tradición monárquica. Habría podido abreviar su destierro, aceptando condiciones que él juzgaba equívocas; pero prefirió soportar hasta el fin con verdadera grandeza moral, como príncipe, que sabía hacer decoroso hasta el infortunio. No reinó pero, de hecho, fue considerado como uno de los que llevaban corona. Si mantuvo inviolables sus derechos dinásticos, lo hizo porque los consideraba inseparables de las tradiciones francesas y de los intereses nacionales de su patria; pero, en medio siglo de destierro, no dejó nunca trasparentar el menor pensamiento de querer alentar luchas intestinas, que pudiesen dar origen a una guerra civil [1]. Pero lo que más ennoblecía sus dotes de príncipe era el espíritu eminentemente católico, en que se inspiraron todos los actos de su vida privada y pública. Toda la prensa republicana y radical de París, lo que parecería increíble en medio de tanta lucha de partidos, rindió homenaje al carácter del difunto.

[1] Estos juicios son el compendio de dos artículos de la *Revue des Deux Mondes* (1.º y 15 septiembre de 1883).

Había quedado sin respuesta la carta del día catorce de agosto, dirigida por don Bosco a la Condesa. El Siervo de Dios dejó pasar mes y medio y, después, escribió o mandó escribir al abate Curé, poniendo en la carta palabras de consuelo para la viuda. Su respuesta no se hizo esperar. El contenido del escrito es una prueba más de la santa impresión, que don Bosco dejó de sí mismo en Frohsdorf y nos descubre, además, los saludables efectos producidos por su visita en el alma del enfermo, cuyo provecho espiritual tuvo sin duda don Bosco por mira en primerísimo lugar.

[352] *Reverendo y querido don Bosco:*

Estoy segura de que, en su eximia bondad y caridad, me habrá perdonado que no haya respondido a la preciosa carta que me escribió el día catorce de agosto, mientras, todavía palpitando, asistía a mi querido ángel, que ya está en el paraíso. Pero, ni entonces ni después pude escribir hasta hoy; primero, porque estaba abrumada de dolor y cansancio, y, después, porque era víctima de una de mis fuertes crisis catarrales, de la que gracias a Dios me voy reponiendo. Hoy he leído la comovedora carta que dictó para el abate Curé y en la que me hace decir muchas cosas preciosas, que le aseguro llegaron derechas a mi corazón, porque sus palabras son totalmente el eco de mis propios pensamientos, de lo que siento y de lo que siempre digo. ¡Estoy tan segura de que mi ángel está en el Paraíso! Murió como un santo, con la tranquilidad envidiable de un patriarca, sin contraer ni un rasgo de su bella y querida fisonomía, y siempre rezando y unido con Dios, que se lo llevó, sin duda, en un instante feliz.

Desde que usted lo dejó, *nunca* soltó una queja, *nunca* una impaciencia, siempre ofreciendo a Dios sus dolores en unión con la pasión de N. S. J. C. y *agradeciéndole* que le hiciese sufrir todavía en este mundo. ¡En una palabra, tuvo una muerte envidiable y, al sufrir a su lado, me parecía tener que morir con él! ¡Y este sentimiento que Dios ponía en mi corazón y que era como una esperanza de que así sería, me ayudó a tener la fuerza necesaria para hacerlo todo hasta lo último con un valor, que sólo el Señor podía darme! Y en el momento en que Dios se lo llevó y me dejó aquí sola, ¡¡ay Dios mío!!... Pero Dios me lo había dado y conservado para mi inmensa felicidad y consuelo durante treinta y siete años de Paraíso terrenal. Dios me lo quitó, ¡hágase su Santa Voluntad, bendita sea! Que Dios me ayude ahora a ser totalmente suya, y a poder ver en su día y cuando a Dios plazca, que también ha llegado para mí aquel *buen momento,* el único esencial, de poder juntarme con mi querido ángel para alabar después con él eternamente a Dios. Le agradezco en cuanto sé y puedo sus oraciones por mí y no le faltarán las pobres mías.

Créame siempre su agradecidísima y afectísima,

Frohsdorf, 14 de octubre de 1883.

MARÍA TERESA

Los sentimientos de veneración por don Bosco se mantuvieron vivos en la Condesa; nos da fe de ello una carta de marzo de 1885. Por lo que se transparenta en esta misma carta, es probable que don Juan

Bonetti, habiendo visto sus cartas a don Bosco, quisiera publicar alguna para edificación **[353]** de los lectores. Pero la señora, enterada de ello por don Bosco mismo, le rogó que no lo hiciera.

Reverendo y querido don Bosco:

Su óptima carta del día trece de febrero hubiera pedido una rápida respuesta, pero mi salud, siempre algo vacilante, no me permite llegar a la noche habiendo cumplido todo lo que me propongo hacer por la mañana, por eso no he podido hasta ahora tomar la pluma para rogarle, *por caridad,* ¡que no deje imprimir nada de cuanto yo escribo!... Lo hago a la buena de Dios, sin preocuparme y usted me comprende; pero mis cartas no merecen, después de leídas, más que echarlas a la chimenea. Por lo demás, le hablo ahora con el corazón abierto, pues sé que me cree y *no* imprime lo que le escribo; y le diré que, desde que he perdido al querido ángel de marido, mi único deseo es que no se hable de mí, como si estuviese ya sepultada con él en la cercana Castagnavizza. No deseo en este mundo más que servir al Señor como quiera y donde él quiera, como yo puedo y debo hacerlo, y todo lo demás me es indiferente. Pero tengo otro motivo más para desear que quiero evitar verme mezclada en ello; y para lograrlo no hay más camino que el que he tomado, tan pronto como mi querido Enrique fue sepultado; esto es, retirarme completamente de todo lo que pueda hacer hablar de mí y dar ocasión a que me vengan con cosas que ya no me atañen. Si aparecieran en los Boletines Salesianos, tan bien intencionados por su lado, podían por el suyo los entremetidos en mis cartas, volver a acordarse de mí y venir de nuevo a mi alrededor para una u otra cosa, de las que ya no me toca a mí preocuparme.

Aquí tiene mi corazón abierto, que usted lo entenderá muy bien, sin que quepa duda.

Entiendo muy bien su apreciada letra y me satisface verla; no puedo agradecerle bastante las oraciones que usted y sus huerfanitos hacen por mí y que experimento me son muy saludables.

Rogándole continúe con ellas me uno a usted en el Corazón de Jesús y María y me declaro con efusión su agradecidísima,

Gorizia, a 1.º de marzo de 1885.

MARÍA TERESA

Un día preguntó don Carlos Bellamy a don Bosco por qué había podido afirmar que la enfermedad del Conde no era *ad mortem,* cuando después murió. Le repitió tres veces la pregunta y sólo, a la tercera, obtuvo respuesta. El Siervo de Dios, casi molesto, le dijo:

—Dios le había devuelto la salud para Francia, no para sí mismo, ni para ir de caza... Su puesto estaba **[354]** en Francia. La Condesa lo disuadió siempre de volver, porque temía que se repitieran los horrores de 1793... La idea del patíbulo la aterrorizaba.

Quizás pueda deducirse de estas palabras que también don Bosco, a la par de otras lumbreras de la Iglesia, no aprobaba los escrúpulos del Príncipe en el asunto de la bandera, escrúpulos en realidad mucho

más dinásticos que religiosos. El principio de don Bosco en casos parecidos era acudir a todos los medios posibles, con tal que no fuesen malos, para hacer el bien [1].

[1] Se caviló en torno a las causas de la muerte. El conde Du Bourg en su libro cree que se debió a una delictuosa intoxicación y afirma, para confirmarlo, que la autopsia no reveló la presencia del cáncer. Pero el monárquico *Gaulois* publicó, el veinticinco de agosto, sin que fuera desmentido, un despacho del veinticuatro procedente de Viena, en el que se decía: «El pliego lacrado, remitido al conde de Blacas por los doctores Volpian, Drache y Meyer, que contenía la fórmula del diagnóstico de la enfermedad de la que murió Monseñor, dice que esta enfermedad es un cáncer de estómago, una atrofia del riñón, una *enthartritis universalis*». Es verdad que este diagnóstico precedió a la autopsia; pero nótese que Volpian, en sus primeras diagnosis, no estaba de acuerdo con sus colegas austríacos acerca del tumor canceroso. En cuanto a la causa próxima de la muerte, fue convicción general de familiares y amigos que fue el golpe al estómago. Así lo dijeron en otoño de 1884 los condes De Charette y De Maistre y otros tres o cuatro señores franceses, que fueron a Valsálice para ver a don Bosco. También Lemoyne estaba presente en la conversación.

[355]

CAPITULO XII

EL NUEVO ARZOBISPO DE TURIN

TRES días antes de que don Bosco saliera para Frohsdorf, recibía Margotti por vía privada la noticia de que el Papa había designado como nuevo Arzobispo de Turín al Cardenal Alimonda: en el número del día once de julio la *Unità Cattolica,* lanzaba a los vientos la novedad. Aquella designación produjo óptima impresión en la población. Don Juan Bonetti escribía al cardenal Nina y no sabía contener su alegría; le decía [1]: «No puedo cerrar esta carta, sin manifestarle que el nombramiento del Emmo. Cardenal Alimonda para Arzobispo de Turín es considerado por todos como un favor señaladísimo. ¡Qué bueno es el Señor! ¡Qué bien conoce nuestro Padre Santo las necesidades en cada Iglesia! Es imposible no descubrir en él las dotes del espíritu de Dios. Ahora tenemos la inmensa confianza de que va a comenzar para esta archidiócesis una nueva era y que los salesianos ven aparecer también para ellos un iris de tranquilidad y de paz para trabajar con actividad cada vez mayor por Dios y por las almas».

También nuestro Santo escribía al mismo Cardenal [2]: «No puedo expresar como quisiera el entusiasmo con que se ha recibido el nombramiento del Cardenal Alimonda para Arzobispo de Turín. Formará **[356]** época en la historia de esta nuestra Archidiócesis».

Ya había encargado al Procurador que felicitara al cardenal Alimonda en su nombre y en el de todos los Salesianos; pero después escribió directamente a Su Eminencia, que se encontraba en cura en Castellammare di Stabia y obtuvo su respuesta de agradecimiento con estas consoladoras palabras:

«Voy a Turín con la confianza de que Dios me ayudará ¡con las oraciones de las almas buenas! Pues sólo he querido hacer la divina Voluntad, manifestada por medio del Padre Santo. Me alientan las muchas hermosas Instituciones de la diócesis y entre ellas esa su Congregación con sus múltiples obras de Caridad. Rece y haga rezar mucho por mí a María Auxiliadora, siempre tan generosa con usted en gracias y prodigios. Le saludo con respeto, le abrazo con paternal

[1] Turín, 30 de julio de 1883.
[2] Turín, 31 de julio de 1883.

afecto y les bendigo a usted, a sus reverendos hermanos y a toda su gran familia» [1].

Hacía casi cien años que la metrópoli del Piamonte no había tenido como Arzobispo a un Cardenal y era, sin duda, un insigne honor para la gloriosa ciudad tener un Purpurado de tanta virtud y de tan distinguida nombradía. Nació en Génova el año 1818. Desde que fue Rector del Seminario, canónigo arcipreste de la Catedral genovesa y Obispo de Albenga, había alcanzado gran fama de predicador docto y eficaz. Escribió ocho volúmenes de conferencias en torno a lo *Sobrenatural* y otros cuatro acerca de los *Problemas del siglo XIX,* por los que mereció un puesto muy distinguido entre los grandes apologistas católicos. Era, además, conocido su espíritu sereno y conciliador, cuya necesidad se dejaba sentir más que nunca para el bien de las almas en aquellos años de duras competiciones políticas. Todo, pues, daba pie para creer que su llegada tenía que ser recibida con júbilo por los fieles y con respeto por los liberales de diversos tipos.

Con ocasión de su día onomástico quiso don Bosco darle una prueba más de su alegría. Mandó, pues, encuadernar elegantemente algunos de sus libros, recién publicados en nueva edición **[357]** y se los envió como obsequio, acompañándolos con esta oración, compuesta por él para el santo Patrono del Cardenal: «A san Cayetano.—San Cayetano, que habéis obrado tantas maravillas en vida y después de muerte, proteged constantemente a vuestro fiel siervo el cardenal Alimonda; alcanzadle del Señor buena salud, pero que venga pronto con nosotros, donde su grey le espera ardientemente y se ofrece y se pone en sus manos para hacer y decir todo lo que El juzgue de la mayor gloria de Dios.—Oración de don Bosco y de todos los Salesianos.—*Turín, 7 de agosto de 1883*».

Acompañó el regalo con esta cartita.

Eminencia Reverendísima:

Con estas pocas palabras y el humilde obsequio de estos libros, es mi intención ofrecer los respetuosos homenajes de toda la Congregación Salesiana, que humilde y respetuosamente implora su santa bendición.

Turín, 7 de agosto de 1883.

Con todo afecto y sumisión
su atento y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[1] Castellammare, 5 de agosto de 1883.

En el Consistorio del día nueve de agosto el Cardenal fue solemnemente preconizado Arzobispo de Turín y postuló el palio, que recibió a la mañana siguiente de manos del Padre Santo. El gran periódico milanés, en un artículo sobre el Consistorio, denostaba a Margotti, y lo describía como cabecilla de la oposición contra la autoridad arzobispal y sin perdonar tampoco a don Bosco [1]. «Margotti (son palabras del diario) trabaja y hace trabajar humanamente a don Bosco para las cosas divinas. Folletos publicados por la prensa narran los *milagros* de don Bosco, el último de los cuales sería la curación de Chambord». ¡Cuántas falsedades en pocos renglones! Hojeando todos los años de la *Unità Cattolica,* no se encontraría una palabra, que tuviese un adarme falto de respeto hacia sus Arzobispos. Lo que sigue sobre los milagros merece la misma fe, como por otra parte saben muy bien **[358]** los lectores. El artículo terminaba de esta manera: «La diócesis de Turín presenta, desde algún tiempo, la imagen de un tren descarrilado. Hay que volver a entrar en los raíles y asignar a cada uno su puesto. El nuevo Arzobispo debería acabar con las ilegítimas usurpaciones. Así lo espero, pero no lo creo. Ya está toda la ruidosa solicitud de Margotti y de su curia para preparar al nuevo pastor extraordinarios agasajos, y los saludos impresos y las delegaciones y los himnos de las gacetas revelan que ya se cuenta con tener a Alimonda, hombre de carácter dulcísimo y poco apto para entender las hipocresías humanas, en sus manos; si esto se realizase sería una incalculable desdicha». La política, so color de celo religioso, comenzaba a enturbiar las aguas.

Por lo que concierne a los Salesianos, no fue insignificante el hecho de que, contemporáneamente con la elección de Alimonda, el Papa revocara totalmente su disposición del año anterior, que limitaba a don Juan Bonetti el acceso a Chieri, como ya hemos narrado en el volumen decimoquinto. Había motivo para creer que no había sido ajeno el nuevo Arzobispo al acto soberano; tanto es así que don Juan Bonetti se creyó en el deber de darle efusivas gracias, poniéndose enteramente en sus manos.

«Mi voz, escribía [2], y mi pluma poco valen, es verdad, pero yo, con lo poco que ellas pueden valer, y al impulso de mi venerado don Bosco, las emplearé siempre para haceros más fácil el ejercicio del ministerio pastoral».

---

[1] *Corriere della Sera,* 20, 21 de agosto de 1883.

[2] Véase Apéndice, doc. núm. 81. Para conocer mejor los precedentes, será útil leer una súplica de don Juan Bonetti al cardenal Nina en junio de este año (*ibídem,* doc. núm. 82).

Pronto veremos que tuvo ocasión de pasar del dicho al hecho. La respuesta del Cardenal no pudo ser más afectuosa [1]. Escrita por el secretario, pues Alimonda tenía dificultad para manejar la pluma y solía dictar, acaba con dos renglones autógrafos, que dicen así: «Mis reverentes y amables saludos a su óptimo Superior don Juan Bosco».

[359] La reaparición de don Juan Bonetti en Chieri renovó el recuerdo de su celo y reavivó los antiguos rencores. No sólo se murmuró en voz baja, sino que también se azuzó a la prensa. Naturalmente el verdadero blanco seguía siendo don Bosco; que don Bosco y sus secuaces en Chieri eran un hormiguero de curas y frailes, que atendían a las beatas viejas y jóvenes; que traficaban con niñas inexpertas para poblar conventos, cuyas corporaciones, abolidas por la ley, debían ser abolidas también de hecho; que el principal emprendedor de semejante empresa era un centro surgido a la chita callando, sin autorización y casi sin que ni siquiera las autoridades se diesen cuenta de ello; que aquel centro ocupaba una casa legada al mismo en herencia, por cierto señor famoso, para empresas jesuíticas; que había allí ocho monjas, las cuales, so pretexto de la enseñanza, insinuaban a inexpertas niñas la desafección a la familia, para animarlas después con las consabidas artes y forzarlas mediante promesas a abandonar a sus madres y ponerse un velo que se rasgarían un día renegando contra su infelicidad; que son ya muchas las víctimas de aquellas siervas de Dios, y que todas las familias lamentan la partida de alguna muchacha sencilla que, con la argucia de presentarse a exámenes en Nizza, se había ido recientemente y para siempre una jovencita de quince años en compañía de la superiora del centro, dejando angustiadas a la abuela y a la madre, solas en este mundo; que nadie llevaba cuenta de estos sucesos abominables, pero que se esperaba la autorizada palabra de la prensa liberal para despertar de su letargo a las competentes autoridades [2]. Toda esta vulgar monserga tendía a atacar al Oratorio de Chieri y al internado de las Hijas de María Auxiliadora.

No fue difícil la réplica que, con permiso de don Bosco hizo don Juan Bonetti, presentando documentos primero y desafiando triunfalmente después: «Don Bosco desafía a cualquier persona de Chieri a demostrar lo contrario» [3]. Nadie resolló; pero no suele ser fácil disipar las sospechas de semejantes acusaciones, nacidas ordinariamente de personas e instituciones religiosas. **[360]** Nosotros por ahora no añadi-

---

[1] *Ibídem*, doc. núm. 83.
[2] *Gazzetta del Popolo*, 6 de octubre de 1883.
[3] *Gazzetta del Popolo*, 13 de octubre de 1883.

remos más. Don Juan Bonetti ya no debía temer nada, pues tenía quien defendía sus espaldas. De acuerdo con la costumbre, el Cardenal envió a los turineses su primera carta pastoral: la voz del pastor a su rebaño llevaba fecha del siete de octubre y la titulaba: *Espectáculo divino de la Iglesia Católica.* En ella exponía las palabras del Apóstol a los cristianos de Corinto: *Spectaculum facti sumus mundo et Angelis et hominibus.* (Dios nos ha puesto a modo de espectáculo para el mundo, los ángeles y los hombres). La *Gazzetta del Popolo* lanzó contra el documento episcopal una crítica malévola, pérfida y necia, que provocó la indignación de don Juan Bonetti y despertó en él la idea de responder con un encendido folleto que tituló: *El mosquito y el águila.* Se repartieron gratuitamente más de cien mil ejemplares. El mosquito intentó una réplica, tildando de «boscoso librejo» al folleto y de «boscoso abogado» al autor, con injuriosa alusión a don Bosco; pero, en resumidas cuentas hizo muy mal papel.

Al aproximarse la llegada del Arzobispo, el mismo don Juan Bonetti volvió a publicar su obrita como apéndice a una monografía, con breves datos de la vida y obras del Eminentísimo Alimonda; también se inundó Turín con esta publicación. Era necesario disipar de la mente de los que las desconocían las malas prevenciones, que la secta iba sembrando contra la persona del nuevo Pastor.

Una comisión de señores, constituida para preparar la solemne entrada, concibió la idea de hacer un *álbum,* con los pensamientos y firmas de ciudadanos distinguidos, para encuadernarlo después y presentarlo como homenaje el día de la llegada. También enviaron una hoja a don Bosco, el cual escribió en ella estas palabras: *María sit tibi et omnibus Dioecesanis tuis auxilium in vita, levamen in angustiis et in periculis, subsidium in morte, gaudium in coelis. —Joannes Bosco Sacerdos, Rector Maior.* (Sea María para ti y todos tus diocesanos auxilio en la vida, alivio en las dificultades y en los peligros, socorro en la muerte, gozo en el cielo.—Juan Bosco, presbítero, Rector Mayor).

[361] Pero la Masonería trabajaba con todas sus fuerzas para obstaculizar la pacífica entrada del Arzobispo. Su manifiesta devoción al Papa constituía un crimen contra la patria a los ojos de los politicastros y de sus secuaces en aquellos años de violento anticlericalismo.

El Cardenal, apenas fue preconizado, escribió una hermosa carta a De Sambuy, Alcalde de Turín, que dio de ella comunicación al Concejo, notificando al mismo tiempo la ya concedida concesión del regio *Exequátur;* todo daba motivo, por tanto, para creer que los representantes de la ciudad tomarían parte oficial en la entrada. Apareció

entonces un libelo anónimo, destinado a conjurar la situación creada. Se titulaba *Clericalismo en Turín,* y estaba dedicado a la Junta Municipal. Cada renglón rezumaba la rabia masónica. Vertíanse en él a manos llenas insultos contra la sagrada persona del Arzobispo; y tampoco se respetaba allí a don Bosco. En efecto, se llamaba la atención contra él con este largo párrafo: «Turín, debe dejar de ser la ciudad de la revolución, para convertirse en el centro del resurgimiento religioso italiano; debe dejar de ser la ciudadela de la revolución, ¡para convertirse en la ciudad favorita de María Auxiliadora! Así predican los clericales y no en balde (...). Con una abnegación que sería locura negar, con una tozudez intencionada que los honra, han sembrado la ciudad y nuestra tierra de centros educativos y benéficos, que son viveros de clericalismo. Don Bosco tiene aquí entre nosotros su casa madre; este hombre prodigioso, digno de inspirar una de las más espléndidas páginas de Smiles, este hombre que de la nada supo llenar Italia y Europa con su fama, esta encarnación viviente del poder formidable del clericalismo, tiene su cuartel general en nuestra ciudad. Aquí forma a sus curas, doblegándolos a la obediencia ciega, pasiva, cretina, imbuyéndolos de perjuicios, testarudez, o intolerancia, para lanzarlos mañana a nuestra tierra y divulgar en ella la palabra del clericalismo». A su manera, quien así desfogaba la cólera mostraba menos incomprensión de don Bosco que otros sectarios.

[362] Hasta en el teatro resonó el escarnio. El día dieciséis de noviembre, se representó en el Gerbino un drama arreglado del francés, que iba contra los legitimistas [1]. Un actor dijo:

—En Italia no hay más que dos legitimistas: el Papa y don Bosco.

Una voz, desde el patio de butacas, gritó:

—Y el cardenal Alimonda.

Los aplausos estallaron por toda la sala.

Las modalidades de la entrada del Arzobispo complicaron las cosas. El problema quedaba reducido a estos términos: si porque entraba en Turín un príncipe de la Iglesia, que cortésmente había comunicado al Alcalde y al concejo que llegaría a las primeras horas de la tarde del día dieciocho de noviembre, podían ir el primer Magistrado de la ciudad y la Junta a recibirlo a la estación. Los tres periódicos más importantes del liberalismo piamontés, más o menos sectario, decían que no; el Alcalde, la Junta y el pueblo contestaban que sí. El Cardenal que se enteró de esta disensión determinó hacer privadamente su entrada.

[1] Se titulaba *I Narbonneire La-Tour.*

—Soy padre espiritual de todos los turineses, dijo, aun de aquellos que no me aceptan, si los hay, y no quiero que mi primer paso en mi nueva patria sea ocasión de discordias. Vengo como portador de paz, de tranquilidad, de amor recíproco y estoy dispuesto a hacer cualquier sacrificio por Turín que no sea el honor de un solemne recibimiento.

El Alcalde, por la dignidad de la ciudad, no quiso rendirse a imposiciones, pues no creía que, para ser liberales, fuese necesario ser inciviles.

Pero el Arzobispo, comprendiendo que un recibimiento solemne no tendría lugar sin peligro de alguna discordia o disgusto, el día quince de noviembre dio las gracias con una nobilísima carta, desde Génova, por las honras que se habían preparado para él y declaró que desistía de toda manifestación oficial o pública. En consecuencia, el día dieciocho, domingo por la tarde, fue en forma privada a la Catedral, donde clero y pueblo lo recibieron devotamente y él cumplió lo que el sagrado rito prescribe en tales circunstancias. El jaleo que armaron algunos descarados **[363]** alborotadores, lanzando gritos al paso del coche cerrado, obtuvieron la reprobación de todos los hombres que tenían un adarme de sentido común y dieron la medida de la mezquindad moral y civil de ciertos partidos.

Los buenos ciudadanos se consideraron en el deber de rendir homenaje privadamente al Cardenal; uno de los primeros en ir a visitarle fue don Bosco. El *Boletín* de febrero de 1884, aludiendo a aquella visita, menciona las «palabras selladas con la más exquisita benevolencia», que le dirigió el Arzobispo, pero no las refiere. Su Eminencia y don Bosco se encontraron después públicamente por vez primera en la iglesia de San Juan Evangelista, el día veintisiete de diciembre, fiesta del Apóstol. El Cardenal celebró la misa de las ocho y habló antes de distribuir la sagrada comunión. Después de la ceremonia visitó con don Bosco los nuevos locales del oratorio festivo de San Luis, donde dirigió la palabra a los muchachos.

Su Eminencia, que ya había elegido la tipografía del Oratorio para imprimir sus escritos, no había visitado todavía en su calidad de Arzobispo la casa de don Bosco. Sucedió, pues, que éste necesitaba hablar con él y tenía pensado ir al palacio episcopal el día quince de enero por la mañana; pero, antes de ir, envió a preguntar al secretario del Arzobispo si Su Eminencia estaba en palacio y si tenía a bien concederle audiencia. Al enterarse el Cardenal, pidió que entrara el emisario y le dijo:

—Diga a don Bosco que dentro de poco le enviaré respuesta.

Volvió éste a casa, apenas si tuvo tiempo para comunicar la embajada, cuando un coche se paraba a la puerta del Oratorio y se apeaba el Eminentísimo Purpurado, el cual dijo al que corrió a saludarle:

—Para ir más de prisa, he venido yo mismo a traer la respuesta a don Bosco.

Serían las diez y media de la mañana y se entretuvo con el Siervo de Dios más de una hora.

Cuando entró el Cardenal, reinaba el más absoluto silencio en toda la casa; pero, en el intervalo, corrió enseguida una orden y los diversos superiores de las escuelas **[364]** y de los talleres llevaron a los muchachos al patio; el maestro de la banda colocó en orden a los músicos, los campaneros subieron al campanario y otros engalanaron con banderas la casa.

Al salir el Cardenal de la habitación de don Bosco y asomarse a la galería, estallaron los vítores y aplausos de los muchachos, sonaron los instrumentos de la banda y repicaron las campanas. Rebosaba de alegría ante la sorpresa, al ver cómo en tan poco tiempo se habían hecho tantas cosas y hubiera querido hablar; pero, impedido por el continuo repiquetear de las campanas, se limitó a decir:

—Queridísimos hijos, os lo agradezco, os bendigo y me encomiendo a vuestras oraciones.

Después visitó la nueva tipografía y los talleres anejos, admirando la nueva maquinaria. A continuación, fue al santuario y se encontró en la sacristía con una numerosa representación de Hijas de María Auxiliadora, llegadas del colegio vecino para saludar a su Pastor. Hizo por último una oración en la iglesia y recibió los aplausos y aclamaciones de mucha gente del pueblo que se había reunido en la plazoleta. Al volver a subir al coche, dijo a don Bosco, que había estado siempre a su lado:

—Yo creía darles una sorpresa, y me la han dado a mí. Dios les bendiga, como yo se lo pido de corazón.

Fue una verdadera alegría para todos, que se quedaron con el vivo deseo de volver a verle.

Era opinión general entre los Salesianos de entonces que, al nombrar el Padre Santo el nuevo Arzobispo de Turín, había hecho recaer la elección precisamente en un Prelado notoriamente amigo de don Bosco. Tenemos una prueba cierta de esta caritativa intención del Papa en las palabras que León XIII dijo a don Bosco en la audiencia de 1884; por otra parte podemos afirmar con toda verdad que la bondad del cardenal Alimonda fue para don Bosco un consuelo providencial en los últimos cuatro años de su vida. Nada mejor que estas

líneas, que él mismo escribió inmediatamente después de recibir la noticia de su muerte, para demostrar los sentimientos del insigne Prelado respecto a nuestro Padre [1]. Decía: «¡Mi venerado y amado **[365]** don Juan no ha querido esperarme a que besara una vez más su sagrada mano y me encomendara a su intercesión ante Dios!».

El Señor dispuso que también en esto se cumpliese en don Bosco lo que había sido predicho a los Apóstoles [2]: *Vosotros estáis tristes, pero vuestra tristeza se trocará en gozo.*

[1] Carta a don Miguel Rúa, Génova, San Francisco de Albaro, 31 de enero de 1888.
[2] Jn. XVI, 20.

[366]

CAPITULO XIII

LOS SALESIANOS ENTRAN EN BRASIL. VICARIATO Y PREFECTURA APOSTOLICA EN PATAGONIA. GRAN SUEÑO MISIONERO

LA historia de la Congregación registra en este año dos grandes acontecimientos: la entrada de los Salesianos en Brasil y la fundación de un Vicariato y una Prefectura Apostólica en la Patagonia. El primero señaló el principio del desarrollo extraordinario, emprendido por la obra de don Bosco en aquel inmenso país; el otro coronó los duros y persistentes esfuerzos de don Bosco para llegar a una definitiva circunscripción eclesiástica en las tierras evangelizadas y las que esperaban la evangelización desde las orillas del Río Negro hasta el estrecho de Magallanes. Y parece verdaderamente que fue voluntad del Cielo que el año 1883 fuese una fecha fatídica en los anales de la incansable actividad misionera, que los hijos de don Bosco estaban llamados a desarrollar en América del Sur, porque precisamente en este año tuvo don Bosco un sueño portentoso que le abrió las puertas del porvenir, e hizo pasar ante su mirada atónita el inmenso campo de acción reservado a sus hijos desde Cartagena de Indias hasta Punta Arenas, en el estrecho de Magallanes. Una fantasmagoría de hombres y de cosas como para quedar atónito; pero los hechos han demostrado, y siguen demostrando, que no era ilusión de quien duerme.

Hacía seis años que monseñor Lacerda, obispo de Río de Janeiro, **[367]** rogaba y suplicaba a don Bosco que enviase los Salesianos a su diócesis. Don Bosco prometía y esperaba hasta que, llegado a Italia don Luis Lasagna, le encargó el Santo que procediese a la inauguración de la primera casa en Brasil. Don Luis Lasagna, que habría querido ver en aquel imperio, no una, sino tres casas al menos, preparó en seguida un grupo de siete salesianos para enviarlos a Niterói, en los aledaños de la capital brasileña; pero, al declararse allí la terrible fiebre amarilla, el mismo Obispo, por miedo a que el contagio hiciese también entre ellos alguna víctima, aconsejó que se difiriera. Amainado, por fin, el peligro, la generosa expedición, escoltada por don Luis Lasagna y capitaneada por don Miguel Borghino, zarpó el día diez de julio desde Montevideo hacia Río de Janeiro.

La salida fue precedida por la ceremonia de despedida en la iglesia de Santa Rosa en Villa Colón. Asistieron a ella muchos Cooperadores

y Cooperadoras de la capital uruguaya. La emoción de los que salían y de los que quedaban se comunicó a los muchachos y a todos los presentes. «Sabíamos que nos queríamos, escribió don Lorenzo Giordano a don Bosco [1], pero no creíamos que nos costase tanto separarnos».

Después de cuatro días de borrascosa navegación, arribaron a Río de Janeiro. Una pastoral del Obispo, que también la publicaron los periódicos, anunciaba su llegada, los recomendaba encarecidamente a la caridad de los diocesanos y hablaba en favor del hospicio que se iba a construir. En seguida se palparon los efectos, pues, mientras los enemigos del bien prorrumpían en candentes diatribas contra los intrusos, los buenos manifestaban sus simpatías con generosos donativos: hubo incluso quien regaló una tipografía completa. Pero la casa era muy pequeña para la finalidad que se pretendía alcanzar.

Allí, como en otras partes, los nuestros se instalaron junto a los protestantes, cuyas escuelas masculinas y femeninas se levantaban airosas ante su humilde morada, como si quisieran sepultarla **[368]** bajo su sombra. Los nuestros determinaron bautizar la casa con el nombre de Asilo de María Auxiliadora, con la fundada esperanza de poder levantar una hermosa iglesia a la Virgen bajo aquel título desde donde la Madre de Dios protegiese contra la herejía a tantas almas en peligro. Llamaron en seguida a los albañiles para poder abrir cuanto antes un oratorio festivo y atender a los jovencitos más necesitados de asistencia, por estar más expuestos a los peligros.

Uno de los beneficios que llevó por toda América del Sur la obra de don Bosco fue la de oponer un dique a la invasión del protestantismo. Por este concepto, el envío de los Salesianos a Patagonia y al Estrecho de Magallanes fue realmente providencial, porque impidió que los protestantes establecieran allí su imperio. Las grandes empresas de América del Sur iban todas a parar a manos de los ingleses [2]. La construcción de puentes, acueductos, carreteras, ferrocarriles e incluso de ciudades es obra de empresarios ingleses, que suelen llamar a ministros de su culto o los reciben bien, cuando van sin ser llamados. La posesión de las islas Malvinas, que Inglaterra había ocupado oficialmente en 1832, favorecía el movimiento y la propaganda del protestantismo también en el continente. Cuando los nuestros llegaron a

[1] Villa Colón, 10 de julio de 1883.

[2] En 1868 una misión protestante dirigida por el señor Tomás Bridges se instaló en una preciosa localidad, donde con la afluencia de los Indios se formó una población, que después llegó a ser Ushuaya, capital del territorio argentino de la Tierra del Fuego.

la Patagonia, los anglicanos trabajaban con todas sus fuerzas, seduciendo a los colonos.

Don Luis Lasagna y don Miguel Borghino visitaron juntos al emperador don Pedro II, que los recibió con suma amabilidad. Se mostraron muy benévolos la princesa Isabel, heredera del trono y su marido Gastón de Orleáns, conde de Eu, que había conocido a don Bosco en París. El presidente de la provincia también les prometió todo su apoyo. Satisfecho con estas noticias, daba don Bosco seis meses después la conferencia a los Cooperadores de Turín y les contaba con entusiasmo los primeros pasos dados por los Salesianos **[369]** en Brasil, y prediciendo que serían muy numerosos los institutos salesianos en aquel inmenso país. Lo cual se cumplió a la letra. El año 1933 se celebró el quincuagésimo aniversario del acontecimiento, y eran ya cincuenta los colegios o residencias de los Salesianos y cincuenta las obras dirigidas por las Hijas de María Auxiliadora. Don Bosco previó más de doscientos centros.

La fama de los agasajos tributados al Santo por los parisienses, encendió el deseo de tener en Brasil y en otros Estados americanos a los hijos de don Bosco. Los periódicos, que también difundieron el eco por aquellas remotas comarcas, movieron a altos personajes eclesiásticos y seglares a pedir que se trasplantase allí su providencial institución; en consecuencia don Luis Lasagna ya llevaba entre manos en el mes de septiembre veinticinco peticiones de esta clase [1]. Era éste un hombre de índole ardorosa y estaba animado por tal celo que hubiera deseado que don Bosco le enviase una legión de Salesianos; pero todos sus esfuerzos se dirigían sobre todo a Sao Paulo, capital de un vastísimo Estado. Para atender a las súplicas del obispo monseñor Luis Deodato Rodríguez de Carvalho, fue él personalmente, visitó algunos lugares de la ciudad y de los alrededores y eligió el que le pareció más oportuno. Lo acompañaban varios admiradores de las obras salesianas, dispuestos a entregar inmediatamente el fruto de sus sacrificios y de sus colectas, con tal de que se empezase inmediatamente a hacer algo; pero tuvo que rehusar aquellos ofrecimientos y exhortar a la paciencia y a la constancia, asegurando que con todo su ardor haría las diligencias para obtener pronto de don Bosco los salesianos necesarios.

Un episodio contribuyó en parte a que escribiera sus ardorosas cartas. Le hicieron ver desde lo alto de una colina unas chozas y

[1] Carta de don Luis Lasagna a don Juan Bautista Lemoyne, Sao Paulo, 6 de septiembre de 1883.

casuchas, sobre las que se destacaba tímidamente un pequeño campanario; hacía siete años que habían establecido allí su morada unos centenares de familias italianas, abandonadas **[370]** en aquellas tierras por codiciosos especuladores. Cuando oyó esto, don Luis Lasagna saltó del coche y se dirigió a la casa más próxima. Apenas se corrió la voz de que había un cura italiano, se apiñaron los colonos de todas partes a su alrededor, y, después, un hombre se apresuró a abrir la capilla, donde entraron todos. Don Luis Lasagna les dirigió un discursito conmovedor. Es imposible describir la alegría de aquella buena gente, que vivía sin sacerdote, sin sacramentos y sin oír la palabra de Dios. Su situación le enterneció. Repartió las estampas y medallas que llevaba, les dio unas cuantas recomendaciones útiles y se marchó llorando y prometiendo que volvería pronto,o enviaría a alguno que se cuidara de sus almas. Los Salesianos, como veremos, mantuvieron la palabra.

Los Obispos de Pará y de Cuyabá seguían suplicando también con redoblada insistencia que fueran los Salesianos a sus extensísimas diócesis; es más, el segundo de los dos se trasladó a Villa Colón para hablar a don Luis Lasagna con un esquema de convenio que fue enviado a Turín. Pero, después de discutirlo el veintiocho de diciembre en el Capítulo Superior, se concluyó con un aplazamiento de la deliberación.

—Ahora, dijo don Bosco, tenemos a la vista las islas Malvinas y estamos buscando los medios para evangelizarlas; además, debemos concentrar nuestras fuerzas en el nuevo Provicariato y en la nueva Prefectura apostólica y no extendernos a otras partes. Roma quiere hechos y no palabras. Dentro de unos años Roma querrá ver el resultado de nuestros trabajos en las provincias que nos confía.

Pasemos ahora a hablar de Patagonia y de los nuevos medios a los que aludía don Bosco con su observación.

Los indios que, durante la campaña del general Roca, no se habían sometido ni refugiado en Chile o alejado hacia el Sur, poco a poco volvieron a juntarse entre sí, atraídos como siempre por el valeroso cacique Namuncurá. Este fiero defensor de la independencia indígena había adquirido mucha experiencia en las guerras sostenidas contra **[371]** los argentinos, ayudado en esto por la innata astucia y sagacidad de su raza y, además, por su natural talento. Habría querido emprender correrías para hacer botín con que remediar las necesidades de su gente; pero vigilaba el general Villegas, a quien había dejado Roca para guardar la frontera del Río Negro. A fines del año 1882, tuvo Villegas indicios de alguna amenaza, por lo que empe-

zó una nueva campaña, lanzando contra las tribus independientes a los indios ya sometidos y enrolados en el ejército argentino. En los meses de diciembre, enero y febrero cayeron prisioneros de los soldados más de dos mil personas entre hombres, mujeres y niños: unos quedaron prisioneros a la fuerza, y otros se rindieron espontáneamente. Hubo un centenar de muertos en los asaltos. Esta agitación imposibilitaba a los misioneros avanzar hacia las tierras batidas por las tropas y resultaba dificilísima su labor en favor de los prisioneros. Intentaban, desde luego, catequizarlos, mas, por desgracia, había que luchar también «contra soldados corrompidos y oficiales más corrompidos todavía» [1]. Semejantes noticias eran las más dolorosas que don Bosco pudiera recibir.

Pero el auxilio vino de donde menos se podía esperar. Namuncurá se vio reducido a la impotencia, quiso poner fin a los sufrimientos de los suyos y decidió entablar negociaciones de paz. Envió, una delegación compuesta por doce jefes, que se presentaron en Fortín Roca, pidiendo parlamentar con las autoridades militares. Pero no habiendo inspirado confianza, volvieron desalentados a su jefe. El gran cacique que, a pesar de su condición de rudo indígena, era un hombre sensato y no quería tener por más tiempo a sus fieles en condiciones de vida tan duras y peligrosas, concibió la idea de invocar la mediación de los misioneros.

Por suerte, llegó a Fortín Roca «un gran apóstol, una de las más grandes figuras del misionero salesiano, verdadero padre del indio, con quien compartió la vida de sufrimientos y escasez» [2]. **[372]** Don Domingo Milanesio, fue el mensajero de la Providencia. En el momento de su llegada a Roca, presentósele un grupo de indios a caballo, escoltando a uno de los suyos que parecía el de más autoridad. Este se adelantó, pidió al misionero que se detuviera y lo escuchara.

—De muy buena gana, le contestó don Domingo Milanesio. ¿De dónde sois y a dónde vais?

—Somos de la tribu de Namuncurá, nuestro cacique. El se encuentra ahora en los Andes, donde se refugió con las familias que le fueron fieles. Ha determinado hacer la paz con el gobierno argentino y, por eso, nos ha enviado a tratar amistosamente con la autoridades militares para concertar la paz. Esta es la firme voluntad de nuestro jefe. Como no podemos tratar con el Gobierno, te rogamos hagas tú

---

[1] Carta de don José Fagnano a don Bosco, Patagonia, 1.º de enero y 10 de marzo de 1883.

[2] ROBERTO J. TAVELLA, *Las Misiones Salesianas de la Pampa.* Talleres Gráficos Argentinos, Rosso y Cía., 1924, pág. 189.

de intermediario. Nosotros respetamos mucho a los ministros de Dios, porque siempre nos han querido y protegido. En tiempo de Calfucurá, padre de Namuncurá, bastó la palabra de un sacerdote para impedir una matanza de los nuestros.

Don Domingo Milanesio no podía dejar escapar tan hermosa ocasión. Pero como era la primera vez que iba a Fortín Roca para ejercer allí su ministerio, le pareció una temeridad asumir, sin más, el oficio de mediador entre las dos partes que se habían enzarzado en una guerra tan obstinada y encarnizada; ignoraba, además, las verdaderas razones por las que había sido rechazada la embajada anterior y, por tanto, temía precipitar las cosas y disgustar a la autoridad militar favoreciendo a un enemigo quizás poco sincero. Aconsejó, pues, a su interlocutor que fuera a decir a Namuncurá que se presentase él mismo con sus hombres en el Fortín; que él salía fiador de que allí sería recibido con todos los honores por el general. Que podía acudir sin temor, pues él estaría presente en el encuentro. No se contentó el enviado con palabras, sino que quiso un escrito, y don Domingo Milanesio escribió al cacique en el sentido antes dicho [1].

El audaz guerrero que, hasta poco tiempo antes, había **[373]** empuñado furiosamente la lanza en muchas batallas contra el ejército regular, una vez leído el escrito, depuso su fiereza, venció sus naturales resentimientos y, sin demora, se puso en marcha con numeroso séquito. Se procedió con mucha prisa, pues, veinte días después de haber escrito la carta, apareció Namuncurá en los puestos avanzados de Fortín Roca. Entre el regreso de sus mensajeros y su ida habían recorrido no menos de novecientos kilómetros.

Namuncurá no tuvo que arrepentirse del partido que había tomado. Don Domingo Milanesio fue su fiel mentor y quedó concertada la paz; es más, después de algunos años de fidelidad, el gobierno argentino le concedió el grado de coronel con el sueldo correspondiente y le concedió en propiedad nueve leguas de territorio para sí y para las familias de su tribu. Aquel suceso tan feliz facilitó a don Domingo Milanesio la evangelización de algunas tribus aposentadas a lo largo del río Neuquén, mientras actuaban tranquilamente en otras partes don José María Beauvoir y su valeroso superior don José Fagnano. El mismo Namuncurá recibió el bautismo en los últimos años de su vida, de manos de monseñor Cagliero, a quien confió el último de sus hijos para la educación. Este joven, llamado Ceferino, de talento des-

[1] Véase Apéndice, doc. núm. 84.

pejado y óptima índole [1], daba las mejores esperanzas de sí. Quería hacerse sacerdote y acompañó a Monseñor hasta Roma, donde empezó a estudiar el bachillerato clásico en el Colegio salesiano de Frascati y allí murió prematuramente.

De lo dicho hasta ahora se desprende que, cuando los Salesianos se establecieron definitivamente en Patagonia, había terminado el dominio de los indígenas. El cometido de los misioneros fue instruir y redimir a los vencidos y unir con los vínculos de la caridad cristiana a los hijos del desierto y a las poblaciones civiles. En 1883 se crearon los gobiernos territoriales, para que cuidasen de la administración de la justicia entre argentinos, extranjeros e indígenas. Estos pobres andariegos hablaban sus idiomas, que algunos misioneros como **[374]** don Domingo Milanesio y don José María Beauvoir, se esforzaron por aprender, para ser más bienquistos de este modo y facilitar la obra redentora. Los dialectos patagónicos eran muchos: mas, para entenderlos, era muy útil el conocimiento de la lengua madre hablada por los araucanos, que ocupaban la región montañosa y boscosa de Patagonia. Pero este estudio presentaba entonces una doble dificultad, pues aquella lengua no tenía escritura y su pronunciación es fuertemente gutural y aspirada. Por suerte, iba de perlas el español. Con el correr del tiempo la lengua española se había abierto camino entre las tribus de los indios, de manera que circulaba entre ellos un número suficiente de vocablos y frases para entender y hacerse entender. Quedaba por vencer la dificultad de las distancias, a lo que sólo la abnegación heroica de los operarios evangélicos pudo llegar. La superficie de la Patagonia argentina mide ochocientos cincuenta mil kilómetros cuadrados y tiene hoy día una población que se acerca a novecientos mil habitantes, mientras que entonces no contaba más que treinta y cinco mil. Podrían muy bien vivir en ella de treinta a cuarenta millones de habitantes, dadas las extensiones del territorio habitable, la gran feracidad de los campos y la riqueza del subsuelo, que es cada día mayor.

Se había progresado en la evangelización. El Superior de la Misión pudo comunicar a Roma en 1883 que, aquel año, se habían bautizado quinientos indios; los dos colegios de Patagones albergaban sesenta y nueve niños y noventa y tres niñas; en cuatro años, los bautismos

[1] Nosotros hemos tratado con él; era piadosísimo. También hemos visto y leído dos cartas suyas, escritas todavía desde Patagonia a don José Vespignani. No sabemos a dónde han ido a parar; estaban escritas con perfecta caligrafía y con una elegancia y elevación de sentimientos que nos impresionaron mucho.

llegaban a cinco mil trescientos veintiocho y las exploraciones habían alcanzado las *Cordilleras,* recorriendo las orillas del *Limay* hasta el lago *Nauel-Huapí,* y la del *Neuquén* hasta el *Norquín;* y se habían explorado el *Río Colorado,* la meseta de *Valcheta* y todo el *Río Negro* en ambas orillas. Lo cual era lo mismo que decir toda la Patagonia septentrional en una extensión de más de treinta y cinco mil kilómetros. No hay alabanza humana que pueda corresponder nunca al mérito de aquellos operarios evangélicos, hijos del Oratorio, que, en tan pequeño número, había lanzado don Bosco a tan inhóspitas tierras para la pacífica conquista de las almas.

[375] Esta relación produjo el efecto que don Bosco deseaba hacía mucho tiempo. El había presentado, como vimos, a la Santa Sede la propuesta de erigir en aquellas lejanas tierras tres vicariatos apostólicos o tres prefecturas. En 1881, cuando el Vicario General de Buenos Aires, monseñor Espinosa, fue a Turín, le había hablado de sus planes, rogándole se convirtiera en su intérprete ante el Arzobispo, e insistiendo especialmente sobre la Patagonia septentrional. Este declaró estar muy conforme y dispuesto a secundarlo. «Puede asegurar a Su Santidad, le escribía [1], que sería de mi mayor agrado que usted con sus salesianos estableciera este Vicariato Apostólico en aquellas remotas regiones de Patagonia, dado que yo, por más que quiera, no podría atenderlas como sería mi deseo por la inmensa distancia». El Arzobispo no exageraba al hablar de esta imposibilidad; su archidiócesis abrazaba una extensión como siete veces la de Italia.

León XIII había pasado el asunto al estudio de una comisión de cardenales, de la que también formaba parte el cardenal Alimonda, como ya hemos narrado. Ahora, a la vista de tan notables resultados se creyó que era el momento de llegar a la sistematización pedida. A tal efecto, el cardenal Simeoni, prefecto de Propaganda, interpeló a don Bosco sobre su parecer definitivo, invitándole también a indicar el nombre de los candidatos, que le parecían más aptos para el alto oficio. Don Bosco contestó con este escrito.

Eminencia Reverendísima:

Por deferencia a los santos deseos varias veces manifestados por el Padre Santo y tomando como base los sabios proyectos de V. E. Rvma., he expuesto mi pobre parecer sobre cómo se podría dividir Patagonia para llevar a sus habitantes al seno de la Santa Madre Iglesia. La posición geográfica e histórica de aquella región ha sido xpuesta más prolijamente en el mapa geográfico y en la relación, que tuve el honor de

[1] Buenos Aires, 16 de marzo de 1882.

presentar a la autorizada Sagrada Congregación de Propaganda Fide. Aquí me ceñiré exclusivamente a lo que me pidió Vuestra Eminencia.

[376] *Los tres Vicariatos de Patagonia.* Actualmente parece que es suficiente un solo Vicariato Apostólico en la Patagonia Septentrional y una Prefectura Apostólica en la Patagonia Meridional. La Patagonia Central no está todavía bastante explorada y la parte algo conocida está casi toda en manos de los protestantes.

El Vicario apostólico de Carmen podría, por ahora, encargarse del Vicariato Central, llegar hasta los salvajes que habitan cerca de las Cordilleras y, por medio de algunos sacerdotes y de algunos valientes catequistas, atender a las necesidades religiosas de los pocos católicos, que, aunque mezclados con los heterodoxos, se mantienen fieles a la Iglesia Católica y piden que se les ayude. Algunas excursiones, que hicieron nuestros misioneros hasta allí, nos convencen del buen resultado de esta piadosa empresa.

El Vicariato y la Prefectura de la Patagonia Meridional encierra mayores dificultades por la dureza del clima, la distancia de los poblados y por los protestantes que intentan introducirse allí. Pero, en obras como éstas, no se piensa en las dificultades.

Candidatos propuestos. Los candidatos propuestos, don Juan Cagliero, don Santiago Costamagna y don José Fagnano son tres sacerdotes capacitados para llevar a cabo el cargo que se les quiere confiar. Todos son operarios incansables, robustos, buenos predicadores, insensibles a las fatigas y de moralidad a toda prueba. Sin embargo, si Su Santidad juzgase escoger los candidatos más oportunos para nuestra Congregación haría la siguiente propuesta:

Don Juan Cagliero, Vicario Apostólico en Carmen, con jurisdicción sobre el vicariato central hasta que este vicariato pueda proveerse del deseado Pastor... El mismo don Juan Cagliero conoce palmo a palmo aquellas tierras y está en óptimas relaciones con todos los Obispos de la República Argentina, del Uruguay y hasta de Chile.

Don Santiago Costamagna, a mi parecer, sería también un buen Vicario Apostólico de Carmen como don Juan Cagliero. Don José Fagnano parece muy apto para el vicariato o prefectura de la Patagonia Meridional; por su hercúlea complexión no sabe qué es fatiga o temor en las empresas difíciles.

Esta prefectura podría depender del Vicariato de Carmen, a no ser que el Padre Santo prefiera establecer incluso, un vicariato Apostólico.

He expuesto aquí, del mejor modo que me es posible, lo que V. E. tuvo la bondad de pedirme acerca del proyecto de Patagonia dividida en tres vicariatos; pero si V. E. Rvma. piensa que yo pueda servirle de alguna manera, todos los Salesianos se consideran muy honrados en poderse prestar a ello.

Con la más profunda gratitud, me cabe el alto honor de poderme profesar,
De V. E. Rvma.

Turín, 29 de julio de 1883.

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[377] La ponencia se sometió al juicio de los Cardenales de Propaganda el día veintisiete de agosto y quedó resuelta favorablemente. Se determinó que se formasen dos circunscripciones eclesiásticas: una, la de Patagonia septentrional y central, con don Juan Cagliero como

provicario apostólico; la otra, la de Patagonia meridional y Tierra del Fuego, con don José Fagnano como prefecto apostólico. La calidad de provicario excluía el carácter episcopal; pero después se cambió el título, como veremos a su tiempo en 1884, difiriendo la ejecución hasta que don Bosco estuviese en condiciones de destinar, por lo menos doce misioneros, incluidos los cuatro ya existentes [1]. Los Breves para la fundación del Vicariato y nombramiento del provicario, llevan la fecha del dieciséis y veinte de noviembre respectivamente. Con fecha algo anterior, el Cardenal Prefecto de Propaganda había promulgado el decreto análogo para la Prefectura Apostólica [2].

Mientras estas negociaciones seguían su curso, don Juan Cagliero visitaba el colegio de Randazzo y las casas de las Hermanas en Sicilia y nada sabía de aquéllas; fue informado después en Roma por el Procurador general, al volver de la isla.

Habría faltado la inevitable prueba a la bondad de la obra, si el diablo no hubiese metido en ella los cuernos. Surgieron las primeras dificultades donde menos se podía imaginar. Monseñor Matera, Delegado Apostólico y Enviado Extraordinario para las repúblicas de Argentina, Uruguay y Paraguay, se enteró, por don Santiago Costamagna, de las nuevas disposiciones de la Santa Sede para Patagonia, y le dijo que los Salesianos no harían ningún bien allí y, en cambio, cosecharían mucho mal; que no existían ya indios salvajes en Patagonia; que la región estaba ocupada por un Gobierno muy poco religioso y no había por entonces posibilidad alguna para penetrar allí sin permiso del amo, que era el gobierno argentino. Aconsejaba, por consiguiente, que se hiciesen las cosas en la debida forma y que, desandando lo andado, siguiesen los salesianos los trámites regulares, **[378]** es decir, pusieran todo en manos del Delegado Apostólico. Era preciso, en primer lugar, adquirir informaciones, instrucciones y dirección y esto tenía que esperarse de Roma, esto es, de la Sagrada Congregación de Propaganda. Don Santiago Costamagna informó de todo a Turín [3].

En cuanto al gobierno, ignoraba el Delegado que él mismo acababa de pedir a don Santiago Costamagna algunos misioneros para las islas Malvinas y que él había asentido y había prometido enviarlos después de la llegada de don Juan Cagliero, que debía arribar pronto con un nuevo refuerzo de personal. Asimismo el general Villegas pe-

---

[1] Carta del Cardenal Simeoni a don Bosco, 15 de septiembre de 1884.

[2] Véase Apéndice, doc. núm. 85, A-B-C.

[3] Su carta debió ser de últimos de diciembre de 1883 o de primeros de 1884. La cita don Juan Cagliero en una suya del día 8 de abril de 1884 a monseñor Jacobini, Secretario de Propaganda.

día un misionero fijo para Pringles. Y lo de que ya no había salvajes en Patagonia era más fácil afirmarlo que demostrarlo.

El Capítulo Superior trató este enojoso tema el día 5 de abril de 1884, y consta, en el libro de actas, que don Bosco, después de leer la carta de don Santiago Costamagna, habló en estos términos:

—Envíese copia de esta carta a monseñor Jacobini. Sin duda, surgirán oposiciones contra la institución del Vicariato en Patagonia. Todos aprueban una obra buena, pero ninguno puede o quiere hacerla; mas, cuando uno la hace y triunfa, se presenta allí la pobre humanidad de los otros, resentida y queriendo atribuirse de algún modo el mérito, gozar de su fruto, y pretender haber hecho aquello en lo que los otros triunfaron. Ya mi madre decía: El perro del hortelano, ni come las berzas ni las deja comer. La República Argentina no puede darse por ofendida con el nombramiento del Provicario, porque yo he escrito ya al Arzobispo y al Presidente de la República, para que examinaran el proyecto.

Acabamos de ver cómo pensaba el Arzobispo de Buenos Aires y don Bosco, **[379]** dando muestras de haber comprendido la delicadeza de los miramientos a tener con el gobierno argentino, había dirigido la siguiente carta al Presidente de la República, que era el general Roca, en la que se dan amistosamente la mano la sencillez del Santo y la habilidad del hombre de negocios.

Excelentísimo Señor Presidente de la República Argentina:

Las desiertas Pampas y la Patagonia, que tantos trabajos y sudores costaron ya a V. E., y cuya evangelización tuvo a bien encomendar varias veces a los misioneros salesianos, parece que están en condiciones de asumir una organización normal, ya sea en lo tocante a la civilización, como en lo tocante a la religión.

Hace cuatro años que nuestros religiosos, guiados por V. E., han hecho sus primeras pruebas en aquellas vastas regiones y, el presente, han podido establecerse en varias colonias a orillas del Río Negro, llegando en sus excursiones apostólicas hasta el Río Chubut y el lago Nahuel-Huapí, a poca distancia de las Cordilleras.

Lograron fundar iglesias, escuelas y asilos para niños y niñas. Pero el número creciente de los que abrazan la fe ha obligado al reverendo don Santiago Costamagna a venir a Europa en busca de operarios evangélicos. En efecto, ha logrado preparar veinte misioneros y diez religiosas, que el día doce del próximo mes de noviembre saldrán para la República Argentina. Yo me industrio, por todos los medios posibles, para que salgan con el equipo necesario de ropa, ornamentos y vasos sagrados, y también con los principales utensilios y herramientas de artes y oficios; pero, necesitaría que V. E. se dignase ayudarnos a pagar los pasajes en el barco de la Sociedad de transportes marítimos.

La parte activa que el Gobierno Argentino ha tomado en la civilización de aquellos salvajes y los grandes sacrificios que ha hecho por el bien social del Estado y

especialmente en favor de los institutos, escuelas y orfanatos de los Salesianos, me animan a esperar su socorro.

Mi confianza aumenta al ver que, en estos días, el Padre Santo ha deliberado establecer la Jerarquía Eclesiástica en aquellas vastas regiones como, en su nombre, he tenido el honor de comunicar a V. E. [1] y como la misma Santa Sede dará en breve comunicación oficial de todo ello.

El Señor bendiga a V. E. y a toda la República Argentina, y la paz, la prosperidad y las bendiciones del cielo descienden abundantemente sobre sus Estados y sobre todos los habitantes de esas regiones que la divina Providencia quiso confiar a sus **[380]** diligentes cuidados.

Y mientras le agradezco el gran bien que ha hecho y hace a nuestros religiosos, con profunda gratitud me cabe el alto honor de poderme profesar,

De V. E.

Turín, 31 de octubre de 1883.

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

No nos consta si el Presidente respondió o no. En cuanto al representante pontificio, conviene saber, para comprender su actitud, que entre monseñor Matera y los Salesianos había surgido una disensión, y puesto que, quiérase o no, la historia es maestra de la vida, la expondremos aquí en resumen.

Necesitaba Monseñor un secretario particular; puso sus ojos en el clérigo Bernardo Vacchina, lo pidió a sus superiores y se lo concedieron. Pero, como éste estaba obligado a acompañar a Su Excelencia en las recepciones nocturnas, en las que se daban cita los personajes del gran mundo, el joven clérigo se sentía tan a disgusto que se quejaba de ello al Prelado y decía que aquella vida, llena de peligros, no era para él y que no se había hecho religioso para frecuentar tales ambientes. Mas, como no se daba importancia a sus protestas, acosaba con peticiones y súplicas a los superiores para que lo librasen. Al ver que los superiores se encontraban apurados y no se atrevían a disgustar a monseñor Matera, un buen día se marchó, sin despedirse siquiera, y se fue a la casa de Almagro. El Delegado, ofendido, hizo que el Arzobispo le prohibiese comulgar durante un mes.

Don Santiago Costamagna pidióle perdón por escrito; pero no obtuvo respuesta. Ante aquel silencio, ya fuera porque se creía liquidado el asunto, ya fuera por miedo, resultó que, después del hecho, ningún salesiano visitó al Delegado para felicitarle las Navidades, ni el Año Nuevo, ni su fiesta onomástica. Monseñor, que era un hombre

[1] Véase vol. XIV, pág. 538.

muy sensible e impresionable, y tenía en gran aprecio a los Salesianos, desde entonces se entibió completamente con ellos y, al encontrarlos, no daba ninguna señal de su pasada benevolencia. Don José Vespignani, **[381]** angustiado ante aquel proceder, obtuvo permiso del superior para ir a visitarle y manifestarle la aflicción de sus hermanos, y le habló con tal humildad y cordialidad que le conmovió, pero no pudo disuadirle de su actitud. Dijo que el gesto de don Bernardo Vacchina le había herido personalmente y en su calidad de representante de la Santa Sede; que se había divulgado para su mal la noticia y se habían añadido comentarios inconvenientes para él; que hablando con don Luis Lasagna sobre el caso, en Montevideo, éste había defendido al clérigo; que, en verdad, le había escrito enseguida don Santiago Costamagna, pero que estos asuntos no eran para ser tratados por carta; que había que pedir perdón de una forma educada, y no presentar justificaciones. Don José Vespignani se marchó con la pena de no haber conseguido apaciguarlo [1]. El error inicial había estado en no haber aclarado enseguida el incidente de viva voz y con indudables muestras de atento respeto a la dignidad del personaje; se sufrían entonces las consecuencias, la más grave de las cuales, fue su actitud negativa en el asunto del Vicariato.

El día siete de agosto llegó a Turín don Santiago Costamagna para tomar parte en el tercer Capítulo general. Llevaba una afectuosa carta del Arzobispo para don Bosco en la que daba gracias a Dios por haberle enviado a los Salesianos, cuyos servicios eran tan grandes en las escuelas, talleres, iglesias y Misiones. Alababa además la vida edificante y el celo incansable de don Santiago Costamagna, pedía ayuda de nuevo personal y rogaba a don Bosco que le escribiese más a menudo, para que sus cartas le sirvieran de «guía y norma segura para bien de la familia salesiana». Por último, se expresaba en estos términos, acerca de una pérdida dolorosa que habían tenido poco antes las Hijas de María Auxiliadora: «Hemos tenido el dolor de perder a la reverenda Madre, que era aquí la Superiora de las Hijas de María Auxiliadora, sor Magdalena Martini, **[382]** que voló al cielo como un ángel en la solemnidad de san Pedro. Tuvo la dicha de fundar varias casas, últimamente la de Morón, y de ver terminada y abierta la casa principal, con el gran Colegio y la iglesia de María Auxiliadora, bendecida el siete del pasado junio. Su muerte fue llorada, porque su vida había sido una verdadera delicia para todos. Concédanos el Señor un buen número de santas Vírgenes *post eam*».

[1] Carta de don José Vespignani a don Miguel Rúa, Buenos Aires, 9 de agosto de 1882.

Don Santiago Costamagna entregó a don Bosco otras cartas de Cooperadores y de Salesianos [1]; todos le suplicaban que les devolviera al Inspector con muchos compañeros. Cuando éste llegó a Italia, el Siervo de Diòs empezaba los preparativos para una expedición de Salesianos e Hijas de María Auxiliadora a América del Sur. La anunció oficialmente el día veinticuatro de octubre, con una circular redactada por don Juan Bonetti, traducida también al francés y firmada por él. Componían la expedición veinte Salesianos entre sacerdotes, clérigos y coadjutores y doce Hijas de María Auxiliadora. Se calculaba que los gastos llegaban aproximadamente a las cien mil liras; don Bosco invocaba la caridad de los Cooperadores; y daba las gracias a los donantes, con una cartita en italiano y en francés, escrita por él y litografiada de manera que parecía autógrafa [2].

Quiso que los expedicionarios pasaran a su lado quince días y así, a la par que gozaban de estar con él, estudiaban con ardor la lengua española. El buen Padre tuvo, además, la bondad de proporcionarles un paseo al santuario de San Pancracio en Pianezza y acompañarlos personalmente.

La ceremonia de la despedida se celebró el día diez de noviembre. Don Santiago Costamagna, jefe del grupo, pronunció el discurso; don Bosco dio la bendición. Aquella misma tarde partieron los expedicionarios hacia Sampierdarena, desde donde siguieron viaje a Marsella, acompañados por don Juan Cagliero; él representaba a don Bosco, **[383]** a quien la delicada salud impedía aquella vez la fatiga del largo viaje. El Papa se había interesado por su estado de salud y había dicho a don Juan Cagliero, al que recibió en audiencia el día cinco de noviembre a su regreso de Sicilia, y a don Santiago Costamagna, que había ido a saludarle:

—Hay que recomendarle que cuide su salud, que es muy preciosa y muy útil para el bien e incremento de vuestra Congregación.

Pero su corazón de padre, conmovido por la separación, quiso desahogarse y, con estos renglones llenos de cariño, alcanzó a don Santiago Costamagna en Marsella.

Mi querido Costamagna:

Vosotros os habéis marchado y verdaderamente me habéis desgarrado el corazón. Me he animado, pero he sufrido y no me fue posible conciliar el sueño en toda la noche. Hoy estoy más sereno, bendito sea Dios.

---

[1] Una muy notable era de aquella alma santa que fue don José Vespignani (Apéndice, doc. núm. 86).

[2] Véase Apéndice, doc. núm. 87, A-B.

Te envío estampas para los hermanos de vuestras inspectorías, o mejor, de la tuya. Otra vez será para la de Lasagna. Adjunto una carta para el señor Bergasse. Si surgen dificultades, cuenta conmigo sin reserva alguna.

Saluda a Madame Jacques, asegurándole que la primera salvaje que se bautice a vuestra llegada a Patagonia, se llamará Agueda.

Dios te bendiga, mi querido Costamagna, y contigo bendiga y proteja a todos tus hijos y míos, que te acompañan. Que María os proteja y os conserve a todos en el camino del cielo. Feliz viaje.

Yo sigo aquí con una verdadera multitud que reza por vosotros. Amén.

Turín, 12 de noviembre de 1883.

Afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

N. B. El sueño de don Juan Bautista Lemoyne ha de ser corregido en algunas cosas y ya lo verás.

No queremos pasar por alto una pequeña anécdota de don Santiago Costamagna. El día de Todos los Santos había cantado la misa, estando presente don Bosco, y pronunció el latín a la española, muy sensible en *dignum et iustum est* que, a la italiana, se pronuncia *diñum*. Después, el Siervo de Dios le preguntó en qué lengua había cantado la misa.

—En latín, con pronunciación a la española.

[384] —¿Y por qué?

—*Romae cum sis, Romano vivito more* [1].

—¡Ah, no! Es necesaria la pronunciación romana, la del Papa. Lo dirás allí a los demás.

Se embarcaron en el *Béarn* el día catorce por la mañana [2], y llegaron felizmente a la capital argentina el ocho de diciembre por la tarde. Un diario de la ciudad [3] describe así la recepción: «Al atardecer, un siempre creciente número de personas se había reunido en el muelle de Estevarene y Rivadia para recibirlo (...). Eran las seis, cuando don Santiago Costamagna bajaba del tranvía acompañado de varios sacerdotes más, que vienen con él para dedicarse al culto y a la enseñanza de nuestros jóvenes. Nada más verle, todos se abalanzaron hacia él, hablándole, dándole apretones de manos, saludándole con las expresiones francas, nobles, efusivas y cariñosas, con que se suele recibir a

[1] Suele generalizarse este dicho para significar que es preciso saberse adaptar a las costumbres de los lugares adonde se va.

[2] Algunas noticias pueden leerse en una carta de don Juan Cagliero a don Miguel Rúa (Apéndice, doc. núm. 88).

[3] *Unión*, 11 de diciembre de 1883.

un amigo del corazón, tras una larga ausencia. Muchos de los más próximos lo abrazaron, dando prueba elocuente de lo que es el afecto, que el sacerdote de Cristo sabe conquistarse en el pueblo. Aquella escena tan conmovedora arrancó muchas lágrimas de alegría. Después, el padre Costamagna se encaminó, seguido por el gentío, hacia la iglesia de San Carlos, donde se habían reunido muchas otras personas y, profundamente conmovido, dirigió a los fieles unas breves palabras de agradecimiento, llenas de suave unción».

El sueño al que aludía don Bosco en la posdata de la carta a don Santiago Costamagna, era una dramática representación alegórica en torno al porvenir de las Misiones salesianas por América del Sur; porvenir de una grandiosidad épica, presagiado ya por los que intuían algo que no era puramente humano en la Obra de don Bosco. Una revista francesa [1], por ejemplo, **[385]** en un artículo sobre la propagación de la fe, escribía: «La Patagonia, todavía por civilizar e idólatra, se muestra refractaria a la civilización cristiana, pero los hijos de don Bosco han comenzado a sembrar en aquella tierra salvaje los granos de mostaza, que bajo el influjo del rocío celestial, se convertirán en un árbol grande, cuyas ramas se extenderán por todo el país.

Don Bosco contó este sueño el cuatro de septiembre, en la sesión de la mañana, al Capítulo General.

Don Juan Bautista Lemoyne lo escribió en seguida y el Siervo de Dios lo repasó del principio al fin, añadiendo y modificando algo. Nosotros imprimiremos en letra cursiva las partes, que en el original revelan la mano del Santo; en cambio, encerraremos entre corchetes algunos párrafos que Lemoyne introdujo posteriormente a manera de apostillas, hijas de posteriores explicaciones que le dio don Bosco.

Era la noche precedente a la fiesta de Santa Rosa de Lima, 30 de agosto, y tuve un sueño. Me parecía estar durmiendo y, al mismo tiempo, que corría a gran velocidad, por lo que me sentía cansado no sólo de correr, sino también de escribir y como consecuencia del trabajo propio de mis habituales ocupaciones. Mientras pensaba si se trataba de un sueño o de una realidad, me pareció entrar en una sala de estar donde había numerosas personas hablando de cosas diversas.

Se entabló una larga conversación sobre la multitud de salvajes que en Australia, en las Indias, en China, en Africa y más particularmente en América, viven aún en número extraordinario sepultados en las sombras de la muerte.

—Europa, dijo con seriedad uno de aquellos pensadores, la cristiana Europa, la gran maestra de la civilización, parece que se deja llevar de la apatía respecto a las misiones extranjeras. Pocos son los que se sienten animados a emprender largos

[1] *Bulletin de Notre Dame du Bon-secours,* febrero de 1884, pág. 45.

viajes hacia países desconocidos para salvar las almas de millones de criaturas que también fueron redimidas por el Hijo de Dios, por Cristo Jesús.

Otro dijo: ¡Qué enorme cantidad de idólatras viven fuera de la Iglesia, lejos del conocimiento del Evangelio, solamente en América! Los hombres piensan y los geógrafos se engañan al creer que las Cordilleras de América son como una gran muralla que nos separa de aquella parte del mundo. Y no es así. Aquellas extensísimas cadenas de montañas tienen muchas sinuosidades de mil y más kilómetros de longitud. En ellas hay selvas inexploradas, bosques, animales, piedras que por otra parte escasean en aquellas latitudes. Carbón mineral, petróleo, cobre, hierro, plata y oro escondidos en aquellas montañas, en el lugar donde **[386]** *fueron colocados por la mano omnipotente del Creador en beneficio de los hombres. ¡Oh, Cordilleras, Cordilleras, cuán rica es vuestra zona oriental!*

En aquel momento me sentí presa del deseo de pedir explicaciones sobre muchas cosas y de saber quiénes fuesen aquellas personas allí reunidas y en qué lugar me encontraba. Pero dije para mí:

—Antes de hablar es necesario que observe qué clase de gente es ésta.

Y dirigí la mirada a mi alrededor y pude comprobar que todos aquellos personajes me eran desconocidos. Ellos entretanto, *como si sólo en aquel momento me hubiesen conocido,* me invitaron a pasar y me acogieron bondadosamente.

Yo pregunté entonces:

—Decidme, por favor: ¿Estamos en Turín, en Londres, en Madrid o en París? ¿Dónde estamos? ¿Y vosotros, quiénes sois? ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

Pero todos aquellos señores contestaban de una manera vaga hablando siempre de las misiones.

Inmediatamente después se acercó a mí un joven de unos dieciséis años, de amable expresión y de sobrehumana belleza, cuyo cuerpo despedía una luz más radiante que la del sol. Su vestido estaba tejido con celestial hermosura y en la cabeza llevaba un gorro a manera de corona recamado de visísimas piedras preciosas. Mirándome con ojos de bondad, mostró por mí un interés especial. Su sonrisa expresaba un afecto atrayente en extremo. Me llamó por mi nombre, me tomó de la mano y comenzó a hablarme de la Congregación Salesiana.

Yo me sentía encantado sólo con escuchar su voz. A cierto punto lo interrumpí diciéndole:

—¿Con quién tengo el honor de hablar? Haced el favor de decirme vuestro nombre.

Y el joven:

—¡No temáis! Hablad con toda confianza, que estáis con un amigo.

—Pero ¿y vuestro nombre?

—Os lo diría si hiciese al caso, pero no hace falta, porque me debéis conocer.

Y mientras decía esto, sonreía.

Me fijé mejor en aquella fisonomía rodeada de luz. ¡Cuán hermosa era! Entonces reconocí en él al hijo del Conde Luis Fleury Colle, de Tolón, insigne bienhechor de nuestra casa y especialmente de las Misiones de América. Este jovencito había muerto poco tiempo antes.

—¿Oh, tú?, exclamé llamándole por su nombre. ¡Luis! ¿Y todos éstos quiénes son?

—Son amigos de vuestros Salesianos y yo como amigo vuestro y de los Salesianos, *en nombre de Dios,* querría daros un poco de trabajo.

—Veamos de qué se trata. ¿Qué trabajo es ése?

—Sentaos aquí, en esta mesa, y después tirad de esta cuerda.

En medio *de aquella gran sala* había una mesa sobre la que estaba enrollada una cuerda y vi que la cuerda estaba marcada como el metro con rayas y números. Más tarde me di cuenta también de que aquella sala estaba colocada en América del Sur, precisamente sobre la línea del Ecuador y que los números grabados en la cuerda correspondían a los grados geográficos *de latitud.*

[387] Yo tomé, pues, un extremo de la cuerda, lo examiné y vi que al principio tenía señalado el número cero.

Yo reía.

Y aquel joven angelical, me dijo:

—No es tiempo de reír. ¡Observad! ¿Qué es lo que hay escrito sobre la cuerda?

—El número cero.

—Tirad un poco.

Tiré un poco de la cuerda y apareció el número 1.

—Tirad aún un poco más y haced un gran rollo con la cuerda.

Así lo hice y aparecieron los números 2, 3, 4, hasta el 20.

—¿Basta ya?, pregunté.

—No; más, más. Seguid tirando hasta que encontréis un nudo, replicóme el jovencito.

Continué tirando hasta el 47, donde encontré un grueso nudo. Desde aquí la cuerda seguía pero dividida en numerosas cuerdecillas que se dirigían hacia Oriente, Occidente y Mediodía.

—¿Basta ya?, pregunté.

—¿Qué número es?, preguntó a su vez el jovencito.

—El número 47.

—¿Cuánto hacen 47 más 3?

—¡Cincuenta!

—¿Más 5?

—¡Cincuenta y cinco!

—No lo olvidéis: ¡Cincuenta y cinco!

Después me dijo:

—Seguid tirando.

—Ya he llegado al final, le dije.

—Entonces volved hacia atrás y tirad de la cuerda por la otra parte.

Tiré de la cuerda por la parte opuesta hasta llegar al número 10.

Aquel joven dijo entonces:

—¡Tirad más!

—Ya no se puede más. No hay más.

—¡Cómo! ¿Que no hay más? ¡Observad bien! ¿Qué hay?

—Hay agua, respondí.

En efecto: en aquel momento se operó un fenómeno extraordinario, que sería imposible describir. Yo me encontraba en aquella habitación y, al tirar de aquella cuerda, ante mi vista se ofrecía la perspectiva de un país inmenso que yo dominaba como a vista de pájaro y que se extendía cada vez más, según se iba alargando la cuerda.

Desde el primer cero hasta el número 55, era una extensión de tierra inmensa que después de un estrecho mar, *al fondo* se dividía en cien islas, *de las que una era mucho mayor que las otras.* A estas islas parece que *aludían* las cuerdecillas desparramadas que partían del gran nudo. Cada cuerdecita iba a dar a una isla. Algunas de

éstas estaban habitadas por indígenas bastante numerosos; otras estériles, desnudas, rocosas, deshabitadas; otras completamente cubiertas de hielo y nieve. A occidente numerosos grupos de islas, habitadas por muchos salvajes.

[388] [Parece ser que el nudo colocado sobre el número o grado 47 representase el lugar de partida, el centro salesiano, la misión principal donde los misioneros, después de concentrados, salieron hacia las islas Malvinas, Tierra del Fuego y otras islas de aquellas regiones de América].

Por la tarde opuesta, esto es, del 0 al 10 continuaba la misma tierra terminando en aquella agua que ya había visto últimamente. *Me pareció* que aquella agua era el Mar de las Antillas *que* contemplaba entonces de manera tan sorprendente que no me sería posible expresar con palabras tal visión.

Cuando yo dije: —Hay agua, aquel jovencito me respondió:

—Ahora sume 55 más 10. ¿Cuánto hacen?

Y yo:

—Suman 65.

—Ahora ponedlo todo junto y formaréis una sola cuerda.

—¿Y después?

—¿Hacia esta parte qué es lo que hay?

—Y me señalaba un punto en el panorama.

—Hacia el Occidente veo altísimas montañas y al Oriente el mar.

[He de hacer notar que yo lo veía todo en conjunto, como en miniatura, lo mismo que después, como diré, vi en su grandiosa realidad y en toda su extensión, y los grados señalados en la cuerda y que correspondían con exactitud a los grados geográficos de latitud, fueron los que me permitieron retener en la memoria durante varios años los puntos sucesivos que visité, al hacer el viaje en la segunda parte del sueño].

Mi joven amigo prosiguió:

—Pues bien, estas montañas son como una orilla, como un confín. Desde aquí hasta allá se extiende la mies ofrecida a los salesianos. Son millares y millones de habitantes que esperan vuestro auxilio, *que aguardan la fe.*

Dichas montañas eran las cordilleras de los Andes de América del Sur y aquel mar el Océano Atlántico.

—Y ¿cómo hacer?, repliqué yo; ¿cómo conseguir conducir tantos pueblos al redil de Jesucristo?

—¿Cómo hacer? ¡Mirad!

Y he aquí que llega don Angel Lago [1] que traía una canasta de higos pequeños y verdes, el cual me dijo:

—¡Tome, don Bosco!

—¿Qué me traes?, pregunté yo mientras me fijaba en el contenido del canasto.

—Me han dicho que se los traiga a usted.

—Pero, estos higos no son comestibles; no están maduros.

Entonces, mi joven amigo tomó aquel canasto, que era muy ancho, pero que tenía muy poco fondo, y me lo presentó diciendo:

—¡He aquí el regalo que os hago!

—¿Y qué debo hacer con estos higos?

[389] —Estos higos no están maduros, pero pertenecen a la gran higuera de la vida. Debéis buscar la manera de hacerlos madurar.

---

[1] Don Angel Lago, secretario particular de don Miguel Rúa, muerto en olor de santidad en 1914.

—¿Y cómo? Si fuesen más grandes... se podrían hacer madurar con paja, como se suele hacer con los demás frutos; pero tan pequeños... tan verdes... Es imposible.

—Muy al contrario; habéis de saber que para hacer madurar estos higos es necesario que todos ellos se unan de nuevo a la planta.

—¡Eso es increíble! ¿Cómo hacer?

—¡Mirad!

Y tomando uno de aquellos frutos lo introdujo en un vaso lleno de sangre, después en otro vaso de agua y dijo:

—Con el sudor y con la sangre los salvajes quedarán de nuevo unidos a la planta y serán gratos al dueño de la vida.

Yo pensaba:

—Pero para conseguir esto se necesita mucho tiempo.

Y seguidamente dije en alta voz:

—No sé qué decir.

Pero aquel joven para mí tan querido, leyendo mis pensamientos, prosiguió:

—Esto se conseguirá antes de que se cumpla la segunda generación.

—¿Y cuál será la segunda generación?

—La presente no se cuenta. Habrá una y después otra.

Yo hablaba confusamente, aturullado y como balbuceando al escuchar los magníficos destinos reservados a nuestra Congregación y pregunté:

—Pero, cada una de estas generaciones, ¿cuántos años comprende?

—¡Sesenta años!

—¿Y después?

—¿Queréis ver lo que sucederá después? ¡Venid!

Y sin saber cómo, me encontré en una estación de ferrocarril. En ella había reunida mucha gente. Subimos al tren.

Yo pregunté dónde estábamos. Aquel joven me respondió:

—¡Notadlo bien! ¡Mirad! Vamos de viaje a lo largo de la Cordillera. Tenéis el camino abierto también hacia Oriente hasta el mar. Es otro regalo del Señor.

—¿Y a Boston, donde nos aguardan, cuándo iremos?

—Cada cosa a su tiempo.

Y así diciendo sacó un mapa donde se destacaba en grande la diócesis de Cartagena (Colombia). [Este era el punto de partida].

Mientras yo examinaba aquel mapa, la máquina silbó y el tren se puso en movimiento. Durante el viaje, mi amigo hablaba mucho, pero yo no lo podía oír por el ruido que hacía el tren. Con todo, aprendí cosas hermosísimas y nuevas sobre astronomía, náutica, meteorología, sobre la fauna y la flora, sobre la topografía de aquellas regiones, que él me explicaba con maravillosa precisión. Salpicaba entretanto sus palabras con una digna y, al mismo tiempo, tierna familiaridad, demostrando el afecto que me profesaba. Desde un principio, me había tomado de la mano y así me tuvo afectuosamente sujeto hasta el fin del sueño. Yo **[390]** llevaba a veces la otra mano que me quedaba libre sobre la suya, pero ésta parecía escapar de la mía como si se evaporase y solamente su izquierda estrechaba mi derecha. El jovencito sonreía ante mi inútil tentativa.

Yo al mismo tiempo miraba a través de las ventanillas del vagón y veía desfilar ante mí diversas y estupendas regiones. Bosques, montañas, llanuras, ríos larguísimos y majestuosos que jamás pensé existiesen en regiones tan distantes de sus fuentes. Por un espacio de más de mil millas costeamos el borde de una floresta virgen, hoy día aún sin explorar. Mi mirada adquiría una visibilidad asombrosa. No encontraba

obstáculos para llegar hasta el límite de aquellas regiones. No sé explicar cómo se verificaba en mi vista tan extraordinario fenómeno. Yo estaba como quien desde lo alto de una colina, al ver extendida a sus pies una gran región, se coloca delante de los ojos, a pequeña distancia, una estrecha tira de papel y no ve nada o muy poco; mas si se quita aquel papel o lo levanta o lo baja un poco, la vista puede extenderse hasta el extremo horizonte. Así me sucedió a mí durante aquella intuición adquisitiva; pero con esta diferencia: a medida que yo me fijaba en un punto y este punto pasaba delante de mí, era así como si se fuesen levantando sucesivamente diversos telones, tras los cuales, yo contemplaba distancias incalculables. No sólo veía las Cordilleras cuando estaban lejos, sino también las cadenas de montañas, aisladas en aquellas llanuras inconmensurables, a las cuales veía en sus más pequeños detalles. [Las de Nueva Granada, de Venezuela, de las tres Guayanas; las de Brasil y de Bolivia hasta los últimos confines].

Pude, pues, comprobar la exactitud de aquellas frases oídas al principio del sueño en la gran sala situada bajo el grado cero. Veía las entrañas de las montañas y los profundos senos de las llanuras. Tenía ante mi vista las riquezas incomparables de aquellos países, riquezas que un día serían descubiertas. Vi innumerables minas de metales preciosos, galerías interminables de carbón mineral, depósitos de petróleo tan abundantes como hasta ahora no se han encontrado en otros lugares. Pero esto no era todo. Entre el grado 15 y el 20 había una sinuosidad tan larga y tan estrecha que partía de un punto donde se formaba un lago. Entonces una voz dijo repetidas veces:

—Cuando se comiencen a explotar las minas escondidas en aquellos montes, aparecerá aquí la tierra prometida que mana leche y miel. Será una riqueza inconcebible.

Pero tampoco esto era todo. Lo que mayormente me sorprendió fue el ver que en varios lugares en los que las Cordilleras, replegándose sobre sí mismas, formaban valles, de los cuales los actuales geógrafos ni siquieran sospechan la existencia, imaginándose que en aquellas partes las faldas de las montañas están como cortadas a pico. En estos valles y en estas sinuosidades que tal vez se extendían millares y millares de kilómetros, habitan densas poblaciones que aún no han entrado en contacto con los europeos, pueblos que son aún completamente desconocidos.

[391] El tren continuaba, entretanto, a toda marcha y después de girar hacia un lado y hacia otro, se detuvo. Allí bajó una gran parte de los viajeros que, pasando bajo las Cordilleras, se dirigió a Occidente. [Don Bosco se refería a Bolivia. La estación era tal vez La Paz, donde una galería, al abrir el paso hacia el litoral del Pacífico, puede poner en comunicación el Brasil con Lima por medio de otro ferrocarril].

El tren se puso nuevamente en movimiento, siguiendo siempre hacia adelante. Como en la primera parte del viaje, atravesamos florestas, penetramos en algunos túneles, pasamos sobre gigantescos viaductos, nos internamos entre las gargantas de las montañas, costeamos lagos y lagunas, sobre enormes puentes cruzamos ríos anchísimos, recorrimos inmensas llanuras y praderas. Bordeamos el Uruguay. Creí que era un río poco caudaloso, pero es anchísimo. En un punto vi al río Paraná que se acerca al Uruguay como si viniese a ofrecerle el tributo de sus aguas; mas, después de discurrir durante un buen trecho paralelamente, se alejan haciendo un ancho recodo. Ambos ríos eran caudalosos.

[Según estos pocos datos parece que esta futura línea de ferrocarriles, saliendo de La Paz, llegaría a Santa Cruz, pasando por la única abertura que existe en los montes llamados Cruz de la Sierra, que es atravesada por el río Guapay; bordearía el río Parapiti en la provincia de Chiquitos, en Bolivia; tocaría el extremo norte de la

República del Paraguay; entraría después en la provincia de San Pablo, en el Brasil, llegando a Río de Janeiro. De una estación intermedia, en la provincia de San Pablo, partiría tal vez la línea ferroviaria que pasando entre los ríos Paraná y Uruguay, uniría la capital del Brasil con las Repúblicas del Uruguay y Argentina].

El tren continuaba en marcha, y girando hacia una parte y hacia la otra, después de un largo espacio de tiempo, se detuvo por segunda vez.

Aquí descendió también del convoy mucha gente que pasando bajo las Cordilleras se dirigió hacia Occidente.

[Don Bosco indicó en la República Argentina la provincia de Mendoza.

Por tanto, la estación era tal vez la de Mendoza y el túnel el que ponía en comunicación con Santiago, capital de la República de Chile].

El tren reemprendió la marcha a través de las Pampas y de la Patagonia. Los campos cultivados y las casas esparcidas por una parte y otra, indicaban que la civilización tomaba posesión de aquellos desiertos,

Al comenzar a recorrer la Patagonia, pasamos junto a una ramificación del Río Colorado o del Chubut [o tal vez del Río Negro]. No podía comprobar si su corriente iba hacia el Atlántico o hacia las Cordilleras. Quería resolver este problema pero no lo lograba, no siendo posible el orientarme.

Finalmente llegamos al Estrecho de Magallanes. Yo miraba. Bajamos. Ante mí, veía Punta Arenas. El suelo, por espacio de varias millas, estaba todo recubierto de yacimientos de carbón, de tablas, de travesaños **[392]** de madera, de inmensos montones de metal, parte en bruto, parte trabajado. Largas filas de vagonetas de mercancías ocupaban las vías.

Mi amigo me señaló todas estas cosas. Entonces le pregunté:

—¿Y qué quiere decir todo esto?

El me respondió:

—Lo que ahora es sólo un proyecto, un día será realidad.

—Estos salvajes en el futuro serán tan dóciles que ellos mismos acudirán a instruirse, rindiendo su tributo a la religión, a la civilización y al comercio. Lo que en otras partes es motivo de admiración, aquí lo será hasta el punto de superar a cuanto causa estupor entre otros pueblos.

—Ya he visto bastante, repliqué; ahora llévame a ver a mis Salesianos de la Patagonia.

Volvimos a la estación y subimos al tren para el regreso. Después de haber recorrido un gran trecho de camino, la máquina se detuvo junto a un pueblo bastante grande.

[Situado tal vez en el grado 47, donde al principio del sueño había visto aquel grueso nudo de la cuerda].

En la estación no había nadie esperándome. Bajé del tren y me encontré inmediatamente con los Salesianos. Había allí muchas casas y gran número de habitantes; varias iglesias, escuelas, varios colegios para jovencitos, internados para adultos, artesanos y agricultores y un dispensario de religiosas que se dedicaban a labores diversas. Nuestros misioneros se encargaban al mismo tiempo de los jovencitos y de los adultos.

Yo me mezclé entre ellos. Eran muchos, pero yo no los conocía y entre ellos no vi a ninguno de mis primeros hijos. Todos me contemplaban maravillados, como si fuese una persona desconocida y yo les decía:

—¿No me conocéis? ¿No conocéis a don Bosco?

—¡Oh, don Bosco! Nosotros le conocemos de fama, pero le hemos visto solamente en las fotografías. ¡En persona no le conocemos!

—¿Y don Fagnano, don Costamagna, don Lassagna, don Milanesio, dónde están?

—Nosotros no los hemos conocido. Son los que vinieron aquí en tiempos pasados: los primeros Salesianos que llegaron de Europa a estos países. Pero ¡han pasado ya tantos años después de su muerte!

Al oír esta respuesta pensé maravillado:

—Pero ¿esto es un sueño o una realidad?

Y golpeaba las manos una contra la otra, me tocaba los brazos y me movía oyendo el palmoteo, y me sentía a mí mismo y me persuadía de que no estaba dormido.

Esta visión fue cosa de un instante. Después de contemplar el progreso maravilloso de la Iglesia Católica, de la Congregación y de la civilización en aquellas regiones, yo daba gracias a la Providencia por haberse dignado servirse de mí como instrumento de su gloria y de la salvación de las almas.

El jovencito Colle, entretanto, me dio a entender que era hora de volver atrás; por tanto, después de saludar a mis Salesianos, volvimos a la estación, donde el tren estaba preparado para la partida. Subimos, silbó la máquina y nos dirigimos hacia el Norte.

[393] Me causó gran maravilla una novedad que pude contemplar. El territorio de la Patagonia en su parte más próxima al Estrecho de Magallanes, entre las Cordilleras y el Océano Atlántico, era menos ancho de lo que ordinariamente creen los geógrafos.

El tren avanzaba velozmente y me pareció que recorría las provincias hoy ya civilizadas de la República Argentina.

En nuestra marcha penetramos en una floresta virgen, muy ancha, larguísima, interminable. A cierto punto la máquina se detuvo y ante mi vista apareció un doloroso espectáculo. Una turba inmensa de salvajes se había concentrado en un espacio despejado de la floresta. Sus rostros eran deformes y repugnantes; estaban vestidos al parecer con pieles de animales, cosidas las unas a las otras. Rodeaban a un hombre amarrado que estaba sentado sobre una piedra. El prisionero era muy grueso, porque los salvajes le habían alimentado bien. Aquel pobrecillo había sido capturado y parecía pertenecer a una nación extranjera por la regularidad de sus facciones. Los salvajes lo habían sometido a un interrogatorio y él les contestaba narrándoles sus diversas aventuras, fruto de sus viajes. De pronto, un salvaje se levantó y blandiendo un grueso hierro que no era una espada, pero mucho más afilado, se lanzó sobre el prisionero y de un solo golpe le cortó la cabeza. Todos los viajeros del ferrocarril estábamos asomados a las puertas y ventanillas observando la escena y mudos de espanto. El mismo Colle miraba y callaba. La víctima lanzó un grito desgarrador al ser herida. Sobre el cadáver, que yacía en un lago de sangre, se lanzaron aquellos caníbales y haciéndolo pedazos colocaron aquellas carnes aún calientes y palpitantes sobre un fuego encendido a propósito y, después de asarlas un poco, comenzaron a comérselas medio crudas. Al grito de aquel desgraciado, la máquina se puso en movimiento y poco a poco adquirió su velocidad vertiginosa.

Durante larguísimas horas avanzamos a lo largo de las orillas de un río interminable. Y el tren unas veces discurría por la orilla derecha y a veces por la izquierda. Yo me fijé mucho por la ventanilla en los puentes sobre los cuales hacíamos estos cambios. Entretanto, sobre aquellas orillas aparecían de cuando en cuando numerosas tribus de salvajes. Siempre que veíamos aquellas turbas, el jovencito Colle repetía:

—¡He ahí la mies de los Salesianos! ¡He ahí la mies de los Salesianos!

Entramos después en una región llena de animales feroces y de reptiles venenosos,

de formas extrañas y horribles. Hormigueaban por las faldas de los montes, por los senos de las colinas, por los salientes de aquellos montes y de aquellas colinas cubiertas de sombra, por las orillas de los lagos, por las márgenes de los ríos, por las llanuras, por los declives, por las playas. Unos parecían perros con alas y eran extraordinariamente gordos, de abultado abdomen [símbolo de la gula, de la lujuria, de la soberbia]. Otros eran sapos grandísimos que se alimentaban de ranas. Se veían ciertos escondrijos llenos de animales de formas diversas de los que nosotros conocemos. Estas tres especies de alimañas **[394]** estaban mezcladas y gruñían sordamente como si quisieran morderse. Se veían también tigres, hienas, leones, pero diferentes de las especies comunes de Asia y Africa. Mi compañero me dirigió entonces la palabra diciéndome mientras me señalaba aquellas fieras:

—Los Salesianos las amansarán.

El tren, entretanto, se acercaba al lugar de donde habíamos salido, del cual estábamos ya poco distantes. El joven Colle sacó entonces un mapa topográfico de una belleza extraordinaria y me dijo:

—¿Queréis ver el viaje que habéis hecho? ¿Las regiones que hemos recorrido?

—Con mucho gusto, le respondí.

El entonces extendió aquel mapa en el cual estaba dibujada con maravillosa exactitud toda la América del Sur. Aún más, allí estaba representado todo lo que fue, todo lo que es, todo lo que será aquella región, sin confusión alguna, sino con una claridad tal que de un solo golpe de vista se veía todo.

—Yo lo comprendí inmediatamente, pero como los detalles eran tantos, la clara visión de aquellas cosas me duró apenas una hora, y en la actualidad en mi mente reina una gran confusión.

Mientras contemplaba aquel mapa a la espera de que el jovencito añadiera alguna explicación, emocionado por la sorpresa de lo que tenía ante mis ojos, me pareció que Quirino [1] tocase el *Ave María* del alba, pero me desperté y me di cuenta que eran las campanas de la parroquia de San Benigno. El sueño había durado toda la noche.

Don Bosco puso término a su relato con estas palabras:

—Con la dulzura de San Francisco de Sales, los Salesianos atraerán hacia Cristo los pueblos de América. Será empresa dificilísima el moralizar a los salvajes; pero sus hijos obedecerán con toda facilidad las consignas de los misioneros y se fundarán colonias y la civilización suplantará a la barbarie y así muchos salvajes entrarán en el redil de Cristo.

Como confirmación de estas extraordinarias visiones, apenas habían pasado unos días, cuando el Obispo de San José de Costa Rica, monseñor Bernardo Augusto Thiel, y algunos señores de la Misión, escribían una carta a don Bosco pidiéndole algunos Misioneros salesianos. Ahora bien, esta ciudad se encuentra precisamente bajo el grado 10, mencionado en el sueño.

El Santo mismo, escribiendo al Conde Colle el 11 de febrero de 1884, **[395]** dirá: «El viaje realizado con nuestro querido Luis se va

[1] El santo coadjutor, matemático, políglota y campanero.

cumpliendo cada vez más. En este momento se ha convertido en el punto central de nuestras empresas. Mucho se habla, se escribe, se publica para explicar y poner en práctica nuestros planes».

Siempre en relación con el sueño de la Patagonia, Lemoyne recogió de labios de don Bosco estas palabras:

—Cuando se lleguen a conocer las inmensas riquezas que encierra la Patagonia, este territorio tendrá un desarrollo comercial extraordinario. En las entrañas de los montes se ocultan minas preciosas; en la cadena de los Andes, entre los grados 10 y 20, hay minas de plomo, de oro y de materiales más preciosos aun que el oro.

Para que se tenga una idea del valor de este sueño, añadiremos algunos datos de mayor relieve. El siervo de Dios nos ofrece una serie de noticias positivas de las que él no podía tener conocimiento ni por los geógrafos ni por los viajeros, pues aquellas latitudes estaban aún por explorar, siendo aún desconocidas al turismo y a las expediciones científicas. A estos elementos hay que añadir datos de naturaleza profética, referentes a un porvenir más o menos lejano. Pasando por encima de estos últimos, nos limitaremos a cuatro particularidades del primer género, apoyados en las preciosas informaciones que nos han sido suministradas por De Agostini, el salesiano explorador de las tierras australes [1].

Ante todo, consideremos la descripción que don Bosco hace de las Cordilleras. Todos creían que este accidente geográfico era como una muralla divisoria, esto es, una cadena homogénea que se extendía de Norte a Sur por más de 30 grados de latitud, formando un cordón único en elevación y dirección. En cambio, las exploraciones y los estudios realizados durante algunos decenios han demostrado que los Andes, como observa justamente don Bosco, se encuentran seccionados por numerosas y profundas depresiones en forma de sinuosidades, valles y pasajes lacustres y subdivididos en grupos o nudos de cadenas que se **[396]** presentan en direcciones opuestas, ofreciendo grandes diferencias en sus caracteres geológicos y orográficos. Nos encontramos, pues, en los antípodas de la representación primitiva de una cadena integrada por una unidad geográfica. En la descripción de don Bosco, que representa la configuración vertical de los Andes y los accidentes que modifican su estructura orográfica, hallamos en verdad una impresionante exactitud. Ni el más autorizado estudioso de estos temas geográficos habría podido publicar en aquel tiempo una

[1] Así que tenga terminada dentro de no mucho tiempo la segunda parte de sus exploraciones, De Agostini, dando cuenta de ellas en un próximo tomo, someterá a minucioso examen las cosas que el Santo afirma en su sueño.

afirmación tan precisa y detallada como él: una visión tan clara y exacta de aquellos lugares es debida, sin duda, a un poder que sobrepasa los límites humanos.

Que, en efecto, entonces se ignorase la existencia de tantas sinuosidades y de tantos extensísimos valles lo proclaman los mapas de aquella época: es el argumento más convincente. A los canales patagónicos, por ejemplo, se habían hecho numerosas expediciones hidrográficas, debidas a los célebres expedicionarios de los buques ingleses *«Adventure»* y *«Reagle»,* al mando de Parker King y de Fitz Roy, entre el 1826 y el 1836, hasta llegar a las de los chilenos Simpson, Valverde, Roguera y Serrano en los años comprendidos entre el 1874 y 1889; pues bien, a excepción de un pequeño trecho seguido por los vapores de gran tonelaje, que desde Puerto Montt se dirigían al Estrecho de Magallanes a través de una intrincada red de islas y canales, casi toda la costa externa del Occidente de la Cordillera Patagónica estaba envuelta en el más profundo misterio.

Un hecho elocuente lo confirma. El canal Baker, el más grande y más extenso de los fiordos patagónicos, cuyas ramificaciones continentales formadas por profundas depresiones, valles y cuencas lacustres, cortan la Cordillera patagónica entre los grados 46 y el 52 de latitud Sur, no llegó a conocimiento del mundo, sino hasta el 1898, después de los viajes de exploración realizados por el célebre explorador y geógrafo Juan Steffen, cuando se organizaron respectivamente en Chile y Argentina viajes científicos para determinar los límites de las Cordillera de los Andes.

En segundo lugar, don Bosco describe ferrocarriles fantásticos donde **[397]** entonces reinaban el desierto y la soledad. Hoy las redes ferroviarias en las repúblicas del Centro y de Sud-América han alcanzado un desarrollo prodigioso y atraviesan ya por muchos puntos de Cordillera de los Andes. Algunas líneas fueron construidas a lo largo de la Cadena Andina y no está muy lejano el día, en el que, convirtiéndose en realidad el sueño de nuestro Santo, estas líneas lleguen a unir el Norte de América con el Estrecho de Magallanes, atravesando toda la Patagonia.

En tercer lugar, don Bosco asegura que yacimientos de carbón mineral, de petróleo, de plomo y de metales aun más preciosos están escondidos en las entrañas de aquellas montañas, colocados allí por la mano del Creador Omnipotente en beneficio de los hombres. ¿Quién ignora que, de año en año, se están descubriendo continuamente nuevos depósitos de minerales en toda la zona de la cordillera y a lo largo de la costa atlántica?

Particular importancia tuvo el descubrimiento de petróleo en Comodoro Rivadavia, en el Chubut, el 13 de noviembre de 1907, cuando la Dirección general de Minas procedía a una perforación del terreno en busca de agua potable. Existen actualmente en Comodoro novecientos pozos petrolíferos. Otras fuentes de petróleo fueron descubiertas en años sucesivos junto a los contrafuertes subandinos de Salta, Jujuy y a lo largo del Neuquén, para citar solamente los de Argentina. Exploraciones y sondeos se siguen realizando de un extremo a otro de la Patagonia, apareciendo indicios ciertos de la presencia de este mineral. Potentes industrias petrolíferas han sido montadas también en Bolivia, Brasil, Colombia y Venezuela. Importantes yacimientos de carbón mineral se han encontrado bajo la cordillera cerca de Epuyen en el Chubut y en Punta Arenas.

El plomo constituye hoy en Argentina la producción metálica más sobresaliente, obteniéndose unas diez mil toneladas anuales.

Finalmente, don Bosco dijo, refiriéndose al Archipiélago fueguino: «Algunas de estas islas estaban habitadas por indígenas bastante numerosos; otras, de aspecto estéril, desnudas, rocosas, se hallaban deshabitadas; **[398]** otras estaban cubiertas por completo de hielo y de nieve. Al Occidente, algunos grupos de islas se hallaron habitadas por numerosos salvajes».

Quien ha leído el libro de A. M. De Agostini [1], «Mis recientes viajes por la Tierra de Fuego», admira la realidad específica contenida en esta descripción. Son estos los tres aspectos del paisaje fueguino: la zona de la llanura y esteparia habitada por los Onas; después, la zona de la cordillera insular cubierta de nieves perpetuas y de témpanos inmensos; los numerosos grupos de islas del Occidente, estériles, desnudas, rocosas, donde viven los indios Alacalufes y Vagan. Aun aquí se ve uno obligado a reconocer que tal precisión no era humanamente posible más que a una persona que hubiese contemplado con los propios ojos, aquel paisaje tan característico y de tan difícil acceso.

Creemos que este breve resumen sea suficiente para hacer comprender la importancia de este sueño; ulteriores desarrollos de las Misiones Salesianas y de las obras civilizadoras harán cada vez más evidente la realidad de su contenido.

---

[1] ALBERTO M. DE AGOSTINI. *I miei viaggi nella Terra del Fuoco.* Soc. Ed. Internazionale.

[399]

CAPITULO XIV

EN ALGUNAS CASAS DE ITALIA. VICISITUDES DE LA CASA DE FAENZA. OFRECIMIENTO EN BOSTON

EL día 28 de diciembre de 1883 se propuso en una sesión del Capítulo Superior, presidida por don Bosco, publicar en el *Boletín* una nota de las peticiones hechas desde diversas partes del mundo para abrir nuevas casas; sólo de enero a aquella fecha su número llegaba a ciento cincuenta. La nota no apareció; pero, en la carta anual de 1884, y teniendo también en cuenta peticiones anteriores, don Bosco escribió que había recibido más de doscientas proposiciones para abrir nuevas casas, no sólo en Italia, en Francia y en diversas partes de Europa, sino también en la India, en China, en Japón y en las más apartadas islas de Oceanía. Ya hemos hablado en capítulos anteriores del extranjero; diremos ahora aquí algunas cosas de Italia, que no encontraron allí lugar oportuno.

Durante el año 1883, no se abrió ninguna nueva casa en Italia: pero había muchas obras en curso. Se restauraba la fábrica de papel de Mathi, destruida por la explosión de la caldera [1]; se construía un nuevo edificio en este mismo pueblo; se completaba la nueva tipografía y algunos talleres, al lado derecho de la **[400]** iglesia de María Auxiliadora en el Oratorio; se empezaba la construcción del hospicio de San Juan Evangelista en Turín; se amplificaban el de Florencia y las escuelas de La Spezia; se continuaba el templo del Sagrado Corazón y se empezaba el hospicio anejo en Roma. Todo ello era una prueba evidente de vitalidad; pero, como no se emprendía nada sin antes dirigirse a don Bosco, que era cerebro y motor de todo, resulta fácil imaginar el cúmulo de preocupaciones que caían sobre él por este lado, especialmente para proporcionar los medios.

Las casas existentes en Italia eran veintidós; dieciséis de ellas eran normales, es decir, con el número reglamentario de socios, y las otras seis sucursales no pasaban de cinco.

[1] Véase vol. XV, pág. 556.

SICILIA

Durante el mes de octubre, don Juan Cagliero visitó a los Salesianos y a las Hijas de María Auxiliadora de las casas de Sicilia y predicó los Ejercicios Espirituales a los primeros en Randazzo y a las hermanas en Bronte y en Máscali. Allí tramitó también la fundación de dos nuevas residencias para las Hijas de María Auxiliadora, una en Trecastagni, de la diócesis de Catania, y otra en Cesaró, de la de Patti.

Con respecto a los Salesianos, escribía el visitador a don Miguel Rúa [1]: «*Vae soli* (ay del solo), dice el Espíritu Santo, y yo digo lo mismo del Colegio de Randazzo, que necesita absolutamente de un compañero en esta tierra volcánica; y convendrá no pensar en otra parte, sino en ésta, para que los hermanos tengan pronto un inspector local, a quien poder dirigirse». Don Bosco era también del mismo parecer. En efecto, al hablar el día veintiocho de diciembre en el Capítulo Superior sobre la petición de Agira [2], él opinó que era mejor satisfacer la propuesta del Arzobispo de Catania.

—Aunque falta el personal, dijo, y aun cuando tengamos que limitarnos a una pequeña habitación, hay que **[401]** establecerse allí. Es necesario tener en aquella ciudad aunque sea una sola habitación, donde puedan hospedarse los Salesianos, que van a las otras casas de Sicilia. Podría así fijar allí su residencia un proveedor nuestro para no estar siempre a merced de los agentes de comercio.

El deseo de don Bosco fue ampliamente realizado en 1885, con el providencial oratorio de San Felipe Neri en la calle Teatro Greco.

FLORENCIA, ESTE, ORATORIO

El bonísimo Director de Florencia no quería suspender las obras y cargaba a don Bosco con la cruz de sus continuas peticiones de socorros pecuniarios, puesto que era muy poquito lo que recibía de la ciudad. Parecía que muchos se animarían a dar, si don Bosco se hiciese ver o al menos escribiese. Y como él no podía ir allí, envió unas veinte cartas a determinadas familias para recomendar la obra a su caridad; pero sólo dos contestaron enseguida con el envío de cien liras. Por eso, durante su viaje por Francia envió a Florencia parte de las limosnas que iba recibiendo. En efecto, el día nueve de abril envió tres mil liras desde Valence; desde París envió seis mil el día diez de mayo y tres mil quinientas el día catorce; y desde Dijon, tres mil. En

[1] Randazzo, día 24 de octubre de 1883.
[2] Véase vol. XV, pág. 265.

total, pues, quince mil quinientas liras que en aquel tiempo, eran una gran ayuda.

El colegio Manfredini de Este perdió un generoso bienhechor con la muerte del caballero Pelà, a quien precedieron otros dos prendados y desinteresados amigos, conocidos también por los lectores, monseñor Agustín Zanderigo, arcipreste de la catedral, y el señor Antonio Venturini. Escribe don Juan Tamietti sobre el primero, en sus memorias: «El día 27 de enero de 1883, se presentaba a Dios también el último, el más querido, activo y amable bienhechor nuestro, el caballero Benedicto Pelà, tras una corta enfermedad. Fue muy dolorosa su pérdida. Hacía cinco años que estábamos acostumbrados a verle cada día entre nosotros, con el amor y la solicitud de un padre, como quien no tenía más pensamiento que el Colegio y don Bosco. **[402]** Nuestros corazones latían al unísono y nuestras almas estaban ligadas por un deseo único, como si él fuera un Salesiano más». Hay en la fachada central del colegio una lápida, que recuerda su liberalidad con el instituto y que está colocada sobre el busto marmóreo de don Bosco, como simbolizando con su proximidad la fusión de sus almas, realizada desde su primer encuentro.

El Oratorio asistió en 1883 a la inauguración del edificio levantado para la imprenta y sus dependencias. A las seis máquinas de antes, ya insuficientes, se añadieron otras tres de nuevo modelo. No había en Turín otra tipografía tan bien equipada. Además de esta ampliación, se empezaron a construir los talleres de cerrajería y mecánica [1], donde está el salón del teatro. Podría causar extrañeza ver la hermosa fachada de aquella primera ala del edificio a poniente, que es toda interior y da a un patio; pero el motivo es que entonces se temía que por allí iba a pasar una calle, ya trazada en el plano proyectado por el Municipio. Sin este motivo, el Santo no hubiera tolerado nunca una ornamentación supeflua.

FAENZA

La casa de Italia más atribulada durante el año 1883 fue la de Faenza. Allí donde estaba ubicada no habría podido desarrollarse jamás; era preciso buscar un lugar más apto para una razonable expansión. En aquel arrabal (Borgo), no había posibilidad de encontrar este lugar; además, el barrio quedaba muy apartado para las escuelas, para el oratorio y para todo. Añadíanse, además, las rivalidades tradicionales entre los vecinos del arrabal (Borgo) y los de la ciudad (Faenza),

[1] Véase GIRAUDI, El Oratorio de don Bosco, Plano IX A y B.

que impedían a los hijos de éstos últimos acudir allí, ya fuera por hereditaria antipatía de las familias, ya fuera por temor a riñas entre los muchachos. No quedaba más recurso que volver **[403]** los ojos a la ciudad, donde, como para aconsejar la elección, sobrevino la llegada de los protestantes, que se habían instalado a la chita callando con su iglesia abierta al público. Todas estas razones juntas determinaron por fin trasladar los lares a la ciudad. Pero, antes de realizarlo, hubo que salvar muchas dificultades.

Fracasaban una tras otra las repetidas búsquedas de un edificio en la ciudad y los anticlericales se afanaban con ocultas y manifiestas hostilidades para echar también a los Salesianos de su vivienda en el arrabal. En el mes de febrero, preguntaba oficialmente el real subgobernador al alcalde de Faenza si era cierto que en el instituto, llamado de los Salesianos, se enseñaba dibujo y las materias establecidas por los programas para las escuelas elementales; y, en caso afirmativo, cuántos eran los alumnos y qué edad tenían; si los maestros, incluso el que enseñaba dibujo, poseían los títulos requeridos por la ley; en qué días y a qué horas se impartía la enseñanza; y, por fin, si se había presentado relación de todo ello, para el año escolar en curso, de acuerdo con las prescripciones de la ley, a la autoridad escolástica estatal.

Por aquellos desgraciados años y en otros posteriores, comenzaban semejantes inquisiciones con medidas vejatorias, camufladas de legalidad; y lo mismo en la Italia central que en la meridional, donde no estaban acostumbrados a semejantes abusos, se acobardaban los católicos ante amenazas de esta clase. Pero los Salesianos, pertrechados ya de tiempo atrás en Piamonte contra luchas de este género, no se dejaban arredrar tan fácilmente. Don Juan Bautista Rinaldi, con toda la diligencia y sangre fría posibles, contestó al alcalde que, en la casa de los Salesianos de Faenza, no había escuelas para las que se necesitasen maestros titulados, aun cuando los que allí se encontraban realmente lo fueran [1]. No se necesitó más para cerrar la entrada a ulteriores ingerencias por aquella parte.

Fallado el golpe, saltaron a la liza los periódicos llamados democráticos. La *Montagna,* reciente hoja **[404]** de Faenza que se imprimía en Imola, denunciaba en su número del siete de abril «uno de los consabidos escondrijos clericales», donde se preparaban trescientos enemigos de Italia, en la persona de otros tantos muchachos engatusados con toda clase de medios. A fines de junio se recogían firmas por tiendas y cafeterías contra los salesianos. Precisamente entonces el

[1] Correspondencia de 18 de febrero de 1883.

Sécolo de Milán, muy leído en Faenza, llevaba un retrato de don Bosco y, en las cartas parisienses, la correspondencia de que hemos hablado [1], en torno al viaje triunfal de don Bosco por Francia. Aquel elogio, en un diario de semejante color, llegaba oportunamente y fue leído por la mayor parte de los ciudadanos; pero muchísimos no sabían, o fingían no saberlo, que los perseguidos salesianos eran hijos de don Bosco.

Después fueron apareciendo ataques en la prensa de la provincia. El *Ravennate* repetía, en tres artículos, el grito de guerra contra nuestras escuelas. El primero era de un corresponsal liberal, al que, de ningún modo, agradaba el asunto de las firmas y quería libertad para todos; pero, puso al artículo tal encabezamiento que ahogaba el honesto contenido del mismo, invocando energía y, si hacía falta, también violencia contra frailes y monjas docentes, aunque fueran titulados; que esto era necesario, si se quería educar a la juventud conforme al espíritu de los nuevos tiempos; y, por tanto, había que imponer a toda costa la enseñanza laica.

En el segundo artículo se presentaba a los lectores el texto de la mordaz petición, que se iba suscribiendo para enviarla al Ministerio e inducir al Gobierno a expulsar a los Salesianos de Faenza, allí establecidos «para hacer propaganda clerical, so pretexto de instruir en las letras, en la música, en las artes y oficios a los hijos del pueblo». Se pasaba después a las amenazas: «Hablamos en nombre del pueblo, esperando que las autoridades no querrán conformarse creyendo que nuestras voces sean aisladas. Si fuesen consideradas como tales, nosotros, ordenados pacíficamente dentro de los límites de la ley, nos manifestaríamos; es más, nos creemos en el deber **[405]** cívico de prevenir a las autoridades mismas desde ahora, para que, si la indignación, que ya se manifiesta al ver a los enemigos de la patria asumir la educación y la instrucción de los niños, hubiese de degenerar en desorden, la responsabilidad no recaiga en los que únicamente desean el decoro y la tranquilidad del país».

El tercer artículo quería rebatir las afirmaciones liberales contenidas en el primero y decía entre otras cosas: «La democracia de Faenza no combate en los frailes Salesianos la instrucción que dan a los niños, sino la educación y los principios que les infunden. La instrucción, que estará perfectamente en regla con títulos legales e impuestos, es la bandera con la que estos frailes camuflan su mercancía de contrabando; y la mercancía de contrabando es precisamente la edu-

[1] Véase más atrás, pág. 238.

cación puramente frailuna y papal con la que ahogan en los corazones juveniles todo sentimiento generoso y patriótico, imbuyéndolos de doctrinas clericales, acostumbrándolos a considerar esta patria, fruto de tantos sacrificios, como un hurto y preparándolos para ser, cuando lleguen a adultos, otros tantos soldados del poder temporal (...). Y si es admisible que fuera de Italia puede haber curas y frailes que sean, incluso, buenos patriotas, esto es absolutamente imposible en Italia y las excepciones rarísimas no pueden probar lo contrario; puesto que en Italia tenemos la cuestión del poder temporal del Papa, para ellos siempre abierta, y los curas y frailes, estando absolutamente sujetos y dependientes del Papa, tienen inevitablemente que ser enemigos de la unidad de la patria y, por tanto, de la patria misma» [1].

No se hubiera podido representar con términos de más cruda realidad la incurable disensión, que las sectas habían abierto y continuamente agravaban en Italia, entre el poder religioso y el poder político. Pero, a la par de esta prosa mordaz, emergen a la meridiana luz del día tres hechos, a saber: que el programa de don Bosco era notoriamente católico en todo el **[406]** sentido de la palabra; que por esto tenía que ser necesariamente combatido con toda clase de medios por el sectarismo imperante; y que, si a pesar del encarnizamiento de los adversarios, logró tender por todo el país una red de instituciones juveniles, que fueron arca de salvación para muchísimos, la historia quedará obligada a reconocerle el mérito de haber contribuido en medida incalculable a conservar la levadura de un porvenir mejor.

Otro diario de Rávena, el *Sole dell'avvenire,* aseguraba que si los Salesianos no se marchaban espontáneamente, se acudiría a medios ultrarradicales para echarlos [2].

Los ánimos estaban divididos en la ciudad. Los buenos, desarmados y no pertrechados todavía para las batallas reclamadas por los tiempos, gemían; pero no se atrevían a actuar o no sabían. Las Autoridades llamaban de vez en cuando al Director, pedíanle explicaciones y le aconsejaban prudencia. Un día, el teniente de los carabineros le advirtió que su vida corría peligro y que llevase consigo un revólver. Pero él, sin amedrentarse, seguía buscando un nuevo local, aunque no lograba encontrar nada.

Para excitar al populacho fijaron un cartel por la ciudad, acusando a los Salesianos, ante el Gobierno, de que hacían resurgir el feroz antagonismo de antaño entre el arrabal y la ciudad y que, si se quería

[1] Números del 27 y 28 de junio y del 3 de julio de 1883.
[2] Número del 31 de julio de 1883.

volver a la paz, era absolutamente necesario echarlos fuera sin piedad. Aquel cartel llevaba firmas de anarquistas conocidos y hasta temidos en la ciudad. Las firmas del cartel que acabamos de mencionar llegaban, según se dijo, a dos mil. La denuncia acompañada de las mismas se envió primero a las Autoridades de Rávena y después al Ministerio.

Estas persecuciones no desalentaron a don Juan Bautista Rinaldi, sino que le animaron a resistir, pues deseaba realizar los deseos de los buenos. A fines de agosto, fue a Turín para hacer los ejercicios espirituales y asistir al Capítulo General. Vio a don Bosco en San Benigno y sostuvo con él una conversación de dos horas. Informado de **[407]** aquella guerra, dijo el Santo:

—Verdaderamente están más seguros y tranquilos nuestros Hermanos en las Pampas. Pero no conviene ceder, si te sientes con ánimos, hasta que ellos intenten seriamente un golpe, que María Santísima no permitirá.

—Entonces, preguntó el Director, ¿qué me aconseja usted, don Bosco? ¿Qué quiere que haga?

—Decir a los de la Comisión, al Obispo y a don Pablo Taroni que sigan. Más aún; hay que abrir el internado enseguida y a toda costa.

Don Juan Bautista Rinaldi le rogó, hasta en confesión, que lo descargara de aquel peso o, por lo menos, le dijera una palabra tranquilizadora.

—Sigue adelante, le respondió. Dios hará, si fuere menester, un gran milagro, para ayudarte a obedecer.

Y, después de la confesión, le dijo:

—Sigue, sigue, sigue. Dios te bendecirá.

Estas afirmaciones de seguridad lo confirmaron en el propósito de resistir a todo trance [1].

Los hechos dieron la razón a don Bosco antes de lo que se esperaba. El nueve de septiembre, celebróse en el teatro de Faenza una gran asamblea en favor del sufragio universal, totalmente preparada para alcanzar una clamorosa demostración contra los Salesianos; pero hubo un orador que, en el acaloramiento de su discurso, lanzó un grosero insulto contra el Rey, llamándole coronel austríaco. Inmediatamente el delegado del orden público intimó la suspensión del acto y, desde aquel día, las Autoridades, para defenderse a sí mismas, defendieron también a los Salesianos sin quererlo ni buscarlo. Se cumplieron de este modo las palabras de don Bosco; los enemigos intenta-

[1] Carta de don Juan Bautista Rinaldi a don Pablo Taroni, San Benigno, 1.º de septiembre de 1883.

ron un golpe, que la Virgen hizo fracasar, y volvieron los Salesianos a disfrutar de la bonanza y seguridad necesaria para encontrar finalmente un local en la ciudad. En cuanto a los medios para la adquisición del mismo, había dicho don Bosco:

—Esperaremos a que la Providencia nos lo dé; y, si no nos los da, la obligaremos a la fuerza.

Ya había escrito al canónigo José Cavina [1]: «Me he enterado con gran pena de todo lo que dificulta la obra encaminada al bien de la juventud pobre y en peligro **[408]** ¿Vamos a dejar el campo en manos del enemigo? Jamás. En los grandes peligros, hay que redoblar los esfuerzos y sacrificios. Nosotros trabajaremos con gusto hasta donde alcancen nuestras fuerzas; pero es menester también que V. S. y sus amigos nos ayuden eficazmente a abrir un hospicio para los muchachos pobres. Estúdiese y hágase».

Se estudió, se hizo y los medios no faltaron.

BOSTON

Tenemos que aclarar todavía un punto del sueño. Don Bosco había preguntado a Luis Colle cuándo tendrían que ir los Salesianos a Boston, donde se los esperaba. Un párroco de Boston, monseñor Bouland, había proyectado fundar en la ciudad una obra, que, con el título de Nuestra Señora de las Victorias, y bajo el aspecto de una Sociedad, desplegara una intensa acción para la conversión de los protestantes, el culto mariano, el honor de la Iglesia Católica y para socorrer al Papa. A tal fin, los asociados se comprometerían a desembolsar una cantidad determinada individualmente y sus decuriones recogerían más. El centro de la asociación tenía que ser un colegio de sacerdotes misioneros, pero excluidos los religiosos; se pedían sacerdotes seculares, activos, sobre todo en la predicación y en la educación de la juventud [2].

Pero, en la práctica, no se encontró ni se esperaba encontrar una asociación de sacerdotes como la que se deseaba, dispuestos a convivir como religiosos sin serlo. Por esto, los amigos parisienses del párroco le aconsejaron que se dirigiera a don Bosco y rogaron al célebre abate Moigno que entablara las primeras negociaciones. Este envió a don Bosco una parte de los documentos, que le habían llegado de América, y se ofrecía, además, para enviar a Turín, si hiciese falta a

---

[1] Turín, 17 de septiembre de 1883. Véase vol. XV, pág. 304 y sigs.

[2] Carta de monseñor Bouland al arzobispo monseñor Williams, Boston, 23 de noviembre de 1882. Una parte de los documentos, acerca de este asunto, se conservan en nuestros archivos.

una señora americana, francesa de origen y residente **[409]** en París, apellidada Lafitte, entusiasta protectora de la obra. Los papeles descansaron largo tiempo sobre la mesa del Santo, hasta que recibió una segunda carta del abate. Entonces dictó a don Juan Bonetti los términos de la respuesta, que don Camilo de Barruel se encargó de traducir al francés. Conservamos el borrador, que dice así:

Las graves e innumerables ocupaciones y mi ausencia de Turín durante algunos días no me han permitido informarme enseguida de la veneradísima carta de V. S. Rvma. del día trece del pasado julio y leer el proyecto incluido en ella. Válgame esto para obtener más fácilmente el perdón por mi tardanza en responder.

Agradezco ante todo a V. S. el aprecio en que tiene a los Salesianos, al recomendarles la importante obra de Boston. Usted demuestra verdaderamente que es nuestro Cooperador y espero que querrá continuar dedicándonos su valiosa benevolencia.

Al mismo tiempo, he de decirle que los compromisos, ya asumidos para la fundación de obras muy importantes en Europa y América del Sur, me impiden aceptar enseguida la Obra de Boston, que con tanta bondad nos propone. Además, el Padre Santo León XIII está a punto de crear un Vicariato y una o dos Prefecturas Apostólicas en Patagonia y en la Tierra del Fuego, lo cual obliga a la Congregación Salesiana a desplazar allí parte de las fuerzas de que dispone.

Si V. S. puede darme un plazo, de dos o tres años, no rehúso mi cooperación a esta empresa. En tal caso, necesitaría conocer mejor las condiciones en que se encontrarían los Salesianos en Boston. ¿Vivirían en casa propia? ¿Tendrían asegurados los medios de subsistencia? ¿En qué ámbito tendrían que ejercer su ministerio? Más concretamente; ¿entre adultos o entre jovencitos desamparados?

Mientras tanto, si todavía se encuentra en París la señora americana de la que V. S. me habla en su carta del día trece de julio, la vería con mucho gusto en Turín. Tal vez hablándonos, podría conocer, con pocas palabras, la naturaleza de la obra a la que se me invita, y dar una respuesta más definitiva. Si, por acaso, pensara ella venir a Turín, como V. S. me da a entender, desearía saber el día de su llegada, para encontrarme yo en casa.

La señora Lafitte, que ya había intentado inútilmente encontrarse con don Bosco en la iglesia de San Agustín en París, fue a Valdocco en agosto, llevando consigo otros documentos y **[410]** una carta del abate Moigno [1]. El meollo de la cuestión estaba en ver si la pía unión de los Cooperadores salesianos podría sustituir a la asociación de Boston; establecido esto, don Bosco enviaría allí a algunos de sus sacerdotes. Se discutió ampliamente, pero sin ningún resultado positivo.

—Cada cosa a su tiempo, había contestado en el sueño a don Bosco el amable guía.

Estas palabras insinuaban con bastante claridad que no había llegado todavía aquel tiempo.

[1] Véase Apéndice, doc. núm. 89.

[411]

CAPITULO XV

PENSAMIENTOS Y CARTAS DE DON BOSCO

QUEREMOS coronar la exposición de las noticias biográficas contenidas en este volumen con un ramillete de pensamientos expresados por el Santo durante el tercer Capítulo General y en alguna sesión del Capítulo Superior, y con una colección de cartas que no hemos podido repartir en el curso de nuestra narración.

El día veinte de junio envió don Bosco a las casas los esquemas de las materias a discutir en el tercer Capítulo General, a fin de que los Directores y los miembros de los capítulos locales tuviesen oportunidad para hacer sus observaciones y propuestas y comunicarlas después con antelación al regulador don Juan Bonetti. Estas materias se dividían en ocho capítulos: I. Reglamento para los ejercicios espirituales. II. Reglamento para los novicios y estudios de éstos. III. Reglamento para las Parroquias actualmente dirigidas y que habrán de serlo más tarde por los salesianos. IV. Cultura de los Hermanos coadjutores. V. Orientación a dar a la sección obrera de las Casas salesianas y medios para desarrollar la vocación de los jóvenes aprendices. VI. Normas para la despedida de los Socios. VII. Instalación y desarrollo de los Oratorios festivos en las casas salesianas. VIII. Revisión y modificación del Reglamento de las casas.

[412] El capítulo se celebró en el colegio de Valsálice, desde el día primero de septiembre por la tarde hasta la noche del día siete. Tomaron parte en él treinta y cinco miembros, incluido don Bosco. No nos queda más más documento que las actas de las sesiones compiladas por don Juan Marenco; pero, desgraciadamente, son muy deficientes y por añadidura mutiladas, pues empiezan en el día tres [1]. Sacaremos de ellas lo que nos da a conocer el pensamiento de don Bosco sobre las diversas cuestiones.

En el fragmento que sobrevive, habla don Bosco del *Boletín* y los Cooperadores, de las crónicas de las casas, de los ejercicios espiritua-

[1] Han sido sustraidas algunas hojas del principio; no se sabe cuántas; pues no están numeradas las páginas.

les, del noviciado y de la moralidad. En la sesión de la tarde del día cuatro, exhortó a los Capitulares a tener presente en sus decisiones este principio:

—Una de las cosas que debemos tener en cuenta es que lo que hoy se decide debe servir de norma de aquí a diez, a veinte, a cien años; y, por eso, hemos de imitar al pintor que dice: *Aeternitati pingo* (pinto para la eternidad).

Sobre el *Boletín,* dijo don Bosco:

—Una cosa son los Cooperadores Salesianos, que son nuestros bienhechores, y otra los suscriptores al *Boletín* como revista. El *Boletín* no es más que un medio para dar a conocer nuestras obras, y mantener unidos a los buenos cristianos con un único espíritu y un mismo fin. Por consiguiente no debe ser considerado solamente como una revista para difundir la verdad y las noticias. Actualmente las personas que hacen el bien por motivos políticos ya casi no saben en qué emplear sus haberes en obras pías; por consiguiente nuestro fin es dar a conocer nuestras obras en el *Boletín* para que, si Dios quiere, ayuden a las obras salesianas. Pero debemos difundirlo como una revista conocida por todos.

Enseñó, además, a defender esta publicación contra las acusaciones de los que la tachan de soberbia o vanidad.

—El *Boletín,* dijo, está escrito para nosotros y para los Cooperadores, que desean conocer perfectamente nuestras obras.

Con respecto a los Cooperadores hizo dos recomendaciones, a saber; que se promoviesen las dos conferencias anuales, en las que se hiciese **[413]** la colecta y se enviase la limosna, y se explicase claramente la finalidad de los Cooperadores, que es la de ayudar a la catequesis, difundir la buena prensa, enviar los muchachos a buenos colegios.

—A nosotros, observó, no nos importa recibir cien liras más o menos, sino conseguir la gloria de Dios. Por esto, si los Gobiernos, no nos lo estorban, el *Boletín* llegará a ser una potencia, no por lo que es en sí mismo, sino por las personas que reunirá. Si los Cooperadores conocen bien su finalidad, no sólo nos ayudan, sino que completan abundantemente las obras propias de los Salesianos.

Quiso don Bosco manifestar también en este capítulo la importancia que él daba a la compilación de las crónicas de cada colegio, y animó a los directores a preocuparse seriamente de ellas. Ordenó a todos que, para el año siguiente, llevasen la crónica de la propia casa y puso de relieve cómo, con este medio, se preparaba un precioso y rico material para la historia.

Se discutió en torno al Reglamento para los ejercicios espirituales; unos lo querían demasiado prolijo, otros sintético. Al fin, don Bosco manifestó su pensamiento, diciendo que se preparase un buen Reglamento; pues, si se hacían tantos sacrificios para los ejercicios espirituales, había que precisar las normas conducentes para sacar de ellos el fruto que se pretendía. Deseaba, además, que en cada tanda se diesen algunas conferencias expresamente para los sacerdotes.

Las ideas que don Bosco manifestó acerca del noviciado para clérigos y coadjutores casi no tienen más que un valor histórico. Para que se comprendiese bien el espíritu de las Reglas con respecto al noviciado, recordó:

—El Padre Santo Pío IX dijo varias veces que, en la formación de los Salesianos, se atendiese a convertirlos en sacerdotes ejemplares en el mundo. Para lo cual se requieren los ejercicios de piedad que conducen a este fin y, al mismo tiempo, conviene que los novicios tengan que desempeñar unos oficios, para ver cuáles son sus disposiciones y aptitudes. Pero habrá que disponer las cosas de modo que no se impidan las prácticas de piedad.

Recordó también que Pío IX aconsejaba no emplear la palabra noviciado **[414]**, sino buscar otra, puesto que el mundo estaba prevenido contra aquella denominación. Que, en la primera audiencia que le concedió León XIII, había expuesto al nuevo Papa las concesiones de su predecesor, a lo que el Papa contestó que no era su intención cambiar nada de lo concedido; si se necesitasen cambios, se tomarían las medidas oportunas. Por último, cuando don Pablo Albera presentó las dificultades que había para que los aspirantes franceses hicieran el noviciado en Italia, por la diversidad de lengua y de instrucción y, sobre todo, por antipatía nacional, don Bosco, apoyado por el capítulo, declaró que se abriría un noviciado en las cercanías de Marsella, para los Salesianos y también para las Hijas de María Auxiliadora.

En cuanto al noviciado para los coadjutores, recordó don Bosco como base lo que ya se había dicho hasta entonces, esto es, hacerlos buenos cristianos, y añadió:

—Un novicio que practique las reglas de la casa y las reglas generales de la Congregación, y cumpla sus deberes religiosos, tiene lo suficiente. Lo importante es encontrar quien piense seriamente en ellos y los guíe y los ayude.

El último punto sobre el que don Bosco dijo cosas que interesa saber, es lo que se refiere a la moralidad entre los socios Salesianos. Después de recomendar que ningún forastero fuese admitido a la mesa común (y esto debía entenderse como admisión habitual y no

transitoria) y que, por consiguiente, hubiese un comedor expresamente destinado al efecto, donde tomase parte alguno para hacer compañía, siguió diciendo poco más o menos de esta manera:

—La Congregación necesita una purga. Lo primero es cerrar la casa a toda mujer. No duerma ninguna en casa; que no venga ninguna a dormir a casa. Tómese esto en seria consideración. En segundo lugar es preciso cuidar que lo establecido, para separar a las Hermanas, se lleve a cabo lo antes posible, pues es cosa de suma importancia... Debido a informes que llegaron a **[415]** Roma, algunos de la Congregación de Obispos y Regulares propusieron una visita apostólica, que se habría llevado a efecto, de no haberlo impedido el Padre Santo. Una visita de esta clase habría sido en desdoro de nuestra fama. Fue la causa el hecho siguiente. Se denunció a la Santa Sede algo lúbrico, con visos de verosímil; pero que afortunadamente no respondía a la verdad. Que un Salesiano, el cual iba frecuentemente por los talleres de costura de las Hermanas, había concertado la fuga con una de ellas; pero que, por causa imprevista, falló el golpe. Este fue en sustancia el contenido del informe. Todo esto fue referido por escrito al cardenal Ferrieri, el cual propuso al Padre Santo la mencionada visita.

Propuso después don Francisco Cerruti que se fijase un tiempo para realizar las obras necesarias de la separación de las Hermanas, y don Bosco contestó:

—Os doy un año a partir del día de hoy. Finalizado el año, se hará una visita oficial, para ver si se ha cumplido o para dar prisa al cumplimiento de las obras.

Al discutirse el tema de las ordenanzas profesionales y las vocaciones religiosas de los aprendices, se trató de la conveniencia de alejar a los sujetos peligrosos.

—Convendría hacer, dijo don Bosco, lo que le vi hacer a cierto sujeto con el trigo. Estaba yo viendo cribar el trigo y había muchas personas ocupadas en esta tarea.

—Quiero aprender a cribar el trigo, dije.

—Bueno, me contestaron, haga lo que hacemos nosotros.

Uno tenía un saco y echaba el trigo en la criba. Otro la zarandeaba y caía abajo tanta granza que yo creía completamente acabada la operación. Pero aquel trigo se pasaba a otra criba, y aún caían residuos. Creí que ya bastaba; pero no era así. Una tercera criba, más fina, dejó caer todavía algunas impurezas.

—Ahora ya estará bien, dije yo; lo demás será perder tiempo.

—No, mire, fíjese bien. Este trigo no está limpio; estos granitos,

que parecen bastante buenos, si usted se fija bien, verá que están averiados. No se pueden limpiar **[416]** con la criba; hay que tener paciencia, y apartar con las manos todos estos granos, que echarían a perder la futura mies.

—Esto es lo que hay que hacer para conservar la moralidad... Sin embargo, no se tome la cosa demasiado a la letra; todos deben procurar esta limpieza según las propias fuerzas.

Refiriéndose después, de manera específica, a los aspirantes al sacerdocio, advirtió a todos confidencialmente que nunca se aceptase para el estado eclesiástico a quien hubiese tenido la desgracia de ir a lugares de mala vida.

En la última sesión, se detuvo en hacer diversas recomendaciones, que extraeremos de las actas, cambiando solamente algo la forma.

1.º Hemos de industriarnos para conocer y adaptarnos a nuestros tiempos, esto es: respetar a los hombres y, por consiguiente, hablar bien de las Autoridades, mientras se pueda, y, si no, callar. Si hay alguna buena razón, hacerla valer en privado. Y lo que se dice de las Autoridades civiles, dígase con mucha más razón de la Autoridad eclesiástica. Trátese de respetarla y hacerla respetar; se la sostenga aun con sacrificio. Con el tiempo y la paciencia Dios recompensará estos sacrificios.

2.º Hasta ahora podíamos ir con la frente alta en cuanto a moralidad. Recientemente alguna actuación imprudente nos ha comprometido un poco. Nuestro buen nombre se recobra; pero los Directores, que son los responsables ante el público, apliquen todos sus esfuerzos para que se guarde la moralidad. Los medios son las reglas y las deliberaciones, que ellos y sus súbditos deben observar. Mas para ello es necesario conocerlas. Por tanto, procúrese darlas a conocer en las dos conferencias mensuales. No se requieren doctas conferencias: basta leerlas y añadir, después, una breve exhortación y explicación. Una de las cosas fundamentales que más se debe inculcar, es la moralidad. Si podemos lograr que, después de la cena, se vaya a descansar, es una gran ganancia para **[417]** la moralidad. Es ése el momento de las confabulaciones. Así, el que se haga silencio absoluto, desde la noche hasta la mañana, es una gran ganancia. Dígase lo mismo de las relaciones epistolares con los externos. Recordar a los Hermanos que las faltas contra la moralidad comprometen a la casa y a la Congregación, no sólo ante Dios, sino también ante el mundo. Ante Dios se pierde el alma; ante el mundo, el honor.

3.º *Nemo repente fit summus, nemo repente fit malus.* (Nadie se hace perfecto de repente, nadie se hace malo de repente). Por consi-

guiente, atención a los principios, para impedir males mayores después. Lo dice la experiencia. Si alguien puso en apuros al Director y a la casa, empezó por dejar la meditación, las prácticas de piedad; después vino algún periódico, alguna amistad particular. ¡En una palabra, desórdenes!

4.º Recuerden además los Directores que son responsables de la moralidad propia, la de los Hermanos y la de los jóvenes. Estos son pequeños y no hablan; pero, cuando se encuentran con los parientes, dicen y aumentan, si es menester, con detrimento de nuestro aprecio y de la gloria de Dios. Hay ciertas demostraciones inocentes de afecto con los jovencitos que el Superior puede permitirse, pero no otros y únicamente con el fin de encauzarlos al bien.

5.º Tocante a castigos, insístase siempre en que se practique el sistema preventivo. Sucede que algunos abofetean y castigan a los jóvenes durante una semana entera. Recuérdese que el maestro puede reprender, reprochar, pero no dar castigos corporales. Dé parte al Director, el cual aplicará el sistema preventivo. Sucede a menudo que los jóvenes son menos culpables de lo que se cree, como lo demuestra la experiencia.

—¿Los hay que desean castigar? Corrija el Director, pero jamás en público, ni delante de los jóvenes. Hablando a solas es más fácil obtener que se dobleguen a la voluntad del Superior y al sistema preventivo. De este modo se obtendrán algunos beneficios. a) Se ganará la confianza de los jóvenes. b) Aumentaremos el número de las vocaciones. c) Cuando salgan, tendremos amigos; de lo contrario, enemigos. d) Nunca se harán peores; **[418]** darán buen ejemplo o no lo darán malo.

6.º No pretendan los Superiores de las casas que todos sus hermanos sean perfectos. Háganles de padres, ayúdenlos, encamínenlos a la perfección. Al principio, podía don Bosco ir a visitar a menudo las casas y dirigir personalmente. Ahora aténgase el Director a las Reglas y no trate nunca ásperamente a nadie, diciendo, por ejemplo: Así o afuera. Tenga caridad y, si hay alguno que no se adapta a la casa, escríbase al Superior General, que lo arreglará todo.

Al llegar aquí, don Celestino Durando preguntó sobre nuestra participación en las elecciones administrativas. Don Bosco contestó:

—Por sistema siempre me abstuve. Me ha parecido que no eran útiles. Esta ha sido la norma seguida. De ordinario, no se vaya a votar. Si hace falta o se estima conveniente, váyase; pero privadamente. En las casas, que de alguna manera dependen del Ayuntamiento, no se vaya nunca.

Concluyó así:

—Cuando volváis a vuestras casas, saludad a los Hermanos y a todos los jovencitos. Llevad con vosotros el pensamiento de que la gloria de la Congregación va con vosotros: todo está en vuestras manos. La ayuda de Dios no faltará. Tenéis en Turín unos amigos y un padre. Rezad por él y él no os olvidará en la santa misa.

Ya se había preparado y aprobado el decreto, por el que se concedía al Capítulo Superior la facultad de completar los acuerdos tomados en sus modalidades y precisar otras cosas no determinadas del todo; antes de ir a la iglesia para el canto del *Te Deum* y la bendición se pusieron las firmas. Las deliberaciones se publicaron después con las del cuarto Capítulo General celebrado en el 1886.

Para conocer las ideas de don Bosco, se nos abre, de ahora en adelante, una nueva fuente con las actas del Capítulo Superior. Están contenidas en un voluminoso registro, donde el secretario escribía vez por vez una breve relación de las sesiones, poniendo especial cuidado en recoger, si no absolutamente **[419]** todas las palabras exactas, por lo menos los conceptos expresados por el Santo. Estas relaciones comprenden desde el día 14 de diciembre de 1883 hasta más allá de la muerte del Siervo de Dios.

Era Secretario del Capítulo Superior y, al mismo tiempo secretario particular de don Bosco, don Juan Bautista Lemoyne. Llegó al Oratorio en otoño de 1883 y fue substituido como director de las Hermanas en Nizza Monferrato por don Luis Bussi. Siguió en el Oratorio, sin moverse hasta el término de sus días. Don Bosco le tenía gran consideración y le honraba con mucha confianza, como puede colegirse de ciertas palabras, que le dijo en los primeros días de su nuevo cargo.

—¿Por cuánto tiempo, le preguntó, piensas quedarte con don Bosco en el Oratorio?

—Hasta el fin de los siglos, contestó Lemoyne.

—Pues bien, te confío mi pobre persona. Ten caridad especialmente en escucharme. Yo no tendré secretos para ti, ni los de mi corazón ni los de la Congregación. Cuando llegue mi última hora, necesito un amigo íntimo para decirle mi última palabra con toda confianza.

Las reuniones del Capítulo Superior ordinariamente se celebraban en la habitación de don Bosco. En las actas de 1883, se hace mención sólo de dos sesiones y, en ambas, se leen observaciones del Santo, de algunas de las cuales podemos aprovecharnos.

El 14 de diciembre se habló de convertir en parroquia nuestra iglesia de Sampierdarena. Don Bosco enumeró los inconvenientes de-

rivados de una parroquia aneja a un colegio de jóvenes: 1.º Se pierde la armonía, más aún, acarrea desorden en la casa, a la que afluye toda suerte de personas. 2.º Las funciones parroquiales no son compatibles con la presencia de los alumnos. 3.º La administración y cuidados de la fábrica puede imponer en ciertas circunstancias a los jóvenes la necesidad de despejar una determinada parte de la iglesia, por ejemplo, en la fiesta del *Corpus Christi,* y esto merma nuestros derechos de propietarios. En Sampierdarena, además, añadíase que el local anteriormente destinado al **[420]** personal de la parroquia había sido ocupado por los alumnos, cuyo número había ido aumentando, y, por consiguiente, ocupando la iglesia, e impidiendo entrar en ella a una parte de la población, de suerte que se hacía necesaria una nueva capilla para sus funciones. Pero el punto sustancial estaba en que los jóvenes no debían, por las exigencias de su educación, enseñanza, disciplina, y moralidad, tomar parte en las funciones públicas de una iglesia parroquial. Así pues, se determinó, por entonces, escribir al Arzobispo de Génova comunicándole que, antes de la erección de aquella parroquia, hacían falta tres cosas: un despacho para el párroco, independiente del colegio; una nueva capilla para los alumnos y una nueva casa para el creciente número de éstos.

En la sesión del día veinticuatro de diciembre, manifestó el Director del Oratorio, don José Lazzero, que, por las múltiples ocupaciones, no había podido tener el coloquio espiritual de los coadjutores; don Bosco encontró justa la razón, pero añadió que la habilidad de un superior no consiste solamente en hacer, sino también en hacer que hagan los otros.

—Por ejemplo, dijo, la correspondencia es una cosa muy pesada. Si él pudiese despacharla toda personalmente, sería estupendo; pero eso no es posible. Don José Lazzero debe buscar un secretario de confianza que lea las cartas y las apostille, indicando de qué tratan. Tome después esas cartas y las pase a los diversos despachos, según el contenido de las acotaciones. Muchas respuestas puede hacerlas el prefecto de los externos, como cuando se trata de admisión de alumnos, reducción de pensiones y otros asuntos semejantes. A cada uno su papel. Todos deben estar de acuerdo para ayudarse unos a otros. Estúdiese la manera de disminuir el trabajo, procurando que se proceda en todo con exactitud. Don José Lazzero debe seguir el consejo que daba Jetró a Moisés [1].

---

[1] Jetró, suegro de Moisés, dio al yerno el buen consejo de crear magistrados que juzgaran las causas menores (*Ex. XVIII,* 19-23).

En la misma sesión, tomó don Bosco la palabra para hablar de la economía en las construcciones concernientes a la iglesia de **[421]** San Juan Evangelista, el hospicio anejo y el nuevo edificio levantado en el Oratorio para la tipografía. Encontraba demasiado lujosos los farolillos para el alumbrado de gas; notaba que el despacho del director de la tipografía parecía un bazar, con los armarios de nogal y cortinas en las ventanas. Y concluía:

—¿Quién dará todavía limosnas, viendo tanto lujo? El marqués de Fassati y el conde Giriodi exclamaron, al ver en el Oratorio una puerta elegante: ¡Yo ya no doy más; esto es cosa de marqueses! Verdad es que lo dijeron riendo y siguieron siendo buenos amigos; pero me basta que lo dijeran para saber cómo proceder.

Después de otras observaciones siguió diciendo:

—Es necesario estudiar a fondo las obras antes de empezarlas y conviene que todos vayan de acuerdo para no multiplicar los gastos. Algunas de nuestras construcciones, según dicen todos, a fuerza de hacer y deshacer, cuestan el doble de lo que le costarían a una persona particular. Por tanto: 1.º Dado que, con motivo de los fríos invernales, se suspendieron las obras de albañilería en la casa de San Juan, procúrese que un perito provea de madera, hierro, ventanas y demás, para que, cuando llegue el buen tiempo, no se pierda tiempo y se tarden tres años en hacer lo que otros llevarían a cabo en un solo año. 2.º Confíense las obras a una empresa constructora y no se ejecuten por administración, pero poniendo buenos vigilantes. 3.º De ordinario, salvo casos de necesidad (por ejemplo, en los últimos pisos), yo no permitiría las vigas de hierro que sostienen las bovedillas, para impedir la excesiva sonoridad de los locales. 4.º Antes de empezar las obras, procúrese que los técnicos hayan estudiado a fondo y aprobado los proyectos.

Don Bosco terminó recomendando cuatro cosas: 1.º Recordemos que somos pobres; 2.º Antes de ejecutar una obra, estúdiese bien el proyecto; 3.º Antes de ejecutar los proyectos estudiados, preséntense a don Bosco y al Capítulo Superior; de lo contrario, no quiero saber nada de ellos; 4.º Téngase en cuenta las críticas que puedan hacerse a nuestras obras.

Las cartas, que decíamos, son veinticuatro y ocho de ellas en francés.

[422] **1. Al coadjutor José Rossi**

El turinés señor Manati, deseoso de obtener la cruz de caballero, condonó un considerable crédito, que tenía con el Oratorio por cier-

tos suministros, entregando los recibos correspondientes a las facturas, que fueron presentadas en la Secretaría general de la Orden Mauriciana para documentar su título de benemerencia. El señor Correnti, Secretario general de la Orden, siempre dispuesto a favorecer a don Bosco, no se opuso; pero después, habiendo surgido dificultades que llevaron a la suspensión de la gestión, aquel señor amenazaba con exigir el pago de sus facturas. El coadjutor Rossi, agente ordinario de don Bosco para muchos asuntos, informó de ello al Santo, que se encontraba en Niza, y recibió esta respuesta:

Mi querido José Rossi:

Para que nuestros asuntos no pasen a manos ajenas, escribo yo mismo y así quedan secretas nuestras confidencias.

Di al señor Manati que yo cumplí la gestión: todo quedó estipulado. Había hecho el recibo de que el dinero había sido definitivamente condonado. En el Ministerio, o mejor en el Consejo de la Orden Mauriciana, se pidieron noticias sobre el pasado y, no obstante las certificaciones de S. E. el Comendador Correnti, no se contestó negativamente, pero que, por ahora, conviene suspender, es decir, diferir la gestión para no hacer nada que no convenga. Al presente, si el señor Manati pretendiese el pago de facturas condonadas, cuyo recibo está en la mencionada Oficina, no haría ningún buen papel, y yo tendría que explicar todo lo sucedido. Por otra parte, cuando yo esté de vuelta en Turín, hablaré con este señor, y estoy convencido de que todos los pasos dados y las muchas palabras y papel gastados por él en Roma y en Turín no querrá que hayan sido en balde.

Pero si pretendiese la devolución del dinero condonado, antes de llegar a cuestiones de esta clase, estoy dispuesto a darle hasta el último céntimo; mas esto lo haré tan pronto como vuelva, lo cual no puede estar muy lejos.

Cuida de tu salud, y reza por mí, que siempre seré tuyo en J. C.

Niza, 17 de febrero de 1883.

Afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[423] 2. A don Orestes Pariani

Este generoso Cooperador salesiano había enviado a Turín una limosna para la iglesia del Sagrado Corazón, cuando don Bosco llevaba ya mes y medio en Francia. Su carta lo alcanzó en Marsella, desde donde le envió esta hermosa respuesta.

Muy querido don O. Pariani:

Después de un largo rodeo, llegó a mis manos su carta en esta ciudad, y me es muy grato destinar un momento para contestarle. He recibido la generosa limosna que V. S. y su caritativa tía hacen para continuar las obras de la iglesia y el hospicio del Sagrado Corazón de Jesús en Roma. Bendito sea Dios, que les inspiró una obra

tan buena. Dice El en el Evangelio: *Date et dabitur vobis, et dabitur centuplum in mundo et vitam aeternam possidébitis* (Dad y se os dará, se os dará el céntuplo en el mundo y poseeréis la vida eterna). Pero V. S. ya ha dado; así que toca a Dios darles una gran recompensa a V. S. y a su señora tía.

V. S. no actúa según el uso del mundo, dejando que lo hagan otros después de nosotros. Es éste un lazo del enemigo del alma para inducirnos a no hacer nada. ¡Cuántos se dejan engañar!

Mientras tanto, cada día tendré un recuerdo particular en la santa misa y es mi intención que ambos participen de las oraciones y de todas las buenas obras, que hacen y harán los Salesianos. ¿Vendrán este año para la fiesta de María Auxiliadora? Así lo espero y les aguardo con sumo agrado.

Dios les bendiga y María les proteja, mientras con verdadera gratitud me profeso,

Marsella, 22 de marzo de 1883.

Afmo. en J. C.,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

3. Al barón Ricci

El barón Feliciano Ricci des Ferres tenía pensado legar a don Bosco en testamento la cantidad de veinte mil liras para la nueva iglesia, que se proyectaba construir junto al hospicio de Niza; pero después, pensándolo mejor, juzgó más oportuno entregar a plazos, en vida, lo que se proponía dejar después de la muerte. Para tratar el asunto, **[424]** había preguntado a don Bosco qué día y qué hora podría recibirle. Don Bosco le respondió:

Queridísimo señor Barón:

Le agradezco su apreciada carta. Le aguardo con sumo gusto en cualquier momento que pueda venir. Usted no tiene que pedir día ni hora. Venga y se le recibirá al momento.

De lo demás ya hablaremos.

Dios le bendiga y le guarde. Créame en J. C.

Turín, 1.º de junio de 1883.

Afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Ocho días más tarde, en su día onomástico, llevó el Barón la mitad de la cantidad a don Bosco, el cual le entregó este escrito a manera de recibo:

El que suscribe declara, muy agradecido, haber recibido del Ilmo. señor Barón *Feliciano Ricci des Ferres* la cantidad de diez mil liras. Esta cantidad es la mitad del donativo que el mencionado señor Barón tendría intención de legar al suscrito reverendo Juan Bosco, para ayudarle en sus empresas, con el deseo de que se emplee con

preferencia en la construcción de la proyectada nueva iglesia en la casa de San Pedro en Niza. El benéfico donante, que sabe muy bien el gran valor que tienen ante Dios los donativos hechos en vida, empieza a anticipar dicha cantidad, reservándose ofrecer las diez mil liras restantes, si todavía viviere, cuando se lleve a cabo dicha nueva iglesia. El que suscribe da las más expresivas gracias y ruega y hace que sus jovencitos rueguen al supremo Remunerador por el insigne bienhechor y se encarga muy gustoso de celebrar diez misas por las necesidades espirituales y temporales del mismo y de los de su familia, esposa, hijos y nueras.

En este hermoso día de san Feliciano, onomástico del benemérito donante y aniversario de la Consagración de la iglesia de María Auxiliadora en Valdocco, toda la Sociedad Salesiana y sus numerosos alumnos hacen los más cordiales augurios de las más selectas bendiciones al noble señor Barón Feliciano, y presentan a María Auxiliadora sus más ardientes deseos de que se digne confirmar sus sinceros augurios con su poderosa intercesión.

Turín, a 9 de junio de 1883.

Atento y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[425] En esta otra carta al mismo, tenemos una prueba de la inflexibilidad de don Bosco en querer alejados del Oratorio los jóvenes que, con su mala conducta, pudieran escandalizar a los compañeros.

Muy querido señor Barón:

Con mucho gusto condescendería a la readmisión del joven Verdi, si no fuera por el unánime parecer de los Superiores de esta casa, que afirman que no se le puede conceder.

Es voto confidencial de sus superiores que, con su conducta, ha causado mucho daño a sus compañeros, y que podría, en el momento menos pensado, comprometer a toda la casa del Oratorio.

Usted sabe que esta casa está siempre abierta para sus recomendados, así que envíe otro, en lugar de Verdi, y será recibido inmediatamente.

Dios le bendiga, mi siempre querido señor Barón, y dígnese rezar por mí, que siempre seré con todo afecto y gratitud en J. C.

Oratorio de San Benigno, 2 de octubre de 1883.

Su afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

A pesar de que había cerrado al joven las puertas del Oratorio, en atención a su bienhechor y con la esperanza de que la severa lección produjese buen resultado, consintió en probar si su recomendado mudaba de vida en Sampierdarena. Después de comunicar esto al Barón, le asaltó hábilmente para que le llevase las restantes diez mil liras, que necesitaba para los gastos de la expedición de los misioneros.

Carísimo señor Barón:

Su carta nos pone a usted, querido Barón, y a mí en un apuro.

Con la confianza de dar a usted una satisfacción, acepto al joven Verdi para la casa de San Pier d'Arena; y, en este sentido, se escribirá al interesado con las advertencias del caso.

Pero ahora salga usted del apuro como pueda. Necesito, por lo menos, diez mil liras para cubrir los gastos de la expedición de treinta misioneros, entre sacerdotes y catequistas, para Patagonia. Y esto tiene que efectuarse el día doce del próximo noviembre.

Como verá por los periódicos, el Padre Santo ha dividido Patagonia y las islas adyacentes en tres Vicariatos apostólicos. Entregó todo el cuidado a los Salesianos, pero ni un céntimo.

[426] Ahora ponga usted todas las condiciones que su caridad estime oportunas, con tal de que, en este caso excepcional, acuda en socorro de nuestra expedición, que es lo mismo que socorrer al Padre Santo y a la Congregación de la Propaganda Fide, que en los tiempos que atravesamos no están en condiciones de prestarme la menor ayuda.

Dios le bendiga y le conceda el céntuplo por toda su caridad y considéreme siempre con gratitud y estima en N. S. J. C.

Turín, 11 de octubre de 1883.

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

4. A la señora Fava

La señora Anita Fava Bertolotti quedóse viuda en 1880, y nunca dejó de socorrer al Oratorio. Para su día onomástico, don Bosco no le envía flores (que ya se las preparan los ángeles en el paraíso), sino augurios, acción de gracias y promesa de oraciones.

Benemérita Señora:

Santa Ana, ruega por nosotros.

Me siento feliz de que el día veintiséis de este mes vaya santa Ana a visitarla, y le lleve salud, santidad y perfecta paz de espíritu. ¿Y para la señorita María? Que crezca fuerte, robusta, virtuosa, para que sea el consuelo de su buena madre hasta la más avanzada edad.

Así, pues, que el buen Dios recompense con largueza toda la caridad, que nos ha dispensado en el pasado y sigue dispensándonos ahora, y yo procuraré agradecérselo de una manera particular, celebrando aquel día (26) la santa misa según su intención. El ramito de flores lo harán los ángeles y se lo presentarán cuando haga su ingreso en el Paraíso.

Tenga a bien rezar por mí y por esta nuestra familia, que aumenta cada día y créame en J. C.

Turín, 22 de julio de 1883.

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

5. Al cardenal Nina

Don Francisco Dalmazzo había comunicado a don Bosco que el Cardenal Protector pensaba ir a Turín en septiembre. **[427]** El Santo, lleno de alegría, le ofreció con la más exquisita cortesía su modesta hospitalidad en el Oratorio. Pero aquella visita se quedó en un piadoso deseo.

Eminencia Reverendísima:

Don Francisco Dalmazzo me ha dado una noticia que, de ser cierta, nos daría la ocasión de celebrar una gran fiesta: que V. E. vendrá a Turín en septiembre; ¡qué satisfacción, qué música, qué banda entre nosotros!

Puestos ya ante la realidad de las cosas, tendría una pregunta que hacerle. ¿Se dignaría V. E. aceptar una habitación en nuestro Oratorio, quiero decir en esta casa de Valdocco? Lo desearían ardientemente todos sus hijos Salesianos.

Todo lo demás se organizaría a gusto de V. E.

En estos días, V. E. se ha tomado muchas molestias por nosotros, especialmente por don Juan Bonetti, que le profesa la más profunda gratitud.

Al presente, se trata en la Congregación de Propaganda el asunto de las Misiones de Patagonia, dividida en tres Vicariatos Apostólicos. Haré preparar una copia con toda la documentación y después consideraré para mí un gran deber el hacer que llegue a manos de V. E.

No sé cómo expresarle el entusiasmo, con que fue recibido el nombramiento del cardenal Alimonda para Arzobispo de Turín. Hará época en la historia de esta nuestra Archidiócesis.

Volviendo al anhelado viaje de V. E. a Turín, he de decirle que no se puede elegir mejor clima que el de esa época. No hace frío, ni calor, hay toda clase de frutas maduras y oportunidad para amenos paseos, que podrán ser útiles para mejorar su delicada salud. En fin, deseamos ardientemente su venida entre nosotros y haremos cuanto podamos para que le sea agradable y útil también para esta nuestra ciudad.

Le escribiré sobre otras cosas cuanto antes.

Mientras tanto, con la más profunda gratitud, tengo el alto honor de poderme profesar en nombre de todos los Salesianos,

De V. E. Rvma.

Turín, 31 de julio de 1883.

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

6. A don Ludovico Tallandini

Don Ludovico Tallandini, párroco de Santa María de la Paz, en Bagnacavallo, ciudad próxima a Faenza, fue siempre muy amigo de don Bosco y de los Salesianos.

[428] *Muy apreciado don Ludovico Tallandini:*

Bendito sea Dios en todo. Verdaderamente la Santísima Virgen es nuestro auxilio. Démosle mil veces las gracias de todo corazón.

He recibido ciento veinte francos por varias de sus intenciones y, especialmente, por la maravillosa exención del servicio militar de su sobrino. Dios se lo pague.

Y ahora a lo nuestro. Usted sabe cuán difícil se está haciendo en esa tierra el sagrado ministerio. Haga lo que pueda. Dios está con nosotros. Don Juan Bautista Rinaldi dirá lo que me parece oportuno. Pero ánimo y sacrificios.

La gracia del Serñor esté siempre con usted y con toda su familia y créame en J. C.

Turín, 17 de septiembre de 1883.

Afmo. amigo en J. C.,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

7. Al estudiante Francisco Margotti

Esta carta es el único documento por el que sabemos de un viaje de don Bosco a Niza después del día diecisiete de septiembre, pues, hasta este día, existen cartas fechadas en Turín. En una carta del Obispo de Lieja, que los lectores encontrarán en el volumen próximo con fecha del ocho de septiembre, se hace alusión a la futura presencia de don Bosco en Niza para el día quince. Volvería a salir de allí el lunes, día veinticuatro. Desde Niza escribe a un sobrino del teólogo Margotti de San Remo, alumno del colegio de Valsálice.

Mi querido Paquito:

¡Cuántas cosas interesantes me escribes en nombre de tu respetable familia! Esto aumenta mi gran disgusto, al no poder aceptar la amable invitación que me haces y que estaba de acuerdo con mi deseo. No puedo detenerme, sólo pasaré por San Remo el lunes a hora avanzada. Paciencia. Nos desquitaremos en Turín.

Tú puedes hacerme un gran favor y te lo pido. Preséntate a papá y a mamá, ofréceles mis respetuosos saludos y asegúrales que rezo por ellos y por mi limosnera la señorita Magdalena y por la familia, que veranea contigo.

Dios te bendiga, querido Paquito, y la Santísima Virgen te proteja en medio de tantos peligros, como va a encontrar en el mundo. Reza también por mí, que siempre seré en J. C. tu

Niza, 21 de septiembre de 1883.

Afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[429]

8. Al conde De Maistre

Eran muchos los que, desde todas partes, acudían a don Bosco en sus necesidades, pidiéndole oraciones; pero más lo hacían los que, como los De Maistre, se consideraban afortunados por gozar de su íntima familiaridad.

Queridísimo señor conde Eugenio:

Tan pronto como V. S. muy apreciada tuvo a bien comunicarme la noticia de la enfermedad de la señora Condesa Francisca de Maistre, he dado orden inmediatamente para que todas nuestras familias hicieran oraciones especiales, misas y comuniones por la curación de la paciente enferma.

No sé si Dios ha escuchado nuestras pobres oraciones, pero las continuaremos cada día y confiamos en su gran bondad. Le ruego haga llegar la estampita adjunta al señor conde Francisco. Dios bendiga a usted, a toda su familia, y los conserve a todos en salud y en su gracia.

Tenga a bien aceptar nuestro sincero agradecimiento por toda la caridad que nos hace, y añada también la de rezar por este pobre sacerdote, que siempre será en J. C.

San Benigno Canavese, 1.º de octubre de 1883.

Afmo. servidor y amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

9. A la señora Magliano

Le escribe a Busca, patria de don Marcos Nassò, que se encontraba entonces en su pueblo por motivos de salud y se lo recomienda. Don Marcos Nassò era un clérigo profeso desde hacía tres años. Fue un salesiano apreciado por su talento, su ciencia y su virtud. Había cursado el bachillerato clásico en el Oratorio [1].

Muy apreciada señora Magliano:

Con agrado he recibido su preciosa carta, que me trae sus noticias y bendigo al Señor porque son buenas.

El asunto del Oratorio festivo resultaría algo complicado, por lo cual **[430]** ha hecho bien en diferir las cosas, hasta que podamos hablar para ver de llegar a una conclusión duradera, por cuanto ello sea posible en esta mísera tierra.

Si el clérigo Nassò no tiene asuntos que lo entretengan en su patria, puede volver a Turín, pero cuando le venga bien.

Tenemos aquí en San Benigno a don Santiago Costamagna, que se une a los demás Salesianos para ofrecer sus saludos y asegurarle sus oraciones comunitarias. Dios la conserve con salud y en su gracia y nos la devuelva a Turín alegre y santa.

Tenga a bien rezar por estos hijos suyos en Jesucristo, en cuyo nombre me profeso,

San Benigno, 4 de octubre de 1883.
Hasta el sábado.

Su atento y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[1] Una carta suya a don Bosco, en el día onomástico de 1879, cuando era alumno de cuarto curso, nos hace envidiar la dichosa confianza que los jóvenes del Oratorio tenían con su Padre (Apéndice, doc. núm. 90).

10. A don Juan Bautista Lemoyne

Cuando el conde Colle oyó el sueño sobre las Misiones Salesianas, en el que se había aparecido su hijo a don Bosco y le había hecho de guía, pidió al Santo que le enviase la narración, pero traducida al francés. Se la llevó en el mes de octubre don Miguel Rúa, que fue a ver al Conde para recoger dinero. Y, mientras el Santo daba prisas a don Juan Bautista Lemoyne para que terminara la redacción en italiano, escribía con la misma fecha al Conde: «Don Miguel Rúa llevará consigo la historia americana. Ha sido escrita con todos los detalles y no es breve. Don Camilo de Barruel se cuidará de hacer la traducción; pero, dado caso que él no la terminase a tiempo, la concluirá don Miguel Rúa».

Muy apreciado Lemoyne:

Hazme el favor de acabar el sueño de América y enviármelo pronto. El conde Colle lo desea, pero lo quiere traducido al francés, lo cual procuraré que se haga inmediatamente.

Me parece un siglo el tiempo pasado sin verte; lo mismo que a don Joaquín Berto, etc. Dios te bendiga.

Quiéreme en J. C. y reza por mí, que siempre soy tu

Turín, 15 de octubre de 1883.

Afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[431]

11. A la marquesa Fassati

Don Bosco había prometido una visita a la familia Fassati, que veraneaba en Pessione; pero, impedido por el ajetreo para la expedición de los misioneros, les envió un magnífico faisán que le habían regalado.

Ilma. Señora Marquesa:

La batahola de la salida de nuestros misioneros para Patagonia me impide en absoluto mi proyectado paseo al Pessione. Paciencia, este faisán es más afortunado que yo. Tenga a bien aceptarlo.

En la inminente novena de los Santos, no dejaremos de hacer oraciones especiales por usted, señora Marquesa, y por todos los suyos vivos y difuntos.

Que Dios la bendiga a usted y a toda su familia y tenga a bien rezar por este pobrecito, que siempre será en J. C. su

Turín, 22 de octubre de 1883.

Seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

12. A sor Filomena Medolago

Se trata de la viuda del conde Medolago, Albani, hija de los De Maistre, que se hizo religiosa, y de la que ya hemos hecho mención en otro lugar.

Dios la bendiga y ayude a llevar a cabo la obra de su santificación. Le doy cordiales gracias y esta mi familia rezará constantemente por usted, hasta que se encuentre con Jesús gozando los bienes que ni el mundo ni los enemigos de nuestra alma pueden ya arrebatarnos. Recemos, pues, y ayudémonos a salvar muchas almas para asegurar la eterna salvación de la nuestra.

María, sine labe concepta, ora pro nobis. (María, sin pecado concebida, ruega por nosotros).

Las bendiciones del cielo desciendan abundantemente sobre usted y sobre toda su comunidad religiosa. Así sea.

Turín, 30 de noviembre de 1883.

Afmo. en Jesucristo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[432]

13. A la condesa Uguccioni

Obtuvimos copia de esta carta a la condesa Jerónima Uguccioni y de muchas otras escritas anteriormente, que publicamos en el Apéndice, después de haber podido hacer los debidos cotejos con los originales en poder de los herederos.

Mi buena Mamá:

Estamos en la novena de María Inmaculada, durante la cual nuestra familia reza mañana y tarde según su intención, de modo particular por su hija la señora Emilia. Ruegue usted también y confíe.

El tiempo me apremia siempre, pero no me olvido de tener por usted, mi buena Mamá, un recuerdo especial cada mañana en la santa misa. Dios los bendiga a usted y a toda su familia; si tiene ocasión, presente mis humildes respetos a la señora marquesa Nerli, y tenga a bien rezar por este pobrecito, que siempre será en J. C. su

Turín, 30 de noviembre de 1883.

Agradecido como un hijo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

14. Al caballero Carlos Comaschi

Es ésta la última carta, de la que poseemos copia autenticada, a este gran amigo milanés de don Bosco [1].

[1] Véase vol. XIV, págs. 126 y 478. Lemoyne, en el vol. VIII de las *Mem. Biogr.* habla de él detenidamente págs. 263 y 264.

Muy apreciado Caballero:

Felices pascuas, mi siempre querido caballero Comaschi, felices pascuas, buen fin y buen principio de Año para usted, su señora y el querido Alfonso. Dios los bendiga a todos y conceda a cada uno buena salud y la perseverancia en el camino del paraíso.

Tenga a bien rezar por mí y por esta mi crecidísima familia, mientras con sumo gusto tengo el honor de poderme profesar,

De V. S. carísima

Turín, 19 de diciembre de 1883.

Afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[433]

15. A la Madre Daghero

La madre Catalina Daghero, Superiora General de las Hijas de María Auxiliadora, molesta por ciertos chismes, que corrían por las sacristías de Nizza Monferrato con respecto a las Hermanas y a su casa, escribió a don Bosco, al enviarle las felicitaciones de Navidad. Este le contestó de manera que quedara libre de toda aprensión; parece que la buena Superiora temía también haberle dado, sin darse cuenta de ello, algún motivo de descontento y le contestó tranquilizándola.

Rvda. Señora Madre General:

He recibido sus felicitaciones y las de las demás Hermanas y educandas.

Le doy gracias de corazón y pido a Dios que recompense con largueza la caridad, que me hacen con sus oraciones.

No haga caso de las palabras, que alguien hace correr sobre nuestras casas. Son cosas vagas, no bien entendidas, expuestas en diverso sentido. Por eso el que quiera algo que lo diga y hable claro.

Quede tranquila; cuando tengo que decir algo necesario, no encargo a nadie que lo diga, sino que lo digo o lo escribo yo mismo.

Dios le bendiga y conceda la perseverancia a usted, a sus Hermanas y a todas las educandas confiadas a sus cuidados. Y créanme en J. C.

Turín, 25 de diciembre de 1883.

Su humilde y s. s.,
JUAN BOSCO, *Pbro. Rec.*

16. A don Vicente Morbelli

Don Vicente Morbelli, arcipreste de Castelnuovo Bórmida en la diócesis de Acqui, había enviado a don Bosco la cantidad de cinco mil liras para pagar una de las columnas de la iglesia del Sagrado Corazón en Roma. El Santo, en vez de manifestarle su gratitud con una carta,

lo hizo en forma graciosa, por medio de un epígrafe compuesto por él, en **[434]** el que ensalzaba la generosidad del donante y explicaba el significado de su donativo.

PARA LA PERPETUA MEMORIA
DE LA RELIGION CATOLICA

HOMENAJE PERENNE DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS
EN MEMORIA DEL GRAN PONTIFICE
PIO IX
HONRA DE LA DIOCESIS DE ACQUI
EDIFICACION DE LOS VENIDEROS
Y ESPECIALMENTE DE SUS AMADOS FELIGRESES
Y HONRA DE SU FAMILIA
EL RVDO. DON VICENTE MORBELLI
ESTA COLUMNA
LEVANTA Y DEDICA EL AÑO 1883 DE LA ERA VULGAR

La cuarta columna, a mano derecha de quien se dirige hacia el altar mayor, lleva grabada en su base esta inscripción: *Don Vicente Morbelli, párroco.*

17. Cartas francesas

Entre las cartas, que don Bosco escribió en francés en el 1883, hay un grupito, de las que aquí damos una breve nota y cuyo texto publicamos al final del volumen.

En el mes de agosto escribía a la condesa de Beaulaincourt Les Roches, que vivía en Argentré, distrito de Mayenne, y le había enviado mil francos; se refería a una gracia que deseaba obtener y que tardaba en llegar. Era una gracia espiritual. El hijo mayor de la condesa servía en el ejército colonial y había perdido la fe. Preocupada por los peligros del alma y del cuerpo, a los que estaba expuesto, la madre, Cooperadora salesiana desde hacía algunos años, lo recomendaba con insistencia a las oraciones del don Bosco. «El Señor nos **[435]** escuchará sin duda, le dice en la carta [1], pero cuando El vea que la gracia es un bien para nosotros. El Señor es padre poderoso y bondadísimo, ¿querría concedernos una gracia que fuese para nosotros una desgracia?». La gracia fue obtenida el año 1886, en el cual regresó el hijo de las colonias, se casó ante el altar y comenzó una vida de buen cristiano [2].

[1] Véase Apéndice, doc. núm. 91.
[2] Carta de la Condesa a don Juan Bautista Lemoyne, Argentré, 12 de febrero de 1891.

En otra carta, don Bosco da las gracias, bendice y recomienda a la Virgen a un comerciante de Aire [1].

Hemos encontrado ya varias veces a la señora Quisard Villeneuve, Cooperadora de Lyón; nos quedan por ver cinco cartas de este año dirigidas a ella y otra para su hijo. Es maravilloso el hecho de estas familias francesas ligadas a don Bosco con un afecto y veneración tan grandes, como no podría imaginarse. También le estimulaba la señora Quisard a que fuera a ver al conde de Chambord; pero él le contestó: «En este momento no me permite la salud hacer viajes. No estoy propiamente enfermo, pero no puedo salir de mi habitación».

La señora acariciaba la idea de una peregrinación a Turín con su marido y la familia para rezar en el santuario de María Auxiliadora y hablar con el Siervo de Dios acerca de los intereses del alma. Y don Bosco le escribió:

—De mil amores estaré aquí los días cinco y seis de agosto y me pondré a su disposición para cuanto le pareciere bien para gloria de Dios y provecho de nuestras almas».

Después de aquel viaje, pasaron dos meses sin cartas. El día veintitrés de octubre escribía a la madre y al hijo, llamando a éste su «pequeño amigo» y «futuro salesiano»; luego añadía: «Tengo plena confianza de que, con el correr del tiempo, su señor marido querrá repetir la visita que quiso hacernos, renovándonos la satisfacción de ver a una familia verdaderamente cristiana, que practica de modo ejemplar la religión católica».

[436] La señora envió trescientos cincuenta francos para los misioneros y mil cincuenta para Navidad. Al darle las gracias por el segundo envío (para el anterior le había dado las gracias con una breve circular litografiada), le decía: «Es el Angel Custodio quien le sugirió acudir en nuestra ayuda. Nos faltaba realmente lo necesario para vestir a nuestros muchachos este invierno. Usted, caritativa señora, nos ha dado con largueza y con largueza sin duda le dará a usted, o mejor la recompensará, el Señor (...). La paz de Dios, la tranquilidad, la abundancia, la caridad, la salud y la santidad reinen siempre en su familia» [2].

---

[1] Véase Apéndice, doc. núm. 92.

[2] Véase Apéndice, doc. núm. 93 A-B-C-D-E-F.

APENDICE DE DOCUMENTOS

Nota: Nos parece útil recordar aquí al lector que los números entre corchetes [ ] no tienen que ver con la paginación del presente libro: indican el inicio de la página correspondiente al original italiano, para facilitar la búsqueda de las innumerable citas de las *Memorias Biográficas* (*M. B.*), que aparecen en la literatura salesiana y en documentos oficiales de la Congregación Salesiana. (*N. del T.*).

[439] 1

Castigos a imponer en las Casas Salesianas

Queridos hijos míos:

A menudo y de diversas partes me llegan peticiones y ruegos, para que dé algunas reglas a los Directores, a los Prefectos, a los Maestros, que les sirvan de norma en el difícil caso en que hubiese que imponer algún castigo en nuestras casas. Conocéis los tiempos en que nos encontramos y con qué facilidad puede una pequeña imprudencia acarrear gravísimas consecuencias.

Así, pues, con el deseo de satisfacer vuestra petición y libraros a vosotros y a mí, de dolorosos disgustos y, más aún, para hacer el mayor bien posible a los jovencitos, que la divina Providencia confiará a nuestros cuidados, os envío unas normas y consejos, que si, como espero, procuráis practicarlos, os ayudarán mucho en la santa y ardua labor de la educación religiosa, moral y científica.

En general, el sistema que nosotros debemos emplear es el llamado *preventivo,* que consiste en disponer los ánimos de nuestros alumnos de manera que, sin violencia alguna exterior, tengan que someterse a hacer nuestra voluntad. Con este sistema, quiero deciros que nunca hay que emplear *medios coercitivos,* sino siempre y sólo los de la persuasión y la caridad.

Pero si la naturaleza humana, demasiado inclinada al mal, necesita a veces ser apremiada por la severidad, me parece bien proponeros algunos medios, que, así lo espero, nos darán, con la ayuda de Dios, resultado satisfactorio. Ante todo, si queremos aparecer como amigos del verdadero bien de nuestros alumnos y obligarlos a cumplir su deber, es preciso no olvidéis nunca que representáis a los padres de esta querida juventud, que fue siempre la encantadora finalidad de mis ocupaciones, de **[440]** mis estudios, de mi ministerio sacerdotal y de nuestra Congregación Salesiana. Si, por tanto, sois verdaderos padres de vuestros alumnos, es menester que también tengáis corazón de padres, y que no acudáis nunca a la *reprensión* o *castigo* sin motivo y sin justicia. Y sólo a la manera de quien se resigna a ello a la fuerza o por cumplir un deber.

Quiero exponeros aquí cuáles son los verdaderos motivos, que deben induciros a la *reprensión,* y cuáles son los castigos a imponer y quiénes deben aplicarlos [1].

[1] Véase el Reglamento para las Casas de la Sociedad de San Francisco de Sales.

1.º No castiguéis nunca, sino después de haber agotado todos los otros medios.

¡Cuántas veces, queridos hijos míos, he tenido que convencerme de esta gran verdad en mi larga carrera! Ciertamente es más fácil irritarse que tener paciencia; amenazar a un niño que persuadirlo; más aún, diría que es más cómodo para nuestra impaciencia y nuestra soberbia, castigar a los que se nos resisten que corregirlos soportándolos con firmeza y benignidad. La caridad que os recomiendo es la que empleaba san Pablo con los fieles recién convertidos a la religión del Señor, y que, a menudo, le hacían llorar y suplicar cuando los veía menos dóciles y en armonía con su celo.

Por eso, recomiendo a todos los Directores que, ante todo usen la corrección paterna con nuestros queridos hijos, y que ésta se haga en *privado,* o, como suele decirse, *in cámera charitatis.* Jamás hay que reñir directamente en público, a no ser para impedir el escándalo, o repararlo cuando se hubiese dado.

Si, después de la primera amonestación, no se ve ningún provecho, háblese de ello con otro superior que tenga cierta influencia sobre el culpable y, finalmente, con el Señor. Yo querría que el salesiano fuese como Moisés, que se esfuerza para aplacar al Señor justamente indignado contra su pueblo de Israel. He visto que raras veces aprovecha un castigo repentino y dado sin haber buscado antes otros medios. Nada, dice san Gregorio, puede forzar un corazón, el cual es como una fortaleza inexpugnable, que precisa conquistar con afecto y con dulzura. Sed firmes en querer el bien e impedir el mal, pero siempre dulces y prudentes; y, además, sed constantes y amables, y veréis cómo Dios os hará dueños hasta del corazón más duro. Ya lo sé, ésta es una perfección, que no se encuentra frecuentemente en maestros y asistentes que, a menudo, son todavía jóvenes... Ellos no quieren tratar a los niños como convendría tratarlos: no harían más que castigar materialmente y, al no conseguir nada, dejan que todo se malogre o dan golpes con razón o sin ella.

Por esto, vemos a menudo propagarse el mal, difundirse el descontento hasta en los mejores y cómo el que desea corregir **[441]** queda impotente para cualquier buen resultado. Por eso, debo presentaros otra vez como ejemplo mi experiencia personal. Ha encontrado a menudo caracteres tan tercos, tan reacios a toda buena insinuación que no daban ninguna esperanza de salvación y veía la necesidad de tomar severas medidas con ellos, y sólo se sometieron por la caridad. A veces nos parece que un niño no saca provecho de nuestra corrección, mientras, por el contrario, siente en su corazón magnífica disposición para dejarse guiar, que nosotros malograríamos con un desacertado rigor y pretendiendo que el culpable se corrija de su falta *en seguida.* Os diré, ante todo, que tal vez él no cree tener tanta culpa por una falta, que cometió por ligereza, más que por malicia. Hablé muchas veces con algunos de estos pequeños rebeldes y, al tratarlos con benevolencia y preguntarles por qué se mostraban tan indóciles, me contestaron que lo hacían porque se les tenía rabia, como suele decirse, o porque un determinado superior los perseguía. Al informarme después de las cosas, con calma y sin preocupación, tenía que convencerme de que la culpa era menor de lo que parecía y, a veces, desaparecía casi por completo. Por lo cual, he de decir con pena que nosotros mismos teníamos siempre una parte de culpa en la escasa sumisión de tales muchachos. Vi también a menudo que los que exigían de sus alumnos silencio, castigo, exactitud y obediencia rápida y ciega, eran, sin embargo, los que violaban las saludables amonestaciones, que otros superiores y yo teníamos que hacer; y hube de convencerme de que los maestros que no perdonan nada a los alumnos, son después los que perdonan todo para sí mismos. Así, pues, si queremos saber

mandar, aprendamos antes a obedecer y procuremos hacernos amar antes que temer.

Y, cuando la *reprensión* es necesaria y hay que cambiar de sistema, ante ciertos caracteres, que es forzoso domar con el rigor, es preciso saber hacerlo de manera que no se trasluzca señal alguna de pasión. Y aquí viene espontánea la segunda recomendación, que yo titulo así:

2.º Procurad escoger el momento oportuno para las correcciones.

Cada cosa a su tiempo, dijo el Espíritu Santo, y yo os digo que, cuando se presenta una de estas necesidades, se precisa también una gran prudencia para saber elegir el momento oportuno de la reprensión, ya que las enfermedades del alma deben ser tratadas, al menos, como las del cuerpo. No hay nada más peligroso que un remedio mal aplicado o a destiempo. Un médico sapiente aguarda a que el enfermo se halle en condiciones para que se le aplique, y espera para ello el instante favorable. Y nosotros podremos conocerlo por la experiencia perfeccionada con la bondad del corazón. Esperad, ante todo, a ser dueños de vosotros mismos, no deis a conocer que obráis impulsados **[442]** por el mal humor o la cólera, porque entonces perderíais vuestra autoridad, y el castigo resultaría perjudicial.

Recuerdan los profanos el famoso dicho de Sócrates a un esclavo, del que no estaba contento: *Si no estuviese enfadado, te pegaría.* Los pequeños observadores, como son nuestros alumnos, captan inmediatamente por ligera que sea, la alteración del rostro o el tono de la voz, si es el celo de nuestro deber o el ardor de la pasión lo que encendió en nosotros aquel fuego. Entonces no se necesita más para hacer perder el buen efecto del castigo: ellos, aunque jovencitos, saben que no hay derecho a corregirlos más que con la razón. En segundo lugar, no castiguéis a un muchacho en el mismo instante en que falta, por temor a que, no pudiendo todavía confesar su culpa, vencer la pasión y percibir toda la importancia del castigo, no se exaspere y cometa otras faltas y más graves. Hay que darle tiempo a reflexionar, a recapacitar en su mundo interior, a ponderar toda su culpa y, al mismo tiempo, la justicia y necesidad del castigo, y así ponerle en condición de sacar provecho del mismo. Me ha hecho pensar la conducta, que el Señor quiso tener con san Pablo, cuando éste estaba todavía *spirans irae atque minarum* (enardecido en cólera y lanzando amenazas) contra los cristianos; y me pareció ver en ella la norma para nosotros, cuando topamos con corazones que recalcitran contra nuestras indicaciones. No lo derribó el buen Jesús *enseguida,* sino después de un largo viaje, después de haber podido reflexionar sobre su misión, lejos de cuantos habrían podido animarle a perseverar en la resolución de perseguir a los cristianos. Por el contrario, ya a las puertas de Damasco, se le manifiesta con toda su autoridad y poder y, al mismo tiempo, con fuerza y mansedumbre le abre el entendimiento, para que conozca su error. Y fue, precisamente en aquel momento, cuando se mudó la índole de Saulo perseguidor para convertirse en apóstol de las gentes y vaso de elección. En este divino ejemplo querría yo que se detuviesen mis queridos Salesianos, y con iluminada paciencia e industriosa caridad, aguardaran, en nombre de Dios, *el momento oportuno* para corregir a sus alumnos.

3.º No deis pie a la más mínima idea de que se actúa por pasión.

Difícilmente se mantiene, cuando se castiga, la calma necesaria para alejar toda duda de que se actúa para demostrar la propia autoridad o desahogar la pasión. Y cuanto mayor es el despecho con que se procede, tanto menos se da uno cuenta de

ello. El corazón de padre, que debemos tener, condena esta manera de actuar. Consideremos como hijos nuestros a aquéllos sobre los cuales hemos de ejercer alguna autoridad. Pongámonos casi a su servicio, como Jesús, que vino a obedecer y no a mandar, avergonzándonos de cuanto pudiera tener en nosotros el aire de dominadores; y no los dominemos más que para servirlos con mayor gusto. Así hacía Jesús con sus Apóstoles, tolerando su ignorancia y rudeza, su poca fidelidad y tratando a los pecadores con una **[443]** llaneza y familiaridad como para despertar estupor en unos, casi el escándalo en otros, y, en muchos, la santa esperanza de obtener el perdón de Dios. Por eso, nos dijo que aprendiéramos de El a ser *mansos y humildes de corazón.* Desde el momento en que son nuestros hijos, alejemos toda cólera cuando tenemos que corregir sus faltas, o al menos moderémosla de manera que parezca totalmente dominada. Ninguna agitación del ánimo, ningún desprecio en la mirada, ninguna injuria en los labios; sólo compasión para el momento y esperanza para el porvenir; así seréis verdaderos padres y lograréis una verdadera corrección.

En ciertos momentos muy graves, aprovecha más una recomendación a Dios, un acto de humildad ante El, que toda una tempestad de palabras, que, si por un lado no producen más que daño en quien las oye, por otro, no acarrean ningún provecho a quien las merece. Recordemos a nuestro divino Salvador, que perdonó a la ciudad, que no quiso recibirle dentro de sus murallas, a pesar de las insinuaciones, por su honor humillado, de aquellos dos celosos Apóstoles suyos, que de buena gana habrían querido verla fulminar en justo castigo. El Espíritu Santo nos recomienda esta calma con aquellas sublimes palabras de David: *Irascímini et nolite peccare.* Y, si a menudo vemos que fracasa nuestra labor, y que nuestro trabajo sólo produce abrojos y espinas, creedme, hijos míos, debemos achacarlo al defectuoso sistema de disciplina. No creo oportuno recordaros extensamente la solemne y práctica lección, que un día quiso Dios dar a su profeta Elías, que tenía un no sé qué de común con algunos de nosotros, en el ardor por la causa de Dios y en el celo inconsiderado por reprimir los escándalos, que veía propagarse en la casa de Israel. Vuestros superiores os lo podrán referir por extenso, tal y como se lee en el *libro de los Reyes;* yo me limito a la última expresión, que viene como anillo al dedo en nuestro caso, y es: *Non in commotione Dominus* (*I Re.,* XIX, 11), y que santa Teresa interpretaba: *Nada te turbe.*

Nuestro querido y manso san Francisco, lo sabéis, se había impuesto una severa regla, a saber, que su lengua no hablaría cuando el corazón estuviese agitado. En efecto, solía decir: «Temo perder, en un cuarto de hora, la poca dulzura que he acumulado durante veinte años gota a gota, como el rocío, en el vaso de mi pobre corazón. Una abeja tarda varios meses en hacer un poco de miel, que un hombre come de un bocado; y, además, ¿de qué sirve hablar a quien no entiende?». Cuando un día le reprocharon haber tratado con excesiva dulzura a un jovencito, que se había hecho culpable por una falta grave contra su madre, dijo: *Este joven no era capaz de aprovechar mis amonestaciones, porque la mala disposición de su corazón le había quitado la razón y el juicio; una áspera corrección no le hubiera aprovechado a él, y hubiera sido perjudicial para mí, haciéndome sufrir lo de aquellos que se ahogan por querer salvar a otros. Estas palabras* **[444]** de nuestro Patrono, digno de admiración, manso y sabio educador de corazones, os las he querido subrayar para que llamen más vuestra atención y para que las podáis grabar más fácilmente en la memoria.

En ciertos casos, puede aprovechar hablar en presencia del culpable con otra persona sobre la desgracia de los que pierden la razón y el juicio hasta obligar a que se los tenga que castigar; también es eficaz suspender las señales ordinarias de confianza y amistad hasta advertir que el culpable necesita consuelo. El Señor me ayudó mu-

chas veces con este sencillo artificio. El avergonzar en público debe quedar como remedio extremo. Algunas veces, servíos de otra persona de autoridad para que lo avise y le diga lo que no podéis y quisierais decirle vosotros mismos; que le cure la vergüenza que siente y lo disponga a volver a vosotros; buscad a aquél, con quien el muchacho pueda abrir más libremente su corazón y descargar su pena, ya que, tal vez, no se atreve a hacerlo con vosotros, porque duda de que se le prestará fe, o porque el orgullo lo induzca a creer que no lo debe hacer. Sean estos medios como los discípulos que Jesús solía enviar delante de él para prepararle el camino.

Hágase ver que no se quiere más sumisión que la razonable y necesaria. Esforzaos por actuar de manera que el culpable se condene por sí mismo y no quede por hacer más que mitigar el castigo aceptado por él. Una última recomendación me queda por haceros, sobre este tema. Cuando logréis ganar este ánimo indomable, os ruego que no sólo le dejéis la esperanza de vuestro perdón, sino también la de que él podrá, con una buena conducta, borrar la mancha que hizo con sus faltas.

4.º Conducíos de modo que dejéis al culpable la esperanza de poder ser perdonado.

Hay que evitar la angustia y el temor inspirado por la corrección y añadir una palabra de aliento y consuelo. Olvidar y hacer que se olviden los tristes días de sus yerros es el arte supremo de un buen educador. No se lee que el buen Jesús haya recordado a la Magdalena sus extravíos; asimismo es sabido con qué delicadeza paternal hizo que san Pedro confesara y se arrepintiera de su debilidad. También el niño quiere quedar convencido de que su superior tiene firme esperanza de su enmienda; y sentir de este modo que su caritativa mano de padre lo vuelve a colocar en el camino de la virtud. Se obtendrá más con una mirada de caridad, con una palabra de aliento, que preste confianza a su corazón, que con muchos reproches, los cuales no hacen más que inquietar y acobardar su vigor. He visto con este método verdaderos conversiones, que parecían imposibles de otro modo. Sé que algunos de mis más queridos hijos no se ruborizan por confesar que fueron ganados de esta manera **[445]** para la Congregación y, por consiguiente, para Dios. Todos los jovencitos tienen sus días peligrosos y ¡los tenéis también vosotros! Y ¡ay de nosotros, si no nos esmeramos en ayudarlos para pasarlos aprisa y sin reproches! A veces basta hacerle creer que no se piensa que haya procedido con malicia para impedir que recaiga en la misma falta. Serán culpables, pero desean que no se los tenga por tales. ¡Dichosos nosotros, si sabemos servirnos también de este medio para educar a estos pobres corazones! Tened por cierto, queridos hijos míos, que este arte, que parece tan fácil y tan impropio para lograr buenos efectos, hará provechoso vuestro ministerio y os ganará ciertos corazones, que fueron y serían mucho tiempo incapaces, no sólo de buen resultado, sino hasta de buenas esperanzas.

5.º Qué castigos deben emplearse y por quién.

Pero, ¿es que nunca habrá que castigar? Sé, queridos míos, que el Señor quiso compararse a una vara vigilante, *virga vígilans,* para apartarnos del pecado, aun por miedo al castigo. Por lo tanto, también nosotros podemos y debemos imitar con mesura y sensatez la conducta que Dios quiso trazarnos con esta eficaz figura. Empleemos, pues, esta *vara,* pero sepamos hacerlo con inteligencia y caridad, para que nuestro castigo sirva para mejorar al educando.

Recordemos que la fuerza castiga al vicio, pero no cura al vicioso. No se cultiva la planta, tratándola con ruda violencia, y tampoco se educa la voluntad, cargándola

con yugo excesivo. Aquí tenéis una serie de castigos que quisiera fuesen los *únicos* que vosotros emplearais. Uno de los medios más eficaces de reprensión moral es la mirada descontenta, severa y triste del superior, que hace ver al culpable, por poco corazón que tenga, que ha caído en desgracia, y que puede moverlo al arrepentimiento y a la enmienda. Corrección privada y paterna. No demasiados reproches y hacer que sienta el disgusto de los padres y la esperanza de la recompensa. A la larga se sentirá obligado a mostrar gratitud e, incluso, generosidad. Cuando hay recaída, no seamos escasos en caridad; pásese a advertencias más serias y tajantes; así se podrá hacerle conocer con justicia la diferencia entre su conducta y la que se tiene con él, mostrándole cómo recompensa él tantos miramientos, tantos cuidados para salvarlo de la deshonra y de los castigos. Pero, no expresiones humillantes: muéstrese que se tienen buenas esperanzas de él, declarándonos dispuestos a olvidarlo todo desde el momento en que él dé señales de mejor conducta.

En las faltas más graves puede llegarse a los siguientes castigos: comer de pie en su sitio y en mesa aparte; comer de pie en medio del comedor y, por último, a la puerta del comedor. Pero, en todos estos casos, sírvase al culpable lo mismo que se da en la mesa a sus compañeros. Castigo grave es privarlo del recreo; pero **[446]** que nunca le dé el sol ni esté expuesto a la intemperie, para que no pueda sufrir ningún daño.

No preguntarle *un día* en la clase, puede ser un castigo grave; pero no más de un día. Mientras tanto, estimúlesele a hacer penitencia por su falta de otra manera. ¿Y qué os diré ahora de las *«copias» como castigo?* [1]. Esta clase de castigos es, por desgracia, demasiado frecuente. He querido preguntar a propósito lo que dijeron de ella los más célebres educadores. Unos la aprueban y otros la condenan como inútil y peligrosa para el maestro y para el discípulo. Yo os dejo plena libertad, advirtiéndoos que hay el gran peligro de que el maestro se exceda sin ningún provecho y se dé al alumno ocasión de murmurar y encontrar mucha compasión por la aparente persecución del maestro. La *«copia» como castigo* no rehabilita en absoluto y es siempre una pena y una humillación. Sé que alguno de nuestros Hermanos solía dar como tarea de castigo el estudio de un párrafo de poesía sagrada o profana y con este medio útil obtenía como resultado más atención y provecho intelectual. Verificábase entonces que *omnia cooperantur in bonum* [2] para los que buscan sólo a Dios, su gloria y la salvación de las almas. Este vuestro hermano convertía con las *«copias» de castigo;* lo considero como una bendición de Dios, y como un caso más único que raro; pero le resultaba bien porque se manifestaba caritativo.

Pero jamás se proceda a emplear la llamada *celda de reflexión.* No hay mal al que no puedan arrastrar al alumno el encono y la depresión, que le acometen con un castigo de esta clase. El demonio alcanza, con ocasión de este castigo, un dominio violentísimo sobre él y le impulsa a grandes locuras, casi como para vengarse de quien quiso castigarlo de este modo [3].

---

[1] Escribir un determinado número de veces una frase relacionada con la falta cometida o copiar la lección explicada, etc. (*N. del T.*).

[2] Todas las copias se encaminan al bien.

[3] Por el temor a que en algún colegio, como rara excepción y absoluta necesidad, se creyera un deber emplear la *celda* de encierro, pongo aquí las precauciones que quisiera se tomasen:

El Catequista u otro Superior vaya a menudo a ver al pobre culpable y, con palabras de caridad y compasión, procure derramar aceite en aquel corazón tan agriado. Deplórese su situación e indústriese por hacerle comprender que todos los superiores se duelen de haber tenido que acudir a un castigo tan extremo y se capacite para pedir perdón, para hacer actos de

En los castigos arriba mencionados se tuvieron en cuenta únicamente las faltas contra la disciplina del colegio; pero en los casos dolorosos, en que algún alumno diese grave escándalo o cometiese una ofensa al Señor, entonces **[447]** llévesele inmediatamente al Superior, el cual, guiado por su prudencia, tomará las eficaces medidas que crea oportunas. Y si, al cabo, alguno se hiciese el sordo a todos estos sabios medios de corrección y fuese de mal ejemplo y escándalo, entonces este tal debe ser despedido sin remedio, pero de forma que, hasta donde sea posible, quede a salvo su honor. Esto se obtiene, aconsejando al joven que él mismo pida a sus padres que lo saquen e insinuándoles directamente que le cambien de colegio con la esperanza de que, en otro ambiente, su hijo tendrá mejor resultado. Este acto de caridad suele producir buen efecto en todas las circunstancias, y deja, aun en ciertas dolorosas ocasiones, grato recuerdo en los padres y en los alumnos.

Finalmente, me queda por deciros todavía quién debe señalar el momento y la manera de castigar.

Este tiene que ser siempre el Director; pero, sin que él tenga que comparecer. Su papel es la corrección privada, pues más fácilmente puede así abrir brecha en ciertos corazones menos sensibles; su papel es la corrección genérica y hasta pública; también toca a él la aplicación del castigo, pero sin que, de ordinario, tenga que intimarlo o ejecutarlo personalmente. Por eso, quisiera que a nadie se le antojase castigar, sin previo consejo o aprobación de su Director, que es el único autorizado para determinar el tiempo, la manera y la calidad del castigo. Nadie se aparte de esta autorizada dependencia, ni se busquen pretextos para eludir su vigilancia [1]. No debe haber disculpa para hacer excepciones a esta regla importantísima. Obedezcamos, pues, a esta recomendación que os dejo y Dios os bendecirá y consolará por vuestra caridad.

Recordad que la educación es cosa del corazón y que sólo Dios es el dueño del mismo, y nosotros no podremos triunfar en nada, si Dios no nos enseña el arte (de apoderarnos de los corazones), y no nos pone en la mano sus llaves. Procuremos, pues, por todos los medios y también con esta humilde y entera dependencia, apoderarnos de esta fortaleza siempre cerrada al rigor y a la aspereza. Industriémonos por hacernos amar, insinuar el sentimiento del deber y del santo temor de Dios, y veremos abrirse con admirable facilidad las puertas de muchos corazones y unirse a nosotros para cantar loas y bendiciones a Aquél, que quiere hacerse nuestro modelo, nuestro camino, nuestro ejemplo en todo, pero singularmente en la educación de la juventud.

Rezad por mí y creedme siempre en el Sacratísimo Corazón de Jesús

Día de san Francisco de Sales, 1883.

Vuestro afmo. padre y amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

---

sumisión, pedir que se le someta a otra prueba de enmienda. Si parece que este castigo produce su efecto, sáquesele aun antes del plazo, y se logrará seguramente ganar su corazón.

El castigo debe ser un remedio; pues bien, nosotros debemos apresurarnos a suspenderlo, cuando hayamos obtenido el doble fin de alejar el mal e impedir que se repita. Logrando de este modo perdonar, se obtiene también el precioso efecto de cicatrizar la herida hecha en el corazón del niño; ha de ver que no ha perdido la benevolencia del Superior, y entonces vuelve a cumplir mejor su deber.

[1] Nunca los maestros y asistentes echen de clase a culpable alguno; si lo pide el caso, hágasele acompañar hasta el despacho del Superior.

Pía Sociedad de los Cooperadores Salesianos

Diócesis de ..... *Decuria de la Parroquia de* .....
Decurión .....
Vicedecurión .....

N.°	NOMBRE Y APELLIDO	TITULO	DOMICILIO	SI RECIBE O NO EL BOLETIN	DONATIVOS	
					PARA EL BOLETIN	PARA LAS OBRAS SAL.
Donativos de personas anónimas						Liras »
Donativos recogidos en la Conferencia de San Francisco de Sales						»
Donativos recogidos en la Conferencia de María Auxiliadora						»
1.						
2.						
3.						
4.						
5.						
6.						
7.						
8.						

Total ..... Liras [1]

OBSERVACIONES

1.° Cada decuria se compone de diez o más socios dependientes del correspondiente decurión.

2.° Los donativos se enviarán dos o más veces al año al Rvdo. don Juan Bosco en Turín, nombrando particularmente a cada uno de los donantes.

3.° Si hubiese erratas en la transcripción de las direcciones, se ruega avisar lo antes posible a la Dirección del *Boletín* para la oportuna corrección y registro de la misma.

4.° Al enviar los donativos, se ruega unir la presente cédula corregida y se remitirá otra nueva.

..... a ..... 188 ....

El Decurión,

.....

[1] *Tenía esta cédula espacio para cincuenta y seis nombres más con los mismos detalles que aquí se ven. (N. del T.).*

[451] 3

Circular a los directores de los Cooperadores

Muy reverendo señor Director:

Consideramos un deber enviarle el folleto de las normas para los Decuriones de los Cooperadores Salesianos, recién impreso.

De acuerdo con lo que en él se escribe, el Director de una Casa Salesiana es también el Director de los Cooperadores del lugar y de los alrededores, donde todavía no esté constituida una decuria normal o asociación.

El puede, pues, enviar la correspondiente circular para invitarlos a las conferencias prescritas.

Creemos que V. S. M. R. tendrá la lista de los Cooperadores y Cooperadoras con su dirección exacta. De lo contrario, tenga a bien avisar a la Dirección que procurará prepararla y enviársela cuanto antes.

Le enviamos también para su norma una cédula poligrafiada, como las que acostumbramos remitir a los Decuriones de las Parroquias, en las que podría registrar los nombres de los Cooperadores y los donativos.

Volvemos de nuevo a rogarle nos envíe una vez al mes el nombre y apellido de los Cooperadores, con la nota que indique la cantidad ofrecida, para poderla anotar en nuestro registro. De lo contrario no podremos nunca organizar nuestra administración y tener un registro exacto.

Si estimase oportuno hacernos observaciones para la buena marcha de la Pía Sociedad o nos ayudase con sus consejos para constituir decurias o Decuriones en las Parroquias próximas a su residencia, nos haría un gran favor.

Le deseamos todo bien del Señor y encarecidamente nos recomendamos a sus oraciones.

LA DIRECCIÓN

4

Normas generales para los decuriones de la Pía Unión de los Cooperadores Salesianos

Para satisfacer a las repetidas instancias de muchos de nuestros celosos Cooperadores, hemos creído conveniente exponer para su orientación algunas Normas generales, que podrán servir hasta que se componga un manual propio.

[452] I. Los Decuriones, según nuestro Reglamento, son los Jefes de diez o más Cooperadores o Cooperadoras del lugar.

II. Se ruega al Párroco que sea Decurión de los Cooperadores de su Parroquia.

III. Si él no puede ejercer esta obra de caridad, podrá rogar, en nombre del que suscribe, a algún sacerdote o bien a un buen seglar de su confianza, que haga sus veces y tome el nombre de Vice-Decurión.

IV. Si en una parroquia pueden constituirse varias Decurias, el párroco será el Jefe o Director; si estuviese impedido, hará sus veces un sacerdote de su confianza con el título de Vice-Director. En las ciudades, con sede episcopal, a propuesta del

Rvmo. señor Obispo, se elegirá a un miembro del Capítulo, el cual presidirá a todos los Decuriones y Cooperadores de la ciudad. Donde existe una Casa Salesiana, el Director de ella será el Jefe de los Decuriones y Cooperadores de aquel lugar.

V. Todo Decurión tendrá registrado el nombre, apellido y dirección de cada Cooperador de su Decuria y se pondrá en comunicación con el Rvdo. don Juan Bosco, Superior de la Pía Asociación.

VI. Si algún Cooperador cayera enfermo, el Decurión, al enterarse, lo visitará caritativamente y le proporcionará todos los auxilios, consejos y asistencia, que fueren compatibles con el mismo Decurión. Dado el caso de que falleciese, invitará a los Socios locales a rezar por su alma y dará aviso a la Dirección en Turín para que sea registrado entre los difuntos, y se hagan las oraciones y sufragios por su alma prescritos en nuestro Reglamento.

VII. Es también incumbencia del Decurión dar a conocer la Pía Unión a las personas, que reúnan las condiciones necesarias para ser inscritas en ella [1].

VIII. Cuando encuentre alguna persona dispuesta a ingresar en la Pía Asociación, tomará nombre, dirección y lo transmitirá al Superior para tener el correspondiente *Diploma* de agregación y el envío del *Boletín Salesiano.* Sin embargo, en los lugares donde hay un Jefe o Director, **[453]** el Decurión, antes de proponer una persona para la aceptación, hablará de ello al mismo o, por lo menos, le entregará nombre y apellido para que lo inscriba en la lista general. Lo mismo hará, cuando sepa que alguno ha recibido la agregación por otro conducto.

IX. Si se le envían los *Boletines* en un solo paquete, cuidará de hacerlos llegar lo antes posible a su destino por sí mismo, por medio del Vice-Decurión o de otra persona piadosa y de confianza.

X. Cada año dará, por lo menos, una conferencia en la fiesta de *San Francisco de Sales* y, otra, en la de *María Santísima Auxiliadora.*

XI. Según las circunstancias, el Decurión podrá anticipar o diferir estas conferencias y celebrarlas en el momento y lugar más cómodos para los socios, más provechosos para su alma y el bien de la Pía Asociación. La invitación se hará con un aviso desde el púlpito o con un aviso personal.

XII. El Decurión presidirá la reunión. Los temas a tratar serán el *Sufragio de los Cooperadores difuntos,* las *Misiones Salesianas en el extranjero,* la *Necesidad de educar bien a los jóvenes,* la *Manera de enseñar el Catecismo,* etc., o también se leerá un trozo de la Historia del Oratorio o de la Vida de san Francisco de Sales.

XIII. En las Conferencias se procurará formar a los Socios en el celo por la Religión y en las buenas costumbres, el sacrificio, la caridad, la dulzura, que son las virtudes características, que deben resplandecer en los Salesianos y en sus Cooperadores.

---

[1] Para norma de los Directores y Decuriones transcribimos las condiciones, que se requieren para ser admitidos en la Pía Unión de los Cooperadores.

1.º No ser menor de dieciséis años de edad.

2.º Gozar de buena reputación civil y religiosa.

3.º Estar en condiciones de promover, por sí o por medio de otros, con donativos, limosnas o favores, las Obras de la Pía Sociedad Salesiana.

4.º Puede pertenecer a ella una familia entera seglar o religiosa, comunidad, instituto, en la persona del Jefe de casa o del Superior, con tal de que, en el curso del año, haga cada uno alguna obra, aun de pequeña importancia, según el fin de los Cooperadores.

5.º Para ganar las indulgencias, hay que cumplir, además, lo prescrito por la Iglesia.

XIV. Para presidir estas conferencias podrá también invitar a otra persona de autoridad o constituida en dignidad eclesiástica, o a algún sacerdote del Instituto Salesiano.

XV. Es también deber del Decurión anotar en un registro apropiado los donativos que hacen, en las conferencias o en otras ocasiones, las personas caritativas en favor de las Obras Salesianas, y enviarlas al Superior en Turín. Anotará en qué ocasión se recogieron las limosnas y, si las recibió privadamente, transmitirá también el nombre y apellido del donante.

Con respecto a las Conferencias, en los lugares donde hay varias Decurias, el oficio del Decurión corresponderá al Jefe o Director y en su ausencia al Vice-Director.

XVI. A medida que aumente el número de los Cooperadores el Jefe o quien haga sus veces propondrá al Superior algún celoso Cooperador para ser elegido Decurión formalmente.

XVIII. Se ruega al Decurión y al Jefe que presenten al Superior sus observaciones y hagan las propuestas, que creyeren ser de utilidad para la buena marcha de la Obra.

JUAN BOSCO, *Pbro.*

[454] 5 *(el original en latín)*

El Vicario Castrense de Austria a don Bosco

Reverendísimo Señor:

Recibí su estimadísima carta del 17 de febrero del corriente año, juntamente con la instancia en pro de la circulación postal gratuita de la revista *Bollettino Salesiano,* dirigida al Ministro de Comercio, y, en dicho Ministerio, gestioné confidencialmente el asunto.

Pero, ¡oh dolor!, se me ha hecho saber que, según lo preceptuado por la normativa de nuestras leyes, las publicaciones extranjeras no pueden disfrutar de la exención de franquicia postal, y no hay esperanza de que esto se conceda.

Al comunicarle esto a Vuestra Dignidad para su conocimiento, quisiera añadir, como simple consejo, que únicamente queda la vía de gestionarlo a través de nuestra embajada en ese país, al tiempo que me permito aconsejarle que se lograse inscribir en tan venerable asociación a los cortesanos del Palacio Real.

Por lo demás, las fiestas pascuales me proporcionan la grata ocasión de impartir mi bendición por el gran éxito de dicha asociación, extensiva a todas las obras católicas que lleva a cabo ahí, al tiempo que me encomiendo encarecidamente y de todo corazón a vuestras plegarias.

Afectísimo por vuestra fraternidad,

Viena, 24 marzo 1883.

Servidor,
ANTONIO GRUSCHA
Vic. Apost. Castrense

6

Centros protestantes en Italia

No dejará de ser útil conocer cuáles son actualmente las condiciones de nuestra patria, a la que, so pretexto de unidad política, se le quiere quitar la unidad religiosa. Las seis divisiones o denominaciones del protestantismo en Italia tienen, según el prospecto de este censo:

Locales de culto	231
Ministros o predicadores	282
Escuelas elementales	280
Directores o maestros de dichas escuelas	154
Alumnos de estas escuelas	9.387
[455] Centros de enseñanza media	13
Profesores de estos centros	90
Alumnos	809
Escuelas de teología	2
Profesores de estas escuelas	7
Alumnos	25
Centros de beneficencia	3
Albergados en estos centros	98
Hospitales	8

Adviértase que los ministros o predicadores son o no son ministros, son o no son predicadores, según las circunstancias. Así lo dice en sus notas el cuaderno del censo de los Protestantes. El mismo cuaderno se ve obligado a notificarnos que «las escuelas de los protestantes dejan mucho que desear con respecto a la organización didáctica y que la utilidad de las escuelas diurnas (protestantes) como medio de propaganda, se pone hoy en duda».

Las sociedades bíblicas que trabajan en Italia son cinco.

La Sociedad Bíblica Británica o extranjera cuenta en Italia con un agente y cuarenta corredores y ha vendido en 1881 por todo el reino seis mil seiscientas diecinueve biblias, diecinueve mil ciento treinta y cinco ejemplares del nuevo testamento y cuarenta y cuatro mil cuatrocientas noventa partes de la Biblia.

La Sociedad Bíblica de Escocia tiene un agente y once corredores en Italia. En 1881 ha vendido ochocientas cincuenta Biblias, doscientos cincuenta y dos ejemplares del nuevo testamento, cuatro mil trescientos veinte fragmentos y seis mil novecientos cuarenta y dos libros y tratados religiosos.

La Sociedad de los tratados religiosos tiene una Comisión y un agente con imprenta propia en Florencia. Publica algunas revistas ilustradas y tiene diez depósitos en Italia de Biblias y tratados.

La Sociedad Bíblica italiana, fundada en Roma en 1870 ha reimpreso el nuevo testamento con diez mil ejemplares y una edición de la Biblia para la familia.

La Sociedad de socorros mutuos «poco numerosa y poco activa», dice la estadística Laura, funciona entre los evangélicos de Nápoles, Mesina, La Spezia y Orbetello.

Los periódicos y revistas evangélicos «que se publican en Italia» son once, dos de los cuales se publican en Roma, uno en Nápoles, uno en Palermo, uno en Pomaretto

en los valles Valdenses y todos los demás en Florencia. Dichos periódicos, dice el cuaderno del censo, no tienen más lectores que los evangélicos de las distintas denominaciones.

7

El Católico en el siglo

El celoso sacerdote don Juan Bosco, que trabaja incansablemente en favor de las almas, no solo con la acción sino también con los escritos, viene con este libro de poco tamaño, pero lleno de jugo y substancia de **[456]** doctrina católica, en auxilio de la juventud tan maliciosamente acechada en el tesoro más precioso que puede tenerse, que es el de la fe católica. Todo el librito tiende precisamente a este fin, a confirmar en los fundamentos de la verdad católica las tiernas almas de los jovencitos que tienen la suerte de poseerla; y esto lo hace con tres series de razonamientos, los cuales comienzan por la existencia de Dios y van exponiendo, paso a paso, y demostrando los fundamentos de nuestras creencias, unas veces negativamente, confutando los errores profesados por las sectas de toda clase, y otras positivamente, demostrando directamente las mismas verdades. Aconsejamos este estupendo libro a todos los jóvenes católicos, no sólo para confirmarse en su fe, sino también para responder a las blasfemias que casualmente pudiesen oír contra nuestra santa religión en estos tiempos de tan devastadora avalancha de errores de toda clase.

(Civ. Catt., serie XII, Vol. III, pág. 82)

8

Protesta de don Juan Bonetti al Ministro de Justicia contra un periódico impío

Excelencia:

Hace ya unos meses, se está cometiendo en Turín una indigna provocación y gravísima ofensa a los sentimientos religiosos y morales de esta nuestra población.

El adorable nombre de nuestro Dios y Salvador, *Jesucristo,* que sirve de título a un periódico infame, se ha convertido en escarnio de los vendedores, y se pinta con caracteres cubitales en el suelo adoquinado de las calles para obligar al público a pisotearlo. Por el contenido, amasijo de insultos y blasfemias contra las cosas y personas más venerables, por el augusto título que ostenta en su cabecera, este periódico es un insulto permanente contra la Religión Católica, que la Constitución fundamental proclama como la única del Estado; es un insulto para más de doscientos mil turineses y para más de veinticinco millones de italianos, que adoran a Jesucristo; es un insulto para la misma familia Real, bautizada y creyente en este augustísimo nombre.

No basta; esta publicación no sólo viola el derecho que tenemos a que se respete nuestra fe, sino que constituye un peligro evidente para nuestros hijos, que son la esperanza de nuestras familias, para nuestros empleados cuya fidelidad queremos, para nuestros súbditos de los que tendremos que dar cuenta a Dios; constituye un peligro de inmoralidad para todo el pueblo, especialmente para la juventud y los obreros.

[457] Teniendo esto en cuenta y con la esperanza de que la autoridad gubernamental, defensora del derecho común, si no creyó que podría, por su propia iniciativa, cortar el escándalo, querrá, sin embargo, escuchar la voz de un grupo selecto de ciudadanos honrados, acudimos a V. E. para que se ponga término al ultraje del que somos víctimas.

Confiamos que V. E. cumplirá cuanto antes estos nuestros deseos; pero, si nuestra esperanza quedara defraudada, protestamos desde ahora enérgicamente y, por el honor de la católica ciudad de Turín, haremos pública nuestra protesta.

Mientras tanto, nos declaramos de Vuestra Excelencia...

9

Carta de don Juan Bonetti a monseñor Boccali

Excelencia Reverendísima:

V. E. Rvma. sabrá que, hace ya cinco años, hay en Turín, la ciudad del Santísimo Sacramento y del Santo Sudario, un impío y desvergonzado periódico que, con el consentimiento de la autoridad gubernamental, tomó por título el adorable nombre de nuestro Divino Salvador, *Jesucristo,* e impugna en él su divinidad, escarnece su religión y difunde por todas partes el escándalo.

El Boletín Salesiano, en su número del pasado febrero, publicó un artículo con el fin de precaver a los cooperadores y a las cooperadoras con sus familias, contra los satánicos asaltos a la fe católica; pero esto no fue suficiente para mi venerado Superior, don Bosco. Antes de emprender su viaje de visita a las casas salesianas de Francia, ordenó al abajo firmante, redactor de la revista salesiana, que publicara dicho artículo en forma de folleto y lo difundiera gratuitamente entre la población turinesa. Con el permiso de la autoridad eclesiástica, cumplióse la orden puntualmente y se repartieron cien mil ejemplares con gran satisfacción de todos los ciudadanos católicos.

No me cabe la menor duda de lo mucho que agradará a Su Santidad conocer este acto de reparación dado en Turín a nuestro amorosísimo Jesús, y que los cien mil ejemplares de dicho folleto esparcidos en tantas familias serán como ramillete de humildes, pero suavísimas flores, en el quinto aniversario de su coronación.

En nombre, pues, de mi venerado Superior, don Bosco, y de la Redacción del Boletín Salesiano, ruego con respeto a V. E. acepte los dos ejemplares del mencionado folleto, que le envío con la presente, y tenga la bondad de presentar los otros en las augustas manos del Padre Santo, implorando sobre nosotros la bendición Apostólica.

Confiando me conceda este favor y su bondadoso perdón por **[458]** la molestia que le causo, aprovecho con gozo la propicia ocasión para encomendarme a sus fervientes oraciones, al tiempo que, invocando para V. E. del Divino Salvador las más selectas gracias, me profeso con todo aprecio y profunda veneración,

De V. E. Rvma.

Atento y seguro servidor,
JUAN BONETTI, *Pbro.*
Redactor del Boletín Salesiano

Turín, 26 de febrero de 1883.

10

Artículo de un periódico impío contra don Bosco

DON BOSCO Y LOS CONVENTOS

Hace algún tiempo que don Bosco, no satisfecho con arrastrar a su causa a muchos jóvenes, cuyos brazos podrían servir al campo, a la industria, y cuyas inteligencias podrían hacer un buen servicio al país; no satisfecho con vincular a su Sociedad Salesiana todas estas fuerzas, que un día militarán a favor del Papa, con daño para Italia, se ha volcado hacia las muchachas.

Abrió, ante todo, un monasterio en Nizza Monferrato, ayudado para ello por una condesa muy beata, a la que él llama mamá de sus hijos [1].

Esa condesa, que podría, en cambio, favorecer a sus parientes, engatusada con mucha maña por el Santo de Valdocco, que le promete un rinconcito en el paraíso junto a san Roque y una estatua en los altares, da todo lo suyo para la causa del pícaro don Juan.

Por su medio encuentra don Bosco abiertas las casas de esa aristocracia santurrona que, además de su alcurnia, posee todavía algún título de la renta.

De este modo, pudo también levantar un monasterio en Turín. Dentro de poco abrirá otros en Italia.

Y esto sucede a los ojos del Gobierno, ante un Zanardelli, que sabe muy bien que las corporaciones religiosas están abolidas por la ley, de hecho y de derecho.

Con este medio, don Bosco se hace con dinero. Recluta sus víctimas en las familias adineradas. Conquista, como él dice, una ovejita para Dios y una dote para los fondos de su sociedad.

Conozco a un pobre padre que, por estas artes, se encuentra hoy a pocos pasos de la miseria y llora la muerte de una pobre hija fallecida sin su **[459]** bendición, que ha muerto tuberculosa con la desesperación en el corazón y sin dar el último beso a su padre [2].

Volveré sobre este hecho y, si fuere del caso, diré todo lo que siento.

¿No sería ya hora de que el Gobierno abriese los ojos y tomara las medidas que pide el caso?

ACATES

11

Cómo se obtuvo un visado de la Curia turinesa

Se determinó obtener la previa censura de la Curia de Turín. No era la cosa tan fácil, pues en la Curia se miraban con malos ojos nuestros asuntos. Se recurrió, pues, a la astucia. El hermano coadjutor Ghiglione se encargó de ello. Presentóse en la Curia al canónigo Chiuso, Vicario General, con un librito impreso en Sampierdare-

[1] Hace alusión a la condesa Corsi.

[2] Lemoyne escribe al margen de este párrafo: «Quizás se refiere al médico Ferrero. Es el pago que da a Mornese, por haber recibido en el colegio gratuitamente a sus tres hijas».

na. Se hizo pasar por miembro de la Sociedad Obrera Católica, como en efecto lo era, y declaróse interesado por la venta de aquel libro. El canónigo Chiuso lo recibió con benevolencia. Ghiglione le rogó tuviese a bien aprobar aquel librito, porque, según decía, le urgía mucho una segunda edición y no tenía ningún otro ejemplar en Turín. El Canónigo echó una mirada descuidadamente a aquellas páginas y dijo a Ghiglione:

—¡Ya lo veremos!

—Pero yo tendría mucha prisa.

—¡Pase por aquí esta tarde!

Ghiglione volvió aquella tarde. El Canónigo parecía molesto.

—¡Perdone!, le dijo, he tenido mucho que hacer hoy. No he tenido tiempo; pero lo examinaré. Vuelva mañana a tal hora.

Ghiglione volvió el día siguiente a la hora fijada. Los de la Curia se apresuraron a decirle:

—El señor Vicario no está. Ha ido al coro.

—Pero es que me aseguró que viniese a esta hora y me atendería.

—No sabría qué decirle, porque ha dicho que esta mañana no volvería. Se habrá olvidado de la cita que le ha dado. Hay que tener paciencia.

—Paciencia hasta cierto punto. Es la tercera vez que vengo aquí y me toca andar muchísimo. Además, tengo mis asuntos. Podrían ustedes ponerme en la tentación de prescindir de sus licencias.

—Vaya, vaya; vuelva después de la comida y verá que el Vicario estará aquí.

Ghiglione rehizo el camino por la tarde. El canónigo Chiuso estaba en su despacho hablando con el profesor Anfossi. Chiglione tuvo que **[460]** aguardar. Por fin, fue recibido. Parecía que el Canónigo buscaba todavía más pretextos.

—Pero es que yo tengo trabajo y no puedo perder tiempo; soy un obrero y nadie me paga el jornal, si paso el tiempo dando vueltas de un lado para otro, exclamó Ghiglione. Si no quieren aprobarlo, díganmelo, y lo mandaré imprimir en otra parte.

—Bien, bien, contestó el Canónigo.

Buscó el librito en un montón de papeles, lo tomó, lo hojeó, se levantó y dijo:

—Ya está visto... puede imprimirse... pero ese título... ¡Dios nuestro!... Nada tengo que decir... ¡Ese nuestro Rey! ¿Por qué ese título? ¿Qué es eso de nuestro Rey?

—Perdone, contestó Ghiglione, ¿no es Jesucristo nuestro Rey?

—Bien está... sí, sí...; mas, si se pudiese cambiar el título...

—¿Pero, es nuestro Rey o no lo es? Perdone, yo siempre he oído decir que lo es; lo decimos todos los días, *Tu Rex gloriae, Christe.* Y lo dice también el Catecismo: «Creo en Jesucristo nuestro Señor». ¿No equivale el título de Señor al de Rey? Además, mire usted, ya tiene el visado de la Curia de Génova, la cual no hubiera aprobado un error. Esta aprobación me bastaría; podría mandarlo imprimir en Génova; pero deseo hacerlo imprimir aquí para mi comodidad.

—Si ya tiene el visto bueno de la Curia de Génova, hágalo.

—Además, mire usted; tengo ya la plancha estereotípica hecha; y si hubiese de cambiar el título, tendría que volver a fundirla, y comprenderá que es un gasto más.

El canónigo Chiuso firmó la aprobación. Ghiglione, que suspiraba por el momento de tener en sus manos aquella firma, tan pronto como la obtuvo, se despidió y se dispuso a salir. En aquel instante el canónigo Chiuso tuvo una idea inesperada y exclamó llamándolo.

—Oiga, joven.

Ghiglione volvió atrás.

—¿Es usted tal vez de don Bosco?

—Exactamente; servidor de usted, respondió Ghiglione. Y sin más, hizo una reverencia y salió.

12 *(El original en francés)*

Carta del párroco de Nuestra Señora de las Victorias a don Bosco

Mi Venerado Padre,

Su carta me ha producido una gran satisfacción, porque con ella me demuestra el afecto fraternal que me tiene y asimismo la confianza que pone en N.ª S.ra de las Victorias y María Santísima Auxiliadora, que son una sola, en cuyo corazón podemos depositar todos nuestros anhelos.

Pero, por otra parte, dicha carta me pone en un gran apuro, pues no sé cómo responder al deseo de residir en mi casa en su viaje del próximo mes de abril. Tengo una casa rectoral excesivamente reducida y no hay ni siquiera una habitación de la que pueda disponer.

[461] Lo siento muchísimo, ya que me sentiría muy feliz de poder darle albergue. Más aún, tengo proyectado hace mucho tiempo ir a pasar una temporadilla del mes de abril en Nuestra Señora de Lourdes, y no sé en qué otra época podría realizar mi plan.

He gestionado de mil formas cómo darle la hospitalidad que me pide y no he encontrado la manera de poder proporcionarle solución.

Crea, mi venerado Padre, que lo siento en el alma; no me retire por ello su buena y santa amistad, a la que correspondo desde lo más profundo de mi corazón y con la mayor veneración en Nuestro Señor.

L. CHEVOYON
Párroco de Nuestra Señora de las Victorias

Me gustaría muchísimo verle en Nuestro Santuario, adonde puede usted venir a celebrar la santa misa siempre que lo desee.

Encomiendo a usted y, a la par, todas sus obras al Corazón Inmaculado de Nuestra Señora de las Victorias, cuya fiesta celebramos el próximo domingo.

13

Carta del Abate Moigno a don Bosco

Reverendo y carísimo Padre:

Me siento muy culpable de no haberle dado noticias mías desde el día en que, admitido en el número de sus piadosos Salesianos, he llegado a ser su hijo espiritual. Pero, desde mi regreso a Francia, después de mi paso por Turín, me he visto agobiado por trabajos casi superiores a las fuerzas humanas. No he abandonado ni un instante el escritorio. Ante todo tuve que compilar y mandar imprimir mi quinto volumen *De los esplendores de la fe, El milagro ante el tribunal de la ciencia,* los procesos de la beatificación y canonización de san Benito-José Labre; es un grueso volumen, que le ruego acepte como obsequio y que me ha costado más de dos mil francos. Inmediatamente después, he comenzado la compilación del sexto volumen de los *Esplendores: El milagro ante el tribunal de la historia,* que tengo prisa por acabar y publicar, tan

pronto como encuentre los medios necesarios con un milagro, que me promete san José-Benito Labre, que yo pido sea muy grande y que usted, que es tan querido por Dios, puede pedir conmigo.

Le gustará a usted saber que el trabajo de estos dos volúmenes ha tenido a este su hijo espiritual en continua relación con Benito-José Labre y con todos los santuarios milagrosos del mundo, lo cual ha sido para él fuente de grandes gracias sobrenaturales que santifican cada vez más, de modo que en este momento él pertenece más al cielo que a la tierra, por lo **[462]** que usted dará las gracias por él a Dios, a la Santísima Virgen, a san José, a san Francisco de Sales y a todos los Santos.

Con el quinto volumen de los *Esplendores de la fe,* le envío mis dos últimos opúsculos, volúmenes ciento sesenta y uno y ciento sesenta y dos. Son dos catálogos de fotografías sobre vidrio o cuadros transparentes; uno con dos mil cuatrocientos cuadros para la enseñanza ilustrada de mis *Esplendores de la fe,* enseñanza que, según mi profunda convicción, que Su Santidad León XIII se ha dignado confirmar, es el medio más eficaz para la vuelta a la fe, pues es la más elocuente y la más irresistible de las predicaciones.

Reverendo Padre, usted ha consagrado su vida a la caridad, mediante la enseñanza y el trabajo inteligente; ha consagrado totalmente su vida a evangelizar a los pobres, *pauperes evangelizantur,* y reconocerá, así lo espero, que mis dos colecciones de cuadros son en realidad el programa de sus admirable apostolado. Son verdaderamente dos grandísimas empresas, cuya organización me ha costado más de quince mil francos; las hago suyas, las pongo bajo su patrocinio y el pido encarecidamente que las bendiga con la seguridad de que, bendecidas por usted, prosperarán y darán frutos de salvación. Querría ser rico para dotar a su admirable Instituto mis dos colecciones completas; ¡qué maravillas haría usted con ellas! Pero lo que hoy no puedo hacer con usted y por su mediación, tal vez pueda hacerlo algún día. Haga usted desde ahora una selección de los cuadros que más le sirven, mi buen Padre, y yo me daré prisa por enviárselos. Su retrato, mi buen Padre, es uno de los más bellos esplendores de la Fe.

Ahora que he vaciado mi corazón en el de mi Padre, me siento feliz del todo. Antes de concluir, permítame confiarle una de mis mayores inquietudes. Para el éxito de mi apostolado de los *Esplendores de la fe,* sería menester que mis proyectados cálculos fuesen autorizados en las iglesias; actualmente las costumbres de nuestra Francia eclesiástica son tales que no obtendré esta autorización, más que por una serie de milagros, que le ruego encarecidamente solicite conmigo. La Congregación de Ritos, consultada por el Rvdo. P. Torcuato Armessino, me ha contestado que no veía inconveniente de ninguna clase en estos proyectos, pero que se necesitará largo tiempo para vencer escrúpulos tan arraigados.

Pero perdóneme, reverendo Padre, este prolijo garabatear. No sé cómo empecé a escribir. Acababa mis oraciones, cuando me vino esta inspiración y no pude resistirla. Una hora después, mi carta estaba terminada. Que le sea grata, pues era una obligación de conciencia, por mi parte, y estoy dispuesto a recibir no sólo sus consejos, sino sus mandatos, y a ejecutarlos cualesquiera que ellos sean. Dígnese, mi buen Padre, recomendar a sus salesianos, mis queridos hermanos, el apostolado **[463]** de mis *Esplendores de la fe.* Aquí me tiene a los pies de su paternidad, con los sentimientos de una veneración sin límites y pidiéndole su bendición.

Su humilde hijo,
Abate F. MOIGNO

14

Carta de don Nicolás Cibrario a don Bosco

Bordighera Torrione, 25 de enero de 1883.

Reverendísimo y amadísimo Padre:

Me parece que S. E. el señor Obispo, antes de escribir a V. S. Rvma., debería habernos pedido informes a nosotros sobre el estado y la marcha de nuestras cosas y no aceptar enseguida, sin precaución alguna, lo que le fue referido. Le habríamos dicho lo mismo que ahora le decimos a usted, Rvdo. Padre.

Por informes obtenidos, me consta que un muchacho va a la escuela de los Valdenses y pertenece a una familia afiliada a la secta hace años, por intereses materiales. Estoy en duda si va también otro más pequeño, hijo de familia más que protestante. Que yo sepa, no hay otros que vayan a aquellas escuelas. A la de las chicas van tres o cuatro, que también pertenecen a familias protestantes.

Por lo demás, ningún muchacho ni muchacha pertenecientes a familia católica va a aquellas escuelas. A las nuestras, lo mismo a unas que a otras, acuden bastantes. Tenemos inscritos cuarenta y cuatro muchachos y sesenta muchachas. Nunca habíamos tenido tantas.

Es fácil comprender que las escuelas valdenses sean superiores a las nuestras. Sus alumnos (unos quince) son internos; los nuestros, externos. Y ya se sabe qué se puede hacer con muchachos disipados todos el día y que, si hacen algo provechoso, sólo es bajo los ojos del maestro en la escuela...

Volviendo a la carta de Monseñor, es necesario atribuir su contenido a alguna lengua viperina que, de algún tiempo acá, va hablando mal de nosotros. Es una consecuencia de la parada de Leticia en Niza. ¿Qué remedio poner? *Mundus totus in maligno positus est.*

Pero don Miguel Rúa nos da la satisfactoria noticia de que V. S. estará entre nosotros a mediados del próximo mes. Será una gran alegría para todos.

Aprovecho la ocasión para responder al número cuatro del precioso aguinaldo que V. S. Rvma. tuvo la bondad de enviarme. La respuesta es la misma para todos. La salvación de nuestra alma está estrictamente ligada a la observancia de los votos que hemos hecho; de ella depende, por consiguiente, que estemos todos dispuestos y empeñados en observarlos hasta la muerte. Así lo esperamos, con la gracia del Señor. Esta es la ayuda, la colaboración que todos nosotros deseamos y queremos prestarle para que salve nuestras almas.

[464] Reverendísimo Padre, ruegue por todos nosotros, que de corazón le auguramos largos años de vida feliz y ruegue especialmente por mí para que pueda poner en práctica el aguinaldo.

Bendíganos a todos.

De V. S. Rvma.

Afmo. y seguro servidor,
NICOLÁS CIBRARIO, *Pbro.*

15

Circular para una rifa en Vallecrosia

Torrione, 20 de abril de 1883

Benemérito Señor:

Con el vivo deseo de atender a la educación religiosa, moral e intelectual de la juventud de ambos sexos en *Vallecrosia* o *Torrione,* entre Bordighera y Ventimiglia, se emprendió la construcción de unos locales aptos para escuelas gratuitas. Gracias a la ayuda de Dios y a la cooperación de personas caritativas, se han logrado terminar y ya están abiertas, llenas de alumnos. Pero ahora se trata de pagar los considerables gastos que hubo que hacer para ello y que todavía están por cubrir en gran parte.

Con tal motivo, se inició una *Rifa benéfica* con la esperanza de que, por tratarse de una obra altamente piadosa y caritativa, será apoyada por toda persona honrada. Tan pronto como se tenga recogida la mayor cantidad posible de donativos, con la autorización de la Real Administración provincial, se hará la exposición pública de los mismos. Ruego, por tanto, humildemente a V. S. Benemérita, me ayude en esta empresa enviando a la dirección que más abajo se indica, los donativos que, inspirado por su caridad pueda disponer, asegurándole que serán recibidos con la mayor gratitud.

El Señor, rico en misericordia, dígnese recompensar con largueza el bien que hará a la pobre juventud de este valle, al tiempo que le aseguro desde ahora mi más cordial gratitud y la de los jovencitos beneficiados. Cada día se hacen en nuestra capilla oraciones especiales para implorar las bendiciones del cielo sobre nuestros bienhechores.

Acepte con agrado, Benemérito Señor, los sentimientos de profundo respeto y sincero agradecimiento, con los que tengo el gusto de profesarme

De V. S. Benemérita

Su atto. y s. s.,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

N. B. Los donativos se pueden enviar al Oratorio de San Francisco de Sales en Turín, o al Rvdo. don Nicolás Cibrario en *Torrione di Vallecrosia,* cerca de Bordighera.

[465 16 *(El original en francés)*

Una piadosa visitante de don Bosco en Niza

París, 16 de mayo de 1883
92, Boulevard Haussmann

Don Bosco:

Tuve el honor de verle en Niza, en las Damas Agustinas, 48, avenida de la Estación, y en el Patronato de San Pedro, Plaza de las Armas.

En esta última entrevista, le expuse el objeto de mis más ardientes deseos: la

conversión de mi marido. Todas mis oraciones al Señor y, particularmente al Sagrado Corazón, tienden a ello.

Me prometió usted sus plegarias y las de sus niños. Yo le prometo un donativo anual para sus oratorios en el caso de que se obtenga la gracia. Usted me hizo observar que no bastaba sólo contar con Dios y que le sería agradable que anticipara una limosna.

Usted casi me prometió venir a mi casa para hablar con mi marido; y yo debía, al mismo tiempo, enviarle mi donativo.

Durante su primer viaje a París, estuve recluída en mi habitación a causa de una bronquitis; no pude, pues, ni verle ni escucharle.

Iré mañana a San Agustín; ¡pero iré sola!

¿Puedo esperar, don Bosco, que me dedique unos momentos? Tiene la hora del mediodía en que es preciso comer. Si usted quisiera venir a mi casa, hablaría con mi marido y así puede que el S. C. me conceda la gracia que solicito desde hace tantos años.

MARÍA MOURETTE

17 *(El original en francés)*

La parada de don Bosco en Cannes en una carta desde París

Muy reverendo Padre:

Aquí me tiene para expresarle mis más sinceros sentimientos por no haber podido ir a verle durante estos días que pasa en París. Como salí demasiado pronto de Cannes, el frío de París me ha causado una bronquitis, de la que apenas logro desembarazarme.

Me hubiera gustado entregarle personalmente mi modesta aportación para sus admirables obras, a las que yo quisiera poder contribuir con mayor abundancia. Mis escuelas católicas de Bélgica, de las que usted me permitió hablarle en Cannes, me ocasionan grandes gastos y preocupaciones, mezcladas ciertamente con una dulce satisfacción, puesto que preservan a todos sus alumnos del veneno de las escuelas ateas.

[466] En conclusión, le ruego, Padre, me dé su bendición y continúe acordándose de mí en sus oraciones, como me prometió en Cannes.

Necesito a menudo que Dios me ilumine y venga en mi ayuda.

Encomiendo de nuevo a sus santas plegarias el alma de mi querido marido, del cual se dignó usted aceptar una piadosa estampa, prometiéndome no olvidarle...

París, 20 de abril de 1883.

Princesa de Montmorency-Luxemburgo

18 *(El original en francés)*

Una piadosa visitante de don Bosco en La Navarre

Flassans, 1 de junio de 1883

Muy reverendo Padre:

Cuando tuve el honor de verle en La Navarre y le hablé de la conversión de mi hijo, me dijo usted que hiciera una plegaria al Sagrado Corazón hasta el día de su fiesta, lo que efectivamente ha hecho. Estoy totalmente persuadida de que ha rezado usted por su conversión. Creo que Dios le ha escuchado y le envío la cantidad de cien francos para el S. C. de Roma, encomendándole de nuevo, tanto en lo espiritual como en lo temporal, ya que él sigue en Túnez. Yo también, por mi parte, me encomiendo a sus oraciones.

Le ruego que mi nombre y mi limosna no sean conocidos más que por usted.

La señorita Clementina Tourtone me ruega le diga que desea ardientemente el día feliz de ir a Turín para prosternarse a los pies de María Auxiliadora y agradecerle todas las gracias y favores que Ella le concederá por medio de sus oraciones.

MARÍA ALBERT CLEMENTINA TOURTONE

19 *(El original en francés)*

Circular a los Cooperadores de Marsella

Marsella, 22 de marzo de 1883.

Señor...

Tengo sumo gusto en anunciar que la Conferencia de Cooperadores Salesianos tendrá lugar *el jueves, 29 de marzo,* en el Oratorio de San León.

[467] Su Excelencia, *Monseñor Robert*, Obispo de Marsella, nuestro insigne Bienhechor quiere venir a presidir nuestra reunión.

El mismo día, se bendecirá solemnemente una grande y hermosa estatua de *Nuestra Señora Auxiliadora,* regalo de una familia de Marsella, como testimonio de gratitud y recuerdo de una gracia extraordinaria, obtenida por su intercesión.

Las limosnas que nuestros generosos Cooperadores tengan a bien hacer en dicha ocasión se destinarán al pago de las deudas contraídas para las nuevas construcciones y las considerables ampliaciones del Oratorio San León y del Orfanato de Saint Cyr.

Diariamente rezamos para que Dios se digne recompensar ampliamente a todos los que tienen a bien interesarse por nuestros huerfanitos.

Reciba, Sr. ....., el homenaje de mi profundo respeto y de mi vivo reconocimiento.

JUAN BOSCO, *Pbro.*

ORDEN DE LOS ACTOS

Mañana, 29 marzo.

A las 7½. Misa celebrada por *don Bosco,* Comunión general. Bendición solemne de la imagen de Nuestra Señora Auxiliadora. Discursito de ocasión.

Tarde.

A las 3. Cántico. Informe de *don Bosco. El señor Obispo* se dignará dirigir unas palabras. Saludo solemne. Preces por los Cooperadores difuntos.

Avisos:

1.º Los Cooperadores pueden traer consigo a nuestras reuniones aquellos parientes y amigos que, no siendo aún Cooperadores, tienen intención de inscribirse.

2.º Se ruega a los que no puedan acudir hagan llegar su donativo. Las circunstancias económicas tan excepcionales en que se encuentra nuestro Orfanato, nos obligan a rogar insistentemente a nuestros Cooperadores que tengan a bien recoger, en nuestro nombre, los donativos de sus parientes y amigos. Les agradeceremos tengan la bondad de remitir el fruto de su caridad al Superior del Oratorio de San León.

3.º Nuestro Santo Padre el Papa concede una bendición especial e indulgencia plenaria a todos los que asistan a estas reuniones.

[468] 20 *(El original en francés)*

Artículo de «L'Eclair» sobre don Bosco

DON BOSCO

De aquí a pocos días, la ciudad de Lyon tendrá la fortuna de recibir a don Bosco. No hay duda alguna de que la ciudad de los Primados de las Galias y centro de tantas obras maravillosas, volverá sin duda a ver con gozo al dulce y santo sacerdote a quien toda Italia venera, de mucho tiempo acá como a una de sus más hermosas y, sobre todo, de sus más puras glorias, y al que Francia, siempre admiradora de las grandes obras y de los hombres elegidos por la Providencia para instrumentos de su misericordia, empieza a amar y bendecir.

Después de san Vicente de Paúl, difícilmente se encontrará un hombre que haya alcanzado entre el pueblo mayor popularidad que don Bosco. En Turín, cuna de sus obras, la gente lo aclama como a un benefactor y le da el dulcísimo título de Padre de los Pobres, *Pater Pauperum,* que era uno de los nombres de Cristo. En Roma, el Soberano Pontífice, León XIII, siguiendo el ejemplo de su ilustre y santo predecesor, tiene una paternal predilección por don Bosco y cotiza muchísimo sus méritos. Finalmente, no hay país hasta las más remotas playas de Brasil y Patagonia, donde el nombre del pobre sacerdote turinés no sea bendecido.

Esta aureola popular que irradia la frente de don Bosco, esta estima y este amor universal que consuelan los últimos años del venerable anciano son la justa recompensa y la merecida coronación de una existencia consagrada por completo a mitigar las miserias humanas y, en particular, a preservar a los jóvenes abandonados de la corrupción, del fracaso, de la deshonra y de la infamia.

Pero antes de contemplar la difusión de sus obras, don Bosco tuvo que luchar muchos años, y muy frecuentemente, en su larga y laboriosa tarea, tuvo que experimentar ese dolor cruel, al que están condenadas las almas selectas, que muchas veces encuentran dificultades y oposiciones precisamente allí donde debieran tener apoyo y favor. No bastaría un volumen para compendiar las preocupaciones, privaciones y torturas morales que ha debido soportar desde el día, ya lejano, en que, el joven sacerdote reunió por vez primera en la iglesia de San Francisco de Asís de Turín a

aquellos muchachos vagabundos, que él había ido recogiendo por las plazas de la capital piamontesa.

Desde entonces, la obra de don Bosco ha ido haciendo camino. Se ha abierto paso con enorme rapidez. Dios ha fecundado los trabajos del santo sacerdote y ha multiplicado los hijos de su caridad. El humilde refugio de la calle Cottolengo se ha convertido en el magnífico oratorio de San Francisco de Sales, Casa Madre de las obras salesianas; allí se cobijan **[469]** bajo un mismo techo más de quince mil [1] hijos del pueblo animados por un mismo espíritu; allí, finalmente, con su *sistema preventivo,* don Bosco ha resuelto un problema filosófico y social, soñado por todos los legisladores. Este sistema totalmente apoyado en la razón, la religión y el amor, se anticipa a la transgresión, antes que a reprimirla, y ha producido, en todos los centros de educación salesiana, maravillosos resultados.

Francia tiene el honor, desde hace ocho años, de contar con algunas casas fundadas por don Bosco. El Patronato de San Pedro, en Niza, y el Oratorio de San León, en Marsella, están, a pesar de los turbulentos tiempos que atravesamos, en pleno auge. En los departamentos de Var y Bouches-du-Rhône, hay dos escuelas agrícolas. En los Oratorios franceses, igual que en Italia, la juventud recibe educación cristiana y aprende un oficio que le permitirá más adelante ganarse honradamente la vida en el mundo y ser útil a la sociedad.

Para la fundación de las casas francesas, don Bosco ha sido fuertemente ayudado por los miembros de su Congregación. El encontró, sobre todo, para la difusión de sus obras en Francia, un celoso colaborador en don José Ronchail, uno de sus hijos predilectos. Director, desde su fundación, del Patronato de San Pedro, en Niza, este digno sacerdote, que hoy está en la plenitud de su edad, ha conseguido en pocos años establecer sólidamente, en nuestra nación, la obra salesiana.

Unas cuantas líneas sobre el Patronato de San Pedro —primer centro fundado por don Bosco en Francia— podrán dar al lector una idea de la admirable iniciativa de los oratorios salesianos. Es un espectáculo conmovedor la vida de esta colmena que se denomina Patronato, dulce refugio que cobija más de doscientos muchachos, arrancados al vicio y a la miseria; muchos de ellos son huérfanos y han encontrado en don José Ronchail un padre que les guía por la senda de la vida y les marca el camino del cielo. El reglamento ofrece una justa proporción entre el trabajo manual y el estudio. Se levantan a las cinco de la mañana y se acuestan a las nueve de la noche. El primer rato de la mañana se dedica al aseo personal, cosa novedosa para la mayoría de los recién ingresados, y a la asistencia a la Misa. A las ocho, los talleres están en plena actividad y ésta no cesa, hasta la seis de la tarde, más que para el tiempo de la comida y del recreo. Por la tarde, tienen lugar las clases, donde, además de la enseñanza religiosa, se les enseña lengua francesa, música y otras materias que harán de ellos obreros ilustrados y honrados. Recorriendo los talleres del Patronato, se siente palpitar el corazón, conmovido por las más emotivas impresiones y se prueba una verdadera complacencia, un auténtico gozo, al encontrarse en medio de una juventud, que exhala perfumes de inocencia, simpatía y alegría, creciendo bajo la égida paternal de los hijos de don Bosco **[470]** y al abrigo de los zarpazos de la miseria y del infortunio. Los jóvenes aprendices, carpinteros, cerrajeros, zapateros, sastres, tipógrafos y encuadernadores tienen todos buena cara y están contentos y satisfechos de su suerte. ¡Ah, sin don Bosco, sin la caridad cristiana, cuántos de ellos, tan felices hoy, se sumirían en el vicio para caer más tarde en el robo y en la infamia, para terminar en

[1] En esta elevada cifra, se incluyen también los muchachos del oratorio festivo.

la cárcel! Vosotros, pues, los que amáis a los niños y os interesáis con razón por los tremendos problemas de la cuestión social, reflexionad en el gran riesgo social que os amenaza y venid en ayuda de los que combaten y trabajan por vosotros. Y vosotros, lectores, los que vais en el invierno a reconfortaros con el sol de las playas mediterráneas, no dejéis de hacer una visita al Patronato de Niza y enfervorizar vuestro corazón al lado de los muchachos de don Bosco; tienen un gran corazón estas pequeñas y encantadoras criaturas de Dios, son muy sensibles a la dicha que les podéis proporcionar y no os quepa la menor duda de que se mostrarán con vosotros enormemente agradecidos, levantando cada día sus manos inocentes hacia su Padre celestial, que es también vuestro Padre, rogándole recompense espléndidamente vuestra caridad, según la frase de Cristo: *Lo que hiciereis por el más pequeño de ellos, es como si lo hicieseis a mí mismo.*

Tal es la gran obra de don Bosco.

Dentro de poco, la población lionesa oirá la voz del santo sacerdote, una voz que no se puede oír sin experimentar, aun sin quererlo, una fuerte emoción; don Bosco hablará de sus obras con aquella sublime sencillez que presta encanto a su palabra, hará vibrar las más íntimas fibras de los corazones y producirá un caluroso llamamiento a la inmensa y conocida generosidad de los fieles lioneses.

Almas caritativas, vosotras oiréis con gozo su llamamiento y estamos seguros de que os sentiréis felices por contribuir con vuestras limosnas al sostenimiento y difusión de las obras salesianas, obras de sacrificio y de amor, cristianas y patrióticas por excelencia. Así demostraréis al buen sacerdote don Bosco que siempre encontrará, en esta hermosa tierra de Francia, amigos sinceros y verdaderos, y os habréis granjeado la gratitud de Dios y de la Patria.

(*Eclair,* 31 de marzo de 1883).

ABEL REYNAUD

21 *(El original en francés)*

Carta de don Bosco a la señor Juffrey de Lyon

Señora:

El señor Gustavo me hace de ayuda de cámara y, en un breve intervalo de su servicio, tengo la enorme satisfacción de escribirle a usted estas pocas líneas.

[471] En nuestra casa, se ha rezado por usted, Señora, y la Santísima Virgen parece querer escucharla: sufrir para ganar almas a Dios. En todo momento, nuestras oraciones se dirigen a Dios para obtener una mejoría.

Que Dios la bendiga, caritativa Señora; Dios le dé paciencia y perseverancia en el camino del Paraíso.

Dígnese también rezar por mí, que, con la mayor gratitud, seré siempre en J. C.,

Turín, 13 junio 1883.

Seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

22 *(El original en francés)*

Cartas de algunos lioneses a don Bosco

A

Lyon, 10 de abril de 1883
38, Av. de Noailles

Reverendo padre De Barruel:

Nunca olvidaré la complacencia con que me atendió; le ruego siga teniéndola para llegar al resultado apetecido: la curación de mi hijita. Mi señora, mi hija y yo, estaremos en la calle de Santa Elena, número trece, a las dos de la tarde, menos unos minutos. Trate usted de interceder por nosotros ante don Bosco.

Tenemos la firme esperanza de que, por un medio u otro, usted logrará que pasemos a ver a don Bosco, el cual desea, me lo dijo ayer, ver a mi hija.

Conde de MONTRAVEL

B

Lyon, sábado por la mañana

Rvdo. Padre:

Estaba yo tan emocionada el martes por la tarde, que *no aproveché* el gran honor, que se dignó hacernos, a mí y al señor Crozier, y que quedará *grabado,* en los *anales* de la familia. Por la tarde, estuve *demasiado galante* con mis invitados, y apenas si pude acercarme a usted. Mas, si usted tuviera que salir sin volver a verme, lo cual será para mí un gran disgusto, le ruego que no me olvide en sus plegarias en general y, ante Nuestra Señora Auxiliadora, en particular:

[472] 1.º A mi hijo mayor, Alberto, que tuvo la dicha de recibir la comunión de sus manos esta misma mañana: las secuelas de una meningitis le hacen incapaz de ir adelante por sí solo en la vida.

2.º A Eugenio, el segundo, que en el mes de junio ha de examinarse en la Escuela Politécnica.

3.º A mi hija Berta, su pequeña limosnera del martes, que espero le haya dado *una sencilla, pero buena nota* en mi familia.

4.º Y, finalmente, a su vecino de mesa, Enrique, alumno de filosofía en los Padres Dominicos.

5.º Al señor Crozier, que ha de hacer *el gran viaje* con usted, espero que dentro de *muchos años.*

6.º A mi pobrecita mamá, enferma, *la única* que faltó a la reunión del martes.

7.º Y por último, a mí y a mi cuñado, los últimos que le piden por favor, para ellos y para sus padres difuntos, una oración especial; y que rogarán muy frecuentemente al Señor que le conceda a usted *centuplicado* el más pequeño de los recuerdos.

Me permito dirigirme al reverendo De Barruel para preguntarle si usted regresará por Lyon a su vuelta de París, en cuyo caso, le pediría en nombre de toda la familia

Crozier y del Rvdo. Lajont, Vicario General, una segunda visita, como la del *martes último.* Rogándole su bendición especial, reverendo Padre, y ratificándole mis mejores y más respetuosos sentimientos termino esta carta, escrita con el sentimiento de no haberle podido hablar en el último momento.

Place Morand, 19.

Mme. ALICIA CROZIER

C

Lyon, 15 de abril de 1883

Reverendo Padre:

Soy el hermano de la señora Mayel, que tuvo la dicha de recibir su visita en Fourvière. Ella le recomendó que rezase por nuestros asuntos mercantiles, muy en peligro en estos momentos.

Pero, además de esto, mi esposa y yo no hemos podido encontrar el medio, como era nuestro gran deseo, de presentarle a nuestra última hija, niña de once años, cuyo desarrollo físico deja mucho que desear. He tenido abscesos en el cuello y tememos que le reaparezcan. Es un motivo constante de inquietudes y pesar para nosotros. Va a hacer su primera Comunión este año, en el colegio de su hermana religiosa del Sagrado Corazón, de la calle Boissac. Ayer por la mañana llevamos a nuestra hijita a su misa en la calle de **[473]** Santa Clara y hemos tenido la dicha los dos de comulgar según su intención. Le rogamos, Padre mío, acepte esta modesta aportación para sus obras...

Calle Sto. Domingo, 15.

Ls. PATURLE

D

Muy Reverendo Padre:

Tengo que presentarme mañana, a las dos, en su casa para hacerle una visita.

Monseñor Guiol, a quien hablé de mi deseo y el de mi hermana, señora Rey du Monchet, de invitarle a comer con él, durante su permanencia en Lyon, me ha animado en esta buena idea; vivimos al lado del Sagrado Corazón de los Ingleses: un coche le esperará en el Haut de la Ficelle de S. Justo a la hora que nos indique.

Le ruego, muy Reverendo Padre, tenga la bondad de proporcionarnos esta satisfacción: tenemos mucho interés por su Obra, igual que mi hermana señora Mignot de Guestu d'Annouay, con la que se ha carteado usted.

Le ruego nos reserve la dicha de tenerle con nosotros; la señora Mignot y mi santo párroco de Satillieu, reverendo De Salivus, irán a buscarle expresamente.

Hace ya muchos días que pido a Dios la dicha que le especifico en esta carta. Espero, muy reverendo Padre, que nos dará el consuelo de tenerle con nosotros.

Dígnese, muy reverendo Padre, aceptar la expresión de mi profundo respeto.

Domingo, 8 de abril.
Villa María, Chemin des Messues, 2, LYON

ANA DE GUESTU

E

Lyon, 24 de abril de 1883

Muy Reverendo Padre:

Hace unos días, a su paso por Lyon, me quedé con el enorme deseo de verle o, al menos, de recibir su preciosa bendición. No habiendo podido satisfacer mi deseo, me atrevo a recomendar, muy Reverendo Padre, a sus oraciones la Comunidad que el Buen Dios me ha confiado y las alumnas que nosotras educamos. Muchas de éstas me causan inquietud y, también en la Comunidad, tengo almas que me preocupan.

[474] Tenemos además una Religiosa, magnífica por todo concepto, cuya salud está gravemente amenazada. La operación que le hicieron en enero, por una enfermedad de huesos, no parece dar los resultados que se esperaban, y estoy muy preocupada por la pérdida que tendremos, si no se detiene el mal.

Dígnese, muy Reverendo Padre, encomendarla especialmente a Nuestro Señor y pedir para ella y para nosotras la gracia de responder fielmente a todas las gracias de nuestra vocación.

Dénos también su paternal bendición, y con mayor abundancia para esta pobre alma, que se ve obligada a dirigirle estas líneas.

Dígnese recibir, muy Reverendo Padre, con todo mi agradecimiento y disculpas la expresión de mis más respetuosos sentimientos en Nuestro Señor.

Calle Deufert Rocherau, 21.

SOR MARÍA EMMANUEL
Sup. de las Religiosas de San José de Cluny

F

Muy reverendo Padre:

Después de haberse marchado de Lyon, he recibido, a través de dos o tres personas, la cantidad de treinta y seis francos, que le remito para sus pobres huerfanitos.

Cuando estuvo usted en Lyon, Reverendo Padre, tuve la suerte de encomendarme a usted en una carta a la que me respondió, impartiéndome su bendición.

Le suplico, Padre, continúe rezando por mí y mi familia.

Tenga la bondad de informarme respecto al *Boletín Salesiano...*

Lyon, 6 de junio de 1883.

JUANA GAUDIN

G

Lyon, 28 de mayo. Bulevar des Brotteaux, 8

Reverendo don Bosco:

Tengo la firme convicción de que Dios, al enviarnos al educador por antonomasia de la juventud de hoy, ha querido testimoniarnos, a los padres de familia cristianos de

nuestra desdichada nación, que no nos abandona en la persecución que padecemos en defensa de nuestros deberes y derechos.

[475] No tengo el honor de que usted, reverendo Padre, me conozca; pero, aunque no me presente más que como un padre de familia, que se esfuerza por ser un buen cristiano, espero que este título sea suficiente para lograr que usted acoja favorablemente la petición que acabo de hacer de que rece una oración *especial* por uno de mis hijos.

He leído, con el mayor interés, el folleto que lleva por título su nombre: diría que con admiración, si no temiera herir su modestia. Como consecuencia de esta lectura me presento para rogarle humildemente se digne pedir mucho a Nuestra Señora Auxiliadora, *pensando en su gran obra de usted,* que un descubrimiento científico de mi hijo se vea concluido felizmente mediante un detalle de ejecución que él no logra averiguar.

Nuestro joven cristiano me ruega añadir que el colmo de esta gracia sería que le fuera concedida en el mes de María o en el del Sagrado Corazón, bajo el compromiso formal, que él se fija, *de no olvidar su obra de usted...*

Conde de MONTESSUS DE BALLORE

H

Reverendo Padre:

He oído hablar mucho de curaciones obtenidas a través de sus santas plegarias, con motivo de su paso por nuestra ciudad de Lyon, y, llena de fe, me dirijo a usted, Reverendo Padre, en esta circunstancia en que mi familia pasa por una gran necesidad. Espero tenga a bien rezar para la obtención de las gracias que le pido.

Tengo una nietecita de trece años, que ha estado ya seis meses sin andar el año pasado. La hemos encomendado a Nuestra Señora de Lourdes, aunque ella por su cuenta haya hecho su promesa, como la hiciera en otro momento en Nuestra Señora de Fourvière. Tras los seis meses de enfermedad, pudo andar de nuevo. Pero este año ha vuelto a recaer y no anda desde las últimas fechas de noviembre de 1883. Para que se vea totalmente libre de esta terrible enfermedad y para que la encantadora y buena hijita recobre la salud, he pensado que sus buenas plegarias podrían por sí solas obtenernos este milagro...

Lyon, 10 de enero de 1884.

María DUPONT

I

Muy reverendo Padre:

No soy más que una sirvienta, ya vieja con setenta y nueve años y todavía estoy sirviendo. Sin embargo, me siento tan impresionada por sus obras y por el bien que usted hace, que le ruego, Padre mío, acepte cien **[476]** francos de mis ahorros. En compensación, le pido que ruegue por mí para que el Señor me conceda la gracia de

una buena muerte. Le encomiendo también a mi familia; tengo diez sobrinitos huérfanos.

Lyon, 23 de abril de 1883.

Su humildísima servidora,
BENITA DUMORAND

22 bis *(El original en francés)*

Diario de visitas en la casa Sénislhac, en París

EXTRACTO DE LA CRONICA DE LA CASA DE PARIS

1883
(Relato de la señorita Bethford)

Miércoles, 18 de abril. La señorita de Sénislhac, enterada de que don Bosco iba a venir a París y que residiría en casa de la señora de Combaud, visitó a esta señora para rogarle que le facilitara una audiencia. La señora de Combaud le preguntó si nosotras daríamos hospitalidad a don Bosco para las audiencias de la tarde. La señorita de Sénislhac aceptó.

Jueves, 19. La señorita de Sénislhac oye la misa de don Bosco en las Carmelitas; luego, con una de sus compañeras, va a visitarlo en casa de la señora de Combaud. El se muestra muy conforme y dice que comenzará a recibir visitas en nuestra casa, calle de la Ville l'Evêque, hoy mismo de 4 a 6 de la tarde. Los días siguientes será de 3 a 6.

Esta tarde han venido muchas personas... que han esperado en vano a don Bosco.

Viernes, 20. A partir de las 2, hemos estado bloqueadas por una muchedumbre que deseaba ver a don Bosco. No nos esperábamos tal afluencia. Como deseábamos que la primera bendición que diera en esta casa el Santo fuera para nosotras, nos reunimos en la biblioteca, apenas llegó. No pude impedir que un sacerdote, paisano de don Bosco, se colocara, pese a mis órdenes en contrario, en la Biblioteca para tener con nosotras la primera audiencia; pero fue discreto y no escuchó lo que dijimos; de todas formas, como no comprendía el francés, no hubiera habido en ello inconveniente. Contábamos con la presencia del abate de Barruel para introducir a los visitantes. Pero no fue así, ya que, según nos contó don Bosco, el reverendo de Barruel se fue a hacer unas visitas, asegurando que regresaría a las seis de la tarde.

La señorita Jacquier se situó ante la puerta que comunica el salón con la biblioteca, es decir, en la puerta de entrada. Yo **[477]** me coloqué a la salida de la Biblioteca que da al descansillo. Así quedaba don Bosco bien protegido.

La Condesa Trappani, su hija y su séquito estaban en el salón, confundidas entre la gente, que, después de todo, se componía de la flor y nata de la sociedad. Ella me hizo pasar su tarjeta. Entré en la Biblioteca y la llamé, pero la barrera humana era infranqueable. Hacía dos horas, por lo menos, que las pobres princesas estaban allí aguantando. Pude, por fin, hacerlas entrar ante don Bosco por la puerta pequeña. Ellas se quedaron muy agradecidas.

...Son las seis de la tarde, el salón está aún lleno; no hay asientos, están todos ocupados; yo estoy escribiendo de rodillas.

Cuando, antes de marcharse, entró don Bosco en el salón para dar la bendición general, sufrió un tremendo atropello. Se precipitaron sobre él. Unos gritaban: —Padre, mi hijo tiene el tifus... Padre, tengo un tumor... Padre, mi hijo me da disgustos...

Otros decían: —Yo tengo esto, yo lo otro, etc. Los había que, provistos de tijeras, aprovechaban la confusión de la multitud, que oprimía al Santo, para cortar retazos de su sotana y así hacerse con reliquias. Estuvimos, por lo menos, ocho horas de pie.

Sábado, 21. Hubo la misma afluencia, pero organizada y con orden. No fue como ayer. Se dieron números y se obligó a todos a registrar sus nombres.

La primera audiencia fue para la familia Le Conédic. La multitud fue igualmente distinguida. Se nos hicieron las preguntas más curiosas. —«¿A qué orden pertenecen ustedes? —A la de los buenos cristianos, respondió una de nosotras. —¿A qué se dedican? —A recibirles a ustedes. —Dígame, ¿qué casa hospitalaria es ésta en la que estoy... —Está en casa de la señorita Sénislhac, etc.»

El abate Sire de San Sulpicio hizo una larga espera; él y una señora que le acompañaba me propusieron relevarme un rato en la tarea. Yo les agradecí su interesado favor.

Vino un cura con su ama, en un tiempo inventora de un fusil perfeccionado que a toda costa quería que don Bosco lo bendijera. Ambos querían pasar saltándose el orden establecido. No se lo permitimos.

Desde que comenzó la audiencia, la señorita Jacquier, provista de la doble lista hecha a la entrada de las personas, iba llamando los números correspondientes a los nombres. Yo, por mi parte, hacía entrar por una puertecita a las personas provistas de una tarjeta de don Bosco o de un papel del padre De Barruel, solicitando la entrada inmediata. Así hacía entrar también a las personas enfermas o recomendadas por nuestras amistades. Esto no siempre era fácil, porque cuando se daban cuenta en el salón, de estas pequeñas tretas se producían grandes protestas. Estaban todos alerta a la trampa. Nosotras entreabrimos de cuando en cuando, cada una nuestra puerta para hacernos signos de inteligencia. Esto hace sonreír al buen don Bosco que recibe, con inalterable paciencia, a cansados e importunos.

[478] Esta tarde, al final de la audiencia, ya cerca de las nueve, unas sesenta familias habían tenido su entrevista particular. Cuando quedamos solas con las pocas personas que acompañan al Santo, nos arrodillamos a cada lado de la mesa para pedir al Padre su bendición. Nos bendijo y nos dijo que somos sus dos ángeles custodios.

Domingo, 22. Desde las seis de la mañana, reclaman a don Bosco. ¿Es posible aguantar tanto? La señora de Combaud ha sido muy amable: se nos ha presentado y, al vernos en tal aprieto, comprendió que no nos sería posible a nosotras mismas ver a don Bosco a nuestro gusto y puso su casa a nuestra disposición.

El abate Sire ha pasado una gran parte de la jornada esperando turno. Lo observaba todo y no cesó de pasear por el salón y por la antesala. Me enseñó un espléndido tomo con la traducción del dogma de la Inmaculada Concepción que acababa de hacer y que va a enviar a Roma. Se trata de un magnífico trabajo de grabados en color; hay páginas que han costado varios miles de francos. El volumen en cuestión contiene la traducción del Dogma en los diferentes dialectos provinciales de Aunís [1]; lo ofrece la ciudad de La Rochelle. Una deliciosa página, entre otras, representa a dos

[1] *Aunís:* antigua provincia de Francia, que perteneció a los duques de Aquitania y Plantagenêt y se unió a la corona el año 1271; su capital es La Rochelle; hoy forma parte de los departamentos de la Charente-Maritime y Deux-Sèvres. (*N. del T.*).

labradores a orillas del río Charente. Uno pregunta al otro qué dogma acaba de proclamar Pío IX. El dogma está en latín, ¿cómo comprenderlo? El otro, entonces, cuenta, en dialecto, el contenido de la bula a su paisano.

Lunes, 23. La señorita de Sénislhac, ausente desde el comienzo de las audiencias, regresa este día de Montluçon. Nosotras hemos de atender a la vez al taller y a las audiencias de don Bosco. Es una complicación. Pero estando la señorita de Sénislhac todo se simplifica. Se reserva la primera audiencia a las Damas del taller, que está en la segunda capilla. Como estas Damas no están todas presentes, a la llegada del Santo, se reúnen a las cinco de la tarde en la antesala. Don Bosco les dirige unas breves palabras y las bendice. La señora de Bonésic trata de organizar a las limosneras para el sermón de don Bosco.

Martes, 24. La primera audiencia es para el personal de la casa.

Habiendo remitido una joven viuda a don Bosco su anillo de boda de gran valor, él decidió rifarlo y la señora de Combaud se encargó de organizar dicha rifa; la Institutriz de sus hijas viene diariamente al salón para vender boletos. Esta tarde, la señorita de Sénislhac rogó a don Bosco, cuando lo acompañaba, que invitara a algunos señores para que viniesen a prestarnos una mano fuerte para mantener el orden; él respondió que sólo las señoras tenían la paciencia necesaria.

He puesto unos libros sobre la mesa del salón para que entretengan el tiempo los que han de pasar largas horas esperando. El folleto de don **[479]** Bosco, que coloqué como el más adecuado para despertar interés, ha desaparecido. Hemos alquilado cuarenta sillas, porque las nuestras eran insuficientes.

Miércoles, 25. El gentío aumenta... La señorita de Sénislhac ha solicitado la misa de don Bosco al padre Barruel, quien la ha asegurado, pero temo mucho que la casa quede invadida por el personal que sigue a don Bosco, cada mañana, adonde él va a celebrar.

Don Bosco recibe mucho dinero; la señorita Jacquier ve enviar puñados de oro; yo le presento siempre a don Bosco, cuando llega, un enorme paquete de cartas, que contienen billetes de banco. A veces no le entrego más que las señaladas como confidenciales. Las otras las entrego al reverendo Barruel, que se ha instalado en nuestra sala común y despacha la correspondencia, recoge los billetes, responde a consultas y propuestas, etc.

Cada vez que don Bosco abandona nuestra casa, implora las bendiciones del cielo sobre nosotras de una manera impresionante: «Rogaré al santo Job que os dé paciencia; la tendréis enseguida y en abundancia por tener a don Bosco en vuestra casa».

Jueves 26. ¡Enorme afluencia! Por la tarde don Bosco era esperado por dos coches de lujo: uno era el del señor de St. Phalle, a cuya casa había de ir a cenar; y el otro de una enferma que habita cerca de la estación del Norte. Eran las ocho de la tarde cuando don Bosco concluyó sus audiencias. El joven de St. Phalle estaba impaciente por llevarle a su familia, que estaba reunida hacía seis horas para recibirle; pero don Bosco no aparentó preocuparse por ello, y dijo con gran calma que iría a dicha casa enseguida, tras atender a la persona enferma.

Una pequeña sordomuda, venida del campo, en los alrededores de París, esperaba su turno con dos mujeres de su familia. Las pobres se quejaban porque veían acercarse la hora de la salida del tren. «No somos ricas, decían, para hacer dos viajes, sacrificar dos días...» Tuvimos compasión de ellas y las hicimos pasar. Salieron de la Biblioteca encantadas. Don Bosco dijo que la joven sordomuda hablaría, cuando sus dos hermanos se hiciesen dominicos.

Nos traen gran cantidad de objetos para hacerlos bendecir: rosarios, medallas,

estampas, etc. Una señora escritora nos entregó su pluma para que se la bendijera; otras nos han traído plumas nuevas para que don Bosco las usara firmando autógrafos y quedárselas después como reliquias; otras, más avispadas, mientras el santo se ve rodeado de gente, en el momento de la bendición general, le cortan mechones de cabellos o trocitos de su sotana. Yo distribuyo, en la puerta de la salida, Boletines Salesianos para hacer conocer la obra de don Bosco. ¡Cuántos pequeños «Breviarios del Sagrado Corazón» hubiéramos podido colocar así! Pero la gran delicadeza de la señorita de Sénislhac no nos permitió aprovechar esta circunstancia.

Un librero, al advertir que se entregaban como billetes de entrada unos sencillos **[480]** papeles en blanco, nos ha enviado, y nos sigue enviando, cada día un paquete de tarjetas suyas: por un lado, está su dirección y los libros de don Bosco de los que él es depositario; y, por el otro, yo escribo el día de la audiencia y el número de orden. Nadie puede hacerse idea de la prisa de la gente, a la una de la tarde, para alcanzar el primer puesto en la dichosa mesa de inscripción. En medio de muchas señoras deseosas de visitar a don Bosco y que alegan, para conseguir su plan, toda clase de títulos y recomendaciones posibles, hay una gran masa que viene empujada por inconsciente curiosidad. En el momento de entrar, se nos hacen preguntas como éstas: «¿Qué es lo que se dice?... ¿Cómo se le habla a don Bosco?... ¿Qué curaciones obra don Bosco?... ¿Hay que hablarle de rodillas?..., etc.»

Viernes, 27. Recibimos hoy a monseñor Perraud. Poco antes de su llegada, la señora de Bouillé ha venido provista de una tarjeta, en la que el señor Cura Párroco de la Madeleine nos ruega obtengamos de don Bosco que haga una visita al nieto de los dos Bouillé, muertos en Patay, enarbolando la bandera del Sagrado Corazón. La tarjeta estaba humedecida por las lágrimas de la afligida señora, que me contó que el niño era víctima de la fiebre tifoidea y los médicos no daban ninguna esperanza de curación. Me pidió agua de Lourdes que yo le di, prometiéndole hacer lo posible ante don Bosco, y, acordándome de lo que sucedió ayer con la señora de St.-Phalle y una enferma, le dije que haría bien, en enviar hacia las cinco de la tarde, una persona de su familia y un coche para trasladar al santo varón. Habiendo solicitado audiencia los reverendos padres Godard y Lenoir, introduje al padre Lenoir; no pude hacer otro tanto con el padre Godard: el reverendo De Barruel estuvo tremendo. Hacia la mitad de la audiencia, subió para revisar la correspondencia de don Bosco; yo le dejé en su trabajo y pensando no tardar en presentarle la súplica de la señora de Bouillé. Estaba en mi puesto, cuando me llamó la atención una animada conversación en el fondo de la escalera. De repente una señora se acercó a mí, totalmente descompuesta, lanzando lamentables gemidos que suscitaron la compasión de la muchedumbre que llenaba la antesala. Era la duquesa Salviati, cuya encantadora hija, de dieciséis años de edad, estaba entrando en agonía. Quería llegar hasta el reverendo De Barruel y obtener a toda costa la visita de don Bosco. Tras algunas vacilaciones, fui finalmente a buscar al secretario, que llegó para ser testigo de una escena de lágrimas y prometer la solicitada visita. Al marcharse la señora, acudí al reverendo De Barruel para presentarle la súplica en favor de los Bouillé y la tarjeta del señor cura párroco de la Madeleine. Apenas si me escuchó y rehusó la súplica en términos que no dejaban la posibilidad de insistir. Pero yo confiaba en que mi pequeño consejo sería seguido. En efecto, a las cinco y media de la tarde se detuvo un carruaje en el patio; el tío del jovencito enfermo, acompañado del padre Argant, se acercó a mí... ¿Cómo hacer para interrumpir la audiencia? Don Bosco estaba allí desde hacía apenas **[481]** una hora y le aguardaban más de cien personas después del mediodía. El reverendo De Barruel, presente en el descansillo, se mantenía inflexible como una roca ante el

pobre anciano, que se mesaba los cabellos con desesperación y gritaba: «He prometido a la mamá del niño llevarle a don Bosco y no puedo regresar sin él». La señorita de Sénislhac se emocionó profundamente y, abriendo paso en el salón al señor de Bouillé, explicó ella el caso tan elocuentemente que la emoción se apoderó de todos los presentes, en nombre del héroe de Patay, y nadie se atrevió a hacer valer sus derechos de entrada ante don Bosco; se inclinaron todos con respeto y entró el anciano; en pocos minutos, ayudado por el padre Argant, convenció a don Bosco y lo llevó a todo galope ante el pequeño moribundo.

Sábado, 28. La multitud para la audiencia de don Bosco en esta tarde, ha sido enorme. El primero ha sido monseñor de Fougerais. Mientras yo empleaba todas las fuerzas del mundo para guardar mi puesto e impedir las avalanchas, a eso de las cuatro de la tarde, una señora vestida de negro, pero con unos andares singularmente masculinos, me preguntó por el reverendo De Barruel; estaba él arriba, ocupado con la correspondencia y yo tenía orden de no molestarle. Respondí negativamente. «Sé que está ahí, repuso con aplomo la desconocida, está en la segunda planta y subiré». El tono impertinente con que pronunció las últimas palabras me dio valor para responderle: «Usted no subirá, respetará la casa y las órdenes que aquí se le dan». Se encaminó ella hacia la escalera y, ya iba yo a agarrarla por el brazo, cuando la señorita Sénislhac, alarmada por el ruido, llegó y le declaró que estaba en su casa y le prohibía entrar en las habitaciones. «¿Es usted la señorita de Sénislhac?», preguntó la impertinente. «Sí, señora». Entonces ella se calmó, entró en razón, dijo que quería hablar con el reverendo de Barruel, porque se trataba de una invitación para él, para don Bosco y el padre Forbes, para comer al día siguiente en su casa. Era la señora D'Arsc.

Domingo 29. Sermón de don Bosco a las tres de la tarde en la Madeleine. Todos estos días he estado distribuyendo a sus visitantes prospectos y listas de señoras encargadas de los donativos. Hoy no tenemos audiencia y mañana será la última. El santo varón ha de ir a Lille y nosotras haremos ejercicios espirituales.

La señorita de Sénislhac ha recibido una carta del señor Sakakini, cónsul general del Sha de Persia en Francia. Esta carta, de cuatro páginas, tiene por objeto solicitar una visita de don Bosco a la señora Sakakini, enferma desde hace dos años.

Parece ser que, el viernes, el doctor Guillon se ha quejado por la aglomeración de personas en la calle y en el patio de entrada. Ha escrito incluso a la señora de Lavau, propietaria del inmueble, y ha amenazado con despedir al portero. Pero éste no se ha desconcertado y ha declarado que, entre la gente que invadía la calle y el patio, reconocía a todos los amigos de sus amos y no podía echarlos.

[482] *Lunes, 30 de abril.* A pesar de la dicha que tenemos de servir a don Bosco, estamos tan cansadas que no podemos más. Nos hemos puesto afónicas de tanto repetir siempre las mismas cosas a gente que no entiende nada por el disgusto de las largas esperas.

El Rdo. Padre Chauveau y el abate Lebeurrier tuvieron la primera audiencia. Ambos se arrodillaron ante el santo con una humildad conmovedora.

Don Bosco llegó tarde; estaba tan rodeado de gente en la calle que, para venir de la casa del señor cura Párroco, es decir, del n.º 8 al n.º 27, empleó una hora y media. De modo que también él estaba enormemente fatigado. Pidió a la señorita Jacquier algo para beber. Esta le preparó a toda prisa una mezcla de agua tibia con málaga.

Al atravesar el patio de entrada, le presentaron un niño enfermo, acostado en un cochecito. Miró al enfermo y dijo: —Si don Bosco estuviera solo, haría andar al niño, pero hay demasiada gente aquí. El niño andará el día de la Asunción; si permaneciera

aún acostado, escriban a don Bosco: «Don Bosco, usted no sabe rezar». Los padres quedaron encantados y la señora de Lespérut, testigo de la escena, nos la ha contado ella misma.

Hacia la mitad de la audiencia, oí un ligero ruido en la Biblioteca; había ido yo a dar un recado a la señorita Jacquier, dejando al P. De Barruel el cuidado de la puerta de salida. Pero temiendo una invasión por la puerta de la antesala, me apresuré a entrar por la puerta de la señorita Jacquier; el padre De Barruel, suponiendo el mismo desaguisado, entró bruscamente por mi puerta, y con aire severo. No nos habíamos equivocado ni el uno ni la otra: un grupo de señoras había entrado por la antesala; les hicimos salir de nuevo no sin dificultad: una de ellas se postró de rodillas, entre mí y el secretario, con las manos juntas: tanto insistió que se la dejó.

Para librarme de una masa de importunos, tengo la lista de las iglesias y capillas en las que don Bosco ha de celebrar la misa e invito a ir allí para poderle hablar, por así decir, más fácilmente.

El padre De Barruel, antes de subir, me dio orden formal de no dejar entrar a nadie al margen de los números, a excepción, dijo de manera que pudiera ser entendido por todos, de la señora de Martimpré, que entrará apenas llegue. Acababa de subir él a su piso, cuando una mujer del pueblo gritó: —«¡Señora de Martimpré!», empujando delante de ella a una joven descalza, vestida de harapos, que llevaba en brazos a un crío enfermizo y en trance de muerte. El rostro macilento de la madre, envuelto en un pañuelo de indiana, la mirada transida de deseo y angustia, hacían extremadamente interesante a aquella infeliz criatura. A instancias de la anciana, la multitud, respetuosa ante la encarnación de la miseria, se abrió en dos alas para dejarle pasar. Yo abrí la puerta; pero, acababa de cerrarla, cuando la **[483]** verdadera señora de Martimpré se presentó. Me enfrenté entonces con la anciana que me había engañado, pero me respondió que no lamentara tal acto de caridad. «La pobre mujer que ha entrado, dijo, ha venido aquí en peregrinación, con los pies descalzos, desde más allá de la Bastilla, para que el Santo bendijera a su hijito». Bajó entonces el padre De Barruel, entró donde estaba don Bosco, y dio una agria reprensión a la falsa señora de Martimpré, que había obtenido lo que quería: don Bosco había bendecido al niño y prometido que viviría; salió llena de satisfacción.

Como vino la señora Vauquelin, me confié en ella para el mantenimiento del orden, pero sucedió todo lo contrario de lo que yo esperaba. Por su parte, la señorita de Sénislhac amenazaba con llamar a la policía, pero abría el paso a la multitud, que entraba y se desbordaba indiscretamente por todas partes. La audiencia fue breve, pero agotadora; fue preciso moderar con toda la delicadeza del mundo a un público tan selecto, que, no encontrando sitio en el salón ni en la antesala, se estacionaba en el descansillo y en los peldaños de la escalera. Vi entonces sentadas en el suelo a algunas primeras damas de Francia: Rohan, Rozenbau, Freycinet, etc.

Por la tarde, la señora de Curzon, que había venido para los ejercicios espirituales, se colocó en una silla, cerca de la puerta, para ver a don Bosco cuando saliera. En aquel momento, se precipitó la gente atropelladamente en el descansillo. Extendí los brazos para proteger a don Bosco y a la señora de Curzon, pero no pude detener a la masa; lancé un grito desesperado, llamando al secretario en mi ayuda; vino y me prestó su mano fuerte contra las señoras, una de las cuales cayó rodando por el suelo antes que ceder. El pobre don Bosco no podía andar, pero la señora de Curzon recibió una buena bendición, mientras que la señora caída por el suelo se levantaba de nuevo. Ella también recibió buenas palabras del Santo. Yo hube de guardarme en el bolsillo mis deseos. Don Bosco me miró serenamente y me dijo: «Vaya a ver mi

mesa, por si me he olvidado algo y me lo trae». Los reverendos Barruel y Sire habían despachado cuidadosamente el correo; sin embargo, pensé que don Bosco no había hablado en vano; fui, miré detalladamente los papeles rotos y encontré 30 francos, que la señorita Sénislhac remitirá a don Bosco.

La Marquesa de R., cuyo coche estaba en el patio, se lo ofreció al santo religioso. Abrió ella personalmente la portezuela del vehículo para que subiera y llevarlo adonde quisiera. El le dijo: «Se lo agradezco mucho y le deseo cien coches para ir al Paraíso».

. . . . . .

Lunes, 21 de mayo. Don Bosco, de regreso en París, ha venido después del mediodía. Al entrar, me preguntó si había rezado fervorosamente un padrenuestro en honor del Santo Job, para obtener la paciencia necesaria durante las audiencias. Sonreí y, después, le presenté un paquete de medallas para la señorita Jacquier y para mí, a fin de que el buen Padre las bendijera; pero él me dijo: «Don Bosco no tiene ya más medallas, ¿puedo tomar **[484]** algunas de éstas que me trae? «Oh, sí, Padre, respondí, las que usted quiera». «Aún sobrarán», me aseguró el santo varón. Pero, ay, su predicción no se cumplió: al final de la audiencia, no quedaron más que las envolturas del paquete. Sin embargo, no podemos decir que estemos sin medallas de don Bosco, nos queda el paquete que la señorita de Sénislhac hizo bendecir para todas nosotras. Así el santo varón ha dicho verdad y nos ha dado una lección, mostrándonos que el bien de todas nos basta: las pequeñas reservas particulares no sirven para nada.

Enormemente solicitada por los señores Le Borde (seguramente que para tener una entrevista con don Bosco), la señorita de Sénislhac ha tenido la buena idea de aconsejarles que vayan a buscarle en coche a Neuilly y que nos lo traigan; así han podido cumplir su objetivo. La primera audiencia fue para la señora Olgier de Boulogne. Quedó tan agradecida que, al salir de la Biblioteca, nos entregó cuarenta francos para nuestras obras. El salón estaba todavía literalmente lleno. Entre los que esperaban reconocí a los señores Balsant, de Rivière, de Puitré, d'Hulst, de Fitz James, etc. La señora de Champeau vio estos días al rey de Nápoles muy triste por el olvido en que le ha dejado don Bosco, a pesar de que se hospeda muy cerca de aquí, en el Hotel Vouillemond. Ha encargado a la señorita Sénislhac que expresara a don Bosco el deseo y la pena del Rey. También ha venido a la audiencia, la señorita de Sursy, de Versalles.

Jueves, 24 de mayo. Esta tarde hemos ido todas a las ocho a hacer una visita a don Bosco.

23 *(El original en francés)*

Dos invitaciones muy importantes hechas a don Bosco en París

Señor don Camilo de Barruel:

Esperando que no me guarde ningún rencor por las molestias que le di, me tomo la libertad de recordarle mi deseo de que me participe cuándo podrá don Bosco asistir a las sesiones del Congreso Católico, asistencia que yo había sido encargado de gestionar.

Sería también muy deseada su asistencia a las fiestas del cincuentenario de la Sociedad de San Vicente de Paúl, aunque no fuera más que a la última reunión del

día ocho, martes, a las ocho de la tarde, en el Círculo Católico, calle de Luxemburgo, número dieciocho.

Permítame que una a mi petición los saludos de mi pobre hermana y la renovada seguridad de todos mis sentimientos más distinguidos y afectuosos.

París, 5 de mayo de 1883.

Muy agradecido,
CH. DE CROZE

[485] 24 *(El original en francés)*

El abad de Solesmes a don Bosco

PAX

Reverendo Padre:

Ya sé que algunos de nuestros Padres le han invitado a venir a Solesmes, entre otros, el padre Fabre, de Marsella. El me dijo que usted casi lo prometió y yo me alegré mucho. Permítame, reverendo Padre, unir a ésa otras nuevas instancias, en nombre propio y en el de todos nuestros Padres.

Uno de ellos tiene tan gran necesidad de verle y me pide ir a París inmediatamente, si yo no le puedo garantizar su visita. Usted perdonará, reverendo Padre, si le ruego se digne enviarme una respuesta por medio de su secretario.

No necesito asegurarle que rezamos por el éxito de todas sus obras; pero no sabe cuánto le agradeceremos que ruegue mucho y haga rezar a sus incondicionales alumnos por los pobres monjes expulsados de sus claustros.

Reciba, etc.

Solesmes, 20 de abril de 1883.

F. CARLOS COUTURIER
Abad de Solesmes

25 *(El original en francés)*

Tres cartas del benedictino don Andrés Mocquereau

Querida Madre [1]:

Regreso de mi primer viaje a París y le escribo en seguida porque pienso que usted y la madre Hildegarda estarán ávidas de noticias. Me dirigí primeramente a la calle Monsieur, que está en el camino de la avenida de Mesina. Fui bien recibido por la priora, que me dio de comer: tenía mucho apetito. Luego fui hasta la avenida de

[1] Se trata de la madre Cecilia Brugère, abadesa de Santa Cecilia, superiora de la hermana de don Andrés Mocquereau.

Mesina, número treinta y cuatro, en coche. Llegué entre la una y media y las dos. Pregunté al portero por la señora *Condesa de Combaud.*

—¿Es por don Bosco?, interrumpió la mujer del portero.

[486] —No, respondí; pregunto por la señora Condesa; tengo que hablar con ella.

—Entonces, suba; vamos a anunciárselo.

El sirviente que salió a abrir me puso todavía algunas dificultades. Insistí y, finalmente, entré.

La señora de Combaud llegó inmediatamente con su hija. Un recibimiento muy afable. Sin embargo, en el primer momento, se me quiso enviar a la calle Ville-l'Evêque. Pero aquellas señoras comprendieron inmediatamente que iba a perder el tiempo. No hay quien encuentre a don Bosco. Sale de casa a las siete de la mañana y no regresa hasta las once y media de la noche, agobiado de cansancio.

—Venga, me dijo la madre, puesto que tiene usted un asunto importante que tratar con él; yo me las voy a arreglar para que lo consiga. Mañana por la mañana, viernes, va a celebrar misa lejos de aquí. Venga usted a las siete. Yo le prepararé un coche con dos asientos nada más; usted montará con él y, durante una media hora, por lo menos, podrá hablar con él cómodamente. Es la única forma de poderle abordar. Además, usted le tendrá por la mañana, lo cual es una ventaja, ya que, por la noche, viene fatigadísimo y casi no puede articular ni oír palabra. Así, pues, hasta mañana...

Se lo agradecí mucho a ambas señoras y me despedí.

F. ANDRÉS MOCQUEREAU

B

Reverendísimo Padre [1]:

Le escribo desde la casa de mi hermana, adonde llegué ayer tarde. Apenas llegué a París, el miércoles pasado, me dirigí a casa de la señora de Combaud, avenida de Mesina, para rogarla me facilitase poder entrevistarme con don Bosco.

Esta señora me recibió muy cordialmente y me aseguró que resultaba muy difícil abordar a este santo varón. Me indicó, sin embargo, un medio excelente. Me autorizó para presentarme en su casa al día siguiente a las siete de la mañana.

—Don Bosco, me dijo, va a celebrar misa bastante lejos de aquí. Usted se montará con él en el coche y así podrá hablarle fácilmente.

Y así, en efecto, sucedió. Durante una media hora, le pude hablar a mis anchas y exponerle el motivo de mi viaje. Le daré una bendición especial, me dijo, luego en la sacristía. Rece diariamente tres *padrenuestros,* tres *avemarías,* tres *glorias* y la invocación a la Virgen *Auxilio de los Cristianos.* Le doy también una medalla.

Me dio después unas intenciones de misas, que yo acepté, **[487]** y me dijo sonriendo que intentara cantar la misa del domingo próximo.

Al llegar a la sacristía de la casa religiosa adonde íbamos, hizo que me arrodillara ante una estatuita de la Virgen y recitó de pie a mi lado un *padrenuestro,* una *avemaría,* un *gloria* y otras oraciones. Después, me puso la mano en la garganta y me

[1] Al abad, don Couturier.

despidió en paz y muy consolado por esta larga entrevista. Espero ahora con gran confianza.

Le hablé también de otros varios asuntos y, en particular, del viaje a Solesmes. Pienso que no podrá fácilmente hacer esta escapada. El pobre hombre está abrumado de cansancio. Su jornada comienza a las seis de la mañana para terminar a las once y media de la noche. La gente le sigue a todas partes y su nombre está en todas las bocas en París.

Sólo me resta agradecerle, reverendísimo Padre, el gran favor que me ha hecho. Espero que este viaje decidirá finalmente mi curación y podré dedicarme con más facilidad a la práctica del canto gregoriano.

Reciba...

St. Michel-s-Orge (S. et O.)

F. ANDRÉS MOCQUEREAU

C

Querida Hermana:

Estoy en St-Michel. Antes de hablar de St-Michel, hablemos de París y de don Bosco. Ya sabes que tenía que entrevistarme con don Bosco, durante el trayecto de la calle de Mesina hasta la calle La Chaise, donde tenía que celebrar misa en las Damas del Retiro. Llegué a las seis y cuarto a la calle Mesina. El portero me permitió entrar en su cuartito, donde esperé vigilando la escalera. No me atrevía a presentarme a una hora tan temprana y llamar en casa de la señora de Combaud.

Después de diez minutos de antesala y de encomendarme a los santos Angeles, oí pasos de alguien por la escalera: entró una señora y me hizo subir a las habitaciones de la señora Condesa. Mi introductora era la señorita de Pouan, institutriz. Eran las seis y media. Pregunté a la señorita si, como me prometió la señora de Combaud, se había advertido a don Bosco que yo debía acompañarle en el coche. —Regresó a medianoche, me respondió, y no hemos podido prevenirle. —Esto me intranquilizó, temiendo que don Bosco o su secretario hubieran prometido este favor a otro.

A las siete, llegó una dama de compañía de la señora Marquesa de..., la cual enviaba su coche cerrado, a fin de que don Bosco se sirviera de él para encaminarse a la calle La Chaise; esta marquesa trata de tener así un recuerdo de **[488]** don Bosco. A las siete y cuarto llegó la vizcondesa de... con su coche para transportar a don Bosco a La Chaise: también ella desea que su coche sea santificado con la presencia del nuevo Vicente de Paúl. Mientras iban llegando todas estas marquesas con sus coches, poniendo en peligro todos mis proyectos, yo me encomendaba con todas mis fuerzas a mi Angel de la Guarda y me consolaba pensando que, en ese preciso momento, tú estarías con nuestra mamá en la misa de comunión.

Durante todo este jaleo, había desaparecido la señorita de Pouan. Pocos instantes después, regresó triunfante y me dijo:

—Padre, se ha convenido con don Bosco que usted subirá al coche de la señora condesa de..., con él y su secretario.

En suma, la institutriz había actuado en mi favor y estaba seguro de ver a don Bosco. Gracias a los santos Angeles.

Hacia las ocho menos cuarto, vino al salón, la señora de Combaud, diciendo que

don Bosco estaba a punto de salir de su habitación. En efecto, pasados unos minutos, fui presentado en el momento en que él salía. Me eché a sus pies, suplicando su bendición, que él me dio pronunciando la fórmula ordinaria. Le agradecí que se hubiera dignado aceptarme en su coche, durante el corto trayecto de aquella mañana.

—Bien, bien, me respondió; salgamos.

El pobre don Bosco está muy desmejorado, y el retrato que tú conoces es muy distinto de la realidad. Aparenta unos setenta años y camina con gran dificultad. En el primer momento, quedé algo sorprendido al ver a un santo tan desaliñado. La barba sin rasurar, largos y despeinados los cabellos, caídos con gran desorden en toda dirección. Raída la sotana, el cuello del gabán verdusco y así lo demás. Tal es su exterior. Aquel primer instante fue por tanto para mí puramente natural.

A punto de salir, corrió el secretario a comunicarle que había gente en la escalera, pero que no debía pararse porque ya llevaban retraso.

Nada más salir, se le plantó delante una señora; y don Bosco se paró a escucharla con verdadero interés. Yo me quedo a unos pasos de distancia para no perderlo. Veo que escucha con visible interés a la pobre mujer. Baja unos peldaños y se topa con una veintena de personas. Una señora, una mujer joven, le dice:

—Padre, cúreme; me veo obligada a estar en cama dieciocho horas del día.

—Póngase de rodillas, le dijo don Bosco. Ella se arrodilló en un peldaño de la escalera. Don Bosco, a su lado, recitó el *padrenuestro,* el *avemaría,* etc., y la bendijo. Entonces vi y comprendí al santo.

Unos escalones más abajo, una madre le presentó a sus dos hijos de catorce y dieciséis años y él los bendijo, apoyando fuertemente la mano sobre sus cabezas. Bajó un poco más; se acercó a mí una mujer y me dijo:

—Veo que usted va con él. Tenga la bondad de decirle que suba a mi coche. Soy la señora de...

Le respondo que yo no puedo nada. En una palabra: que invirtió veinte **[489]** minutos para bajar la escalera, asediado a cada paso por diversos suplicantes.

En cierto momento, corrí hacia el coche que habíamos de utilizar y dije al cochero: —Ya sabe usted que vamos a la calle de La Chaise; camine sin prisa, cuanto más tiempo tarde, mayor será la propina.

Volví a juntarme con don Bosco, que estaba aún en la escalera. Le resguardé. Subimos. Imposible evitar que el secretario me dijera que él esperaba no molestar con su presencia, pues está obligado al más estricto secreto. No pudiendo apartarlo, subimos los tres y partimos poco a poco.

Le expuse enseguida el principal motivo de mi viaje, mi estado de salud. Don Bosco me escuchaba, cerrando los ojos y repitiendo: «bien, bien...». Le bendeciré, me dijo al llegar a la sacristía de las Damas del Retiro, le daré una medalla y, luego dirá cada día tres *padrenuestros, avemarías y glorias* con la invocación *Auxilium Christianorum.* En cuanto a las misas que usted me promete, las dirá según las intenciones de la sacristía de nuestra casa de Turín. Yo le pregunté:

—Padre, ¿podré cantar la misa el domingo próximo?

—Sí, sí, me dijo mirándome sonriente; sí, pruébelo, pruébelo.

Pasé a continuación al asunto de... Le entregué la carta; pero, como tenía dificultad para leerla, le pedí permiso para leérsela yo mismo. Lo hice con convicción, recalcando la fecha y las enormes dificultades y comentándola. En las palabras finales, el secretario, que rezaba el breviario mientras tanto, se detuvo, prestó oídos y miró a don Bosco. El buen hombre sonrió tranquilamente y, como no decía nada, le insistí y me respondió serenamente:

—Mire usted, hay que rezar, hay que rezar al buen Dios.

Me quedé callado un momento y él prosiguió:

—Diga a...: dad y se os dará. Es preciso que antes de... haga ella muchas obras de caridad. Y, tras un momento de silencio:

—No es necesario que dé para las obras de don Bosco; hay muchas otras, un *mare magnum,* huérfanos, misiones, etc. Que dé y se le dará. Que rece las mismas plegarias que usted. Le daré una medalla para ella.

El tiempo me urge, tengo que terminar. Tardamos de veinticinco a treinta minutos para hacer un recorrido de diez a quince.

La calle La Chaise estaba repleta de coches privados y públicos. La gente llenaba el patio. Apenas se apeó don Bosco del coche, se precipitaron hacia él, para hacerle tocar medallas y rosarios; gritaban por todas partes, pidiéndole oraciones en favor de los enfermos. El pobre don Bosco pasó con calma por entre aquella muchedumbre; daba bendiciones a derecha e izquierda, tocaba a los enfermos que encontraba al paso. El secretario y yo, que íbamos a ambos lados, lo defendíamos de la muchedumbre apiñada. Avanzábamos con dificultad y paso a paso. **[490]** Le presentaron una chiquilla muda, él la tocó y siguió adelante. Otros se quejaban porque no alcanzaban a tocarlo. En conclusión, yo nunca he visto fe tan extraordinaria en una masa de pueblo, ni calma más completa en un hombre de Dios. El Señor me ha concedido también la gracia de asistir a un espectáculo de esta clase.

Entramos, por fin, en la sacristía. Don Bosco me hizo arrodillar ante la Virgen. De pie a mi lado, recitó el *padrenuestro,* el *avemaría* y otras preces, me dio una prolongada bendición «por la salud del cuerpo y la santidad del alma», me puso su mano en la garganta unos instantes y concluyó revistiéndose para su misa. Yo asistí a ella.

Pero no tengo tiempo para contarte nada más. Acaso mañana, si tengo tiempo de escribirte.

¿Estoy curado? Por el momento no. Mañana, como él me ha dicho, trataré de cantar la misa en St-Michel. Tengo gran confianza...

F. ANDRÉS MOCQUEREAU

26 *(El original en francés)*

El abate Moigno a don Bosco

Reverendo Padre:

Permita que uno de sus hijos, de sus colaboradores, le dé la bienvenida a París.

Sería muy feliz si pudiera verle; ¿no podría usted proporcionarme la ocasión, citándome en alguna parte? Sólo le pido unos minutos de audiencia, para poder recibir su bendición. ¡Quién sabe si su corazón no le inspirará venir a San Dionisio [1], para visitar la tumba de este gran apóstol de París, venerar sus santas e insignes reliquias y saludar este rincón de paz!

Tras celebrar la misa en el altar de la Confesión, podría servirle el desayuno este su humilde discípulo.

Me uno a sus santos sacrificios, con los sentimientos del más profundo respeto.

26 de abril de 1883.

Su humilde hermano,
F. MOIGNO

[1] El abate Moigno era Canónigo de san Dionisio.

27 *(El original en francés)*

La duquesa d'Aremberg a don Bosco

La duquesa d'Aremberg pregunta si el reverendo don Bosco podría concederle sólo unos minutos de audiencia, mañana jueves, a la hora y en el lugar que le pluguiere señalar. La misma se permite **[491]** recordar al reverendo Padre que, si fuere a Bélgica, la honrará yendo a su casa en el palacio d'Aremberg, «según me lo prometió hoy mismo».

Duquesa D'AREMBERG

Estoy en el Hotel de Europa hasta las tres de la tarde de mañana jueves. Si tuviese el honor de hablar con el reverendo don Bosco, retrasaría mi partida hasta el viernes por la mañana.

28 *(El original en francés)*

La señora Philippart a don Bosco

La señora Philippart agradece al reverendo padre don Bosco la carta que se ha dignado enviarle a Bruselas, a casa del señor Eug. Pécher. Está muy contenta por la novena que ha comenzado el cinco de los corrientes; a la misma se ha unido toda su familia.

Ya se ha obtenido una gracia importante, pues la puesta en libertad ha tenido lugar el segundo día de la novena.

Hay cosas importantes que decidir y ultimar para el bien espiritual y material de toda la familia. Tales cosas deben decidirse durante este mes; por lo que la señora Philipart suplica al reverendo Padre se digne continuar las oraciones. Desearía también poder remitir al reverendo Padre *don Bosco en persona* el donativo que destina para los pobres huérfanos que él cuida: le ruega, pues, tenga a bien indicarle lo antes posible día, hora y lugar donde poder verle.

París, miércoles, 13 de mayo.
Calle Newton, 4.

Señora PHILIPPART

29 *(El original en francés)*

El obispo de Le Mans a don Bosco

El señor Surmont, que le entregará esta carta, me pide una recomendación para usted. Resumo lo que pienso sobre el señor Surmont, diciéndole que me parece se trata de una alma muy grata al buen Dios. Con ello juzgará fácilmente, reverendo Padre, lo mucho que yo aprecio a este magnífico diocesano, tan fiel a los intereses de la Iglesia. Dígnese recibirle con su más cordial benevolencia **[492]** y esté seguro de que consideraré como hecho a mí mismo todo cuanto usted pueda hacer por él.

Aprovecho con sumo interés esta ocasión, Reverendo Padre, para encomendarme

a sus oraciones y para pedirle que reciba la seguridad de mi tierno y afectuoso reconocimiento.

Le Mans, 18 abril 1883.

En N. S.,
† HÉCTOR, Ob. de Le Mans

Reverendo Padre:

Estoy deseoso de verle y hablar con usted. Habiéndome enterado de su llegada a París, voy ahí mañana por la mañana y espero que usted perdone el atrevimiento de llamar a su puerta. Después de mediodía, me presentaré en su residencia y le estaré muy agradecido si tiene usted la bondad de hacerme saber entonces que me podrá recibir.

Mi Obispo se digna recomendarme y adjunto su carta a la presente.

Dígnese aceptar, reverendo Padre, el obsequio de mis sentimientos filialmente respetuosos.

Le Mans, 18 de abril de 1883.

A. SURMONT

30 *(El original en francés)*

Afiliación de los Salesianos a la Orden del Carmen

DECOR CARMELI (Honor del Monte Carmelo)

Jesús, María y José:

Nos, Sor Ignacia-Luisa del Corazón de Jesús, Priora de las Religiosas Carmelitas del tercer convento de París, Avenida de Mesina, n.º 23.

Reunidas en nuestro Capítulo, con autorización del Reverendo Abate Le Rebours, Párroco de la Madeleine, nuestro muy digno Padre Superior, para agregar como inscritos a aquellos y aquellas que lo demandaren, y habiendo considerado el deseo y la devoción del Reverendísimo Padre don Bosco, y su Congregación Salesiana, por el afecto que él tiene a nuestro Monasterio, y por la confianza que demuestra tener en las oraciones del mismo, les hemos hecho participantes de todas las preces, comuniones, vigilias, ayunos, abstinencias, mortificaciones, soledad, silencio y otras prácticas espirituales que se hacen cada día y que se harán aquí a perpetuidad, con la gracia de Dios.

Dado en París, en nuestro Monasterio, el 21 de mayo de 1883.

Sor María de los Angeles, Hermana Priora
Sor María Luisa
[493] Sor Manuela de la Reparación
Sor Ana-Catalina del Corazón de Jesús
Sor Josefina del Sagrado Corazón de María
Sor Isabel del Niño Jesús

Sor Beatriz de la Inmaculada Concepción
Sor Leonor de San Bernardo
La Madre Teresa de Jesús
Sor Teresa-Filomena
La Madre María Enriqueta de Jesús
Sor María de Jesús
Sor Isabel de los Angeles
Sor Luisa de Jesús-María
Sor Teresa de San Juan de la Cruz
Sor Margarita del Santísimo Sacramento
Sor Magdalena de San José
Sor Licinia del Espíritu Santo
Sor Ana Joaquina de la Natividad
Sor María de la Presentación

En Nuestro Monasterio de la Reparación y de la Santa Faz del Santísimo Redentor, de las Carmelitas de París, Avenida de Mesina, n.º 23.

Muy Reverendo Padre:

La gracia del Espíritu Santo llene su alma.

Como gratitud a la bondad con que se ha dignado venir a celebrar el Santo Sacrificio en nuestra Capilla y bendecir a la Comunidad, nos sentimos dichosas al ofrendrle esta cédula de inscripción, que responde igualmente al deseo expresado por usted de estar en unión de oraciones con nuestro pequeño Carmelo. Será una dicha para nosotras. Reverendo Padre, si, a su vez quiere hacernos participantes de sus santas obras y de las plegarias de su fervorosa Congregación, sobre la que trataremos de hacer llover las bendiciones del Cielo, mediante nuestras pobres súplicas. Con la expresión de estos deseos, dígnese recibir, Reverendo Padre, el religioso y profundo respeto con el que tengo la gracia de profesarme, a los pies de Jesús,

21 de mayo de 1883.

Su indigna servidora,
SOR LUISA DEL CORAZÓN DE JESÚS
r. c. ind. Priora

PD. ¿Abusaría de usted, rogándole un recuerdo particular ante el Buen Dios, por la pobre Priora, que tanto lo necesita?

[494] 31

Luis Veuillot y don Bosco en París

En París resuena en estos días el nombre de dos grandes hombres, que han despertado la admiración y el entusiasmo: Luis Veuillot, que desapareció del campo de combate, y don Bosco, que hasta hace poco era un desconocido; dos nombres, que se han mezclado en los labios del pueblo católico parisiense y que han despertado la admiración unánime y vivísima como protesta directa y enérgica contra las proclamaciones de ateísmo, que se pretenden hacer en nombre del pueblo. El laico soldado

de la pluma y el sacerdote apóstol de la caridad obtuvieron la admiración y los homenajes. Hay puntos de contacto entre estos dos hombres gloriosos en la Iglesia, bienhechores de la sociedad y, aun cuando lucharon en campo diverso y con distintas armas, sin embargo, los dos sacaron de la misma fuente la vida, que les ha hecho grandes, y el vigor de su actividad. Puesto que la voz pública los ha asociado en la gloria, en la Babilonia francesa, permítasenos tocar rápidamente los puntos de semejanza entre estos dos hombres eminentes.

Uno y otro proceden de familia humilde y de apariencias modestas, dotados de inteligencia despierta y vigorosa, de corazón magnánimo y carácter inquebrantable. Pero su grandeza tiene el cimiento en la fe; no los apoya el mundo, no cuentan con la protección de los poderosos, ni con el auxilio de los gobiernos; y, sin embargo, sus obras son tan grandiosas que los gobiernos de Italia y de Francia no supieron hacer nada que se les asemeje y Napoleón III dio a Veuillot el gran testimonio de su temor; el Gobierno italiano, que odia al clero y a la Iglesia, respeta los institutos de don Bosco, de la misma manera que las fieras lamían, a veces, con reverencia y respeto al mártir entregado a sus colmillos y a sus garras.

Diversa es la misión y el campo de labor de estos dos hombres suscitados por la Providencia, pero el espíritu se armoniza admirablemente y conduce su trabajo a un mismo intento: salvar a la sociedad de la Revolución para llevarla a Dios. El italiano es llamado, en el campo de la caridad, a sacar las almas de la corrupción, a bendecir, a confesar, a apacentar, a recoger en los colegios a la juventud, que el estado y la sociedad egoísta abandonan en las plazas, como presa de la ignorancia, de la miseria y del vicio. Don Bosco no tiene voz para hablar a un gran auditorio, no es una figura majestuosa, sin embargo, París se ha volcado a su alrededor y el nombre de don Bosco corre en boca de todos: «¿Dónde está?, ¿qué hace?». Todos van a él, porque quieren su bendición, quieren oír su palabra, quieren encomendarse **[495]** a sus oraciones. ¿Qué es esta fuerza mágica, que causa tanta admiración y tan espléndidos homenajes? Es la caridad cristiana.

Ahora bien, hace pocos días este mismo pueblo, estos mismos labios aclamaban a Luis Veuillot. El francés era un seglar, era un pensador, un escritor, un periodista. «Tenía alma sacerdotal», escribió uno de sus admiradores; tenía una generosidad ilimitada, han afirmado los que la han experimentado; tenía un corazón sencillo, ingenuo, dulce, angelical, confiesan los que le han conocido; pero Dios le había llamado a una misión especialísima para nuestros tiempos. El fue llamado a luchar en el campo de las inteligencias, a luchar contra la revolución docta, a arrancar las inteligencias de la esclavitud del error. Su trabajo fue esencialmente batallador, precisamente por ser especulativo: su combate, fue agresivo, porque los derechos de la verdad son incontrastables y no están sujetos a ninguna colisión contra el error. Y fue tanto más terrible cuanto más especiales eran las condiciones en que encontró el error y los partidarios de las falsas doctrinas. Fue acusado de hombre iracundo, fue denunciada la amargura de los golpes, con que separaba netamente la verdad del error; pero ¿quién no sabe que, en el terreno de las especulaciones y de las teorías, la verdad no conoce la caridad, la verdad es intransigente, es decir, es inmaculada y cándida como la fuente divina de donde mana?

Los acusadores pasaron, los transigentes, los católicos liberales, los «Dupanloupistas», todos los que amaron las aguas turbias pasaron. París y toda Francia, rinden hoy homenaje a la grande y dulcísima alma de Luis Veuillot, que ha igualado en caridad y dulzura a don Bosco. Aquél se batió contra el enemigo para que soltara la presa, y éste la recogió cuando la abandonó el enemigo; aquél señalaba las fuentes envenena-

das, éste recogió a los sedientos para que no bebiesen la muerte; aquél pintó las traiciones de los corruptores, éste acogió en sus brazos a la juventud que escapaba de los traidores. Así es como la dureza de Veuillot no está en desacuerdo con la amabilidad de don Bosco, cómo uno y otro son grandes por su fe y su caridad. Cuando llamaron a don Bosco a dar testimonio de sus principios, fue tan intransigente como Veuillot; rechazó el rosminianismo de sus escuelas, sufrió las persecuciones de los católicos liberales, y ante los jefes de esta secta brilló en su rostro la noble fiereza, que caracterizaba al periodista francés. El *Osservatore Cattolico* está orgulloso de poder decir que, en los momentos más terribles de sus luchas, cuando parecía abandonado por todos, el periódico de don Bosco y el de Veuillot se levantaron en su defensa y lo alentaron al buen combate.

En estos dos hombres, pues, debemos encontrar el gran principio animador de sus obras y de su grandeza. La fe pura, el amor a la Iglesia, la intransigencia de las doctrinas profesadas. París ha aclamado este gran principio y a él elevo **[496]** sus homenajes. Los católicos liberales pasan, los intransigentes sobreviven bendecidos; la falsa caridad, este infame oropel palidece, la caridad verdadera cobra nuevo resplandor. Nuestro valor se reanima, porque nuestra causa es santa.

(*Osservatore Cattolico* de Milán, 7-8 de mayo de 1883).

32 *(El original en francés)*

El Director de San Sulpicio a don Bosco

Seminario de San Sulpicio, 1.º de mayo, 1883

Reverendísimo Padre:

Si yo ignorara las dificultades que hay para acercarse a usted, iría a agradecerle la visita que tuvo la bondad de hacer el lunes por la tarde a nuestra Comunidad. Su presencia, por la gracia de Dios, nos ha hecho mucho bien a todos; espero que éste sea perdurable.

Tengo el honor de enviarle, con la expresión de nuestra gratitud, la cantidad de trescientos veinte francos para sus obras. Es muy poco, pero los corazones que se lo envían son totalmente suyos.

Permítame, reverendo Padre, encomendar una vez más el Seminario de San Sulpicio a sus oraciones y recomendarle especialmente a su director que goza al poder profesarse,

Su humildísimo y obediente servidor,

V. BIEIL
Director del Seminario de San Sulpicio

33 *(El original en francés)*

Invitación para ir a las Asuncionistas
(Carta al secretario de don Bosco)

Reverendo Padre:

Estoy infinitamente agradecida por la buena noticia que me da, anunciándome que el reverendo padre don Bosco celebrará la misa el domingo día veinte de mayo, a las ocho de la mañana, en las Hermanitas de la Asunción.

Enviaré mi coche para recogerle a las siete y cuarto en la avenida de Mesina.

Como, en su carta, me dice usted que la *comida del mediodía* **[497]** en los Padres de la Misericordia no está apalabrada para dicho día, permítame decirle que el padre Pernet, fundador de la Congregación de las Hermanitas de la Asunción y la señora Superiora General me han encargado rogara encarecidamente a don Bosco, acepte la *comida del mediodía* en el convento.

Ellos invitarán a esta comida, si don Bosco está conforme, al abate Gindre, Vicario General titular, a quien usted vio en mi casa, y al reverendo padre Potetot, Superior General del Oratorio, el cual me ha dicho que desea vivamente tener una entrevista con don Bosco.

Dígnese aceptar, reverendo Padre, la expresión de mis respetuosos sentimientos.

10, Boulevard Latour-Maubourg.

Baronesa REILLE

33 bis

Por qué el futuro cardenal Bourne no se hizo salesiano

Se decía que el cardenal Bourne, cuando era todavía joven sacerdote había querido hacerse salesiano; pero que faltaban documentos o testimonios autorizados. Ahora ha llegado la prueba.

Mientras se imprimía este volumen, el salesiano don Luis Prieri nos envió la copia de una importante carta escrita por don Miguel Rúa, el día veintidós de septiembre de 1908 a Bourne, todavía simple Arzobispo. Don Luis Prieri había sacado la copia del original, siendo uno de los secretarios de don Miguel Rúa. El sucesor de San Juan Bosco, después de manifestar sus felicitaciones por el éxito del Congreso Eucarístico de Londres, seguía diciendo:

Pero la ocasión de esta carta no puede por menos de traer a mi mente cosas y hechos de tiempos pasados; hechos que, por cierto, no se han borrado todavía de la memoria de Vuestra Excelencia. Me refiero a los tiempos en que V. E., siendo joven sacerdote, honró con su grata visita al Oratorio salesiano de Turín, obtuvo una audiencia de nuestro venerable fundador don Bosco y le hizo petición formal de ser admitido como Aspirante en la Congregación por él fundada. Pero el Venerable le disuadió de esta resolución y le sugirió que volviese a su patria, diciendo que el Señor no le quería en la Congregación Salesiana y que el campo destinado para su celo lo encontraría entre sus compatriotas.

Los hechos han dado plenamente la razón a nuestro Venerable; el campo destina-

do por la Providencia a su celo tenía que ser Inglaterra; Vuestra Excelencia ha sembrado y recogido ahí abundantes frutos espirituales, como los últimos del reciente Congreso Eucarístico.

[498] 34 *(El original en francés)*

Visita de don Bosco a la obra de la catequesis en San Sulpicio

Se nos ha dado una gran alegría. Don Bosco, el santo sacerdote, a quien todo París aclama, ha venido a visitarnos.

Oímos la santa misa; después, para amenizar nuestra espera, el señor Presidente nos leyó las maravillas de la vida de don Bosco: cómo él totalmente solo y, a pesar de las contradicciones del mundo, fundó la gran familia salesiana. Más de cien mil muchachos mantenidos, instruidos y llevados a Jesucristo: ¡qué obra! Y ¿habrá que extrañarse, si Dios ha favorecido con el don de los milagros a semejante servidor?

El tiempo pasa aprisa, escuchando tan emocionantes anécdotas. Sin embargo, la impaciencia por ver al santo aumenta más y más a medida que se acerca el momento. La multitud que acompaña a don Bosco comienza a invadir nuestra capilla. Enseguida quedan ocupados todos los asientos; incluso los pasillos están atestados y algunos más atrevidos van a sentarse en los peldaños del púlpito. Hay muchos niños. Para no dejarlos aplastar, muchos de nosotros han de sentarlos sobre sus rodillas. Las madres cristianas tratan de hacer bendecir a sus dulces retoños, que un día serán hombres, por el bienhechor de tantos chicos pobres.

Finalmente, a las once de la mañana, el reverendo Sire, que ha ido a buscar a don Bosco, vuelve con él. En medio de un profundo silencio, el señor Presidente le dirige un saludo que suscriben todos los corazones presentes.

«Es algo santo y agradable para mí, queridos míos, nos dijo don Bosco, en su francés, algo vacilante y pronunciado con el dulce acento italiano, es algo santo y agradable para mí encontrarme en medio de vosotros, en esta capilla llena de piadosos recuerdos, estar aquí, donde el santo Papa Pío VII estuvo en persona. Os conocía ya hace tiempo, porque tenemos un mismo corazón y una misma alma para trabajar por la gloria de Dios. Rezaré por vosotros y me acordaré de vosotros en la santa misa, pero también yo me encomiendo a vosotros.

«Permitidme que os dé un consejo. Permaneced, sed en todas partes buenos católicos. Tened temor de Dios, que es lo único que puede haceros felices en esta vida y después de la muerte. Contagiad este temor en torno vuestro. Que Dios os conceda la gracia de impregnar con él a vuestros parientes y amigos y, diría también, a vuestros enemigos. Y ahora os bendigo y, en vosotros, a los que vosotros amáis, así como los objetos que presentéis con esta intención. Os bendigo para que seáis honor y gloria de san Sulpicio y defensores de la Iglesia».

Tras la bendición general, don Bosco recitó con nostros una *avemaría*, bendijo luego muy especialmente a los niños y **[499]** se retiró, siempre rodeado de un gentío inmenso, contenido por el respeto. En cuanto a nosotros, bendeciremos a Dios que se ha dignado manifestarnos a uno de sus grandes servidores.

CLEMENTE BERRIAT-SAINT-PRIX,
Presidente

MARÍA FELISSIS-ROLLIN,
Secretaria

35 *(El original en francés)*

Invitación de las benedictinas a don Bosco

Benedictinas del Santísimo Sacramento, llamadas del Templo, calle Monsieur, número veinte.

Reverendísimo Padre:

El doctor D'Espiney me había escrito que usted le había prometido venir a honrarnos con su visita y bendecir a su sobrina, que es alumna de nuestro humilde pensionado. Este buen doctor nos daba incluso esperanzas de que tendríamos la dicha de verle celebrar la santa misa en nuestra capilla.

Me entero por la señorita Gabriela Allinsons, su ahijada, que tal vez le será a usted imposible complacer nuestros deseos.

Como religiosas de clausura, no nos es posible, Reverendo Padre, ir a verle; y, sin embargo, bastantes enfermas esperaban con gran deseo y viva impaciencia la dicha de recibir su bendición; y una alma, muy angustiada y afligida, lo deseaba más que nadie. Es un gran sacrificio que Dios nos impone. Pero, si no podemos recibir su visita, permítanos, Reverendo Padre, que solicitemos, al menos, la ayuda de sus santas plegarias y dígnese impartirnos su bendición. Rece, se lo pido encarecidamente, por un asunto muy importante y penosísimo.

Sírvase recibir, Reverendo Padre, el humilde homenaje de mi religioso respeto en J. C.

París, 23 de abril de 1883.

Sor ESCOLÁSTICA
Superiora ind.

36

Súplica para una curación

París, 5 de mayo de 1883

Reverendo Padre:

He tenido la dicha de asistir a la misa que celebró usted ayer, día cuatro de mayo, en las Damas del Refugio, calle Deufert, en París. Me he permitido entregar en dicha casa una cartita, que **[500]** yo había escrito apresuradamente, previendo que no podría hablarle.

Tenga a bien permitirme, venerado Padre, que renueve mi petición y recuerde mi querido enfermo a su caritativo recuerdo. El y mi familia se unen a mí suplicando sus oraciones para obtener de la infinita bondad de Dios y de la Santísima Virgen, la curación de una enfermedad que le aqueja desde hace algunos años.

El enfermo, se lo decía en mi cartita, sería feliz si pudiera recibir su bendición, mi venerado Padre; le suplico atienda su deseo y nos señale día y hora para presentarse a usted. Lo he visto por mí misma y lo he oído decir, que tiene los minutos contados y temo que no sea posible obtener el favor de un encuentro particular con usted. Si así

fuese y, por consiguiente, solamente esta carta fuese quien hablara por nosotros, suplicámosle, venerado Padre, no olvide en sus oraciones a nuestro querido enfermo para que le obtenga de la bondad de Dios la tan deseada curación...

Rue Oudinot 19, París.

María Gaudillot

37 *(El original en francés)*

Una religiosa del Buen Pastor a don Bosco

Casa del Buen Pastor, calle Deufert Rochereau, 71.
París, 29 de diciembre de 1883

Reverendo Padre:

El Señor acaba de llamar a Sí a nuestra Venerada Superiora, María José Courtel; es una pérdida muy dolorosa para mí; pero quiero resignarme a la voluntad del Señor. Hacía diez años que ayudaba a mi buena Superiora en sus funciones, la veneraba como a una santa y la quería como a una madre; la separación me es muy dolorosa. Me rogó mucho en su lecho de muerte que la recomendase a sus oraciones y a las de su Congregación, cuando ella dejase esta tierra. Nuestra Venerada Madre era Cooperadora Salesiana y, de haber vivido, se habría interesado siempre inmensamente por su obra. Mi querido Padre, quiero hacerlo yo por ella, pues también me ha honrado a mí admitiéndome en el número de sus Cooperadores. Yo me preocuparé por sus obras, como lo hubiera hecho nuestra venerada Superiora.

Padre, en su último viaje a París me recomendó que aceptara con gusto las espinas, lo cual me sorprendió, pues entonces yo no tenía **[501]** ninguna pena; pero, desde hace ocho meses, no me abandonan y N. S. me ha enviado espinas muy dolorosas; todo ello me acerca más al Señor, pero, a veces, me falta valor, temo desfallecer; mi salud ha quedado muy quebrantada y cada día me trae una nueva cruz; debo sufrir en expiación, lo sé, por mis propias faltas, pero ya no puedo más.

Le suplico, M. R. Padre, se digne escribirme dos palabras de aliento porque temo desfallecer.

Le adjunto diez francos para celebrar unas misas por el descanso del alma de nuestra Venerada Madre Superiora,

S. A. Roussel
Cooperadora Salesiana
Religiosa de Santo Tomás de Villanueva

38 *(El original en francés)*

Los temores de una buena viejecita
(Al abate Roussel)

París, 7 de mayo

Señor Abate:

¡De todas partes llevan dinero a don Bosco! Sin quitar nada a los méritos de ese venerable sacerdote, me pregunto por qué no se piensa primero en tantos niños desgraciados, compatriotas nuestros y, sobre todo, en su excelente obra, que realiza en Francia lo que don Bosco hace en Italia, lo que, por consiguiente, tendría que interesarnos mucho más. Yo prefiero infinitamente más enviar a usted lo que hubiera podido disponer en favor de don Bosco; por eso, le adjunto en la presente un billetito de cien francos, que le ruego acepte para sus queridos huéfanos. Me recomiendo a sus valiosas oraciones, lo mismo que mis hijos y mis nietos.

Una abuela

39 *(El original en francés)*

Don Bosco en el Consejo Central de la Sociedad de San Vicente de Paúl
(De las actas del día 22 de mayo de 1883)

... En este momento, el reverendo padre don Bosco, cuya visita se esperaba, entra en el Consejo y nos honra tomando parte en nuestra sesión.

Invitado por el señor Presidente, pronuncia una conmovedora alocución.

[502] Como antiguo miembro que es de las Conferencias de San Vicente de Paúl, pone de relieve el bien que acarrea a las obras de caridad la unión de la Sociedad de San Vicente de Paúl con el clero de nuestras parroquias.

Habla después de las fundaciones que él ha hecho, sin recurso alguno, y cuyo éxito es completamente excepcional. Ha venido a París para establecer una nueva casa para los niños pobres abandonados.

El principio que le guía en la educación es el de ganar el corazón de los niños y obtener de ellos buena conducta y trabajo, como consecuencia del afecto que demuestran a sus maestros.

El Consejo ruega al reverendo padre don Bosco que acepte mil francos para la nueva casa a fundar en París. El reverendo Padre lo agradece y termina la sesión a las seis menos cuarto, dando en nombre del Soberano Pontífice —cuya autorización especial tiene— la bendición a los socios, a sus familias y a sus obras.

Después de la sesión, el reverendo padre don Bosco se retira al despacho del Consejo General para recibir a los socios que quisieran hablar con él en particular.

40 *(El original en francés)*

Don Bosco. Primer viaje a París: mayo 1883

Bondad y sencillez, dulzura inalterable
esplenden en su frente como un rayo divino,
y, de su santidad reflejo incomparable,
preceden a sus pasos alumbrando el camino.

Luego aparece el Santo, cual de Dios enviado:
no hay embrujo en su rostro que atraiga las miradas,
mas a todos subyuga su candor extremado
y su virtud que envidian las celestes miriadas.

Se respira a su lado la atmósfera más pura
de paz dulce y serena, porque su corazón
disfruta consolando y todos su dulzura
acogen ardorosos como el más fino don.

Su palabra es sencilla porque sabe que llega
al alma la palabra bendecida por Dios;
y en su rostro hay un halo de esa luz que lo anega
resplandeciente y bella de humildad y de amor.

. . . . . .

Sintió en su carne el hielo del huérfano y del niño
sin techo y sin futuro, por el camino errante;
puso en ellos sus ojos con inmenso cariño
y dirigió amoroso sus pasos adelante.

[503] Así acogió a los jóvenes con corazón paterno,
los tomó de la mano y los llevó a su hogar.
Y cuando no tenía qué darles, padre tierno,
golpeaba otras puertas mendigando su pan.

Desde entonces millares de frágiles criaturas
él arrancó con garra del vicio o de la muerte.
Y el que cuida a las aves, Señor de las alturas,
también sabe guardarlos y velar por su suerte.

Al padre y a los hijos el Cielo bendecía
cuando, en familia unidos, clamaba su oración,
que Dios cuida amoroso a todo el que confía
en El. Testigos somos de esta predilección.

¡Qué obra más admirable, más divina y más bella!
Tanta locura asombra. Aunque él piensa que es
sólo una simple espiga, muy grácil y débil ella,
pequeña al compararla con un campo de mies.

Si el padre ya ha acallado tanta hambre que gritaba
en la boca de tantos pobres adolescentes,
todavía ese grito suplicante no acaba
pues aún se eleva en brazos de niños indigentes.

Con qué pinceles sabe pintarnos ese grito
de los huérfanos que oye por las calles gemir.
Los contempla en el fango, y en su amor infinito
les ofrece su mano para hacerles salir.

¡Es la más noble causa! Y el Padre ha conquistado
a toda Francia: al pueblo ganóle el corazón.
Y Francia de rodillas de rosas ha alfombrado
triunfante su camino de santo y campeón.

Y toda Francia escucha del Padre la oración
cuyos vibrantes ecos traspasaban los montes,
y a su grito responde con honda conmoción,
con simpatía y un amor sin horizontes.

Sabía que erais madres y esperaba encontrar
escondido en vosotras el impulso amoroso;
y no lo defraudasteis porque supisteis dar
como ángeles guardianes vuestro amor generoso.

Sabiendo que de amor sois sin fondo un tesoro
él tendía incansable sus manos sin cesar
y vosotras le dabais las vuestras llenas de oro
bendiciendo su nombre con el gozo de dar.

Todo se lo entregabais émulas de locura
al hombre que venía de parte del Señor;
lo que os pedía en nombre del niño sin ventura;
pues él tiene el secreto de pagaros mejor.

[504] Incansable en pedir, sabe dar con largueza.
Con su paz nuestras almas y cuerpos ilumina.
Sabe ungir con su aceite nuestra pobre tristeza
y una palabra suya es dulce medicina.

Del tesoro del Cielo saca el bien y la vida:
¡Ay!, ¿quién podrá decirlas, gracias y curaciones,
favores y prodigios obrados sin medida,
curados para siempre deshechos corazones?

Estos y otros milagros el Santo nos alcanza
del buen Dios cada día. Nosotros que vivimos
a su sombra cantamos por siempre su alabanza,
y en nuestros corazones su nombre bendecimos.

EGLANTINE

Niza, día 24 de mayo, fiesta de Nuestra Señora Auxiliadora.
(Publicado por la *Semaine Religieuse* de Niza del 9 de junio de 1883).

41 *(El original en francés)*

El obispo de Evreux a don Bosco

Evreux, 14 de abril de 1883

Muy reverendo Padre:

El señor conde de Maistre, que le entregará esta carta, le expresará en mi nombre un deseo, y defenderá mi causa ante usted, con el ardor que le inspira su afecto a su Obispo y con la fuerza que le inspira la benevolencia con que usted le honra y él se merece. Pero quiero dirigirle yo mismo mi petición. Es la siguiente.

Necesito absolutamente verle, reverendo Padre, para hablar con usted sobre un asunto que interesa muchísimo para la gloria de Dios, el bien de mi diócesis y de su Congregación. Si no me viera obligado a salir mañana para comenzar mi visita pastoral, habría ido en persona a verle a París, durante su estancia en ésa. Pero, dado que no me es posible ir hasta usted, le ruego venga aquí. Volveré a Evreux el día veintiséis de este mes por la tarde y, al día siguiente por la mañana, podría recibirlo. El señor conde de Maistre le dirá lo corto y fácil que resulta el viaje de París a Evreux. Confío que no querrá negarse a mi invitación; se lo pido por amor de Nuestro Señor y para darme la viva satisfacción de conocerle y recibirle entre nosotros; pero me atrevo también a pedírselo como Obispo y en nombre de los sentimientos de fe y deferencia, que usted profesa a los Pastores de la Santa Iglesia. **[505]** Dígnese aceptar, muy reverendo Padre, con la expresión de mi gratitud, la seguridad de mis sentimientos de respeto y afecto en Nuestro Señor.

† FRANCISCO, *Obispo de Evreux*

42 *(El original en francés)*

El conde Waziers a don Bosco

Reverendo Padre:

Muy contentos de su paso por nuestro pobre París, nos consideraríamos muy felices si se dignase honrar nuestra casa con su visita.

Permítame le recuerde, como motivo para ello, que mi señora forma parte de su Obra desde hace dos años y es una de las que hacen la cuestación, según sus intenciones, el domingo día veintinueve en la Madeleine. Además, podría tal vez ser un motivo para avalar mi súplica el interés particular que yo mismo, primo hermano del conde de Pas, tengo por las obras de propaganda religiosa.

Permítame añadir que usted encontrará en mi persona un amigo de su amigo el señor Michel, el eminente viajero.

Su momento será el nuestro. No nos niegue unos instantes por interés de nuestras almas y de sus obras.

Permítame, reverendo Padre, poner a sus pies la expresión de mi homenaje.

Conde WAZIERS

23 de abril de 1883.
Calle Varennes, número 8

43 *(El original en francés)*

Invitación a don Bosco desde Nantes

Nantes, 5 de mayo de 1883

Reverendo Padre:

Perdone la libertad que me tomo de escribirle en medio de sus numerosas ocupaciones. Sin duda, no me habría atrevido a ello, de no haber contado con el consentimiento de mi tía, la reverenda Maujouan du Gasset, superiora del monasterio de la Visitación de Nantes. San Francisco de Sales, fundador de la Visitación y protector de sus obras, no desaprobará tal vez la gestión que hoy hago ante usted.

Ruégole humildemente, reverendo Padre, se digne venir a Nantes, si le es posible, a recoger limosnas para sus obras. Ya sabe usted que nuestra ciudad **[506]** es una de las más católicas de Bretaña y de Francia. Adicta siempre a la Iglesia, Nantes envió en otro tiempo a Pío IX muchos defensores, y permitió la Providencia que yo fuera uno de ellos en 1870.

Hay aquí muchas personas que aprecian sus obras y estoy convencido de que se sumarían a ellas muchos otros, para tributarle el más generoso recibimiento. Pongo mi casa a su disposición para el tiempo que hubiera de pasar en nuestra ciudad, y yo me consideraré más feliz de lo que pueda imaginarse por recibirle en ella. Mi familia se compone de mi esposa, nuestros tres hijitos, servidor y dos sirvientas.

Debo añadir que la Superiora del Monasterio de la Visitación de Nantes pone su capilla a su disposición. Si el ruego que le hago no supera los límites de lo posible, le quedaré eternamente agradecido por haberse dignado aceptar su petición.

Tenga a bien, reverendo Padre, aceptar el homenaje de mi profundo respeto.

Nantes, Rue Basse du Château n.º 1

MAUJOUAN DU GASSET

44 *(El original en francés)*

Invitación a don Bosco desde Douai

Douai, 10 de mayo de 1883

Reverendo Padre:

Deseoso de proporcionar a mis queridos feligreses las bendiciones procedentes de su presencia y de la participación en su grande y preciosa obra, tengo el honor de poner a su disposición la iglesia y la casa parroquial de San Jaime. Me sentiré muy feliz y agradecido de recibirle el primer día que tenga libre. Ello no le obliga a cambiar su itinerario, puesto que Douai se encuentra precisamente de camino.

Dígnese aceptar, mi venerado Padre, junto con mi respetuoso homenaje, el ruego que le hago de recordar ante Dios al rebaño y al cura párroco de San Jaime.

EDMOND GASPAR
Deán de San Jaime

45 *(El original en francés)*

Invitación a don Bosco desde Pau

Muy reverendo Padre:

Me apresuro a enviarle esta carta, que acabo de recibir de Pau. Por ella verá lo mucho que desean verle en Pau; es una buena ciudad cristiana y monárquica. Todavía se cierne sobre ella la sombra de Enrique IV. **[507]** Si usted va allí, pienso que haría mucho bien a los pobres del país y también a los suyos. Lamento no poder hacer nada, pero tenemos nuestros novicios dominicos, que necesitan mucho nuestro socorro. Nadie los ayuda y sufren mucho en Salamanca donde se encuentran; están faltos de todo.

Como yo soy de la tercera Orden de Santo Domingo, es mi deber darles lo poco de que puedo disponer, como un pequeño alivio a su pobreza. Pasé la Cuaresma en Pau y hablé a menudo de su hermosa obra; esta señora me decía que sería bueno que el reverendo padre don Bosco fuese a Pau, y hemos determinado entre nosotras que funde allí una casa. La persona que me escribe no puede hacer nada por sí misma, pero cuenta con muchos conocidos y, como le digo, es una buena ciudad; todavía hacen procesiones y hay cofrades.

Le ruego me perdone si le importuno con mi carta. Pero me he atrevido a hacerlo y a darle ocasión para hacer el bien, que usted tanto desea. En Toulouse han estado muy mal al no haber aceptado; tenían que haberle cedido la casa del abate Julien; hacer una casa nueva creo que sería muy difícil, dada la gran cantidad de obras de caridad, que hay en esta ciudad [1].

Acepte, etc.

Villa Santo Domingo, S. Remo, 12 de mayo de 1883.

LEOCADIA ORLOFF

46 *(El original en francés)*

Las Hijas de la Cruz a don Bosco

A

Congregación de la Cruz. París.

París, 13 de mayo de 1883

Reverendo Padre:

Ya le escribí una carta, y usted tuvo la bondad de contestar que no podía venir a visitar a nuestra buena Madre. Si le fuera posible venir ahora, ¡qué satisfacción daría a nuestra querida enferma! Necesitamos tanto de su salud, que espero tenga usted compasión de nosotras. Se lo vuelvo a suplicar; venga usted.

[1] Véase vol. XV, pág. 426 y sigs.

[508] Le expondremos nuestra situación y comprenderá nuestra pretensión.

Dígnese aceptar, reverendo Padre, los respetuosos homenajes de toda la Comunidad y en particular los de *su muy humilde servidora,*

Calle del Cherche midi, 30.

Sor SAN FRANCISCO DE ASÍS
Hija de la Cruz

B

Congregación de la Cruz. París
Calle del Cherche midi, 138

28 de mayo de 1883

Reverendo Padre:

Le he suplicado personalmente y por medio de personas que tenían la suerte de estar a su lado que viniese a visitar a nuestra buena Madre gravemente enferma; su visita la hubiera consolado.

La querida enferma está totalmente resignada a la voluntad de Dios; pero nosotras, sus hijas, perdemos con ella el sostén de la Comunidad, pues no hay ninguna entre nosotras con capacidad para dirigir la casa después de ella.

Yo esperaba que usted se interesaría por nuestro dolor y pediría a Nuestra Señora Auxiliadora la curación de nuestra Madre, que Ella le habría concedido sin duda. No tiene más que sesenta y cinco años. Hemos hecho la novena a Nuestra Señora Auxiliadora y seguiremos haciéndola.

¡Tal vez piense usted que somos muy imperfectas para obtener favor tan grande! Díganoslo y, así, cada una de nosotras se esforzará para ser mejor. ¡Padre mío!, deje caer sobre las Hijas de la Cruz uno de esos preciosos favores, que usted obtiene del Cielo. Me dirijo a usted como la Cananea a Jesús y espero recoger algunas migajas.

Las lágrimas me inundan el rostro, pues hoy la fiebre devora a la Superiora, su debilidad es extrema, desde hace algunas semanas, y no puede tomar nada. Una vez más, reverendo Padre, tenga compasión de nosotras; yo le estaré eternamente agradecida por ello.

Soy, con el más profundo respeto, su muy humilde sierva,

Sor SAN FRANCISCO DE ASÍS
Hija de la Cruz

[509] 47 *((El original en francés)*

La baronesa de Tavernost a don Bosco

París, 22 de mayo de 1883

Reverendo Padre:

Yo soy la persona a quien usted recibió en casa de la señora Boexis, pidiendo la curación de unos dolores de cabeza, que acaban con la voluntad y la posibilidad de trabajar y producen miedo de llegar a la locura.

Emocionada y trastornada, no le dije todo.

Soy viuda y madre de seis muchachos; acabo de sufrir unos reveses de fortuna y me amenazan otras pérdidas, que podrían quitarme los medios para tener conmigo a mis hijos, solteros todavía. Esto sería una desgracia para ellos y tengo el corazón destrozado; en un momento de angustia, ¿es malo pedir para obtener un socorro de fortuna?

Usted me dijo: *Rezaré por usted y por todas sus intenciones.*

¿Está permitido decir al Señor: yo os pido, por las oraciones de don Bosco, una ganancia que restablezca mi fortuna, prometiendo dar parte de ella a las obras de don Bosco?

Yo no quiero servirme de esta manera de sus oraciones, sin estar autorizada para ello, y, no obstante, creo que seré escuchada.

En todo caso, Padre, no me abandone; tenga compasión de mi congoja; pida por mi curación y por el bien espiritual de mis seis muchachos. Hago la novena de los tres padrenuestros y tres avemarías al Sagrado Corazón.

CLARA, *Baronesa de Tavernost*

48 *(El original en francés)*

Monseñor Richard a don Bosco y a don Camilo de Barruel

A

Arzobispado de París.

París, 13 de mayo de 1883.
(Fiesta de Pentecostés)

Muy reverendo Padre:

Una excelente familia de Nantes, mi ciudad natal, viene a pedirme que invoque el socorro de sus oraciones en favor de uno de sus miembros muy enfermo.

Es un padre de familia, viudo desde hace un año y con cuatro hijos.

[510] Esta familia, profundamente cristiana, le ruega, muy reverendo Padre, pida al Señor la curación de su enfermo, si, en sus designios misericordiosos, quiere él concedérsela o, al menos, una confiada resignación a la santa voluntad de Dios para este buen padre de familia, que no puede resolverse a dejar cuatro hijos huérfanos.

Si le fuera posible, muy reverendo Padre, celebrar una misa por este pobre enfer-

mo, la familia le estaría profundamente agradecida y yo, que les conozco particularmente, compartiría el agradecimiento. ¡Por caridad, tenga a bien incluir al enfermo en su *memento* en la santa misa!

Dígnese también, muy reverendo Padre, concederme alguna vez un recuerdo en sus oraciones y aceptar la seguridad de mis respetos y afecto en N. S.,

† FRANCISCO, *Arzb. de Larisa*
Coadjutor de París

B

Arzobispado de París.

París, 23 de mayo de 1883

Al Arzobispo de Larisa le han pedido que remitiera al muy reverendo padre don Bosco este billete de cien francos para sus obras. Se lo ofrece, con humilde gratitud, la familia de los Nouhes de Nantes, en Bretaña, que pidió a don Bosco, por medio del Arzobispo de Larisa, que tuviera a bien ofrecer el santo sacrificio de la misa o al menos tuviera un recuerdo en su *memento* en favor del padre de esta excelente familia, gravemente enfermo.

El Arzobispo de Larisa se encomienda también a las santas oraciones de don Bosco y le ruega acepte sus sentimientos de respeto y afecto en N. S. J. C.

† FRANCISCO
Arzb. de Larisa

49 *(El original en francés)*

Una madre recomienda a las oraciones de don Bosco los exámenes del hijo

Muy reverendo Padre:

Soy una pobre viuda, que le escribo para recomendar al más pequeño de sus hijos en los exámenes de Saint-Cyr.

Mi hija no pudo, durante los días de su primera estancia en París, **[511]** acercarse a usted más que un instante. A su vuelta de Lille, ha hecho lo imposible para verle más de cerca, pero ha sido en vano.

Cuando ella tuvo la suerte de poner la mano sobre su brazo salía usted de la casa parroquial de San Sulpicio. Iba usted sostenido por dos sacerdotes; ella pudo acercársele y decirle: —Padre, le recomiendo el porvenir de un joven.

Este joven es su hermano, el mismo que yo le recomiendo hoy para sus exámenes de Saint-Cyr. Mi hija cree que usted la oyó; usted subía al coche y uno de los sacerdotes le presentó su rosario para que lo tocase. Mi hija no está segura. Por eso, desde entonces me insta a que le escriba...

Langres, 1.º de junio de 1883.

ENRIQUETA PETITJEAN

50

Para la elección de un diputado en París

A *(El original en francés)*

Passy-París
Sábado, 12 de mayo

Reverendo Padre:

Le escribo para recomendar a sus buenas oraciones el segundo turno de las elecciones legislativas que tendrán lugar el próximo domingo, veinte de mayo, como consecuencia del empate en el XVI distrito municipal.

Mi marido vuelve a estar entre los elegibles, pero su candidatura es muy combatida por sus opiniones clericales. Aunque con el deseo del triunfo para nuestra causa, me pongo totalmente en las manos de Dios y me someto por adelantado a lo que El decida, para no contrariar sus intenciones.

Nos queda el arma de la oración con la que todo lo alcanza el que sabe orar bien.

Déjeme esperar, mi buen Padre, que usted tendrá a bien unir sus buenas oraciones, tan poderosas ante el corazón de Dios, a las nuestras, a fin de que la balanza se incline a nuestra parte.

Le pido, al poner fin a esta carta, su santa bendición para toda mi familia, muy en particular para mi marido, mis cuatro hijos y mis queridos difuntos.

Dígnese bendecirme, mi buen Padre, y pedir a Dios las gracias que necesito para cumplir bien mi cometido, y que Dios conserve sobre todo la piedad en mis hijos, el mayor de los bienes.

Una madre de familia agradecida,

A. CALLA

Rue des Marroniers, 8

[512] B

Correspondencia particular con la *Unità Cattolica,* París, 2 de junio de 1883 (núm. del 5 de junio).

«Con gran satisfacción reanudo hoy la correspondencia interrumpida, interrupción ajena a mi voluntad, lo mismo que tampoco depende de los radicales del distrito electoral decimosexto el éxito en la elección del diputado conservador señor Calla. La desilusión para los *rojos* es amarga, y mucho más, porque no se esperaba. ¿Cómo puede ser esto? ¿Un conservador, un reaccionario elegido en el mismo centro de París, nido de la República? Es un sueño. Y casi, casi no se puede creer tal cosa. ¿No habéis leído los diarios republicanos inmediatamente después de las elecciones? Todavía hoy día no acaban de gritar contra tamaño escándalo, y no saben resignarse a la derrota. Lo mismo que los gansos del Capitolio, van gritando que un enemigo ha penetrado en el *sagrado* recinto de la libertad y que hay que echarlo a toda costa. Y, en cuanto a los desgraciados que votaron a Calla, *La France* no se preocupa de ellos,

los declara ignorantes, los califica de indignos del nombre de electores, y considera a Calla como un *diputado provisional.* Otros diarios se suman al disgusto de *La France.* Piden una encuesta para aclarar el extraño suceso y sostienen en absoluto que hay que invalidar la elección».

51 *(El original en francés)*

La Condesa Riant a don Camilo de Barruel

A

Reverendo Padre:

La cartita que usted me escribió y que mi hijo me ha remitido esta mañana, me hace temer que don Bosco no podrá venir a ver a mi querido esposo, cuya delicada y vacilante salud es la pena de nuestra vida.

En su estado de salud le es imposible llegar hasta la calle de la Ville de l'Evêque; y yo misma empiezo mañana un retiro con mis dos hijos, que van a recibir el próximo jueves su primera comunión en la Madeleine.

Mi marido piensa conmigo que, por carta, lo mismo que de viva voz, podíamos implorar las oraciones de don Bosco y, por eso, nos encomendamos a este gran siervo de Dios, rogándole ponga nuestras intenciones y nuestras promesas a los pies de María Auxiliadora.

Si mi marido recobra la salud, se compromete a entregar en favor de las obras de don Bosco la *cantidad de mil francos al mes durante un año* y le envía por adelantado los primeros mil francos.

Pero esta gracia temporal no es la única que pide.

Desea con ardor la venta de una gran propiedad improductiva, **[513]** la cual permitiría la división de una herencia, que no ha podido ser liquidada desde hace mucho tiempo, y encomienda esta venta a las oraciones de don Bosco, comprometiéndose, en el caso de que se efectuara, a:

Entregar a las obras de don Bosco la cantidad de *veinte mil francos* y, además, a poner en manos de don Bosco la fundación de un *orfanato para muchachos* aprendices de agricultura, que quiere montar en Italia, en Rapallo Lígure, donde pasamos parte del año viviendo en la finca, que compramos al Marqués Serra.

Perdone, reverendo Padre, esta larga carta, pero estamos dispuestos a ayudar de todas las maneras a don Bosco, si Dios quiere escuchar las oraciones, que le dirigirá por nosotros.

Reciba, se lo ruego, la expresión de mis más respetuosos sentimientos,

51 Boulevard de Courcelles.

Condesa RIANT

B

Reverendo Padre:

Le suplico tenga a bien remitir a don Bosco la segunda entrega mensual, que mi marido ha prometido al reverendo Padre para que obtenga de Dios su curación. Va

algo mejor. Pido de todo corazón a don Bosco que piense en nuestras intenciones ante el Señor. Me permito recomendarle muy en particular en este momento al hijito mío que el Reverendo Padre quiso distinguir, y que está gravemente enfermo con fiebre, que de un momento a otro puede degenerar en tifoidea.

Dígnese, reverendo Padre, presentar a don Bosco la expresión de los sentimientos del más profundo respeto y de la más completa adhesión de nuestra familia y reciba se lo ruego, reverendo Padre, con todo mi agradecimiento, la seguridad de mis respetos.

51 Boulevard de Courcelles.

Condesa RIANT

52 *(El original en francés)*

Para el presunto heredero del emperador de Brasil

A

EL CAPELLAN DE LA CONDESA A DON MIGUEL RUA

Muy reverendo Padre:

Su alteza Real, la Señora Condesa de Eu, hija única del Emperador de Brasil, y nuera del señor duque de Nemours, a quien usted conoce, desea muy particularmente una bendición especial, de su santo fundador don Bosco, para ella, para su padre el Emperador, para **[514]** el señor conde de Eu y para sus tres hijos. Desea, además, y pide con todo su corazón un segundo favor, a saber, que su santo Fundador comience una novena el día quince de agosto con todos sus sacerdotes y sus numerosos muchachos en favor de su hijo mayor, el joven príncipe Pedro, futuro emperador de Brasil, cuya salud deja algo que desear y *tiene un brazo del que, a duras penas y muy difícilmente, puede servirse.* Esta debilidad del brazo perdura, a pesar de los muchos cuidados que se le han prodigado. Lo que no se ha podido alcanzar con los médicos, los tratamientos y los cuidados materiales, se espera alcanzarlo del Señor, mediante las oraciones y sobre todo la novena, que se me ruega solicite por su benévola mediación. La familia real de Orleáns, la familia imperial de Brasil y numerosos amigos se asociarán con todo corazón a las oraciones, misas y comuniones del santo sacerdote don Bosco y de toda su familia Salesiana. Yo sé por un telegrama lo feliz que sería su Alteza Real la señora Condesa de Eu con el favor que esperamos. Ella comulgará el día quince de agosto, uniéndose a la oración de don Bosco.

Cuide, muy querido Padre, de que el santo Sacerdote escriba una carta a su Alteza. ¡¡¡El sabrá, mejor que nosotros, lo que convendrá escribir!!! Espero, con esta carta, otra de usted, dirigida también a la señora Condesa de Eu, explicándole en qué consiste la novena en cuestión. Si, tan pronto como reciba la presente, pudiera usted ocuparse de este asunto y enviarme un telegrama, me haría un gran favor. Nosotros lo haríamos llegar cuanto antes a Brasil y podríamos telegrafiar a su Alteza anunciándole que sus deseos van a cumplirse.

Mi dirección es: Rvdo. Gouverd, 23, rue de Sèvres, París.

El pasado domingo se celebró la fiesta de su Alteza, la señora princesa Blanca. Toda la familia Real está bien de salud.

También yo me encomiendo a las oraciones de la familia salesiana. Las necesito mucho.

No olvide a la señorita Petra de Canavare. No hemos conseguido todavía gran cambio en sus ideas. Sabe usted lo que quiero decir.

Le ruego acepte con mi agradecimiento la expresión de mi profundo respeto y de mi total adhesión.

París, 6 de agosto de 1883.

GOUVERD, *Pbro.*

B

DON BOSCO A LA CONDESA

Señora Condesa:

El reverendo Gouverd me ha escrito una carta en la que me da a conocer que, en su piedad, usted desea un particular ejercicio de oraciones **[515]** para obtener una gracia de la divina bondad. Con mucho gusto, unimos nuestras pobres súplicas a las suyas que, sin duda, son mucho más agradables a Dios. Con esta intención hemos comenzado, a partir del día diez de este mes, hasta el fin del mismo:

1.º Todos los Sacerdotes de la Congregación Salesiana celebrarán la misa según su intención.

2.º Nuestros muchachos (150.000) rezarán y comulgarán en Europa y en América, particularmente en el imperio de Brasil, donde se ha fundado uno de nuestros orfanatos en Niterói hace unos meses.

Aunque estas nuestras oraciones se hayan fijado para este mes, sin embargo, seguiremos todos los días teniendo un recuerdo especial por usted, por su familia y por toda la familia imperial.

Que el Señor derrame sus gracias y sus bendiciones sobre ustedes y les ayude en la gran obra de salvar sus almas y la de los demás. Así sea.

Perdone mi mal francés y mi mala letra y permítame llamarme en J. C.

Turín, 19 de agosto de 1883.

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

53 *(El original en francés)*

Carta en torno a la estancia de don Bosco en París

Mi reverendo Padre [1]:

Permítame le diga que no soy ajena a la causa de don Bosco. Mi padre, el marqués de Thezan Saint-Geniez, era Cooperador Salesiano y muy adicto a cuanto se refería a las obras salesianas.

[1] A. AUFFRAY, Director del *Bulletin Salésien.*

Como mi madre había heredado una parte de la propiedad de sus padres, el general de Bremond d'Ars, finca en la que yo habito actualmente, junto a la estación de Saintes y de los talleres donde se reparan los vagones y máquinas de toda la red de ferrocarriles del Estado, pensó mi padre, desde el punto de vista moral, en hacerlos útiles para los numerosos obreros que allí trabajan y, sobre todo, para sus hijos, faltos la mayoría de una educación cristiana.

Concibió la idea de establecer un barrio obrero en la parte alta, paraje encantador, que domina la ciudad y sus campanarios, y tiene a sus pies el Castillo de Cormier; le pareció que ello sería fácil dado que aquella zona carecía completamente de asistencia religiosa.

Y pensó en don Bosco.

[516] Ahora bien, nosotros teníamos unos parientes muy buenos, el Duque y la Duquesa de Levis Mirepois, a cuya casa iba siempre a parar mi padre, cuando estaba de paso en París.

Además, la Duquesa era Mérode Westerloo por nacimiento e hija de una Thezan, de la que poseía todavía muchos bienes, pese a los horrores de la funesta revolución de 1789. La señora de Mérode había confiado a mi padre lo que tenía de más querido, su hija, casada lejos de ella, pues Bélgica no estaba muy cerca de la antigua casa solariega de los Levis, situada en el sur de Francia.

El se encontraba, pues, en París, cuando don Bosco estuvo allí en 1883.

No pudo verle más que un instante en la casa donde se hospedaba.

Pidió verle, no le tocó esperar mucho y, como si ya lo conociese, se dirigió a él directamente en medio del ruido y movimiento que lo rodeaban:

—¡Ya ve usted, señor Marqués, mire en qué estado me han dejado!... Unos, armados de grandes tijeras, se la han tomado con mi pobre sotana; otros más atrevidos, provistos de un peine o un cepillo, han elegido mi cabeza...

Mientras estaba hablando, iban a buscarlo a toda prisa, unos para hablarle, otros simplemente para verle; era algo inaguantable.

Pero afuera era otra cosa... Allí estaban todos los desgraciados impedidos, agarrados a sus muletas, hablando, gesticulando e implorando con todas sus fuerzas ¡el socorro de un santo...!

En medio de ellos, había uno más alto, más fuerte que los demás, pero que tenía un aspecto singular: —Miradme, decía, ayer era un hidrópico y ya no lo soy.

Y gritaba a voz en cuello: —¡¡Viva don Bosco!!

Mi padre, impresionado por todo lo que acababa de oír, no tuvo tiempo más que para preguntarle qué día y a qué hora podría verle.

Entonces el santo sacerdote le dio el número y la dirección de la casa donde celebraría la misa al día siguiente.

Al día siguiente, se encaminó hacia el lugar indicado por don Bosco.

¡Y cuál no fue su estupor, al entrar en aquel patio y encontrarse en una mansión principesca!

Cuando pidió ver a don Bosco, le contestaron que tenían orden de no dejar pasar a nadie. Entonces mi padre entregó su tarjeta, con su nombre y dirección. Después de leerla, le saludaron y le acompañaron hasta una magnífica escalera, que lo condujo, después de subir unos pisos, hasta donde se encontraban los dueños de aquella espléndida vivienda, todos sumidos en el más profundo recogimiento.

Entonces comenzó la misa y, ¡qué misa!... En aquel ambiente reducido, ¡se sentía más cerca la presencia de Dios!

[517] Cuando acabó la misa, aquellas señoras se retiraron con los otros miembros

de la familia y mi padre quedó solo con el Santo Sacerdote, mientras acababa de dar gracias.

Le expuso en seguida la razón de su visita. Don Bosco le contestó que le llamaban, a un mismo tiempo, de dos sitios muy diferentes, desde el norte de Francia y desde el sur de los alrededores de Niza; había lugares con edificios ya preparados para recibirle.

En consecuencia, dejó para más adelante el ofrecimiento que se le hacía... Y, después, todo quedó así...

Saint-Geniez. Château du Cormier Saintes (Charente Inférieure)
25 de marzo de 1934.

Marquesa de DRESNAY (THEZAN)

54 *(El original en francés)*

El vicepárroco de Nuestra Señora de las Victorias de París a don Bosco

Muy reverendo Padre:

Cuando tuvimos la dicha de que estuviera con nosotros en Nuestra Señora de las Victorias, no pude presentarle dos o tres recomendaciones importantes, que me parece tienen un gran valor.

Se las recomiendo hoy, reverendo Padre, a sus santas oraciones y a las de sus queridos y fervorosos huérfanos. Son éstas: 1.ª La conversión de una persona que me es muy querida.

2.ª La curación de una niña raquítica, por quien su madre acaba de hacer, sin resultado, los mayores sacrificios.

3.ª En fin, mi reverendo Padre, le pediría también que rogase por mí, para verme libre de una neurosis que me atormenta hace mucho tiempo y me impide mucho el trabajo. Tengo a menudo mal de cabeza y necesito mucho la salud para cumplir aquí mis obligaciones, que son muchas.

Por mi parte, le prometo rogar a Nuestra Señora de las Victorias para que bendiga sus obras apostólicas y le guarde muchos años a la veneración y efecto de sus queridos huérfanos.

Ruégole acepte, reverendo Padre, la expresión de mis sentimientos de respeto y afecto en Nuestro Señor.

Parroquia de Nuestra Señora de las Victorias, París, 24 de mayo de 1883.

N. VAN CAMELBECKE
Vicario en N. S. de las Victorias. París

[518] 55 *(El original en francés)*

Un artículo del *Univers*
(28 de abril, 1883)

Las empresas y victorias del mal suelen empezarse con mucho ruido y llevarse a cabo con rapidez, pero el bien se hace en silencio y despacio. Las obras que tienen su

origen en Dios se asemejan a ese árbol de Africa, cuyo aroma y cuya sombra sanean la tierra en la que está plantado y, al proteger el trabajo del hombre, permiten que se fertilicen los terrenos pantanosos y desérticos, donde el labrador apenas podía abrir un surco sin hacer brotar efluvios venenosos. Este árbol crece, primero, muy despacio, y su follaje pálido de diversos colores a duras penas se eleva por encima de las espinas. De repente, creo que a los cinco años, crece con una rapidez maravillosa y alcanza las proporciones de los robles de nuestros bosques de Francia.

Lo mismo ha sucedido con las órdenes religiosas fundadas en otro tiempo y, en nuestros días, se ha ofrecido el mismo espectáculo a las miradas de los ángeles y de los hombres. No hace muchos años, hacia 1840, un joven sacerdote rescataba con gran trabajo las ruinas de una abadía; dos obreras bretonas recogían en su buhardilla a una vieja abandonada; unas jóvenes alsacianas que se dedicaban a rezar por la conversión de los judíos, aún después de haber favorecido a una persona con un milagro, pasaron sin llamar la atención de nadie y fueron ignoradas largo tiempo. Hoy el mundo entero conoce a los Benedictinos de Solemnes, a las religiosas y a los sacerdotes de Sión, a las Hermanitas de los Pobres, y muchas otras obras más que, tan desconocidas como éstas en un principio, han crecido pasando como ellas por las sucesivas pruebas de la oscuridad, del éxito y de las persecuciones.

¿Por qué no nos preocupamos por poner de relieve los trabajos de estos humildes servidores de Dios que, refiriendo a él solo toda alabanza y toda gloria, preparan el rescate de las naciones castigadas por la justicia divina? ¿Por qué nos dejamos aturdir y desesperar por el ruido de un mundo enloquecido?

Sin embargo, produce una gran alegría, un descanso dulce y saludable leer un relato parecido al que voy a analizar, relato breve, vivo, de una sencillez encantadora, que leí de un tirón, diciendo para mis adentros: volveré a leerlo.

¿De dónde me vino este invierno este folleto, con cosas tan amables y maravillosas y tan bien dichas? Me vino de Niza [1]; parecía traerme el perfume de sus rosas, la la serenidad de su cielo **[519]** y de sus olas azules. No conozco al autor. Cosa rara y digna de alabanza: no dice una palabra de sí mismo. Ni una frase de jactancia. No ha pensado más que en su modelo. En Niza todo el mundo conoce a este don Bosco, cuyos rasgos ha dibujado tan fina y ampliamente. Esta pura y jovial figura, esta dulce luz brilla ya hace mucho tiempo en el norte de Italia, en Roma, en América y en el mediodía de nuestra Francia, pero en París, las brumas no han dejado llegar todavía más que un poco sus rayos. En efecto, intente usted hablar de don Bosco, y eso en muy buena compañía, y ya verá usted.

—¿Conoce usted a don Bosco?

—No.

—¿Y usted?

—Un poco. ¿No es un cura de Turín o de Roma que se dedica a obras de bien, a patronatos? Eso creo yo. Se dice que estuvo loco.

—Yo le creía muerto. ¿Vive? ¡Ah! mejor.

De cien personas preguntadas, noventa os responderán así.

Si don Bosco ya hubiese muerto, con una sola palabra os diría lo que es. Pero vive; no le molestemos. Con gran dificultad, ha podido el autor del librito, que tengo ante mis ojos, recoger algunos detalles sobre este hombre de Dios. Don Bosco fue

---

[1] *Dom Bosco,* por el Dr. d'Espiney. Malvano-Mignon, 18, calle Gioffredo, Niza. Desde entonces, ha aparecido una nueva edición en M. Adolfo Josse, librero, 31, calle de Sèvres, en París.

primero pastor, y más tiempo que san Vicente de Paúl, pues guardó los corderos hasta los quince años. El relato del señor d'Espiney comienza cuando don Bosco fue ordenado sacerdote, a la edad de veintiséis años. Se ve claramente que no habló de sí mismo a nadie. Sólo sus obras lo han dado a conocer; ¡qué árbol debe ser cuando ha producido tales frutos y cuya vigorosa y serena vejez produce sin cesar nuevos prodigios de fertilidad!

Desde que fue sacerdote, don Bosco se puso a disposición del abate Cafasso, director del colegio eclesiástico de San Francisco de Asís en Turín. Este le encargó que visitara las cárceles. El joven sacerdote encontró entre los presos a muchos jóvenes. Estos desgraciados, expuestos en su temprana edad a las peores influencias, abandonados o pervertidos por sus padres, se corrompían todavía más en la cárcel y al salir de ella cometían nuevas fechorías.

Don Bosco, desde entonces, no pensó más que en socorrer a los innumerables muchachos pobres y abandonados que vagabundeaban por las calles de la ciudad, y juntarlos para hablarles de Dios, al que ignoraban.

Pero, pobre y solo como estaba, ¿cómo comenzar el apostolado al que se sentía llamado?

Cuando oraba y buscaba en su pensamiento cómo realizar su deseo, la Providencia no le envió un tesoro o un protector, sino algo mejor que todo eso; un huérfano, un vagabundo que, a los quince años, no sabía ni siquiera hacer la señal de la cruz.

Era el día 8 de diciembre de 1841, en la sacristía de la iglesia donde don Bosco iba a celebrar la misa y estaba ya para revestirse con los sagrados ornamentos. Entró por casualidad el joven Garelli. El sacristán le ordenó que ayudara **[520]** la misa a don Bosco. El muchacho, totalmente incapaz de ello, se negó, y el sacristán, creyendo que lo hacía por mala voluntad, se enojó y lo abofeteó. Garelli rompió a gritar y llorar. Don Bosco se acercó a él, lo consoló y le rogó que asistiese a su misa. Después, le hizo preguntas y comprobó su crasa ignorancia. Empezó entonces a catequizar a Garelli cada domingo en la capilla del instituto de San Francisco de Asís. Garelli llevó a sus compañeros, pobres muchachos que trabajaban de albañiles. Estos llevaron a otros. En tres meses llegaron a ciento, reunidos ante una estatua del seráfico pobre de Asís. Don Bosco los puso bajo la protección de Nuestra Señora Auxiliadora. Los instruía, les enseñaba a rezar, a cantar a coro. Como por ensalmo, el primer oratorio de la obra estaba fundado. Cien muchachos arrancados a la ignorancia y al vicio y conducidos a los pies del Divino Maestro: esto parecía mucho.

En 1844 caducaba el tiempo que don Bosco podía estar en el instituto de San Francisco de Asís; pasó entonces como director del pequeño hospicio de Santa Filomena, y tuvo que encargarse también de un refugio fundado por la marquesa Julia de Barolo, que dirigía un sacerdote de origen francés, el abate Borel [1].

Don Bosco no tenía allí para reunir a sus queridos muchachos, que llegaban a doscientos, más que una estrecha habitación, un corredor y una escalera donde ellos se apiñaban. En cambio, encontró al abate Borel con un celo y un entusiasmo iguales al suyo y trabajaron juntos como dos viejos compañeros.

Pero ellos no podían dar abasto a confesar; y, como cada día eran más los muchachos que iban llegando, necesitaban más espacio. El señor Arzobispo Fransoni, que aprobaba la obra, obtuvo de la marquesa Barolo, en el hospicio mismo, dos habitaciones que don Bosco convirtió en capilla. Una de las dos habitaciones estaba decora-

[1] El teólogo Borel no era de origen francés.

da con un cuadro de San Francisco de Sales. Don Bosco lo escogió como patrono de su obra, que tomó de ahí el nombre de oratorio salesiano.

La obra crecía: a las escuelas nocturnas acudían después de su jornada de trabajo los muchachos, cuyo número alcanzó pronto los trescientos. Pero iba a empezar la era de las dificultades. La señora Barolo volvió a ocupar, en julio de 1845, el local que había prestado; entonces don Bosco reunió a sus muchachos en una iglesia abandonada; pasó después a otra, pero el rector de la misma los echó, porque no podían aguantar en los alrededores el ruido, que ellos hacían. Al no tener un local donde recogerlos, don Bosco los llevaba cada domingo al campo. Los pobres muchachos se llevaban, y comían al aire libre, su escasa y pobre comida. Pero llegó el invierno, ¿qué hacer? Alquiló tres habitaciones en una casa situada frente al lugar donde levantaría años más tarde, la iglesia de María Auxiliadora, que le costó un millón. Muy lejos de pensar en construir, el pastor **[521]** y el rebaño tenían mucho miedo de que los echaran. El clero de Turín fue hostil a don Bosco y le tocó sufrir las picaduras de las abejas, que san Francisco de Sales califica de más punzantes que las de los mosquitos, y el propietario de la casa Moretta lo despidió. Era la primavera de 1846.

El antiguo pastor quedóse sin casa; alquiló entonces un prado próximo a una iglesia y allí llevaba a sus muchachos. Juegos alegres, fervientes plegarias, cánticos y bonitas historietas contadas por don Bosco embelesaban a los muchachos en aquellas reuniones de Valdocco. Pero ¡ay!, a los dos meses escasos, el propietario del prado despidió a don Bosco, porque las carreras de los chavales destruían hasta las raíces de la hierba.

¿Adónde ir? Para colmo de desdicha, don Bosco fue destituido del cargo de director del Hospicio. Era aquél casi su único recurso. Se quedó sin un lugar de reunión y sin nada. Sus amigos, el mismo abate Borel le aconsejaron que renunciara a su obra, que despidiera a los muchachos. La misma Providencia, le decían, le está indicando claramente que no quiere esta obra.

«La Providencia me ha enviado estos muchachos, dijo don Bosco, Ella me proporcionará lo que les hace falta. Con la ayuda de María Auxiliadora, levantaré una casa espaciosa, una capilla, talleres donde aprenderán oficios. Tendré patios, jardines y, en fin, numerosos sacerdotes, que los enseñarán y se cuidarán especialmente de aquellos que tengan vocación religiosa».

Y, con la presciencia que da la fe perfecta, describía minuciosamente el edificio que quería levantar, precisaba su plan, sus amplias proporciones, como si ya lo estuviera viendo, como si dispusiese de inagotables tesoros.

Se le creyó loco. La voz se esparció por toda la ciudad de Turín, y unos eclesiásticos intentaron con un ardid encerrarlo en una casa de salud. Don Bosco desbarató su plan con la gracia y el buen humor que siempre lo acompañó. No hacía ningún caso de la opinión ni del apoyo de los hombres y colocaba en otra parte todas sus esperanzas.

A pesar de todo, la Providencia lo dejaba languidecer.

Por última vez se habían reunido los muchachos en el prado de Valdocco. No sabían dónde los iba a reunir su querido Padre el domingo siguiente. Tampoco él. Se ponía el sol, se acababa el día y don Bosco rezaba, con el corazón dolorosamente oprimido.

Presentóse de improviso un buen hombre; iba a ofrecer a don Bosco el alquiler de un cobertizo, a poca distancia del prado, por trescientos francos al año. El cobertizo era tan bajo que se necesitaba ahondar el suelo para poder estar debajo una persona en pie, pero era un abrigo contra el sol y contra la lluvia; era un local cubierto y

estaba en Valdocco, allí donde tenía que levantarse más adelante la amplia casa proyectada.

Antes de la puesta del sol, quedó cerrado el contrato y, el domingo **[522]** siguiente solemnidad de Pascua, se celebraron jubilosamente los oficios religiosos bajo el cobertizo transformado en capilla. Se había ahondado el suelo, pero el techo quedaba todavía tan bajo que el Arzobispo al subir al estrado el día de la confirmación, tuvo que quitarse la mitra para poder estar de pie.

Tres meses después, en julio de 1846, don Bosco, extenuado por el trabajo y las fatigas (pues, a los cuidados del oratorio, sumábanse además otras muchas buenas obras), cayó enfermo y llegó al último extremo.

El teólogo Borel lo velaba; una noche que parecía iba a ser la última, dijo al enfermo:

—Don Bosco, pida usted a Dios que le ponga bueno.

—Hay que abandonarse a su santa voluntad, contestó don Bosco.

—En nombre de sus muchachos, pida a Dios la curación. No puede usted dejarlos así.

—Sí, Señor, dijo el enfermo; si éste es tu beneplácito, haz que yo cure. *Non recuso laborem.*

Curó con la inmensa alegría de los setecientos muchachos del oratorio salesiano. Pero estaba tan débil y tan flaco que los médicos le prescribieron tres meses de descanso y el aire del campo.

Se fue al lado de su madre, a unas leguas de Turín a la pequeña propiedad de I Becchi donde había transcurrido su infancia. Su buena madre, viuda, lo cuidó y, desde que recobró sus fuerzas, lejos de disuadirlo de la obra, que había estado a punto de costarle la vida, le dijo sencillamente:

—Iré contigo y tus muchachos serán los míos.

Y, un buen día, madre e hijo se encaminaron hacia Turín, a pie, muy pobres, pero ¡muy felices! Iban adonde Dios los quería, iban adonde su irresistible llamada los invitaba a aportar, él, su juventud y sus fuerzas recobradas, ella su ternura y los cuidados maternales, que todavía podía prestar en el otoño de su vida.

A las puertas de Turín, se encontraron con un amigo, un ayudante de don Bosco, el abate Vola. Al ver a don Bosco, bastón en mano, llevando por todo equipaje su breviario bajo el brazo y que parecía muy cansado, le preguntó adónde iba de aquella manera.

—Vamos, mi madre y yo, a establecernos en el oratorio.

—Pero tú no cuentas con recursos, ¿cómo vas a hacer para vivir?

—No lo sé, la Providencia proveerá.

Entonces aquel buen sacerdote le dio su reloj, como primera entrega de fondos.

Don Bosco tomó el reloj, que tan cordialmente le ofrecía, y lo vendió al día siguiente para comprar lo indispensable con que instalar a su madre. Aquella santa mujer se convirtió en sirvienta de los muchachos que su hijo reunía. Ella quiso alimentar y vestir a los más pobres y, ganadas por su ejemplo, la venerable madre del Arzobispo de Turín, la señora Fransoni, y muchas otras mujeres **[523]** cristianas, de entre las más distinguidas señoras de la ciudad, se pusieron a trabajar para vestir, con sus propias manos, a aquel tropel de muchachos andrajosos. La buena madre de don Bosco vendió su viña y sacrificó todo lo que poseía, todo, hasta su ajuar de novia, cuidadosamente guardado hasta entonces, para sufragar los gastos de la obra de su hijo. Siguiendo su ejemplo, nadie escatimaba nada en el oratorio de Valdocco. Don Bosco, en los ratos que le dejaban libre sus funciones de sacerdote y de fundador,

ayudaba a su madre en los trabajos mayores. Se veía a aquel hombre, eminente por su inteligencia y saber, sacar agua del pozo, aserrar maderas, mondar patatas y preparar el puchero; y hasta coser, cuando hacía falta para vestir a un pobre muchacho que llegaba desnudo y hambriento. Siempre alegre, siempre sonriente, sin nada que pudiera alterar su buen humor, llegaron los amigos, las ayudas inesperadas; y también los enemigos. Un día, el año 1848, un disparo de fusil contra su persona penetró por la ventana abierta de la capilla, mientras explicaba el catecismo a los muchachos. La bala pasó bajo su brazo y fue a aplastarse contra la pared. Los muchachos despavoridos se abalanzaron hacia él. Impasible, les dijo sonriendo: «Si la Santísima Virgen no le hubiese hecho perder el compás, me habría atrapado; pero es un mal músico». Después, al ver su sotana agujereada, añadió: «¡Pobre sotana! Siento lo que te ha sucedido, porque eres la única que tengo».

En 1849, don Bosco tuvo una gran satisfacción. Cuatro muchachos del Oratorio vistieron el hábito eclesiástico. Fueron los primeros clérigos del Instituto de San Francisco de Sales.

Había llegado la hora del crecimiento rápido para el árbol salesiano. El oratorio de Valdocco adquirió tal extensión que pudo albergar un millar de personas, y su capilla, sus talleres, sus dormitorios, sus comedores y sus dependencias de toda clase, realizaron el sueño que, cinco años antes, había hecho tildar de loco al pobre don Bosco.

Después se multiplicaron los oratorios; Italia primero y después Provenza, España y América llamaron a los Salesianos, que fueron recibidos en ciento cuarenta casas. Actualmente reúne don Bosco en ellas más de cien mil muchachos y todos aprenden una profesión, reciben instrucción elemental y muchos de ellos, distinguidos por sus aptitudes, hacen estudios completos y escogen carreras diversas.

Cada año sale de estos oratorios un buen número de sacerdotes, y entre ellos recluta don Bosco sus cooperadores y misioneros, que envía a América del Sur. En este momento hay ciento treinta de estos sacerdotes en Patagonia, donde han fundado siete colonias y bautizado a más de trece mil indígenas.

En cuanto a la iglesia, que ha levantado en Turín en 1865 y dedicado a María Auxiliadora, nació de una idea de don Bosco y de una **[524]** bendición de Pío IX. Su Santidad animó a don Bosco a construirla y le dio quinientos francos para la compra del terreno. Una vez comprado éste y trazados los planos, don Bosco puso la primera piedra y mandó comenzar las obras. No había en caja más que cuarenta céntimos. Al cabo de quince días, debía mil francos a los obreros ocupados en cavar los cimientos y no tenía ni uno.

Entonces comenzó la serie de prodigios. Hay que leerlos en la narración sencilla, clara y viva del doctor d'Espiney. Del millón que costó la iglesia, ochocientos cincuenta mil francos fueron ofrecidos por enfermos curados, por afligidos socorridos por María Auxiliadora. No hubo cuestaciones, todo el dinero llegó por donativos voluntarios, espontáneos, misteriosos a veces, casi siempre inesperados y en el mismísimo instante en que se necesitaban.

En fin, este don Bosco, que no se asombra de nada y atribuye a la Santísima Virgen el honor de lo que él hace, es una de las más maravillosas personalidades de este siglo. Siempre en acción, pero nunca alborotado, gobierna sus oratorios, repartidos por el antiguo y nuevo mundo, sin que flaquee su memoria un instante. Recibe por término medio, cien cartas diarias, y esta tarea aplastante, esta incesante solicitud le dejan con el encanto de su jovialidad y el frescor de su memoria. Recita cantos enteros de Virgilio y de Dante, lo mismo que lo hacía a los veinte años, y se complace

en dirigir los armoniosos conciertos de sus jóvenes. La música tiene gran importancia en los oratorios salesianos. No se descuida en ellos nada que pueda elevar el alma de los muchachos hacia lo bello. Es algo maravilloso y perfectamente verdadero que ninguno, desde que existe la obra, es decir, desde hace cuarenta años, ninguno de ellos incurrió en una condena judicial. Don Bosco ha logrado lo que había anhelado, cuando, asustado al encontrar tantos jóvenes en las cárceles de Turín, se propuso dedicar su vida a preservar a la infancia del vicio y del abandono.

Cierro con pesar este libro que todavía podría aprovechar mucho. Nos presenta un retrato del querido y amable don Bosco, tan sencillo y tan afectuoso que nos parece reconocer en él a un amigo de otro tiempo. Al leer su vida, no se le puede imaginar más que como nos lo presenta la fotografía, con su bondadosa sonrisa, su cabeza inteligente, fina, enérgica, sus manos vigorosas, que no descansan más que cuando se juntan para la oración. ¡Dichosa la madre que dio tal hijo a la Iglesia!

Pero no lo dejamos, sin citar uno de los rasgos que mejor pintan el candor y la bondad de esta alma «de paloma», que diría san Francisco de Sales.

Sucedió en el tiempo en que se ocupaba de sus obras de los jóvenes detenidos en la cárcel de menores de Turín. Les había predicado un retiro y, después de la comunión casi general que le siguió, el buen padre, satisfecho de aquellos pobres jóvenes, quiso proporcionarles un día de asueto. Se presentó al director de la cárcel y le pidió **[525]** ingenuamente permiso para llevar a todos sus reclusos a pasar un día en el campo.

—¿Pero... ¿sabe usted lo que dice, señor cura?, gritó el director. Piense que soy el responsable de toda evasión. Verdaderamente, los soldados del rey tienen algo más que hacer que llevar de paseo a esos granujas.

—¿Quién habla de soldados, señor director? Los llevaré y los devolveré yo solo, y salgo fiador de que no faltará ni uno.

El director, estupefacto, informó de ello al ministro Rattazzi; don Bosco actuó por su parte... y finalmente se concedió el permiso.

Don Bosco salió de la ciudad, llevando consigo a los doscientos cincuenta jóvenes detenidos. Fueron a veinte kilómetros de Turín, al castillo de Stupinigi.

No hubo ni un desorden, ni una fruta fue robada. Los jóvenes disfrutaban a pleno pulmón del aire y de la libertad. En el curso del paseo, pareció que don Bosco estaba cansado. Los jóvenes descargaron en seguida el borrico que llevaba las provisiones e hicieron que el buen padre montara sobre sus lomos. Su única preocupación fue ahorrar las fuerzas de su querido capellán. Los devolvió sin tropiezo a Turín, y el director, asombrado y satisfecho, comprobó que no faltaba a la lista ni un recluso.

Esto, aunque sorprendente, no escapa al orden natural; pero hay otros hechos en la vida de don Bosco, que parecen sacados de las leyendas del siglo trece. Lo mismo que el santo cura de Ars atribuía a santa Filomena las maravillas obtenidas por sus oraciones, don Bosco atribuye a María Auxiliadora todo lo que consiguen sus palabras y su bendición.

Si quaeris miracula,	Si buscas milagros,
Mors, error, calámitas,	Muerte, yerros, calamidad,
Daemon, lepra, fugiunt,	Demonio, lepra huyen;
Aegri surgunt sani...	los enfermos se levantan sanos...

Don Bosco tiene esa fe que traslada las montañas...

No aguardemos, para saludar a este siervo de Dios, a que los pueblos griten: ¡Ha

muerto el santo! Propaguemos el excelente libro que nos revela su paso por este mundo. Precisamente en el momento en que acaba de cerrarse la tumba de uno de los más valientes defensores de la Iglesia [1], es cuando hay que buscar en estos relatos lo que puede reanimar nuestro valor y fortalecer nuestras esperanzas.

J. LAVERGNE

[530] 56 *(El original en francés)*

Un taumaturgo en 1883
(Clairon, 30 de abril)

No se hablaba estos días en París más que de ese humilde cura, venido de Italia, precedido de una reputación comprometedora, la del hombre que obra milagros.

Don Bosco predicó ayer en la Madeleine y estaba la iglesia atestada como si se tratase de oír al más grande orador. A las dos de la tarde, hubo que cerrar las puertas a los que iban llegando, porque los oyentes se estrujaban ya hasta sobre las gradas del altar mayor: *intentique ora tenebant.*

Y, sin embargo, don Bosco no es un orador. Habla con dificultad el francés y su voz no posee la sonoridad que sacude a las masas, ni el timbre argentino que acaricia los oídos, ni el acento que subyuga los corazones.

Tiene un gesto sobrio y lento, la mirada como cubierta por un velo y sin brillo; todo su exterior irradia dulzura, sencillez y humildad cristiana.

Con este escaso bagaje oratorio hizo frente al público parisiense tan escéptico, tan sensible a la fascinación de la palabra, tan dado a compendiar todas las prendas del talento en la elocuencia, y para el que un buen hablista es todo lo que él quiere ser: hombre de Estado, general, financiero y, si hace falta, todo eso a la vez.

Don Bosco subió al púlpito a las tres, habló de su obra, expuso el desarrollo de sus empresas caritativas, mostró la necesidad de sostener sus orfanatos, donde ciento sesenta mil muchachos reciben gratuitamente el alimento del cuerpo y el del alma.

Se le oía con dificultad, apenas se le entendía, pero su idea se había enseñoreado de la multitud y la grandeza de su obra brillaba deslumbrante en el templo, formando una especie de aureola alrededor de la frente de aquel que, sin nada, había llevado a cabo cosas tan grandes.

Nada más comenzar la colecta, las monedas de oro cayeron abundantemente en los cepillos de terciopelo.

[531] En unos instantes hubo más de cien mil francos depositados en la sacristía, y eso no era todo [2].

San Vicente de Paúl tampoco era orador y obraba milagros como éstos.

Pero no; yo no quiero ver en ello un milagro, porque sé cuán de buena gana se da en Francia, y cómo toda llamada a la caridad pública encuentra sonoro eco en todos los corazones.

* * *

[1] Alude a la muerte de Luis Veuillot.

[2] Esta cantidad es muy exagerada, llega a lo absurdo. Se recogieron quince mil francos.

Don Bosco es hijo de unos pobres campesinos de los alrededores de Turín.

Yo he visto, siendo muy niño, la casita, donde pasó sus primeros años; era una alquería regular, bien cultivada, donde las largas carretas, que se estilaban en Piamonte, estaban adornadas con arabescos y entalladuras a cuchillo.

Cuando él iba por allí con sus huérfanos, los aldeanos de los alrededores acudían en tropel a llevarle quién un pan, quién un saco de harina de maíz, porque todos querían contribuir a la comida de aquellos alegres muchachos.

Y este pequeño ejército marchaba así por los campos, sin provisiones, sin nada más que los socorros de la Providencia.

Así se ha llevado a cabo toda la obra de don Bosco, sin contar en absoluto con los consejeros de la sabiduría humana, esperándolo todo del mañana, que no pertenece más que a Dios. Dando por descontada la Providencia, que no decepciona jamás.

Fue el primero un golfillo recogido en la calle, catequizado e instruido; éste llevó después a otros, a los que nuestro cura enseñó el trabajo y la oración. Esto fue en 1841; no se trataba todavía de darles vivienda, alimentarlos y vestirlos. Don Bosco era entonces capellán de un asilo fundado por la marquesa de Barolo, excelente y santa mujer, que había recogido en su casa a Silvio Péllico, cuando salió de la cárcel, y le había proporcionado un ambiente de paz y bienestar en sus últimos años. Era Silvio, el mártir, ¡el mártir de sus ilusiones! Y lo reconocía él mismo algunas veces.

Entretanto continuaba don Bosco su obra de apostolado; su celo parecía excesivo, incómodo para los vecinos, se le echaba de todas partes. Se veía obligado a alquilar un prado para evangelizar a sus muchachos, incluso el propietario estaba descontento, pensando que su hierba quedaba destrozada hasta la raíz. Por fin, se encontró un cobertizo. ¡Pero, qué cobertizo! Su techo era tan bajo que el arzobispo de Turín, cuando fue a celebrar en él, tuvo que quitarse la mitra.

Hoy día la obra de don Bosco comprende más de ciento treinta casas y mantiene a ciento sesenta mil muchachos.

[532] ¡He ahí el milagro!

Cuando este sacerdote, en los comienzos de su apostolado, habló de crear un amplio establecimiento con capacidad para un millar de huérfanos, con una iglesia, talleres, aulas, dormitorios, le tomaron por loco y quisieron encerrarlo, pero él cerró la portezuela del coche con los que querían llevarle por sorpresa, y los envió solos al manicomio; y su locura, le llevó a él a construir una obra que os desafío a encontrar otra tan extraordinaria como ella en este siglo.

Era realmente una locura, pero la más hermosa de todas, la locura de la caridad.

Por una locura de este tipo entró el cristianismo en el mundo.

* * *

Hay que oír, en Italia, la leyenda de los milagros de don Bosco; es un largo capítulo. Niños curados instantáneamente, profecías cumplidas, sucesos sobrenaturales de toda suerte.

Yo no os contaré todas esas historias.

De pronto aparece un perro de gran talla, que acompaña al misionero, todas las tardes durante un mes, por los suburbios de Turín, le previene del peligro, le defiende y desaparece sin que jamás se haya sabido de dónde salía ni cómo desaparecía; de pronto se presenta un ladrón que amenaza asesinar a don Bosco y lo deja en libertad después de caer de rodillas a sus pies, etc.

Víctor Manuel tenía cierto miedo a don Bosco, que le había anunciado, se dice, la muerte de su madre y la de su santa esposa. No se negaba nunca a recibirle y se

apresuraba a darle los socorros que le pedía para evitar alguna predicción más personal. Pobre Rey, «hombre de bien»; se le había dicho que moriría en Roma, y nunca quería quedarse allí para evitar esta muerte, que le sorprendió, un día, a su llegada a la ciudad eterna y ya no pudo escaparse de ella.

* * *

¿Queréis que os cuente uno de los hechos más extraordinarios de don Bosco? Catequizaba a los detenidos en las cárceles para jóvenes de Turín y había logrado que los doscientos cincuenta presos se confesaran. Fue a hablar con el director de la cárcel y le pidió autorización para hacer una excursión con todos aquellos presos.

—¡Usted está loco, padre!

Y don Bosco se presentó al ministro Ratazzi. Le pidió lo mismo y recibió la misma respuesta.

Insistió. Le ofrecieron doscientos policías; los rechazó y se comprometió a devolver a todos aquellos muchachos, por la tarde a la cárcel.

Ratazzi, estupefacto, al fin se rindió.

[533] Y don Bosco, tal como lo había dicho, lo hizo. Llevó a los jóvenes reclusos hasta la villa real de Stupinigi, y, por la tarde no faltó ni uno a la lista del carcelero. Ninguno de ellos había cometido la menor falta, ni se había apartado del camino.

En otra ocasión, anunció este hombre extraordinario a sus ochocientos huérfanos que, dentro de un mes, morirían tres de ellos.

Algunos amigos le preguntaban los nombres; se negaba a decirlos, pero, a ruegos de ellos, los escribió en un papel que metió en un sobre y selló, y sellado lo guardó en una caja cuidadosamente cerrada y sellada por diversas personas.

Un mes después, habían fallecido tres de aquellos muchachos; abrióse el sobre y allí estaban sus nombres.

Se cuenta todo esto y mucho más. Se dice, en fin, que el otro día, en la escuela de la calle de Madrid, llevaron a don Bosco a la enfermería, donde había un muchacho gravemente enfermo; lo bendijo y le dijo que fuera al día siguiente a ayudarle la misa. El muchacho se levantó y le ayudó a misa al día siguiente.

Sin duda, es difícil hacer el papel de taumaturgo, y añadirá algún actor con poca gracia que es más difícil cuando se llama don Bosco. Esta broma no es muy malintencionada ni tampoco muy difícil.

No se presta más que a los ricos, dice un viejo proverbio, y la imaginación popular puede jugar con un hombre que ha hecho un milagro más grande que el de resucitar a los muertos, el de hacer vivir a ciento sesenta mil vivientes, sin estar asegurado para un solo día en el porvenir.

Poco a poco se han extendido sus orfanatos por las principales ciudades de Italia, en Niza, en Provenza, en España, en Buenos Aires, en Montevideo; su obra lleva trazas de invadir el mundo; hace falta dinero, siempre dinero y dinero en gran cantidad. La responsabilidad moral y material es inmensa y ese hombre va tranquilo por los caminos, con su sonrisa dulce, su mirada bondadosa y franca, una mirada magnetizadora, que atrae a las multitudes, convierte a los incrédulos, recibe de todas las manos, siempre a tiempo, siempre lo que falta, sin perder nunca una ocasión de hacer el bien y de empujar a los otros a hacer otro tanto.

* * *

Nadie mejor que él ha justificado esta frase sublime del Evangelio que la tierra pertenece a los que son mansos. *Beati mites.* Las revoluciones pasan, las persecuciones pasan, dejad hacer a los violentos y a los hábiles, toda su fuerza se estrella contra esta dulzura que perdura y va derecha a un fin más elevado que las apetencias humanas. Es un golpe que rompería una armadura y se embota en un colchón de plumas.

[534] Dad, pues, de lado a la preocupación de los milagros, apartad a las mujeres que se precipitan para ver a don Bosco, hablarle, hacerle bendecir un rosario, hacerle tocar una medalla; estos apasionamientos son cosa de todos los bandos y se desencadenan a menudo ante personalidades menos grandes; lo que hay que ver, por encima del hombre, es la obra y ésta es tan grande como la misma cuestión social.

La obra es tan francesa como italiana, porque es cristiana; es nuestra si sabemos hacerla nuestra, tiene que estar en la base de la sociedad popular como la solidaridad que se invoca hoy día, después de haberla rechazado hace muy pronto cien años.

Tomad a los niños, si queréis renovar la sociedad; haced que todos ellos tengan un asilo: es un deber social; haced que este asilo sea moralizador; es el deber de la sociedad cristiana.

Llamad la obra de don Bosco a París, a todas las ciudades de Francia, y reharéis una generación obrera, activa, inteligente, honrada, dispuesta a todas las reformas sanas y necesarias, y no hará falta ninguna ley para los reincidentes.

La cuestión social no es tan complicada; hay un tanto de seguridad para todos y, desde este punto de vista, todos nosotros somos socialistas. Pues bien, yo digo que ahí tenéis una obra de solidaridad, que es el primer eslabón de la cadena, el más indispensable, para el restablecimiento de los turnos.

Después de todo esto, quedará todavía mucho que hacer; mas, por ello, no hay que contar con el Estado, ni con las pasiones del pueblo; hay que contar con esa fuerza poderosa que levantó nuestros hospitales, nuestros asilos, nuestras iglesias y nuestra antigua sociedad misma; la caridad cristiana.

MEURVILLE

57 *(El original en francés)*

Las limosneras en la Madeleine de París

Se nos pide anunciemos que don Bosco, fundador de numerosos orfanatos en Francia y en el extranjero, hablará el próximo domingo, día veintinueve, en la Madeleine, a las tres de la tarde, sobre el desarrollo de estas obras de caridad y de los resultados obtenidos hasta el día de hoy y, especialmente, en el sur de Francia.

Su Santidad León XIII concede una bendición especial con indulgencia plenaria a las personas que asistan a esta ceremonia religiosa.

La colecta está destinada especialmente a las fundaciones de Francia; y la harán las siguientes señoras:

Condesa de Andigné, calle de La Chaise, 3
Vizcondesa de Bouexic, calle de Monceau, 17
[535] Condesa de Bouteville, calle de Francisco I, 19
Boisard, calle de Saintonge, 61
Condesa de Candolle, calle de Bellechasse, 44

Vizcondesa de Cars, Cours-la-Reine, 24
Marquesa de Calaincourt, calle de La Chaise, 3
De Combaud, avenida de Mesina, 34
Condesa E. de Chabanne, calle Bellechasse, 31
Vizcondesa de Damas, calle de la Universidad, 173
Fitch, calle de Ville-L'Evêque, 15
Celina Josse, calle de La Victoria, 64
María Josse, calle de Sèvres, 31
Condesa de Louvois, bulevar de St. Germain, 224
Marquesa de Mac-Mahon, calle de la Universidad, 102
Ch. Magnien, calle de San Florentino, 17
Condesa de Maziei, calle de Varennes, 8
Condesa de Mun, calle de L'Alma, 61
Condesa de Lepelletier-d'Aunay, calle de la Universidad, 80
Duquesa de Reggio, calle de Bourgogne, 50
Condesa de Riant, bulevar de Courcelles, 51
Condesa M. de Vibraye, calle de Saint-Dominique, 13

58 *(El original en francés)*

Invitación a la conferencia en San Sulpicio

Don Bosco, fundador de numerosos orfanatos en Francia y en el extranjero, celebrará la misa, el próximo martes día primero de mayo, a las nueve, en la iglesia de San Sulpicio.

A continuación, hablará sobre el desarrollo de sus obras de caridad y de los resultados obtenidos hasta el día de hoy, especialmente en el sur de Francia.

Se ruega la asistencia a esta reunión.

Su Santidad León XIII concede una bendición especial con indulgencia plenaria a las personas que asistan a esta ceremonia religiosa.

La colecta está destinada especialmente a las fundaciones de Francia; y la harán:

Las señoras: Vizcondesa de Guébriant, calle de Varennes, 12
Marquesa de Pallavicino, calle de Four-Saint-Germain, 51
Condesa de Saint Phalle, calle de la Béotie, 28
Marquesa de Wibraye, calle de Varennes, 56
De Villaret de Joyeuse, calle de la Universidad, 3
[536] Las señoritas: De Bantelle, calle du Volney, 1
María Boumard, calle de Garancière, 15
Lucía Roussel, plaza de la Cruz Roja
Matilde Thirion, calle de Roma, 47
El señor: Adolfo Josse, librero-editor, calle Sèvres, 31
De parte de M.

59 *(El original en francés)*

Don Bosco en la Iglesia de San Sulpicio

Martes, día primero de mayo.

¡Dios mío, qué gracia me habéis concedido todavía hoy! María, sin duda, vos habéis procurado este favor a vuestra hija, en este primer día de vuestro bendito mes. Hoy hemos tenido la misa de don Bosco, en San Sulpicio; a pesar de la clase, la señorita Parnet **[537]** no sólo me lo ha permitido, sino que me ha animado a asistir a esta hermosa ceremonia. ¡Dios mío, qué bueno habéis sido conmigo!

La misa había sido anunciada para las nueve; llegué un poco antes, a las ocho y media, y así pude colocarme en mi sitio ordinario; pensando que don Bosco hablaría desde el púlpito, no intenté ponerme más cerca del altar.

Al dar las nueve, todo el mundo se levantó; lo mismo que a la llegada de don Bosco a la catequesis[1], la emoción se apoderó de todos; no sabría decir qué me pasó en aquel momento; me parecía que no me latía el corazón de tan impresionada como estaba y, sin embargo, dudaba que don Bosco estuviese ya allí. En efecto, todavía no había llegado.

Hacia las nueve y cuarto hubo un entierro, que emocionó una vez más a todo el mundo; se creyó que se iba a buscar al Santo en procesión; al volver el mismo entierro, a las diez menos cuarto, causó la misma emoción. Por fin, hacia las diez y cinco, el ruido de la vara del pertiguero nos hizo pensar que esta vez era él. Seguimos con emoción el sonido de los golpes de la vara y comprendimos que el acompañamiento se detenía precisamente cerca de la sacristía. «Es él», nos decíamos el uno al otro; y olvidamos el largo rato que habíamos tenido que esperar. Sin embargo, no aparecía todavía don Bosco en el altar; unos minutos después de su llegada, minutos que me parecieron muy largos, el señor Cura Párroco subió al púlpito para avisar que don Bosco estaba muy cansado y no hablaría desde el púlpito como esperábamos. Sin duda, esta disposición no respondía a lo que se esperaba, pero era preciso ofrecer este sacrificio a Dios, considerando el comprensible agotamiento de una vida completamente gastada en el servicio de Dios y del prójimo. El señor Cura Párroco nos dijo unas palabras sobre las obras de don Bosco de las que hablaría él mismo desde la balaustrada del altar. El señor Cura Párroco nos advirtió a continuación que don Bosco, agotado por sus trabajos, no podría dar la santa Comunión a todas las personas que desearían comulgar, y que unos sacerdotes de la comunidad seguirían repartiéndola cuando ya no pudiera hacerlo él; que tampoco pasaría él mismo por los bancos de la numerosa concurrencia y que dos de la comunidad harían la colecta en su nombre.

Apenas terminó el Cura Párroco de dar estos avisos, los que estaban en medio de la nave se adelantaron, empujando a los otros esperando oírle mejor; yo, sabiendo bien que no podía esperar oírle, me quedé tranquila en mi sitio, considerándome, sin embargo, muy feliz por ver a don Bosco en el altar.

La campanilla nos anunció que don Bosco subía al altar; le sostenían a la izquierda el señor Lemesle, y a la derecha el señor Viel.

Me arrodillé en una silla, a partir de este momento, **[538]** y pude ver a don Bosco casi todo el tiempo. Después del evangelio, sostenido por los mismos señores, bajó a la balaustrada, desde donde habló durante unos diez minutos; por momentos llegaba

[1] Se refería a la visita a la obra de la catequesis, en la iglesia vecina.

su voz hasta nosotros; subí sobre mi silla, pude ver cómo elevaba frecuentemente las dos manos al cielo. Los sacerdotes de San Sulpicio y otros de diversas parroquias estaban a su alrededor en el coro. Después de esta alocución, siempre sostenido por los señores Lemesle y Viel, don Bosco volvió a subir al altar para continuar el santo sacrificio.

Al llegar a la elevación, la inmensa multitud hizo un silencio extraordinario; no se oía ruido alguno; realmente se hubiera creído que estaba uno solo en la amplia iglesia, a pesar de que estaba llena como en las más grandes fiestas. No quedaba una silla en las capillas laterales, todos los pasillos estaban obstruidos; en la nave no había una silla libre, todos los rincones estaban ocupados y aquel gentío había acudido por un simple aviso fijado el día antes a las puertas de la iglesia. ¡Verdaderamente se admira a los santos y la santidad atrae!

En el momento de la comunión, don Bosco recitó en tono alto el *Indulgentiam* y el *Domine, non sum dignus* y las conocidas palabras llegaron hasta mí; dio después la comunión a un centenar de personas, casi tres veces el comulgatorio lleno; y, mientras acababa la misa, dos sacerdotes de San Sulpicio siguieron repartiendo la santa comunión. A las once, después de ver a don Bosco cómo atravesaba el coro para empezar el segundo turno de la comunión, me vi obligada a salir. La ceremonia duró hasta el mediodía; muchos pudieron ir hasta la sacristía para recibir la bendición de don Bosco y verle. Al salir de la iglesia, don Bosco fue a casa de la señora Vendryès.

Después de este favor, me siento mucho mejor dispuesta; don Bosco me ha prometido rezar por nosotras; ¿es éste ya el efecto de sus oraciones? Dios mío, os agradezco haberme permitido oír unas palabras de los labios de este Santo y asistir a su misa. Mil veces gracias, Dios de amor.

(Del diario de una monja redentorista, residente en 1934 en Landser, en Alsacia).

[540] 60 *(El original en francés)*

En la sacristía de Santa Clotilde en París

Reverendo Padre:

Soy la señora Johannet, cuñada de la señora Beaulieu, de Niza. Usted tuvo a bien decirme el día de la Ascensión, en la sacristía de Santa Clotilde, que se dignaría responder a mi petición concediéndome unos instantes de audiencia.

Ya le había escrito una vez y esperé respuesta hasta ese día antes de volver a escribirle, porque usted me había dado esperanzas de que la recibiría.

Deseo ardientemente presentarle un sobrinito de doce años, muy enfermo, por el que no tengo más esperanzas que sus oraciones. Le quedaría muy agradecida, reverendo Padre, si pudiera señalarme un día y una hora, para poder presentarme a usted, etc.

17 calle Richer

B. JOHANNET

61 *(El original en francés)*

Artículo de Saint-Genest en el «Fígaro»
(núm. del 18 de mayo de 1883)

He querido aprovechar mi estancia en Turín para visitar la casa de don Bosco. Se lo había prometido el año pasado, cuando él vino a pasar un día en Mentón.

No me había sido posible entonces conocer la categoría de aquél a quien había tenido el honor de recibir, pero la gente era menos ignorante, **[541]** pues cuando llegó al chalet Imberti, todo el mundo esperaba junto a la verja para pedirle su bendición.

Confieso que, en el primer encuentro, la actitud, la fisonomía del santo no me habían impresionado. Don Bosco no es hombre para un primer momento. Al comienzo de una conversación, todo el mundo presenta más apariencias que él.

Como se expresa con dificultad en francés, queda en la penumbra; después, poquito a poco, unas palabras dichas en voz baja brillan como tenues fulgores. Estos fulgores van creciendo. Tan pronto como se hace silencio, ya no se mira, ya no se oye más que a él. Entonces, cuando uno mira bien su rostro, encuentra en él el antifaz del hombre creado por Dios para algo.

Estos seres son de una raza distinta. Viven en el tiempo y en el espacio, sin conocer nada de los acontecimientos humanos, sin turbarse ni detenerse ante lo que nos preocupa a diario. Por eso, se les califica invariablemente de locos; es la gran señal que los distingue... Locos sublimes, que pasan a través de la miserable especie, dotada de buen sentido.

Una vez asistía en la Touraine al encuentro de dos de estos hombres: el padre Eymard y el señor Dupont; es un recuerdo inolvidable para mí.

El señor Dupont, con su hermosa cabeza de gentilhombre cristiano, decía unas palabras sobre su iglesia, la catedral de San Martín; después se paraba, miraba en el vacío, apenas se movían sus labios y se veía que la frase acababa con una muda plegaria.

El padre Eymard le escuchaba con aquella mirada profunda, aquel aire de meditación intensa, que era el fondo de su fisonomía. Después, lentamente, pronunciaba unas palabras sobre su próxima obra, la Adoración perpetua, y luego los dos hombres se quedaban en silencio dándose la mano.

Yo contemplaba aquella escena muda, sin acabar de entender lo que sentía. Acostumbrado a la versatilidad y a la verborrea de la gente del mundo, que dice tantas palabras sin pensar en nada, estaba profundamente emocionado ante el espectáculo de aquellos dos hombres que pensaban en tantas cosas y no decían nada.

Luego, después de una larga meditación, se abrazaron, se dijeron sencillamente «adiós» y cada uno volvió a su trabajo.

Al verlos alejarse así en medio del movimiento cotidiano que ni siquiera advertían, me parecía ver a dos navíos solitarios que, después de haberse encontrado en medio del Océano, reemprendían su ruta hacia una meta lejana.

Ya lo he dicho; don Bosco no tiene la prestancia de ciertos cristianos. Más bien se aproximaría al cura de Ars. Lo que impresiona en él es su fina sonrisa, su penetrante mirada, con aire de bondad soberana **[542]** y de voluntad indomable. Pero es exactamente de la misma familia, porque, cuando se le va a ver, también él está perfectamente loco y siempre pasó por tal.

La hora que escogí para ir a Turín era a un tiempo la mejor y la peor. La mejor, porque don Bosco es una actualidad parisiense hoy día, la peor, porque estando en París, no podía recibirme en Turín.

Por lo demás, cuando se conoce el centro educativo de Auteuil, el oratorio de Valdocco no tiene nada de sorprendente; es mucho mayor, pero mucho menos poético. Lo que hay allí de sorprendente no es precisamente lo que allí véis, es lo que oís en la ciudad, a la gente del pueblo, es la leyenda de don Bosco.

Cada barrio tiene su historia, que muestra claramente el carácter del hombre. Por ejemplo, hay que oír contar en los suburbios cómo el pobre Bartolomé Garelli dio origen a esta gran obra.

Era un muchacho vagabundo por las calles de Turín... Por casualidad, entró en la sacristía, en el momento en que don Bosco se revestía con los sagrados ornamentos.

Precisamente el viejo sacristán buscaba un monaguillo para ayudar a misa. Vio de pronto a aquel muchacho, que atravesaba la puerta, y le pareció que era la presa oportuna, lo agarró y, como el muchacho se resistía, le dio unos pescozones.

Gritó al muchacho: intervino don Bosco, le tranquilizó y advirtió que, si se negaba a ayudar a misa, era porque no sabía nada de religión.

Aquella misma tarde, don Bosco le enseña a hacer la señal de la cruz; al día siguiente, recibe a uno de sus compañeros... Y está creada la obra.

Comienza entonces esa lucha heroica entre don Bosco y todas las fuerzas de la sociedad y de la naturaleza, coaligadas contra él, lucha que el señor D'Espiney ha compendiado tan admirablemente en su interesante libro[1]. Diríase que se asiste a un espectáculo fantástico. Parece que el espíritu del mal quiere acobardar a este hombre, porque tiene todo en su contra.

Primero instala su refugio en su propia habitación, una pobre celdita, donde apenas caben cinco personas, una parte de los muchachos está por la escalera y el resto en los pasillos. Ello produce un terrible trastorno en la casa. Todo el mundo se queja; hay que largarse y don Bosco alza el vuelo con su nidada.

Una gran dama lo recoge en una especie de palomar, en el hospicio de Santa Filomena. Don Bosco pone allí su nido, van otros muchachos y comienza sus famosas escuelas nocturnas. Aparece ya **[543]** aquella magia de la palabra, aquella dulzura, aquella caridad, que hacen que el pueblo lo adore. Pero, apenas están organizadas aquellas escuelas, cuando los enemigos de don Bosco le obligan a trasladar su palomar.

Una mañana ve la gente del barrio que don Bosco se ha marchado con su bandada de gorriones. ¿Qué ha pasado? Se le encuentra en la plaza ante la capilla de San Martín, con más vida y confianza que nunca. «Hijos míos, dice jocosamente, las coles no pueden echar un gran cogollo, si no se las trasplanta. Por eso, para nuestro bien, nos hemos trasplantado aquí».

Y, en efecto, todo lo encuentra a su favor; lleva cada día sus muchachos al catecismo y, como ha preparado un grupo de cantores, se anuncia su paso con canciones y cánticos religiosos. Acude la gente desde los más lejanos rincones: «¡Ahí va don Bosco! ¡Ahí va don Bosco!».

Pero con el éxito aumentan las dificultades. Como trescientos muchachos no pueden divertirse sin alterar la paz del barrio, muy pronto se quejan los vecinos, el alcalde pedáneo se enfada; y es preciso volver a largarse.

Alza el vuelo don Bosco y va a posarse junto a la iglesia de San Pedro ad Víncula;

---

[1] La obra del doctor Carlos d'Espiney es la más notable y la más completa que se ha escrito sobre don Bosco.

pero, se posa allí y el rector se queja de que turba su quietud; hay que marchar otra vez.

¿A dónde ir? Bah, queda el aire libre. El Señor, piensa don Bosco, no va a tratar peor a estos sus hijos pequeños que a los pájaros.

Alquila un prado, se instala en él y vive como en el Evangelio, cuando Nuestro Señor recorría las aldeas de Judea seguido de sus discípulos y del gentío del pueblo, sin más abrigo que la bóveda estrellada.

Todo se hace al aire libre. Para confesar se sienta don Bosco en un ribazo y pasa uno de sus brazos alrededor del cuello del joven penitente arrodillado. A falta de campanas se congrega el pequeño batallón al toque de un tambor y una trompeta, salidos de no se sabe dónde; y van todos a oír misa en la iglesia próxima, comen como pueden y vuelven a su prado de Valdocco.

Resulta una vida todavía demasiado dulce. Los propietarios dicen que los juegos de los muchachos destruyen hasta las raíces de la hierba y le comunican su despido. Se apacentaría allí un rebaño de ovejas, pero no se tolera al pobre rebaño de don Bosco.

Al mismo tiempo, pierde su cargo de director. Todo se conjura contra él. No intente lo imposible, le dicen sus amigos. La divina Providencia le indica claramente que ella no quiere ya su obra.

«La divina Providencia, exclama él, me ha enviado estos muchachos y yo no los rechazaré jamás, ténganlo bien entendido. Estoy seguro de que Ella acudirá en mi socorro y, puesto que no se me quiere alquilar un local, yo lo construiré con el auxilio de María. Tendremos amplios edificios, capaces de contener tantos muchachos como vengan. **[544]** Tendremos talleres de toda clase, para que aprendan el oficio que les guste; tendremos patios de recreo y jardines; en fin, tendremos una hermosa capilla y muchos sacerdotes».

—Decididamente está loco, dicen los mejores. ¡Compromete al clero! Es una obra indigna de la Iglesia. Hay que encerrarlo, someterlo a tratamiento y curarlo.

Se previene al director del manicomio, recomendándole actuar con dulzura con el pobre enfermo.

Dos eclesiásticos contratan un coche cerrado y van a buscar a don Bosco.

Lo importante es comprobar la locura:

—Don Bosco, a pesar de todo; ¿quiere usted construir un oratorio? ¿Cree usted que eso es posible?

—Seguramente, señores.

—Bueno, pues; vamos a dar un paseíto y hablaremos de ello en el camino. El coche está a la puerta. Suba, suba.

—De ningún modo; sé muy bien el respeto que les debo. Después de ustedes, señores.

Impacientados ante tantos modales de buena educación, los dos eclesiásticos suben los primeros. Pero, en lugar de seguirles, he aquí que don Bosco, rápido como el rayo, cierra la portezuela y grita:

—¡En marcha! ¡Al manicomio!

El cochero, cumpliendo la consigna recibida de arrancar a la primera señal, pone en marcha a sus caballos con un latigazo y, en una tirada, llega al patio del manicomio. Se cierra el portón y aparece el director seguido de varios loqueros.

—No puede ser, gritan los dos eclesiásticos.

—Vamos, vamos; cálmense, exclama el director. No me habían anunciado más que un pensionista, pero tengo plaza para dos. Aquí estarán ustedes muy bien.

—¡Miserable! ¡Insolente!

—¡Diantre!, son locos furiosos. Si no se están quietos, se les dará una ducha y se les pondrá la camisa de fuerza.

Y los encerraron a continuación. De no haber intervenido el capellán, allí estarían todavía.

Mientras tanto, don Bosco desapareció y volvió a sus muchachos que lo esperaban.

¿Qué hacer? Parecía perdida toda esperanza. Se reúnen por última vez en el prado; se repite la estación del Huerto de los Olivos. «Dios mío, Dios mío, exclama don Bosco con la cabeza prosternada en tierra, hágase tu voluntad. ¿Pero abandonarás a mis huérfanos? Inspírame lo que he de hacer».

Los muchachos, arrodillados a su alrededor, están allí con los ojos vueltos al cielo, esperando con confianza. En aquel momento, llega un buen hombre, que le dice:

—«A fe mía, señor cura, mi compadre Pinardi tiene un **[545]** cobertizo que se lo puede ofrecer, pero el techo es tan bajo que no puede uno ponerse de pie sin dar con la cabeza en él; es como esas barracas donde los misioneros van a predicar a los salvajes».

—Eso no importa, dice don Bosco, se cavará un poco el suelo, cuando venga Monseñor tal vez se vea obligado a quitarse la mitra, pero mis muchachos estarán al abrigo.

Y, en efecto, al cabo de unos pocos días, setecientos muchachos se apretujan en el cobertizo. Don Bosco está a salvo. En vano, sus enemigos quieren renovar las persecuciones; en vano, el Teniente de alcalde, marqués de Cavour, quiere levantar contra él una formidable oposición; don Bosco cuenta con el rey; el soldado y el sacerdote se las entienden y llegan donativos reales con esta dirección: «Para los golfillos de don Bosco».

Don Bosco comprende que la hora de Dios ha llegado; se pone en camino y va a buscar a su madre a I Becchi. —«Madre, le dice, he aquí la obra que he emprendido; ¿quiere usted dejar su casa, renunciar a su vida tranquila y venir a compartir mis trabajos?».

—Vamos, hijo mío, contesta aquella valiente mujer.

Y, el día tres de noviembre, madre e hijo se ponen en camino a pie, bastón en mano, el uno con el breviario bajo el brazo y la otra con una cesta llena de provisiones.

—¿Adónde vas de esa manera, amigo Bosco? Le dice el abate Vola, que le encuentra en el camino. ¿Cómo vas a salir de apuros?

—No lo sé, ¡la Providencia proveerá!

—Toma; no tengo más que el reloj, pero quiero que sea para ti.

Y entonces comienza, entre esta madre y este hijo, esa vida sublime, vida de lucha, de entrega que se ha popularizado por toda Italia. Ella atiende a la cocina y él saca agua del pozo, sierra la madera, enciende el fuego, prepara el puchero y, si hay que remendar un pantalón, se pone a ello valientemente.

Ha comprado un pajar junto al oratorio, manda meter paja reciente y algunas mantas; cuando faltan las mantas, hay sacos. Para comer, cada uno se sienta donde puede. Unos en el patio sobre una piedra, otros en los peldaños de la escalera.

Como no puede dar de comer más que a unos cincuenta a la vez, los atiende por grupos, como los invitados de Compiègne y de Fontainebleau. Los domingos por la mañana se ve un pequeño batallón que sale del cobertizo, se alinea delante de la puerta mientras llega el nuevo; luego, tras una breve oración, unos se van y otros los sustituyen.

Pero, cuando al caer de la tarde ve don Bosco a sus pequeños vagabundos sin hogar donde abrigarse, sufre mucho su corazón. Le dicen que administrativamente la cuestión está bien organizada de esta manera, pero él no admite esa reglamentación.

[546] Le quedan todavía unos viñedos de la herencia paterna y los vende. Su madre manda que le lleven su ajuar de boda, su hermosa ropa blanca que tanto apreciaba, sus últimas joyas... Se vende todo, se entrega todo.

Pronto son hospedados centenares de niños, se crean nuevos oratorios, el nombre de don Bosco comienza a correr por toda Italia, es el momento psicológico. Se hace célebre y, por encima de todo, es popular.

Es la época de las leyendas, que tanto le gusta contar al pueblo. Son historias encantadoras que explican perfectamente el poder de don Bosco. Desgraciadamente, harían falta muchas columnas de este diario para contarlas.

Un día, por ejemplo, un joven estudiante, gravemente enfermo, pide a don Bosco los últimos sacramentos. Don Bosco le dice:

—Y bien, Francisco, sientes tener que dejar este pobre mundo; ¿quieres quedarte todavía con nosotros o partir?

—Ay, padre, no sé qué decirle, responde Francisco; déme tiempo hasta esta tarde para pensarlo.

—A fe mía, piensa él después, he sido bien tonto por no haber contestado que quería ir en seguida al paraíso; si don Bosco me lo promete, seguro estoy de mi buena suerte.

—Pues bien, padre, le dice al llegar la tarde, estoy decidido: hágame partir.

—Ya no es tiempo, mi querido Francisco, le replicó don Bosco: curarás, vivirás todavía algún tiempo y prepárate a sufrir mucho.

En efecto, el pobre estudiante sufrió mucho en lo que le quedó de vida. Y de ahí aquel dicho popular: «Cuando se quiere ir al cielo, con don Bosco no hay que vacilar».

En otra ocasión, movido por los sentimientos que le manifestaban los pobres jóvenes encarcelados a quienes había predicado un retiro, va a ver al director del reformatorio y le pide llevarlos de excursión.

El director replica sorprendido:

—Pero señor cura, ¿cree usted que los soldados del Rey no tienen más que hacer que acompañar de paseo a esos granujas?

—¿Quién habla de soldados, señor director? Yo me encargo de todo y no habrá ninguna evasión.

Cosa singular, el crédito de don Bosco es tal *que el ministro Rattazzi concede el permiso.* El día señalado, trescientos cincuenta jóvenes salen en orden, guiados por don Bosco sereno y sonriente, que los lleva a cinco leguas de Turín.

La mayor preocupación de todos es la de no causar un disgusto al *padre Bosco.* Como le ven algo cansado, cargan sobre sus hombros las provisiones, que llevaba el borrico destinado para eso, y obligan a don Bosco a montar sobre el animal y lo conducen triunfalmente **[547]** a la ciudad. Por la tarde, al volver, no faltaba ni uno al pasar lista.

Son leyendas, dirán los escépticos; eso ha sido manipulado... Sea, pero el hecho llamativo e innegable, es éste.

Hace cuarenta años, un pobre cura, de pie sobre un montículo decía a unos huerfanitos: «Cantad, hijos míos, cantad las alabanzas del Señor, en este mismo lugar se levantará una hermosa iglesia, donde, más tarde, vendréis a cantar esos cánticos...». ¡Pobre loco! contestaban los sabios.

Hoy, en ese mismo sitio, se eleva la iglesia de San Francisco de Sales que da cabida a más de mil doscientos muchachos. Alrededor de este oratorio, se levantan otros en Italia, en Europa, en el mundo, en países salvajes, en Patagonia, en Buenos Aires, Montevideo... Eso no es leyenda; eso es un hecho indiscutible.

¡Más de ciento cincuenta mil muchachos recogidos, más de seis mil sacerdotes salidos de estas casas! Y esto sin subsidios, sin más que donativos voluntarios, como en la Obra de Auteuil. Esta es la realidad.

El loco había dicho: ¡Yo intentaré lo imposible! Tenía todo en su contra, a los indiferentes y a los escépticos, en su contra a los enemigos de la Iglesia y, ¡ay! ni un socorro, ni un apoyo de los poderosos de la Iglesia, y triunfó.

¡Es el poder de la fe! ¡Poder más fuerte que la razón, más fuerte que la inteligencia humana! Ciertamente, obras como las de Lesseps demuestran lo que puede la voluntad, pero son obras útiles, prácticas, orientadas a intereses.

Para procurarse secuaces, Lesseps decía: «Venid, vuestros barcos tendrán un paso más rápido y los accionistas tendrán enormes dividendos». En cambio, en las obras de Dios, no hay intereses ni dividendos; lo único que se puede decir es: «Venid, venid a sacrificaros; venid a dar vuestro dinero». Y estos locos encuentran a otros locos que los siguen.

Si la obra de San Francisco de Sales me parece considerable, es porque, en medio del ateísmo actual, hace que se bendiga el nombre de Dios. Es porque ella demuestra cómo siempre se puede reconquistar la influencia sobre el pueblo.

Y la verdadera manera de honrar a don Bosco en Francia no es aclamarlo por las calles y cortarle en pedazos la sotana, sino imitarlo. Italia es mucho menos rica que Francia, Francia tendría que hacer por lo menos otro tanto como Italia.

Tenemos, es verdad, un don Bosco en París, mas, por de pronto, haría falta que su casa fuese tan grande como la de Turín. ¡Y sería además necesario tener otros don Bosco en todas las ciudades de Francia!

SAINT-GENEST

[548] 62

Carta de la madre de Saint-Genest a don Bosco
París, 13, calle Mozart, 26 de mayo

Muy reverendo Padre:

No tengo palabras para agradecer la carta, con que se ha dignado honrarnos, y el tesoro que ella encierra. Una bendición del Padre Sánto que llega a Saint-Genest en el momento mismo en que emprende una obra muy distinta a la que le ha ocupado hasta ahora, pues se trata del rescate de todos los niños de Francia que el gobierno quiere entregar a los ateos. Precisamente iba yo a escribirle, reverendo Padre, pidiéndole sus oraciones para esta gran empresa, cuando nos llegaba su bienhechora carta, portadora de felices augurios, la víspera de la fiesta de Nuestra Señora María Auxiliadora.

Cuando Saint-Genest escribe los artículos, que yo le envío en parte, pongo sobre el papel la *medalla* que usted le dio, a fin de que sea inspirado por el cielo. Como *Tomás*, hemos estado faltos de fe y con dudas del éxito, y ¡he aquí que nos han llegado dos regalos de cien mil francos! Esperamos que el movimiento se extenderá

desde París a toda Francia. Esto sería como un despertar, una reanimación que consolaría a nuestro país de tantos desfallecimientos y humillaciones. Así, pues, padre mío, rece, y haga rezar a sus muchachos por los de nuestra pobre Francia, para que no quede ninguno a la puerta de las Escuelas Cristianas.

Tengo, además, que pedirle un favor particular: una misa, si le es posible, según la intención de un joven estudiante, que causa a su madre congojas inimaginables, casi terror, por un estado físico y moral totalmente extraño.

Su madre, que no era más que mi sobrina, se ha convertido en mi hija por la muerte de mi pobre hermana. Llevo, por tanto, a este muchacho dentro de mi corazón y yo se lo recomiendo con toda mi alma.

Una vez más le agradezco, juntamente con mi hijo, que se haya acordado de nosotros y le presento, reverendo Padre, nuestros más respetuosos sentimientos de afecto y agradecimiento.

C. BUCHERUY
Madre de Saint-Genest

[549]

63

El exdiputado Lefevre-Portalis a don Bosco
3, calle des Mathurins, París, 22 de mayo

Reverendo Padre:

Dios le ha permitido hacer el viernes, día dieciocho de mayo, un nuevo milagro en favor de mi muy querida esposa. Ha recuperado las fuerzas para salir y ha vuelto a ir a la iglesia a donde no había podido trasladarse **[550]** desde hacía tres años.

Parece que ya ha entrado en pleno camino de curación y seguirá escrupulosamente todas sus instrucciones.

Ella espera no olvide usted que se dignó manifestar el deseo de volver a verla antes de su salida.

Ensalzo y reverencio su persona por el beneficio que hemos recibido de usted y damos gracias a Dios por ello.

Dígnese aceptar, reverendo Padre, el homenaje de mi agradecimiento y mi piadosa veneración.

ANTONIO LEFEVRE-PORTALIS
exdiputado

P.D. He tenido el honor de remitirle la carta del señor Arzobispo de Cambrai, que ya le había anunciado[1].

[1] *Véase Doc. 66.*

Himno y saludo a don Bosco en el orfanato de San Gabriel

A

I Couplet

Quand Jésus parcourait
Les villes de Judée
Une foule empressée
Sur ses pas accourait:
C'étaient de tendres mères
Offrantes à ses prières,
A son coeur tout aimant
Chacune son enfant.

I *Copla*

Cuando Jesús las aldeas
de Judea recorría
un gran gentío seguía
sus pisadas por doquier.
Le ofrecían sus plegarias
madres llenas de cariño
presentándole su niño
a su corazón con fe.

II Couplet

Comme le douce Sauveur
Vous cherissez l'enfance,
Lui prêchez l'innocence,
Lui donnez votre coeur.
Bénissez-nous, Bon Père,
Comme autrefois Jésus,
Et que votre prière
Garde en nous les vertus.

II *Copla*

También al niño inocente
cual un padre Vos amáis
y el corazón le entregáis
como el dulce Salvador.
Bendecidnos, oh buen Padre
como Jesús otras veces,
y que vuestras santas preces
nos traigan gracia y favor.

[551] III Couplet

La France vous envie
A l'heureuse Italie
Et bénit ce grand Dieu
Dont par vous en tout lieu
Eclate la puissance
Et dont la Providence
Abrite par vos mains
Deux cents mille Orphelins.

III *Copla*

Francia contempla envidiosa
a Italia por Vos dichosa;
pero bendice al gran Dios
que en todas partes por Vos
relumbra su omnipotencia,
y Vos sois su Providencia
al dignaros albergar
a huérfanos sin hogar.

IV Couplet

Après Lyon, Paris,
Lille enfin vous possède,
Lille qui ne leur cède
Par la foi de ses fils;
Lille la citadelle
Qui sur l'ennemi veille
De tous se fait l'echo,
Eh viva Dom Bosco.

IV *Copla*

Después de Lyon, París,
y Lille lo quiere tanto
que no le cede su Santo
a nadie, pues suyo es.
¡Viva don Bosco! resuena
en Lille, ciudad tranquila
que al enemigo vigila
y el eco se oye doquier.

B

Muy reverendo Padre:

Aunque no nos corresponde a nosotros manifestarle la felicidad y el orgullo que experimenta la ciudad de Lille, por tenerle dentro de sus muros, por lo menos nos está permitido expresarle nuestra alegría por gozar las primicias de su presencia tan largo tiempo esperada. Respondiendo al deseo de estos hombres tan profundamente caritativos, cuya paternal solicitud hace visible a nuestros ojos la Providencia del Dios de los huérfanos, ha venido usted y, en su persona, aclamamos la imagen viva de la bondad y del poder divino.

Pero, ¿qué son las voces de unos niños en comparación del concierto unánime de alabanzas, en comparación de los arrebatos espontáneos que en todas partes estallan a su paso?

Dejemos la palabra a Italia, dichoso teatro de su celo; a los ciento cincuenta mil huérfanos, que le deben el pan del cuerpo y el del alma más necesario aún; a la valiente falange de dos mil sacerdotes, que usted prepara para los intereses de la Iglesia; a Francia que, en todas partes, se ha levantado emocionada y respetuosa ante la aureola que brilla sobre su frente sacerdotal y apostólica.

Se nos ha dicho, muy reverendo Padre, que el Salvador amaba a los niños con un afecto muy especial, que le gustaba bendecirlos en los brazos de sus madres; nuestras madres están a nuestro lado, por la infinita ternura **[552]** de Dios, y la caridad de San Vicente de Paúl, que nos las han dado.

Usted es sacerdote de Jesús; como El, da su corazón y su vida a los niños; sobre nuestras madres y sobre nosotros, sobre todas estas personas llegadas para compartir nuestra felicidad, invoque, pues, los señalados favores mediante los cuales, el cielo se complace en responder a sus bendiciones. El haber sido bendecidos por usted, y haber sido por un instante objeto de su pensamiento, será para nosotros, muy reverendo Padre, una preciosa gracia y uno de nuestros más preciados recuerdos.

Orfanato San Gabriel, 5 de mayo de 1883.

65

Himno y dos brindis en un banquete en Lille

A

Canto de la Asociación de las Escuelas Católicas de Lille, interpretado el domingo día 22 de febrero de 1880, en la iglesia de San Mauricio

Refrain	*Estribillo*
Vaillants soldats du Denier de l'Ecole, *Marchons sans crainte et combattons sans peur,* *Car c'est de Dieu que nous vengeons l'honneur.*	Soldados defensores de la Escuela marchemos y luchemos sin temor pues de Dios hoy vengamos el honor.

I Couplet

Ils avaient dit: «Chassons Dieu de l'école.
«A nos enfants n'enseignons plus sa loi!
«Arrachons-leur catéchisme et symbole,
«Et dans leurs coeurs déracinons la foi!

II Couplet

Ils n'ont pas craint, fanfarons de blasphème,
De décrocher du mur le Crucifix;
De détrôner Celui qui dit lui-même:
«Laissez venir près de Moi les petits!».

III Couplet

Et nous chrétiens, d'un despotisme infame
Nous subirions, tranquilles, les arrêts!
De nos enfants qu'on nous ravisse l'âme!
Plutôt mourir qu'y consentir jamais!

[553] IV Couplet

Oui, Dieu le veut! Mendions sans relâche
Pour l'humble école et l'asile pieux!
Qu'aucun de nous n'abandonne la tâche:
Il faut sauver la foi de nos aïeux!

V Couplet

Et le Denier, si Dieu veut le permettre,
Fera revivre en France notre foi:
Il y fera rentrer le Christ en Maître:
Il y fera régner le Christ en Roi!

I *Copla*

Dijeron: «¡Arrojemos de la Escuela
a Dios y no se enseñe más su Ley!
¡Fuera ya el Catecismo y su secuela,
y se agoste en sus hijos ya la fe!»

II *Copla*

Blasfemos, fanfarrones, tiranuelos,
no temen arrojar el Crucifijo
y desterrar a Aquel mismo que dijo:
«Dejad venir a Mí los pequeñuelos».

III *Copla*

No podemos quedarnos así en calma
sufriendo tanta infamia un día más.
De nuestros hijos conquistar el alma
jamás lo lograrán, nunca jamás.

IV *Copla*

¡Dios lo quiere! Luchemos con denuedo
por salvar a la Escuela. Luchadores,
en nuestro corazón no anida el miedo:
¡Hay que salvar la fe de los mayores!

V *Copla*

Con la ayuda de Dios y el brazo nuestro
en Francia vivirá siempre la fe.
¡Cristo será, por fin, nuestro Maestro,
y Cristo será siempre nuestro Rey!

B

Brindis en honor del muy reverendo Padre don Bosco y del señor Jonglez de Ligne, por Pablo Tailliez, en nombre de los miembros de la Asociación de las Escuelas Católicas.

Señores y queridos camaradas:

Os propongo unir, en un mismo brindis, al señor Presidente y al venerado sacerdote, para cuya recepción se ha dignado asociarse a nosotros.

En nombre de todos, agradezco al señor Jonglez de Ligne, se nos haya permitido, con ocasión de esta encantadora fiesta de familia, venir a reanimar nuestro celo en este hogar de dedicación y generosidad cristiana que está ante nosotros.

Dígnese este santo Religioso comunicarnos una chispa del ardor que le inflama por la gloria de Nuestro Señor Jesucristo, la salvación de las almas y, especialmente, por la regeneración cristiana de la juventud abandonada.

Siguiendo su ejemplo, trabajemos, señores, con renovada energía para preparar hogares a todos estos niños, amenazados por la peste de la enseñanza atea. Ante este gobierno que dedica todas las fuerzas de su administración a la corrupción de la niñez

y que francamente dura demasiado, ¿no es indispensable que todas nuestras actividades se unan en un sólido haz, dispuesto a oponer a la tiranía toda la resistencia legítima y todas las luchas necesarias?

No nos dejemos, pues, acobardar por las dificultades de la empresa. Si nos mostramos valientes y perseverantes en esta santa obra, daremos el más hermoso testimonio de los sentimientos de admiración, de simpática gratitud y de fidelidad, que nos animan hacia nuestro querido y digno Presidente.

¡Señores, a la salud del R. P don Bosco!
¡Señores, a la salud del señor Jonglez de Ligne!

[554] C

Brindis de la asociación de las Escuelas Católicas en Lille

Muy reverendo Padre:

Cuando, hace cuatro años, tuvo usted la bondad de hacerme visitar en Turín su caritativo centro, no me habría atrevido a imaginar que la divina Providencia me reservaba el honor de recibirle en medio de los miembros de la asociación de las Escuelas Católicas de Lille.

Este honor no quedará sin fruto. Vuestras palabras, reverendo Padre, caerán en nuestros corazones como semilla fecunda.

Muchos de nosotros se inquietan al ver que aumentan los gastos de nuestras escuelas libres, con más de doce mil niños. Usted nos descubrirá, así lo esperamos, el maravilloso secreto, con el que puede educar a ciento cincuenta mil niños, y mantener ciento setenta casas.

Tal vez parezca presunción por nuestra parte; pero creemos estar en el camino del secreto que conduce a usted hasta el Corazón de Dios y le da la llave de sus inagotables tesoros. La obra salesiana va dirigida a los pobres, a los más desamparados. También nuestra asociación pide y mendiga por doquier en favor de las escuelas más abandonadas. ¿No hemos encontrado también nosotros el camino del Corazón de Dios, puesto que se digna enviarnos esta tarde al San Vicente de Paúl de Italia?

El gozo ensancha nuestros corazones y nuestras esperanzas más allá del ámbito de nuestras obras, más allá del recinto de la ciudad de Lille. Llegamos a pensar que Dios ha querido indicar a Francia entera, con sus palabras y sus obras, la verdadera solución social; la que, con ayuda de la enseñanza religiosa y la dulzura de San Francisco de Sales, salva a la juventud en peligro, la saca, como usted ha dicho en San Mauricio, de la *antesala de las cárceles* y suprime la raza de los *ladrones y de los partidarios de la «Commune»*.

Nuestros amigos de París nos escriben que usted viene a nosotros como la *Paloma del Arca* para anunciar a nuestro pobre país el fin del diluvio revolucionario; y, en efecto, hemos notado que su llegada a Lille coincidía con la fiesta de San Pío V, el Papa de la victoria de Lepanto, el glorioso siervo de Aquélla, que usted honra con un culto especial bajo el título de Auxilio de los Cristianos, *Auxilium Christianorum*.

Al ramito de olivo, une usted la azucena de la Virgen Inmaculada. Le aplaudimos, reverendísimo Padre, en esta tierra de Francia, donde hace ocho siglos que florecen gloriosamente los lirios. Déjenos esperar que su visita sea presagio de su

florecimiento, porque nuestra patria no quiere dejar de llamarse el reino de María; *regnum Mariae.*

[555] Como emblema de nuestras esperanzas, permita, muy reverendo Padre, que le ofrezcamos la medalla de nuestra asociación; verá en ella la cruz, signo vencedor adoptado por nuestra obra; verá también el lirio del escudo de Lille, que se honra con ser la ciudad de la *Virgen Auxiliadora.*

Dígnese aceptar este homenaje de nuestra gratitud. Que él le recuerde ante Dios, que nada le niega, a nuestra asociación de las Escuelas Católicas, a nuestra buena ciudad de Lille y a nuestra querida Francia.

66 *(El original en francés)*

Carta del arzobispo de Cambrai a don Bosco

Querido y venerado don Bosco:

Me interesa darle las gracias por la visita que ha hecho a Lille y por el servicio que nos presta al tomar la dirección de nuestro Orfanato de San Gabriel. Cuente con mi más sincero apoyo.

Tengo que pedirle un servicio más: es el de ir lo antes posible a casa de una señora, a la que respeto y aprecio, y que está muy enferma. Vaya, querido Padre, a bendecirla, como el Señor bendijo a la suegra de San Pedro, y que su bendición obtenga el mismo efecto.

Se lo agradezco, Padre, y le pido que crea en mi veneración y afecto.

\+ ALFREDO, *Arzobispo de Cambrai*

En visita pastoral, 18 de mayo de 1883

67 *(El original en francés)*

Carta a don M. Rúa, sobre la estancia de don Bosco en Lille

Muy reverendo Padre:

Con vivo dolor he tenido noticia de la muerte del venerado don Bosco; lo he sentido mucho, por lo muy amable que había sido conmigo en el estado en que me encuentro; pues hace trece años que estoy privada del uso de mis piernas.

Cuando pasó por Lille el muy venerado Padre, me colmó de buenos consejos y palabras de aliento y me aseguró que nunca dejaría de rezar por mí, hasta el día que tuviese noticia de mi curación; así que, le confieso, reverendo Padre, que, después de su muerte, me he apresurado a invocarle sin dejar de rezar por él, pues, si sus oraciones eran poderosas en la tierra, con mucha mayor razón lo serán allá arriba, donde ciertamente ha tenido que darle el Señor **[556]** el puesto, que merecían sus obras admirables. Y, aunque el fundador de nuestro Orfanato de San Gabriel ya no exista, no dejaré de hacer lo que he comenzado, es decir, hasta donde lo permitan mis medios, ayudar al reverendo padre Bologna en su obra tan digna de elogio.

Gracias, reverendo Padre, por haberme honrado con la notificación de su nombramiento. Estoy segura, de antemano, de encontrar, en sus caritativas oraciones y en las de todos sus jóvenes, la paciencia y resignación que me son tan necesarias.

Por mi parte, tenga la seguridad, reverendo Padre, de que no le faltarán las mías si pueden serle útiles; pediré al Señor que siga derramando sus mejores bendiciones sobre los hijos espirituales de don Bosco, y dé sobre todo a su sucesor la luz y las gracias necesarias para llevar la pesada carga que le impone.

Dígnese aceptar, reverendo Padre, el homenaje de mi profundo respeto.

MARIA LECROART

Lille, 13 de febrero de 1888

68 *(El original en francés)*

Carta a don Bosco desde Amiens

Reverendo Padre:

Permítame le dé las gracias por la agradable visita que nos hizo a su paso por Amiens. Bendijo mi casa y a toda mi familia. Mi querida hija, señora de Châtillon, experimenta ya los efectos de sus valiosas oraciones a nuestra Señora Auxiliadora. Me escribe que va mejor y espera que pronto podrá volver a Amiens. Por mi parte, quiero aumentar mi entusiasmo para honrar a nuestra Señora Auxiliadora y ayudar a sus numerosos huérfanos. Le envío una lista de nuevos cooperadores con su dirección, a fin de que pueda enviarles el *Boletín Salesiano*. Todos me han entregado una limosna que repetirán todos los años. Los libritos que me envió se han agotado y le agradeceré me envíe más y en mayor cantidad; porque yo mantengo la propaganda para la cooperación salesiana, y ésta no se ha acabado; todo el mundo me pide estos libritos para conocer las indulgencias anejas a esta asociación. Se los pido con la carta de admisión que yo rellenaré. También me piden medallas de María Auxiliadora bendecidas por usted. Me consideraré muy feliz con ellas para poder distribuirlas. Tengo trescientos francos para enviarle... Pero, antes de enviárselos por carta como valores declarados..., **[557]** tenga la bondad de decirme si está usted en Turín... Ruégole, reverendo Padre, siga pidiendo a nuestra Señora Auxiliadora la curación completa de la señora de Châtillon, mi hija. Me pongo a sus pies, pidiendo vuestra santa bendición para mí y toda mi familia.

Vizconde de FORCEVILLE

Amiens, calle del Cange, 6 (Somme).

69 *(El original en francés)*

Noticias sobre la visita de don Bosco a Amiens

(El corresponsal de la Semaine Religieuse de Niza, 27 de mayo)

París, 17 de mayo de 1883

Puesto que es Niza la que ha traído a don Bosco a Francia, es muy natural que se la informe con satisfacción de la buena acogida que Francia le tributa.

De norte a sur, van en aumento los testimonios de respeto, veneración y cariño. Es una verdad patente que, según su costumbre, el santo varón se hace todo a todos: escucha a pequeños y grandes y bendice a todo el mundo con el mismo afecto de corazón.

En Lyon llevaban los enfermos y los paralíticos a la puerta de las casas adonde él iba, para que los bendijera. En París cercaban la casa donde recibía y esperaban a menudo hasta siete y ocho horas para ver llegar el turno y hablarle; era a veces medianoche y aún esperaban. En Lille he visto yo mismo a personas aguardando a su puerta a las seis de la mañana; pero las escenas, que me han parecido más enternecedoras, son las que contemplé ayer en Amiens. Celebraba la misa a las diez en la espaciosa catedral, en aquella inmensa iglesia que ocupa una superficie de ocho mil metros cuadrados y cuya altura, alcanza los cuarenta y tres metros del pavimento a la bóveda. El gentío, emocionado y recogido, se apiñaba en la amplia nave y, al evangelio, escuchaba la palabra sencilla y sin artificio del Siervo de Dios. El púlpito, adosado a una de las inmensas columnas, tiene la base adornada con una estatua colosal de San Vicente de Paúl, que tiende una mano al cielo y muestra con la otra un niño que tiene a sus pies: parecía abrazar con sus dos manos al predicador situado sobre él.

A primeras horas de la tarde, en la obra del Patronato, se presentaban enfermos y numerosas familias. Llegaban las madres rodeadas de sus numerosos hijitos, y llevando en sus brazos al más pequeño; querían que el hombre de Dios los tocara y bendijera, y don Bosco los bendecía, los tocaba y les daba una medalla. El gentío le siguió hasta la estación, y estaba ya en el vagón, cuando la gente se arrodilló de nuevo para **[558]** recibir la última bendición. Los mismos empleados de la estación, enternecidos a la vista de aquellas escenas evangélicas, se arrodillaron con emoción. Un representante de la prensa, que se encontró en su departamento, ganado a su causa, le entregó su ofrenda y se inscribió como cooperador salesiano.

Se habla de milagros de curación, de gracias obtenidas; el más hermoso milagro es ver a las multitudes ávidas de agolparse alrededor de este pobre anciano, para escuchar su palabra sencilla y recibir su bendición; lo son, sobre todo, las numerosas conversiones, que Dios opera mediante su palabra y su bendición. Matrimonios, separados de mucho tiempo, que reencuentran la paz; pecadores empedernidos, que vuelven a Dios; es así como siembra Dios las gracias al paso de su siervo.

¿Cuál es el secreto de tantas maravillas? Lo encontramos en el evangelio.

«Si creéis, haréis las cosas que yo he hecho, y haréis todavía otras mayores».

«Todo lo que pidiereis a mi Padre en mi nombre, os lo concederá».

Don Bosco es un hombre que cree en el evangelio, y todo lo que está escrito en el evangelio se realiza en él.

Que se digne obtener mediante sus oraciones la multiplicación de los hombres, que, como él, creen en el evangelio, y las naciones católicas se renovarán muy pronto.

70 *(El original en francés)*

Cartas a don Bosco antes de su llegada a Dijon

A

Dijon, 10 de abril

Reverendo Padre:

No puedo resistirme a interpretar los sentimientos de un grupo de personas de la ciudad y de los alrededores, que insisten en querer verle y que piensan con verdadera tristeza que pase usted por Dijon sin detenerse en esta ciudad. Todos tienen algo que pedirle o que recomendarle. Muchos sacerdotes de la ciudad desean con ardor verle, pero, sobre todo, uno, que también recoge a los muchachos en un orfanato, desea más que nadie, si es posible, recibir consejos y pedirle una protección especial para esta obra que encuentra en usted tanta dedicación y simpatía.

Ya sé, muy reverendo Padre, que tiene las horas contadas, que no puede satisfacer a todos los ruegos que **[559]** le hacen de todas partes, pero nosotros tenemos dentro de nuestras murallas a nuestra Señora de la buena Esperanza y pongo en sus manos nuestra causa para que Ella la recomiende y nos obtenga el favor que solicitamos. Vivimos al lado mismo de su iglesia; nuestro excelente cura párroco desea muy de veras verle; ¿podría rogarle que acepte hospedarse en nuestra casa, reverendo Padre? Seríamos muy felices si pudiéramos tenerle entre nosotros y pedir su bendición para nuestros seis hijos. Uno de mis cuñados, que vive aquí, y por una de cuyas nietas se ha dignado usted rezar, también le presentaría sus ocho hijos.

Implorando el socorro de la Santísima Virgen y de San José, me atrevo a dirigirle esta súplica, reverendo Padre, en nombre de numerosas personas, que se interesan mucho por sus obras. ¡Ojalá nos conteste que accede a nuestro vivísimo deseo!

Dígnese bendecir desde lejos, reverendo Padre, a todos mis hijos, impacientes por verle y a la más humilde de sus servidoras.

S.[t] GRAY, marquesa de Saint-Seine

Hôtel Saint-Seine, Dijon

B

Dijon, 13 de abril de 1883

Reverendo padre:

En nombre de la Rvda. Madre Priora y de toda su comunidad, ruégole, como Capellán del Carmelo de Dijon, tenga la bondad de detenerse al menos el tiempo necesario para darles su bendición, a su paso por nuestra ciudad. Les proporcionará una gran satisfacción y guardarán como oro en paño el recuerdo del favor que usted tendrá a bien concederles.

Con profundísimo respeto, su muy humilde y obedientísimo servidor.

LESOURD
Can. hon., capellán de las Carmelitas

C

Reverendo Padre:

Permítame pedirle en nombre de todos los míos, el honor de ofrecerle el almuerzo o la comida, según su conveniencia, a su paso por Dijon el próximo mes. Sé que mi cuñada, la marquesa de Saint-Seine, será muy feliz hospedándole en su casa **[560]** y si yo le pido este favor especial, es para poder presentarle a mis ocho hijos, entre los cuales tengo una hija en muy triste estado de salud. Ya la he recomendado, reverendo Padre, a sus oraciones, pero me interesaría que la viera y la bendijera, así como también a todos nosotros. Mi marido espera conmigo una respuesta favorable.

Con la expresión de nuestra profunda gratitud, ruégole, reverendo Padre, acepte mis más respetuosos sentimientos.

Vizcondesa MAURICE DE SAINT-SEINE

45, calle Jeannin, Dijon
Côte D'Or, 28 de abril de 1883

D

Dijon, 1.º de mayo de 1883

Acabo de enterarme que vamos a tener el honor de verle entre nosotros en Dijon, por lo que le suplico encarecidamente me conceda unos minutos para hablar con usted de asuntos muy graves, que yo quisiera comunicarle. Ya sé que tendrá muy poco tiempo y que serán muchas las personas que soliciten el mismo favor, pero espero etc, etc.

Condesa MAX DE VESVROSSE

E

Dijon, 8 de mayo de 1883

Reverendo Padre:

Me entero de que usted se dignará parar en Dijon. Soy un pobre sacerdote, muy indigno ante el Señor, pero tengo a mi cargo *una obra de juventud,* y necesito mucho las bendiciones del buen Dios para mis muchachos y para mí. Le suplico que, si usted para en Dijon y pasa aquí un domingo, tenga a bien pasar a bendecir a mis muchachos. Le quedaré eternamente agradecido. ¡Usted ama mucho a los niños!... ¡Y yo también querría amarlos!

Si usted no para un domingo en Dijon, le ruego, Padre, me indique la hora para poder ir personalmente a pedirle la bendición, que no negará a este pobre sacerdote que no tiene nada bueno, salvo un deseo *verdadero y sincero* de llegar, cueste lo que cueste, a la santidad.

Perdóneme, Padre, y bendígame.

Su humilde servidor.

B. BIZOUARD
Vicario en la Catedral

Calle Saint-Philibert 40, Dijon

[561] F

Poiseuil, por Verizet
(Saône-et Loire, 22 de mayo de 1883)

Muy venerado y querido Padre don Bosco:

Si Dios quiere, tendré la suerte de volver a verle pronto.

Una piadosa y caritativa madre de familia, pero muy afligida, me encarga que le presente en su próximo paso por la ciudad de Dijon a su hijo mayor, para que usted se digne darle la bendición de Nuestra Señora Auxiliadora. Esta madre cristiana, que implora por su preciosa mediación, venerado Padre, el socorro de María Auxiliadora, es la señora de la Vernette de Vallebreuse, cooperadora de su obra en favor de la juventud y que le ha ayudado con sus donativos y, sin duda, también con sus oraciones.

Este querido joven, que me encarga le presente, tiene dieciséis años, pero, a consecuencia de una caída que sufrió siendo muy pequeño, no tiene suficientemente desarrolladas sus facultades intelectuales y su razón.

Pero Nuestra Señora Auxiliadora lo puede todo.

¿Y éste, su pobre hijo, su hijo espiritual, no tiene nada que pedirle?

Una enfermedad nerviosa ha comprometido mi porvenir y mi vocación, imposibilitándome para ella con las dificultades, que continuamente me ocasiona.

Sé muy bien, venerado y querido don Bosco, que si usted quiere, puede decirme:

—Usted está curado, vuelva a trabajar a mi viña, porque todo lo puede el Siervo de María Auxiliadora.

Acepte, etc., etc.

HIPOLITO COGNET
Subdiácono

71 *(El original en francés)*

Cartas a don Bosco durante su estancia en Dijon

A

Montbard (Côte d'Or),
27 de mayo

Reverendo Padre:

Ayer, al salir del Obispado, tuve la dicha de recibir su bendición y oír de sus labios estas palabras, que me gustará recordar: *Ab illo benedicaris in cuius honore cremáberis* (bendígate Aquél en cuyo honor serás quemado). Palabras, que usted se dignó comentar diciéndome que sería mártir de la caridad, ya que no de la fe.

[562] Soy feliz por el deseo que ha tenido para mí y que responde perfectamente al que Dios ha puesto en mi corazón hace ya mucho tiempo.

Dígnese, reverendo Padre, obtenerme con sus fervientes y santas oraciones la paz del alma y la realización *completa* del deseo que usted ha tenido a bien hacer por mí y por el que yo me considero muy feliz al agradecérselo.

Gracias también por la bendición especial que dio a toda mi comunidad. Esta

querida comunidad encomienda a Dios sus intereses espirituales y temporales, al tiempo que le ruega acepte su modesta limosna.

Permítame recomiende a sus buenas oraciones a dos sacerdotes desgraciados y culpables, a todos los miembros de mi familia y en particular a uno de mis hermanos que nos tiene consternados por su conducta...

S. TERRODE
Capellán de las Ursulinas

B

28 de mayo de 1883

Muy reverendo Padre:

Me informan ahora mismo de que está usted en Dijon unos días; encomiendo a sus oraciones el alma de un pobre joven que está muriendo. Acabo de enterarme que está gravemente enfermo. No es su curación lo que deseo (sería un inválido, pobre y desgraciado), sino su conversión, la gracia de una muerte cristiana. Es pariente mío. Está enfermo en un hospital militar en Batna, pequeña ciudad de Argelia, y no sé si cuenta con auxilios religiosos.

EMILIA ISNARD

C

Carmelo de Dijon, 26 de mayo de 1883

Muy reverendo Padre:

Con el corazón rebosando alegría y esperanza le saludamos a su llegada a nuestra ciudad.

El excelentísimo señor Obispo nos ha dado permiso por escrito para dar entrada a su Reverencia en la clausura y bendecir a nuestra querida enferma. Esta tarde terminamos una novena a nuestra Señora Auxiliadora y confiamos que Ella se dignará escucharnos y consolarnos por su mediación. Esperamos también se digne, reverendo Padre, acceder a nuestros deseos y a los de gran número de fieles viniendo a celebrar en nuestra iglesia el santo sacrificio de la misa mañana, domingo.

[563] Este día es menos a propósito para las parroquias, que también reclamarán este favor.

Nuestro señor Capellán tendrá el honor de visitarle para informarse de sus deseos con respecto a la hora del santo sacrificio.

Sor MARIA DE JESUS
R. C.

D

Monasterio de las Carmelitas
Dijon, 28 de mayo de 1883

Reverendo Padre:

Me apresuro a escribirle, para manifestarle nuestra gratitud por su santa visita de ayer. Nos ha dejado una profunda impresión de gracia y un gran deseo de santidad, lo único deseable en este mundo.

Yo no estoy curada todavía: esperamos con confianza la hora del Señor.

Nunca me hubiera atrevido a pedir mi curación, pero desde que vi, reverendo Padre, que usted la pedía, quedé convencida de que ésa era la voluntad de Dios.

Quisiéramos poseer tesoros para darlos a su gran obra, pero somos las pobres de Jesucristo. Reciba, pues, los setecientos francos, que con satisfacción incluimos en este sobre. Es la primera ofrenda que ponemos en sus manos, pero no será la última.

El señor Capellán le remitirá, reverendo Padre, los quinientos nueve francos de la cuestación que se hizo ayer en nuestra Capilla.

Tengo una gracia más que pedirle. Y es que me recuerde todos los días ante el Señor para alcanzarme el cumplimiento de todos los designios de misericordia, de los que me alejé con mis pecados. A cambio de esto, pese a mi indignidad, pediré todos los días a Dios toda la gloria que espera de su devoto servidor.

Dígnese bendecirme, venerado Padre, y créame con todo mi profundo respeto en Jesús y María.

Su humildísima servidora,

Sor MARIA DE LA TRINIDAD
R. C. Priora

E

Dijon, lunes 28 de mayo de 1883

El padre Predicador del mes de María de N. S. de Dijon envía humilde óbolo al venerado don Bosco para sus obras, y encomienda a sus oraciones y a las de su querida y gran familia:

[564] La importante intención de la que le ha hablado ayer (obras sacerdotales reparadoras, Consagración Episcopal).

Las obras del Oratorio de San Felipe Neri, de las que está encargado.

A su madre y a su hermana, esta última siempre enferma y verdadera sierva del buen Dios.

A su hermano, oficial de marina y toda su familia. A las almas que él dirige. A la Superiora de las Benedictinas de la Santa Cruz de Poitiers, siempre enferma y muy útil para su comunidad y para grandes Obras.

A la princesa Czartoryski de Cracovia, muy probada y la primera comunión de su nieta.

A varios enfermos, pecadores y pecadoras, cuyos nombres Dios conoce.

A S. E. el señor Cardenal-Arzobispo de Rouen y al señor Obispo de Grenoble para una intención especial.

En fin, a usted mismo con su ministerio, sus obras, su salud, sus deseos espirituales para gloria de Nuestro Señor y de su Iglesia, tal como el buen Dios la conoce.

72 (El original en francés)

Cartas acerca del paso de don Bosco por Dijon

A

La señora Fernanda de Buyer escribía a don Bosco desde Besançon el día 10 de diciembre de 1883:

Me encomiendo a sus buenas oraciones. Tengo dificultades familiares; mis pobres hijos, faltos de su padre, son vejados por sus tíos y pueden perder parte de su fortuna, si se los obliga a una venta en subasta. Yo había insistido mucho en esto cuando tuve el honor de verle a usted en Dijon. Le ruego haga rezar a sus muchachos para ello.

B

Malzeville, 5 de enero de 1884

Venerable Padre:

Fiel a la promesa que hice a nuestra Señora Auxiliadora de entregarle el diez por ciento de todo aumento que percibiera por mis funciones de contable, le envío hoy los diez francos correspondientes al primer mes de mi sueldo, que acabo de cobrar desde que dejé Dijon, renunciando a una contabilidad que me rentaba doscientos francos mensuales, para asumir otra en Nancy, que me produce trescientos mensuales; es decir, un aumento de cien francos por mes, de cuyo aumento resto el diez por ciento, agradecido **[565]** a nuestra Señora Auxiliadora. Por consiguiente, me quedan todavía ciento diez francos por ingresar en su caja, a partir de hoy hasta el fin de año.

La señora Lancelin agradece a Nuestra Señora Auxiliadora la mejoría que experimenta física y espiritualmente desde que vio en Dijon a nuestro venerable Padre don Bosco. Agradecida le envía cinco francos... Mientras pueda, enviará la misma cantidad todos los meses, pensando piadosamente que Nuestra Señora Auxiliadora ayudará a los dos...

R. LANCELIN

5 calle d'Essey en Malzeville, cerca de Nancy (Meurthe et Moselle)

C

Muy reverendo Padre:

Ya habría querido manifestarle nuestra profunda condolencia en su dolor por la pérdida, que la cristiandad entera sufre al perder al santo don Bosco. Era tan útil en la tierra que parecía podíamos esperar conservarle todavía; pero la corona estaba preparada y Dios tenía prisa por dársela. Había sido tan paternalmente bueno conmigo que no sé cómo expresar el filial recuerdo que de él guardo. Voy recordando en mi corazón todo lo que él se dignó decirme. Y yo sé que su obra no perecerá; él confiaba en usted, reverendo Padre, porque sabía que está asistido por Dios de una manera especial. Por eso, se vuelven hacia usted todos los corazones que han amado al santo al que lloramos, y yo me atrevo a recordarle el momento que usted pasó con él en

Dijon. Es para mí un recuerdo dulcísimo y considero como un verdadero regalo del cielo haber recibido, en nuestra casa, bajo nuestro techo, a este verdadero San Vicente de Paúl. No le olvidamos, reverendo Padre, y le suplico nos considere siempre como verdaderos y afectuosos amigos.

Nos tenemos por afortunados al pensar que es usted el digno sucesor de aquel gran siervo de Dios y, asegurándole nuestro más profundo y respetuoso respeto, me declaro, reverendo Padre,

Su servidora,
Ste. Croix, Marquesa de
SAINT-SEINE

Dijon, 10 de febrero de 1888

D

Dijon, 16 de febrero de 1888

Reverendo Padre:

Al dirigirme a usted, permítame recuerde a nuestro venerado padre don Bosco que se dignó obtener de Dios una gracia de señalada curación en favor de mi nuera, Juana Le Mire.

[566] Siempre consideraré como uno de los más preciosos recuerdos de mi vida, la suerte y el honor de haber ido a Turín para dar las gracias a aquel querido santo y espero que mis hijos y nietos irán a rezar ante su tumba.

Perdone, Padre, que le entretenga un rato. Le escribo hoy para pedir sus oraciones e interesar a don Bosco por mi sobrinita Teresa Bernard, que tuvo la fortuna de ser presentada a don Bosco, que fue muy bueno con ella. Su abuela, mi hermana, le envía una modesta ofrenda en favor de su nieta para obtenerle un casamiento cristiano. No dudo que el querido intermediario entre Dios y sus siervos guardará toda su compasión por los que se dirigen a él y todo su poder para obtener lo que ellos reclaman; y, en este caso, don Bosco obtendrá lo que nosotros reclamamos para esta pobre joven...

V. LE MIRE

73 *(El original en francés)*

Una gracia de María Auxiliadora

Muy reverendo Padre:

Soy el abate Engrand, de Aire, curado recientemente gracias a Nuestra Señora Auxiliadora. Yo había prometido, si curaba, entregar mis honorarios de misa para las obras salesianas. Cumplo mi promesa y le envío cincuenta francos para comenzar.

Toda la población de Aire está admirada ante mi curación. Todos tienen gran confianza en Nuestra Señora Auxiliadora; muchas personas me encargan que los recomiende. Esta confianza ha llegado a ser tan grande en Aire que espero se digne la Santísima Virgen concedernos nuevos favores.

Tengo el honor, reverendo Padre, de presentarle mis respetuosos saludos.
Su seguro servidor en J. C.

Abate ENGRAND
(Bulletin Salésien, julio 1883)

74 *(El original en francés)*

Carta de don Bosco a la señora Quisard

Caritativa señora Quisard:

Bendito sea Dios en todo. El ha querido otorgarnos la gracia de una buena preparación y una santa comunión de su hija con el santísimo Sacramento de la Confirmación. Bendito sea por siempre y alabado el Señor.

[567] En acción de gracias me ha enviado seiscientos cincuenta francos para la iglesia y orfanato del Sagrado Corazón en Roma y para nuestros pobres muchachos. Agradecidos a usted, harán muchas oraciones y comuniones según su intención. Y yo no dejaré de recordarla cada día en la santa misa, a fin de que el Señor escuche sus ruegos y, sobre todo, mantenga a usted y a toda su familia en el camino del cielo. Obtendremos las gracias con la frecuente comunión.

Que Dios le bendiga y la santísima Virgen le protega siempre. Ruegue por mí, que muy agradecido me profeso en J. C.

Turín, 13 de junio de 1883

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. Espero su visita a María Auxiliadora para oír la misa que yo tendré la dicha de celebrar por usted en su iglesia.

75

Carta del obispo Brandolini a don Bosco

Muy reverendo y querido Padre:

Ya han pasado más de dos meses desde que me despedí de usted, querido Padre, después de su bendición y su amable estancia en este Instituto. Con su mirada penetrante, se daría cuenta de que sólo le dejaba mi persona, pues iba a su lado mi corazón, que hubiera deseado fuera tan vasto como el mar de su caridad, añadirle al menos una gota y que acabara de latir rodeado por un grupo de sus hijos.

De vuelta en mi sede, escribí una carta de agradecimiento para usted al profesor Durando, que no sé si le habrá llegado, y nada más. Sí, nada más; porque entonces dejaba que se calmase mi espíritu, pues, en la quietud del alma, se oye mejor a Dios, y las consiguientes resoluciones resultan más seguras.

Mas, durante este lapso de tiempo, persiste mi antiguo anhelo de una celda y después de admirar la abundante y sabia caridad que resplandece en su Instituto, sigo con el resuelto deseo de una celda precisamente con sus Salesianos, donde, aunque ya

viejo, podría todavía hacer algún bien a sus queridos jóvenes con la ayuda de Dios. Esta idea fija, fría actualmente por la seria reflexión, me parece que es una inspiración del cielo.

Dado este apoyo, no conviene tardar porque avanzan los años a pasos de gigante y porque la carga episcopal me resulta cada vez más insoportable. Por eso, he preparado una súplica al Vicario de Cristo **[568]** para obtener de la soberana benignidad de tan gran Padre la suspirada liberación.

Va acompañada por un certificado médico, una carta de recomendación del eminentísimo Cardenal Canossa, y espero, además, otra del eminentísimo Patriarca de Venecia. Y, si obtuviese de usted, querido Padre, la tercera, señalando mi deseo de ingresar hasta la muerte en su Instituto, me parecería tener en mis manos la gracia soberana.

Ruégole, pues, me la envíe, pues sé lo mucho que el Papa aprecia una recomendación de su paternidad.

Todavía más; en cuanto haya enviado mi súplica al Vaticano, rogaría a usted y también al teólogo Margotti, que escribieran en mi favor a los Prelados influyentes de Roma para que, *multiplicatis intercessoribus*, sea más pronto escuchado. Diga a dicho teólogo que me haga este favor y salúdelo de mi parte. Pero recomiendo a los dos que guarden silencio hasta que esté concluido el asunto.

Si este mi sueño dorado llega a realizarse, le ruego me acepte entre sus socios como uno más. Dejaré toda insignia episcopal, por mi parte no se apreciaría nada irregular en la Comunidad. Iría con un familiar, que es casi salesiano, porque, si surgiesen achaques propios de la edad, no convendría causar molestias a la Casa; además, con un joven excelente, que fue militar, y convive conmigo; estudia para sacerdote y veo en él un futuro celoso misionero. Iría, tal vez, también con mi secretario, si se cumpliese la Profecía que usted le hizo[1]. Es hábil y buen sacerdote, escritor y óptimo orador, experto en italiano y latín, bastante en francés, estudia alemán, tiene muchas habilidades y es fogoso apóstol por la causa de Dios.

De mí, no espere mucho; soy muy limitado, podré confesar en ese santuario, hacer alguna parénesis[2] a sus muchachos y basta.

Espero haber sido comprendido y, mientras tanto, pidamos al Señor y a la Santísima Virgen, bajo el título de *Auxilium Christianorum*, para que se cumpla en nosotros la voluntad de Dios. Ruégole unas letras de respuesta para mi tranquilidad. Salúdeme a los Profesores, a los Padres y a los alumnos internos y suplíqueles que pidan por este pobrecito. *Memento mei* en la santa misa y, con todo mi afecto y pleno aprecio, me repito.

Ceneda, Castillo Episcopal, 9 de agosto de 1883

Suyo afmo. en Xto.,
SEGISMUNDO, *Obispo*

---

[1] El secretario había pedido a don Bosco unos minutos para hablarle, y don Bosco le había contestado: —Pero usted tiene todo el tiempo que quiera. A lo que, replicando aquél que don Bosco estaba muy ocupado, el Santo contestó: —Pero usted tiene tiempo porque... Monseñor volverá y usted se quedará.

[2] Exhortación, en el sentido de instrucción religiosa.

[569] 76 *(El original en francés)*

Una dama de la reina de Portugal a don Miguel Rúa

Lisboa, C. de los Gaetanos, 52,
2 de febrero

Muy reverendo Padre:

Con la impresión de la triste noticia que acabo de leer en uno de nuestros periódicos, me apresuro a escribirle para comunicarle mi pesar a usted, muy reverendo Padre, que tanto debe sentir la pérdida de nuestro venerado y querido don Bosco y a todos los reverendos padres de su Instituto; créame, me uno vivamente a su dolor y al de toda la familia, pues, en mi corazón de cooperadora, me atrevo a sentirme unida a todos ustedes con lazos particulares.

Su pesar es grande y profundo, porque parece una pérdida irreparable; sin embargo, ¿no es egoísmo de nuestra parte sentir aflicción por aquél, que, en este momento, debe gozar la suprema felicidad de los elegidos? Me parece que debemos sentirnos mucho más inclinados a invocar a nuestro Venerable Padre que a rogar por el descanso de su alma; pues su vida, ¡ha sido toda una serie de obras meritorias para el cielo!

Soy feliz por haber tenido la dicha de conocer personalmente a este santo sacerdote, durante la última estancia de nuestra reina María Pía en Turín. Tenía yo entonces el honor de acompañar a su Majestad, y consideré que era para mí un *deber* y una *fiesta* visitar a aquél, a quien conocía por la fama y me interesaba ver; y siempre recordaré el aire de bondad y benevolencia con que recibió mis visitas. Quiero esperar que pedirá por nosotros en el cielo.

Contando con su bondad, me atrevo a manifestarle el deseo de poseer algún objeto, por *muy pequeño* que sea, que haya pertenecido a don Bosco, por ejemplo, una estampa o una medalla, que haya tocado su cuerpo, y desearía también poder regalar uno a un sacerdote conocido mío, que tenía gran veneración por nuestro venerado y llorado Padre.

Seguramente que el Boletín nos detallará los últimos momentos de aquella alma santa. Yo esperaba siempre que don Bosco curaría; me parecía que Nuestro Señor nos permitiría celebrar su Jubileo sacerdotal, pero el Señor tenía prisa por coronar a su siervo bueno y fiel. ¡Hágase su voluntad! De acuerdo con lo prometido por don Bosco, esperábamos ver en Portugal a algunos de sus hijos; pero, ¡ay, ya no podrá ser durante su vida!

EUGENIA TELLES DE GAMA

[570] 77

Pedro Marietti a don Bosco

Ilmo. y Rvmo. señor don Juan Bosco:

Recibo en este momento la propuesta de V. S. Ilma. y Rvma. para el convenio y me apresuro a aceptarla plenamente, salvo los elogios, que su bondad me tributa sin merecerlos. Espero que también el Rvmo. P. General, a quien nunca he dejado de

reverenciar y apreciar, querrá aceptarla y llevarla a cabo. Considero su propuesta como la voz del Señor y, sin considerar el pro y el contra, digo *Fiat voluntas Dei* y agradezco de corazón a V. S. Ilma. y Rvma. haya tenido a bien ocuparse en este asunto, a pesar de sus múltiples y casi diría infinitas ocupaciones, todas a la mayor gloria de Dios ciertamente, pero que no dejan de absorber su jornada aunque fuera el doble de larga; el Señor se lo tendrá en cuenta con todas las demás incontables obras.

Dándole las gracias de todo corazón, celebro ser con profundo respeto y veneracion de V. S. Ilma. y Rvma.

Su atto. y s. s.,
PEDRO MARIETTI

Turín, 14 de julio de 1883

78 *(El original en francés)*

La salud del conde de Chambord

Goritz, 27 de marzo de 1883

Muy reverendo señor Abate:

Habiéndole ocurrido en estos últimos días a Monseñor el conde de Chambord un accidente, que espero no tenga enojosas consecuencias, pero que, sin embargo, impide de momento a nuestro Augusto Príncipe poder salir, ruego encarecidamente a usted el concurso de sus buenas oraciones para obtener del Señor la pronta y completa curación del Augusto paciente.

Perdone, muy reverendo señor Abate, que le moleste de este modo en medio de sus numerosas y apremiantes ocupaciones, pero espero que usted comprenda mi preocupación, en atención al fin, que me ha determinado a escribir esta carta, pues mejor que nadie sabe usted cuán preciosa es la salud de aquél, en quien, después de Dios, descansa la esperanza de la Francia Católica.

[571] Le ruego, muy reverendo señor Abate, acepte la renovada expresión de mis más respetuosos sentimientos y mi profunda veneración.

Su muy humilde y muy obediente servidor,

A. HUET DU PAVILLON

79 *(El original en francés)*

Donativo del conde de Chambord a don Bosco

Goritz, 10 de marzo de 1883

Muy reverendo señor Abate:

Monseñor, el conde de Chambord, me encarga le envíe una ayuda para las obras de caridad que usted dirige; ruégole tenga a bien indicarme su dirección exacta a fin de que la carta con valores declarados que tengo intención de enviarle, le llegue con seguridad.

Esperando su afable respuesta, ruégole muy reverendo señor Abate, acepte la seguridad de profundo respeto y veneración.

De su muy humilde servidor.

A. HUET DU PAVILLON
Secretario de Mons. el conde de Chambord

Mi dirección es: Palais Lanthieri Goritz (Yllyrie).

80 *(El original en francés)*

Relación del abate Curé al nuncio de Viena

Frohsdorf, martes tarde, 17 de julio 1883

Monseñor:

Acabamos de tener varios días de emociones y preocupaciones, que no me han permitido dar noticias a Su Excelencia. El sábado fue el aniversario del nacimiento de la Señora (14 de julio de 1817). Monseñor quiso recibir la santa comunión junto con Ella, que constituye una ayuda y un consuelo indecible para él. Está casi constantemente a su lado: le recita oraciones en un italiano conmovedor, que Monseñor escucha con mucho gusto; le prodiga las muestras de su ternura, y Monseñor no se cansa nunca de ello. Cuando él estaba tan mal le decía que sólo lamentaba una cosa: si moría, dejarla sola. Y ella respondía que, en tal caso, esperaba firmemente no vivir mucho **[572]** tiempo sola, porque iría pronto a juntarse con él. Actualmente espera verle curar y toma las precauciones para no caer enferma también ella. Por lo demás, Dios la asiste visiblemente, tanto que observaba Ella misma, hace unos días: —Me sorprende verdaderamente estar tan fuerte al presente; antes casi no podía moverme y, desde que mi marido está tan mal, voy, vengo, le hago lectura, le recito oraciones, recibo y envío una enorme cantidad de despachos y, sin embargo, no me siento cansada. La unión existente entre los dos augustos esposos y la necesidad que tienen el uno del otro es verdaderamente admirable. Esto recuerda a San Luis con su dulce esposa y su anillo en el que había escrito: «*Dieu, France et Marguerite*, fuera de este anillo no hay traza de amor».

El sábado por la tarde, recibimos un telegrama anunciándonos la llegada de don Bosco para aquella misma tarde. A la primera petición que se le había hecho, había contestado que estaba muy cansado de su viaje a Francia, que se encontraba también enfermo y que no podía emprender un viaje por el momento. Sin embargo, diez días más tarde, como expresara Monseñor el sentimiento de no haberle visto, se pensó en enviar en su busca a Turín, a uno de los secretarios de Monseñor, al señor José du Bourg, que le había conocido y acompañado el año pasado por el sur de Francia. Apenas recibió el encargo, el señor du Bourg, que acababa de llegar de Frohsdorf a París, partió para Turín y, con su elocuencia tolosana, convenció al Padre que no supo resistírsele. Aquella misma tarde, se ponían en camino don Bosco, don Miguel Rúa y él. Se los esperaba el sábado por la tarde; pero, habiendo fallado la combinación del tren expreso en Metz[1], no llegaron hasta el domingo por la mañana. Tan pronto como se supo su llegada, Monseñor, que había comulgado y oído la misa a las

[1] Quiere decir Mestre. Así, en lugar de Bourg, escribe repetidas veces Bang.

cinco y media, quiso ver a don Bosco. Ya la víspera había dicho, al enterarse del retraso involuntario del santo sacerdote: —Todavía no tendremos esta noche la bendición en la casa. Pero, desde la mañana, quiso tenerle consigo, y cuando el padre salió, dijo al señor du Bourg, que lo había introducido: —Créame, amigo mío, no es un cualquiera don Bosco: ¡tengo la sensación de que me ha curado! No era todavía la curación, pero era la promesa de la curación. El buen Padre nos celebró la misa a las siete, lo mismo que Su Excelencia, hace dos años, dio la comunión a muchas personas, lo cual le edificó y alegró. Por la tarde, después de la bendición, le pedí que nos dirigiera unas palabras, ya que el cansancio se lo había impedido en la misa. Lo hizo complacido y de forma muy sencilla y muy paternal, nos felicitó y nos exhortó al mismo tiempo a la santa comunión, a la devoción a la Santísima Virgen y a la confianza en la oración. Al terminar, nos prometió que, cuando volviese para dar gracias a Dios con nosotros por el favor obtenido, no estaríamos solos, sino **[573]** que estaría Monseñor con nosotros. Así pues, según él, la curación debe tener lugar, pero no demasiado súbitamente, para que no le sea atribuida a él, sino únicamente a las muchas oraciones que se hacen por Monseñor. Le dije entonces lo mucho que se interesaba el Padre Santo por la salud de Monseñor y que también V. S. había enviado ya dos veces a su secretario para poder transmitir a Roma noticias seguras y recientes. Después de la misa, Monseñor quiso recibir a todo el personal de la casa. Estaba muy débil y no pudo dirigir más que algunas palabras a cada uno. La señora estaba sentada junto a su cama; y todos, al pasar, besaban la mano a Monseñor. Es la primera vez, creo yo, que lo ha permitido, o mejor, lo ha dejado hacer. Estábamos allí el señor conde de Blacas, el señor marqués de Foresta, el duque de la Gratzia, el Barón de Raincourt, el general de Charette, los condes d'Andigné, de Monti (el de Chevigné había ido a Viena a buscar al doctor Vulpián que llegaba de París), los señores Huet du Pavillon, Frémond, el Rvdo. P. Roll y yo. Yo cerré el desfile en mi condición de cura párroco, y me dijo Monseñor: —Yo quería verle estos días, pero ¡estoy tan fatigado! Y añadió hablando de don Bosco y de su compañero don Miguel Rúa: —Don Bosco pretende que no es él el verdadero, sino que es el otro. Y como yo no comprendía, repitió: —Sí, no es él quien hace los milagros, sino su compañero que también es un santo.

La señora nos invitó para la cena; éramos dieciocho. A mitad de la comida, cuando nadie pensaba en ello (la misma señora no estaba prevenida), apareció de repente Monseñor, llevado en su sillón de ruedas. ¡Fue como el estallido de un rayo! La emoción cortó la palabra a todos. El buen Príncipe había querido dar esta agradable sorpresa a todos sus servidores.

Al verle, corrió la señora a su encuentro para brindar a su salud y todos hicieron otro tanto. Monseñor se dirigió particularmente a don Bosco y, a los dos o tres minutos, se hizo llevar de nuevo a la cama. Después de tanta excitación, la noche debía haber sido muy agitada, y, sin embargo, no sufrió mucho.

Sábado, dieciocho de julio. Reanudo mi relato, que voy a abreviar. El lunes por la mañana, fiesta de Nuestra Señora del Carmen, Monseñor quiso oír la misa de don Bosco en su habitación y recibir la santa comunión de su mano; era una digna manera de acabar la novena pública que acabamos de hacer a Nuestra Señora de Lourdes. Don Bosco recibió durante el día a todos los que querían decirle algo o recibir su bendición. Y se estableció que saldría al día siguiente (ayer por la mañana).

Su presencia era una satisfacción para Monseñor, pero no podía él prolongarla mucho; sus hijos de Turín lo reclaman imperiosamente. Ayer por la mañana nos dejaron los dos santos Padres, después de celebrar la santa misa, uno a las cinco y media y

otro a las seis. Monseñor quiso verlos todavía antes de su salida y abrazó tiernamente a don Bosco **[574]** agradeciéndole su venida. Al subir al coche, me preguntó don Bosco cuándo iría yo a verle en Turín, porque quería tenerme en su casa; le contesté que, tal vez, iría a buscarle cuando él volviese para la acción de gracias.

Durante el día de ayer partieron varios de nuestros huéspedes, como el general de Charette, el marqués de Foresta, el señor José du Bourg, el doctor Vulpián, pero éste tiene que volver hoy otra vez de Viena. Ayer celebraron consulta a las nueve los doctores Vulpián, Drosch y Mayer, y parecía estaban de acuerdo en reconocer que no había cáncer ni absceso en el estómago, sino una inflamación violenta, un catarro agudo, con un punto particularmente doloroso. Pero que, gracias a la naturaleza de Monseñor, se puede esperar que al cabo de cierto tiempo cure y que, si no ocurre nada, pueda estar levantado dentro de unas semanas. La perspectiva de sufrimiento durante varias semanas, quizá meses, espanta a Monseñor, el cual, teme no tener la paciencia necesaria: preferiría morir más pronto. Siente que necesita muchas gracias para ello y, por consiguiente, muchas oraciones. Así pues, tenga a bien, Monseñor seguir rezando por él, V. S. y los señores de la Nunciatura, y recomendarlo humildemente a las oraciones de Su Santidad y de Su Eminencia el cardenal Jacobini.

Esta noche ha sido pasable; Monseñor ha dormido un poco, pero tiene agudos dolores en los intestinos. Se espera dentro de poco al doctor Vulpián, que ha consentido retrasar un día su partida, y al doctor Mayer.

También están a punto de llegar los sobrinos de Monseñor; hacía mucho tiempo que lo habían pedido, pero Monseñor no lo había permitido. Había una excepción hecha en favor de los príncipes de Orleáns por el motivo que dije a monseñor Amoni. Era una prueba que Monseñor quería dar al mundo de que él les había perdonado de corazón la ofensa de la familia, de ellos a la suya. Y, por esto, la recepción ha sido lo más cordial y afectuosa posible, ya que Monseñor no quiere perdonar a medias; pero no había ninguna segunda intención política en este acto religioso; al contrario, la política la habría impedido, si Monseñor hubiese pensado que el partido Orleanista iba a aprovechar esta entrevista para favorecer la sucesión al trono del conde de París. Los príncipes de Orleáns se han portado personalmente muy bien, en esta ocasión, pero sus periódicos y sus partidarios son siempre los revolucionarios de 1830, lo cual no puede aprobarlo Monseñor.

Me parece, Monseñor, que resulta una carta demasiado larga. Perdóneme si le he entretenido demasiado tiempo, pero sé que todo lo que concierne a Monseñor le interesa; y, por eso, me he dejado llevar por el ímpetu, al correr de mi pluma y de mis ideas.

[575] Dígnese aceptar, Monseñor, junto con mi acción de gracias por la buena y afectuosa carta con que vuestra Excelencia me honró la semana pasada, y con el envío repetido de monseñor Amoni (a quien saludo muy cordialmente), el homenaje de mi profundo respeto y de mi religioso afecto en Nuestro Señor.

De V. E.,

Frohsdorf, martes tarde, 17 de julio de 1883

Muy humilde y obediente servidor,
A. CURÉ

81

Don Juan Bonetti al Cardenal Alimonda

Eminencia Reverentísima:

El nombramiento de V. E. Rvma. como Arzobispo de Turín, que despertó en toda clase de ciudadamos la más viva alegría e hizo que los Salesianos abriesen el corazón a las más risueñas esperanzas, trajo, al mismo tiempo, a este humilde servidor un consuelo del todo singular.

Contemporáneamente con la elección de V. E. para esta ilustre sede de San Máximo, nuestro Padre Santo León XIII se dignaba, con su soberana bondad, abrogar una disposición del año pasado que, por muy sabia y oportuna que fuera, no dejaba, sin embargo, de ser por mi debilidad un tanto dolorosa, por cuanto me ponía en esta archidiócesis y frente a mis hermanos en una condición anormal, por motivos que supongo no son desconocidos a Vuestra Eminencia Reverendísima.

Tengo motivo para creer que V. E. no fue ajeno a la soberana disposición que me libró de todo agravio y me devolvió la plena libertad para ejercer el sagrado ministerio en esta Archidiócesis, y que el Augusto Pontífice ha llegado de buen grado a la concesión del mencionado favor a sabiendas de que el nuevo Arzobispo se adheriría a ella con toda la efusión del corazón.

Así las cosas, tengo motivo para celebrar vuestro nombramiento más que ningún otro salesiano y sacerdote de la diócesis de Turín. Por eso, después de estimular, como redactor del *Bolletino Salesiano*, a los cooperadores y cooperadoras a agradecer con don Bosco y con sus hijos al Señor por tamaño don hecho a Turín por medio de su sapiente Vicario, aprovecho con gusto la propicia ocasión de la fiesta de San Cayetano, vuestro día onomástico, para expresar de manera particular a V. E. los sentimientos de mi espíritu, sentimientos de felicitación, de aprecio y veneración. **[576]** Sí, Eminencia, con todo mi corazón os felicito por la nueva y sublime dignidad con que os ha revestido el Supremo Jerarca de la Iglesia, preconizándoos para una de las más gloriosas sedes de Italia; os felicito por haber sido creado pastor de una tan importante porción de la grey de Cristo y puesto como cabeza de una Archidiócesis sobre manera querida por Jesús Sacramentado y por la Augusta Reina del cielo, María Santísima. Al mismo tiempo, os aseguro que mi veneración por vuestra persona está y estará a la par del aprecio que merecidamente os proporcionan vuestra sin igual doctrina y el esplendor de vuestras virtudes.

En prueba de la sinceridad de estos sentimientos, me pongo desde ahora en vuestras manos. Mi voz y mi pluma poco valen, es verdad; pero yo, con lo que ellas pueden valer y al impulso de mi venerado don Bosco, las emplearé siempre para haceros más fácil el ejercicio del ministerio pastoral. En unión con mis amados hermanos, no dejaré nada por intentar para cooperar con Vos a la gloria de Dios y a la salvación de las almas, para fomentar la piedad cristiana entre este pueblo que suspira por Vos, para alejar al menos los escándalos y las ofensas de Dios, que en Nápoles ocasionaron en otro tiempo la muerte del glorioso Santo, cuyo nombre heredasteis en la pila bautismal.

Por ser la primera vez que tengo el honor de presentarme a vos, Eminentísimo Príncipe, hubiera querido venir, como suelen presentarse los pequeños ante los mayores, con algún regalo en la mano, pero nada tengo digno de vos. Con todo, sabedor de vuestra bondad, vengo confiado y os ruego os dignéis aceptar un ejemplar de algunas obritas salidas de mi pobre pluma. Si, por ventura, se dignaran vuestros ojos

pasar sobre estas páginas, ruego a V. E. no quiera buscar en ellas la erudición ni el estilo, que enriquecen vuestros importantes escritos, sino sólo el deseo de hacer el bien a alguna alma piadosa y merecer la protección de los santos y sobre todo, la admirable misericordia del Sagrado Corazón de Jesús.

Para no cansar demasiado a V. E. termino, mas no sin desearos del cielo toda felicidad; y hago ardientes votos para postrarme a vuestros pies, recibir la bendición pastoral, y oír de vuestros labios una de aquellas palabras que, como las del divino Salvador, aportan a las almas luz y consuelo.

Inclinándome para besar la Sagrada Púrpura, gozo por el alto honor de profesarme con profundo respeto y plena estimación.

Turín, 5 de agosto de 1883

Muy atento y seguro servidor e hijo,
JUAN BONETTI, *Pbro.*
de los Salesianos

[577]

82

Súplica de don Juan Bonetti al Cardenal Nina

Eminencia Reverendísima:

Hoy se cumple un año desde que se firmó la Corcordia entre el llorado monseñor Lorenzo Gastaldi, Arzobispo que fue de Turín, y la Congregación de los Salesianos; y, por consiguiente, según el artículo III de la misma, caduca también el plazo de mi absoluto alejamiento de la ciudad de Chieri, al que estaba comprometido mi venerado Superior don Juan Bosco.

Al comunicarme V. E. Rvma. el año pasado, por estos mismos días, la mencionada Concordia, firmada, según voluntad de Su Santidad, por los delegados de ambas partes, tenía la bondad de expresarse muy benévolamente con respecto a mí y escribía:

—La virtud de don Bonetti no desfallecerá, aun cuando tenga que resignarse a esperar un año para acercarse a Chieri.

—Sí, Eminencia, aunque mi virtud es muy poca, no desfalleció, porque estuvo sostenida por la gracia de Dios y por el más vivo deseo de complacer al Padre Santo, que confiaba, con tal medio, poner término a las disensiones y restablecer una paz verdadera y duradera entre el señor Arzobispo y nosotros. También me ha alentado a la paciencia el ejemplo de don Bosco y la esperanza de que con mi sacrificio se amansaría el ánimo del difunto Prelado y, de este modo, resultaría, por las promesas que hacía el Arzobispo, mayor bien para la Iglesia y mayor provecho para las almas.

Las sabias disposiciones de Su Santidad, cuyo alto pensamiento es la unión y la concordia de ánimos entre los suyos, para resistir y combatir con éxito a los enemigos de Dios y de la Iglesia, no fueron cumplidas, como lo merecían, por todos los frutos que se esperaban. Recordará V. E. las publicaciones hechas por la parte contraria con el fin de hacer creer una formal condena pronunciada por el Padre Santo contra don Bosco y don Juan Bonetti, como culpables de faltas, y de este modo desacreditarlos ante el pueblo; recordará la negativa de la Revisión eclesiástica a un fascículo de la publicación mensual: *La Biblioteca de la Juventud Italiana*, con peligro de que fuese

considerada como sospechosa por los suscriptores; recordará la afrenta hecha al folleto: *Jesucristo nuestro Dios y nuestro Rey*, con la suspensión lanzada contra los sacerdotes que lo distribuyesen con las inocuas palabras: *Certificado de la Comunión Pascual*; y se habrá enterado también de las cartas, que, poco antes de su desgraciada muerte, escribió el Arzobispo a Lyon y a París, para indisponer la autoridad eclesiástica contra el pobre don Bosco, que iba a ir a aquellas ciudades. Pero, como quiera que ello fuere, nosotros podemos alegrarnos de no haber puesto ningún obstáculo **[578]** a la ejecución de la voluntad del Padre Santo, y el buen Dios no nos ha abandonado, porque siempre protege a quien ama y obedece a su Vicario.

Ahora le pediría un favor. V. E. sabe que, para complacer al llorado Arzobispo lo más ampliamente posible, el citado artículo de la Concordia dispone no sólo mi alejamiento de Chieri durante un año, sino que, transcurrido este lapso de tiempo, limita, además, mi regreso a dicha localidad a alguna particular circunstancia. Esta última disposición pone a mi pobre persona en peor situación que a cualquier otro hermano mío, más aún, que a cualquier otro sacerdote de la Diócesis, puesto que, entre nosotros, cualquier sacerdote, sea religioso o no, con tal que tenga las licencias ordinarias de predicación y confesión, puede acceder libremente a dicha ciudad, como a cualquier otro pueblo de la Archidiócesis, en todo tiempo y circunstancia, y atender al Sagrado Ministerio. Por el contrario, según este artículo, yo no puedo hacer esto y debo limitar mi regreso a dicho lugar a alguna circunstancia especial. Ahora bien, por muy benignamente que se quiera interpretar esta disposición, no se puede dejar de considerar, por una parte, como un agravio hecho al Superior de mi Congregación, a quien ata las manos para disponer libremente de un súbdito suyo, y, por otra parte, como un castigo para mí, puesto que resulta ser una medida, que sólo se reserva a los culpables. Mientras vivía el señor Arzobispo, en atención al cual se dictó el artículo, tenía éste suficiente razón de existir, lo mismo que en la mente iluminada del Padre Santo tenía esta misma razon suficiente la concordia; pero ahora, cuando Dios, en sus insondables designios, llamó a Sí al mencionado Prelado, paréceme (salvo mejor juicio) que ya no subsiste semejante razón.

Por lo cual, ruego humildemente a V. E. tenga a bien hablar en mi favor a nuestro Padre Santo, y suplicarle que, en su soberana benignidad, se digne devolverme a la condición en que me encontraba antes de la desagradable cuestión. Pido esta gracia por dos motivos especialmente. En primer lugar, para que quede bien claro que la mencionada Concordia no fue una condena ni tampoco un castigo, sino sólo una conciliación, como V. E., que conoce muy bien el ánimo benévolo del Padre Santo, tuvo a bien manifestar varias veces a este propósito, a fin de que ni presentes ni venideros tengan motivo para deducir de ello consecuencias contrarias a la verdad. En segundo lugar, imploro esta gracia, para que, al menos de ahora en adelante, mi honor sacerdotal y religioso tenga su reparación ante el público; puesto que, debido al ruido que armó la parte contraria, el pobre que esto escribe fue y es todavía considerado como condenado por culpabilidad. Confirma esta voz y esta opinión el hecho bien sabido de que, hace cinco años, se me tiene alejado de Chieri, lo cual, impidió e impide aún que se preste fe a la sentencia que me es favorable, dictada por la Sagrada Congregación con su **[579]** venerado rescripto del día 28 de enero de 1882. Hoy, más que nunca, es necesario que el sacerdote, para hacer el bien al pueblo, no solamente esté *sine macula* ante Dios, sino que también aparezca como tal ante los hombres; es necesario *testimonium habere bonum ab iis qui foris sunt*, como escribía San Pablo a Timoteo, y decía a los de Corinto: *Providemus bona non solum coram Deo, sed etiam coram hominibus.*

Me duele que, para alcanzar este favor, no pueda yo ostentar méritos; por ello, pongo toda mi confianza en la bondad de corazón del Padre Santo y en la eficacia de la intercesión de V. E. ante El. Basta que Su Santidad vuelva un instante su alta y benévola atención a mi situación, a los cuatro años de dolorosa suspensión, a la sentencia de la Sagrada Congregación, que no encontró en mi conducta culpa alguna que mereciese tal y tan larga pena, y a la prontitud de espíritu, con que don Bosco y el humilde exponente se sometieron a ejecutar la concordia, y estoy seguro de que no querrá rechazar la súplica de este pobre sacerdote que, en los diecinueve años de su sagrado ministerio, en la dirección de Seminarios menores, en la frecuente predicación y en las varias obritas escritas y divulgadas, no tuvo más mira que la gloria de Dios, la salvación de las almas, la defensa de la Iglesia y el honor de su cabeza visible.

V. E. podría tal vez replicarme: —Esperemos al nuevo Arzobispo.

Permítame que, con toda humildad, añada todavía dos breves observaciones. Cualquiera que sea el nuevo Arzobispo que nos dé el Sapientísimo Pontífice, estará más o menos informado de la desagradable cuestión que tuvimos con su antecesor y, por tanto, antes de poder tomar una medida con conocimiento de causa, se vería obligado a informarse de la larga y dolorosa historia; mientras tanto, pasaría quién sabe cuánto tiempo; que, por el contrario, Su Santidad y Vuestra Eminencia, como perfectos conocedores que son de las cosas, pueden arreglarlas con pocas palabras, ahorro de tiempo y ulteriores molestias.

Además, el nuevo Arzobispo podría contestar siempre: —No creo conveniente deshacer lo que fue determinado por una Autoridad Superior; y, por esto, sería muy probable que dejara las cosas tal como las encontró, y, de este modo, lo que fue juzgado siempre como un apaciguamiento y un hecho pasajero, se convertiría en una disposición permanente y un hecho realizado en perjuicio de un pobre sacerdote, que nunca fue tenido por merecedor de semejante pena.

Pero ya he dicho demasiado sobre esto, y no se necesita más para mover el ánimo de V. E. a interesarse por este asunto, que no carece de consecuencias para la gloria de Dios y bien de las almas.

Acabo de aludir al nuevo Arzobispo, y, antes de cerrar la presente, quiero notificar a V. E. que nosotros lo esperamos. Estamos con viva expectación y pedimos con todas las veras al buen Dios que nos lo dé verdaderamente *iuxta cor suum*. Tal será, si en la administración **[580]** de esta Archidiócesis, en la disciplina de los estudios, en la dirección del Clero, no pierde de vista al Vaticano y tiene a honra seguir las huellas gloriosas del Padre Santo. Desgraciadamente, durante muchos años nos hemos acostumbrado a oír por estas tierras de labios autorizados que basta escuchar al Papa cuando habla como Doctor Universal; nos hemos acostumbrado a oír críticas descomedidas contra las congregaciones romanas; nos hemos acostumbrado a oír en las aulas del Seminario, en conversaciones privadas y hasta en las reuniones de sacerdotes veteranos y jóvenes discursos y proposiciones con sabor a jansenismo, febronianismo y liberalismo. De ello, se derivaron muchos males.

Pero con la gran unión del Episcopado a la Santa Sede, con el espléndido ejemplo de subordinación que, en general, dan los sacerdotes de todas las diócesis de Italia y del mundo entero; con los muchos medios que hoy se tienen para conocer la voluntad y hasta los deseos del Supremo Jerarca de la Iglesia, todo mal cesará muy pronto también entre nosotros, si nuestro futuro Pastor no es *áulico*, sino *papal* con toda la fuerza y sentido de la palabra, y no da nunca muestras, ni en público ni en privado, de temer que la Cátedra de San Pedro haga sombra a la de San Máximo, como desgraciadamente ocurrió entre nosotros.

Y si, a esta manifiesta e inalterable adhesión a la Santa Sede Apostólica, añade todavía un corazón de padre, benévolo y protector de las Congregaciones religiosas, esta Archidiócesis será salva. Para ganarse el corazón de todos, no tendré que hacer más que observar lo que inculca a los Obispos el Sagrado Concilio de Trento: *Ut se pastores non percussores esse meminerint, cum saepe plus agat benevolentia quam austeritas, plus exhortatio quam minatio, plus cháritas quam potestas.*

Hasta estos últimos tiempos se invirtieron entre nosotros casi todos los términos de estas sentencias de alta sabiduría; de ahí los disgustos, los malos humores, las rupturas, los desalientos y los pleitos. Si el nuevo Arzobispo cambia de sistema, llegará a poseer el corazón de todos y se cumplirán en él las palabras del Príncipe de los pastores: *Beati mites, quoniam ipsi possidebunt terram.*

Perdone, E. Rvma. el abuso que he hecho de su paciencia. Con la confianza de alcanzar este perdón y el favor que imploro, pido a Dios que derrame sobre V. E. los tesoros de las gracias celestes, y me encomiendo a sus valiosas oraciones, al tiempo que, inclinándome a besar la Sagrada Púrpura, gozo el alto honor de poderme profesar con profunda veneración e imperecedera gratitud,

De V. E. Rvma.

Turín, 16 de junio de 1883

Su seguro servidor e hijo,
JUAN BONETTI, *Pbro.*
de los Salesianos.

[581]

83

El cardenal Alimonda a don Juan Bonetti

Muy Rvdo. Señor:

La afectuosa carta de V. S. merece mi afectuosa acción de gracias. Le doy gracias, pues, con corazón paterno por los augurios y felicitaciones, que me regala. Usted ha consagrado su corazón y su mente al bien de la Iglesia y de manera particular al bien de Turín. Lo apruebo sinceramente; apartar del pueblo el escándalo, la blasfemia, la ofensa del Señor es obra del sacerdote fervoroso. Le agradezco también las buenas esperanzas que ha despertado en mi ánimo con su carta. Me dice que la diócesis de Turín es sobre manera amada por Jesús Sacramentado y por la Augusta Reina del cielo ¡Jesús y María!: Ellos serán los que me ayudarán a gobernar una diócesis tan importante, Ellos sostendrán mis brazos, endebles por falta de virtud y de ciencia y por mi demasiada edad. Pidamos juntos al Señor, mi buen sacerdote, que no sea yo un pastor completamente ineficaz, que por mi culpa no carezca mi grey de saludables pastos. Me recomiendo a V. S. y espero su valiosa ayuda.

Le deseo todo bien del cielo y con sincero aprecio me profeso,

De V. S. M. Rvda.

Roma, 18 de agosto de 1883

(Autógrafo). Mis respetuosos y amables saludos para su óptimo superior don Bosco.

Su seguro servidor,
Card. ALIMONDA

84 *(El original en castellano)*

Carta de don Domingo Milanesio a Namuncurá[1]

Roca, 20 de abril de 1883

Mi respetable señor Namuncurá:

Supe por sus embajadores, que usted envió comisionados a este Fuerte para tratar la paz con las autoridades militares, habiendo determinado muy cuerdamente someterse al gobierno argentino. Véngase usted **[582]** sin temores y confiado en mi palabra, que aquí será bien recibido. Puedo asegurarle a usted que el gobierno argentino, lejos de causarle mal alguno, lo va a favorecer en todo.

Con esta su espontánea sumisión, se ganará las simpatías de nuestro gobierno, evitará el derramamiento de sangre, la miseria y mil otras desgracias, al mismo tiempo que asegurará la tranquilidad y felicidad para usted, para su familia y para su tribu. Asimismo, nos ahorrará a los misioneros la fatiga que ahora nos resulta para instruirlos y bautizarlos a ustedes, y por lo que respecta a la vida material entrarán más fácilmente en la senda de la civilización y del progreso. Hago votos para que los consejos que le doy, mi estimado señor Namuncurá, no sean vanos y con el deseo de verlo pronto sometido al ejército argentino, lo saludo con toda el alma.

Su sincero amigo,
DOMINGO MILANESIO
Misionero Salesiano

85 *(El original en latín)*

Provicariato y Prefectura apostólica en Sudamérica

A

Erección del Provicariato

LEON XIII

Para futura memoria del hecho. Para favorecer aún más y promover la sagrada misión de Patagonia, cuyo cuidado y trabajos hace ya tiempo asumieron los Socios de la Congregación Salesiana, pidió el amado hijo Juan Bosco, Fundador y Jefe supremo de la mencionada Congregación, que se erigiera un Vicariato Apostólico en la región septentrional de Patagonia. Nos, muy solícitos por el bien y el incremento de las sagradas misiones, en virtud del cargo del Supremo Apostolado, que desempeñamos en la Iglesia de Dios, hemos encomendado el examen de este asunto a Nuestros Venerables Hermanos los Cardenales de la Santa Iglesia de Roma, que están al frente de la Propagación de la fe católica. Así pues, sopesados y cuidadosamente

[1] La carta se encuentra publicada por don Roberto Tavella en *las Misiones Salesianas de las Pampas*. Buenos Aires, Talleres gráficos Argentinos, 1924, pág. 191. Creemos que la carta fue reconstruida con datos de don Domingo Milanesio.

considerados todos los detalles de este asunto y después de consultar a nuestros venerables hermanos, determinamos asentir a esta demanda. Por consiguiente, Nos, en virtud de Nuestra autoridad Apostólica y en fuerza de la presente, erigimos y declaramos erigido el Vicariato Apostólico en la parte septentrional de la mencionada región, de suerte que en él quede incluida también la parte central de Patagonia, que todavía no fue explorada. Y queremos que los límites de este Vicariato Apostólico de Patagonia septentrional sean: al oriente el mar Atlántico, al occidente los montes, que vulgarmente se llaman «Las Cordilleras», al norte, los pueblos que se apellidan Pampas y al sur Patagonia central. Esto queremos y decretamos, **[583]** no obstante nada en contrario, aun cuando sea digno de especial y particular mención y derogación.

Dado en Roma junto a San Pedro, sellado con el Anillo del Pescador el día 16 de noviembre del año 1883, sexto de Nuestro Pontificado.

Por el señor cardenal Mertel,
A. TRINCHIERI, *substituto*

B

«Breve» con el nombramiento de Cagliero

LEON PP. XIII

Amado hijo, salud y bendición apostólica. Habiendo erigido, después de consultar también a nuestros Venerables Hermanos los Cardenales de la Santa Iglesia de Roma puestos al frente de la Congregación para la propagación de la fe, un Vicariato Apostólico, para bien y prosperidad de la sagrada misión de Patagonia, en la parte septentrional de la misma Patagonia central todavía no explorada, con nuestros Venerables Hermanos, tratamos de poner al frente del mismo Vicariato una persona, que pueda desempeñar este cargo con sabiduría y diligencia para la eterna salvación de aquellos pueblos e incremento de la religión. Después de madura deliberación y con el voto favorable de nuestros Venerables Hermanos, hemos pensado que debíamos confiar este cargo a ti, querido hijo, que se Nos recomienda por piedad, doctrina, prudencia y celo en propagar el nombre cristiano. Queriendo, pues, darte una prueba de particular benevolencia y, en virtud de ella, absolviéndote y teniéndote absuelto en el futuro de cualquiera sentencia de excomunión y entredicho, así como de otras sentencias eclesiásticas, censuras y penas dictadas de cualquier modo o por cualquier motivo, si por acaso hubieses incurrido en algunas, te elegimos, instituimos y proclamamos con Nuestra Apostólica autoridad y en fuerza de estas letras, Provicario, con facultad subdelegable de confirmar, de este nuevo Vicariato Apostólico erigido por Nos en la parte septentrional de Patagonia, a la que queremos unida la Patagonia central, a Nuestro beneplácito y de la Santa Sede Apostólica, y te concedemos e impartimos todas y cada una de las facultades, propias de este cargo. Por tanto, ordenamos y mandamos a todo el clero y pueblo de este nuevo Vicariato que te reciban y admitan como Provicario Apostólico y te presten favor, asistencia y obediencia y te muestren plena reverencia. No obstante, nada en contrario, aun cuando sea digno de especial y particular mención y derogación.

Dado en Roma junto a San Pedro con el sello del Anillo del Pescador el día 20 de noviembre del año 1883, sexto de Nuestro Pontificado.

Por el señor cardenal Mertel,
A. TRINCHIERI, *substituto*

[584] C

Prefectura y prefecto apostólico

DECRETO

Habiendo parecido bien a la Sagrada Congregación puesta al frente de la propagación del Cristianismo, a fin de difundir la fe católica en las regiones de Patagonia, convenir que se erigiese allí una Prefectura Apostólica, los Eminentísimos y Reverentísimos Padres de la misma Sagrada Congregación en la Junta General habida el día 27 de agosto de 1883, juzgaron y determinaron que dicha Prefectura se erigiese en la parte meridional de Patagonia, que abarca las islas Malvinas y las islas que existen junto al estrecho de Magallanes. Sin embargo, no se pueden al presente determinar los límites de esta Prefectura, puesto que esta Región no está explorada todavía en todas sus partes.

Para lo cual, los Eminentísimos y Reverendísimos Padres mandaron publicar el presente Decreto.

Dado en Roma en la Sede de la Sagrada Congregación para la Propagación de la Fe el día 16 de noviembre de 1883.

+ JUAN Card. SIMEONI, *Prefecto*
Arzobispo Tyren, Secretario

86

Carta de don José Vespignani a don Bosco

San Carlos, 6 de julio de 1883

Muy reverendo y amado Padre:

Nuestro querido Inspector tiene la apetecida suerte de presentarse a usted, Veneradísimo entre los Padres, y lleva consigo todos nuestros corazones para abrirlos de par en par, por así decirlo, ante usted, decirle que nosotros, tan distantes de su querida persona, somos, sin embargo, siempre sus hijos afectísimos, y no podemos perderlo de vista ni un momento. Nosotros estamos con usted en Turín, le hemos acompañado varias veces a Roma, le hemos festejado en Francia y en París y mil veces al día bendecimos al Señor que nos lo quiso dar como Padre. ¡Ojalá fuéramos, al menos, dignos hijos! Hace algún tiempo que Jesús por intercesión de María, me pone en el deseo de ello, y es precisamente para obtener una especial bendición de usted, mi querido Padre, por lo que le escribo la presente. Quiero ser buen salesiano; quiero tener su espíritu hasta donde lo aguantan mis escasas fuerzas; quiero vivir y morir por nuestra querida madre la Congregación, y para este fin me sacrifico como víctima en unión de **[585]** Jesús por el bien de la juventud en general y, especialmente, por aquéllos que nos confía la Divina Providencia para ayudarlos a salvarse. Quiero esforzarme para adoptar, a imitación suya, el espíritu de caridad y de dulzura, venciendo las dificultades del natural, de la costumbre y de los prejuicios del amor propio, que son tantos por desgracia. Y todo esto lo prometo en sus manos, mi reverendo Padre, ante el corazón amabilísimo de Jesús y ante María Santísima Auxiliadora, lo mismo que un día profesé mis votos en sus manos y como complemento

de aquéllos en los que estaba incluido también este propósito, que ahora renuevo. Por tanto, el único deseo de mi corazón es que usted, al leer la presente, me ofrezca con uno de sus ardientes afectos a Jesús y a María, para que Ellos bendigan mi voluntad, mis potencias y todos mis esfuerzos y me ayuden con su asistencia a cumplir exactamente lo que ahora prometo. En esta ocasión, le agradezco también habernos dado como Superior al reverendo padre Costamagna, que tanto nos ayuda para adquirir este espíritu salesiano, del que está penetrado; esperamos que vuelva pronto, alentado y rebosando las suaves impresiones que recibirá de la presencia y conversación con usted, para darnos nuevo aliento y nueva vida y seguir cada vez con más valor e intrepidez las huellas que usted, nuestro buen Padre, nos va trazando.

Lo mismo que usted ve ahora nuestros corazones en el corazón de nuestro Inspector, así también nosotros veremos a su regreso en su propio corazón algo del corazón de usted, a quien tanto amamos. ¡Concédanos pronto el Señor esta dulce suerte! Por tanto, ahora beso con suma veneración y amor la santa mano, que tanto bien me ha hecho y sigue haciéndome, e implorando sobre mí y sobre toda esta su comunidad la paterna bendición, me profeso,

Su seguro servidor y amante hijo en J. C.,
JOSE VESPIGNANI, *sacerdote Salesiano*

P. D. Hasta aquí le he hablado sólo de mí; ahora le hablaré de estos novicios que el Señor nos ha traído y confiado para formarlos. Ahora hemos entrado precisamente, desde la fiesta de María Auxiliadora, en una época nueva y ya tenemos dormitorio propio y capillita propia, dedicada a San Francisco de Sales, cuyo nombre lleva también el oratorio festivo aquí fundado; y hasta patio y jardín propios. Se hacen todas las prácticas de piedad y se tienen las conferencias semanales; se preparan cada tarde y se leen los puntos de la meditación, se celebra el coloquio mensual con el Padre Maestro y se van encaminando en el espíritu salesiano con grandes satisfacciones y halagüeñas esperanzas. Muchas otras cosas le dirá personalmente nuestro Inspector, que le consolarán. Mientras tanto, nosotros firmamos todos aquí, para que nos dé una bendición especial a cada uno y nos estreche a todos contra su paterno corazón para ofrecernos juntos con usted al **[586]** Padre de los padres, al Pastor de los pastores, Jesús, y a su Santa Madre María de la que todos somos sus hijos obedientes y amantes.

ALFREDO COMOLLO, *clérigo* - MANUEL MONTALDO, *estudiante* - ENRIQUE REZZONICO, *artesano* - JOSE BREGANTE, *estudiante* - JUAN OTAMENDI, *estudiante* - CRISTOBAL BAGLIETTO, *estudiante* - ANTONIO SARDI[1] - MANUEL AREVALO, *estudiante* - SANTIAGO SOLARES, *estudiante* - JUAN BERIZZO - MARIANO ARAOZ, *artesano* - LUIS CASTIGLIA - RAMON PICO, *artesano* - JOSE TAHS - JOSE VESPIGNANI, *novicio de los novicios.*

[1] Así aparecen varios, en el original, sin especificar su condición; dígase lo mismo de la del P. Vespignani, que gusta calificarse humildemente «novicio de los novicios». (*N. del T.*).

87

Circulares de agradecimiento

A

Apreciado Bienhechor:

Con verdadera gratitud he recibido el generoso donativo que, en su gran caridad, se dignó hacer en favor de nuestros misioneros. El día diez de este mes saldrán rumbo a Patagonia; desde aquellas lejanas regiones no dejarán de invocar las bendiciones del cielo sobre usted y sobre todos sus parientes y amigos.

Diariamente haré yo también mis pobres oraciones con la misma intención, juntamente con los huerfanitos, que la Divina Providencia ha querido encaminar a nuestras casas.

Dios le bendiga y le conserve en buena salud. Créame en J. C.

Turín, día 1.º de noviembre de 1883

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

B *(El original en francés)*

Señor:

Con el mayor agradecimiento he recibido su caritativo donativo en favor de nuestros misioneros.

Ya han rezado ellos por usted, y mis muchachos y yo seguiremos rezando todos los días, ante el altar de Nuestra Señora Auxiliadora, según su intención y por su felicidad espiritual y temporal.

Que Dios le bendiga y la Santísima Virgen le protega siempre; dígnese rogar por mí, que seré en J. C.

Turín, día 1.º de noviembre de 1883

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[587]

88

Carta de don Juan Cagliero a don Miguel Rúa

Querido Rúa:

Han salido nuestros queridos hermanos y hermanas. ¡El grandioso trasatlántico *Béarn*, convirtiendo el día en noche con su negra humarada, los ocultó a nuestros ojos tristes y llorosos, mientras latía fuertemente el corazón y quedaban mudos los labios!

En Nizza Monferrato, las hermanas recibían la bendición del Señor, mientras los

salesianos recibían en Génova la cordialísima del nuevo Arzobispo, el cardenal Alimonda.

Divididos en dos grupos, hicimos de un tirón el largo camino entre Sampierdarena y Marsella, cariñosamente despedidos por don Domingo Belmonte y don Pablo Albera.

Hubieran querido durante el viaje saludar a hermanos campeones como don José Ronchail en Niza y don Pedro Perrot en Tolón, pero, al no haberlos avisado a tiempo por telégrafo, tuvieron que resignarse al sacrificio de la conformidad.

Pero don Pedro Perrot, más pequeño y más astuto, llegó a Marsella y pudo entregar con sus propias manos al valeroso *jefe de grupo* el regalo de su distrito, que alcanzaba a las trescientas liras.

Don Pablo Albera sorprendió a los misioneros con la improvisación de una hermosa y agradable función nocturna.

Cantaron los muchachos unas completas solemnes, hubo una conmovedora platiquita y se celebró la bendición con el Santísimo Sacramento en un esplendoroso altar con miles de luces brillantes. Aquello enternecía a todos con fervor eminentemente sagrado y profundamente religioso.

Estaba presente la señora Jacques, presa de viva emoción, ¡en su condición de *Mère* de nuestras hermanas! Regaló cien francos a don Santiago Costamagna y nos acompañó esta mañana hasta subir al barco; de ella nos valimos para lograr del cumplidísimo y atentísimo comandante, algunas mejoras necesarias para las hermanas y extremó su bondad hasta ceder su sala particular para la celebración de la santa misa, buscándose alojamiento en otro camarote.

La sociedad concedió poder pagar el flete de los pasajes donde y como mejor nos pareciese[1]. Viva, pues, María Auxiliadora, que protegió visiblemente esta nuestra magnífica sexta expedición a América.

Hoy fui a ver la nueva casa de campo agregada a la de Marsella; **[588]** ¡es hermosa, hermosísima! Hay allí alamedas, huertos, jardines, prados, campos, viñas y un bosque de más de veinte hectáreas. Todo de balde y exactamente como en el sueño de don Bosco. Está muy cerca de Marsella y sirve a las mil maravillas para noviciado [2].

El viernes salgo para Saint-Cyr, haré escala en La Navarre, Niza, Bordighera, Alassio y estaré en Turín para la próxima semana.

Marsella, 14 de noviembre de 1883.

Afectuoso
CAGLIERO

[1] El Arzobispo de Buenos Aires había escrito a don Bosco el día diez de agosto: «Teniendo una buena limosna destinada a nuestras misiones, no puedo dársela a nadie mejor que a V. S. R. para que la dedique al viaje de los misioneros, que debe traer el padre Costamagna y ya la he entregado al padre Vespignani para que la tenga a disposición de V. R.».

[2] Hace alusión a la Casa de la Providencia, destinada a noviciado.

89 *(El original en francés)*

El abate Moigno a don Bosco

Reverendo y querido Padre:

La señora Laffitte, la americana siempre tan adicta, sale mañana por la tarde hacia Turín, feliz por corresponder a su invitación. ¡Siento no poder compartir su felicidad!

Se la recomiendo encarecidamente y todavía más su obra, que el Señor quiere ver en sus manos. Las cartas que ella le mostrará le determinarán, así lo espero, a hacer su parroquia francesa en Boston. Monseñor Boulard, actual cura párroco, acepta entusiasmado ser salesiano. ¡Haga este generoso esfuerzo por la nueva Francia!

La señora Laffitte va, pues, derecha al Oratorio para saber dónde tendrá que hospedarse. Por si acaso, le entrego una cartita para nuestro hermano y amigo M. Faà di Bruno.

Humildemente beso sus pies y pido su paternal bendición.

Santa Clara, 12 de agosto.

Su humilde y afectuoso colaborador,
Abate J. MOIGNO S. J.
Canónigo de San Dionisio
Cooperador salesiano

P. D. ¿Y el duque de Burdeos? Rece, rece por él [1].

90

Carta del alumno Marcos Nassò a don Bosco

Amadísimo Padre:

Qué agradable fue para mi corazón el despuntar del alba suspirada. Lo mismo que el navegante suspira por el puerto, igual que el peregrino anhela alcanzar la meta de su viaje y desea hallar, en la abrasada llanura, **[589]** una fuente donde apagar la sed que le consume, así yo deseé y suspiré este día, en el que puedo abrir mi corazón y desahogar mis sentimientos con usted, amadísimo padre, que se desvive por el bien espiritual y temporal de mi alma. Siento una llamarada de afecto en el corazón y no sé cómo expresarlos. La lengua no responde al lenguaje del corazón y no tiene palabras para expresar afectos tan sinceros; ¡sólo el corazón de un padre puede comprender del todo los sentimientos de un hijo! Por eso, usted, padre amoroso, comprende y conoce plenamente lo que yo querría hacer y haré por usted. ¡Sí, amadísimo padre, usted me ha hecho inmensos e innumerables beneficios! ¿Cómo haré yo para recompensar todo el amor que me tiene y todos los beneficios que me ha hecho? Soy pobre, no tengo nada, no puedo nada. Sin embargo, siempre he elevado y siempre elevaré fervientes oraciones, especialmente en este hermoso día, al Señor y al glorioso San Juan, cuyo nombre lleva, a fin de que se digne obtenerle del cielo toda suerte de felicidades y bendiciones. Con este fin, haré una novena de comuniones, para que su

[1] Es el conde de Chambord.

santo Protector le obtenga del Señor todo el bien espiritual y temporal que necesite. Mientras tanto, le ruego, amadísimo padre, me recuerde en sus oraciones, a fin de que con su ayuda pueda ir haciéndome verdaderamente un salesiano bueno, santo y fervoroso y seguir caminando con rectitud por el camino del Señor. Pida también al Señor para que mi querida hermana pueda hacerse Hija de María Auxiliadora y me pueda ver libre de tantas angustias que, como usted sabe, oprimen mi corazón. Seguro de que seré escuchado por mi amadísimo padre, le ruego se digne aceptar los más vivos sentimientos de afecto de su siempre obediente hijo en J. C.

Oratorio Salesiano, 24 de junio de 1879.

MARCOS NASSÒ

91 *(El original en francés)*

Don Bosco a la condesa de Beaulaincourt

Muy apreciada Señora:

Recibí puntualmente su caritativa carta con la limosna de mil francos para nuestros huérfanos. Perdone mi tardanza en contestar, pues deseaba hacerlo yo mismo.

Agradezco de corazón su caridad, ya que nuestras obras se encuentran en estos momentos en gran necesidad. Por eso, rezaremos mucho según su intención.

Dice usted: el buen Dios no ha querido escucharnos todavía. Es verdad; pero nos escuchará sin duda, y con el fin de que la gracia será un bien para nosotros.

[590] Nuestro Señor es un gran padre, un padre muy bueno. ¿Va a concedernos una gracia que nos perjudique?

Sin embargo, sigamos orando con agradecimiento y le aseguro, en nombre de Dios, que su buena obra será generosamente recompensada espiritual y temporalmente.

Que Dios le bendiga y con usted a toda su familia y tenga a bien rezar asimismo por mi numerosa familia y por mí que, con toda gratitud, seré siempre suyo en J. C.

Turín, 18 de agosto de 1883.

Su atento y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

92 *(El original en francés)*

Al señor Bleuzet

Muy apreciado Señor:

He recibido su cristiana carta que agradezco con todo mi corazón. No dejaré de rezar por usted en la santa misa y de hacer rezar a nuestros muchachos, según su intención.

Dios le bendiga, caritativo señor, y la Santísima Virgen le mantenga con toda su familia en buena salud y siempre por el camino del cielo. Así sea.

Dígnese rezar por mí y por mis huérfanos y créame en J. C.

Turín, 7 de septiembre de 1883.

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

93 *(El original en francés)*

Cartas a la señora Quisard y a su hijo

A

Mi querida señora Quisard:

He recibido puntualmente sus cartas y sus dos limosnas con diversas intenciones.

Empiezo por agradecerle con todo mi corazón el buen recuerdo que guarda de mí y la caridad que tiene con nuestros huérfanos.

Ahora le daré una respuesta detallada:

1.º Mucho me gustaría una visita suya y celebrar una misa por usted, por su esposo, toda su familia y sus asuntos. Pero todo a su comodidad, cuando usted se encuentre en perfecta salud. Así pues, el día dieciséis de este mes yo celebraré la santa misa **[591]** con la misma intención y su visita será cuando usted pueda hacerla.

2.º Conozco muy bien y desgraciadamente, las graves noticias del señor conde de Chambord. Nuestros sacerdotes, clérigos y muchachos de todas las casas, rezan para obtener su curación; toda nuestra confianza está en un milagro de la Santísima Virgen Auxiliadora. En este momento, mi salud no me permite viajar, No estoy enfermo, pero me encuentro sin fuerzas y no puedo ir más allá de mi habitación.

3.º Para su tranquilidad, le diré que todas las mañanas en la santa misa tengo un recuerdo por usted y todas sus intenciones y, como bienhechora de nuestras obras, participará además de todas las oraciones y comuniones que hagan nuestros muchachos en todas las casas salesianas.

La gracia de N.S.J.C. esté siempre con usted y que la Santísima Virgen María Auxiliadora proteja sin cesar a toda su familia. Dígnese a su vez rezar por mí y por nuestros huérfanos y permítame profesarme con la mayor gratitud,

Turín, 8 de julio de 1883.

Su atento y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

B

Muy apreciados señora y señor Quisard:

Con mucho gusto estaré aquí el día cinco y seis de agosto, totalmente a su disposición en todo cuanto deseen para gloria de Dios y bien de las almas.

Dios les bendiga y la Santísima Virgen María Auxiliadora les protega y conceda un buen viaje con su familia y acompañantes a Turín.

Dígnense rezar por este pobre sacerdote, siempre suyo en J. C.

Turín, 27 de julio de 1883.

Su atento y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

C

San Benigno Canavese, 23 de agosto de 1883

Mi querido amigo:

Su estupenda carta me ha proporcionado una gran satisfacción; le agradezco mucho los sentimientos que manifiesta en ella, particularmente los augurios de papá, mamá y sus hermanas. Por eso, no dejo de rezar al buen Dios pidiendo le conceda salud y santidad en abundancia.

[592] La gracia del Señor descienda abundante sobre toda su familia y la Santísima Virgen les proteja siempre. Rueguen por mí, que siempre seré en J. C.

Su afectísimo amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

D

Muy apreciada señora Quisard:

Deseaba responder personalmente a su caritativa carta, y ésta es la razón de mi retraso en responderle. Con agradecimiento he recibido su carta y la cantidad de trescientos cincuenta francos, que enseguida me apresuré a emplear en favor de nuestros pobres huérfanos.

Mañana comienza la Novena de Todos los Santos. Durante la misma, se celebrará una misa cada mañana en el altar mayor de María Santísima Auxiliadora según su intención; para obtener que la Santísima Virgen proteja y conserve en buena salud a usted, a su piadoso señor marido, a toda su familia y, de manera especial, a mi amiguito, mi futuro salesiano.

Aprovecho la ocasión, señora, para agradecer todas sus atenciones y favores; esté segura de que la Santísima Virgen la recompensará generosamente por todo ello.

Confío plenamente que, durante el transcurso del tiempo, su señor esposo, tendrá a bien repetir la visita que se dignó hacernos y renovarnos la satisfacción de ver cómo una familia verdaderamente cristiana practica ejemplarmente la Religión Católica.

La Santísima Virgen le proteja siempre, conserve a todos con buena salud y siempre por el camino del paraíso.

Dígnese rezar por mí y por todos nuestros huerfanitos, y creáme en J. C.

Turín, 23 de octubre de 1883

Su atento y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. Para el cuadro, otro día.

E

Muy apreciada señora Quisard:

Con la mayor gratitud, he recibido su caritativa limosna en favor de nuestros misioneros. Ya han rezado ellos por usted; nuestros muchachos y yo seguiremos rezando cada día ante el altar de María Auxiliadora según su intención y por su felicidad espiritual y temporal.

Que el Señor la bendiga y la Santísima Virgen la proteja siempre. Dígnese rezar por mí, que siempre seré en J. C.

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[593]

F

Caritativa Señora:

El ángel de la guarda le ha aconsejado acudir en nuestra ayuda. Verdaderamente pasábamos por la necesidad de vestir con ropa de invierno a nuestros pobres huérfanos. Y usted, caritativa señora, se la ha entregado bondadosamente; por ello, ha de tener seguro que el buen Dios la recompensará generosamente.

Gracias, pues, por los mil cincuenta francos que nos ha enviado; en prenda de agradecimiento, el gran día de Navidad, celebraremos y ofreceremos por usted la santa misa, con las oraciones y comuniones de todos nuestros muchachos. En esta práctica de piedad, pediremos a la Santísima Virgen que la proteja siempre y que la paz de Dios, la tranquilidad, la abundancia, la caridad y la santidad reinen siempre en su familia. Así sea.

Le ruego, caritativa señora, se digne presentar mis respetuosos saludos y felicitaciones a su señor esposo y a mi amiguito, que vino con usted en la preciosa visita que tuvo a bien hacerme, y a toda la familia.

Todas las piadosas intenciones, de que habla en su carta, serán atendidas.

Por mi parte, decirle que tendré por usted todos los días un recuerdo particular en la santa misa.

Dígnese por la suya, rezar por este pobre sacerdote que, con la mayor gratitud, será siempre en J. C.

Turín, 12 de diciembre de 1883

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P.D. El abate De Barruel no olvidará los encargos que se le hicieron.

[594]

DOCUMENTOS Y HECHOS ANTERIORES

1

Tres sermones de don Bosco

Los hemos descubierto recientemente en tres cuadernitos de papel muy ordinario. Es imposible determinar la fecha del primero, sobre la deshonestidad. A juzgar por el estilo, parece todavía próximo a su primera forma, que después repudió. Parece que lo compuso cuando ya estaba establecido en Turín; puesto que, habiendo dicho de un joven que quería ir a Turín, no dice a continuación que «fue», sino que «vino».

El segundo está totalmente terminado. Es una introducción para la práctica de los ejercicios espirituales, realizados tal vez por el pueblo; en efecto, alude a hermanos y hermanas pecadores. Se ve claramente que tenía la intención de añadir lo que falta, pero, después de dejar cuatro páginas en blanco, escribió en la quinta: Introducción a los santos ejercicios espirituales. 30 de noviembre de 1843.

El tercero es un panegírico de San Luis para los jóvenes, al parecer estudiantes, pues dice que Luis estaba en las mismas ocupaciones que sus oyentes. En la segunda página, donde dice que San Luis nació en 1568 hay una llamada, que envía a una anotación al margen: hace doscientos setenta y seis años. Por consiguiente, la fecha probable de la redacción es el 1844. Decimos probable, sin excluir la hipótesis de que este cálculo haya sido hecho una de las veces que pudo repetir el panegírico.

A

PRIMERA PARTE

Non moecháberis (no fornicarás)

Ya en la ley antigua había sido prohibida toda acción que pudiese inducir al siempre execrable vicio de la deshonestidad. Pero llegado después el Hijo de Dios a la tierra para poner el último complemento a toda ley, no sólo confirmó lo que estaba escrito; sino que añadió que quienquiera que con **[595]** ojo impuro y con corazón perverso, se hubiese permitido mirar a otro, ya era reo del mismo delito. *Dictum est antiquis*, iba clamando, *non moecháberis; ego autem dico vobis: quicumque viderit mulierem ad concupiscendam eam, iam moechatus est eam in corde suo.*

El apóstol Pablo, reflexionando profundamente en el rigor del precepto y en la fealdad de la materia prohibida, quiso que ni siquiera fuese nombrada entre los cristianos. ¡Pero oh, tiempos ya idos, oh costumbres desgraciadas las de nuestros días! Casi ya no hay conversación en la que este vicio no tenga lugar, no hay banquete donde la deshonestidad no ocupe el primer puesto; no hay calle, plaza, campo ni pradera; no hay flor de honestidad, que no sea ensuciada con alguna obscenidad. ¿Y qué se creen, pues, los tales? ¡¡Oh!! Los libertinos se defienden. ¿Acaso es un mal tan grande condimentar el recreo con una palabra picante, un poco libre? ¿Es un mal tan grande caer en naturales fragilidades, en conclusión, es un mal cometer... alguna sensualidad...? ¡Dios mío! ¿Que esto no es un gran mal? ¿Acaso el pecado es una acción indiferente? ¿Son quimeras las leyes divinas y humanas? ¿Vendrá a ser el

Señor de todo bien autor del desorden, pervertidor de la natural equidad? ¡Qué excesos de osadía y temeridad! Pero, como quiera que los tales no creen en afirmaciones, sino que quieren razones, para quitar todo pretexto, les haré ver con más persuasivas razones que la deshonestidad es un gran mal. Verdad es que semejante argumento no es para ninguno de los presentes, a quienes hablo y, por el contrario, los que lo necesitarían marchan por caminos muy distintos de los que conducen a los sermones; pero, si no será de reproche y confusión para vosotros, os servirá cuando menos de cautela y preservativo.

No puede negarse que es un gran mal lo que mueve grandemente a Dios a la indignación y El ha castigado gravemente; ahora bien, aunque Dios ha creado un lugar de suplicio eterno para los que, obstinados, quebrantan su santa ley, sin embargo, no quiso esperar hasta después de la muerte a hacer caer sobre los deshonestos los terribles rayos de su venganza; sino que quiso hacer esto aún en la vida presente. Y aquí me viene bien presentaros el funesto espectáculo, merced al cual fue castigado por vez primera tal infamia.

Corría el siglo XVII de la edad del mundo; todas las partes del globo entonces conocidas estaban pobladas por los hombres; los había buenos y, digámoslo, los había también malos; cuando unos comenzaron a conversar con los otros, a contemplarse, de ahí pasaron a las palabras, de las palabras a los roces, a invitaciones, a cadenas de pecados y excesos de libertinaje, afirma el sagrado texto que por todas partes, se cometían enormes delitos; ¿y cuáles? ¡Me horroriza decirlo! delitos de la carne; *omnis quippe caro corruperat viam suam.* Callóse Dios mientras se cometieron todas las demás atrocidades; pero cuando vio tomar incremento al infame monstruo, del que hablamos, se sintió herido vivamente como por punzante espada; y poseído de pesar y de amargura, exclamó: Me arrepiento de **[596]** haber creado al hombre: *me poenitet eum fecisse.* ¿Qué palabras son éstas? ¿Es que está Dios sujeto a cambios, al dolor, al arrepentimiento? Sí, exactamente; pues aunque El es en Sí mismo inmutable, impasible, sin embargo, es tan grande la injuria que se le hace con el pecado de sensualidad que, a nuestra manera de entender, si fuese posible, movería al mismo Dios al arrepentimiento, le causaría amarguísimo dolor; lo cual, Dios no manifestó para los otros delitos, aun los más enormes: *de nullo peccato legitur dixisse Deum quod poenituit fecisse hominem nisi de peccato carnis,* son palabras del máximo doctor San Jerónimo. Por lo cual, ni la desobediencia de Adán, ni el fratricidio de Caín, ni las muchas prevaricaciones del pueblo de Israel, ni siquiera el deicidio, cometido de la manera más execrable e infame en la persona del Salvador, pudieron jamás hacer salir de la boca de Dios expresiones de tan vivo resentimiento: *de nullo peccato legitur dixisse Deum quod poenituit fecisse hominem nisi de peccato carnis.* Decidme ahora: ¿será un mal pequeño el que mueve a tal amargura a Dios hasta causarle el más vivo pesar, hasta dolerse de haber creado al hombre?

Y no sólo se resintió Dios con palabras; sino que llegó a los hechos, llegó al más terrible de los castigos, que jamás se oyó ni se oirá en los siglos venideros. Puesto que, dijo Dios cada vez más indignado, ya que el hombre se ha entregado a pecados tan nefandos, a acciones tan torpes, a tan feas suciedades, yo mismo haré sentir sobre él el peso de mi venganza. No por medio de la tierra, como sucedió a Nadab y Abihú que fueron tragados vivos entre llamas por ella, ni por medio de pestes o crueles mortandades o entregándolo al poder de despiadados que los traten duramente; no, yo mismo lo raeré de la tierra: *delebo hominem, quem creavi; a facie terrae.* Habría bastado, sin duda, que Dios hubiese quitado del mundo al pecador; pero, como si temiese que quedara todavía algún retoño de aquella gente inicua, quiso que todos,

excepto la familia de Noé, hasta los justos e inocentes quedasen incluidos en el espantoso castigo; de suerte que grandes, pequeños, ancianos, jóvenes, niños; ricos soberbios, humildes y pobres, todos tuvieron que sucumbir en él: *delebo hominem..., ab homine usque ad animantia*; es más, los animales mismos, por haberles servido de instrumento para pecar y aun sólo por haber sido testigos de sus crímenes, todos del primero al último, de los cuadrúpedos hasta las aves, y de las aves hasta el más vil de los insectos, fueron exterminados, *a reptili usque ad volucres coeli*; todos fueron exterminados de la tierra. ¿Pero de qué manera?

He aquí que se oscurece el cielo, densas nubes, negras tinieblas cubren toda la tierra; saetas, relámpagos y rayos rasgan el cielo, chocan y estallan; no se ve nada, todo son tinieblas y obscuridad; deshecha lluvia cae torrencialmente; las cataratas del cielo, roto todo equilibrio, descargan con furia impetuosa agua sobre la tierra; la tierra misma, toda revuelta, da libre salida a las fuentes que encierra en su seno, y juntándose mares y fuentes, cataratas y lluvias juntas, cubren toda la haz de la tierra; ¿y los hombres **[597]** y los libertinos? ¿Y los deshonestos y sensuales, los que consideraban tales pecados como mal pequeño, dónde están? Todos pagan el castigo de sus torpes infamias; para lavarlas se requiere una descomunal lluvia de cuarenta días y cuarenta noches, y para que el hedor de sus culpas no se pudiese percibir, suben las aguas a desmesurada altura sobre sus cuerpos, hasta sobrepujar en quince codos las más altas cumbres de los montes. Y así anduvo todo el mundo náufrago durante más de ciento cincuenta días, en un diluvio universal, para lavar las inmundicias de las deshonestidades cometidas; *de nullo peccato legitur dixisse Deum quod poenituit fecisse hominem, nisi de peccato carnis, pro quo* (¡qué espantosas palabras!) *totum mundum diluvio delevit*. Así exclama San Jerónimo.

Cesó el diluvio, se repobló la tierra y no tardó en volver a pulular el abominable vicio ya extinguido. ¿Quedará, acaso, sin castigo? De ningún modo. Juró Dios que no volvería a cubrir de agua a todo el mundo con un diluvio universal, como si pensara ser increíble que volviesen los hombres a cometer tamaña iniquidad después de tan formidable castigo. Pues bien, este castigo ya no sería universal, pero mucho más tremendo que el primero.

Dirige el Señor su omnipotente mirada a las ciudades de Gomorra y Sodoma y otras próximas; las ve a todas prisioneras de las fealdades de la carne y, movido a indignación, y considerando como insuficiente castigo el agua, envía sobre ellas una lluvia de fuego. ¿Lluvia de fuego? Exactamente y, ¡qué lastimoso espectáculo!

Aprenda el libertino en él, qué gran mal es la deshonestidad. Nos dice el sagrado texto que salía el sol en el horizonte, cuando comenzaron a cubrirse sus resplandecientes rayos de oscuro velo y a extenderse por los aires espantosas tinieblas; pero quedó rasgada aquella horrenda obscuridad por un espantoso resplandor, del que salía y caía una nueva lluvia destructora, una lluvia de fuego. Globos de llamas y de ardiente azufre, haciendo estrépito y chirriando, caen con la rapidez del rayo, se abaten, arremeten con ímpetu contra aquellas ciudades pecadoras y sobre los campos que las rodean; arden en las ciudades todas las plazas, calles y casas; arden los campos, se levantan altas llamaradas, se abrasan y reducen a cenizas los trigales, las yerbas, las plantas y todo lo que verdea.

Y, ¿qué es de sus sensuales habitantes? Aquellos abominables pobladores, que no encontraban satisfacción más que en las orgías, las comilonas y la deshonestidad, están todos rodeados, cercados, asaltados por el horrible incendio; unos a campo abierto, otros encerrados, otros dormidos en la cama o velando o envueltos en sus nefandos placeres; todos tienen sobre sí las voraces llamas, que, sin darles tiempo

para ponerse a salvo, se pegan a las soeces e inmundas carnes y las abrasan, penetran por la garganta y los ahogan, calan hasta los intestinos, los destruyen y los hacen ceniza.

Y no paró aquel fuego de la ira de Dios hasta convertir aquel ameno valle, con todos sus malditos moradores, en la más escuálida y espantosa soledad. Más aún; reducidos a un montón de escombros y ceniza ciudades y ciudadanos con todos sus haberes, se hunde el suelo, se abre la tierra y lo traga todo en su seno, formando en él **[598]** el vasto mar, que llamamos Mar Muerto, como afirman muchísimos acreditados escritores, no apto para la navegación y completamente estéril; hasta los peces arrastrados allá por alguna corriente, quedan ahogados y muertos en sus aguas pútridas; las aves que intentan pasar de una a otra orilla son detenidas por el pestífero hedor y caen sin vida en las aguas; de suerte que el hedor, la hediondez del agua, junto con la esterilidad del terreno adyacente, manifiestan continuamente cumplido lo que el apóstol San Judas dejó escrito, a saber, que las iniquidades, las inmundicias de Sodoma y Gomorra ofrecen y ofrecerán a todas las gentes futuras el horrible espectáculo de su castigo, verdadera imagen del infernal suplicio que ya no tendrá fin: *Sicut Sodoma et Gomorra et finitimae civitates factae sunt exemplum, ignis aeterni poenam sustinentes.*

Por amor de Dios, oyentes, ¿será un mal tan insignificante como para no tenerlo en cuenta, será una ligereza ese pecado, o mejor, ese sucio y pestífero estiércol, cuando Dios envió para lavarlo tan formidable incendio y así exterminar, aniquilar a quien lo cometió?

Ya sé que los libertinos dicen que estos grandes castigos son ciertos y que es verdad que se vieron; pero que no hay que darles mucha importancia, porque Dios ya no los envió más, ni ciertamente volverá a enviarlos en nuestros tiempos. Si vosotros razonáis así, ¿qué queréis que os diga? Si Dios tarda en dejar caer sobre vosotros su mano vengadora; si no quiere haceros probar tan pronto los tremendos castigos, como lo hizo con otros, tenéis razón; seguid en hora buena actuando como os plazca. Pero debéis observar al menos que si Dios es tan bueno, tan paciente, tan sufrido con vosotros, no deberíais mostraros tan ingratos con El; tanto más cuanto que podría suceder que su paciencia excesivamente irritada pase a furor; y que, cuanto más tiempo os espera, tanto más duros y graves serán los castigos que hará caer sobre vosotros: *quos diutius expectat, durius damnat,* dice San Gregorio Magno. Aunque, hablando en plata, esos tales desbarran totalmente. Sí, sí, ya experimentan los efectos de su sensualidad al no conocer el infeliz estado en que se encuentran, su razón está cegada, y ya no conoce; su inteligencia está entenebrecida, y ya no ve; la voluntad, entorpecida y sólo apetecen cosas sensibles y el hombre, —¡ay, qué triste condición la suya!— el hombre ya no conoce, ni entiende, ni comprende; y, cayendo de su alta dignidad, se vuelve semejante a los animales inmundos: *homo,* habla Dios por boca de su profeta, *cum in honore esset, non intellexit; iumentis insipientibus comparatus est, et similis factus est illis.* ¿Habéis visto tal vez lo que hacen los animales inmundos? Cualquier clase de alimento que se les lleve, cualquier bebida que se les ponga delante, sea sustanciosa, sucia y fétida y hasta mortífera, no les importa; todo lo tragan en su vientre voraz, todo lo sorben con tal de apagar sus insaciables codicias y satisfacer sus bestiales apetitos. Tal es, queridos míos, y me ruboriza el decirlo, tal es la condición de un hombre sensual. El, entregado a sus pasiones, presa de sus deshonestidades, ya no siente ni escucha **[599]** la voz de su Señor que lo llama, ya no ve la venganza de Dios, que está a punto de caer sobre su cabeza; ya no se da cuenta del infierno, que tiene abiertas las fauces para tragarlo vivo; y sólo desea, sólo quiere, sólo

anhela, sólo va adonde quiere, adonde lo guía la voluptuosa sensualidad. Ahí tenéis al hombre deshonrado y envilecido, vedlo ahí degradado, vuelto y hecho semejante a animales brutos e insensatos: *homo...*, etc. ¡Oh, Dios, qué espantoso estado, qué terrible decaimiento! ¡Qué gran mal es la deshonestidad!

Y si queréis castigos más sensibles, que no sólo oprimen el espíritu, sino también el cuerpo; ¡ay, qué frecuentes son por desgracia! No os traigo las pruebas que nos proporcionan abundantemente la historia sagrada y la eclesiástica. Pero dignaos pasar por las calles, visitar las plazas; y veréis personas en la flor de la edad, que podrían ser el honor de sus familias, el decoro de la patria, la gloria de la sociedad; por haberse entregado a este vicio se los ve perder el tiempo en ociosas diversiones, sin fuerzas, descoloridos y demacrados; no ofrecen en su semblante más que una barba que los deforma todavía más, cabellos extrañamente encrespados, de suerte que sólo se descubre en ellos unos hombres agotados, corroídos y maltrechos por el vicio, convertidos en oprobio y hez de la sociedad.

Pasaré por alto a tantas familias que, por este vicio, sufren amargas disensiones y discordias, se encuentran en las mayores y más calamitosas estrecheces, caídas de próspera situación; ¿y, por qué? por el torpe derroche del dinero; paso por alto las sequías, inundaciones, granizadas y quiebras de empresas; estas calamidades demuestran claramente, como afirma el Apóstol, la indignación de la ira divina para castigo de los pecados de que hablamos (*Col, 3*).

Pero... ¿qué diré a los desgraciados, que *capiuntur in tempore malo*, son heridos por los rayos de la venganza de Dios en el acto mismo en que consuman sus pecados nefandos y, dejando de vivir allí mismo su infame vida, van a dar comienzo a su eternidad infeliz? ¿Y qué deberé decir de tantos y de tantas jóvenes, como se ven en hospitales y en asilos? ¡Dios mío, cuántos! Tendidos en un lecho, cubiertos de hediondas úlceras o consumidos por afecciones pulmonares o por tuberculosis, faltos de fuerzas y tan oprimidos por la enfermedad, que mueven a compasión, a las lágrimas; y, si les preguntamos por la fuente de sus males, se ven obligados a confesar para su confusión, que *morbi sunt flagella peccatorum*; sus desórdenes y su vida licenciosa son la causa de sus desventuras.

Hombres, permitidme este desahogo de celo, hombres cobardes y viles, conoced por fin vuestra dignidad y lo que os hace infelices; dejad también de buscar médicos y medicinas para vuestros males; pero dejad el pecado que es la causa de éstos; y, mientras tanto, dejad de decir, os lo ruego, dejad de decir que las conversaciones licenciosas, el vestir inmodesto, el hablar descocado, el trato escandaloso, la compañía de los malos, las tabernas y bailes, son un mal pequeño; decid más bien que son un gran mal, un enorme pecado, pecado que Dios castigó siempre con los más severos **[600]** azotes, pecado que deshonra y envilece al hombre y lo iguala con los brutos, haciéndolo plenamente desventurado e infeliz. Un mal, pues, del que se debe huir como de un enemigo, que trae toda clase de calamidades y desdichas.

SEGUNDA PARTE

Me diréis: esta mañana ha cargado demasiado las tintas, llamando totalmente infelices a los que se dan buena vida, siendo así que, por el contrario, se los ve a todas horas disfrutar a su talante, y siempre ríen, están siempre alegres y nunca son víctimas de desgracia alguna. Eso decís vosotros, pero yo os ruego que prestéis mucha atención a mi respuesta, pues aquí precisamente está el desengaño.

¿Así que gozarán tranquilidad los libertinos? No; os lo dice el Señor: *non est pax impiis*; ellos y su impiedad son abominados por Dios, *odio sunt impius et impietas eius*; el pecador os parecerá feliz, pero lo acompaña siempre el espíritu del terror, *spiritus terroris in aure eius*; irá a fiestas, irá a bailes, teatros, tertulias, orgías, crápulas; aparentará estar alegre y contento, pero lleva siempre consigo al inseparable gusano de la conciencia que, sin cesar, lo agita bárbaramente y lo azota y, en todos los lugares, mezcla la aparente dulzura de sus placeres con la hiel más amarga, y lo que debería producirle más alegría, lo hace más infeliz: *contritio et infelicitas in viis eorum*. Y si pretendéis suponer a un pecador, que, ahogando todo remordimiento de conciencia, entenebrecida toda luz de la razón y del buen sentido, vive en paz y en prosperidad, ¡ah, pobrecito! El Señor permite que goce de esta aparente felicidad y en el momento en que piensa estar en posesión de ella y va gritando paz y seguridad, *pax et securitas*, es precisamente entonces, cuando Dios, cansado de ultrajes e insultos, arma su omnipotente diestra, corta el hilo de sus días y, de repente, pasa nuestro pecador de la vida a la muerte, del tiempo a la eternidad, de sus sucios deleites a las terribles penas del infierno; *cum dixerit pax et securitas, tunc repentinus superveniet interitus*; son palabras infalibles del Espíritu Santo.

Podría confirmar esto ampliamente con muchísimos ejemplos tomados de la historia sagrada o eclesiástica; pero me limito a uno solo, acaecido en estos días y del que vosotros mismos supongo estaréis plenamente informados. Hace pocos años, un joven, cuyo nombre debo callar, fue a Turín después de terminar sus estudios literarios, para emprender una profesión conveniente a su elevada condición; fue y, en un principio, dio alguna esperanza de óptimo resultado, hasta que,... el imprudente, el infeliz... comenzó a alternar con malos compañeros, imitó sus palabras, imitó sus hechos y se dio a la buena vida; parecía alegre, completamente satisfecho y se tenía por feliz cuando se le presentaba ocasión de poder burlarse de nuestra santa religión y de los que la seguían.

El pobre joven no quería creer que, en los placeres, no hallaría paz; pero pronto lo confesaba él mismo, cuando lo había experimentado.

[601] No tardó mucho tiempo en contraer la enfermedad propia de los libertinos; acudió a médicos, visitó a cirujanos, pero ya no hubo remedio eficaz para él; su mal se hizo incurable, tenía que prepararse para la eternidad; y ¿cómo hacerlo? Desahuciado por los médicos, angustiado por la enfermedad que lo atormentaba internamente, pensó, resolvió y determinó suicidarse. Fijó el día y la hora de su último crimen, escribió en un papel que prefería los tormentos del infierno a los de la vida presente y bebió ácido prúsico, el veneno más poderoso que, apenas tragado, le causó la muerte; ésta es la paz y la tranquilidad del deshonesto: *cum dixerit pax et securitas, tunc repentinus superveniet interitus.*

Pasemos ahora a nosotros mismos: ¿qué resolución queréis tomar después de haber visto la vida infeliz y el fin funesto que espera al libertino? Mirad al cielo y a la gloria bienaventurada que os espera; pensad en el infierno y la eterna desolación que os está preparada; y escuchad después lo que os dice Jesús Crucificado: si vosotros, es El mismo quien os habla, si vosotros queréis dejar el camino de la iniquidad, os declaro que os recibiré como Padre y os tendré como a hijos, os ayudaré a cumplir mi ley, repararé vuestro cansancio, daré paz temporal y eterna a vuestras almas y aun cuando estuvierais manchados con toda suerte de suciedades y vuestras almas fueran de color escarlata, se tornarán tan blancas y puras como la nieve: *si fuerint peccata vestra ut coccinum, sicut nix dealbabuntur*. Pero si queréis perseverar en vuestros nefandos goces, sabed que para vosotros ya no habrá salida, para vosotros no habrá

felicidad; porque está ya decretado que ni adúlteros, ni fornicadores, ni libertinos deshonestos poseerán el reino de los cielos. Es más, después de hacerles comprobar que en este mundo no tienen paz, los exterminaré de la haz de la tierra con mi vengadora espada y los condenaré al mayor de los suplicios, para gemir y rechinar los dientes en las desoladoras llamas de la eternidad del infierno: *quod si nolueritis, et me ad iracundiam provocaveritis, gladius devorabit vos, quia os Domini locutum est.* ¿Y en qué lugar? *ubi vermis eorum non moritur et ignis non extinguitur.* ¡Ah, por un inmundo placer perder un bien tan grande y ganarse un mal tan grande! Meditadlo.

B

Venite ad me omnes, qui laboratis
et onerati estis, et ego reficiam vos.
Mt 11

Nuestro Divino Redentor, que bajó del cielo a la tierra para llevar a los hombres la palabra de vida eterna, al ver un día gran muchedumbre que, ansiosa de escucharle, le seguía, exclamó: gracias os sean dadas a Vos, Padre mío celestial, **[602]** que ocultasteis vuestros secretos a los sabios del mundo y los revelasteis a vuestros humildes seguidores. Después, con actitud muy sencilla y modesta, rostro afable y sonriente, con voz muy amable, dijo a las turbas:

—¡Vosotros que me seguís, no temáis que mi yugo sea pesado y molesto, porque, al contrario, es ligero y suave; y si ahora os sentís débiles y cansados, venid a mí, y yo aliviaré vuestro cansancio, os daré fuerzas!: *venite ad me omnes etc.*

Estas palabras, aunque vayan dirigidas a todos los hombres, porque todos estamos sujetos a muchas miserias en este valle de lágrimas, sin embargo, se consideran dirigidas de manera particular a los que desgraciadamente se encuentran en pecado. ¡Ah! Me parece oír esta tarde la voz del amabilísimo Salvador que se deja oír y dice a cada uno de nosotros:

—Venid a mí todos los que tenéis alguna tribulación, yo os aliviaré y os daré nuevas fuerzas, *venite ad me omnes.* Ven tú, que ya hace tanto tiempo vacilas en dejar el camino del mal; ven, ya no eres tú quien me busca, soy yo quien te requiere; esperabas un momento favorable, una ocasión propicia; éste es el tiempo, ésta es la ocasión en que te llamo: *venite ad me omnes*, etc.

Ya comprendéis perfectamente, oyentes amadísimos, que estamos para comenzar los santos ejercicios espirituales, que es precisamente lo que esta tarde os anuncio; y no quisiera de ningún modo que estas palabras *ejercicios espirituales*, fuesen para algunos motivo de triste aprensión, antes al contrario, quiero que sean para todos palabras de alegría, de satisfacción; y quedaréis completamente convencidos de esto cuando hayáis considerado conmigo: 1.º Los motivos que nos deben mover para hacer los ejercicios; 2.º Los medios para hacerlos bien. Estos serán los dos puntos que vamos a considerar en nuestra plática.

Escuchadme, mientras tanto, Vos, querido Jesús mío, yo emprendo estos santos ejercicios sólo para provecho de las almas de mi prójimo y para vuestra mayor gloria. Por otra parte, yo sé que no soy más que una miserable criatura, un pobre pecador; por tanto, pongo mi causa en vuestras manos; yo haré cuanto está en mi parte, contando que Vos me déis vuestra ayuda. Moved Vos el corazón de los que vengan a escuchar vuestra divina palabra que no la mía; guiad mi lengua, enardeced mi cora-

zón en santos afectos, para que lo que voy a decir en este santo lugar sea para honor y gloria vuestra, para fruto espiritual de mi alma y de las almas de los que vengan a escuchar.

1.º Motivos. Para comprender lo que debe moveros a hacer estos santos ejercicios, es necesario que, ante todo, os hagáis una idea clara de lo que son. Los ejercicios espirituales no son más que *una serie de meditaciones e instrucciones que se hacen para mover al hombre a la amistad con Dios.* La finalidad de las meditaciones es la de llevar al hombre al conocimiento de sí mismo; a conocer que él no está creado para las miserables cosas de aquí abajo, sino que está destinado a una felicidad infinitamente superior a ellas; a conocer la gran injuria que el hombre hace a su Creador cuando obra contra ese fin; qué premio le está preparado en el Cielo, si obra según este fin; **[603]** qué terrible castigo le aguarda si obra en contra. Esto lleva al hombre al conocimiento de sí mismo. Pero él está todavía sin luz y sin guía; por lo cual, hacen falta instrucciones, que lo guiarán a pasar revista a sus acciones anteriores, a reconocer las faltas de la vida pasada y ver cuál es el estado presente de su conciencia, cuál es la manera más adecuada a cada uno para tranquilizarla. ¿Puede haber algo más necesario e importante que esto?

No os diré que esta manera de meditar, este orden de predicar fue inspirado por la Santísima Virgen a San Ignacio de Loyola; no os hablaré de las muchas indulgencias concedidas por los Sumos Pontífices a los fieles que acuden a hacer devotamente los santos ejercicios espirituales; solamente os digo que Dios tiene preparadas grandes gracias especiales a algunos en estos días, ya que, como dice el santo Evangelio, donde hay unos fieles reunidos tratando cosas espirituales, se encuentra El en medio de ellos para escuchar sus peticiones.

—Yo mismo, dice el Señor en otro lugar a los que toman parte en estos ejercicios, tomaré conmigo a estas almas que me buscan, las llevaré a la soledad de mis secretos y allí hablaré a sus corazones: *ducam eam ad solitudinem, et ibi loquar ad cor eius.*

¡Ah, cuántas cosas dirá el Señor a nuestros corazones, cuántas gracias, cuántas bendiciones nos concederá en estos días!

Se dice en segundo lugar que los ejercicios sirven para mover al hombre a la amistad con Dios, y éste es el motivo más importante y que apremia a todos estrictamente. Efectivamente, los hombres pueden dividirse en tres clases: los que viven en desgracia de Dios, los que se encuentran en estado de funesta tibieza y los que están constantemente firmes y fervorosos en el santo servicio de Dios. Pues bien, os digo que las tres clases de hombres necesitan los ejercicios espirituales. En efecto, ¿hay alguno entre vosotros que se encuentre en pecado mortal? Es un estado lastimoso y más deplorable todavía, si está prisionero de una de esas largas cadenas de pecados sucios o de alguna costumbre inveterada. Se encuentra alejado y separado de Dios: *peccata vestra diviserunt inter vos et Deum vestrum* (Os 1, 19); su corazón está endurecido: *induratum cor eius*; su inteligencia, obscurecida, a duras penas puede conocer las cosas concernientes a su eterna salvación; y, si llega a conocer el estado infeliz en que se encuentra su alma, la voluntad engañada por las cosas sensibles, la razón cegada y la carne flaca, hacen que el pecador no salga del estado infeliz en que se encuentra, o que vaya dejando su conversión de un día para otro; mientras tanto, vive en enemistad con Dios, maldecido por los ángeles y los santos, con el infierno abierto bajo sus pies. ¿Qué diréis vosotros que es menester para que deje el estado de pecado y vuelva a Dios? No bastan los remordimientos de conciencia, porque casi no los siente; las instrucciones dominicales y las explicaciones del Evangelio que se hacen a lo largo del año, por muy eficaces que sean, aun cuando se hagan con todo el

arte, con toda la unción de santidad, **[604]** no son suficientes; porque, de la misma manera que, si caen en verano unas gotas de lluvia sobre un campo seco y quemado por el sol, no son de ningún provecho, lo mismo puede decirse de estos pecadores secos, quemados, hediondos ya en el lodo de sus culpas. Para ellos, los sermones son como gotitas de agua, saludables, es verdad; pero que son absorbidas por los fuertes calores del sol, o mejor dicho, por la malicia del pecado y por los engaños del demonio. ¿Qué hará, pues, un pecador que se encuentra en tan deplorable estado? ¡Oh, dichosos días los de los santos ejercicios espirituales! ¡Ellos devuelven la vida perdida a esta alma! ¡Ellos son como lluvia abundante que ablanda los corazones más endurecidos y hacen que baje sobre nosotros el rocío del cielo! Sí, hermanos pecadores y hermanas pecadoras, éstos son los días anunciados por el apóstol San Pablo, días agradables para el bien de nuestra alma, días de salud y de santificación: *ecce nunc tempus acceptabile, dies salutis, dies sanctificationis vestrae.*

Los que se encuentran en estado de tibieza también necesitan hacer los ejercicios espirituales. Los tibios son los que, contentos con no caer en grandes pecados, viven sin cuidarse de adelantar en los caminos del Señor. Nos dice la sagrada escritura que sería preferible que éstos fueran totalmente fríos o totalmente calientes en el servicio de Dios. *Utinam frígidus aut cálidus esses*, dice el Señor al tibio. Pues quien es frío, puede ser que se empeñe en ponerse en el camino de la virtud y que adelante, y éstos las más de las veces ya no vuelven atrás; por el contrario, el tibio se encuentra en peligro de caer gravemente, con escasa esperanza de levantarse. Además, por el solo hecho de que estos tibios no adelanten, ya están volviendo atrás: *non progredi, regredi est.* ¿Quién puede dar una sacudida, un empujón a estas almas frías? Sólo los ejercicios espirituales son capaces de sacudirlos y arrancarlos de la cobardía, que ya los dispone a la perdición.

Admitido que el hombre, sea pecador o sea tibio, tiene motivo urgente para hacer los ejercicios; puede decirse también lo mismo de las almas buenas, que se encuentran en el feliz estado de gracia de Dios y progresan incansables por el camino de la virtud. ¡Qué pocas son, Dios mío, estas almas! Envidio el estado de estas almas, que yo llamo afortunadas y felices; bendigo al Señor y pido que, propicio, las favorezca; con todo, afirmo que también éstas necesitan los ejercicios espirituales; pues, ¿serán ellas más fervorosas que los Apóstoles, más puras, más santas que la Santísima Virgen, más adelantadas en la perfección que los fieles de los primeros tiempos? Sin embargo, el Salvador les mandó que no salieran de Jerusalén hasta recibir al Espíritu Santo (*Hch 1*). Obedecieron los Apóstoles y, como María Santísima y los otros fieles y discípulos reunidos en un lugar de oración, sólo se ocupaban de alabar al Señor, darle gracias y bendecirle: *et semper erant in templo laudantes et benedicentes Deum.* ¿Y hasta cuándo estuvieron reunidos allí? (verdadera figura de los ejercicios) Estuvieron diez días hasta que quedaron llenos del Espíritu Santo **[605]** y llegaron a ser las columnas firmes, los apoyos inconmovibles de la Santa Iglesia. Por otra parte, por muy adelantado que uno esté en los caminos de Dios, nunca está seguro de no caer a veces en algún desorden y, por consiguiente, en la incertidumbre de perseverar hasta el fin; este señalado don de la perseverancia, la mayor de todas las gracias, ¿quién sabe si será cabalmente la que concederá el Señor en estos días?

Además, por muy santo que uno sea, nunca debe decir basta; y esto es exactamente lo que inculcaba el Salvador; el que es justo, decía El a todos, hágase más justo todavía y el que es santo hágase más santo: *qui iustus est iustificetur adhuc, qui sanctus est sanctificetur adhuc*; sed perfectos como es perfecto mi Padre celestial, decía en otro lugar, sed perfectos como yo soy perfecto; para esta justicia, para esta

santidad, para esta perfección no hay tiempo más oportuno, ni ocasión más propicia que los días de estos ejercicios espirituales. Así pues, cualquiera que sea el estado en que uno se encuentre, necesita los ejercicios; el pecador para convertirse, el tibio para enfervorizarse, el justo para perseverar en el bien. Ahora bien, si todos necesitamos hacer los ejercicios, importa, y mucho, sin duda, hacerlos bien; y, con esto, hemos llegado al segundo punto de nuestra plática, a saber:

Medios para hacer bien los ejercicios.

Introducción a los santos ejercicios espirituales.
30 de noviembre de 1843.

C

Minuisti eum paulo minus ab angelis
Sal 8

El que entra en un jardín para elegir una flor, apenas ve una que le gusta, tiende la mano para cortarla; mas, sin en el momento de arrancarla, ve otra más bonita que la primera, corre con ansias a hacerse con ella; pero he aquí que otra más bella todavía, se presenta ante sus ojos: observa entonces acá y allá para determinar cuál de ellas debe tomar y advierte que todo el jardín despide fragancia y que, por todas partes, arriba y abajo, el jardín está cubierto de cándidas rosas, blancas azucenas y otras flores a cual más hermosas. Aquel buen viajero quisiera tomar una y no dejar la otra; y, siempre con la duda de cuál elegir, se encuentra casi obligado a decir: todas estas flores son bonitas, quisiera llevármelas todas, pero no puedo; ¿voy a marcharme sin ninguna?

Así me quedo yo también, cuando quiero escoger una de las virtudes que adornan al incomparable héroe, cuya fiesta celebráis hoy, al santo que tanto me gusta y tanto queréis vosotros... San Luis Gonzaga. Sus muchas y excelentes virtudes desfilan ante mí; **[606]** quisiera hablar de una, mas sin dejar la otra, y me veo por tanto confuso y obligado a exclamar con el real profeta que las virtudes de Luis son tantas y su gloria es tan grande que poco le queda de lo mortal y caduco para poder contarle y gloriosamente alinearle entre los coros de los ángeles: *minuisti eum paulo minus ab Angelis.*

¿Tendremos, pues, que enmudecer del todo ante sus luminosas y grandes virtudes? De ningún modo, porque a mí me gusta mucho hablar de este santo, y a vosotros oír hablar de él. No puedo decirlo todo y quisiera decirlo todo; por tanto, os diré un poco de todo; os presentaré un retrato de la vida de San Luis y veréis en él un espejo de virtudes, un verdadero ejemplar, un guía a seguir para el que quiera hacerse santo. ¿Queréis también vosotros haceros santos? Fijaos cómo lo hizo San Luis y os servirá de norma y ejemplo.

El angelito Luis nació, el día 9 de marzo de 1568[1], en Castiglione, castillo del Ducado de Mantua, lindante con nuestro Piamonte. Su padre, Fernando Gonzaga, era príncipe y señor del país; su madre, Marta, descendía de los condes Tana de Santena, de las cercanías de Chieri. Quiso Dios demostrar desde niño quién sería un día Luis. Dicen que, siendo todavía un bebé, cuando sus nodrizas u otros lo tomaban en brazos o lo llevaban al cuello y lo besaban o lo estrechaban al seno, sentían cierta fragancia, mezclada con tal reverencia que les parecía tener en sus brazos un ángel del

[1] Aquí don Bosco escribió al margen «hace doscientos setenta y seis años».

paraíso. Tenía sólo cuatro años cuando, sustrayéndose diestramente a las miradas de los otros, se recogía en oración. La madre, al no verle a su lado, preguntaba por él a las doncellas, las cuales, después de buscarlo largo rato, le decían: —¡Ah, si vinierais a verle! —¿Dónde? —Allí, en un rinconcito escondido de la casa, en el desván o en otro lugar donde no pudiese ser observado. Allí con la cabeza inclinada, con sus tiernas manecitas sobre el pecho, de rodillas en el suelo, estaba absorto en dulce solaz con Dios; mientras se encontraba en esta posición difícilmente se le podía alejar, a menos que se le dijera que había un pobre de Jesucristo y entonces sí, se levantaba al punto, corría alegre a verle, volvía para decírselo a su mamá y pedía impaciente algo con que aliviar su necesidad, queriendo poner él mismo la limosna en su mano.

Con estos hermosos cimientos de virtud, fácilmente podéis deducir cómo fue la niñez y la adolescencia de Luis. La caridad con el prójimo, el amor a Dios, el deseo de hacer penitencia por Jesucristo ocupaban todo el afecto de su corazón; era todavía muy niño y no se entretenía con los juegos, pasatiempos u otras diversiones propias de la edad; iba por calles y plazas, pero no se paraba a hacer bromas y gracias a nadie, o bien a menospreciar con apodos o con hechos a otros compañeros, sino que, con los ojos **[607]** bajos, con actitud modesta y recogida, enamoraba a todo el que le miraba; en la iglesia era la maravilla de quien le observaba: no decía una palabra, ni sonreía a nadie, ni se acercaba a ninguno; de suerte que, la gente acudía en tropel, para deleitarse contemplándolo, y quedaban asombrados ante tanta modestia y virtud en un jovencito. Obediente en sumo grado, no se separaba de sus padres, sin obtener previamente permiso y no sólo procuraba cumplir lo que éstos o los maestros de escuela le mandaban, sino que se industriaba por adelantarse a hacerles los pequeños servicios que podían agradarles. Es más, nunca mandaba sin antes decir a sus sirvientes: si podéis, haced tal cosa; si no os molesta, necesitaría esto; y, muchas veces, obedecía a aquellos a quienes le correspondía mandar.

La experiencia le hizo comprender que sólo se obtiene el mal del trato con los malos compañeros. He aquí el hecho. Trataba con algunos que, como sucede también en nuestros días, tenían la costumbre de hablar mal; aprendió Luis de ellos a decir algunas palabras soeces, triviales y menos correctas; en otra ocasión, tomó un poco de pólvora, cargó una pieza de artillería y la disparó con riesgo de su vida; éstos fueron sus dos pecados, si así pueden llamarse, por no tener entonces más que cuatro años, cuando no se conoce bien el significado de lo que se dice; tanto más que, en cuanto fue advertido de ello, se enmendó de modo que ya no dio ocasión para que se le reprochara esta falta. Estas dos culpas fueron el objeto de sus muchas lágrimas y dolor; cuando llegó a los diez años, confesó estas dos culpas, pero ¡ay Dios mío! Bien sabéis vosotros, con cuánto dolor de corazón, con ayunos y oraciones, presentóse al confesor y, al pensar que el pecado es ofensa de la infinita majestad de Dios, fue tanta su confusión y tal el dolor de sus pecados que rompió a llorar, se desmayó y cayó como muerto a los pies del confesor; fue preciso llevarlo de nuevo al confesonario para poder acabar la confesión. Y no le bastó a Luis esta dolorosa confesión, con la penitencia que le fue impuesta; antes al contrario, desde entonces precisamente comenzó las rigurosas penitencias que sería largo querer reseñar; me limitaré a una breve mención.

Además de las muchas y prolongadas oraciones que hacía en el tiempo por él establecido, oír y ayudar muchas misas, tomar parte en el canto de vísperas y en las demás funciones de iglesia, llegó también a las penitencias exteriores. No me extrañaría que, por necesidad o en lugares desiertos, donde sólo hay manjares campesinos o silvestres, hubiese personas que hicieron grandes abstinencias; pero me asombra ver a

Luis que, a pesar de encontrarse a diario ante una opulenta mesa de príncipe, sin embargo, haya mortificado sus gustos con tanto ardor; bastaba que le presentasen un plato de su gusto para que lo dejase; bastaba que un manjar le fuese poco agradable, para que lo comiera. Organizó para sí un ayuno, que al menos **[608]** se prolongaba a tres días por semana; los viernes a pan y agua; en estos mismos ayunos disminuyó la cantidad de alimento hasta tal punto que su alimento (pesado expresamente en la balanza), no pasaba de una onza al día, de suerte que los que le servían la comida se pasmaban de cómo podía sostenerse con tan escaso alimento y lo consideraban un gran milagro con el que Dios quería mostrar cuánto puede hacer un hombre, y nosotros también, con la fuerza de su ayuda celestial.

Estas austeridades de vida causaban, es verdad, en Luis gran debilidad con peligrosa falta de fuerzas, pero no lograron moderar sus mortificaciones. Aunque era de complexión endeble y delicada, se azotaba al principio tres veces por semana, luego, cada día y, por último, tres veces cada día; y no hacía estas flagelaciones blandamente, sino hasta saltar la sangre inocente y manchar con ella el suelo. Y aquí me viene oportunamente exponeros un hecho que no se menciona en los libros que narran su vida. Cuando vino a Turín y después a Chieri, para ver a sus parientes, le hicieron un magnífico recibimiento con grandes fiestas y, entre otras cosas, se organizó un gran baile.

—Luis, será a tu gusto.

Después de ruegos, exhortaciones y mandatos se vio obligado a ir; pero a condición de que él no tomaría parte. Allí estaba Luis con los ojos bajos y la mente y el corazón puestos en Dios, en Jesús Crucificado; cuando he aquí que una persona, que no conocía la condición que había puesto Luis, se acercó a él y le tomó la mano para obligarle a entrar en la danza; tembló Luis ante aquella invitación y lanzando una severa mirada, descargó un puñetazo sobre la mano que le apretaba y huyó; buscáronle largo rato los criados y, finalmente, lo encontraron en un escondrijo. Pero, ¿en qué actitud? ¡Admirable espectáculo! Allí estaba de rodillas en el suelo y, con ciertos instrumentos arreglados al efecto, se golpeaba sin compasión, de suerte que la sangre manchaba sus vestidos, salpicaba las paredes de alrededor y corría hasta mojar el pavimento. Yo he visto con mis propios ojos aquella pared, aquel pavimento teñido con su sangre preciosa y, al verlo, no puede contener las lágrimas que me arrancaba la emoción.

En su lujoso palacio no podía tener disciplinas oportunas; pero él se las preparó. Combinó unas correas, con las que se llevan atados los perros a las cacerías, que llegaron casualmente a sus manos; y, con ellas, se daba la despiadada disciplina, azotándose hasta desgarrarse las carnes y hacer caer al suelo gran cantidad de sangre. No tenía cilicios para ponérselos sobre la piel desnuda, pero tomaba punzantes espuelas y se las aplicaba a la desnuda carne produciéndose así agudísimas heridas. Los criados encontraron un día las camisas de Luis empapadas en sangre y se las enseñaron a la marquesa su madre, que quedó traspasada por los más sensibles dolores. Súpolo también el padre y, conmovido, exclamó:

—Pobre de mí, este hijo mío quiere darse la muerte a sí mismo.

De acuerdo con su noble condición, poníanle almohadones y cojines donde tenía que arrodillarse. Pero él decía en su corazón:

[609] —¿Cómo? ¿Mi Jesús traspasado con clavos y yo sobre blandos reclinatorios? Fuera esto y sírvame de apoyo el pavimento.

Blandas eran también las camas donde tenía que acostarse, y esto afligía sumamente a Luis; él quería dormir sobre el desnudo suelo, y le riñeron por ello.

¿Qué haría el pobre Luis? ¿Voy a dormir, decía, en un blando lecho, mientras Jesús está en el doloroso madero de la cruz? ¡No, eso no!

Y entonces, para atormentarse durante el sueño, tomó unas piedrecitas, unos ásperos trocitos de madera, y los puso bajo las sábanas para que lo punzaran de noche.

¿Pero, Dios mío, decidme por qué hacía Luis tantas penitencias, tantas mortificaciones? ¿Era acaso por causa de sus pecados? Pero, si no cometió culpa alguna. ¿Era tal vez por las tentaciones? Pero, si las venció de forma que nunca pudieron con él. ¡Ah!, ya sé por qué: para enseñarme a mí, para enseñarnos a todos nosotros a tomar firme y constante resolución de imitarle, al menos en parte, en las penitencias que nos sean posibles.

Estas virtudes que os hemos bosquejado son suficientes por sí mismas para hacer a uno santo y tal precisamente era proclamado Luis en todas partes. Sin embargo, no bastaba esto todavía; quedábale por cumplir la más grande de sus acciones, el más glorioso de sus triunfos, dejar el mundo y entregarse enteramente a Dios. Encontrábase Luis en una edad capaz de discernir el estado que debía elegir; veía abierto ante sus ojos el camino de los honores, del fausto, de la grandeza; estaba dotado de talento y óptimas cualidades personales, era hijo primogénito y heredero de la casa Gonzaga; amado hasta el delirio por sus padres, respetado y querido por los súbditos, honrado por emperadores y monarcas, todo le invitaba a caminar por el campo de la gloria. Pero él, como un verdadero filósofo de Cristo, razonaba así en sus adentros:

—¿Cuánto durarán estas riquezas? A lo más hasta mi muerte y, después, he de dejarlas. ¿Qué será de esta gloria, este honor, esta grandeza mundana? No sé si llegaré a alcanzarla. ¿Cuánto durará, dado que se llegue a ello? Ah, con la muerte acaban la vanidad, los placeres, la gloria y la grandeza. Y, ¿qué me aprovechará todo esto para la eternidad? *quid hoc ad aeternitatem?*

¿Así, pues, qué hará? ¿Luis, qué harás?

—Buscaré otros honores, otras riquezas que sean capaces de contentar mi corazón y hacerme feliz algún día. Lejos de mí honores y grandezas; lejos, fausto mundano; yo quiero a Jesús, y sólo Jesús será mi tesoro y mis riquezas.

Y así, como una ave se alegra al volar por el aire, pero no queda satisfecha hasta posarse tranquila en su nido, así Luis encontró un lugar que fuese su centro, donde pudieran descansar todos sus afectos, *turtur invenit nidum ubi ponat pullos suos*; y esto era dar un puntapié al mundo y a sus halagos, y hacerse religioso. Su madre, mujer verdaderamente piadosa, le había manifestado varias veces el deseo de tener un hijo religioso.

—Mamá, díjole un día Luis, yo creo que Cristo quiere cumplir vuestro deseo y que ese religioso seré yo mismo.

[610] Luis manifestó este deseo en el monte Crea, lo descubrió en Florencia en la iglesia de la Santísima Anunciación, cuando a sus nueve años, hizo voto de perpetua castidad. ¿Pero, cómo cumplirlo? Tan pronto como él manifestó esta inclinación a sus padres, no es para dicho cuántos conflictos, cuántas oposiciones se le hicieron. Los de Castiglione le querían por señor y la familia para sucesor; los amigos lo exhortaban a hacer lo contrario, se oponían los parientes, excepto la madre; y el padre, sin más miras que el bien temporal, se negó en absoluto. Pero Luis, sabedor de que aquel impulso le venía del Señor, a El se dirigió y encomendó. Después de largas oraciones, ayunos y mortificaciones, fue escuchado de la manera siguiente.

Un día, después de cinco horas de oración, se sintió movido interiormente por un celestial impulso a presentarse a su padre e intentar la última prueba. Fue sin tardan-

za hasta él, que se encontraba en cama víctima de la gota, y, cayendo de rodillas ante él, le dijo con mucha seriedad y eficacia:

—Señor y padre mío, me pongo en vuestras manos; haced de mí lo que os plazca. Os aseguro que Dios me quiere en la Compañía de Jesús y que, si vos os resistís a ello, estáis resistiendo a la segura voluntad de Dios.

Y sin decir más, sin aguardar contestación, salió de la habitación. Aquellas palabras hirieron en lo más vivo al marqués, su padre, el cual, pensando en las duras pruebas a las que había sometido a Luis y no queriendo resistir a la manifiesta voluntad de Dios; y sintiendo, por otra parte, privarse de un hijo tan querido, de una joya tan preciosa, se emocionó, se enterneció y se echó a llorar a lágrima viva. Cuando se calmó un poco, mandó llamar a Luis y, así que llegó, le habló de esta manera:

—Hijo mío, me has dado una puñalada en el corazón; siempre te he querido y te quiero, me duele inmensamente dejarte marchar de este nido paterno; pero, ya que el Señor te llama a otra parte, vete en hora buena; el Señor esté contigo, bendígate el cielo, yo te bendigo, vete en paz.

Quería decirle más cosas, pero rompió a llorar de tal modo que ya no pudo hablar. Y Luis, como tierna avecilla, que, roto el hilo que le tenía atada, emprende alegre el vuelo de la libertad, así, dichoso con el permiso obtenido, despachó algunos asuntos de familia, renunció al marquesado, dio la última despedida a los parientes y, como un guerrero, se fue a Roma para enrolarse en la Compañía de Jesús el día 3 de noviembre de 1585, a los diecisiete años de edad.

Siento mucho que el tiempo no nos permita hacer siquiera una breve reseña de los actos virtuosos que hizo Luis en la vida religiosa; bástenos saber que llegó a tan alto grado de amor de Dios que, a veces, al pasar ante el Santísimo Sacramento, se sentía forzado a detenerse y se veía obligado a gritar a Jesús:

—Dejadme, Señor, dejad que me vaya adonde me llame la obediencia: *recede a me, recede a me.* Con ello se ve que Luis ya no tenía nada de mundano en su corazón y era todo de Dios, era un santo, un ángel, un serafín rebosando amor divino. Una sola cosa le faltaba a Luis y era lo que deseaba, la palma del martirio; no pudo ir a buscarla lejos **[611]** en las misiones extranjeras; pero se la encontró, porque así lo quiso Dios, en lugares próximos a su residencia: no fue un martirio de sangre, sino de caridad. El año 1590 se declaró en Roma una peste atroz, que arrastró al sepulcro una enorme cantidad de hombres. Rebosó Luis de alegría y, como le había sido revelada la hora de su próxima muerte, pensó que era una buena oportunidad, dar un último desahogo a su caridad, entregando la misma vida en favor de su prójimo.

Era hermoso ver, dice el biógrafo de su vida, a un joven príncipe en la flor de la edad, colgarse al cuello las alforjas y dar vueltas por la ciudad, yendo de puerta en puerta en busca de limosnas para los pobres enfermos; penetrar después en los hospitales y, alegre e inflamado en santo amor de Dios, acercarse a los desgraciados apestados, que aquí y allí yacían o caían muertos, prestarse para lavarlos, vestirlos, hacerles la cama, acostarlos, darles de comer, ayudarlos, consolarlos lo mismo en lo que se refería el alma que al cuerpo; buscar a los más míseros y repugnantes para desahogar más su caridad. ¡Qué caridad más grande, la suya! ¡Qué virtud la de Luis! ¿Qué más podía hacer? Lo hizo mucho tiempo y habría seguido haciéndolo, si Dios no le hubiese visto ya bastante digno para poseerle y que no le faltaba para llegar a ser un ángel más que separarse del cuerpo; y así fue.

Más de una vez había Dios revelado a Luis su próxima muerte, y había llegado ya el momento. No se concedía descanso en el servicio a los apestados; donde el peligro era más inminente allí acudía con más ardor, hasta que fue acometido por la peste;

del hospital fue trasladado al convento; se acostó y, aunque fue muy larga la enfermedad, sin embargo, ya no se levantó, y lo llevó a la tumba. Es propio de quien se encuentra con el alma manchada por alguna culpa que, al aproximarse el momento de la muerte, se agite, tenga miedo, tiemble e incluso tenga arrebatos de desesperación; no sucede lo mismo a las almas buenas; ellas, cuando se acerca la hora de la muerte, se alegran, porque van con júbilo a ver a Aquel a quien tanto han amado, alabado y servido. Así le sucedió a Luis. Estaba tan seguro de ir a la posesión del paraíso, del que estaba enamorado, que repetía a quien le visitaba: —Ya nos vamos.

Le preguntaban: —¿Adónde?

Y contestaba: —Al paraíso.

Y cuanto más arreciaba el mal, tanto más sereno, más jovial y más alegre se mostraba; y, con mayores transportes de alegría, exclamaba:

—Nos vamos al paraíso.

Próximo a morir, quiso una vez más dar una muestra del entrañable deseo que tenía de padecer por Jesucristo. Un día que había ido a visitarle el Padre provincial, le dijo:

—Padre, una gracia os pido y es que me permitáis disciplinarme una vez más antes de mi muerte.

Quedó pasmado el provincial ante aquella petición y contestó:

—Querido hijo, no podríais daros golpes en el estado en que estáis.

Replicó Luis:

—Azóteme, pues, otro de pies a cabeza.

Tampoco esto le fue concedido, pues hubiera sido darle muerte al momento.

—Por lo menos, siguió replicando Luis con más vivas instancias, pónganme en el desnudo suelo para morir como murió Jesucristo sobre la cruz.

[612] Ya había recibido los últimos sacramentos, se encontraba próximo a expirar: tenía los ojos clavados en el Crucifijo que le habían puesto delante. De pronto, sacó la mano y, llevándola a la cabeza, quitóse el gorro de tela que llevaba puesto; en seguida se lo volvieron a poner, mas él, con un nuevo esfuerzo, quiso quitárselo.

—No, hermano Luis, no, suplicó el provincial, el aire de la noche os dañaría.

Y Luis, señalando con los ojos el Crucifijo contestó:

—Jesucristo, al morir, no tenía nada en la cabeza.

Al oír aquellas palabras, al ver aquel deseo de padecer en una alma tan pura e inocente, todos se enternecieron y conmovieron hasta las lágrimas.

—¡Ah, Luis!... Luis, basta de sufrir; vete ya al cielo, que la tierra no es digna de poseerte; estás colmado de méritos, el paraíso está abierto para tí, tu Jesús está ansioso por abrazarte amorosamente; los ángeles y todos los bienaventurados del cielo te tienen preparada una corona de gloria inmortal; vete, pues, a posesionarte de ella.

Eran aproximadamente las tres de la noche del día de hoy y Luis, sin alterarse la serenidad de su rostro, sin hacer el más mínimo movimiento o esfuerzo, llegaba a la suspirada meta. Se vio cómo su rostro se cubría de frío sudor, que indicaba su última agonía; lloraban gimiendo los presentes y el dolor les impedía hablar, y Luis, con el corazón elevado a Dios y diciendo aquellas palabras: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*, Señor, en tus manos encomiendo mi alma; pronunciando los santísimos nombres de Jesús y de María, abriendo los labios a una dulce sonrisa, como quien ve un risueño y consolador espectáculo, como si dulcemente se durmiese, entregó el alma a su Señor. (Tenía veintitrés años, tres meses y once días; era el año 1591).

No sigamos más, parémonos aquí; no porque no pueda decirse más de Luis; sino

porque estas cosas superan la capacidad del entendimiento humano, y ya no podemos penetrar en ellas; sólo decimos con Santa Magdalena de Pazzi, que lo vio glorioso en el cielo y exclamó: Luis es un gran santo; yo no me imaginaba que hubiese tanta gloria en el paraíso; id por el mundo y decid a todos que Luis es un gran santo.

¿Os gusta, queridos jóvenes, la muerte de Luis? Sin duda que sí; si os gusta su muerte gloriosa, imitad sus virtudes y seréis santos como él; pues, si Luis, en la edad en que estáis vosotros, en las mismas ocupaciones que vosotros, en los mismos y mayores peligros en que nos encontramos nosotros, sin embargo, se hizo santo; ¿por qué no lo podemos lograr también nosotros? ¿Y cómo alcanzarlo? Hay que pedir a San Luis que nos ayude a seguirlo en sus virtudes; y lo que muy particularmente debéis pedirle es la fuga de los malos compañeros; tenedlo muy en cuenta, la fuga de los malos compañeros; si Luis no hubiese dejado los compañeros malos y no hubiese seguido los buenos, a mi entender, no sería un San Luis y quién sabe si se habría salvado.

Por tanto, a partir de esta misma tarde, decid también vosotros: me gusta la santa muerte de Luis, pero no puedo tener una muerte semejante sin huir de los malos compañeros; por consiguiente, quiero huir de todos ellos en adelante. Aquel compañero, **[613]** que está con poca devoción en la iglesia, que habla, ríe, se divierte y causa molestia, ése me impide tener la muerte de San Luis; por consiguiente, no lo quiero a mi lado; aquel compañero, que desprecia por las calles a los otros con palabras y con hechos; aquel compañero que quiere tener malas conversaciones, que dice mentiras, es desobediente, va de mala gana a la iglesia, a la escuela, a las devociones, que se acerca pocas veces y distraídamente a los santos sacramentos; ¡ésos!, decidlo en seguida, ésos me impiden tener una muerte como la de San Luis; por tanto, todos lejos de mí; no los quiero, y, como importa mucho hacer esto, debemos tener especial devoción a San Luis para que nos lo obtenga de Dios. Sed verdaderamente devotos de este Santo, que es propiamente protector de la edad juvenil en que estáis; tened como máxima constante la de no terminar vuestras oraciones de la mañana y de la noche sin añadir un padrenuestro y un gloriapatri a San Luis. A lo largo del día, elevad alguna vez vuestro corazón al cielo y exclamad: —¡Luis, hacedme santo, haced que yo también pueda tener una muerte semejante a la vuestra! ¿Lo haréis así de veras? ¿Lo prometéis de corazón? Venid, pues, todos conmigo, postrémonos a sus pies y recémosle así:

2

Carta del Prepósito General de los Rosminianos

En torno a una visita de don Bosco a Rosmini en Stresa, narrada en el Volumen IV de las Memorias Biográficas, *no será posible al historiador ignorar una carta del padre Balsari, Prepósito General de los Rosminianos. A quién y por qué fue escrita la carta, está consignado en la misma. El padre General la envió en 1923; pero nosotros hemos recibido una copia de la misma con su firma auténtica recientemente. Fue enviada en 1922 a un periódico de Turín, editado por Berruti, que no la publicó.*

AL ILUSTRE SEÑOR DIRECTOR DE LA Scuola dei Fatti, TURIN

Envío por giro postal diez liras para renovar la suscripción a la *Scuola dei Fatti* correspondiente al año 1923. Y, al mismo tiempo, le escribo para anotar lo que sigue.

Hay, en el número de septiembre de 1922 del apreciadísimo periódico, un artículo titulado *Il Venerabile don Bosco*, en el que se habla de Antonio Rosmini lo mismo que de don Bosco. Ahora bien, en aquel artículo hay algunas afirmaciones inexactas, otras inverosímiles y alguna totalmente falsa; no hay que atribuirlas al periódico *Scuola dei Fatti*, sino a la **[614]** fuente de donde las ha sacado el periódico y que él cita al pie del artículo[1].

Dice el artículo que Rosmini dio en Stresa un banquete a unos treinta señores, científicos y filósofos amigos suyos, entre los que estaban Tommaseo, Bonghi, Grossi, Farini, y que invitó también a don Bosco, que, por aquellos días, era huésped suyo. Esto debió de ser en septiembre de 1850, cuando don Bosco pasó unos días en Stresa con Rosmini[2].

Advierto enseguida que no hay memoria, ni por escrito ni por tradición alguna entre nosotros, de tal solemne banquete para treinta comensales y que ello estaría en contradicción con todos los recuerdos que tenemos de nuestro Fundador. Cuando Rosmini se retiró a la casa que recibió en herencia de la señora Bolongaro, fallecida más de dos años antes, desde el 8 de febrero de 1848, recibía en ella, es verdad, a muchas y diversas personas que venían a visitarlo, pero nunca se ha oído decir en nuestro Instituto (aunque algunos de los que conocieron al Fundador vivieron hasta estos últimos años, y el último de ellos murió el cuatro de febrero del pasado año), nunca se ha oído decir que diese banquetes y celebrase reuniones de conocidos y amigos. Su vida en la casa Bolongaro siguió siendo una vida recogida y de piadoso religioso como la de los años anteriores, cuando residía en la casa del Noviciado en la colina próxima a Stresa, sólo añadió un más largo y más frecuente ejercicio, como se lo consentía la nueva morada, de una hospitalidad cristiana, muy cortés y aun señorial[3].

Por eso, ese banquete dado a treinta comensales, nos parece a nosotros los del Instituto Rosminiano algo que realmente está en completo desacuerdo con todos los datos que tenemos de la vida de nuestro Padre fundador y, por ello, nos resulta inverosímil.

Otra cosa a notar es que ni Grossi ni Farini, que habían formado entre los treinta del banquete, no hay recuerdo alguno de que hayan sido nunca huéspedes de Rosmini en Stresa, ni jamás se supo que tuviesen ninguna relación con él. En cuanto a Tommaseo, es cierto que, si hubo banquete, él no podía estar, porque la primera vez que Tommaseo visitó a Rosmini en Stresa fue en marzo de 1855, cuando Rosmini yacía enfermo de la enfermedad que lo llevó a la tumba. «Después de más de un cuarto de siglo, volvía a verlo», así afirma Tommaseo mismo[4].

[615] Siguiendo la lectura de lo que se publicó en la *Scuola dei Fatti*, se encuentra que, al hablar de temas políticos y religiosos, los juicios de los comensales, no eran muy rectos. «Todos ellos, está escrito en dicho periódico, cojeaban del lado del liberalismo, en el verdadero sentido actual de la palabra, y se criticaban las disposiciones de la corte romana y se alababan los gobiernos de Italia, que con actos ilegítimos habían

---

[1] J. B. Lemoyme. *Memorias Biográficas de don Bosco*, Vol. IV, pág. 108-110.

[2] J. B. Pagani. *Rosmini e gli uomini del suo templo*, pág. 255, Firenze, Librería Arzob. editora, 1919.

[3] *Vita di A. Rosmini*, por el Sacerdote del Instituto de la Caridad, Vol. II, pág. 329-30. Turín, Unión Tip. Editorial.

[4] *Nella inaugurazione del monumento di Antonio Rosmini a Stresa.* Discurso de Fr. Paoli. Palabras de Nicolás Tommaseo, etc. Génova, Tip. de los Sordomudos, 1859.

puesto obstáculos a los derechos de la Santa Sede». En aquel «todos» también se incluye a Rosmini. Pues bien, esta aserción, más que inverosímil, debe calificarse de *falsa*. Por aquellos años, Rosmini había entrado valientemente en liza para defender los derechos de la Iglesia con algunos escritos acerca de la Constituyente, sobre el matrimonio, sobre las Cuestiones político-religiosas del día; para salvar el poder temporal del Papa había propuesto y patrocinado la confederación de los Estados italianos, y ¿se puede creer que, en aquel banquete, haya olvidado y desmentido todo esto y se haya puesto a la zaga de los demás en aquellos juicios menos rectos?

La relación sigue diciendo que don Bosco callaba, que Rosmini hizo ademán de parar, diciendo a Bonghi que estaba don Bosco presente, y que Bonghi contestó: «No comprende nada ese imbécil». Respuesta insolente; pero Bonghi, aunque joven ardoroso, era por lo menos de buena crianza, y parece muy poco verosímil que soltara aquellas palabras, oídas por don Bosco mismo.

En cuanto al resto de la relación, si es verdad lo que se narra de las francas palabras dichas a Farini, que son de suyo muy verosímiles (digo esto porque aquí la duda no cae en modo alguno sobre la cristiana fortaleza de don Bosco, sino sobre todo el conjunto de este relato), si es verdad, pues, lo que se refiere de las francas palabras que dijo don Bosco a Farini, merece, sin duda, alabanza el Venerable; pero es completamente inverosímil que no haya tenido a Rosmini como compañero en su franqueza. Rosmini, que había tenido valor para reprochar a los ministros de Carlos Alberto su conducta hostil a la Iglesia y al Papa[1], y había roto, por este motivo, toda relación con el conde de Cavour, y estuvo a pique de romper su amistad con el marqués Gustavo, su hermano[2], habría tenido ciertamente no menos que don Bosco el valor de decir la verdad a Farini y a cualquier otro. Por último, la narración termina así: «Otro había admirado a don Bosco: Nicolás Tommaseo». ¡Y Tommaseo no estaba presente!

El hacerle estas observaciones, ilustre señor Director, en torno a aquel artículo de la *Scuola dei Fatti*, me pareció un deber para mí, atendiendo el cargo que me confió la Providencia. Cumplo este deber algo tarde, porque tarde conocí y leí el artículo, y también, después de leerlo, muchas y graves ocupaciones me obligaron a diferir escribirle hasta el día de hoy. Y hoy que, por fin, le he escrito, **[616]** espero que no lo habré hecho inútilmente, por lo que espero confiadamente de su bondad y lealtad que al menos se haga en el periódico alguna mención sobre las inexactitudes que hay en ese artículo respecto a Rosmini.

Tengo, además, otro deber, que no me resulta pesado, sino muy grato, y es agradecerle el otro artículo de la *Scuola dei Fatti*, que sigue inmediatamente al primero (con el que, dicha sea la verdad, sintoniza poco) y coloca en su luz verdadera, en la que, sin duda, le está reservada en el futuro, a la noble y santa figura de A. Rosmini.

Con el más sincero aprecio me profeso

su atento y seguro servidor en J. C.,
BERNARDINO BALSARI, *Pbro.*
P. Gen. del Instituto de la Caridad[3]

Roma (8), S. Carlo al Corso, 13 de febrero de 1923

---

[1] Véase *Vita* citada, Vol. II, pág. 159.

[2] Véase Pagani, *O. C.* pág. 165.

[3] El padre Balsari, al enviar esta copia, rectifica otra aserción contenida en el Vol. IV, pág. 119, donde se dice que el can. Gastaldi hizo el noviciado en Stresa, pero que «fue cambiando sus principios filosóficos» y lo enviaron a Inglaterra «como misionero». Escribe el padre

3

Don Bosco en el «Seminario Menor» de Bérgamo
(Recuerdos de un venerado sacerdote bergamasco)

«Todos están informados de las dos veces que San Juan Bosco estuvo en Bérgamo; pero, tal vez, muy pocos saben que la primera vez se hospedó en el Seminario menor de la calle Tassis, sobre todo porque esta noticia no parecía muy digna de fe, dado que en aquella época el Venerado Seminario Episcopal ya estaba en el nuevo edificio de la calle Arena. Para quitar toda duda, hemos querido entrevistar a uno de los pocos afortunados testigos que viven, al venerado don Ruggeri, expárroco de Boccaleone, residente hoy entre los Padres de la Sagrada Familia en Martinengo.

»Apenas le nombramos al santo se llenó su rostro de luz:

»—¡Ah, don Bosco, don Bosco! ¡Cuánto lo recuerdo! Ya antes de que él viniese, había corrido la voz de que era un santo. Acababa yo de entrar en el Seminario y tenía diez años, pero lo recuerdo bien; bastaba verle, su presencia era un sermón. Podría pintarlo...

[617] —¿Pero es realmente verdad que el Santo estuvo en el «Seminario menor»?

«Sí, sí. El nuevo seminario estaba ocupado por los heridos de la guerra y los primeros seis cursos habían vuelto a la calle Tassis. Allí cursé yo el primer año, el primero de latín; y allí nos predicó don Bosco los ejercicios. ¡Qué ejercicios! Después de setenta y cinco años, los tengo vivos, vivos en el recuerdo, aun cuando mi memoria ha perdido muchos detalles. Comenzó el primer sermón con las palabras del Evangelio: *Venite mecum*a *seorsum*a *in desertum*a *locum*a; su acento piamontés le jugó otra mala pasada en el sermón del infierno, donde la frase tradicional *sempre mai* (nunca jamás) sonó *sempre mai*a (siempre cerda). Por lo demás, nosotros estábamos boquiabiertos oyéndolo. ¿Y la santa misa? ¡Qué impresión causaba verle celebrar! Al término de los ejercicios, todos querían confesarse con él, y los Superiores se vieron obligados a dar preferencia a las mayores. Por eso, yo no lo pude hacer y recuerdo que lloré por el disgusto... ¡Qué Santo! Ven aquí, ven aquí, decía, y se sentía la necesidad de echarse en sus brazos y abrirle el corazón. Todos, después de los ejercicios, suplicaron a los superiores que lo hicieran volver al año próximo. Pero ya no lo vi...».

(*L'Orfanello*. Boletín de la Congregación de la Sagrada Familia, abril 1934).

4

Providencia y Previsión

La condesa Adela Castelnovo Castellani, una de las más antiguas Cooperadoras turinesas, dejó en su familia la siguiente relación, que nos transmitió la condesa Castelnovo delle Lanze Filiari (Isla de la Escala, Verona).

Balsari: «Puedo y debo atestiguar con pleno y seguro conocimiento, que el can. Gastaldi entró en el Instituto ya plenamente convencido de las doctrinas rosminianas y vivió convencido de ellas toda la vida. Cuando hubo cumplido el bienio del noviciado en Stresa a principios del 1853, él enseñaba, a fines del mismo año, las doctrinas de Rosmini en Inglaterra, adonde había sido enviado con el cargo de profesor de teología y prefecto de estudios y revisor para la prensa».

Hace ya muchos años, había pensado contribuir en la medida de mis escasas posibilidades al pago de una campana para la iglesia de María Auxiliadora con el fin de obtener de esta buena Madre una protección especial para mi querida familia. Hice una visita al venerado don Bosco y anticipé una parte de la cantidad destinada a ello, reservándome completar mi donativo para otra ocasión.

Pasó mucho tiempo, sin que pusiera mientes en mi compromiso. Pero, una mañana, me desperté con el pensamiento de que ya era tiempo de cumplirlo y era tal la insistencia de este recuerdo que, a toda prisa, me trasladé al Oratorio. Quería oír la santa misa y comulgar antes de subir a las habitaciones del Venerado Sacerdote; pero no me fue posible; tuve que obedecer al impulso del corazón y llegar sin tardanza hasta don Bosco, como si temiese no encontrarlo.

Estaba yo esperando mi turno porque, como siempre, había muchas personas aguardando, ansiosas de consejo, que habían llegado antes que yo. Mas he aquí que, de pronto, se me acercó un camarero que me preguntó mi nombre, **[618]** diciéndome que don Bosco había indicado que, tan pronto como yo llegase, me hiciera pasar antes que los demás. Al oír su invitación, contesté que era una equivocación, porque a mí no me esperaba. Insistió y, al poco rato, fui admitida a la audiencia.

Hice mi donativo, pero impresionada por una previsión tan extraordinaria, quise informarme con toda sencillez de corazón cómo había adivinado mis intenciones. Me contestó sacando de un bolsillo dos moneditas: —He aquí todo lo que tengo a mi disposición esta mañana. Hoy, lunes, vino el contratista para que le pagara algo a cuenta y le dije que volviese más tarde porque esperaba su donativo.

Fue extraordinaria mi sorpresa y grande mi satisfacción por haber cumplido mi promesa tan a propósito.

Turín, día 1.º de marzo de 1891

Condesa ADELA CASTELNOVO CASTELLANI

5

Cinco cartas de don Bosco al abogado Fernando María Fiore

En la segunda se trata de la venta de la finca de Troffarello. En la tercera se habla de una sociedad anónima a constituir, para amparar la propiedad de los inmuebles pertenecientes a la Congregación. El abogado Pastore, del que era cliente don Bosco, había trazado un esquema, cuyo plan desconocemos; tenemos, en cambio, un esquema del abogado Fiore (Archivo Orig. 1232). Lleva el título: Esquema de Estatuto de la Asociación de Beneficencia denominada... *Consta de cuarenta y dos artículos. El art. 3.º empieza:* La asociación se propone especialmente, *y después se para. Sigue un espacio en blanco que don Bosco mismo rellenó así:* 1.º Recoger a los muchachos que están en peligro en lugares de ameno recreo en los días festivos. 2.º Colocar con honrados empresarios a los que no tienen trabajo, 3.º Organizar escuelas nocturnas para los hijos más pobres de los obreros. 4.º Internar a los más pobres y abandonados en asilos a propósito para enseñarles un arte u oficio. 5.º Cuidarse de los italianos pobres en el extranjero. 6.º Promover la industria y el comercio especialmente entre la clase obrera. *Los autógrafos de estas cartas están en el palacio de Parma.*

A

Ilustrísimo señor Abogado:

Mañana estaré en casa toda la mañana hasta las dos de la tarde para lo que usted mande. Pero si usted quiere indicarme otra hora del día, iré de buena gana a su despacho.

[619] Dios bendiga a usted y sus trabajos y créame con sincera gratitud y todo mi aprecio

De V. S. Ilma.

Su oficina[1]*, 5-5-66*

Su atento y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

B

Ilustrísimo señor Abogado:

No he podido contestar a la suya en el tiempo indicado porque estaba ausente de Turín. Le diré, pues, que estoy dispuesto al contrato de la casa de Troffarello por las personas con las que hay que tratar y también por el precio al coste razonable que se me ofrece.

Sin embargo, calculados los gastos hechos y las mejoras introducidas, no puedo apartarme de la cantidad de veinticuatro mil liras. Advierto sin embargo, que, por mil liras más o menos, no se suspende nunca un contrato de esta clase.

Quien visitase el local, la gran cisterna con capacidad para novecientas mil medidas de agua, la nevera, las bodegas con otras comodidades anejas a un edificio para el que no se necesita ni un golpe de martillo, creo, que no encontraría demasiado elevado el precio mencionado.

En cuanto a establecer los plazos de pago, no habrá dificultades.

Dispuesto a sus indicaciones, le deseo toda suerte de bendiciones celestiales y me profeso con todo aprecio de V. S. Ilma.

Turín, 19-7-66

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

C

Muy apreciado.señor Abogado:

Estoy siempre pensando en aquella famosa sociedad. Ayúdeme usted a consolidarla. El abogado Pastore me dio un formulario. Léalo usted y después, a su comodidad, dése un paseo hasta el Oratorio. Hay que llegar a alguna conclusión: ayúdeme usted a ello.

Con tal fin, necesitaría un proyecto para poderlo proponer a una selecta junta de

[1] Fue don Bosco al despacho del Abogado y, como no lo encontró allí, dejóle esta nota.

abogados amigos que lo mediten, y, aprovechando sus reflexiones, llegar a una conclusión práctica.

Concédale Dios toda suerte de bienes y créame en el Señor suyo,

Turín, 26-7-78

Afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[620]

D

Muy apreciado señor Abogado:

Recibí su carta en esta nuestra casa de Marsella. Me ocupo con gusto del asunto que me recomienda y, puesto que tengo que entrevistarme pronto con monseñor Alimonda, no dejaré de animarlo a invocar la protección de la duquesa Galliera para el diario *Poliglotta*, de que se trata. Pero bueno será le advierta que, hasta el día tres del mes corriente, la mencionada señora no había llegado a Génova; estaba todavía en París.

De todos modos, tan pronto como sepa algo, se lo comunicaré al momento.

Esta nuestra casa nos ha sido arrendada por una sociedad civil[1], pero encontramos las dificultades de siempre para dar perpetuidad a la misma y evitar los casos de sucesión. Presentemente estudian la cuestión algunos buenos abogados marselleses.

Dios le bendiga, le conserve en buena salud y pida a Dios por mí, que siempre seré su

Marsella, 9-1-79

Afmo. servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

E

Muy apreciado señor Abogado:

He llegado a Roma; si le puedo servir en algo, dentro de mi poquedad, lo haré con mucho gusto.

Que el cielo le ayude en sus buenas empresas, y créame, con el mayor aprecio,
De V. S.

Roma, 2 de marzo de 1879

Afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[1] La Sociedad *Beaujour*.

6

Carta de don Bosco a un profesor

Tenemos aquí la única noticia de una ida a Alba a fines de julio de 1868. La carta se refiere, tal vez, a la venta de la casa de Troffarello. El original está en el palacio de Parma.

Ilustrísimo Señor:

A pesar de mi buena voluntad por complacer a V. S. Ilma., cuya honradez y cortesía me son cada vez más manifiestas, debo manifestarle que no **[621]** puedo cambiar lo que he escrito, puesto que me he limitado a no perder nada. Pero creo que, en un contrato tan conveniente, como parece ser éste no debe ser óbice la pequeña diferencia que se encuentra en el precio.

Pero, como quiere que resulte la cuestión, siempre estaré agradecido a su bondad, rogándole únicamente tenga a bien perdonar el retraso en contestar.

Con todo mi aprecio, tengo el honor de profesarme de V. S. Ilma.

Turín (pero escrito desde Alba), 23 de julio de 1886

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

7

Carta de don Bosco a una señora

Tal vez fue enviada a una persona de la familia del abogado Fiore. El original de esta carta se encuentra también en el palacio de Parma.

Apreciadísima Señora:

He recibido la limosna de veinte liras, que tuvo la bondad de enviarme para una misa, que será celebrada el sábado con la comunión de nuestros muchachos. Unase a ella con la intención y espero que entre todos obligaremos a María a que nos conceda lo que pedimos. Usted menciona algunas necesidades espirituales. Las tendré en cuenta y no dejaré en la santa misa de hacer un *memento* exprofeso para lo que me recomienda.

Cuando Dios quiera que podamos hablar, quizás le sugiera algo a propósito, que no querría confiar al papel. Que Dios les bendiga a usted y a su señor marido; pida por mí y por mis pobres muchachos que, de algún tiempo acá, se multiplican inmensamente en número y en necesidad espiritual y temporal.

Humildes saludos para usted y el señor Carlos y créame agradecido a V. S.

Turín, 31-3-70

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

8

Dos cartas de don Bosco a Monseñor Ferré, Obispo de Casale

Se refieren las dos a la inminente consagración de la iglesia de María Auxiliadora. Monseñor predicó, después de vísperas, el primero y el segundo día del octavario.

[622]

A

Excelencia Reverendísima:

Después de muchos cambios, por fin, se ha fijado el día de la consagración de la nueva iglesia por nuestro Arzobispo para el día nueve del próximo mes de junio. Contando con la bondad de V. E. Rvma. para dos sermones, necesitaría saber si le es posible que se celebren el martes y el miércoles (9-10) o, si con motivo de la solemnidad del Corpus Christi, tuviese que trasladarlos al viernes y sábado siguientes. Deseo el favor, mas, por cuanto es posible, no quisiera causarle ninguna molestia.

El marqués y la marquesa Fassati desean conocerle personalmente y le saludan atentamente por mi medio.

Ya hablaremos de otras cosas, como espero, en Turín. El Padre Santo ha concedido indulgencia plenaria a todo el que visite la nueva iglesia durante los días del Octavario.

Le deseo de todo corazón toda suerte de bendiciones del cielo, y con la más profunda gratitud, me profeso con respeto,

De V. E. Rvma.

Turín, 24 de mayo del 68

Seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

B

Excelencia Reverendísima:

Agradezco de todo corazón su condescendencia al aceptar los sermones para los días nueve y diez del próximo junio. S. E. puede leer o exponer verbalmente el discurso, como le sea más cómodo. En general, los otros, no lo leen, porque no lo han escrito. A veces también se lee.

Magnífico el pensamiento de venir el lunes; nosotros le esperamos para la hora que nos diga que va a llegar aquí. Sólo siento la molestia a que V. E. tendrá que someterse para asistir a la procesión del Corpus Christi.

Como verá por el horario, V. E. tendría que salir el jueves de Porta Susa, a las cinco y treinta y dos minutos, para llegar a Casale a las nueve y media. Confiamos en la protección de la Santísima Virgen, que le asistirá y no permitirá que tenga que sufrir grave molestia.

Muy agradecido por tantos favores como nos hace, le ofrezco mis servicios y los de todos mis colegas, mientras tengo el honor de poderme profesar,

De V. E. Rvma.

Turín, 27 m. 68

Atento y s. s.,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[623]

9

Dos cartas de don Bosco al Padre Oreglia

Fueron publicadas por la Civiltà Cattolica *(Día 1.º de junio de 1929), en cuya sede se encuentran los originales. El Santo las dirigió al padre José Oreglia, jesuita, hermano de Federico. La primera es de mucha importancia histórica para los orígenes de la Congregación.*

A

Muy querido P. Oreglia:

Usted está informado del proyecto de una pequeña y naciente congregación religiosa, que tiene por fin la conservación del espíritu en nuestras reuniones llamadas oratorios festivos.

Por el folleto que le acompaño[1] verá en qué punto se encuentran nuestras cosas. Yo he hecho presentar al Padre Santo una memoria de la que también le adjunto copia[2] y de la que no he recibido todavía respuesta; pero me dijeron confidencialmente que había dificultad para las dimisorias en general, y se dice que todos los Obispos que me hicieron la carta comendaticia, al ser preguntados por Roma, contestaron todos negativamente sobre este punto, sin exceptuar ninguno. Así el cardenal Berardi.

Parece, sin embargo, que hay propensión a conceder que tales dimisorias se puedan dar para un número determinado cada año y también para poder instruir a los clérigos de manera normal y según la necesidad de los oratorios y de la misma congregación, lo cual, me es indispensable por los graves motivos que usted puede fácilmente suponer. Esto me fue comunicado sólo de forma verbal y un tanto incierta.

Pues bien, necesitaría que usted considerase como obra de gran caridad y obtuviese una audiencia del Eminentísimo Berardi y le hiciera también confidencialmente estas preguntas:

1. Si los Obispos, que dieron el parecer opuesto a la aprobación de nuestra regla, son los de la provincia de Turín, cuya carta comendaticia no fue enviada, o si son los

[1] *Notitia brevis Societatis Sancti Francisci Salesii et nonnulla decreta ad eamdem spectantia.* Turín, 1868.

[2] Súplica para una definitiva aprobación de la Sociedad o, por lo menos, para la facultad de las dimisorias. Estaba fechada *a domo Sodalitia Pagi Mirabelli quartus idus Junii* MDCCCLXVIII.

mismos que la habían hecho y enviado ya a la Santa Sede y esto únicamente como norma a seguir, esto es, si debo seguir su consejo o actuar contra lo que me dicen para asegurarme de hacer lo que quieren.

2. Si, estando así las cosas, hay algo que hacer y si el apoyo del Cardenal Vicario, del cardenal Guidi y Consolini puede ser útil en este caso o recomendarme a otros.

[624] 3. Si el expediente ha llegado ya a la Congregación de Obispos y Regulares. Si conviene promoverlo o dejar que las cosas sigan su marcha ordinaria.

4. Monseñor Svegliati nunca se mostró contrario y si se pudiese tener su apoyo, se tendría mucho.

5. Se teme que los clérigos sean presentados a las órdenes sin haber estudiado lo suficiente; pero la prueba de veinticuatro años excluye todo temor y, por otra parte, supóngase también que cualquier Obispo, ordenando, tenga facultad, es más, deba examinar al candidato sobre los estudios hechos y acerca de lo referente a la vocación al estado eclesiástico.

6. ¿Le parece que sea del caso dar un paseo a Roma para hacer aclaraciones, que tal vez resolverían muchas dificultades aparentes?

Esto es lo que confío a su probada bondad. Si sus relaciones con el cardenal Berardi no fueren tales como para hablarle de estas cosas, dejaría todo el asunto a su prudencia. Pero, como todo el asunto procedería por vía confidencial y sólo se trata de estudiar una manera de asegurar la existencia de nuestra congregación antes de mi muerte, creo que usted podría tratar esto con el Eminentísimo Berardi que, desde hace muchos años, nos hace de padre y por cuya buena salud hacemos cada día oraciones especiales al Señor.

Federico ha salido para Cerdeña, como usted sabe; sé que ha llegado y nada más. *Llega, inesperadamente, en este momento; está muy bien y le saluda*[1].

Me haría usted un verdadero favor si saludara en mi nombre, con el mayor respeto, a todos los venerados Padres de la *Civiltà Cattolica,* para los que tengo preparada una medalla conmemorativa de nuestra iglesia y espero tener ocasión, dentro de poco, de hacerla llegar a sus manos.

Que Dios le bendiga a usted y a sus trabajos y con la más cordial gratitud créame de V. S. carísima.

Turín, 7 de agosto del 68

Su atento y afectísimo servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. El conde de la Margherita está gravemente enfermo; mejoró y recayó varias veces; hoy ha empeorado mucho. Está en su feudo de la Margherita.

B

En la segunda carta responde a las indicaciones y sugerencias que le proporcionó el padre Oreglia.

Muy querido P. Oreglia:

He seguido el consejo que se dignó darme en nombre de una persona benévola y, por medio del cardenal Vicario, pedía a **[625]** la Santa Sede la facultad de poder

[1] Este renglón, que ponemos en cursiva, está añadido entre los renglones con tinta de otro color.

instruir a mis clérigos después que nuestra Congregación había sido aprobada y se constituía el Superior General de la misma.

El mencionado Cardenal dio de buen grado el paso ante el Padre Santo y obtuvo la respuesta que le acompaño. *Quid agendum?* (¿Qué hacer?) ¿Le parece a usted bien encargar a alguna persona relacionada con el Padre Santo para que, cuando tenga ocasión, le hable sobre el particular, como monseñor Ricci, o dejar que la cosa madure en la presencia de Dios y, mientras tanto, en el próximo invierno, dar un paseo hasta Roma? ¿Será bueno tirar del hilo con otra mano, mientras el Padre Santo no es contrario? Si tiene usted la bondad de aconsejarme, seguiré puntualmente su idea, dejando el resultado en manos de la Divina Providencia.

¡Cuántas molestias añado a sus grandes ocupaciones! Tenga paciencia; es una obra de caridad. Dios se lo tendrá en cuenta para su alma. De nuestra parte, tendrá usted gratitud y oraciones que, en nuestra pequeñez, elevaremos cada día al Señor por usted.

Su hermano Federico está definitivamente establecido en Turín y goza de óptima salud.

Recomiendo mi pobre alma y las de mis muchachos a la caridad de sus santas oraciones y me profeso con todo aprecio de V. S.

Turín, 5 de octubre del 68

Su atento y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. Si se le ofrece la ocasión, le ruego presente mis saludos y los de don Juan Bautista Francesia al P. Angelini[1].

10

Para la adquisición de la casa de Borgo San Martino

Es una noticia publicada por el exalumno L. Gabotto en Vita Casalese, *semanario católico de Casale Monferrato (12 de mayo de 1934). Acerca del contrato pueden verse dos cartas de don Bosco a don Juan Bonetti (16 de junio y 24 de julio de 1870) en LEMOYNE, Vol. IX, págs. 780 y 792.*

«Cuando, por diversas razones, se encontró en la necesidad de trasladar su primer Colegio de Mirabello a otro lugar, fue a ver al noble marqués Scarampi de Villanova para pedirle que tuviese a bien cederle su casa de Borgo San Martino. Me contaba el noble señor, que don Bosco le dijo a bocajarro: —Yo sé, señor Marqués, que usted quiere cederme su casa.

[626] El Marqués contestó a la inesperada petición que nunca había pasado por sus mientes la idea de deshacerse de su querida casa. Don Bosco no se acobardó, y renovó con insistencia su petición, solicitando del dueño que le señalase precio. El Marqués, que no se atrevía a repetir al santo varón su rotunda negativa, pidióle un precio que a él mismo le parecía exorbitante, con la esperanza de que le dejara en paz. ¡Pero cuál no fue su sorpresa al oír al punto que aceptaba la petición! Quiso el Marqués, a fuer de perfecto gentilhombre, mantener la palabra y así se convirtió la

[1] Era un excelente latinista y estaba muy en relación con don Juan Bautista Francesia.

quinta Scarampi en nuestro Colegio de Borgo San Martino. Y todo sucedió, sin que don Bosco tuviese un céntimo; porque, antes de despedirse del buen señor, le pidió sencillamente que le prestara las pocas liras que necesitaba para pagarse el billete del viaje hasta Turín. Y, sin embargo, quince días después[1] de la entrevista, entregaba al noble vendedor, el importe pactado por aquella casa campestre de estilo barroco, donde muchísimos de nosotros pasamos los primeros y mejores años de la vida».

11

Cuatro cartas de don Bosco a Monseñor Masnini

Monseñor Masnini (véase Vol. XII, pág. 206) era secretario de monseñor Ferré, obispo de Casale. La primera de estas cartas fue dirigida a Roma durante el Concilio Vaticano I.

A

Mirabello, 11 de marzo de 1870

Muy apreciado señor Canónigo:

Me encuentro en Mirabello donde me queda un ratito para cumplir mi deber de escribir a V. S. Con respecto a las cartas, que descansan en Correos, tenga la bondad de leerlas y, si encuentra algo que valga la pena, comuníquemelo, de lo contrario, sepúltelas.

Le agradezco la solicitud que por mí se toma y todas las molestias que aguanta por nuestras cosas. Si puede, promueva las *Lecturas Católicas* y la *Biblioteca italiana*. Yo vivo y trabajo para estos libros; el Padre Santo los bendice y me recomienda su difusión. Las personas, con las que puede V.S. hablar sobre este asunto son: el conde Vitelleschi, la marquesa de Villaríos, la condesa Calderani y la presidenta de Torre de' Specchi. He encontrado a Juanito Ferré en óptimo estado de salud; está preocupado por la vocación. Le he exhortado a rezar y ser muy bueno hasta mayo. Entonces podrá resolver algo.

[627] Todo el seminario menor se une a mí para augurar toda suerte de bendiciones para V. S. y para nuestro señor Obispo, mientras, con el mayor afecto me profeso de V. S.

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

B

Muy apreciado Monseñor:

A las otras preocupaciones, se añade este año la de tener que liberar del servicio militar a quince clérigos. ¿Podría usted ayudarme? Cualquier cosa me es muy útil;

[1] Los días fueron más de quince después de la entrevista: pero esta hipérbole nada quita a la real prontitud del pago.

hay tiempo para unos dos meses. Ya ve usted cómo este pedigüeño molesta a la gente pacífica. Compadézcase de mí.

Dios le otorgue toda suerte de bienes; pida a Dios por este pobre, pero siempre en J. C.

Su atento y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. Ruégole presente mis humildes saludos a su señora madre y familia.

C

Muy apreciado Monseñor:

La condesa Bricherasio está todavía intranquila por su asunto, que usted creía resuelto. Tenga, pues, la bondad de leer las dos cartas del arcipreste de Fubine y después, si hubiere algo que hacer, ya me lo dirá. En este momento, he llegado de un viaje hasta Marsella. ¡Cuántas cosas tendríamos que contarnos! Espero que lo haremos personalmente.

Muchos saludos para usted, para el señor Obispo y dígale una vez más que queremos ser siempre sus hijos y que todas nuestras casas son suyas sin reserva.

Ruegue por mí y por nuestras cosas, prepare un saquito de peluconas o un buen paquete de billetes de banco, pues, aunque son muy feos, con todo los acepto como mercancía nacional.

Siempre suyo en J. C.

Turín, 26-3-77

Afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

D

Mi querido monseñor Masnini:

Me ha dicho más de una vez que si se viera libre del cargo actual, volaría al momento a los salesianos. ¿Cuándo será eso? Su habitación está preparada **[628]** en Turín y en otras partes y un puesto en la mesa no faltará. ¿Entonces, hasta vernos?

Dios le bendiga y rece por este pobrecito, que, como hermano, será siempre suyo en J. C.

Vignale, 12 de octubre del 79

Afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. Hoy estoy en Vignale; mañana salgo para Turín, donde me quedaré.

12

Cartas a la señora Cesconi y al hijo

Un encuentro casual prestó ocasión a don Bosco para conocer a un muchacho de Domodóssola, llamado Víctor Cesconi, que le manifestó el deseo de hacerse sacerdote.

El muchacho debió quedar vivamente impresionado, puesto que, al poco tiempo, le escribió; lo cual dio comienzo a una correspondencia epistolar del Santo con él y con su madre viuda, que llegó a ser una celosa cooperadora salesiana. La familia tenía parientes en Toulouse, adonde iba de vez en cuando. Después de la muerte de don Bosco, Cesconi se casó con una señorita de la familia De Coincy, parisiense que, al quedarse viuda en 1927, nos entregó en 1934 los autógrafos de estas catorce cartas.

A

Amiguito mío:

La gracia de N.S.J.C. sea siempre con nosotros. *Amén.*

Recuerdo muy bien el gracioso encuentro con el querido Víctor Cesconi, cuyas maneras y cordura ganaron mi simpatía. Todo ello queda confirmado con la cortés y cristiana carta, que tú, mi querido Víctor, has querido bondadosamente escribirme. Te lo agradezco de corazón.

Pero no hemos podido hablar como yo quería y espero que, Dios mediante, podremos vernos todavía más veces. Si pasaras por Turín, y tus padres te autorizaran, te invito a pasar algunos días en esta casa. Así tendría ocasión para decirte cosas que te interesan, que tú no sabes y yo sí las sé.

He ordenado que te envíen a Preglia[1] los *Clásicos italianos* y las *Lecturas Católicas*. También otro libro, *El joven instruido*; éste es un regalo que te hago, como garantía de que rezarás por mí.

[629] Te ruego saludes de mi parte a tus padres, a tu párroco y a tus Superiores del Colegio[1], cuando los veas. Diles que, en mi pequeñez, los encomiendo a todos al Señor y me encomiendo a sus oraciones.

Dios te bendiga, querido Víctor, y te conceda la gracia de conservar los santos pensamientos, que me manifestaste de hacerte sacerdote, un santo sacerdote. Por tu parte, ruega por mí para que, mientras pienso en los otros, pueda yo también salvar mi alma. *Amén.*

Todo tuyo en J. C.

Turín, 3 de octubre del 71

Afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

B

Muy apreciada Señora:

Su carta llegó al término del viaje antes que usted, y vino a alcanzarme en Roma, adonde me llamaron algunos asuntos apremiantes. Estaré aquí toda la próxima semana. ¿Será posible anticipar su venida?

Me hospedo en la calle Sistina, n.º 104, piso 3.º, en casa del señor Alejandro Sigismondi. He hablado con el Padre Santo sobre usted, Víctor y toda la familia y ya está informado de su venida. Cuente conmigo, para todo lo que pueda servirles.

---

[1] Pueblo del distrito de Domodóssola, lugar de veraneo de la familia.

[1] El colegio de los Rosminianos en Domodóssola. Tal vez iba a sus escuelas como externo.

Dios derrame sus celestiales bendiciones sobre usted, Víctor, su preceptor y recen por este pobre, que es siempre en J. C.

Roma, 25-2-75

Su atento y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. Don Joaquín Berto está aquí conmigo y envía sus saludos para usted y Víctor.

C

Muy apreciada señora Cesconi:

Deseaba verdaderamente sus noticias. Después de Roma no había sabido más. Mucho celebro que el Padre Santo los haya recibido amablemente y me alegro también del buen pensamiento de ir a pasar el próximo invierno en la ciudad santa.

Le agradezco la amable limosna de las cien liras que me envía para mis muchachos, que ciertamente rezarán conmigo para la gracia que pide, esto es, ganar un hijo para la Iglesia católica.

[630] Me agradan mucho los saludos de Víctor, del señor Abate y el señor Arcipreste, a quienes deseo toda clase de bienes y a cuyas oraciones me encomiendo.

Que Dios les bendiga a usted y a su hijo y les conceda una vida feliz en este mundo y la gloria bienaventurada en el futuro.

Si por un casual coincidiera su paso por Turín con el día veinticuatro de este mes, tendría yo una gran alegría, puesto que entre nosotros se celebra en ese día la solemnidad de María Auxiliadora, cuyo septenario de la consagración del templo es este año.

Me encomiendo a la caridad de sus oraciones y créame siempre suyo en J. C.

*Turín, 7 de marzo (*corregido, *mayo) del 75*

Su atento y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

D

Muy apreciada Señora:

A primeros de este mes he recibido su respetable carta, en la que me recomendaba a un pariente suyo *enfermo de alma y cuerpo*, según usted decía. Cumplí su petición y dispuse enseguida que se hicieran oraciones especiales mañana y tarde ante el altar de María Auxiliadora con este fin; y, si nuestra petición no se opone a los designios de la Divina Providencia, espero que algo se obtendrá. Por mi parte, tuve cada día un recuerdo especial en la santa misa.

Venía en su carta un billete de cien liras, que gasté al momento en favor de mis pobres muchachos, para los que fue una verdadera providencia, que de corazón le agradezco.

Mucho me alegro de que vuestro Víctor disfrute de buena salud; salúdelo cariñosamente de mi parte y dígale que no olvide el pacto que hemos hecho, es decir, que

yo rezo por él cada día en la santa misa con la condición de que él también me encomiende cada mañana al Señor.

En su viaje a Preglia, espero que podamos hablar algún momento sobre estos asuntos.

Dios la bendiga y, con usted, a toda su familia y, recomendándome a las oraciones de todos, tengo el gusto de profesarme muy agradecido a su bondad.

Turín, 15-8-75

Su atento y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[631]

E

Muy apreciada señora Cesconi:

Agradezco las veinticinco liras recibidas para las *Lecturas Católicas* y lo sobrante como limosna para mis pobres muchachos. Se lo agradezco y pido con todos a Dios que les guarde a usted, al buen Víctor y a su piadoso maestro. Si estuviésemos más cerca, querría dar un tironcito de orejas a Víctor, que ya hace mucho tiempo no me escribe nada. ¡Si al menos rezara por mí, como yo rezo por él en la santa misa!

Probablemente el mes de abril, Dios mediante, iré a pasarlo en Roma, y, si usted no viene, no dejaré de invocar una bendición especial del Padre Santo sobre toda su familia.

Dios los bendiga a todos y recen por mí, que seré siempre en J. C.

Turín, 19-76

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. No pude ver y dar las gracias al portador de la carta.

F

Muy apreciada Señora:

Recibo con agrado noticias de usted y de toda su familia, y me alegro de que Dios los mantenga en buena salud. Dé las gracias a la buena Mamá por las cien liras que me envía de limosna. Es una gran caridad en nuestros actuales apuros y un motivo más para rezar por usted.

Yo rezo y haré rezar a nuestros muchachos a fin de que, especialmente Víctor, se vean todos colmados de celestes bendiciones.

Escribo cuando estoy a punto de emprender viaje, por lo que me encomiendo a las oraciones de todos, mientras profundamente agradecido me profeso en J. C.

Borgo San Martino, 26-6-76

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

G

Muy apreciada Señora:

Celebro me haya dado noticias de Víctor y de toda su familia, y bendigo a Dios por el éxito en los exámenes y por la recuperación de la salud. Pero no hay que apurar demasiado los estudios. Es mejor retrasar algo los exámenes que comprometer la salud.

En la segunda mitad del próximo enero, Dios mediante, iré a **[632]** Niza y después a Marsella. A la ida o a la vuelta haré una breve parada en Cannes para visitar a su madre y a su hermana.

Desde Niza le comunicaré el día de mi llegada a Marsella. El señor Arzobispo (*sic*) me ofrece caritativamente hospedaje en su casa, pero la primera visita será para su familia.

Dios la bendiga a usted, al querido Víctor, al señor Abate, y recen por este pobrecito, que siempre será en N.S.J.C.

Turín, 15-12-76

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

H

Mi querido Víctor:

Con tu frecuente cambio de residencia, haces de modo que un día u otro vueles al Paraíso sin que yo sepa desde dónde emprendiste el vuelo. ¿No es verdad? De todos modos, ahora sé que estás en Toulouse y me entero de ello en Roma, donde recibo tu apreciada carta.

Empiezo por darte las gracias del delicado donativo que me haces de tus ahorros para nuestros pobres muchachos, que ciertamente rezarán por tí, por tu mamá y por las personas que me recomiendas.

He pensado y estudiado sobre el asunto de que me hablas de camarero secreto de Su Santidad, lo cual, es difícil por la gran dificultad de hablar con el Padre Santo y mucho menos tratar asuntos. Advierte que llevo cuarenta días en Roma y todavía no he podido tener ni un minuto de audiencia, pues el Padre Santo ha guardado cama hasta ahora. Con todo, haré diligencias y, si me es posible, no dejaré de aprovechar la ocasión.

Me encomiendo a tus oraciones, a las de mamá y del señor Abate. Dios nos bendiga a todos y nos guarde siempre en su santa gracia, mientras con cristiano afecto me profeso de corazón,

Roma, 2 de febrero del 78
Torre Specchi, 35

Afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. He recibido la carta con la noticia de la muerte de tu tío, el señor Mettelretto y no he dejado de rezar y hacer rezar a nuestros huerfanitos.

I

Benemérita señora Cesconi:

La bondad de la mamá compensa ampliamente la imposibilidad de Víctor. El estudia para sus exámenes; que Dios le bendiga y María sea siempre para él *Sedes sapientiae.*

[633] Le agradezco la hermosa carta que me escribe y los cristianos augurios que me hace. Que Dios le escuche y pueda yo salvar mi alma.

Rezaré y los exámenes de Víctor tendrán éxito, tanto más cuanto que usted promete un donativo para nuestras muchas necesidades, si sale bien de ellos, como espero.

Una piadosa señora de Preglia, domiciliada en Turín, me entregó esta mañana veinte liras de su parte para el *Boletín Salesiano.* Se lo agradezco. El *Boletín,* las misiones, nuestra congregación, marchan muy bien.

Ayer hemos abierto otra casa en Lucca, hoy en Chieri, el lunes en Marsella.
Que Dios nos ayude a corresponder a sus gracias y haga de nuestro querido Víctor un apóstol de J. C.

Turín, 28-6-78

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

L

Muy apreciada señora Cesconi:

Mis ojos empiezan a ir mejor, y por eso reanudo la acostumbrada correspondencia con los amigos de Toulouse.

Gracias a usted y al querido Víctor por los cordiales augurios, que me enviaron con ocasión de mi día onomástico y para este pobre sacerdote que no tiene más mérito que el de su bondad y caridad. Trataré de corresponder con especiales oraciones, para que ambos disfruten de buena salud largos años, a fin de que su hijo Víctor obtenga buen resultado en los próximos exámenes.

El día ocho del pasado abril estaba yo camino de Roma, pero me he encontrado en Turín su carta con los cincuenta francos; ahora recibo otros veinte por medio de la señora Magdalena Ragazzoni. ¡Cuántos motivos para estarle agradecido! Dios se lo pague como merece.

También yo deseo poder honrar a usted en persona y volver a ver al pequeño amigo Víctor Cesconi que ya se ha hecho mayor. Antes de mediados de agosto, no tengo ningún asunto que me aleje de Turín y, si ustedes pasan por esta ciudad, es indispensable que se paren aquí para hablar un poquito en nombre del Señor.

Pero bueno será que, algún tiempo antes, me indique su itinerario para tratar de encontrarme en el punto del camino desde donde menos tenga que andar usted.

Hace un año hemos abierto una casa para muchachos pobres en Marsella: se multiplicó y ahora ya son tres.

Ruego cada día en la santa misa por usted, por su hijo y por su señora madre. Dios los bendiga a todos y los conserve en su santa gracia.

[634] Por último, me encomiendo con mis pobres muchachos a la caridad de sus

santas oraciones, mientras que, con gratitud y aprecio, tengo el honor de profesarme de usted.

Turín, 2-7-79

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

M

Mi querido Víctor:

Si deseas venir a pasar unos diez días en Lanzo, nuestros ejercicios empiezan el sábado por la tarde. Habla de ello con mamá y, si te da permiso, puedes venir a Turín y trasladarte directamente al Oratorio, donde está ya preparada tu habitación. Después, el sábado, en el tren de las cuatro y media, saldrás con otros para Lanzo, donde yo te espero. Vamos a ver si eres un buen guerrero.

Dios os bendiga a ti y a mamá. Reza por mí siempre tuyo en J. C.

Lanzo Torinese, 9 de septiembre del 79

Afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

N

Mi querido Víctor:

Muchas gracias por los cristianos augurios que me haces en tu nombre y en el de tu señor maestro y tu señora madre. Te ruego les presentes mis más vivos saludos con el deseo de las mejores bendiciones.

Probablemente nos veremos en Roma; pero escríbeme un poco antes de vuestra salida y prepararé el terreno para la audiencia del Padre Santo y, además, una fonda conveniente. Haré lo que me dices; pero tú me prepararás un bolsillo lleno de peluconas, ¿no es verdad?

Y en cuanto a tí: —¿Qué curso haces? ¿Tienes todavía el mismo deseo de llegar a ser sacerdote? ¿Estáis bien de salud tú, tu señor profesor y tu madre? ¿Rezas todavía por don Bosco? Ten en cuenta que hasta ahora nunca hemos podido hablarnos algo confidencialmente de las cosas del alma. ¡Ya ves qué ganas tengo de charlar!

Dios te bendiga, querido Víctor, y te libre de los peligros del alma y, si me quieres, pide a la Santísima Virgen María para que pueda salvar mi alma.

Créeme siempre en J. C.

Tu afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[635]

O

Muy apreciada sèñora Cesconi:

He recibido con satisfacción sus noticias y sus augurios. Dios los derrame sobre usted, sobre el querido Víctor y sobre todos sus parientes.

He recibido también el giro postal de cincuenta francos para nuestras diversas casas, que reclaman todas ayuda.

Ruégole transmita mi cordial agradecimiento a su señora madre y a su hermana, y le aseguro que cada día las encomiendo de corazón en la santa misa, como lo hago por usted.

El Padre Santo confió a los cooperadores salesianos la construcción de la iglesia y hospicio del Sagrado Corazón en Roma. El mismo Padre Santo me ordenó que nombrara algunos limosneros y limosneras; he pensado nombrar también a usted y a nuestro Víctor y espero que acepten. Cuando se presente la ocasión, recogerán donativos de parientes, amigos y conocidos, aunque se trate de pequeñas cantidades. Procure únicamente anotar nombre, apellido y la cantidad que se entrega. Le envío por correo algunas circulares y el diploma, o módulo de subscripción. Recuerde que trabajamos por el Sagrado Corazón, por lo que Dios paga generosamente.

Dios la bendiga y conserve en buena salud. Tenga a bien rezar también por mí, que siempre seré en J. C.

Turín, 4-7-81

Su atento y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P

Benemérita señora Cesconi:

Recibo agradecido sesenta francos fruto de la caridad de V. S., de su madre y de su hermana. Doy las gracias a las tres y pido a Dios que, junto con nuestro querido Víctor, mantenga a todos en buena salud, y siempre en su santa gracia. Hoy, a media noche, los recomendaré a todos en la santa misa.

Me encomiendo de manera particular a la caridad de sus santas oraciones, al tiempo que tengo el honor de profesarme en J. C.

Turín, 24 de diciembre de 1881

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[636]

13

Episodio del año 1875

Lo narra el doctor José Albertotti en el Prólogo a la publicación póstuma del libro de su padre doctor Juan; Chi era don Bosco *(Biografía fisio-psico-patológica escrita por su médico. Génova, Fratelli Pala, 1934. Pág. 16 y sgts.).*

»Una vez al año, por aquella época, don Bosco invitaba a comer —creo que el día de San Juan que era su fiesta onomástica y la de mi papá— a mi padre y a mi madre. Y el año 1875, si no me equivoco, fui invitado yo también.

»Don Bosco estaba sentado entre mi padre y mi madre, y yo al lado de mi madre. Se sentaban a la misma mesa tal vez unos veinte sacerdotes, entre los cuales recuerdo

el entonces don Juan Cagliero. Reinaba la alegría y quien la mantenía era naturalmente don Bosco.

»A los postres quiso don Bosco hacernos saborear una buena botella de vino del Monferrato —recuerdo que era tinto— y el que estaba a mi lado se dispuso a descorcharla. Hincó el sacacorchos en el tapón y después se levantó, puso la botella entre las rodillas y, sosteniéndola con la mano izquierda, intentaba inútilmente con la derecha sacar el tapón.

»Don Bosco, al ver esto, se volvió a aquel sacerdote y le dijo: *Dala'n poch sì a mi chi non s'bosch* (dámela a mí que soy de Bosch, es decir, de madera) haciendo el doble juego de palabras entre bosch, madera, y su apellido Bosco.

»Tomó la botella y estando sentado la colocó sobre la mesa. Con la mano izquierda la agarró por el cuello hasta llegar la mano un dedo más arriba. Agarró con la derecha en dirección opuesta la parte del sacacorchos que había quedado por encima del tapón, de modo que los dos puños se encontraron por debajo de la parte horizontal del sacacorchos, con la parte inferior de la cual, estaba en contacto la parte superior —pulgar e índice— del puño derecho. Entonces, con sorpresa de todos, giró los dos puños de modo que, a medida que se iba levantando el puño inferior, se levantaba sin perder el contacto con aquél, el puño derecho. Todo esto sin descomponerse, y el tapón salió fuera muy bien. Se aplaudió y se bebió».

14

Carta de don Bosco a Monseñor Garga

Era Obispo Coadjutor de Novara. Lo había encontrado en Ovada en la ocasión que se narra en la pág. 312 del Vol. XI. En 1899 el autógrafo estaba en poder de don José Diverio, de Mondovì, en otro tiempo secretario del Cardenal Alimonda en Turín.

[637] *Apreciadísimo y Reverendísimo Monseñor:*

Por mucho que le busqué, no me fue posible encontrarle. Le incluyo el nombre de aquellos *dos*. El domingo celebramos la distribución de premios a nuestros muchachos. ¿No podría usted añadir un nuevo sacrificio y venir a presidirla? Fácilmente encontraríamos tiempo para hablar con alguna comodidad y, ¿quién sabe si no se podrá llevar a cabo algún proyecto?

Bendígame a mí y a nuestra familia y créame con la mayor veneración.

Ovada, 31-8-75

Su atento y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

15

Carta al maestro Dogliani

El maestro Dogliani, que, como él nos dijo, había tenido algún gran disgusto, escribió a don Bosco, que estaba en Roma. Debió de hacerlo en términos tales que

mereció recibir una bonita respuesta. La carta está sin fecha; parece que es del año 1875 o del 1876.

Querido Dogliani:

¡Bravo! Con gran satisfacción he recibido y leído tu carta. Sigue santificando a tus compañeros y santificándote a tí mismo.

Dios te bendiga y ruega por mí, que siempre seré en J. C.

Tu afmo. amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. Saluda de mi parte al caballero Pelazza, al marqués Barale y a Cottino el poeta[1].

16 *(El original en francés)*

Primer encuentro del marqués de Villeneuve-Trans con don Bosco

Relación de Ana, hija del marqués de Villeneuve-Trans, religiosa del Sagrado Corazón. Nos la envió en marzo de 1934.

Sucedió durante el invierno de 1879, que estuvimos en Hyères. Esperábamos que aquel clima suave sería favorable para la salud de mi padre, muy quebrantada por toda una serie de dolencias. Pero, ni las sonrisas de la naturaleza soleada, ni los esfuerzos de la ciencia, junto **[638]** con todo lo que pudo sugerir el afecto y el sacrificio, habían producido la mejoría deseada, pues el mal no cedía. Atendía a mi padre el Doctor d'Espiney, que era también un excelente cristiano y sería un día el biógrafo de don Bosco.

Convencido de la ineficacia de los medios humanos, no dudó el buen doctor en acudir a los sobrenaturales.

Como sabía que don Bosco tenía que ir al orfanato de La Navarre, resolvió llevar a su enfermo ante aquél, a quien ya se veneraba como a un santo. Aunque era yo muy pequeña entonces, me parece oír todavía el acento con que nos dijo mi padre:
—Va a venir un santo a casa.

Era la primera dicha, que debía repetirse muchas veces. Veo todavía a don Bosco entrando en el salón, sostenido por dos de sus sacerdotes, su aire de bondad, su fina y amable sonrisa; nos bendijo a mi hermano y a mí.

¿Qué sucedió después en la entrevista que sostuvo con mi padre? Sólo sé que don Bosco le animó a rezar a María Auxiliadora y, después, a ir a Turín el veinticuatro de mayo, en peregrinación de acción de gracias. Esto sucedía en febrero, y el veinticuatro de mayo iba a cumplir su voto y a dar gracias a la celestial bienhechora, cuya protección se experimentaría constantemente en su hogar. Su primer cuidado, al regreso, fue colocar la estatua de la Virgen sobre una columna de granito en la finca; cada día iba a sus pies con un ramo de flores cultivadas con amor y se interesaba para que ninguno de sus hijos dejase de honrarla.

[1] Los dos primeros eran los coadjutores, que hemos nombrado ya varias veces, y a quienes don Bosco había concedido *títulos de nobleza*; el tercero era un tipo raro de refitolero, que pretendía saber hacer versos.

Don Bosco fue siempre venerado en la familia como un santo. Todo lo que había sido usado por él se guardaba como reliquia. Mi padre llevaba siempre consigo una estampa de María Auxiliadora, en cuyo reverso había escrito don Bosco unas líneas; la llamaba su pasaporte y quiso proporcionar a cada uno de sus hijos mayores semejante talismán, que guardaron como precioso tesoro. Su afecto a la obra salesiana fue la segunda forma de agradecimiento de mi padre. El triunfo de María Auxiliadora y los maravillosos progresos de estas obras fueron siempre para su corazón fuentes de alegría.

A.M.V.T.

17

Tres cartas de don Bosco al Arcipreste de Casorzo

Se llamaba este párroco don Félix Bava. Los originales se guardan en el archivo parroquial de Casorzo Monferrato.

A

Muy apreciado en el Señor:

He recibido las veintiséis liras que usted y otros caritativos donantes ofrecen a la iglesia de María Auxiliadora, donde se emplearán para cubrir los gastos de construcción **[639]** y espero que la Santísima Virgen protegerá a esa parroquia y esparcirá abundantes bendiciones sobre todos sus feligreses, como se lo pido de corazón.

Dios nos ayude a todos a perseverar en el bien; y recomendándome a la caridad de sus santas oraciones, me profeso, con profunda gratitud, hacia todos los donantes y hacia usted en particular,

Turín, 13 de julio del 68

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

B

Muy apreciado señor Arcipreste:

Le agradezco, señor Arcipreste, su caritativa cooperación a nuestras obras de caridad. ¡Ojalá que todos entendieran el *quod superest date eleemosynam*, como usted lo entiende!

Le incluyo la carta para don Vicente Dalla Valle. Léala usted, para su norma, ciérrela después y hágase nuestro protector ante este sacerdote. Si, por suerte, se encuentra usted con alguna persona, a la que se pueda hablar de caridad, ayúdeme, poniendo de relieve los apuros en que me encuentro para vestir a casi trescientos, entre sacerdotes y clérigos, y sostener las obras comenzadas al lado de las iglesias y escuelas protestantes.

Mientras tanto, y de acuerdo con la facultad recibida de la Santa Sede, le concedo a usted, como a insigne bienhechor de nuestra humilde congregación:

1.º Facultad para bendecir medallas, rosarios, crucifijos con todas las indulgencias de Santa Brígida y de Santo Domingo.

2.º Aplicar indulgencia plenaria a todos los enfermos que visite y se encuentren graves.

3.º Facultad para leer y guardar libros prohibidos, *exceptis de obscenis.*

Tenga a bien aceptar, señor Arcipreste, mi respetuoso testimonio de gratitud y ruegue por mí, suyo en N.S.J.C.

B. S. Martino, 14 de diciembre del 80

Atentamente,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

C

Muy apreciado señor Arcipreste:

No pudo venir. Lo siento, paciencia. No dejaré de rezar por usted y por don Vicente Dalla Valle. En su nombre, recibo cuarenta liras y, de parte de usted, la renta nominal de quinientas liras. Dios le centuplique esta caridad. Espero verle en Turín, donde estaré hasta el veintidós del próximo enero, época de la partida de nuestros misioneros.

Recomiendo a su caridad y oraciones nuestras cosas y al pobre don Bosco, siempre suyo en J. C.

Atentamente,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[640]

18

Carta de acción de gracias

Está dirigida a las dos hijas del señor Bóffano, notario de Cúneo.

Muy apreciadas señoritas Bóffano:

Recibo agradecido su donativo y les doy gracias. No dejo de rezar por ustedes. Dios les asista en su edad y les ilumine para conocer la vocación y hacerse santas. Fe, ánimo, paciencia y Dios hará el resto.

El Señor las bendiga y conserve en su santa gracia y por el camino del cielo. Rueguen también por mí y por mi numerosísima familia (150 mil) y créanme siempre en J. C.

Turín, 29 de noviembre de 1882

Su atento y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[641]

CARTAS A CLARA LOUVET Y A LOS CONDES COLLE

NOTA:

Se recuerda al lector que las cartas siguientes (57 a la señorita Louvet y 76 a los condes Colle) están escritas en el original italiano todas en francés (menos una al conde Colle).

Dado el plan que seguimos en la traducción de estas Memorias Biográficas, *nos hemos visto obligados, como ya se advierte en la Presentación de este volumen, a traducirlas al castellano.*

Naturalmente que, así, no podrán los conocedores de la hermosa lengua francesa apreciar los matices lingüísticos deficientes (ortografía, léxico, sintaxis) a que alude Ceria, en la Introducción.

Sentimos privarles de este matiz. Pero, ya se verá, a pesar de la traducción, que la redacción de las cartas carece, a veces, de la fuerza que hubieran tenido, de haber estado escritas en italiano por don Bosco. (N. del T.).

I

A Clara Louvet

1

Caritativa Señorita:

Ciertamente ha sido un magnífico pensamiento enviar un billete de quinientos francos para nuestras obras. La ganancia ha sido toda para usted, porque el céntuplo ya ha empezado a correr a partir del día y del momento del envío; tanto más que, desde ahora hasta mi viaje a Aire (abril), tiene usted tiempo para preparar más dinero. ¿No es verdad, caritativa Señorita?

Siento mucho que la edad y la enfermedad de monseñor Scott aumenten cada día. Rezaré mucho por él en la santa misa y nuestros muchachos harán, o mejor, han hecho ya muchas comuniones y oraciones.

Para usted y para su guía, tengan paciencia; Dios arreglará sus asuntos espirituales y materiales para su gloria. Pero, mientras espera, procure acercarse a la santa mesa lo más a menudo posible y cuando por algún motivo, no pueda acercarse, no se apene. Usted me dirá sus penas y yo procuraré orientarla y aconsejarla.

En fin, los salesianos y las hijas de María Auxiliadora agradecen su bondad con ellos, y todos rezan por usted, le presentan sus buenos augurios y desean ardientemente volver a verla con nosotros.

Que Dios la bendiga y haga descender las bendiciones del cielo **[642]** sobre usted, su familia y sus asuntos junto con la perseverancia en el camino del Paraíso. Así sea.

Tenga a bien rezar por este pobre sacerdote, que, agradecido, es siempre suyo en J. C.

Turín, 1-1882

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

2

Señorita:

¡Su viaje ha sido bueno! ¡Bendito sea Dios! Pero, en vez de descansar unos días, se ha dedicado a buscar dinero para nuestros pobres huérfanos y nuestros jóvenes estudiantes para ser sacerdotes.

En consecuencia, he recibido los dos mil francos enviados por su caridad. Se lo agradezco con todo mi corazón y, en testimonio de mi agradecimiento, el día del Corpus celebraré la santa misa y nuestros muchachos comulgarán según sus intenciones. ¿Le gusta así?

Entre tanto, le aseguro que, lo mismo yo, que todas las personas que tuvieron la suerte de verla y conocerla, quedaron verdaderamente edificados de su piedad y caridad. Eso ha sucedido también con la señorita Deslyons. Sea dada la gloria a Dios.

Promete usted completar lo prometido en un gesto de piedad. Gracias, caritativa señorita; lo acepto muy agradecido ante el Señor; pero deseo que lo haga a su comodidad y en el momento y medida que le fuere posible.

¿Y la señorita Deslyons ha tenido también buen viaje? ¿No han sufrido nada en tan largo viaje, ni usted ni ella?

La gracia de N.S.J.C. sea siempre con ustedes y les conserve con buena salud y santidad por largos años en la tierra y les dé un día el gran premio del Paraíso. Así sea.

Tenga a bien rezar por el pobre don Bosco y por sus hijos, al tiempo que se profesa siempre en J. C.

Turín, 31 de mayo de 1882

Su atento y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

3

Señorita:

Creo que mi carta se habrá cruzado con la suya. Le decía en ella que había recibido los cinco mil francos y ahora le participo el recibo de los dos mil incluidos en la última de sus cartas. Sus intenciones serán fielmente atendidas.

[643] ¡Diez mil francos como ramillete de felicitación por San Juan! Ay, señorita, si todos los que vienen ese día trajeran ramilletes de este género, yo sería otro Rothschild. Pero para mí hay una sola *señorita Clara Louvet* y, con eso, quedo muy satisfecho.

Pero quiero que San Juan le pague la fiesta y, para convencerlo, yo celebraré aquel día la santa misa en el altar de María Auxiliadora y nuestros muchachos rezarán y comulgarán según su intención.

En su carta me dice que le cuesta mucho no hacer ningún ahorro para los años malos. No es así. Yo quiero que conserve todas sus entradas y las coloque al interés del cien por ciento en la tierra y obtenga después la verdadera recompensa de disfrutarlas para siempre en el Paraíso. ¿Me entiende? Espero que sí. Siempre he querido hacer todo lo posible para desasir el corazón de los amigos de las cosas miserables de este mundo y levantarlos hacia Dios, al bien eterno.

Ya ve usted, Señorita, que busco hacerla rica, o mejor, hacer fructificar las riquezas de la tierra, que se conservan por muy poco tiempo, y cambiarlas por tesoros eternos para siempre.

Me pregunta usted en qué obra puede colocar sus economías. Yo creo que estarían bien empleadas ayudando a la Iglesia y al Padre Santo, que tiene muchas necesidades; acudiendo en ayuda de las obras recomendadas por el mismo Padre Santo, como por ejemplo, la construcción de la iglesia y del asilo del Sagrado Corazón en Roma; ayudando las obras cuya finalidad es la preparación de los jóvenes para sacerdotes: en una palabra, haciendo sacerdotes que ganen muchas almas para Dios. Si usted tiene la paciencia de leer y entender mi mala letra, seguiré con el tema.

Mientras tanto, que Dios la bendiga y siga rezando por mí, que siempre seré en J. C.

Turín, 17 de junio de 1882

Su humilde servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

4

Caritativa Señorita:

Oiga una preciosísima historia.

Tenía yo que pagar una cantidad considerable para nuestro seminario de muchachos que siguen los estudios eclesiásticos; pero no sabía de dónde sacarla y decía para mí: si no fuera indiscreto, **[644]** acudiría a la señorita Louvet; pero ella ya nos ha dado y nos dará; por tanto, ¡discreción!

Llegó mientras tanto el día catorce de julio; yo había recogido unos dineros, pero me faltaban todavía dos mil francos para completar la cantidad necesaria. ¡Y he aquí la Divina Providencia! Apareció el cartero y me entregó una carta con valores declarados por dos mil francos.

¿Cómo se entiende esto? ¡Ha sido el mismo Señor, quien ha sugerido a la señorita Louvet que anticipara su ofrenda, enviando su dinero, que llegaba precisamente en el momento de pagar!

Bendito sea Dios, y mil gracias a usted.

Quiero escribir ahora a América para que en las quince colonias, cuando bauticen a los huérfanos salvajes que llegan a la fe, por lo menos una niña de cada colonia reciba el nombre de Clara en su bautizo y quede obligada a rezar por usted durante toda su vida.

Por nuestra parte, seguimos rezando todos los días por usted, lo mismo en las oraciones privadas que en las comunitarias.

Mi salud y mis asuntos me impiden ir a bautizar al hijo de la señora de Villeneuve, pero, dado caso que usted venga, le ruego me lo comunique, pues necesito absolutamente verla y hablar con usted.

En cuanto a los asuntos de la política, esté completamente tranquila, no tiene usted nada que temer.

Siga comulgando cada mañana. Dice usted que teme la rutina. Cuando la rutina es buena y nos conduce al bien, debemos seguirla y practicarla.

Usted está lejos de aquí, pero puede contar cada día con un *memento* muy particular por usted en mi misa.

Que Dios la bendiga, la conserve en buena salud y tenga a bien rezar por mí, siempre suyo en J. C.

Turín, 15 de julio de 1882

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. ¿Entiende mi mala letra? ¿Prefiere que me sirva del secretario que escribe muy bien?

5

Turín, 10 de agosto 1882

Señorita:

Estamos ante la fiesta de Santa Clara y yo no quiero olvidarla en ese día. He aquí mi humilde *ramillete*. El doce de este mes celebraré la santa misa y nuestros muchachos rezarán sus oraciones y recibirán la santa comunión, según su intención y para agradecerle la caridad, que nos ha hecho en tantas ocasiones.

[645] Como contestación a su atenta carta, le diré que el próximo invierno, si el buen Dios nos lo permite, me daré un paseo de Turín a Niza - Marsella - Lyon - París. Puede ser que tengamos ocasión de encontrarnos. Por el momento no hay mucha necesidad de tratar asuntos personalmente. Podemos escribirnos y entendernos sobre lo que conviene hacer.

La señora de Villeneuve pasará sin duda por Turín, camino de Niza o Marsella, con su familia y espero verlos y hablarles.

La crucecita que le he enviado significa que Dios le prepara muchas flores entre cruces y espinas. No se preocupe por ello. A su tiempo se lo explicaré todo.

Me dice usted que desea darme una limosna de dos mil francos en alguna ocasión. Pero como nosotros nos encontramos siempre, y especialmente ahora, con la necesidad de dinero, creo que será mejor anticipar la ofrenda, para que así pueda usted anticipar el céntuplo ante Dios y podamos nosotros servirnos de ella cuanto antes.

¡Que Dios la bendiga, señorita Clara, Dios la recompense, la conserve en buena salud y le guarde un puesto al lado de María Santísima Auxiliadora en el Paraíso! Así sea.

Tenga a bien seguir rezando por este pobre sacerdote siempre suyo en J. C.

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. Mis saludos a su compañera, por favor.

6

Turín, 5 de septiembre de 1882

Señorita Clara:

No le escribo para pedir dinero, sino para felicitarla en la fiesta de la Natividad de Sta. María Virgen. Ese día rezarán también nuestros muchachos por su salud y según

sus intenciones. Mi santa misa y las comuniones de nuestros muchachos serán por usted. ¿Le gusta así?

Dios la bendiga y la Santísima Virgen le proteja siempre, y usted tenga a bien rezar por este pobre sacerdote siempre suyo en J. C.

Su atento y humilde servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Mi dirección; hasta el día doce: San Benigno Canavese. Del doce al veinte: Sampierdarena. Después, Alassio, hasta fin de mes. Luego: Turín.

[646]

7

Señorita Clara:

El día ocho de este mes estaré en Turín esperando su llegada. Puede venir con una o dos compañeras. Hay sitio para todos los suyos.

Dígame únicamente la hora de su llegada a Turín, para que pueda ser atendida en la estación.

Dios la bendiga durante el viaje. Nuestros muchachos rezarán por usted y, todas las mañanas, yo la recordaré en la santa misa, asegurándole que soy siempre suyo en J. C.

San Benigno Canavese, 5 de octubre de 1882

Su seguro y humilde servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

8

Señorita Clara Louvet:

He recibido su atenta carta en la que me da sus noticias, pero muy escasas.

Creo que todo marcha bien. Pide usted una respuesta para el abate Engrand. Ya le contesté, pero le contestaré de nuevo. Rezo, con todos nuestros huérfanos, y, en la santa misa, tendré todas las mañanas un recuerdo por él. Que confíe mucho en la Santísima Virgen Auxiliadora y será escuchado sin duda, con tal que nuestras oraciones no sean contrarias a la felicidad eterna de su alma.

Encargo a la Santísima Virgen que le lleve una bendición especial.

Ya leerá usted en los boletines la consagración de la iglesia de San Juan Evangelista. Ha sido un espectáculo verdaderamente milagroso. Acudían los hombres por miles a confesarse y comulgar con devoción muy especial.

Que Dios le bendiga, señorita Clara, que le conserve en buena salud, con la paz del corazón y la tranquilidad de espíritu, y ruégole rece también por este pobre, que, agradecido, es siempre suyo en J. C.

Turín, 2 de noviembre de 1882

Su humilde servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[647]

9

Señorita Clara:

La Santísima Virgen me empuja a escribirle en estos días. Agradecidos a sus donativos, queremos hacer algo que le guste. En consecuencia, todos nuestros muchachos (ciento cincuenta mil) rezarán y comulgarán el viernes según sus intenciones y el pobre don Bosco, no pudiendo hacer otra cosa mejor, celebrará la santa misa por usted a fin de que Dios la bendiga y la Santísima Virgen la proteja siempre y tenga usted su ayuda en los peligros, su apoyo en el punto de la muerte y su gozo en el Paraíso. ¿Le parece bien? Pero cada cosa a su tiempo.

Don Miguel Rúa, don José Lazzero y don Juan Cagliero se acuerdan de usted y le envían sus respetuosos saludos.

Lo mismo hacen nuestras hermanas, las cuales conservan muy buen recuerdo de su visita y desean mucho volver a verla, pero durante muchos días, semanas y... años[1]; sobre todo en la temporada de los grandes calores para hacer un retiro en Nizza Monferrato, donde usted es muy esperada.

En cuanto a mí, si Francia está tranquila, saldré el día veinte de enero próximo para Génova, etc., Niza, Alpes Marítimos, Cannes, Tolón, Marsella, Valence, Lyon, para estar en París a fines de marzo. Como usted comprende, son sólo proyectos, de los que la tendré al corriente antes de realizarlos.

Mientras tanto, no dejaré de recordarla todas las mañanas en la santa misa y rezar por el sacerdote que me ha recomendado, por la señorita Deslyons y por todas sus intenciones.

Dios la conserve en buena salud y en el camino del Paraíso. Le suplico rece por este pobre sacerdote que, agradecido, será siempre suyo en Nuestro Señor Jesucristo.

Turín, 5 de diciembre de 1882

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

10

Señorita Clara:

Para no olvidar nada de sus cartas, escribiré cronológicamente. Comienzo por agradecerle la bonísima cuestación que ha hecho para la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús en Roma: quinientos francos. **[648]** Solamente hay en ella seis suscriptores; pero uno es la señorita Clara, con trescientos noventa y cinco francos. Esta última aportación completa todo. El Niño Jesús concede el céntuplo a todos los donantes, y yo no dejaré de hacer muchas oraciones según su intención.

Le ruego tenga la bondad de entregar al abate Engrand la cartita adjunta.

Diga a la señorita Noemí Sénéchal que celebraremos su misa, precisamente el día de Navidad con las oraciones y comuniones de nuestros muchachos. Ellos le agrade-

[1] Los puntitos antes de «años» aluden tal vez al casi propósito que tenía la señorita Louvet de hacerse Hija de María Auxiliadora.

cen muy especialmente los donativos que usted nos envía, pues se encuentran muy necesitados. Carecen de pan y de ropa, que los defienda del frío de nuestra tierra. Con tal motivo, rezan y rezarán muy especialmente por sus bienhechores.

Antes de fijar la fecha de su viaje a Roma, espere a que haya tranquilidad en el ambiente. Desde hoy hasta el mes de abril, espero que podremos hablar en Aire o por carta.

Estamos en la novena de Navidad. Todas las mañanas tengo un recuerdo para usted en la santa misa. Pero rece usted también por mí en sus santas oraciones y créame siempre suyo en J. C.

Turín, 18 de diciembre de 1882

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

11

Señorita:

Antes de mi salida, debo darle cuenta general de nuestros asuntos.

Creo que, a estas horas, habrá recibido mi carta en contestación a su primera. Esta carta no se echó al correo tan pronto como yo había ordenado; usted perdonará, así lo espero, este retraso; pero se recibieron los quinientos francos y yo procuré darle las gracias con las oraciones que hicieron nuestros muchachos al Señor especialmente por usted.

Nuestras hermanas me hablan muy a menudo, le desean toda clase de felicidades, y tienen para ello todos los días un recuerdo por usted en sus oraciones comunitarias. Desean volver a verla en la buena estación.

Saldré de Turín, si Dios quiere, el día treinta y uno de este mes. Estaré algunos días en Sampierdarena, Varazze, Alassio y Ventimiglia para llegar a Niza el quince de febrero. Para escribirme, si fuere menester, la dirección será como sigue. Hasta el día treinta y uno: Turín. Hasta el quince: Alassio. Hasta el último día de febrero: Niza, Alpes Marítimos. Hasta el diez de marzo: Tolón, pero en la calle La Fayette, n.º 7. Hasta el veinticinco, en Marsella. Después, ya le comunicaré mi dirección.

[649] En el mes de abril estaré en París con la ayuda de Dios. Para hacer una escapada a Aire, toca a usted decírmelo. La única persona a quien conozco es usted, señorita; pero, si, durante el mes de abril, está usted en otra parte, creo mejor diferir mi viaje para otra ocasión.

Usted me dirá: pero es que yo tengo dinero para darle si viene a Aire. Es un asunto que se arreglará a su tiempo. Nosotros debemos buscar lo que nos ocasiona menos gasto y resulta más conveniente para su salud. Prepare solamente el dinero y después ya vendrá seguramente el correo en nuestra ayuda. Lo digo en broma.

Mientras tanto, quede tranquila por todo lo que toca a su conciencia. Todas las mañanas, tendré un *memento* por usted en la santa misa y espero que también usted rece por mí.

Dios la bendiga y la Santísima Virgen la proteja siempre; tenga a bien rezar por mí, que, con gratitud y reconocimiento, seré siempre en J. C.

Turín, 18 de enero de 1883

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. ¡Qué mala letra!

12

Señorita:

Unas palabras antes de salir. He recibido su atenta carta con cien francos. Le suplico dé las gracias de mi parte al señor d'Hagerne, asegurándole que no sólo rezaré por él, sino que exhortaré a todos mis muchachos a rezar mucho por su felicidad espiritual y temporal.

No dejaré de tener un recuerdo para usted en la santa misa todas las mañanas. *Un gran cambio se aproxima.*

Que la Santísima Virgen Auxiliadora nos bendiga y nos proteja. Recibirá esta carta muy pronto. Ruegue por mí, siempre suyo en J. C.

Turín, 30-83

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

13

Oratorio de S. León
Marsella, 2 de marzo de 1883

Señorita:

Estoy en Marsella; el Conde y el Vizconde[1] también están aquí, y nos vemos y hablamos de usted muy a menudo.

[650] El primero de abril saldré para Lyon y espero llegar a París el día quince. Los últimos días del mes, haré una escapada a Lille. Todo ello, si Dios quiere.

Podremos vernos y hablar a nuestro gusto en París o en Lille.

El tiempo es corto; pero, si usted desea absolutamente que vaya hasta Aire, yo mantendré la palabra; mas, si a usted le parece bien, haré este viaje en otra ocasión cuando el tiempo no sea tan corto.

Dios le bendiga siempre, viva tranquila y no se angustie por los acontecimientos públicos, ni por los asuntos privados. Rece mucho por este pobre, siempre suyo en J. C.

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Dirección en París: chez Mme. Combaud, 34, Av. de Messine.

14

Señorita:

Mañana al mediodía, si Dios quiere, estaré en Lille, en casa del conde de Montigny. Toda la próxima semana estaré allí.

[1] Los de Montigny.

Dios nos bendiga y nos conserve en su gracia.
Hasta vernos y créame en J. C.

París, 4 de mayo de 1883

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

15

Señorita:

Ha sido algo extraordinario. Escribí una carta el día doce de julio para la fiesta de Santa Clara y hasta esta mañana, al celebrar la misa, no me di cuenta de que entonces me equivoqué. Paciencia. Mejor es anticipar el bien que dilatarlo.

No obstante, he querido celebrar la santa misa según su intención en el altar de María Auxiliadora y nuestros muchachos han rezado y comulgado por usted.

Que Dios le bendiga y conserve en salud y santidad. Así sea.

Turín, 12 de agosto de 1883

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Señorita Clara Louvet-Aire

[651]

16

Señorita:

Sus cartas son siempre presagio de bondad y caridad. Dios la premie con largueza. Me envía quinientos francos para nuestros huérfanos: ellos harán muchas oraciones y comuniones según sus intenciones.

No dejaré de encomendarle al Señor, junto con sus compañeras, su viaje, el abate Engrand y todos sus parientes y amistades.

Mucho celebraré tener con nosotros al buen Abate. Estará con nosotros como en su casa.

¿Pero, es que usted no se anima a acompañarle?

El orfanato de San Gabriel en Lille ha sido aceptado por los Salesianos y espero que nos podremos ver más a menudo.

La Santísima Virgen le guíe durante todo el viaje a Lourdes y le traiga hasta Turín, donde nuestras hermanas le tienen siempre preparada su habitación.

Tenga a bien rezar por este pobre sacerdote que, sinceramente agradecido, es siempre suyo en J. C.

Turín, 19 de agosto de 1883

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

17[1]

Señorita:

Su caritativo donativo de mil francos ha llegado hasta mí sin dificultad. Las misas serán celebradas exacta y prontamente. Todos los salesianos, nuestros alumnos y yo, haremos muchas oraciones por usted, según sus intenciones, y, sobre todo, por sus difuntos.

Pero yo deseo su paz y su tranquilidad de corazón. Escúcheme. Su conciencia está limpia; tiene una guía segura en la Santísima Virgen; su ángel de la guarda la protege. Por tanto, no tiene nada que temer.

Dios la bendiga, querida señorita Clara, y que la Santísima Virgen Auxiliadora sea siempre su protectora en el camino del paraíso.

Haga el favor de rezar también por este pobre sacerdote que la espera aquí para la próxima primavera y más todavía en la dichosa eternidad. Así sea.

Turín, 9 de septiembre de 1883

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[652]

18

Señorita Louvet:

Pocas cosas, pero cumplidas con diligencia.

Cada año: revisión anual de la conciencia, reflexionando sobre el progreso y retroceso, durante el año transcurrido.

Cada mes: ejercicio de la buena muerte, con la confesión mensual y la santa comunión, como si fueran las últimas de la vida; plegarias de la buena muerte.

Cada semana: santa confesión; mucha atención para recordar y cumplir los avisos del confesor.

Cada día: santa comunión, a ser posible; visita al Santísimo Sacramento, meditación, lectura, examen de conciencia.

Siempre: considerar cada día como el último de la vida.

Que Dios la bendiga y la Santísima Virgen le haga dichosa en el tiempo y en la eternidad. Hacer las buenas obras que nos sean posibles.

Tenga a bien rezar por su pobre servidor en Jesucristo.

Turín, 17 de septiembre de 1883

JUAN BOSCO, *Pbro.*

19

Señorita Clara:

En estos días andaba yo preocupado con mil cosas. Finalmente, nuestros misioneros salieron ayer por la mañana para la Patagonia. Ellos rezarán por usted, Señorita, y

[1] El autógrafo de las cartas diecisiete y dieciocho está en el archivo general de las Hijas de María Auxiliadora. Sólo hemos podido tener una copia con ciertos retoques.

me han asegurado que se impondrá el nombre de Santa Clara a muchas huérfanas de los salvajes bautizadas, con la obligación de rezar mucho por usted durante toda su vida.

Ruégole entregue la estampita adjunta a su destinatario en acción de gracias.

[653] La casa de Lille estará en nuestras manos a primeros del próximo año.

Mil bendiciones para el abate Engrand.

Espero escribirle pronto.

Que la Santísima Virgen sea su guía siempre.

Turín, 15 de noviembre de 1883

Su atento y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

20

Señorita Clara Louvet:

Estos días hablamos mucho de usted, de su caridad y de la esperanza de verla en Roma el próximo mes de abril. ¿Irá? Así lo espero.

Usted sabe muy bien que rezamos a diario según su intención, pero, en el gran día de Navidad, le suplico acepte el regalo de tres misas celebradas en el altar de María Auxiliadora con muchas oraciones y comuniones. Todo ello a cambio de la caridad que nos hace. Pediremos al Niño Jesús que le conserve mucho tiempo su buena salud y le conceda días, semanas, meses y años sin número, llenos de satisfacción y, como corona de todo, un bonito premio en el paraíso. ¿Le gusta así? Pues que así sea.

Todos los Salesianos, todas las Hijas de María Auxiliadora le envían felicitación y le desean muchos años de vida, pero siempre con buena salud.

Nuestros misioneros han salido, tenemos noticias de ellos hasta la Isla de San Vicente y nada más. No tendremos noticias del viaje hasta el quince del próximo mes.

Adiós, señorita, tenga a bien aceptar nuestro reconocimiento y rezar por este pobre sacerdote, siempre suyo en Jesucristo.

Turín, 21 de diciembre de 1883

Su atento y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. En el momento de llevar la carta al correo, recibo la suya, que es, por así decirlo, respuesta a la mía. Muy bien. Le diré que hasta el presente no nos hemos dado cuenta de que nuestras cartas hayan sido abiertas en la oficina postal.

En este momento, don Pablo Albera y don Camilo de Barruel están en Lille para fijar el día de la inauguración del orfanato de San Gabriel. Iremos allí a primeros de año.

Por el momento, no se preocupe por fundar becas para el Hospicio. Todas las cosas tienen su tiempo. Ahora **[654]** tenemos muchas deudas por pagar, particularmente para la construcción de nuestra iglesia y nuestra casa de Roma y para los enormes gastos de nuestros misioneros y nuestras misiones de Patagonia entre los salvajes.

21

Señorita Clara:

Usted siempre es para nosotros una verdadera providencia. Don Miguel Rúa tenía que pagar esta semana una deuda bastante grande y, mientras hablábamos de cómo encontrar el dinero, he aquí que llegó su carta certificada con dos mil francos.

Bendito sea Dios y él recompense ampliamente su caridad. Nosotros rezaremos mucho por usted. Tal vez salga para Roma el quince de marzo para estar allí todo el mes de abril. Tan pronto como hayamos determinado algo, se lo comunicaré.

No dejaré de seguir haciendo nuestras pobres oraciones por el abate Engrand y le ruego, señorita, le presente mis felicitaciones y respetuosos saludos.

Que Dios la bendiga, señorita, y la conserve muchos años muy felices y le conceda después la verdadera recompensa, el verdadero premio con los ángeles del Paraíso. Así sea.

Le ruego rece también por mí, siempre suyo en J. C.

Turín, 2-84

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

22

Señorita Clara:

Usted es siempre la madre providencial para nosotros y para nuestras obras. He tardado en contestarle porque deseaba hacerlo yo mismo. Así pues, todo a la vez.

He recibido la cantidad de quinientos francos, por lo que se harán muchas oraciones según su intención, sobre todo, en estos días de la novena de San Francisco de Sales.

Se harán oraciones totalmente especiales y comuniones por su amiga enferma, la señora Margarita Mazinguem. Que la Santísima Virgen le conceda una bendición especial, y le obtenga todas las gracias que no se opongan a la felicidad de su alma.

En cuanto a lo que se publica en Francia, esté tranquila, puede hacer su viaje a Roma, donde encontrará a don Bosco que la espera.

[655] Para el tiempo de su estancia en Roma, puede enviar sus valores a la persona a la que encarga se los guarde ordinariamente en ocasiones semejantes.

Y, si todavía quiere estar más segura, puede ponerlos en la *banca* de don Bosco, que los custodiará, o, mejor aún, los empleará rápidamente, de modo que los ladrones no los puedan tocar jamás. He aquí la manera de asegurar el dinero. Bien entendido, señorita, que lo digo en broma.

Me pregunta cuándo estarán nuestros religiosos en Lille. Han comenzado el lunes de esta semana y, siempre que usted pase por esta ciudad, puede hacer un descanso o una parada a su gusto.

Que Dios nos bendiga y nos conserve en su gracia hasta el Paraíso. Así sea.

Turín, 26-84

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

23

Señorita:

No era mi intención, señorita, imponerle la obligación de pagar usted misma el dinero que ha sido robado en correos. Paciencia y, por ahora, gracias a usted.

Con la gran cantidad de cartas que recibimos, no es posible examinar si alguna ha sido abierta. Sin embargo, no dejaremos de estar sobre aviso.

Si Dios quiere, los últimos días de marzo estaré en Marsella y, desde allí, iré de casa en casa para pasar el mes de abril en Roma, donde creo que usted estará seguramente.

Dos renglones para entregar a la señorita L. Deslyons, por favor.

Lo demás, para otra vez.

Mi pecho está algo fatigado, rece por este pobre sacerdote, siempre suyo en J. C.

Turín, 14 de febrero del 84

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

24

Señorita Clara Louvet:

Espero que se encuentre bien de salud y me apresuro a enviarle un antídoto seguro contra el cólera.

1.º Llevar consigo una medalla de María Auxiliadora.

[656] 2.º Repetir la jaculatoria: *O María, Auxilium Christianorum, ora pro nobis.*

3.º Recibir a menudo la santa comunión.

Gracias por todas sus limosnas. Dios recompense con abundancia sus buenas obras. Rezamos por usted; ruegue usted por nosotros y por nuestra familia. Así sea.

Turín, 9 de julio de 1884.

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

25

Señorita Clara:

Estoy en Pinerolo para cuidar mi pereza. El Obispo es para mí un padre.

Todos los de nuestra casa gozan de buena salud y lo mismo los de las casas de Francia.

El doce de este mes, todos los muchachos y sacerdotes rezarán según su intención.

Que Dios la bendiga y la Santísima Virgen les proteja: a usted, al abate Engrand, a sus parientes y a sus amistades. Así sea.

Tenga a bien rezar por este pobre sacerdote, agradecido ante Dios y ante los hombres, siempre suyo en J. C.

Pinerolo, 10 de agosto del 84

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

26

Señorita Louvet:

Unas palabras solamente, pero quiero escribirlas yo mismo. Sus plegarias son sumamente necesarias en estos momentos, continúelas. Su caridad, su billete de mil, servirá para un huérfano del cólera y librará del mismo, sin duda, a la persona de la donante.

Tengo una bonita noticia que darle. Todas nuestras casas de Francia, todos los bienhechores de nuestros huérfanos, gracias a María Auxiliadora, han sido preservados del azote que aflige a Francia. Lo mismo sucederá con usted, señorita Clara.

Que Dios la bendiga y la Santísima Virgen la proteja.

Mi salud va mucho mejor; el viernes, Dios mediante, volveré a Turín.

Pinerolo, 18 de agosto del 84

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[657]

27

Oratorio de San Benigno Canavese

Señorita:

Usted desea recibir mis noticias y yo soy feliz en dárselas por mí mismo. Mi enfermedad ha mejorado mucho y he podido venir a San Benigno para recibir la profesión religiosa de nuestros novicios. Mañana volveré a Turín y espero que mi salud irá de bien en mejor. Bendito sea Dios.

Ahora no quiero pedirle que nos ayude con su caridad, porque, cuando ello está en su mano, siempre lo hace, pero, en este momento, me encuentro muy preocupado por falta de dinero. El cólera nos obliga a llenar nuestras casas de huérfanos y no sabemos cómo arreglárnoslas. Usted rece, haga lo que pueda, y nada más.

Mientras tanto, nosotros hemos rezado y seguiremos rezando siempre según su intención, por la conservación de su salud y, especialmente, para que los males que afligen a nuestros pueblos estén siempre lejos de usted.

Oh María, mantened a vuestra hija Clara por el camino del paraíso. Así sea.

4 de octubre del 84

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro*

28

Señorita Clara:

Me apresuro a participarle que he recibido su muy apreciada carta con el donativo que contenía. Se lo agradezco de todo corazón. Nuestros muchachos y yo haremos muchas oraciones según su intención.

Cuando los banqueros de Francia tengan que enviarnos dinero, escriban sencillamente: *Valor declarado, cien francos.* Todas las cantidades siempre nos han llegado.

Todos los Salesianos le envían sus respetuosos saludos y ruegan por su felicidad espiritual y temporal.

Oh María, proteged siempre a vuestra hija Clara y aseguradle el gran premio eterno.

Aunque poquito a poco, mi salud va siempre algo mejor.

Tenga la bondad de rezar también por su humilde agradecido en J. C.

Turín, 12 de octubre del 84
Fiesta de la Maternidad de María

Servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[658]

29

Señorita Clara:

El próximo sábado, empezaremos la solemne novena de la gran fiesta de la Inmaculada Concepción y deseo que los Salesianos recen, muy especialmente, para que se conserve su salud por largo tiempo.

Se ofrecerán a Dios, según su intención, una misa, oraciones y comuniones en el altar de María Auxiliadora.

El día de la fiesta, será consagrado Obispo don Juan Cagliero y la encomendará mucho en su misa.

Adiós, Señorita; la Santísima Virgen la guíe y la proteja; ruegue también por toda la familia salesiana y, especialmente, por éste su pobre.

Turín, 22 de noviembre de 1884.

Atto. y s. s.,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

30

Señorita Clara Louvet:

Me apresuro a comunicarle que he recibido su muy amable carta con un billete de quinientos francos; agradezco con todo mi corazón su inagotable caridad, que Dios le dé muchas veces el céntuplo.

Don Juan Cagliero se ha emocionado mucho con su recuerdo. El próximo domingo, día de su consagración, me asegura que hará oraciones muy especiales según su intención y por su felicidad.

Mientras tanto, le ruego que esté tranquila por los sucesos de nuestros tiempos. *Esté segura de que la Santísima Virgen será su guía y su protectora en todos los peligros de la vida.*

Rece, por favor, por este pobre, siempre suyo en J. C.

Turín, 30 de noviembre del 84

Su atento y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

31

Señorita:

Siento mucho que, en estos días, haya sufrido quebranto su salud. Los sacerdotes, los clérigos, los muchachos ruegan mañana y tarde ante el altar de María Auxiliadora.

[659] Anímese, todavía no ha llegado su hora, no tema nada.

Acepte los augurios de un feliz año, en nombre de todos los salesianos y todas las Hermanas que rezan también, sin cesar, por usted.

Adiós. Hasta vernos y con buena salud.

Turín, 8-85

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

32[1]

Caritativa Señorita:

Mientras le escribía la carta para asegurarle unas felices fiestas, se anticipaba usted con su caritativo donativo de trescientos francos.

Que Dios recompense generosamente sus oraciones, sus augurios y su caridad. Como testimonio de nuestro agradecimiento, haremos muchas oraciones en esta novena según su intención; también nuestros muchachos rezarán y comulgarán y yo ofreceré el sacrificio de la santa misa el día de Navidad.

Mi salud ha mejorado mucho, pero no estoy seguro de darme un paseo en primavera hasta Lille. Ya veremos.

No se inquiete por la crisis agrícola. Si disminuyen las rentas, disminuirá las buenas obras de caridad, o mejor, las aumentará, agotará el capital, se hará tan pobre como Job y, entonces, será tan santa como Santa Teresa.

Pero eso, jamás. ¡Dios nos asegura el *céntuplo en la tierra; por consiguiente, dé y se le dará*! Sea generosa y paciente con los colonos, Dios es todopoderoso. Dios es su Padre, Dios le proporcionará todo lo necesario para usted y para ellos.

Con respecto a la cantidad de dinero para la familia de su padre, es difícil fijarla en la crisis actual. Yo diría que dejase en testamento la cantidad de treinta mil francos. Haga sólo una nota testamentaria. Espero que el Señor nos permitirá hablar personalmente, entendernos y hacer las cosas lo mejor posible.

Le suplico diga al abate Engrand que no le olvido y que toda la casa rezará por él y, de una manera especial, por usted, por sus parientes, amigos, por sus asuntos para la vida y para la eternidad.

Tenga a bien rogar por el pobre don Bosco, siempre suyo en N. S.

Turín, 20 de diciembre de 1884

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[1] También el original de esta carta se encuentra en el archivo de las Hijas de María Auxiliadora.

[660]

33

Caritativa señorita Clara Louvet:

Espero que María Auxiliadora habrá continuado su santa protección y que usted gozará a estas horas de buena salud; pero nuestros muchachos, sacerdotes y clérigos continúan sus oraciones a los pies de su altar.

Ahora, después de un horrible desastre, las relaciones[1] han quedado restablecidas definitivamente.

Usted sabe, señorita, la catástrofe del incendio que ha destruido una parte considerable de nuestra casa. Alrededor de cien mil francos, pero gracias a Dios, las personas se han salvado.

La Divina Providencia siempre nos ha ayudado y no nos abandonará ante una necesidad tan excepcional.

Le recomiendo una cosa sola: cuide su salud. Trataremos otros asuntos en otro momento más tranquilo.

Mi salud es siempre muy precaria, pero no guardo cama y despacho mis ocupaciones.

Le ruego, señorita, presente mis saludos al abate Engrand y le diga que no les olvido a él, ni a su madre en mis pobres oraciones.

Adiós, señorita, ánimo; espero que podamos vernos durante el año y dar gracias al Señor por la salud que nos ha concedido.

Continúe, le ruego, sus oraciones por este pobre sacerdote, siempre suyo en N.S.J.C.

Turín, 1 de febrero del 85

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

34

Señorita Clara:

Su cristiana carta me ha traído rápidamente el billete de mil francos, enviado por su caridad.

Que Dios bendiga y recompense con largueza su caridad. Durante toda la Cuaresma haremos cada día oraciones, según su intención, y especialmente por la conservación de su salud.

Durante estos días, no debe pensar en vigilias ni en ayunos; le está rigurosamente prohibido. Deje que los pecadores, como don Bosco, hagan la penitencia que tanta falta hace.

Agradezco al abate Engrand el interés con que trabaja **[661]** por colocar los boletos de la rifa. Creo que encontrará buena y fácil acogida, si advierte que cada billete obtiene diez días de indulgencia concedida por el Padre Santo.

Le recomiendo todos los días en la santa misa y triunfará en su empresa.

Mi salud va cada día mejor, pero marcha muy lentamente. Confío mucho en sus santas oraciones.

---

[1] Quiere decir las comunicaciones con el extranjero, irregulares por el cólera.

Que Dios la bendiga, señorita, y con usted bendiga a todos nuestros bienhechores, y que la Santísima Virgen los guíe por el camino del Paraíso. Así sea.

Siempre suyo en J. C.

Turín, 21 de febrero del 85

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

35

Señorita Clara:

A estas horas ya habrá recibido mi carta, comunicándole que han llegado a mis manos los mil francos que su caridad nos ha enviado y que en seguida han sido empleados por don Miguel Rúa. He recibido también el importe de los boletos de la rifa, que usted, señorita, y el abate Engrand han enviado.

Habla en la última carta de su salud y del proyecto que tiene de hacer un viaje a Italia para cuidarse. No podría hacer nada mejor. Cuando esté decidida, comuníquemelo. Nuestras Hermanas le esperan con alegría. Dígame algo antes y comuníqueme si vendrá sola o en compañía de alguien.

En el caso de que fuere el abate Engrand, él vendrá a dormir y comer a nuestra casa durante todo el tiempo que esté en Turín.

Usted me dirá cómo piensa hacer y yo me tendré por muy honrado de servirle humildemente en todo lo que le pueda ayudar espiritual o materialmente.

Todos los de casa rezan por usted y esperan volver a verla en buena salud.

Que Dios la bendiga, caritativa Clara, y, con usted, a sus parientes y a la familia Engrand y tenga la bondad de rezar por mí, siempre suyo en J. C.

Turín, 27-2-85

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[662]

36

Viva la señorita Clara en su día onomástico:

El sábado, Asunción de la Santísima Virgen al cielo, rezaré y haré rezar a esta buena Madre, para que le obtenga generosamente buena y duradera salud y santidad y le prepare junto a Ella un puesto en el Paraíso. Pero esta gracia la pido para usted, su familia y amistades.

Mi misa será por usted, y usted ruegue también por mí.

Adiós, hasta volver a vernos muchas veces en la tierra, pero, seguramente un día, en el Paraíso, ¿verdad?

Su humilde y agradecido servidor,

Turín, 12 de agosto de 1885

JUAN BOSCO, *Pbro.*

37

Señorita Clara:

Sé que desea celebrar la fiesta de la Santísima Virgen en todas las ocasiones y, sobre todo, en las solemnidades, por lo que quiero ayudarla según mis posibles. El domingo, día 11 de octubre, es la Maternidad de esta nueva Madre y nuestros muchachos harán muchas oraciones y comuniones, según su santa intención, y yo tendré la satisfacción de celebrar la santa misa exclusivamente por usted. Por usted, por su salud y santidad, por su perseverancia en el camino del cielo; y todo ello para ofrecerle una recompensa por la caridad que tiene por nosotros y la ayuda que presta a nuestras obras.

Monseñor Cagliero me escribe, además, otra cosa. Ha bautizado a una niña salvaje, junto al *Río Negro* en Patagonia y, como recuerdo de usted, le ha puesto el nombre de *Clara Louvet*, con la condición de que ruegue por usted durante toda su vida. Espero darle más noticias de esa huerfanita, si es buena, como desean nuestras hermanas.

Adiós, señorita Louvet; la Santísima Virgen le guíe y, con usted, a todos sus parientes y amistades, de modo que se puedan ver seguramente en el Paraíso, y también con el pobre don Bosco.

Ruegue por mí y, especialmente, por los sacerdotes, que no dejan de tener un *memento* diario según su intención. Bendito sea Dios.

Turín, 7 de octubre de 1885.

Su s. s.,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[663]

38

Caritativa señorita:

Gracias por su gran caridad. María, nuestra buena Madre, le asegurará ciertamente la recompensa que usted desea y merece.

El buen Dios, que nos ha escuchado el domingo pasado, nos escuchará también en las elecciones del día dieciocho de este mes. Sigamos con nuestras oraciones porque la Santísima Virgen es poderosa.

Lamento mucho que no pueda arrendar ni vender las tierras de que habla. El daño es para mí; porque, a menos dinero para usted, menos caridad para nuestros huerfanitos. Pero la Santísima Virgen lo arreglará todo; mejor salud, menos sequía en el campo, más abundancia en las cosechas y cada cosa en su puesto.

Usted, señorita, me da la esperanza de volver a vernos el próximo año; esto es para mí una gran satisfacción. Todos los Salesianos ruegan para que esto se cumpla.

Esperamos que los acontecimientos públicos y privados lo permitan.

Acepte el humilde homenaje de las oraciones que los Salesianos hacen todos los días por su intención y tenga la bondad de rezar usted también por este pobre sacerdote muy agradecido y siempre suyo en J. C.

Turín, 15 de octubre del 85

Atento y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

39

Caritativa señorita Clara:

El día veinte de este mes comienza la novena de San Francisco de Sales, y yo le envío el Rey de Francia[1] para que la visite y asegure que no le pasará nada. Durante toda la novena celebraré la santa misa según su intención; nuestros muchachos rezarán y comulgarán por usted.

Le suplico una también sus oraciones a las nuestras y le aseguro que siempre seré en nuestro S.J.C.

Turín, 16 de enero del 86

Su atento y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

40

Caritativa Señorita:

Hemos celebrado la fiesta de San Francisco de Sales y la conferencia; pero no hemos dejado de rezar mucho por usted y por su tranquilidad. Los periódicos publican desórdenes en Francia; pero usted esté tranquila. **[664]** No le pasará nada; sólo le recomiendo que lleve encima una medalla de María Auxiliadora.

En este momento, tenemos con nosotros tres misioneros de la Patagonia, que nos traen buenas noticias de sus protegidos. Todavía estarán con nosotros quince días.

¿Vendrá usted también a hacernos una visita durante el año? Espero que sí, porque mi salud me obliga a estar en Valdocco todo el tiempo; nuestras Hermanas la esperan con impaciencia.

Todos los Salesianos le saludan, ruegan por usted y se encomiendan conmigo a sus santas oraciones, mientras la Santísima Virgen la protegerá y guiará segura por el camino del Paraíso. Así sea.

Turín, 7 de febrero de 1886.

Su atto. y s. s.,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. Si tiene ocasión, le ruego salude a nuestros cooperadores de Aire y les asegure que no dejo de encomendarles todos los días en la santa misa.

41

Señorita Clara Louvet:

En nuestro colegio de la ciudad de Alassio recibo su apreciada y estupenda carta. Las cosas de que me habla, no son nada frente a la eternidad. Si llegamos a poder hablar, podremos arreglar todos los asuntos; de no ser así, nos entenderemos por carta.

Mientras tanto, empiece a reflexionar en dos cosas: 1.º para usted sería muy bue-

[1] Imagino se trata de una estampita de San Luis, rey de Francia. (*N. del T.*).

no el clima del mediodía; 2.º desentiéndase de todo lo que pueda ocasionarle inquietudes y aflicciones.

Conviene que hablemos por separado de estas dos cosas, cuando nos encontremos.

Mi salud es bastante buena. Saldré, si Dios quiere, el sábado con dirección a Niza, etc., hasta Barcelona, y espero encontrarme en Turín a primeros de mayo. Dirija siempre sus cartas a Turín. Desde allí me las remitirán rápidamente a donde me encuentre.

Desde aquí partiré para Niza, Cannes, Tolón, Marsella, Barcelona. Después reemprenderé el camino de Italia para estar en casa a principios del mes de mayo.

Adiós, Señorita; la Santísima Virgen nos guíe siempre por el camino del Paraíso.

Alassio, 19 de marzo de 1886.

Su atto. y s. s.,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[665] P. D. Creo será una buena morada para usted durante el invierno Alassio, y Nizza Monferrato en el verano, con dos habitaciones para usted junto a la casa de nuestras Hermanas. De la comodidad hablaremos de viva voz.

42

Caritativa señorita Louvet:

Mi estado de salud me ha obligado a suspender toda suerte de trabajos; pero ahora, con ganas de empezar a hacer algo, me encuentro obligado a escribir a usted, caritativa señorita.

Ante todo le diré que los asuntos concernientes a nosotros han sido organizados por don Miguel Rúa, según las intenciones manifestadas por usted en sus cartas y a mí personalmente. Podemos, por tanto, estar totalmente tranquilos.

¿Y las empleadas de su casa cumplen bien con su deber? ¿Y la paciencia marcha bien en su casa y en la familia? Esté tranquila en Francia, no le sucederá nada y, si alguna molestia sobreviniere, no le afectará a usted.

Estaré durante quince días *con el obispo de Pinerolo.* Allí mejora sensiblemente mi salud.

Todos los Salesianos rezan a diario según su intención; que Dios nos bendiga y la Santísima Virgen la proteja y ayude a leer mi mala letra. Así sea.

27 de julio del 86.

Su humilde servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

43

Santa Clara, rogad por nosotros y, especialmente, por vuestra protegida, que tan dignamente lleva vuestro nombre. Dios la bendiga y la Santísima Virgen le obtenga la paz del *corazón*, la perseverancia en el bien, y todos los Salesianos rezarán diariamente para que su caridad sea generosamente recompensada en la tierra y, más aún, en el cielo.

Ruego se digne rezar mucho por este pobre sacerdote que, con la más sincera gratitud, será siempre

Pinerolo, Villa Episcopal, 1886.

Su humilde servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[666]

44

Señorita Clara Louvet:

Me es grato saludarle por la presente y decirle que toda la familia salesiana se halla reunida en Valdoco. Es la fiesta de Todos los Santos y no quiero se le olvide a usted en nuestras plegarias.

Durante esta novena, celebraremos todos los días una misa y se harán comuniones por sus parientes vivos y difuntos; pero, queremos rogar por su salud y santidad de una manera muy especial.

Oh, María, guiadnos siempre por la senda del Paraíso.

Turín, 20 de octubre de 1886.

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

45

Señorita:

Su caridad ha sido bien empleada; su billete de mil francos nos vino muy bien para preparar la expedición de nuestros misioneros a Patagonia y a Brasil. Así, no sólo nuestros misioneros rezarán por usted, sino también los salvajes, salvados por su caridad, le alcanzarán recompensa eterna.

Todos los Salesianos y yo con ellos haremos oraciones especiales por su salud y santidad y también por la de su familia y el buen resultado de sus negocios.

Adiós, señorita, y que la Santísima Virgen le guíe en todos los peligros de la vida hasta el Paraíso.

Le suplico ruegue por mí, siempre suyo en J. C.

Turín, 16 de noviembre del 86.

Su atento y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

46

Caritativa señorita Clara Louvet:

El porvenir en el mundo es bastante oscuro, pero Dios es la luz y la Santísima Virgen es siempre *stella matutina.* Confianza en Dios y en María; no tema nada. Todo lo puedo en Aquél que me conforta, Jesucristo.

Paciencia. La paciencia nos es absolutamente necesaria para vencer al mundo, asegurarnos la victoria y entrar en el Paraíso.

[667] Que Dios recompense generosamente la caridad de los quinientos francos que nos hace[1]. Todos los de casa siguen rezando según su intención.

Adiós, que María sea su guía; rece por nosotros y por nuestros misioneros.

9 de diciembre del 86, Turín.

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

47

Caritativa señorita Louvet:

Usted es la caridad personificada. Muchas gracias por toda la caridad que nos dedica a lo largo del año. Sus piadosas intenciones serán atendidas y celebraremos las misas según sus deseos.

He aquí mi consejo para las cosas que me dice: *Haga siempre* las buenas obras que pueda hacer al presente sin comprometerse *para el porvenir*; porque me parece que los tiempos que atravesamos lo aconsejan así: hacer lo que se puede, sin tomar compromisos para más adelante.

El Señor nos ayudará, la Santísima Virgen nos guiará.

Que Dios la bendiga y recompense generosamente su bondad y caridad. Así sea.

Turín, 26 de diciembre del 86.

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

48

Señorita Louvet:

El día veinte de este mes empieza la novena de San Francisco de Sales y no queremos dejarla rezar sola; todos los Salesianos harán diariamente oraciones y comuniones por usted y yo haré todas las mañanas un *memento* por usted en la santa misa.

Tampoco dejaré de rezar por un señor, cuyo nombre no recuerdo en este momento, pero que ha querido hacer un generoso donativo a nuestros huérfanos, a través de usted.

Adiós, señorita Clara; que Dios le guarde la paz del corazón, la tranquilidad del alma y la perseverancia hasta el Paraíso. **[668]** Que Dios conserve también al abate Engrand siempre con buena salud. Saludos y oraciones de todos los Salesianos. Sea María nuestra guía.

Turín, 16-87[2].

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

---

[1] La letra y la dicción de estas últimas cartas revelan el esfuerzo que el Santo tiene que hacer para manejar la pluma.

[2] En el dorso de una estampa de San Francisco de Sales: «Oh, San Francisco de Sales, llevad vos mismo la santa y poderosa bendición del buen Dios que asegure la paz y la tranquilidad a vuestra hija. Ella no tiene nada que temer; nosotros rezaremos mucho por ella».

A la señorita Clara Louvet, 29-1887.

49

Señorita Louvet:

No he recibido más noticias de su salud después de las desdichas que nos amenazan. Dos palabras nada más y quedaré tranquilo.

Nosotros hemos sufrido las consecuencias del terremoto. Todas nuestras casas han resultado perjudicadas; pero la iglesia, el internado y las escuelas de Ventimiglia han quedado destruidas. Gracias a Dios, las personas, los sacerdotes y los alumnos se han salvado todos. Damos gracias de todo corazón a Dios y a la Santísima Virgen.

Ruegue al Señor, pidiéndole que nos ayude.

¿Vendrá este año a visitarnos para la consagración de nuestra iglesia del Sagrado Corazón de Jesús? Se celebrará la inauguración el catorce de mayo en Roma.

Seguimos rezando por usted, por su paz y tranquilidad.

Encomiendo a sus caritativas plegarias a todos nuestros huérfanos, a nuestros misioneros y a este pobre sacerdote que siempre será en Jesucristo

Turín, 15 de marzo de 1887.

Su humilde y s. s.,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

50

Señorita Louvet:

Felices fiestas, felices Pascuas y hasta vernos en Turín o en Roma. Que Dios la bendiga y conserve en buena salud y santidad.

Todos los Salesianos la saludan. Adiós.

Turín, 10 de abril del 87.

Agradecido servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[669]

51

Señorita Clara Louvet:

Estoy en Roma para la consagración e inauguración de la Iglesia y del Oratorio del Sagrado Corazón; pero el dieciséis de este mes, si Dios quiere, saldré para Turín. Espero verla el día dieciocho en el Oratorio de San Francisco de Sales para tratar de los asuntos que se refieren a la gloria de Dios y al honor de la Santísima Virgen Auxiliadora.

Que Dios la bendiga y recompense ampliamente su caridad. Ruegue por nuestros huerfanitos, que rezan todos los días según su intención, lo mismo que yo tengo el honor de hacer cada mañana un *memento* por usted en la santa misa.

Dios nos guíe y la Santísima Virgen proteja, en todos los peligros de la vida, a todos nuestros bienhechores. Así sea.

Roma, 3 de mayo de 1887.

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

52

Colegio-Internado de Valsálice.

Espero que su viaje a Aire le haya ido bien y que goce de buena salud, como pido cada mañana por usted en la santa misa.

Ha pasado algunos días con nosotros; pero me pareció que, al marchar, estaba triste y a punto de llorar. Esto me ha apenado. Quizás usted no entendió bien mis palabras, porque yo siempre le he repetido que nuestras relaciones en la tierra no eran duraderas, pero que, en la vida eterna, pasaremos el tiempo en verdadera alegría para siempre y que nunca nos faltarán las cosas deseables: *in perpetuas aeternitates.*

El calor amenazaba ya abrasarnos en Turín y, por ello, he venido a Valsálice, donde me encuentro mucho mejor, gracias al fresco clima de aquí. Sólo nos falta su presencia para darnos un poco más de fuerzas. Paciencia. No dejaré de hacer cada mañana una plegaria especial en la santa misa por usted y por la señorita Deslyons.

¿Va mejor el señor abate Engrand? ¿La salud le permite trabajar? Todos los Salesianos hablan de usted, de su caridad, y todos me aseguran que rezan por usted cotidianamente.

¿La guerra? Esté tranquila; cuando yo vea el más mínimo peligro, se lo diré enseguida, siempre y cuando esté yo vivo todavía.

[670] Dios la bendiga, caritativa Señorita; la Santísima Virgen conserve su buena salud por largo tiempo, pero siempre y seguramente por el camino del Paraíso.

Adiós, ruegue por este pobre sacerdote, siempre suyo en Jesucristo

Colegio de Valsálice, 12 de junio de 1887.

Su s. s.,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

53

Señorita:

En el Paraíso tiene su puesto preparado y, creo, asegurado; pero es así: todavía tiene que esperar algún tiempo.

Recibo la limosna que manda para nuestros huérfanos; Dios se lo pague generosamente. Don Miguel Rúa está mejor; no así el conde Colle. Nosotros seguimos rezando.

Dios la bendiga a usted, al abate Engrand y nos guíe a todos por el camino del Paraíso. *Amén.*

Ruegue por mí.

Lanzo, 4 de julio de 1887.

Su s. s.,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

54

Señorita Clara:

Sigo en Lanzo; mi salud va algo mejor; ¿y la suya? No dejo de rezar cada día según su intención. ¿Cuándo vendrá a hacernos una visita el Paraíso? Nosotros lo esperamos para cuando plazca el Señor.

Encomiendo a don Miguel Rúa a sus buenas oraciones; su salud no es la que se desea. En este momento se encuentra en Tolón con el conde Colle, que está gravemente enfermo.

Dios nos bendiga y sea María nuestra guía en los peligros hasta el Paraíso. Así sea.

Lanzo, 25 de julio de 1887.

Su s. s.,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

55

Señorita Clara Louvet:

La Santísima Virgen, en el día de su nacimiento, le haga una visita y le lleve buena salud y santidad, y que Ella nos conceda la gracia de vernos todavía muchas veces en la tierra, **[671]** y la de encontrarnos seguramente un día en el Paraíso para alabar y bendecir al Señor eternamente.

¿Va bien su salud? La mía, algo mejor.

Que María le guíe.

Valsálice, 4 de septiembre de 1887. Turín

Su humilde servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

56

Señorita Clara Louvet:

Deseo asegurarle que en la gran fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen rezamos mucho por usted, por su salud espiritual y temporal.

Ruegue por mí y por todos nuestros alumnos y nosotros rezaremos sin cesar por usted.

El día ocho de este mes, nuestros huérfanos recibirán la santa comunión según su intención.

Que Dios nos bendiga y que la Santísima Virgen sea nuestra guía al Paraíso.

Turín, (Valsálice), 5 de septiembre del 87.

Agradecido servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. Mi salud va mejor.

57

(A enviar después de la muerte del Santo)

A la señorita Clara Louvet.

Aire sur Lys. Pas de Calais

Debo partir antes que usted, pero nunca dejaré de pedir por su dichosa eternidad. Siga ayudando a nuestros huérfanos y nuestros huérfanos le harán corona cuando los ángeles la lleven un día a gozar de la gloria del Paraíso.

Tenga a bien rezar por el eterno descanso de mi pobre alma.

Turín.

Siempre agradecido servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*[1]

[672]

II

A los condes Colle

1

Señora:

Muchas veces he recibido sus noticias y he rezado por usted y su familia. Pero nunca olvidaré tener un recuerdo en la santa misa por nuestro querido Luis.

A propósito de este su hijo, debe usted estar tranquila. Está ciertamente en el Paraíso y le pide dos cosas; que se prepare seriamente para ir con él cuando Dios lo disponga y que rece mucho por él; él, a cambio, le obtendrá gracias especiales.

Lo demás no quiero ponerlo en el papel. Note solamente: su Luis le espera en el Paraíso.

Cuando le digan que, en el mes de mayo, habrá una catástrofe pública, no lo crea. Pida únicamente la gracia de bien morir.

Dios la bendiga, caritativa señora Colle, Dios le conceda buena salud y la perseverancia en el bien.

Le ruego presente mis respetuosos saludos al señor Colle, a quien espero escribir pronto.

Ruegue por mí y por nuestros pobres muchachos y permítame profesarme en J. C.

Roma, 4 de mayo del 81.
Porta S. Lorenzo, 42.

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

2

Muy apreciado señor Abogado Colle:

Veo que su Señora está algo preocupada por aquello que yo no quería confiar al papel. Por este motivo, le diré aquí en pocas palabras la cuestión. El corazón de los padres estaba demasiado encariñado con su único hijo. Eran excesivas las caricias y los mimos, pero él se conservaba siempre bueno. De haber vivido, quizá hubiera encontrado grandes peligros, de los cuales, se hubiera dejado arrastrar después de la

[1] Sólo tenemos la copia. El original de esta carta, como el de otras similares, fue arrancado del cuadernito, donde don Bosco escribió, y enviado a su destino.

muerte de sus **[673]** padres. Por esto, Dios lo quiso librar de los peligros y llevárselo consigo al cielo, desde donde, cuanto antes, será el protector de sus padres y de los que han rezado por él o todavía rezan.

Por mi parte, he rezado y hago rezar todavía en sufragio del alma del querido Luis en todas nuestras casas.

Ya que están en Niza, creo que podrían hacer un ameno paseo hasta Turín. Les espero con gran ilusión. Y María Auxiliadora no dejará de darles a los dos algún consuelo.

Que Dios le bendiga, mi querido señor Abogado. Que Dios bendiga a usted y a su querida esposa y los conserve en buena salud. Rueguen también por mí, que siempre seré en J. C.

Turín, 22 de mayo de 1881.

Su atto. y s. s.,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. Cuando lleguen a Turín, diríjanse directamente al Hotel de la Aduana Vieja, donde serán bien atendidos. Después, todos sabrán conducirles hasta nuestra casa.

3

Querido señor Colle:

Durante los días pasados, estuve tan ocupado con nuestros asuntos que me faltó tiempo para contestarle y darle las gracias por los beneficios, que usted y su señora nos han prodigado al venir a nuestra casa.

Pero no me olvidé de rezar por usted, muy querido señor Colle, y de ocuparme del asunto del Conde de la Santa Iglesia Romana.

Hace alrededor de un mes que envié la súplica al señor Obispo de Fréjus a fin de que asegure que no se opone a la verdad. Puede ser que Monseñor esté de visita pastoral. Pero si usted tiene ocasión de decirle una palabra sobre el particular, reclamará en cierto modo su atención sobre mi carta y sobre mi exposición al Padre Santo.

Ya escribí algo a la señora Colle que usted haría bien en remitírselo.

Espero que su salud sea buena y pido con todo mi corazón al Señor que se la conserve por largo tiempo para satisfacción de sus parientes y amigos, entre los cuales deseo y quiero ser de los primeros, profesándome en J. C.

Turín, 3 de julio de 1881.

Su atento y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[674]

4

Señora Colle:

Mi manera de proceder le habrá inducido, sin duda, a V. S. a creer que yo haya olvidado su visita, atenciones y caritativas liberalidades. Pero le ruego sepa excusar

mi actuación. He estado como asediado por los asuntos que han agotado todo el tiempo de que dispongo.

Pero, a pesar de mi tardanza en escribir, he tenido todas las mañanas un particular recuerdo por V. S., por el señor Colle y por el que les dejó para ir al Paraíso. Muchas veces he pedido a Dios que nos dé a conocer algo. Una sola vez tuve la satisfacción de verle y oír su voz. El día veintiuno del pasado junio, durante la misa, poco antes de la consagración, lo vi con su rostro sonrosado en toda su belleza y una tez resplandeciente como el sol. Inmediatamente le pregunté si tenía algo que decirnos y me respondió simplemente:

—San Luis me ha protegido y me ha colmado de beneficios.

Entonces repliqué:

—¿Hay algo que hacer?

Y, repitiendo la misma respuesta, desapareció.

Desde entonces hasta ahora no he visto ni oído nada más.

Si Dios, en su infinita misericordia, se dignase manifestarme algo más, yo se lo comunicaría inmediatamente.

Ahora le ruego tenga a bien darme noticias de su salud, que espero haya mejorado notablemente. Nuestros muchachos y yo rezamos para obtener del Señor esta gracia, que pido todos los días.

El señor Colle, en su gran bondad, ha tenido a bien decirme que ponía su bolsa a mi disposición. Hasta ahora he podido tirar adelante, pero, a medida que avanzan los meses, preveo que me veré obligado a llamar a las puertas de su caridad. Pero esto será solamente en caso de necesidad y dentro de los límites de lo posible.

Dios la bendiga, caritativa señora Colle, Dios la conserve en buena salud y santidad, y tenga la bondad de rogar por mí, que seré siempre en J. C.

Turín, 3 de julio de 1881.

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

5

Mi querido y venerado Caballero:

Resulta un caso de risa, que usted, en su gran bondad haya querido agradecer un poco de Vermut. Me alegro de que una insignificancia como ésa, le haya proporcionado un momento de satisfacción.

[675] Pero lo más importante ha sido, su carta anterior. Me da usted la preciosa noticia de que me regalará veinte mil francos para la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús en Roma. Esto es acudir verdaderamente en ayuda de la santa religión católica y de su expoliado Pontífice. Dios le dará aquí el céntuplo ahora y más aún a su tiempo en la otra vida; entre tanto, el Sumo Pontífice y todos los buenos cristianos y las personas de bien bendecirán su caridad.

Su carta me ha producido verdadera sorpresa por su elegante y cuantiosa forma. Sin duda que usted la escribió a vuela pluma, pero ella será siempre un modelo y una regla perfecta para la redacción de cartas. La he leído y releído y me ha parecido que hacía algo digno de usted, y de la ciudad de Tolón, enviándosela al Padre Santo, que verá cómo los abogados saben unir oportunamente ciencia y piedad. Bendito sea Dios en todo. Pongo aquí unas palabras para la señora Colle y le ruego tenga a bien entregárselas.

Adiós, mi querido y respetable amigo y permítame esta palabra: Dios le conserve con buena salud muy largo tiempo en la tierra y le dé la felicidad eterna un día en el Paraíso; pero con su señora, conmigo y con el querido Luis en nuestra compañía por siempre. Así sea.

Me encomiendo a sus valiosas oraciones y me profeso en J. C.

San Benigno Canavese, 30 de agosto de 1881.

Su afectísimo servidor y amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

6

Señora Colle:

Le escribo esta carta, Señora, para presentarle mis respetuosos saludos y darle alguna noticia.

Durante la octava de la Asunción de la Santísima Virgen y más aún, el veinticinco de este mes, he rezado y he hecho rezar por nuestro querido Luis. Precisamente el veinticinco, en el momento de la consagración de la Hostia, tuve el gran consuelo de verlo vestido de la manera más esplendorosa.

Estaba como en un jardín, por el que paseaba con algunos compañeros. Todos juntos cantaban: *Jesu, corona virginum*, pero con voces tan acordes y con tal armonía que no es posible expresarlo ni describir. En medio de ellos se levantaba un alto pabellón o tienda. Yo deseaba ver aquello y escuchar aquella armonía, pero, al instante, una luz vivísima como un relámpago me obligó a cerrar los ojos.

Después me encontré en el altar diciendo misa.

El rostro de Luis era bellísimo; parecía muy contento, o mejor, plenamente contento. Durante la misa, quise rezar por usted, **[676]** para que el Señor nos conceda la gracia singular de encontrarnos un día todos juntos en el Paraíso.

Dios le bendiga y rece por mí, siempre suyo en J. C.

San Benigno Canavese, 30 de agosto de 1881.

Su atento y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

7

Mi querido y buen amigo:

He recibido los datos que me ha enviado de nuestro siempre llorado Luis y me he apresurado a leerlos con atención. Es lo que yo deseaba. Ahora hace falta completarlos y para ello tenga la paciencia de recopilar:

1.º Las palabras, dichos, pensamientos que tal vez manifestó a sus parientes, al dar limosna a los pobres, al cumplir una obediencia, al hablar de religión, etc.

2.º Las acciones más edificantes con relación a la mortificación, a la paciencia, a sus parientes, a los amigos, a los pobres.

3.º Las circunstancias particulares de su visita al Padre Santo. Lo que dijeron uno y otro y, sobre todo, alguna palabra del Padre Santo.

4.º Lo mismo sobre la visita a santuarios, a alguna iglesia, en la asistencia a funciones muy solemnes, etc.

Creo que, hablando con la señora Colle, podrá usted recordar muchas cosas edificantes y útiles para una biografía como la nuestra.

Para no multiplicar el trabajo, creo será mejor que yo la escriba en francés y, después, la haga revisar por un amigo; pero, antes de llevarla a la imprenta, usted la verá y hará sus observaciones y modificaciones.

Una cosa más: es preciso que esta ocasión, deje de lado la humildad y me diga las buenas obras en que toma parte o que patrocina, las asociaciones o beneficencias públicas; cada palabra, cada acto de virtud aparecerá en el lugar correspondiente.

Tenga pues, la bondad de ayudarme en la recopilación de estos datos y yo los iré colocando en su debido sitio.

Que Dios le bendiga, mi querido y buen amigo, y, con usted, a la señora Colle y conceda a los dos buena salud por mucho tiempo. Le suplico también por mí que siempre seré en J. C.

San Benigno Canavese, 4 de octubre del 81.

Su amigo y servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. Dirección: siempre en Turín.

[677]

8

Muy querido señor Colle:

He recibido su muy amable carta del día diecisiete de este mes con los informes para la biografía de nuestro muy querido Luis. Cada cosa, por pequeña que sea, sirve para dar importancia a nuestra obra, que va siempre adelante y que puede decirse está ya hecha en sus dos terceras partes. Espero llevarla conmigo el próximo enero cuando vaya a visitarle.

No quiero dejar pasar la novena de la Inmaculada Concepción sin rezar por usted, mi querido señor, y por la señora Colle, su esposa.

La víspera de esta gran fiesta celebraré la santa misa y comulgarán mis muchachos en el altar de María Santísima Auxiliadora, según su intención y la de su Señora.

Dios le bendiga, querido señor, y, con usted, a la señora Colle y les conserve en buena salud por largo tiempo y siempre en su gracia.

Haga el favor de rezar por mí, que siempre seré en J. C.

Turín, 27-11-81.

Su seguro y humilde servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

9

Mi querido y respetable señor Colle:

Sólo unas palabras, pero quiero escribirle antes de que acabe el año. La biografía de nuestro buen Luis está terminada. No me queda más que releerla y sacar una copia, que llevaré en mi próximo viaje a Tolón. Es indispensable que la leamos juntos.

La negociación de nuestro asunto en Roma está en el despacho del cardenal Jacobini, que me da la cosa como hecha, pero ROMA ES ETERNA, se dice, incluso para el despacho de los asuntos.

Don Pedro Perrot me escribe a menudo sobre usted y su Señora. Las obras de La Navarre marchan muy bien y espero que podamos ir a hacer una visita para ver los trabajos los dos juntos y pasar un día con nuestros huérfanos. Dígaselo a la señora Colle.

Dios les bendiga, a usted, mi querido Caballero, y a su **[678]** respetable Señora Colle; que Dios les conserve a los dos en buena salud y en su santa gracia mucho tiempo.

Tenga la bondad de rezar por mí y por toda mi numerosa familia, y permítame ser siempre en J. C.

Turín, 30 de diciembre del 81.

Su humilde servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

10

Muy querido y respetable amigo:

Hubiera debido escribirle antes, pero deseaba darle noticias algo positivas.

Estoy en Roma. He visto al Padre Santo, con quien he hablado por algún tiempo de usted y su Señora. Le referí sus donativos para la iglesia del Sagrado Corazón y para La Navarre, la colocación de la primera piedra y las otras obras de caridad a que usted y su esposa se han dedicado. Me escuchó con paternal bondad y después me encargó les comunicara su bendición apostólica y me aseguró que rezaría por su salud. y por su paciencia y perseverancia en la gracia de Dios. Finalmente añadió:

—¿Y la condecoración que ha pedido?

—Padre Santo, le contesté, la estoy esperando.

—¿Pero, cómo es eso? ¡Qué descuido! Id enseguida al cardenal Jacobini y él os dirá qué ha sucedido.

El cardenal Jacobini, Secretario de Estado de Su Santidad, me recibió enseguida, pidió perdón, y me aseguró que, antes de que yo salga de Roma, se me entregará el Breve, que espero presentarle en Turín. En Turín, Señor y Señora, en Turín para la fiesta de María Auxiliadora. Espero que podremos entretenernos allí con nuestros asuntos.

Que Dios le bendiga, caritativo amigo, y, con usted, a la señora Colle y le conceda la gracia de vivir en paz y en santidad en la tierra y llegar un día al Paraíso. Así sea.

Le suplico que rece por mí que, con sincera gratitud, siempre seré en N.S.J.C.

Roma, 2 de mayo de 1882.
Porta S. Lorenzo 42.

Su humilde servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[679]

11

Muy querido y buen amigo:

¡Me parece increíble haber pasado tan largo tiempo sin escribirle! Perdone mi negligencia; procuraré portarme mejor en adelante.

He recibido muy agradecido sus felicitaciones para la fiesta de San Juan. Ha sido una gran fiesta; una fiesta cordial que me ha hecho saltar las lágrimas repetidas veces.

He recibido también las fotografías de nuestro buen Luis y ya han sido colocadas en el libro. Su borrador ya arma ruido entre nosotros y se está haciendo la traducción al italiano para imprimirlo.

El Breve de Roma puede llamarse el Breve de las contrariedades. Me fue enviado a Turín. Lo leí y vi que decía: *Comes Colle Dioecesis Taurinensis*, (Conde Colle de la Diócesis de Turín). Lo devolví inmediatamente y estoy esperando la corrección.

En Turín y en nuestros colegios de Lanzo, San Benigno y Valsálice se ha hablado y se habla mucho de usted y de la Señora Colle. Todos han quedado edificados de la afabilidad y del espíritu de piedad de ambos. Nos han hecho mucho bien espiritual y material. Todos me aseguran que rezan mucho por tan ilustres bienhechores.

En esta ocasión, le agradezco mucho la ayuda que nos dispensa para establecer, reparar, agrandar nuestras casas. Las almas, que los salesianos, con la ayuda del Señor podrán salvar, lo serán por ustedes y, cuando usted y su Señora entren en el Paraíso, sin duda serán recibidos por las almas salvadas por su caridad. *Animam salvasti, animam tuam praedestinasti.*

Espero poder escribirle algo más, dentro de pocos días.

Don Miguel Rúa, don Juan Cagliero, don Celestino Durando, don José Lazzero y puede decirse que todos los salesianos de aquí, me encargan saludos para usted, se encomiendan a sus valiosas oraciones y le ofrecen sus respetuosos recuerdos.

Que Dios les bendiga a los dos, les conserve en buena salud y tengan la bondad de rezar también por mí, que siempre seré en J. C.

(Sin fecha. El matasellos es del 4 de julio).

Su afectísimo amigo y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. El abate de Barruel y el abate Reimbaud le envían sus saludos especiales.

[680]

12

Muy querido señor Colle:

Tras larguísima espera, acabo de recibir en este momento el Breve del Padre Santo.

No se puede desear nada mejor; pero quiero le sea entregado de forma conveniente. Por eso, encargo a don Pedro Perrot que complete el asunto y haga la entrega un día señalado. El le preguntará si prefiere que lo haga con una visita a su quinta en

Tolón, o quizás mejor, en La Navarre cuando se inaugure la techumbre de la nueva casa. Usted determinará lo que más les agrade a usted y a su Señora.

Volveré a escribirle en otro momento.

La gracia de N.S.J.C. esté siempre con usted y con su señora y tenga a bien considerarme entre sus amigos como uno de los más afectos y adictos.

Turín, 19 de julio de 1882.

Como hijo suyo en J. C.,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

13

Muy querido y buen amigo:

Tengo muchas cosas que decirle en esta carta. He recibido su apreciada carta del día diecinueve de este mes con veinte francos, ofrecidos por el criado de uno de sus amigos enfermos. Hemos rezado con nuestros muchachos para obtenerle una buena salud.

También he recibido la cantidad de cincuenta francos de parte del abate Payan, encantado con la biografía de nuestro siempre querido Luis. Le escribiré una carta dándole las gracias.

Para contestar a los ciento treinta francos enviados para el Sagrado Corazón, me hacen falta algunos detalles: la fecha poco más o menos y si la cantidad se envió a Turín o a Roma. Entonces yo estaré en condiciones de darle informes exactos.

Pasemos ahora al asunto más importante del Breve con el título nobiliario.

Este Breve es un documento preciosísimo para usted, para su familia y para la historia de la Iglesia. Ya lo verá. Pero aquí en Italia no se puede legalmente llevar condecoraciones, ni asumir título alguno sin la autorización del Gobierno.

Mas usted, como abogado que es, sabe lo que se debe hacer en Francia. Yo solamente deseo que un documento de tal suerte se conserve con decoro y sea publicado en los periódicos.

[681] Me alegro mucho de que su salud y la de su Señora sea buena y pido a Dios que les guarde con muy buena salud por largo tiempo.

En el mes de agosto deberé acudir a su caridad para un asunto, mas ya le escribiré a su debido tiempo con toda confianza.

Que Dios sea con usted y su Señora y tenga a bien rezar por este pobre, que siempre será suyo como un hijo en J. C.[1]

Turín, 30 de julio del 82.

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

14

Señora Colle:

Tengo la satisfacción de comunicarle que he tenido el consuelo de ver a nuestro siempre querido y amable Luis. Hay muchos detalles que espero poderle comunicar

[1] En la carta incluía una fotografía de los indios patagones vestidos con su *poncho*. Sus nombres: Luis Fleury Cumicuñán Colle, y Cayetano Santiago Nicolás Alimonda.

personalmente. Una vez lo vi jugando en un jardín con algunos compañeros, iba ricamente vestido, de una manera que no sabría describir. Otra vez lo vi en otro jardín, donde cortaba flores que llevaba a un rico salón, colocándolas sobre una mesa. Le pregunté:

—¿Para quién son esas flores?

—Me han encargado recogerlas, me respondió, y con ellas haré una corona para mi madre y para mi padre, que han trabajado mucho por mi felicidad.

Le escribiré más cosas en otro momento.

Que Dios la bendiga, señora, y la guarde en buena salud y tenga la bondad de rezar por éste su

Turín, 30 de julio del 82.

Humilde servidor en J. C.,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

15

Señor Conde:

Me encuentro en San Benigno Canavese, donde con mucha frecuencia hablo de ustedes con don Julio Barberis, don Miguel Rúa, don Celestino Durando y *otros que tuvieron la suerte* de conocerles por nuestro medio. Pero, en este momento, como ya tuve el honor de comunicarle, me encuentro en grave necesidad de dinero para los jóvenes **[682]** que se preparan para el sacerdocio y para ir de misioneros al extranjero.

Si ustedes, Señor y Señora Colle, me pueden ayudar a la compra de harina con que hacer el pan para los moradores de esta casa y conseguir los enseres que nos piden desde *Carmen* de Patagones, harían, sin duda, una gran obra de caridad.

Otras veces lo hacían ustedes espontáneamente; pero hoy soy yo quien se lo pide. Les ruego me traten con la misma confianza con que yo les trato. Así, tanto que puedan como que no en este momento, respóndanme con toda confianza *sí* o *no.*

Necesito doce mil francos. Su buen corazón hará cuanto pueda sin que les sirva de embarazo.

Espero que su salud y la de la señora Colle sea buena; ruego cada mañana en la santa misa para que Dios se la conserve en perfecto estado por mucho tiempo y, después de una larga y dichosa vida en la tierra, les reciba la Santísima Virgen consigo para gozar por siempre la gloria del cielo. Así sea.

Tenga a bien rezar por este pobre que, muy agradecido, será siempre suyo en N.S.J.C.

San Benigno Canavese, 28 de agosto de 1882.

Atento y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

16

Muy caritativo Señor:

He recibido su muy apreciada carta con toda regularidad. Contenía seis mil francos que su generosidad enviaba para nuestra necesidad.

Hemos pagado enseguida nuestra deuda principal al proveedor de harina que se negaba a seguir mandándola. Por tanto, todos los de la casa de San Benigno le envían un millón de gracias y aplicarán sus oraciones por usted y por la Señora Colle.

Entre tanto, rogaremos a la Divina Providencia que ayude a nuestros misioneros de Patagonia y Tierra de Fuego.

Don Julio Barberis quiere escribirle personalmente, en nombre de sus alumnos, que se preparan para ir a las misiones extranjeras.

En cuanto al Breve, del que ya hemos hablado varias veces, espero que lo reciba muy pronto tal vez por mis manos.

Todo está en poder de don Pedro Perrot. Le escribiré dentro de unos días acerca de ello.

Señor y Señora Colle, que Dios les bendiga; pero la mayor bendición es su desprendimiento de las cosas terrenas **[683]** para hacer buenas obras y así llevar su dinero con ustedes a la eternidad. Bendito sea Dios; tengan a bien rezar por mí, que siempre seré su hermano, amigo, hijo y servidor en J. C.[1]

San Benigno Canavese, 6 de septiembre de 1882.

Muy agradecido
JUAN BOSCO, *Pbro.*

17

Señora Condesa Colle:

Como hijo afectuoso y que recuerda cada mañana a la buena madre en Jesucristo, no quiero dejar pasar esta novena de la Santísima Virgen Inmaculada, sin hacer oraciones especiales por usted y el señor conde Colle. Por eso, el día de la gran fiesta, viernes ocho de diciembre, todos los salesianos y sus muchachos rezarán y comulgarán por usted. ¿Y el pobre don Bosco? Yo diré, ese día, la misa según su intención.

---

[1] He aquí la carta de don Julio Barberis:

Ilustrísimo Señor:

Ante todo, le pido perdón por no escribirle en francés; no conozco suficientemente esta lengua. Pero sé que V. S. conoce el italiano y que tendrá la amabilidad de comunicar el contenido de esta mía a su dignísima esposa.

¡Ah, si V. S. supiera cuánto nos ayudó el generoso donativo que tuvo la bondad de enviarnos! Pasábamos por unos momentos verdaderamente desoladores y su caridad nos presta nueva vida. No se ha terminado todo, pero ya se ha hecho mucho. Todos los clérigos y muchachos de San Benigno, además de las oraciones que ya hicieron y seguirán haciendo por la conservación de tan buen bienhechor, pasado mañana, día de la Natividad de la Virgen María, harán una comunión especial para atraer sobre V. S. y su dignísima esposa las más selectas bendiciones del cielo.

Siempre recordamos la preciosa visita que tuvieron la bondad de hacernos y contamos aquel día como uno de los más señalados.

De nuevo, benemérito señor, le doy las gracias; no olvide a estos nuestros muchachos y clérigos, que también recordarán a su gran bienhechor cuando sean misioneros en tierras lejanas.

De V. S. Ilma.

Su atento y seguro servidor,
JULIO BARBERIS, *Pbro.*

Pediremos a la Santísima Virgen que les conserve a los dos por largo tiempo con buena salud, siempre en su gracia y bajo su santa protección hasta el tiempo en que todos nosotros nos encontremos reunidos con nuestro muy querido Luis, en compañía de los ángeles en el Paraíso.

He visto varias veces a nuestro amado Luis, a nuestro queridísimo amigo, siempre glorioso, rodeado de luz, vestido de una manera **[684]** esplendorosa que era para verlo más que para describirlo.

Espero hacerle una visita en Tolón en el mes de febrero próximo y poder pasar unos días en compañía de usted y del señor Conde, su amadísimo esposo y gran bienhechor de las obras salesianas.

En fin, el Breve de Roma, que constituye al señor Colle Conde de la Santa Iglesia Romana, ha sido duplicado y lo recibirá de una manera conveniente de manos de don Pedro Perrot.

Que el Señor les bendiga a los dos y les conceda la paz, la tranquilidad y tengan a bien rezar asimismo por mí que, con todo afecto y gratitud, seré siempre suyo en J. C.

Turín, 4 de diciembre de 1882.

Su atento y seguro servidor y amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

18

Mi querido y óptimo amigo:

Bendito sea Dios, en medio de las rosas y de las espinas. Después de tanto esperar, finalmente, todo está arreglado; y, aunque con tanta tardanza, el Breve ha llegado y, junto con él, el Papa le envía su bendición apostólica.

Me hace una pregunta a la que no quisiera responder; mas, por obediencia, le diré todo con sencillez.

Dice usted: «Ruégole me diga con toda confianza lo que debo pagar por este documento a la cancillería del Vaticano. No quiero que esto le cueste a usted nada».

Pues bien, voy a divertirle con la historia del asunto. El Padre Santo no me ha pedido nunca dinero en casos semejantes. Esta vez me dijo el Sumo Pontífice hace unos meses:

—Ya está todo. Sólo falta que vayáis a S. E. el Secretario de Estado.

Este también me decía siempre:

—Todo está listo.

Pero no me entregaban nunca el Breve.

Finalmente, se presentó mi Procurador General en Roma al Cardenal Jacobini, pidiendo le aclarara la razón de todo esto. Y aquél le respondió que se requerían doce mil francos. Se hicieron unas protestas; se procuró hablar con el Padre Santo y, finalmente, se redujo la cantidad a seis mil francos. Después el encargado del asunto quiso su parte, y dijo que se le debía una tasa de quinientos francos.

Para quitar de en medio dificultades y retrasos hice pagar todo lo que se debía pagar, a saber, seis mil quinientos francos.

Pero don Bosco, por querer actuar como un gran señor, se quedó en la indigencia y acudió a usted en demanda de caridad; y usted, **[685]** inspirado ciertamente por Dios, le ha mandado precisamente seis mil francos.

Ya está todo pagado y usted no debe nada a nadie, fuera de la paciencia que don Bosco le ha hecho gastar para leer esta historia.

Buenos días, mi querido señor Conde, y mi amigo en el Señor por siempre. Que la Santísima Virgen proteja a usted y a la señora Condesa Colle y conserve a los dos en óptima salud largos días y les dé al fin, y a mí con ustedes, la gloria del Paraíso con nuestro querido Luis para siempre. Así sea.

Pida también por este pobre sacerdote siempre suyo en J. C.

Turín, 13 de diciembre de 1882.

Como un hijo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

19

Muy querido y venerado amigo:

Me apresuro a acusar recibo de la carta y del cheque de seis mil quinientos cincuenta francos, contenido en la misma.

Hemos recibido esta cantidad como una limosna que usted ha querido hacernos. Y, en este sentido, la recibo con la mayor gratitud; y, puesto que este dinero se empleará para alimentar y vestir a nuestros huérfanos, haré que ellos recen por usted, mi caritativo y óptimo amigo, y por su señora esposa, para que el Señor les conceda grandes consuelos en la tierra y la eterna felicidad en el Paraíso.

Y yo, ¿qué puedo hacer para agradecérselo?

No tengo nada para darle, ni sé qué puedo hacer para su digna recompensa. Sólo una cosa me queda y se la daré con todo el corazón. La Noche de Navidad, si Dios quiere, celebraré las tres misas y distribuiré la santa comunión a nuestros muchachos y a nuestros clérigos y ofreceré todo al Señor y a la Santísima Virgen según su intención y la de su Señora.

Tengo muchas cosas para decirle, pero ellas serán el tema de nuestra entrevista en Tolón, si Dios nos concede esta gracia.

Que Dios les bendiga, señores condes Colle, la Santísima Virgen les conserve a mi afecto y al de todos los Salesianos, que rezan conmigo todos los días por ustedes. Aprovecho la ocasión para repetirme siempre suyo en J. C.

Turín, 20 de diciembre de 1882.

Agradecido y con el afecto de un hijo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[686]

20

Muy querido amigo señor conde Colle:

A pesar de mi buena voluntad de escribirle, no lo he logrado hasta hoy. Le diré en pocas palabras que, gracias a Dios, mi salud es buena y he trabajado sin parar. ¡Bendito sea Dios!

Todavía hay algo que arreglar en Marsella, para asegurar a los Salesianos la pro-

piedad de La Navarre; usted puede ayudarnos calculando la oferta que hace por nuestro orfanato, que puede representar acciones de la Sociedad Beaujour; don Pablo Albera, nuestro Inspector, pasará a explicarle claramente las simples formalidades que hay que cumplir.

Siempre llevo conmigo el dulce recuerdo de la amabilidad, deferencia y liberalidad que tantas veces me ha dispensado y singularmente durante los días que tuve el honor y la satisfacción de estar con usted en Tolón.

Bien entendido, señor Conde, que, cuanto escribo a usted, entiendo referirlo también a la señora condesa Colle, a quien podemos verdaderamente llamar en estos momentos *caritativa Madre* de los Salesianos. En sus casas y en medio de sus ocupaciones no dejarán de pedir al Señor por su buena salud.

Que Dios le bendiga y la Santísima Virgen le proteja siempre, tenga a bien rezar por mí, que, con toda gratitud, seré suyo en J. C.

Valence, 5 de abril de 1883.

Su atento y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. Don Camilo de Barruel le escribirá algunas noticias detalladamente. En Turín y en San Benigno se ha recibido con entusiasmo la noticia de que, para el próximo año, o mejor, durante el próximo otoño, tendrán, gracias a su caridad, una nueva casa para los hijos de María[1].

---

[1] La carta de don Camilo de Barruel es ésta:

Valence, 5 de abril de 1883

Querido señor Conde:

Don Bosco salió de Marsella el lunes por la tarde. Una oportunidad nos permitió tomar el *rápido* y fuimos en dos horas de Marsella a Aviñón, sin parar en las estaciones intermedias.

Un gentío inmenso esperaba a don Bosco en la estación y, para librarlo del agolpamiento de toda aquella gente, se le hizo pasar por la fonda de la estación; gracias a esta medida de precaución, pudo subir tranquilamente al coche; cuando las personas que esperaban del otro lado advirtieron que esperaban inútilmente, se echaron a correr tras el coche, algunas por lo menos; era un espectáculo que movía a risa, pero daba satisfacción ver aquella nueva manifestación de entusiasmo y afectuosa veneración.

Don Bosco se apeó a la puerta de un gran establecimiento de ornamentos de iglesia. Todo el almacén, que es muy largo, estaba lleno de personas alineadas en dos filas y a la espera de que pasara don Bosco por el medio para darles su bendición.

Al día siguiente por la mañana, don Bosco celebró la misa en el convento de las Damas del Sagrado Corazón, donde está mi hermana Berta como religiosa.

Después de la misa, don Bosco se encontró literalmente bloqueado por una multitud de Damas que querían una bendición particular y la satisfacción de decir la *palabrita* de rigor.

Don Bosco, a instancias del señor Arcipreste, cura párroco de San Agrícola, se vio obligado a predicar un sermón el martes a las cuatro de la tarde en su gran iglesia. Estaba ésta llena de gente.

La jovencita Almaric, que el día anterior estaba a punto de muerte, se encontró mucho mejor después de recibir la bendición de don Bosco y quiso asistir a su misa; llegó sostenida por dos personas; y, al marcharse, caminaba por sí sola; hemos sabido después que se mantuvo la curación.

El viernes reanudo en Tain la carta interrumpida en Valence.

Me resulta casi imposible escribir seguido cualquier cosa.

Muy querido señor Conde:

Estoy en camino hacia París. Paso algunas horas en Moulins, que aprovecho muy a gusto para escribirle. Hablo muy a menudo de usted y de la señora Condesa con don Camilo de Barruel y espero que su salud sea siempre buena, como lo pido cada día al Señor. **[688]** Don Camilo de Barruel le escribirá noticias de nuestro viaje[1].

No dejo de rezar todas las mañanas por ustedes en la santa misa. Que Dios les bendiga y la Santísima Virgen les proteja siempre.

Tenga la bondad de rezar por mí que, con toda gratitud, me profeso suyo en J. C.

Moulins, 17 de abril de 1883.

Atento y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

En París: Avenue de Messine, 34, chez la Comtesse de Combaud.

Antes de celebrar la santa misa en San Agrícola, don Bosco había celebrado la víspera, en el convento de las Damas del Sagrado Corazón. Hubo también muchísima afluencia.

En Valence, excelente recibimiento. Don Bosco celebró la misa en San Apolinar; por la tarde, pronunció una plática y dio la bendición con el Santísimo Sacramento en la capilla de las Hermanas de la Trinidad.

Hemos llegado a Tain ayer a las ocho y media de la tarde; para entrar en casa de nuestro huésped, el señor Du Boys, hemos atravesado el jardín de las hermanas de Santa Marta.

Las buenas Hermanas aguardaban a don Bosco. Habían organizado una pequeña iluminación con farolillos a la veneciana.

Sus niñas estaban reunidas con la comunidad y todas recibieron la bendición de don Bosco.

Acepte, señor, para usted y para la señora Condesa, el respetuoso saludo de

C. DE BARRUEL, *Pbro.*

[1] La carta de don Camilo de Barruel es la siguiente:

Señor Conde:

Don Bosco quiere que les dé, a usted y a la señora Condesa, algunas noticias de su viaje. Cumplo muy a gusto el encargo.

Don Bosco ha sido recibido en Lyon con un entusiasmo extraordinario y con las mayores señales de veneración. Hasta el punto de no poder entrar ni salir, en ninguna parte, más que abriéndose paso entre el gentío que se apiñaba a la puerta, y aún había que hacerle sitio casi a la fuerza; tanta era el ansia de aquella gente por estar junto a don Bosco, tocarlo y hablarle.

Usted habrá sabido, sin duda, que el domingo, día ocho del corriente, don Bosco ha dado una plática o conferencia en Notre-Dame de Fourvière. La iglesia estaba de bote en bote. Antes de entrar en la iglesia, don Bosco bendijo a una pobre mendiga totalmente paralítica, la desdichada daba lástima; y creo que los presentes rezaron de todo corazón por ella. El buen Dios quiso premiar la fe de la mendiga, pues supe por las hermanas de San Vicente de Paúl, que la asistían, que quedó curada casi completamente. Dejó sus muletas y puede servirse fácilmente de sus brazos. Sólo los dedos le quedan todavía algo rebeldes.

Don Bosco dio, además, una conferencia en la Sociedad de Geografía; habló de Patagonia e interesó vivamente al selecto y numeroso auditorio, que abarrotaba la sala, la cual, resultó demasiado pequeña para el extraordinario concurso provocado por el anuncio de la palabra de don Bosco. Hemos dejado Lyon ayer por la mañana. Don Bosco estaba satisfecho de la caridad de los lioneses.

Adiós. Ruego a Dios por ustedes. Que su hijo les obtenga todas las gracias de nuestro buen Salvador.

C. DE BARRUEL, *Pbro.*

22

Muy querido y buen amigo señor conde Colle:

Su apreciada carta me ha dado muy buenas noticias. Usted y la señora Condesa gozan de buena salud. Bendito sea Dios.

[689] Vengan a hacernos una visita y harán algo muy agradable a toda la familia salesiana.

El 24 de este mes celebraremos la fiesta de San Juan y, si pudieran venir a Turín ese día, la fiesta sería completa. Tendríamos ocasión para hablar de nuestras cosas y darnos, además, algún paseo. Pero si a usted y a su Señora les viniera mejor anticipar o prorrogar su venida, son muy libres de hacerlo: en esos días yo no tengo ningún compromiso que me obligue a ausentarme.

La fiesta de María Auxiliadora ha resultado verdaderamente espléndida. Hablaremos de ello en Turín.

Dios les bendiga a usted y a la señora Condesa y tengan a bien rogar por mí, siempre suyo en J. C.

Turín, 10 de junio de 1883.

Agradecido y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

23

Al señor Conde y señora Condesa Colle:

El día de su salida de Turín, queridísimo amigo, me quedé preocupado por su salud, que no era buena, pues tenía usted un fuerte resfriado y tosía. Confío en el Señor que ya se encuentre mejor. No obstante, si me escribe unas líneas con sus noticias, me dará una gran satisfacción.

Toda la fiesta de Borgo San Martino era en honor de ustedes. La habitación, el canto, la música, los muchachos, el Obispo les esperaban con ansiedad. He procurado arreglarlo todo, invitándoles a que rezaran según su intención.

La gracia del Señor esté siempre con usted y señora; con la esperanza de sus noticias lo más pronto posible, quedo por siempre en J. C.

Turín, 7 de julio de 1883.

Afectísimo hijo y servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

24

Muy querido amigo:

Estamos en San Benigno, donde hablamos muy a menudo de usted y de la señora Condesa. Con todo, deseo asegurarle que, a diario, se hace aquí una oración especial por ustedes dos.

Hablo de la visita que espero hacerles *tamquam fur* **[690]** a La Farlède[1], que será

[1] Casa de campo de los Condes, en las cercanías de La Navarre.

alrededor del día veinte del próximo septiembre. Creo que tendremos algunas horas para entretenernos un poco acerca de las cosas que pertenecen a la gloria del Señor y al bien eterno de nuestras almas.

Hemos tenido un retiro de dos (?)[1] muchachos, que han pasado diez días para examinar su vocación, comenzar la filosofía, llegar al sacerdocio y, después, partir para llevar la luz del evangelio a los salvajes. Miren cómo nos bendice el Señor. Preparamos la salida de treinta misioneros al extranjero y, al mismo tiempo, entran doscientos en la Congregación. Bendito sea Dios.

Don Miguel Rúa, don Juan Cagliero, don Camilo de Barruel, que están aquí conmigo, le envían sus respetuosos saludos y yo le ruego a menudo a María Auxiliadora que les conserve a los dos muy largo tiempo con buena salud.

Me encomiendo con todos los Salesianos a sus caritativas oraciones y me profeso suyo de corazón en J. C.

Turín[2]*, 25 de agosto del 83.*

Su atento y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

25

Muy querido y caritativo amigo:

Su preciosa carta, señor Conde, me ha encontrado aquí en Turín, pero todo el mundo está ahora dispersado. Don Juan Cagliero predica dos, o mejor, tres retiros en Sicilia; don Miguel Rúa predica en Couni[3], pero mañana estará aquí en Turín.

Gracias por su hermosa comunicación. En estos días se han adelantado los trabajos y los constructores piden. Bendito sea Dios y mil gracias a ustedes, señor Conde y señora Condesa. Ustedes son, en verdad, nuestra providencia y los instrumentos elegidos por la mano de Dios para acudir en nuestro auxilio.

El próximo lunes, día veintidós, don Miguel Rúa irá a La Farlède a hacerles una visita, llevarles nuestras noticias, traernos las suyas y concluir el negocio que es el fin principal de este viaje.

Don Miguel Rúa llevará consigo la Historia Americana[4]. Está redactada con todo detalle y no es corta. El abate de Barruel procurará traducirla y, dado caso que no pudiese acabar, la llevará a término don Miguel Rúa mismo.

[691] El les comunicará el día y la hora de su llegada.

La gracia del Señor esté siempre con ustedes y les conserve muchísimo tiempo en buena salud para ver el fruto de su caridad en las casas de los Salesianos.

Que la Santísima Virgen nos guíe siempre por el camino del Paraíso, y tenga a bien rezar por este pobre sacerdote que, con la mayor gratitud y veneración, será suyo en J. C.

Turín, 15 de octubre del 83.

Su seguro servidor y amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

---

[1] Escribe dos, por doscientos, como se ve por la frase siguiente.

[2] Escribe desde San Benigno, pero, sin darse cuenta, pone «Turín». En el matasellos se lee: «San Benigno, 26 de agosto del 83».

[3] Por *Coni* = Cúneo.

[4] El sueño de las Misiones.

26

Muy querido y caritativo señor Conde:

Tengo por fin que cortar toda dilación y dar señal de vida para muchas cosas.

Ante todo, le agradezco la munificencia que usted, señor Conde, nos ha prodigado en distintas ocasiones. Si hemos logrado progresar en las misiones de América del Sur y especialmente en la Patagonia, lo debemos a usted, a su caridad. Pueden estar satisfechos usted y la señora Condesa; las almas, que nuestros misioneros conquistarán para el cielo, serán portadoras de las llaves del paraíso para usted y para su esposa.

Ahora ayuda usted a otras casas y a otros salvajes que, mediante sus buenas obras, recibirán la fe, aumentando así el número de almas que rezarán por ustedes.

Me alegro mucho de que el vermut les haya llegado en buenas condiciones. Es una pobre manera, pero única, que tenemos para decirles que les estamos agradecidos, que les queremos, que rezamos por ustedes de una manera muy particular.

Tengo otra grata noticia que darle. La casa de Mathi ha sido comprada el 10 de octubre. Y ya está arreglada y ocupada por unos cincuenta jóvenes, que no cabían en la casa de San Benigno y ahora se encuentran allí, estudiando con ahínco para sacerdotes.

Esta casa ha sido bendecida y dedicada al Señor el jueves pasado con el título de *Casa de San Luis*, con el fin de recordar siempre a nuestro querido Luis y a toda su familia. Es la primera de nuestras casas que lleva ese título. Bendito sea Dios.

La casa comenzada, junto a la iglesia de San Juan Evangelista, a pesar de la premura que nos hemos dado, no ha llegado todavía a la techumbre. La construcción está todavía en la tercera planta. Se está trabajando sin tregua.

Toda la Congregación Salesiana le presenta sus saludos y, el sábado, celebraremos **[692]** una misa según su intención y la de la señora Condesa en el altar mayor de la iglesia de María Auxiliadora; nuestros muchachos comulgarán y rezarán según su intención.

Muchos saludos y felices fiestas, señores Condes. Dios les bendiga y la Santísima Virgen les proteja siempre; tengan a bien rezar por su

Turín, 4 de diciembre del 83.

Afectísimo como un hijo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

27

Señor Conde y señora Condesa Colle:

Ya saben que todos los días, mañana y tarde, hacen los Salesianos oraciones especiales por ustedes y que el pobre sacerdote que escribe les recuerda todas las mañanas en la santa misa de un modo especial. Pero, en estos días, quiero hacerles un regalo que ciertamente les será muy agradable.

La noche de Navidad, si Dios quiere, celebraré las tres misas, y todos los Salesianos y nuestros muchachos rezarán y ofrecerán numerosas comuniones según las intenciones de ustedes. Nuestras oraciones serán dirigidas al Niño Jesús, pidiéndole

les otorgue muchos consuelos aquí en la tierra, les conserve por mucho tiempo en buena salud y los conduzca seguros por el camino del Cielo.

Espero volver a escribir de nuevo dentro de pocos días.

Dios le bendiga y la Santísima Virgen les traiga una bendición especial, y tengan a bien aceptar los saludos de toda la familia Salesiana y rezar también por mí, que tengo la gran satisfacción de profesarme en J. C.

Turín, 23 de diciembre del 83.

Afectísimo como hijo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

28

Mi querido y buen amigo señor Conde Colle[1]*:*

Todos los días, y aun varias veces al día, voy a visitarles espiritualmente; pero todavía no se me ha concedido ir personalmente hasta ustedes, señor Conde y señora Condesa.

Al presente todas nuestras cosas van bien, gracias a Dios; las casas aumentan, los alumnos mucho más y nuestras obras llevan siempre **[693]** consigo la bendición de Dios. Que El sea bendito. De algunos días a esta parte mi salud no es muy buena, por lo que no sé si podré ir a hacerles mi acostumbrada visita; dentro de poco podré decírselo. Pero, bien entendido, que, de todos modos, nos veremos en Roma.

Espero que su salud sea buena; nosotros rezamos mañana y tarde para que siga siendo buena para usted y su señora por mucho tiempo.

El viaje que he hecho con su querido Luis se explica más y más todos los días. En este momento, parece que ha llegado a ser el centro de todos nuestros asuntos. Se habla, se escribe, se publican muchas cosas para dar explicaciones y realizar nuestros proyectos.

En el momento en que Dios nos conceda la gracia de entretenernos, por poco que sea, juntos, tendremos que decirnos muchas cosas.

Dios esté con usted, mi queridísimo y caritativo amigo, y la Santísima Virgen le proteja, con la señora Condesa, y les guíe seguros por el camino del Paraíso. Así sea.

Tenga a bien, sobre todo en este momento, rezar por mí y por nuestros asuntos, que han aumentado de tal manera que todos los de casa tienen algo que hacer.

Tengo otras noticias que darle y espero hacerlo lo más pronto posible.

Turín, 11 de febrero del 84.

Su afectísimo servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

29

Mi querido señor Conde Colle:

Un día, señor Conde, contemplábamos una casita desde mi balcón.

—Esa casa, dijo usted, hay que comprarla para evitar una gran servidumbre; pongo a su disposición para ello treinta mil francos.

[1] En ésta y en alguna otra carta se nota una pluma extraña, que hace correcciones, en el texto original francés.

Entonces no se llegó a ningún acuerdo, porque la propietaria no quería vender. Ahora, en cambio, quieren vender la casa y los terrenos adyacentes. El asunto nos conviene por todos los aspectos; nuestros amigos y todos los Salesianos lo aconsejan y lo desean; pero el precio sería mucho más alto. Entre el terreno, siete mil kilómetros[1], árboles y edificios importaría la cantidad de cien mil francos.

Yo no quiero ser indiscreto; pero tampoco quiero desentenderme de una **[694]** adquisición que pondría a punto toda la casa, el oratorio festivo, los talleres y las escuelas. Por tanto, señor Conde, ¿podrá ayudarnos, en un tiempo más o menos largo, a conseguir esa cantidad?

Le hablo con plena confianza, porque, llevado de su gran caridad, me ha dicho muchas veces que ponía su bolsa en mis manos para todo lo que pudiera contribuir a la mayor gloria de Dios.

Piense un poco en este asunto y respóndame con la misma confianza con que yo me he dirigido a usted.

Creo que habrá recibido una de mis cartas hace unos días.

Aquí renuevo mis sentimientos de gratitud y reconocimiento a usted, señor Conde, y a la señora Condesa, y con la esperanza de verles y hablarles personalmente en el próximo mes de marzo, tengo la satisfacción de profesarme en J. C.

Turín, 21-2-84.

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

P. D. Mi salud ha empeorado algo, por lo que sigo prisionero en mi habitación, pero los médicos me dicen que, en el mes de marzo, podré hacer un viaje, que me vendrá muy bien, al mediodía de Francia.

30

Muy querido señor Conde:

He recibido su magnífica carta; pero no quiero que me dé ninguna explicación de por qué hace o deja de hacer una cosa.

Basta que usted me permita exponerle mis necesidades y yo quedaré tan contento de su *sí*, como del *no*. Pienso cada día en rogar por usted y por la señora Condesa, y así, todas las mañanas, tengo un recuerdo especial en la santa misa, según sus intenciones.

Los médicos me han dicho que vaya a nuestras casas del sur y el sábado, si Dios quiere, saldré para Niza con don Julio Barberis. Desde allí, espero hacerle alguna visita para bendecir e inaugurar nuestra, o mejor dicho, su iglesia de La Navarre.

Al mismo tiempo, podremos hablar, y yo le explicaré mejor las ideas que tengo para hacer el bien; pero, dándole gusto, en todo lo que pueda hacerle feliz aquí en la tierra y después en el cielo.

[695] La bendición de nuestro Señor esté siempre con usted y con la señora Colle y créame con la mayor gratitud en J. C.

Turín, 27-2-84.

Su humilde servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[1] Curiosa errata, en lugar de siete mil metros cuadrados.

31

Muy querido señor Conde:

Estoy en Roma. El viaje ha sido bueno y, gracias a Dios, mi salud ha mejorado.

He examinado atentamente el estado de las obras, de la iglesia y del hospicio del Sagrado Corazón de Jesús; pero los cimientos de éste presentan gravísimas dificultades por haber tenido que ahondar mucho y, por tanto, aún se ha de trabajar mucho para acarrear la enorme cantidad de piedra preparada para ello.

Ahora bien, puesto que usted ha expresado el deseo de venir a Roma para la bendición de la piedra angular y sólo por pocos dias, me parece mejor, para su salud y la de la señora Condesa, que se aplace el viaje para más tarde.

Mientras tanto, deseamos tenerle con nosotros por algún tiempo. Y para darnos esta satisfacción, puede elegir la fiesta de María Auxiliadora; pero, aquel día, hay demasiada afluencia de gente para poder entretenernos con comodidad, aunque escasa.

Supongo que don Miguel Rúa le habrá dado una idea de ello.

¿No podría elegir la fiesta de San Juan? ¿El veintidós de junio iríamos a celebrar la fiesta de San Luis en Matthi; el veinticuatro con don Bosco y acto seguido a San Benigno donde usted y la señora Condesa son esperados con impaciencia?

Si alguno de estos proyectos le va bien, dígamelo y yo me consideraré feliz, poniéndome bajo la obediencia de aquél a quien, ante Dios, aprecio con afecto filial.

Don Miguel Rúa ha recibido instrucciones acerca de nuestros asuntos particulares. El estará a sus órdenes en todos los momentos que le plazca.

Espero, a mi regreso, llevarle la estampa de la que hemos hablado.

Dios le bendiga, mi querido y caritativo amigo, y, con usted, a la señora Condesa, su digna esposa, y la Santísima Virgen nos proteja siempre y nos ayude a superar todos los peligros de la vida y a descansar eternamente con Jesús y María en la inmensa felicidad del paraíso. Así sea. Con la mayor gratitud y afecto filial le seré en todo

Roma, 16 de abril del 84.
Calle Porta S. Lorenzo, 42.

Agradecido amigo y servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[696]

32

Mi querido y caritativo amigo:

Su cariñosa carta me ha encontrado normalmente y todo ha resultado muy bien. Don Miguel Rúa bendice conmigo a Dios y a ustedes que nos ayudan tan eficazmente a propagar la gloria de Dios.

Don Miguel Rúa envió con la mayor prontitud todo lo necesario para poner en marcha los trabajos y ya camina todo bien.

Antes de salir de Roma, espero decirle las cosas que, al presente, sólo han comenzado.

Mi salud va mejorando lentamente, pero mejora.

En Turín nos hablaremos con más sosiego.

La bendición del Señor esté siempre con usted, que El recompense generosamente su caridad en el tiempo y en la eternidad.

Roma, 24 de abril del 84.

Afectuosamente como un hijo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

33

Con letra muy irregular, al pie de una carta de don Camilo de Barruel[1]*:*

Mi salud ha mejorado de manera prodigiosa el primer día de la novena de María Auxiliadora. Bendito sea Dios.

[697] Increíble cantidad de gente. Que Dios les conserve a los dos en buena salud, y les conceda un buen viaje a Turín.

JUAN BOSCO, *Pbro.*

34

Mi muy querido conde Colle:

Su carta, tan esperada, ha sido para nosotros el ángel consolador. De todas partes se nos pedían noticias de usted y de la señora Condesa, pero nadie sabía nada. Don Miguel Rúa, don Juan Cagliero, don Celestino Durando, el padre Barruel y todos los Salesianos, pedían noticias de su viaje, de su salud y del lugar de su estancia. Pero nadie podía darlas, hasta que llegó su atenta carta. Ahora sabemos que se encuentran en La Farlède y que gozan de buena salud: Dios sea bendito.

Las noticias sobre la salud pública parece que mejoran; nosotros rezamos incesantemente por ustedes y por todos sus amigos para que nada altere su salud y tranquilidad. Y seguiremos haciéndolo mañana y tarde en nuestras oraciones privadas y co-

---

[1] La carta es ésta:

Señor Conde:

Don Bosco está por fin de vuelta; su salud no ha sufrido con el viaje, sino que, por el contrario, ha mejorado ligeramente.

Me encarga le diga que ha hablado largo rato con el Padre Santo sobre usted y la señora Condesa.

León XIII quiso que le contara con todo detalle lo que ustedes han hecho por las obras salesianas. Quedó muy satisfecho y envía, para los dos, una especialísima bendición Apostólica.

Don Bosco le aguarda en Turín, comprende que usted desee dejar pasar la fiesta de María Auxiliadora, durante la cual él está absorbido por la gran afluencia de visitantes; pero cuenta con usted para las fiestas de San Juan y de San Luis.

Todas las oraciones, que se harán el día de la fiesta de María Auxiliadora, serán especialmente para usted y la señora Condesa y don Bosco celebrará la santa misa según sus intenciones.

Reciba, señor Conde, para usted y la señora Condesa, mi respetuoso saludo.

Turín, 21 de mayo de 1884.

C. DE BARRUEL, *Pbro.*

munitarias. ¡Yo lo hago con toda mi alma! Todos los días les recuerdo en la santa misa.

Usted acaba su preciosa carta con palabras cuyos sentimientos se comprenden muy bien.

Comendador totalmente dispuesto a dejarse mandar por don Bosco[1].

Pero ¡usted no lo sabe! Don Bosco siempre tiene sus bolsillos vacíos y don Miguel Rúa es insaciable buscando dinero. Que ¿cómo se las va usted a arreglar? Nosotros procuraremos ser siempre muy discretos y estar siempre muy contentos al recibir la caridad que usted nos prodiga para ayudarnos a salvar almas para Dios.

Usted comprende, señor Conde, que la conclusión de esta carta, es una broma y que mi letra es mala y, por tanto, resulta difícil hacerme entender.

Que Dios les bendiga, querido señor Conde, a usted y a la Señora Condesa. María Auxiliadora les conserve en buena salud, y siempre por el camino del cielo.

Todos los de casa, sacerdotes, clérigos y muchachos, les envían sus saludos, se encomiendan a sus oraciones y mañana recibirán la santa comunión según sus intenciones.

Turín, 5 de julio de 1884.

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[698] 35

Muy querido amigo:

Acabo de llegar en este momento[2] a la *casa de campo* del señor Obispo de Pinerolo. Mi salud estaba quebrantada en Turín por el gran calor. Aquí, a duras penas, se ve uno libre del fresco y yo me encuentro muy aliviado. Tengo conmigo a don Juan Bautista Lemoyne y el Obispo me colma de atenciones.

Todos los días sigo con la ansiedad de que se extinga el cólera y bendigo al Señor que hasta el presente le ha preservado.

Nuestras oraciones, señor Conde, las comuniones de nuestros muchachos y la bendición que todos los días se imparte en el altar de María Auxiliadora, se elevarán continuamente a Dios para alcanzar la conservación de su salud y la de la señora Condesa.

Don Pedro Perrot me ha dado varias veces noticias de usted y toda la casa lo celebra, cuando podemos tener buenas noticias de su salud.

En este momento el viento y el frío me hacen tiritar y tengo que levantarme del escritorio y ponerme el gabán. Ya ve usted qué cambio en muy pocas horas. Pero estoy en una montaña.

Me agradará mucho, señor Conde, me dé de vez en cuando noticias suyas y de la señora Condesa, puesto que su salud nos preocupa en estos días como una cosa de primera importancia.

---

[1] Don Bosco obtuvo también para el Conde el título de Comendador de San Gregorio Magno.

[2] Había llegado el diecinueve a Pinerolo, desde donde, al día siguiente, tras haber pernoctado en el palacio episcopal, subió a la casa de campo.

Mi dirección es siempre:
Don Juan Bosco, Villa del Obispo. Pinerolo.
Que la Santísima Virgen les guíe y proteja, señor y señora Condesa, y que el buen Dios aleje de nosotros todo mal, al tiempo que me profeso siempre afectísimo, como su hijo en J. C.

Pinerolo, 20 de julio de 1884.

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

36

Mi querido señor Conde y caritativa señora Condesa:

Bendito sea Dios, alabado sea Dios. Los periódicos ya no dan el parte del cólera. Creo que ustedes gozan de buena salud y que nada les causará molestia.
[699] Pero he aquí que el amigo de los malos augurios comienza a visitarnos. Hasta el presente nos vemos todavía libres de este azote, pero los pueblos que nos rodean nos dan todos los días el parte de los casos y de los muertos habidos.
Nuestra confianza está en María Auxiliadora. Sin embargo, nuestras casas están desbarajustadas con el azote, los muchachos que tienen casa y parientes se han ido. Los más pobres se han quedado con nosotros y procuramos cuidarlos y darles ánimo.
Si esto se tranquiliza nos vemos a fines de septiembre y, si no, la Divina Providencia ya nos dará las normas necesarias.
Todos los Salesianos y sus muchachos rezan por ustedes y nosotros, a nuestra vez, ponemos nuestra confianza en las oraciones y en la piedad de ustedes.
Que Dios nos bendiga y la Santísima Virgen nos proteja siempre.
Siempre suyo, con el mayor afecto y gratitud en J. C.

Pinerolo, 11 de agosto de 1884.

Afectuosamente, como hijo en J. C.,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

37

Mi querido señor Conde:

Acabo de llegar de Pinerolo algo mejorado de salud: bendito sea Dios. He encontrado la ciudad de Turín invadida por el cólera, pero hasta ahora enteramente inmune. Gracias a Dios, la salud en nuestras casas es buena, gracias al antídoto de la Santísima Virgen. Los sacerdotes, los clérigos y los muchachos rezan por usted y por la señora Condesa.
Les agradezco el rosario que rezan según nuestra intención. El Señor y su divina Madre no permitirán que se repita en vano la jaculatoria *María, auxilio de los cristianos, rogad por nosotros.*
He comenzado ya la novena con misas, comuniones y oraciones particulares por nuestro querido Luis, que, así lo creo, se reirá de nosotros porque rezamos por él,

para aliviarlo; pues efectivamente, él se ha convertido en protector nuestro en el Paraíso y seguirá protegiéndonos hasta que nos reciba en la felicidad eterna.

Cuando estaba en Pinerolo, pensé seriamente que si usted y la señora Condesa pudieran ir a pasar los meses de más calor a Pinerolo, les iría muy bien para su salud. ¿No se les podría preparar una vivienda para esos meses? Hay que hablarlo para el próximo año.

[700] Que Dios le bendiga y conceda muchas satisfacciones en la tierra, pero con toda seguridad, la gran satisfacción con Jesús y María en el Paraíso.

Turín, 23 de agosto de 1884.

Afectuosamente, como hijo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

38

Mi querido y caritativo señor conde Colle:

El cólera ha hecho estragos en varias comarcas de Francia y ahora está atacando a Italia de manera espantosa. Nuestras casas y nuestros muchachos se han librado, hasta ahora, pero la beneficencia ha disminuido de manera alarmante; así que nos encontramos en grave dificultad para atender los gastos que reclaman las construcciones y el mantenimiento de nuestras obras.

Si, por tanto, puede usted echarnos una mano y acudir en nuestro auxilio, será, como siempre, nuestro valedero apoyo. Con todo, si por encontrarse en La Farlède, y ante la imposibilidad de volver a casa por causa del cólera, y eso le causa incomodidad, ruégole siga tranquilo en su finca, y nosotros ya buscaremos cómo salir del paso. Pero se lo recomiendo, no se preocupe, si las circunstancias le impiden hacer el bien.

En este momento me trae el cartero su amable carta. Ruégole, señor Conde, tenga a bien considerar como no dicho lo que le había advertido con respecto a nuestro estado económico. Más bien me apresuro a expresarle mi satisfacción porque usted y la señora Condesa disfruten de buena salud. He dado noticias de ustedes a todos los directores aquí reunidos; se han alegrado mucho y cada uno de ellos asegura que reza y hace rezar a sus muchachos por su felicidad espiritual y temporal.

Agradezco de corazón a la señora Condesa que se haya dignado rezar *por este pobre* en estos días. Que la Santísima Virgen se lo pague con largueza.

Ya ve, señor Conde, que no estoy en condiciones de escribir ni de una forma pasable; tenga paciencia para leerme. Procuraré hacerlo mejor otra vez.

Acepte los humildes saludos de todos sus Salesianos y de éste que, con filial afecto, será siempre en J. C.

Turín, 10 de septiembre del 84.

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[701] 39

Mi querido señor Conde y muy respetable señora Condesa:

Mañana comenzamos la novena de Todos los Santos y no quiero permitir que pase ese día sin recordarles a ustedes ante el Señor, pidiendo por sus intenciones.

Entre otras cosas, daremos gracias al Señor, por haberlos conservado en buena salud, y tengo plena confianza de que la Santísima Virgen continuará protegiéndolos.

Tengo la gran satisfacción de comunicarles que la casa construida gracias a su caridad para los hijos de María Auxiliadora está terminada y se ha fijado el diez del próximo mes de noviembre para la entrada de los alumnos que serán al principio unos ciento cincuenta.

Recibirán los detalles lo antes posible.

Que Dios les bendiga y conserve en buena salud muchísimo tiempo.

Que la Santísima Virgen nos proteja y nos guíe por siempre.

Turín, 22 de septiembre de 1884.

Su humilde y afectísimo como hijo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

40

Mi querido señor Conde y muy respetable señora Condesa:

Quiero hacerles hoy una propuesta, que comprendo es difícil, pero no imposible. Ustedes verán.

Me parece que ya se les comunicó que, el 13 de este mes, don Juan Cagliero será preconizado Obispo por nuestro Padre Santo León XIII. Pocos días después, será consagrado. Es nuestro primer alumno elevado a tal cargo, el primer Obispo de la Patagonia; él es también uno de sus protegidos y muy querido.

Haremos una gran fiesta, pero hay algo extraordinario que desearíamos. Todos, y yo primero, querríamos tenerles con nosotros aquel día, para hacer de *Padrino* y de *Madrina* en la función religiosa.

Esta es mi invitación y éste es el deseo de todos.

Por otra parte, les tengo cariño y pienso sobre todo en su salud; por lo tanto, si ustedes temen que de algún modo se va a resentir su salud, haré por mi parte un gran sacrificio y no quiero de ningún modo que se muevan de casa.

Esta es, señor Conde y señora Condesa, mi sincera invitación, pero con completa libertad de su parte y con gran deseo de tenerles con nosotros.

[702] Tan pronto como se fije el día de la ceremonia, se lo comunicaré.

Que el Señor esté siempre con usted, caritativo señor, y tenga a bien rezar por mí, que siempre seré en J. C.

Turín, 7 de noviembre del 84.

Afectísimo como hijo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

41

Mis queridos señor Conde y señora Condesa:

Ha comenzado la novena de Navidad y no queremos olvidarlos. Cada mañana y cada tarde se reza por ustedes, por su salud y su bienestar.

Para que Dios les conceda largos y felices años, el día de Navidad, se celebrará la santa misa según su intención.

Monseñor Cagliero ha ido a Roma, y me ha asegurado que pedirá al Padre Santo una bendición especial para ustedes. Volverá el día veintidós de este mes, y entonces se fijará la salida para Tolón, Marsella, América.

Que Dios les bendiga y conserve a los dos en buena salud, y tengan a bien rezar también por este pobre sacerdote, que les quiere y les querrá siempre, como un hijo en J. C.

Turín, 17 de diciembre de 1884.

Agradecido,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

42

Mi querido y caritativo Conde:

Quisiera visitarle personalmente para agradecerle tantos beneficios. Ya que no puedo de viva voz, lo hago por escrito, y así cierro el año expresando mi agradecimiento a ustedes, señor Conde y señora condesa Colle.

Bendito sea Dios y démosle gracias por habernos conservado con buena salud y también, como espero, en su santa gracia.

Entre otras obras buenas, usted ha pagado por don Pedro Perrot las deudas de La Navarre: el Señor no dejará de recompensarle con largueza, y nuestros pobres huérfanos rogarán continuamente según sus intenciones. ¡Qué afortunado es don Pedro Perrot que tiene tales pagadores!

Y, ¿por qué no podemos encontrar en Italia bienhechores semejantes?

¡Si hay uno así en Italia, que venga a pagar setenta y cinco mil francos que debe desembolsar don Miguel Rúa para nuestros misioneros **[703]** de América; y otro tanto casi igual, para el ajuar y el pasaje de los que deberán partir cuanto antes!

¿Y por qué no viene a pagar las deudas de nuestras casas de Turín, y de la iglesia y la casa de Roma?

La razón es clara: ¡en toda Francia e Italia no hay más que un solo conde Colle! ¡Bendigamos mil veces al buen Dios, para que el señor Conde y la señora Condesa Colle vivan para ayudarnos, sostenernos y apoyarnos en nuestras dificultades! Que Dios les conserve en buena salud, les conceda la gracia de vivir muchos años felices en la tierra, en recompensa de su caridad; y, finalmente, les dé en la otra vida el verdadero premio, el gran premio de la morada en el cielo, donde tengo la firme esperanza de que nos podremos encontrar con Jesús y María y con nuestro querido Luis para alabar a Dios y hablar de El por toda la eternidad.

El jueves, primero del año 1885, se rezará y se harán comuniones por ustedes en todas nuestras casas.

Tengan a bien encomendar a Dios también a su pobre.

Turín, 20 de diciembre del 84.

Su seguro y humilde servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

43

Mi querido señor Conde y respetable señora condesa Colle:

El día veinte de este mes comenzamos la novena de San Francisco de Sales y no quiero que se les olvide en nuestras pobres oraciones.

Por tanto, se celebrará una misa cada día según su intención y nuestros jóvenes harán oraciones y comuniones. Todos nosotros pedimos a Dios una buena salud para ustedes dos, y perseverancia en el camino del Paraíso.

En la primera quincena del próximo mes recibirán la noticia del día en que monseñor Cagliero pasará a hacerles una visita, antes de partir para Patagonia.

Me encuentro mucho mejor, pero todavía no sé si mi salud me permitirá ir con él hasta Marsella, como vivamente deseo.

Todos me preguntan si vendrán ustedes el día veintinueve para la fiesta de nuestro patrono. No me atrevo a invitarles por los peligros de la estación; pero su venida a nuestra casa sería sin duda la mayor fiesta del mundo.

Les pregunto sencillamente, rogando me contesten: —¿Les queda todavía Vermut? Ya saben que yo soy su proveedor.

[704] Que Dios les bendiga y les conserve para hacer muchas obras santas en la tierra y aumentar el gran premio en la vida eterna.

Dígnense rezar también por toda esta familia, que puede llamarse suya y nuestra ante Dios, y que la Santísima Virgen nos ayude y proteja a fin de salvarla eternamente. Así sea.

Turín, 18-1885.

Afectísimo y agradecido hijo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

44

Muy querido señor conde Colle:

Vuelvo a estar mejor y fuera de la cama. Y puedo escribirle esta carta.

Me he dirigido a la señora condesa de Chambord para que acuda en nuestra ayuda.

Su amabilísima carta me asegura que ahora hará muy poco, pues está cercada de peticiones; pero promete hacerlo.

Nuestro redactor del *Boletín Salesiano*, don Juan Bonetti, se encuentra hoy en Marsella. Después de despedirse de monseñor Cagliero volverá a Turín, deteniéndose algunas horas en Tolón para saber personalmente de usted y de la señora Condesa, y seguirá enseguida directamente su viaje hasta aquí.

Que el Señor les bendiga a todos y les conserve en el camino del Paraíso, pero siempre con buena salud.

Tenga la bondad de rezar por este pobre, pero afectísimo.

Turín, 11 de febrero del 85.

Su seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

45

Mi querido señor Conde:

Mi carta a don Juan Bonetti quedó mezclada en Marsella con las cartas dirigidas a monseñor Cagliero, y por eso, al regresar, no pudo volver a pasar por su casa de Tolón y traerme personalmente sus noticias. Me habló mucho de las atenciones que tuvieron a bien prodigar a don Juan Cagliero y a todos nuestros misioneros, como lo verán en el *Boletín Salesiano.*

Había yo encargado a don Juan Bonetti que tratara con usted y con la señora condesa Colle sobre la posibilidad de que hicieran ustedes un viaje a Roma en el mes de abril, a fin de colocar definitivamente la piedra angular **[705]** de nuestro orfanato del Sagrado Corazón en Roma. Ahora no se trata de fijar el día, sino sólo aproximadamente.

Ya casi hemos llenado toda la casa de San Juan Evangelista, pero todavía no se ha inaugurado. Y hay que preparar en esta casa una buena comida y hacer después un cordial brindis a la señora Condesa Colle. ¿Le gusta así a nuestra buena Mamá en nuestro Señor Jesucristo, la señora Condesa?

Mi salud va mucho mejor, aunque todavía no puedo bajar con los demás a celebrar la misa.

Que Dios les bendiga y les conserve en buena salud muchos años después de mí, y dígnense aceptar los saludos de todos los Salesianos y especialmente de este pobre, pero afectísimo

Turín, 20 de febrero de 1885[1].

Seguro servidor y amigo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

46

Querido y caritativo señor conde Colle:

Su carta me obliga a tomar la resolución de darme un paseo hasta su casa a pesar de mi débil salud. Me apresuraré a decirle el día en que espero llegar a Tolón.

Mi relación sobre Patagonia ha sido enviada a don Pedro Perrot, que la traducirá al francés para llevársela a usted pronto.

Espero que la señora Condesa se encuentre con buena salud. Pido al Señor que les mantenga felices a los dos en el tiempo y en la eternidad.

Que la Santísima Virgen sea siempre nuestra guía en el camino del Paraíso.

Turín, 6 de marzo del 85.

Afectísimo y seguro servidor,
(falta la firma)

[1] En el original parece que se tendría que leer 83, pero en el matasellos se lee «Turín, 21-2-85».

47

Mi querido señor Conde:

Me parece que podré realizar mi proyecto e ir a hacerle una visita. Pero ante todo, deseo saber exactamente si la noticia de los casos de cólera publicados por los periódicos es verdadera o simplemente un decir.

Porque en el caso afirmativo, puede ser que usted piense ir a **[706]** *La Farléde* o a otro lugar de un momento a otro, y no quisiera trastornar sus planes. Si usted me dice dos palabras sobre este asunto, para mí serán una norma segura a seguir.

Si Dios quiere, saldré de Turín el día veinticinco por la tarde para estar en Niza el veintiséis del corriente. Desde allí podré fijar el día de mi llegada a Tolón.

Ya en su casa, podremos tratar sobre la conveniencia de hacer un viaje a Italia, hacer una visita a María Auxiliadora y quizás llegar hasta Roma.

Que Dios nos bendiga y que la Santísima Virgen les guíe, señor Conde y señora Condesa, y que nos aseguren el camino del Paraíso. *Amén.*

Siempre suyo en N.S.J.C.

Turín, 13 de marzo del 85.

Su atento y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

48

Mi querido señor Conde:

La familia del duque de Norfolk llegará a Turín el cinco de mayo, por lo cual, yo tenía que adelantar mi regreso algunos días. Si Dios quiere, saldré de Niza el próximo martes, para estar en Turín el día seis de este mes. Allí le espero con la señora Condesa Colle *a su comodidad.*

Mi paraíso terrenal lo tengo en mi habitación, es decir, la habitación que ustedes me reservan a mi paso por Tolón.

Que la Santísima Virgen les bendiga, les proteja en la casa y en el viaje hasta aquí, en el oratorio de San Francisco de Sales.

Recomiendo sin cesar a sus caritativas oraciones a este sacerdote, que siempre será en J. C.

Niza, 25 de abril del 85.

Su atento y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

49

Señores condes Colle:

La fiesta de María Auxiliadora queda definitivamente fijada para el próximo día dos de junio, como verán en nuestra prensa de hoy. Nos esmeraremos para hacer una solemnidad verdaderamente espléndida, pero el duque de Norfolk no puede quedarse con nosotros hasta entonces.

Ha salido ahora con la familia (18 personas) para Roma. Pero, después de recibir la bendición del Padre Santo, volverá a Turín para continuar **[707]** su práctica de piedad por la mañana, por la tarde y al mediodía en la iglesia de María Auxiliadora. Se han comprometido para un viaje a Austria a fines de mes.

Pero yo les diré las cosas a medida que sea necesario. Hasta el presente, hacemos siempre nuestras oraciones de la solemnidad.

Ya están ultimados en Roma los preparativos para colocar la piedra angular; nosotros podremos hacernos representar por un personaje. Don Francisco Dalmazzo se ocupará de ello y nos guiará.

Pues hay algo que sólo a nosotros nos compete. En la piedra angular hay que colocar algunos recuerdos y, entre otros, unos datos sobre la familia y las personas del padrino y de la madrina.

Por tanto, tenga usted la paciencia y la bondad de buscar un amigo que me proporcione los datos principales, como nombre, fecha de nacimiento y detalles que crea oportunos.

Tenga paciencia; son datos históricos para consignar a la posterioridad. Cuando yo los reciba, me corresponderá a mí añadir otros que completarán la referencia.

En este momento, mi cabeza está cansada. Les escribiré dentro de muy pocos días otra carta.

Que el Señor les bendiga y la Santísima Virgen les proteja. Así sea.

Turín, 10-5-85.

Agradecido, como hijo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

50

Mi querido señor conde Colle:

Todos los Salesianos les esperan para el día treinta y uno de los corrientes por la mañana. Como ustedes no me dicen si llegarán por Savona o por Génova, no quiero molestarles de ningún modo, pero les esperamos *para comer al mediodía* y a cualquier hora para recibirles.

Ustedes serán en verdad los dos amigos de María Auxiliadora, *los mayordomos* de la gran fiesta. El señor duque de Norfolk y su familia salieron ayer por la mañana hacia Alemania; todo el mundo ha quedado muy satisfecho de su estancia entre nosotros, y de la mejoría del hijo enfermo.

Creo que tendremos tiempo para hablar de otros asuntos y conversar aquí en nuestra casa, con toda tranquilidad.

Mientras tanto, les recuerdo y seguiré recordándoles todos los días en la santa misa hasta que los tengamos entre nosotros.

[708] Que el Señor les bendiga, señor Conde y señora Condesa, y la Santísima Virgen les proteja y dirija durante todo su viaje. Así sea.

Turín, 25-5-85.

Afectísimo como un hijo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

51

Mi querido señor Conde y respetable señora Condesa Colle:

Hemos tenido la satisfacción de tener entre nosotros a don Pedro Perrot, que nos ha hablado de ustedes, señor Conde y señora Condesa. Todos los Salesianos juntos hemos escuchado que el buen Dios les conserva a ambos en buena salud y que están definitivamente aposentados en su casa de campo de La Farlède. El mismo don Pedro Perrot les habrá llevado, sin duda, noticias de todos sus amigos los Salesianos.

Mañana, si Dios quiere, saldré para Mathi para reponerme un poco de mi debilidad, o mejor, retardar, si ello es posible, algo mi vejez.

Desde allá, espero escribirles una carta más larga y decirles algo que, según creo, les será agradable.

Todos los Salesianos rezan para que se mantengan ustedes en buena salud durante largos años a fin de que nos encontremos todos juntos en el Paraíso con nuestro querido Luis. Esta es la plegaria de su pobre, pero verdaderamente

Turín, 14 de julio de 1885.

Afectísimo en J. C.,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

52

Señor Conde y Señora Condesa Colle:

Creo que, en esta novena de la Asunción de la Santísima Virgen, no olvidarán al pobre don Bosco, que ruega sin cesar por ustedes y por su felicidad espiritual y temporal. Los Salesianos pedimos insistentemente en esta novena que les guarde un puesto muy cerca del suyo en el cielo, pero que tarde mucho todavía en concedérselo.

Mi salud ha empeorado algo durante estos días; pero ahora, gracias a Dios, ha mejorado. ¡Bendito sea Dios!

Nuestro amigo Luis me ha llevado a dar un paseo al centro de Africa, *tierra de Cam*, decía él, y a las tierras de Arfaxad **[709]** o sea, China. Si el Señor nos permite entrevistarnos personalmente, tendremos mucho que hablar.

Don Juan Bautista Francesia ha terminado su trabajo y ustedes lo recibirán dentro de pocos días.

Hablan los periódicos de que el cólera amenaza a Francia. Creo que La Farlède quedará inmune, pero, si ustedes desean pasar una temporada en Lanzo, lugar muy al seguro, no tienen más que avisarme con un día o dos de anticipación y tendrán preparada una casita para ustedes y su familia.

El domingo 15 de agosto, estaré en Turín, y el lunes, iré a San Benigno para nuestro retiro. Pero ustedes recibirán normalmente noticias nuestras.

Que todos los males estén lejos de ustedes y que la Santísima Virgen les proteja siempre.

Su humilde amigo y servidor, que les aprecia como un hijo,
(falta la firma)

Mi letra es cada día peor. Perdónenme.
Turín, 10 de agosto de 1885.

53

Señor Conde y señora Condesa Colle:

La temporada de nuestros ejercicios espirituales es siempre la misma poco más o menos: comienza el 1.º de agosto y dura hasta el 10 de octubre. Pero el paseo a Niza y Tolón será hacia la mitad de septiembre; ya les diré el día preciso.

Yo, por mi parte, deseo mucho verles, pero no les puedo prometer nada, pues, hace un mes que mis movimientos aquí en Mathi consisten en ir de mi habitación al jardín, que está muy cerca de la fábrica de papel.

Mi salud, por ahora, sigue estacionaria, pero creo que la disminución del calor ambiental me aliviará. En el caso de que la salud me impida ponerme en viaje, ustedes tendrán noticias de nuestros asuntos.

Esta próxima semana recibirán ustedes los planos del hospicio de Roma; y don Miguel Rúa está totalmente a sus órdenes para llevar a término sus santas intenciones a este respecto.

Hace unos días que he escrito una carta al príncipe Lancellotti, que reside en frente del susodicho orfanato. Estoy en muy buenas relaciones con este caritativo señor, pero todavía no he recibido contestación, por lo que temo que esté fuera de la ciudad. Escribo ahora con el fin de tener informes concretos sobre su estancia.

Mi querido y caritativo amigo, tenemos plena confianza de que **[710]** su salud y la de la señora Condesa sean buenas: todas las casas salesianas rezan incesantemente por su constante e inalterable salud y santidad en La Farlède.

Pero si algo les molestara y creyeran conveniente venir a pasar algún tiempo con nosotros, háganlo con plena libertad y verán cómo todos les recibirán con una gran fiesta.

Que Dios y la Santísima Virgen les bendigan y concedan todos los bienes espirituales y temporales.

Turín[1]*, 18 de agosto de 1885.*

Su afectísimo y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

54

Mi querido señor Conde:

Mi salud me ha impedido algunos días escribirle. Hoy me encuentro mejor. Don Miguel Rúa, con los Salesianos, dirige los ejercicios en Sampierdarena.

Tengo plena confianza de que usted y la señora Condesa gozan de buena salud.

Sin embargo, deseo mucho cada día unas palabras acerca de su salud.

Mañana por la tarde, si Dios quiere, iré a Valsálice.

Rezamos sin cesar por usted. ¡Oh, María! Sé la defensa, la salud y la felicidad para estos amigos.

Turín[2]*, 2 de septiembre de 1885.*

Seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[1] La carta está escrita desde Mathi.
[2] Escribe desde San Benigno.

55

Señor y señora Condesa Colle:

El viaje de don Miguel Rúa a Niza y Marsella, con motivo de la sanidad pública, que todavía no es muy buena, ha sido aplazado. Ha ido en su lugar don Juan Bonetti, que ha visitado nuestras casas del Sur para organizar un retiro de algunos días que servirá de ejercicios espirituales para nuestras comunidades de Francia.

Hemos continuado todos los días nuestras oraciones por la preciosa salud de ustedes, señor y señora Condesa Colle.

[711] Cuando estuvo don Francisco Dalmazzo con nosotros para los ejercicios, llegó a Roma el Príncipe Lancellotti. Tan pronto como don Francisco Dalmazzo hable con él, nos escribirá acerca de nuestros asuntos respecto al Orfanato, cuya construcción progresa cada día, aunque siempre queda reservado el lugar elegido para la piedra angular.

Don Juan Cagliero ha escrito una larga carta, en la que habla mucho de usted, de la Sra. Condesa, de nuestro Luis y de un muchacho a quien ha bautizado con el nombre de Luis Colle, y envía una fotografía del mismo. Recibirá usted todo, apenas deje el correo de paralizar la correspondencia.

He pasado un mes aquí en Valsálice, pero mañana volveré a San Benigno, para la próxima semana; después, espero regresar definitivamente a Turín.

Como verá, estoy medio ciego y apenas si podrá descifrar mi carta. Perdóneme y tenga paciencia conmigo. No dejaré de recordarles cada mañana en la santa misa.

¡Oh, María! Sé nuestra guía en el camino del Paraíso.

Siempre suyo en J. C.

Turín, 27 de septiembre 85.

Humilde servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

56

Mi querido señor Conde y respetable señora Condesa Colle:

Don Miguel Rúa llegará dentro de pocos días y nos traerá muchas noticias de ustedes. Pero pasado mañana empezaremos la santa novena de la Inmaculada Concepción y me interesa asegurarles que, durante esos días, rezaré todas las mañanas en la santa misa según su intención y también nuestros huérfanos comulgarán a fin de que el Señor les conserve en buena salud.

No puedo escribir más; espero comunicarles más cosas por medio de don Miguel Rúa.

Que Dios les bendiga y rueguen por su

Turín, 27 noviembre 1885.

Humilde y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*[1]

[1] En esta carta incluyó un sobrecito con esta leyenda:
Dos bonos de banco para el señor y la señora Condesa Colle.
Y contiene dos estampas de Cristo crucificado con frases y jaculatorias sobre la resignación y la caridad.

Caritativa Condesa Colle:

Todas las mañanas rezo, sin duda, por usted, señora Condesa, y por el señor Conde, su generoso marido y nuestro gran bienhechor. Pero, en la solemnidad de Navidad, deseo escribirles unas cuantas líneas.

Don Miguel Rúa me entregó, con el paquete que usted conoce, una caja de azufaifas[1], recogidas en el jardín de su finca. Lo he recibido como obsequio de la Mamá más cariñosa y caritativa. El cocimiento de las azufaifas ha resultado maravilloso y ha aliviado mucho mi tos. Le doy mil gracias por ello.

Mientras tanto, tengo la satisfacción de participarle que nuestros muchachos comulgarán en la misa de medianoche por usted, señora, y por usted, señor Conde, y, el día de Navidad, celebraré la santa misa exclusivamente según su intención.

Rezaremos sin parar para que el Señor les conserve muchísimo tiempo con buena salud, les dé largos años de vida y muchas satisfacciones en la tierra y, por último, la verdadera gran satisfacción del Paraíso.

Dentro de muy pocos días, le daré la noticia que usted y el señor Conde esperan.

Que Dios la bendiga, y tenga a bien aceptar los saludos de todos los Salesianos, juntamente con los cuales, seré siempre suyo en J. C.

(Sin fecha)[2]

Atento y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

58

Señor Conde y señora Condesa:

Estoy hablando de ustedes cada día y podría afirmar que a cada momento, pero, estando mi pobre cabeza siempre un tanto desconcertada, me veo obligado a escribir muy poco en comparación de lo que debería hacer con ustedes, para agradecerles la larga lista de bondades y caridades que nos hacen.

En este momento, son ustedes no sólo el sostén de nuestras obras y de los mismos Salesianos, sino que se han convertido en nuestros únicos bienhechores. Porque actualmente han disminuido las limosnas de modo alarmante, singularmente en nuestras casas de Francia y en nuestras misiones de América.

Pero nuestra caritativa limosnera, María Auxiliadora, empieza ya **[713]** a acudir en nuestra ayuda con gracias extraordinarias en Rusia, en Prusia y, de un modo especial, en Polonia.

Don Miguel Rúa les envía noticias del hospicio de Roma. Roma es una ciudad eterna. Hay que hablar y moverse mucho; y, luego, contentarse con que las cosas caminen lentamente. Paciencia.

Recibirán también noticias del paseo realizado por la China con nuestro Luis. Cuando Dios nos conceda la gracia de encontrarnos juntos, tendremos muchas cosas que decirnos.

---

[1] *Azufaifas:* fruto carnoso que se come. Se utiliza como medicamento pectoral. Llámase también yuyuba, guinja, guinjol, jínjol... (N. del T.).

[2] En el matasellos del sobre se lee: «Turín, 24-12-85».

Como recompensa de su caridad, que Dios les dé todas las dichas de la tierra, pero que les tenga asegurada la eterna y gran felicidad del Paraíso con todos sus parientes y amigos. Así sea.

Siempre suyo con la más sincera gratitud y veneración en J. C.

Turín, 15 enero 1886.

Atentamente su afmo. s. s.,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

59

Muy querido señor Conde y muy respetable señora Condesa:

Gracias a Dios, estoy todavía vivo. El lunes por la tarde, si Dios quiere, estaré con ustedes y podremos hablar tranquilamente de nuestros asuntos. Si pueden preparar un altar, con mucho gusto celebraré la santa misa en su casa; de lo contrario, estaría a sus órdenes.

El martes viene el señor Conde Duboys con su hija, de Hyeres a Tolón, para hacernos una simple visita. Son bienhechores y muy buenos católicos y no causan la menor molestia.

Que Dios les bendiga y hasta vernos.

Niza, 26 de marzo de 1886.

Atento y seguro servidor, como un hijo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

60

Mi querido señor Conde y señora Condesa Colle:

Hace algunos días que estoy en Pinerolo en la *casa de campo* de Mons. Chiesa, Obispo de la diócesis, que va a ser trasladado a la de Casale.

[714] Allí tenemos dos casas con muchos alumnos, por lo que estamos muy contentos.

Mi salud es pasable y mis pensamientos están siempre con ustedes, y pido al Señor les conserve muchos años en buena salud.

Todos los Salesianos se encuentran bien. Ni *cólera* ni ningún otro mal que nos moleste. Por tanto, si nuestras casas y nuestras personas pueden prestarles algún servicio, sería para nosotros una satisfacción muy grande. Estamos todos a su entera disposición.

En estos momentos, o mejor, en estos días, nuestros muchachos están seriamente ocupados con sus exámenes, pero estamos muy satisfechos del comportamiento y del número considerable que pide seguir la carrera eclesiástica, y del número aun mayor de los que solicitan ir a las misiõnes.

Todos los días hay peticiones para ir a las misiones entre los salvajes.

Y ahora, tengan paciencia para leer y comprender mi letra.

Siempre suyo afectísimo, como un hijo,

Pinerolo, 25 de julio de 1886.

JUAN BOSCO, *Pbro.*

61

Oh, María, buena Madre nuestra, en este día en que la Iglesia solemniza tu Nacimiento, lleva tú misma una bendición muy especial a estos dos hijos tuyos, al señor y señora, Conde y Condesa Colle, por los que, con todo mi corazón, he celebrado esta mañana la Sta. Misa y nuestros jóvenes han hecho la Sag. Comunión, para la felicidad espiritual de los mismos.

Recen también ustedes por este pobre que les ama en Cristo Jesús como un tierno niño.

Ahora he regresado a Valsálice para asistir a un retiro y a un capítulo, en el que se trataron los asuntos de nuestra Congregación. Se reunieron allí setenta directores de nuestras Casas: hemos hablado mucho de ustedes y de nuestras cosas.

Don Pedro Perrot ha debido marchar antes, porque debe ir a su familia, urgido por su padre gravemente enfermo.

Todos los Salesianos les envían sus saludos y rezan por su salud.

En nombre de todos, se profesa suyo en J. C.,

Turín, 8 de septiembre 1886.

Atento y seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[715] 62

Señora Condesa Sofía Colle:

Me gustaría hacerle una visita en este su día onomástico, mas, por el momento, hay que postergar este deseo para otra oportunidad. Hoy me he de limitar a celebrar la santa misa y a que los muchachos reciban la sagrada comunión según sus intenciones.

Rogaremos para que Dios conserve su salud y la del señor Conde Colle en paz y caridad hasta el último instante de su vida. Y, entonces, la Virgen Santísima, acompañada de una multitud de ángeles, les lleve consigo al Paraíso, pero con sus parientes y amigos y con el pobre don Bosco que le quiere mucho en el Señor.

La semana próxima iremos a San Benigno, donde se ha duplicado el número de los novicios y, en consecuencia, ha habido que preparar rápidamente una nueva casa.

Todos los Salesianos le envían sus saludos y yo, con mi mala letra, tengo la osadía de declararme siempre afectísimo como un hijo,

Turín-Valsálice, 23 de septiembre de 1886.

Seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

63

Señores Condes Colle:

Nuestros misioneros emprendieron viaje desde su casa. Don Luis Lasagna me ha escrito, contándome los detalles de la visita que les hicieron a ustedes y de la caridad que, de manera tan paternal y bondadosa, les prodigaron.

Ellos se van a América profundamente impresionados y asegurando que allí les tendrán a ustedes como dos modelos de cristianos. Parten para ganar almas al buen Jesús, ganar también la suya y la de ustedes. He aquí un plato que se les presentará un día a su entrada en el Paraíso; un plato verdaderamente apetitoso, *un plato de oro*, un plato cuajado de diamantes y repleto de obras buenas; y, entre esas buenas obras, la ayuda que ustedes prestaron a los Salesianos en la conversión de los salvajes.

¿Qué ha sido de sus azufaifas?[1] Pues bien, como sus azufaifas son excelentes, se han repartido así:

1.º Quince mil, para el pago de una letra de cambio que me había enviado Monseñor Cagliero, desde la Patagonia.

[716] 2.º Treinta y cinco mil, a la Banca Tiberiana[2].

3.º El resto, a San Juan Evangelista, San Benigno y Foglizzo, donde tenemos jóvenes que estudian para sacerdotes.

Como ven, cada palabra de esta carta necesitaría una explicación, pero ya se la daré cuanto tengamos ocasión de hablar con tranquilidad de nuestras cosas.

Quisiera escribirles todavía mucho más para expresarles el afecto y el agradecimiento que todos los Salesianos les profesan; pero mi pobre cabeza se niega a obedecer y la señora Condesa me hará la caridad de descifrar esta mi mala caligrafía.

Mientras tanto, en la próxima novena de Navidad, todos los Salesianos rezarán, celebrarán misas y comulgarán por su felicidad espiritual y temporal.

Que Dios les bendiga a ambos y M. A. les conserve en buena salud y recompense generosamente en el Paraíso. *¡En el Paraíso! Amén.*

Turín, 14 diciembre 1886.

Agradecido como un hijo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

64

Sr. Conde y Sra. Condesa:

Vamos a hablar un poco de nosotros y de nuestros asuntos.

El catorce de mayo se hará la consagración de la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús en Roma y, desde allí, regresaremos para la fiesta de María Auxiliadora, el veinticuatro del mismo mes.

¿Les parece bien así?

Si, por su parte, la cosa es posible, ya les comunicaré los detalles al respecto.

Les diré con gran satisfacción que, en el reciente terremoto, no sufrió daño alguno ningún muchacho ni ningún salesiano.

Sólo los edificios han experimentado estragos: la vivienda, las clases y la iglesia del Torrione casi se han arruinado.

Pero la Divina Providencia nos ha ayudado siempre y no se quedará impasible en esta ocasión.

Aquí todos les esperan para la fecha señalada; todos los días se reza por la mejoría

---

[1] Alude humorísticamente a una cantidad de dinero.
[2] Para la iglesia del Sagrado Corazón.

de su salud y este pobre, pero **[717]** afectísimo don Bosco no deja de tener un recuerdo especial, todas las mañanas, en la santa misa.

Que la Santísima Virgen les proteja y guíe en todos los peligros de la vida.

Turín, 22 de marzo de 1887.

Afectísimo como un hijo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

65

Mi querido señor Conde y respetable señora Condesa Colle:

No sé si les habrán llegado mis noticias desde hace un poco de tiempo a esta parte, porque me he visto obligado a abandonar la correspondencia epistolar, salvo para lo estrictamente confidencial.

Ya se ha determinado que la consagración de la Iglesia del Sagrado Corazón se realice el trece de mayo. Me veo obligado a efectuar el viaje por etapas cortas, pero espero estar aquel día en Roma y encontrar allí a ustedes dos con buena salud y poder hablar tranquilamente de nuestras cosas.

Desde Roma, volveremos a Turín para la fiesta de María Auxiliadora, el veinticuatro de mayo.

Comentaremos nuestras cosas. Adiós, mis queridos amigos, que Dios les proteja y que la Santísima Virgen sea siempre su guía hasta el Paraíso.

Con la mayor gratitud, siempre suyo en J. C.,

Turín, 8 de abril de 1887.

Afectísimo como un hijo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*[1]

66

Sr. Conde y Sra. Condesa Colle:

Su carta ha sido para nosotros como la descarga de un rayo, que ha desbaratado todos nuestros planes. Sólo su salud y la necesidad de emplear todo cuidado está por encima de cualquier razón.

Se harán, o mejor, se trasladarán para otras fechas nuestras fiestas. Yo deseo ir y rezar ante la tumba de San Pedro y **[718]** San Pablo por su salud, y espero que el Señor les concederá venir a participar en la fiesta de María Auxiliadora en Valdoco. Todas nuestras oraciones se harán según esta intención.

Ya recibirán noticias nuestras. Dios nos bendiga y María Auxiliadora nos guíe

[1] P. D. Si me lo permiten, añado mis saludos y felicitaciones de unas felices fiestas. El P. De Barruel me ha escrito con buenas noticias de ustedes y también me ha comunicado la caridad que han tenido con nuestro querido don Pedro Perrot el día que fue a visitarles. Que Dios sea bendito por ello y muchas gracias a ustedes. También yo espero verles en Roma y, desde ahora, ruego al Sagrado Corazón de Jesús que les depare un buen viaje y toda suerte de bendiciones.

Su afectísimo servidor en J. C.

MIGUEL RUA

para juntarnos en Turín. Mientras tanto, todos nuestros alumnos piden a Dios por ustedes y les esperan sin falta; su visita les proporcionará una gran satisfacción. Amén.

Siempre suyo en J. C.,

Turín, 22 de abril de 1887.

Seguro servidor,
JUAN BOSCO, *Pbro.*[1]

67

Sr. y Sra. Condesa Colle:

Hemos llegado a Roma. El viaje ha sido bueno. Mi secretario, don Miguel Rúa[2], les dará detalles. Si ustedes no pueden desplazarse, **[719]** rezaremos mucho por su salud. Sin embargo, tengo plena confianza de verles en Turín, porque no es posible hacer la fiesta de María Auxiliadora sin que estén ustedes presentes. Hablo así, siempre y cuando se lo permita la salud, ya que ésta lo es todo para nosotros. Mi vuelta se

---

[1] P. D. Si ustedes me lo permiten, añadiré unas palabras. Nuestro querido don Bosco no está demasiado bien de salud. Ha tenido fiebre y un poco de bronquitis durante algunos días. Ya se ha recuperado un poco. Habiendo sabido que ustedes no podían venir a Roma, hubiera querido retrasar su viaje para esperarles allí, pero ya se había publicado el programa y no parecía conveniente cambiar. Por consiguiente, saldrá para Roma el próximo martes conmigo y con otro secretario. Espero que ustedes le acompañen con sus oraciones, como nosotros lo acompañamos personalmente, y también espero que, al volver de Roma para las fiestas de María Auxiliadora, tendremos la satisfacción de verles aquí. Que el Buen Dios atienda nuestros deseos y les dé mucha salud.

Su atento y seguro servidor,

MIGUEL RUA, *Pbro.*

[2] *Muy queridos Sr. Conde y Sra. Condesa:*

Al llegar aquí, me he encontrado con una carta del Padre Perrot, en la que nos participa que su salud va mejor. Bendito sea Dios por ello. Nosotros seguiremos rezando por ustedes, sobre todo en estos días.

Nuestro viaje, como don Bosco les dice, ha sido bueno. Nos hemos parado en Génova, La Spezia, Florencia y Arezzo, para visitar nuestras casas y no cansar a don Bosco con trayectos demasiado largos.

Estamos aquí en Roma, desde ayer sábado después del mediodía, y procuramos preparar las fiestas que van a comenzar el 12 de los corrientes. Estamos seguros de que ustedes rezarán para que resulten a la mayor gloria de Dios; y, si no tenemos la dicha de tenerles personalmente presentes, estaremos, sin embargo, unidos con ustedes en espíritu y oración.

Que el Señor esté siempre con ustedes y nos conceda verles en Turín para María Auxiliadora.

Roma, 1.º de mayo de 1887.

Suyo atto. seguro servidor,
MIGUEL RUA, *Pbro.*

P. D. Nuestro querido don Francisco Dalmazzo les transmite sus saludos y los de su familia. El nos ha comunicado la bondad que han tenido con él, escribiéndole varias veces, y se lo agradece mucho.

ha fijado para el 20 de mayo, a más tardar y, si puedo, la adelantaré algún día. Todas nuestras obras de aquí están empezadas: que Dios nos ayude a acabarlas.

El Señor conceda buena salud a usted y a la señora Condesa y les guíe por el camino del Paraíso. *Amén.*

Roma, 1 de mayo de 1887.

Afectísimo hijo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

68

Bonísimo y queridísimo Sr. Conde Colle:

Comprendo, por su carta, que su salud no es tan buena como todos nosotros deseamos. Por tanto, queremos rezar mucho y hacer, por así decirlo, violencia al Señor y a la Santísima Virgen. Todos los muchachos de nuestros colegios ruegan por ustedes. Don Miguel Rúa y yo celebraremos la misa de mañana en su favor.

El viernes, a las 6 de la tarde, tenemos audiencia con el Padre Santo. Le hablaremos mucho y bien de usted y le pediremos una bendición especial y la curación perfecta para usted.

El sábado se hará la consagración de la iglesia y del hospicio del Sagrado Corazón que, tantas veces, he encomendado a su caridad; y dará comienzo también la novena de nuestra gran solemnidad. Rezamos continuamente por usted. La señora Condesa Colle rezará con nosotros.

Que la Santísima Virgen quiera escuchar nuestras oraciones. Confiemos en Dios y M. A. *Amén.*

Roma, 12 de mayo de 1887.

Afectuosísimo hijo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

69

Señor Conde y señora Condesa Colle:

Creo habrán recibido la relación que el Padre Santo quiso hacer de ustedes al darles la santa bendición.

Ahora sólo diré dos palabras desde la casa *Arzobispal* del Arzobispo de Pisa, que me encarga les presente su respetuoso saludo.

Mañana por la mañana saldré para Turín, donde queremos obligar del todo a la Santísima Virgen a que les devuelva su salud.

[720] Todos los Salesianos ruegan incesantemente por usted y su señora.

Que Dios les bendiga y la Santísima Virgen les conduzca siempre por el camino del Cielo. Así sea.

Pisa, 18 de mayo de 1887.

Afectuosísimo hijo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

En la larga audiencia que el Padre Santo quiso concederme, tuve ocasión de hablar de usted, de su esposa y de todas las obras buenas que hacen y nos ayudan a hacer.

Ha sentido que su salud no sea la que desearía y recomienda que se rece mucho en la iglesia del Sagrado Corazón y especialmente en la novena y en la fiesta de María Auxiliadora.

Yo le he recomendado que pida por usted en la santa misa para que el Señor le conceda mucha salud y por mucho tiempo. El me lo prometió y me encargó le diera de su parte una bendición especial con indulgencia plenaria.

Tenga paciencia con mi escritura.

70

Estoy en nuestro colegio de Valsálice, que se vio honrado con su presencia y que nos da ocasión para hablar con frecuencia de ustedes, querido señor Conde y respetable señora Condesa. Por si su salud le permitiere venir a celebrar con nosotros las fiestas de San Luis y de San Juan, ya están preparadas la habitación y la mesa para usted y su señora.

Creo que su estancia aquí les resultará muy agradable, pues no les molestará el calor. Toda la casa está a su disposición. Pero, ante todo, hemos de mirar por su salud, cuya verdadera situación ignoro.

Mucho deseo pasar algún tiempo en su compañía para hablar un poco de nuestros asuntos de Roma, de San Benigno, de nuestros misioneros; pero todo esto requiere buena salud por su parte y la de la señora Condesa.

Todos los Salesianos hacen oraciones por su salud y tenemos plena confianza de que seremos escuchados.

Las noticias de nuestros misioneros han sido malas, especialmente para monseñor Cagliero que, en el viaje de Patagonia a Chile, se ha caído del caballo y ha quedado como muerto en la soledad de la Cordillera. Por ahora, salvó la vida y, después de un mes cuajado de peligros, finalmente han llegado todos vivos a la ciudad de Concepción y han comenzado los trabajos para convertir a los salvajes.

Nuestros misioneros escriben frecuentemente, encomendándose siempre a sus caritativas oraciones; por su parte, todos aseguran que no dejan pasar un día sin **[721]** encomendar su salud y la de su señora a las oraciones de los salvajes, sobre todo a los que recibieron el nombre de ustedes en el bautizo.

Que Dios bendiga a ambos y que la Santísima Virgen sea su guía en todos los peligros hasta el Paraíso.

Don Miguel Rúa y todos los Salesianos les presentan sus cariñosos saludos. Toda la vida será su afectuosísimo hijo,

Turín Valsálice (14 de junio de 1887).

JUAN BOSCO, *Pbro.*

71

Nosotros haremos la novena a la Santísima Virgen no sólo una vez, sino, como usted desea, hasta conseguir que Dios nos escuche, como dice el cura párroco de San Luis[1]. Dios lo haga. Toda la Casa reza con usted.

[1] Parroquia de Tolón.

Están con nosotros el Conde de Villeneuve y su hija Ana María para dar gracias a María Santísima. Hemos hablado mucho de usted y me prometió unir sus oraciones a las nuestras por su completa recuperación.

Bendito San Juan, no permitáis que celebremos vuestra fiesta sin obtener de Dios su perfecta curación, o al menos, una notable mejoría. Así sea.

Cuando tenga la bondad de responder a mis cartas ruégole, sin cumplimientos, me ponga sólo dos palabras: *Estoy o no estoy mejor.* Y ello, para que no se canse escribiendo una larga carta.

Nosotros rogamos también por la señora Condesa Colle y confiamos plenamente en su perfecta curación.

Oh María, Madre piadosa y caritativa, rogad por nosotros y protegednos. Así sea.

Su humilde y agradecido hijo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

72

Lanzo, 7 de julio de 1887

Mi querido señor Conde:

Por su última carta y por las noticias que nos escribe don Pedro Perrot, su salud no es todavía muy satisfactoria, por lo que pienso darle una satisfacción enviando a don Miguel Rúa para hacerle **[722]** una visita, tanto más por cuanto tiene asuntos que tratar en Marsella.

Quedará en su casa y a sus órdenes para todos los asuntos y el tiempo que usted y la señora Condesa gusten.

Don Miguel Rúa conoce muy bien sus intenciones, las de la señora y las mías.

Mientras tanto, en todas nuestras casas, se reza por su perfecta salud; la Santísima Virgen sea siempre su guía en el camino del Paraíso.

Que Dios le bendiga.

Afectísimo hijo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

73

Señora Condesa Colle:

Don Miguel Rúa nos comunica que el señor Conde está algo mejor. Bendito sea Dios. Nosotros seguimos haciendo nuestras oraciones. Esperamos que la mejoría continuará, aunque sea poco a poco. Yo me encuentro casi en las mismas condiciones. Un poco mejor, pero no puedo caminar, si no me sostienen dos personas.

Pero usted, señora Condesa, desatiende su salud. Cuide a nuestro querido enfermo, pero no se olvide de usted.

Todas las mañanas rogaré en la santa misa por el señor Conde y su señora hermana. Nuestros huerfanitos hacen todos los días comuniones especiales, según su intención, en el altar de María Auxiliadora.

Oh gloriosa Santa Ana, obtenednos del Señor salud, santidad y perseverancia hasta el paraíso - paraíso - paraíso.

Turín[1], *26 de julio de 1887.*

Afectuosísimo hijo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

74

Señora Condesa Colle:

Bendito sea Dios y siempre agradecida la Virgen Santísima.

La gracia o la curación del señor Conde Colle es verdaderamente algo admirable. Muchas veces había yo dicho y escrito: —Si a Dios place, llámeme a mí a la eternidad, pero conceda todavía **[723]** tiempo a su hijo el señor Conde Colle para que pueda continuar su protección a nuestros misioneros y a nuestra naciente Congregación. Dios ha querido elegir el día de mi nacimiento para darme tal noticia.

Gracias sean dadas siempre a la Santísima Virgen. Es la noticia más agradable. También le escribirá don Miguel Rúa; tenga usted paciencia para leer esta mi mala letra.

Sea siempre María nuestra protectora. Siga, por favor, rezando por este pobre sacerdote que siempre le quiere como un hijo,

Lanzo, 14 agosto 1887.

JUAN BOSCO, *Pbro.*

75

Mi querido y óptimo amigo:

Espero en el Señor que seguirá mejorando y que la señora Condesa y usted disfrutarán de una salud normal. Nosotros hemos rezado siempre con esta intención, pero lo haremos de un modo especial el día de la Natividad de María Santísima.

Yo sigo en Valsálice: don Miguel Rúa está en nuestro colegio de Este, dirigiendo los ejercicios espirituales de los Salesianos de Lombardía. El sábado estará aquí conmigo.

Ha pasado aquí unos días con nosotros don Pedro Perrot y hemos tenido ocasión de hablar sobre su curación, la salud de la señora Condesa y de su señora hermana.

Que Dios nos bendiga y la Santísima Virgen nos guíe en medio de todos los peligros, hasta que lleguemos al Paraíso.

Mis saludos para todos,

Turín, 6 de septiembre 87.

Su humilde y afectuoso hijo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

[1] Escribe desde Lanzo.

76

Turín, 17 octubre 1887

Mi querido señor Conde Colle:

Don Pedro Perrot nos ha enviado su generosa limosna de cinco mil francos para ayudarnos a vestir a nuestros jóvenes clérigos. Los he invertido inmediatamente para ellos y se ha fijado el jueves próximo para la ceremonia de la imposición de sotanas; y, ese mismo día, rezarán y ofrecerán sus comuniones por usted y por la señora Condesa para que continúe su buena salud.

Haremos oraciones especiales por los vivos y difuntos de su familia.

[724] Animo, nosotros seguimos con nuestras oraciones. Mi salud va mejor. Bendito sea Dios y guárdenos la Virgen Santísima.

Me consideraré feliz siempre que pueda todavía pedir por usted y su señora y profesarme su agradecido y humilde servidor,

JUAN BOSCO, *Pbro.*

77

(Carta a enviar tras la muerte del Santo)

Señor y señora Conde y Condesa Colle de Tolón:

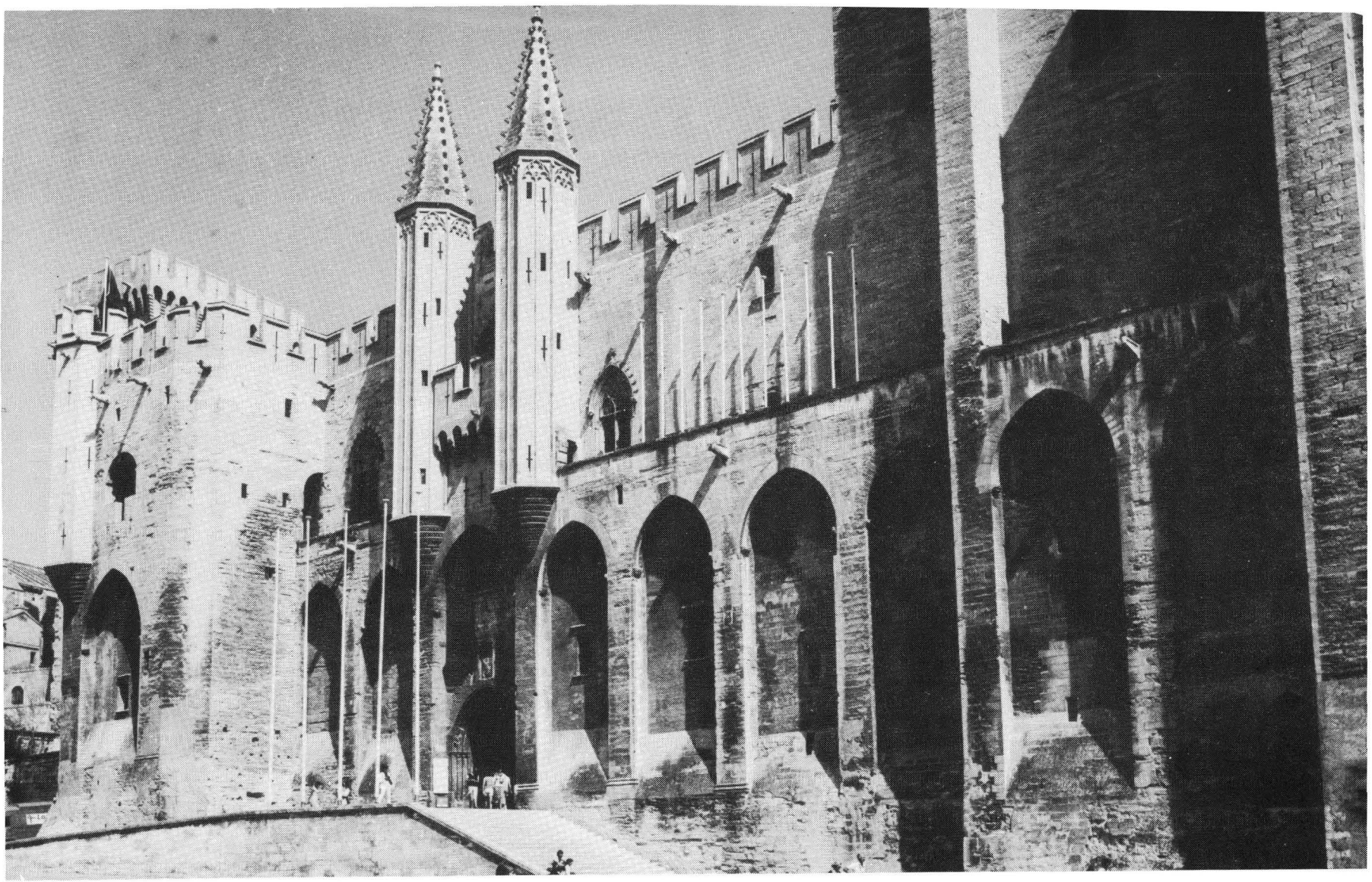
Les espero donde el Señor nos ha preparado el gran premio, la felicidad eterna con nuestro querido Luis.

La divina Misericordia nos la concederá. Sean siempre el sostén de nuestra Congregación Salesiana y la ayuda de nuestras misiones.

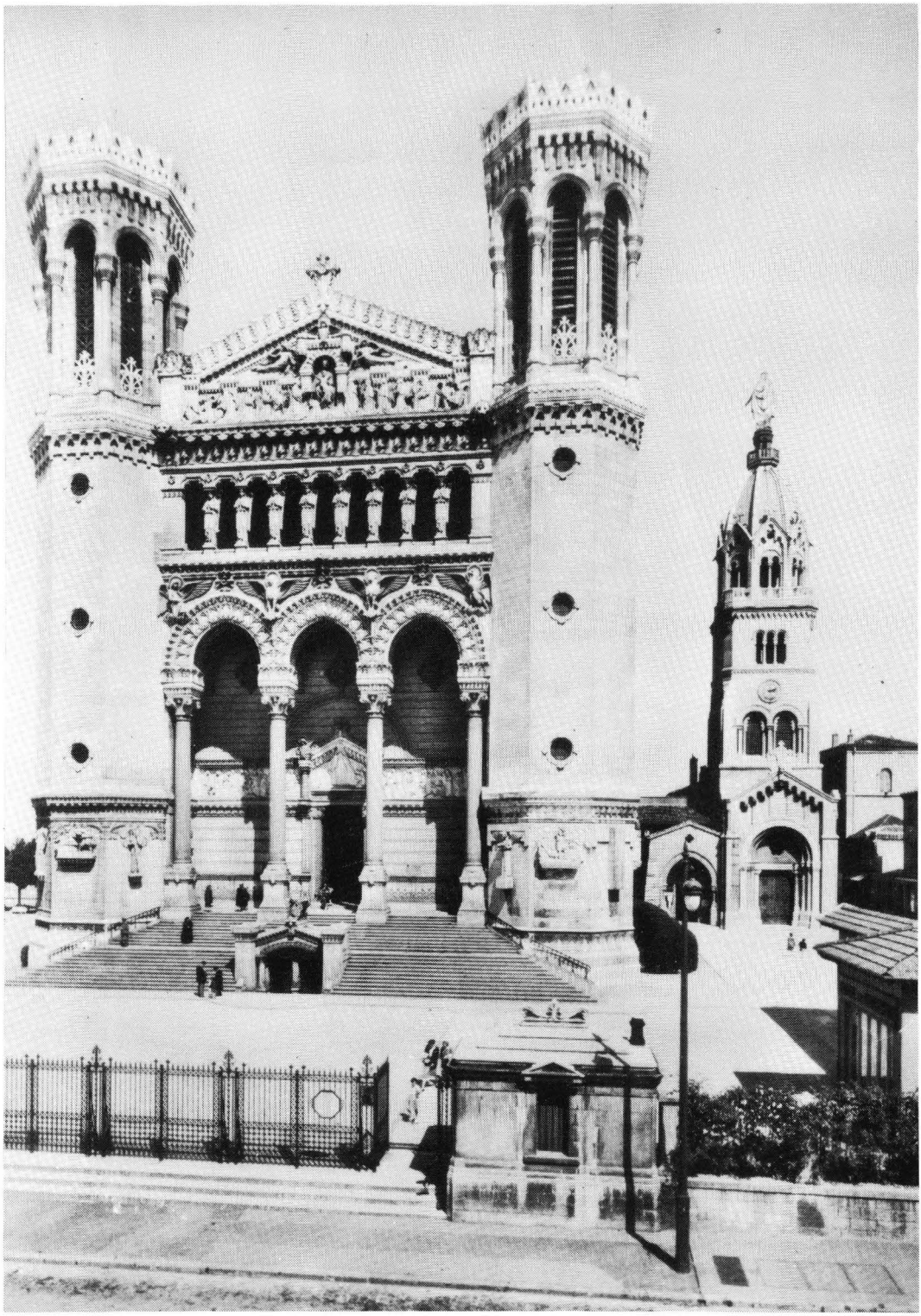
Dios les bendiga.

Afectísimo como hijo,
JUAN BOSCO, *Pbro.*

Marsella. Nuestra Señora de la Garde.
Un detalle.

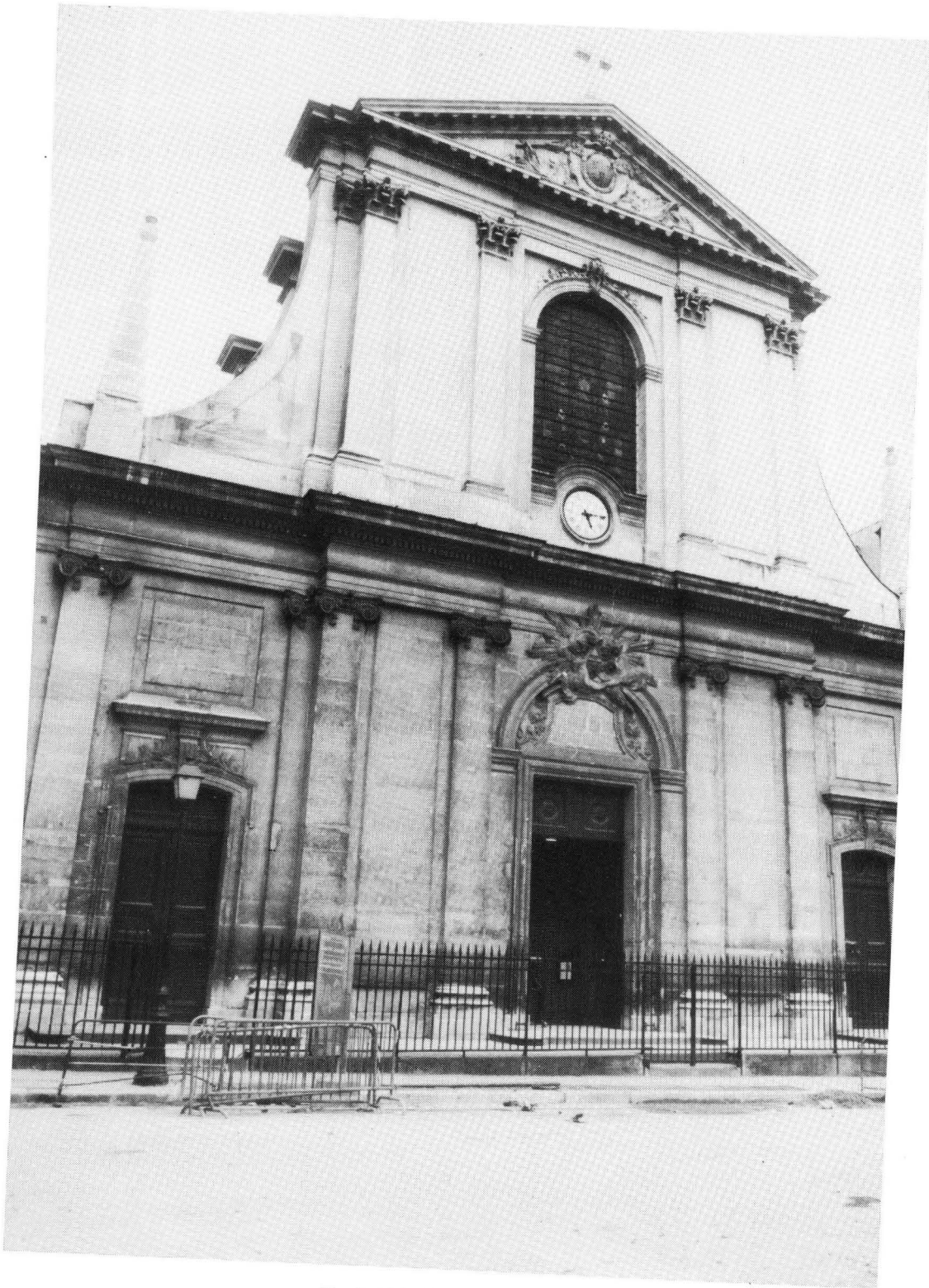


Aviñón. Palacio de los Papas.



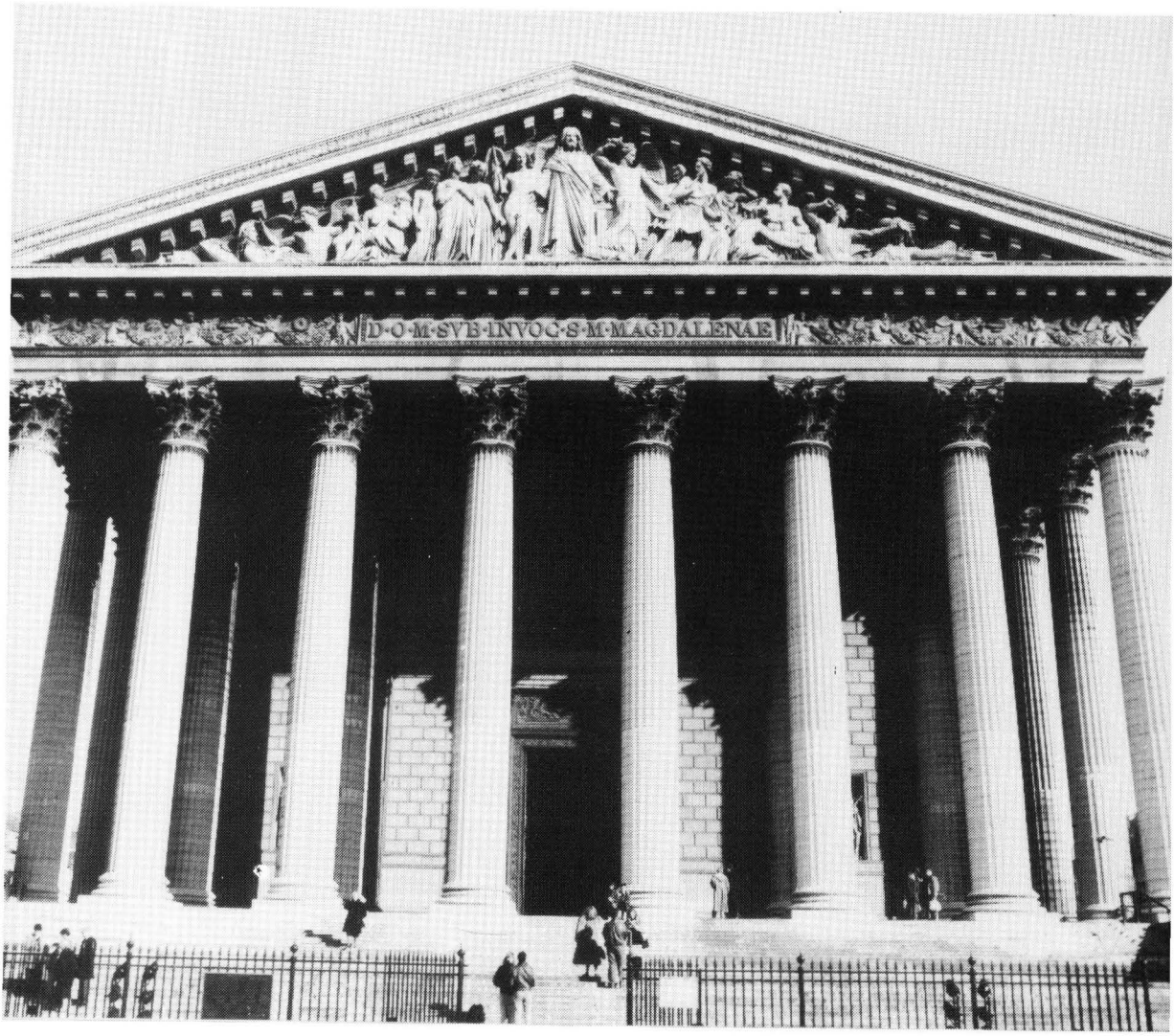
Lyon. Nuestra Señora de Fourvière.
La torre de atrás es la que vio don Bosco.

París. Casa donde se hospedó don Bosco.
Calle de Mesina, n.° 34.



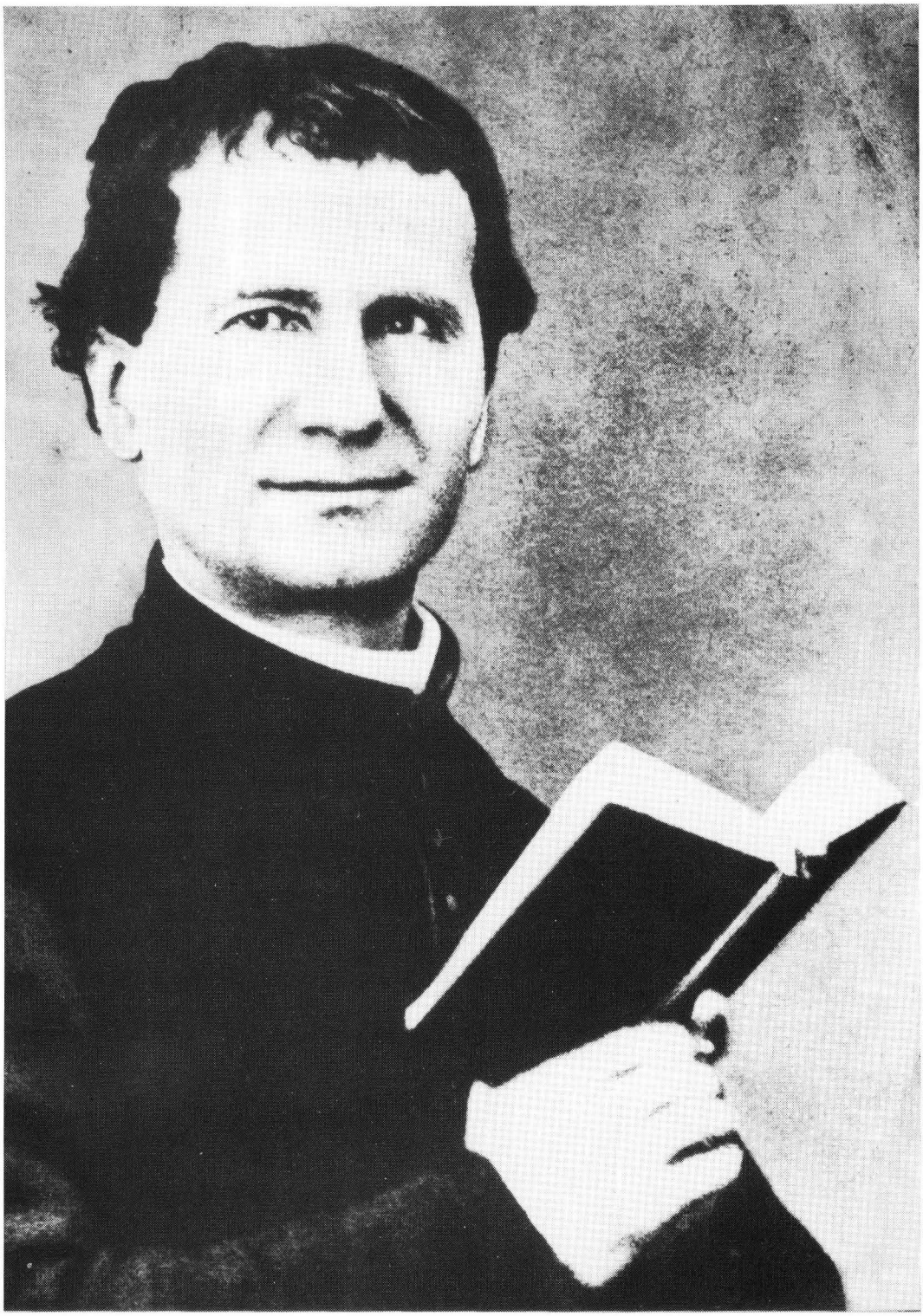
París. Iglesia de Nuestra Señora de las Victorias.

París. Nuestra Señora de las Victorias.
Altar donde celebró misa don Bosco.



París. Iglesia de la Madeleine.

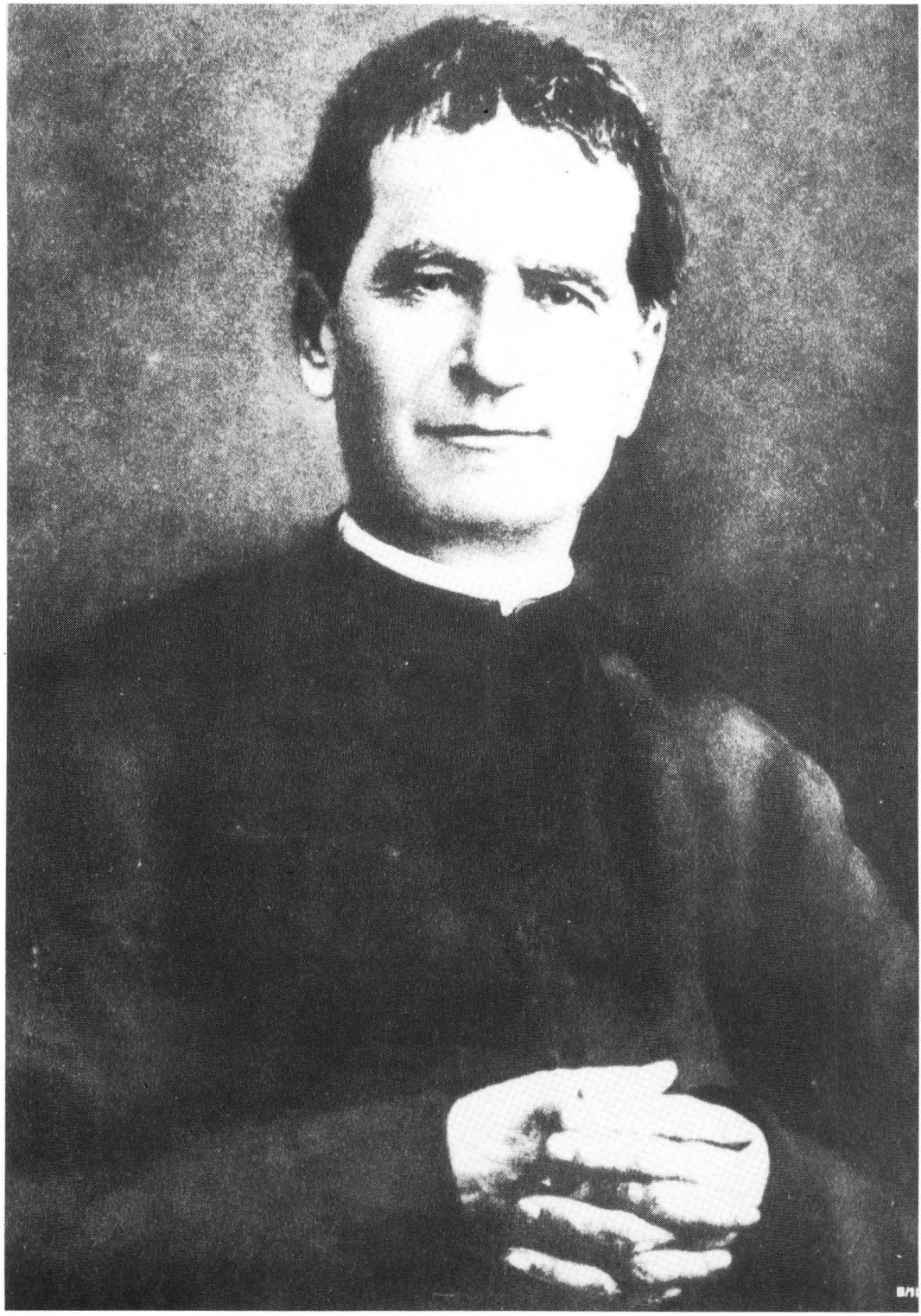
París. Seminario de San Sulpicio.
Hoy Palais de Finances.



Don Bosco, con un libro en mano.

Se halló copia de esta fotografía con fecha 14 de diciembre de 1871.

Don Bosco, delante de una estatua de la Virgen.
Detalle. Fotografía Schemboche, Turín 1880.



Don Bosco, Retrato de 1880.
Fotografía de Schemboche, Turín.

Don Bosco, frente a su mesa de trabajo.
Fotografía hecha hacia el año 1884.

INDICE

Página

Presentación 9
Introducción 15
Cap. I.—Estado de la Congregación en enero de 1883. Sueño de don Francisco Provera. Cooperadores y conferencias. Preparativos para el viaje a Francia 21
Cap. II.—En Niza, Marsella, Lyon y otras ciudades vecinas 38
Cap. III.—La muerte de monseñor Gastaldi. Mirada retrospectiva ... 74
Cap. IV.—En París: recepciones y agasajos 94
Cap. V.—En París: audiencias 115
Cap. VI.—En París: visitas 144
Cap. VII.—En París: conferencias 197
Cap. VIII.—De París hacia el norte y hacia el este 222
Cap. IX.—Siete meses de don Bosco en el Oratorio: fiestas y sucesos 240
Cap. X.—Visita ilustre y visita histórica: un Cardenal francés y un futuro Papa 269
Cap. XI.—San Juan Bosco y el conde de Chambord 279
Cap. XII.—El nuevo Arzobispo de Turín 300
Cap. XIII.—Los Salesianos entran en Brasil. Vicariato y Prefectura Apostólica en Patagonia. Gran sueño misionero 309
Cap. XIV.—En algunas casas de Italia. Vicisitudes de la Casa de Faenza. Ofrecimiento en Boston 336
Cap. XV.—Pensamientos y cartas de don Bosco 345

APENDICE DE DOCUMENTOS

1. Castigos a imponer en las Casas Salesianas 367
2. Pía Sociedad de los Cooperadores Salesianos 374
3. Circular a los directores de los Cooperadores 375
4. Normas generales para los decuriones de la Pía Unión de los Cooperadores Salesianos 375
5. El Vicario Castrense de Austria a don Bosco 377
6. Centros protestantes en Italia 378
7. El Católico en el siglo 379
8. Protesta de don Juan Bonetti al Ministro de Justicia contra un periódico impío 379

Página

9. Carta de don Juan Bonetti a monseñor Boccali 380
10. Artículo de un periódico impío contra don Bosco 381
11. Cómo se obtuvo un visado de la Curia turinesa 381
12. Carta del Párroco de N. Sra. de las Victorias a don Bosco 383
13. Carta del abate Moigno a don Bosco 383
14. Carta de don Nicolás Cibrario a don Bosco 385
15. Circular para una rifa en Vallecrosia 386
16. Una piadosa visitante de don Bosco en Niza 386
17. La parada de don Bosco en Cannes en una carta desde París 387
18. Una piadosa visitante de don Bosco en La Navarre 388
19. Circular a los Cooperadores de Marsella 388
20. Artículo de «L'Eclair» sobre don Bosco 389
21. Carta de don Bosco a la señora Juffrey de Lyon 391
22. Cartas de algunos lioneses a don Bosco 392
22.bis. Diario de visitas en la casa Sénislhac, en París 396
23. Dos invitaciones muy importantes hechas a don Bosco en París . 402
24. El abad de Solesmes a don Bosco 403
25. Tres cartas del benedictino don Andrés Mocquereau 403
26. El abate Moigno a don Bosco 407
27. La duquesa D'Aremberg a don Bosco 408
28. La señora Philippart a don Bosco 408
29. El obispo de Le Mans a don Bosco 408
30. Afiliación de los Salesianos a la Orden del Carmen 409
31. Luis Veuillot y don Bosco en París 410
32. El director de San Sulpicio a don Bosco 412
33. Invitación para ir a las Asuncionistas 413
33.bis. Porqué el futuro cardenal Bourne no se hizo salesiano 413
34. Visita de don Bosco a la obra de la catequesis en San Sulpicio .. 414
35. Invitación de las benedictinas a don Bosco 415
36. Súplica para una curación 415
37. Una religiosa del Buen Pastor a don Bosco 416
38. Los temores de una buena viejecita 417
39. Don Bosco en el Consejo Central de la Sociedad de San Vicente de Paúl 417
40. Poesía a don Bosco. Primer viaje a París: mayo 1883 418
41. El obispo de Evreux a don Bosco 420
42. El conde Waziers a don Bosco 420
43. Invitación a don Bosco desde Nantes 421
44. Invitación a don Bosco desde Douai 421
45. Invitación a don Bosco desde Pau 422
46. Las Hijas de la Cruz a don Bosco 422
47. La baronesa de Tavernost a don Bosco 424
48. Monseñor Richard a don Bosco y a don Camilo de Barruel 424
49. Una madre recomienda a las oraciones de don Bosco los exámenes del hijo 425
50. Para la elección de un diputado en París 426
51. La condesa Riant a don Camilo de Barruel 427

Página

52. Para el presunto heredero del emperador de Brasil 428
53. Carta en torno a la estancia de don Bosco en París 429
54. El vicepárroco de N. Sra. de las Victorias de París a don Bosco .. 431
55. Un artículo del *Univers* 431
56. Un taumaturgo en 1883 438
57. Las limosneras en la Madeleine de París 441
58. Invitación a la conferencia en San Sulpicio 442
59. Don Bosco en la iglesia de San Sulpicio 443
60. En la sacristía de Santa Clotilde en París 444
61. Artículo de Saint-Genest en el *Figaro* 445
62. Carta de la Madre de Saint-Genest a don Bosco 450
63. El exdiputado Lefevre-Portalis a don Bosco 451
64. Himno y saludo a don Bosco en el orfanato de San Gabriel 452
65. Himno y dos brindis en un banquete en Lille 453
66. Carta del Arzobispo de Cambrai a don Bosco 456
67. Carta a don Miguel Rúa, sobre la estancia de don Bosco en Lille 456
68. Carta de don Bosco desde Amiens 457
69. Noticias sobre la visita de don Bosco a Amiens 457
70. Cartas a don Bosco antes de su llegada a Dijon 459
71. Cartas a don Bosco durante su estancia en Dijon 461
72. Cartas acerca del paso de don Bosco por Dijon 464
73. Una gracia de María Auxiliadora 465
74. Carta de don Bosco a la señora Quisard 466
75. Carta del obispo Brandolini a don Bosco 466
76. Una dama de la reina de Portugal a don Miguel Rúa 468
77. Pedro Marietti a don Bosco 468
78. La salud del conde de Chambord 469
79. Donativo del conde de Chambord a don Bosco 469
80. Relación del abate Curé al Nuncio de Viena 470
81. Don Juan Bonetti al cardenal Alimonda 473
82. Súplica de don Juan Bonetti al cardenal Nina 474
83. El cardenal Alimonda a don Juan Bonetti 477
84. Carta de don Domingo Milanesio a Namuncurá 478
85. Provicariato y Prefectura Apostólica en Sudamérica 478
86. Carta de don José Vespignani a don Bosco 480
87. Circulares de agradecimiento 482
88. Carta de don Juan Cagliero a don Miguel Rúa 482
89. El abate Moigno a don Bosco 484
90. Carta del alumno Marcos Nassò a don Bosco 484
91. Don Bosco a la condesa de Beaulaincourt 485
92. Al señor Bleuzet 485
93. Cartas a la señora Quisard y a su hijo 486

Página

DOCUMENTOS Y HECHOS ANTERIORES

1. Tres sermones de don Bosco 489
2. Carta del General de los Rosminianos 504
3. Don Bosco en el Seminario de Bérgamo 507
4. Providencia y previsión 507
5. Cinco cartas de don Bosco al abogado Fiore 508
6. Carta de don Bosco a un profesor 511
7. Carta de don Bosco a una señora 511
8. Dos cartas de don Bosco a monseñor Ferré 512
9. Dos cartas de don Bosco al padre Oreglia 513
10. Para la compra de la casa de Borgo San Martino 515
11. Cuatro cartas de don Bosco a monseñor Masnini 516
12. Cartas de don Bosco a la señora Cesconi y al hijo 517
13. Episodio del 1875 524
14. Carta de don Bosco a monseñor Garga 525
15. Carta de don Bosco al maestro Dogliani 525
16. Primer encuentro del marqués Villeneuve-Trans con don Bosco . 526
17. Tres cartas de don Bosco al arcipreste de Casorzo 527
18. Carta de acción de gracias 528

CARTAS A LA SEÑORITA CLARA LOUVET 529
CARTAS A LOS CONDES COLLE 555

ACABOSE DE IMPRIMIR
ESTE DECIMOSEXTO VOLUMEN DE LAS
MEMORIAS BIOGRAFICAS
DE SAN JUAN BOSCO
EN ESPAÑOL
EL DIA 19 DE ABRIL DE 1988
CONMEMORACION DE SU LLEGADA A PARIS
D.M.A.C.T.